

# Guarida de Ladrones.



DAVID CHANDLER

Lectulandia

Malden nació y se crió en las calles más miserables de la Ciudad Libre de Ness, donde se hizo ladrón por necesidad. Su destreza le ha hecho destacar más de lo que quisiera y ahora debe pagar una fortuna para unirse al gremio de delincuentes presidido por Cutbill, el señor del crimen. Y no se puede rechazar una oferta de Cutbill y vivir para contarlo. Para saldar su deuda, Malden deberá robar la corona del burgrave, pero ésta se halla bajo la vigilancia de unos demonios hambrientos que desgarrarían el alma de cualquier intruso. Esta empresa tan arriesgada lo llevará a vivir un destino aún más terrible; Malden, un caballero fuera de la ley, y una bella dama poseída por la magia deberán enfrentarse al terrible mal que ronda su ciudad.

**Lectulandia**

David Chandler

# **Guarida de ladrones**

**Trilogía de la espada arcana - 01**

ePub r1.0

Titivillus 20.04.15

Título original: *Del of thieves*  
David Chandler, 2011  
Traducción: Joan Josep Musarra  
Diseño/Retoque de cubierta: Shutterstock

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para F. L., M. M. y R. E. H., los Grandes Maestros

# EDICIÓN CONMEMORATIVA



# 2º ANIVERSARIO EPUBLIBRE.ORG

- A: Puerta del Cazador
- B: Puerta del Alguacil
- C: Jardín de los Limoneros
- D: Puente del Sabueso
- E: Guardia de Curbill
- F: Puente de Turbill
- G: Barracaones
- H: Palacio
- I: Puente del Aserrador
- J: Plaza del Mercado
- K: Casa Capitular
- L: Universidad
- M: Iglesia de la Señora
- N: Puente del Mercado del Grano
- O: Puente de los Cardadores de Lana
- P: Piedra del Dios
- Q: Puerta del Rey
- R: Cuarno donde vive Malden
- S: Parque de la Señora
- T: Isla de los Caballos
- U: Charca del Este
- V: Puerta del Río
- W: Mansión de Hazorth
- X: Puerta de los Tullidos
- Y: Desembarcadero
- Z: Hacia el mar



## LA CIUDAD LIBRE DE NESS

## PRÓLOGO

Casi cien mil personas vivían en la Ciudad Libre de Ness, apiñadas como ratas dentro de un saco demasiado pequeño para darles cabida. La Ciudad debía de medir un kilómetro y medio de un extremo a otro y había penetrado por todas las quebradas del monte, que quedaba encerrado por su alta muralla. A medianoche, para quien la contemplara desde un altozano que se encontraba a unos tres kilómetros más al norte, la ciudad era la única luz en medio de un paisaje en penumbra, un ascua que refulgía en las praderas envueltas en tinieblas que se prolongaban hacia el horizonte. A decir verdad, parecía que con un soplo de viento pudieran avivarse las llamas y empezar un incendio.

Bikker pensó en ello y se sonrió, aunque supiera muy bien que todo se reducía a un engaño de la perspectiva. Era un hombre gigantesco, de barba hípida y espada mágica al cinto. No sabía qué debían de pensar los otros dos miembros de la conjura, pero a él le habría gustado mucho ver arder la ciudad.

Las luces que divisaba provenían de un millar de ventanas y de las forjas de un centenar de talleres y manufacturas. La Ciudad suministraba al reino de Skrae todo su hierro y su acero, la mayoría de las confecciones de cuero, y un río interminable de cucharas, hebillas, faroles y peines de hueso. Las cofradías trabajaban durante la noche entera, todas las noches, para satisfacer la interminable demanda. Volutas de humo emergían de todas las chimeneas, cual columnas oscuras que ocultaban las estrellas, y la mitad de las ventanas de la ciudad estaban alumbradas por velas, porque un ejército de escribas, escribientes y contables se dedicaba a trazar garabatos en sus libros. En la orilla del río más cercana resplandecían las casas de juego, y las furcias caminaban por largas avenidas con faroles en la mano, para llamar la atención de los transeúntes. Parecía que media ciudad aún estuviese despierta.

—¿Tú crees que allí hay alguien que pueda imaginarse lo que se les viene encima? —preguntó Bikker.

—Por el bien de nuestro plan, espero que no —dijo el hombre que le pagaba. Bikker no lo había visto nunca. El cerebro de la conjura todavía se ocultaba. Se hallaba en un carruaje cuyo interior estaba envuelto en sombras, tirado por dos caballos blancos que piafaban sobre el prado. Los caballos no tenían ningún tipo de marca y el palafrenero tampoco llevaba librea. El vehículo habría podido pertenecer a cualquier casa de alcurnia... le habían retirado todas sus insignias.

Una mano blanca y delgada se asomó por una de las ventanillas del carruaje. Sostenía por los cordeles un saquito de monedas. Bikker tomó la paga —la más reciente— y se la guardó bajo la cota de malla.

—Por tu bien, te aconsejo que tengas los labios bien cerrados.

—No te preocupes. Cuando quiero, puedo ser discreto —dijo riéndose—. ¡Pero



qué jugoso relato podría contar! Dentro de un mes, la ciudad se dividirá en dos, y las calles quedarán cubiertas de cadáveres. ¿Cuántas luces crees que arderán entonces? Y nadie sabrá jamás cuál ha sido mi parte en todo esto.

—No, no lo sabrán —dijo el tercer miembro de la conjura. Bikker se volvió hacia Hazoth, que se cubría el rostro con un grueso velo de negro crepé. Aunque no le gustara tratar con socios que ocultaran la faz, Bikker no tenía otro remedio que alegrarse por el velo con el que se tapaba Hazoth. Mirar al rostro desnudo de un hechicero era mala cosa—. Si eres incapaz de guardar silencio, yo te cerraré la boca. No olvides cuál es tu lugar. Tu participación en esto es mínima.

Bikker se encogió de hombros. Lo sabía muy bien. Lo habían contratado para que realizara cierto número de pequeños encargos, pero, sobre todo, porque debía de ser la única persona en toda la ciudad que, de quererlo, habría sido capaz de detener a sus dos socios de conjura. Cuando había accedido a entrevistarse con ellos —y luego, al aceptar su secreta y tentadora oferta— le habían expresado con gran alarde su gratitud. Su reputación lo precedía y no querían arriesgarse a ofender su vanidad. Pero no le permitían que olvidara en ningún momento que lo consideraban un lacayo.

—Hago lo que se me manda... cuando se me paga. El oro tiene el poder de silenciar las lenguas. Sé que no debería preguntarlo —dijo Bikker, y señaló al ocupante del carruaje con el pulgar—, pero ¿qué vas a ganar con todo esto, brujo? ¿Acaso te puede pagar algo que no puedas conseguir tú solo con tu magia?

—Me he comprometido a tolerar los... experimentos de Hazoth —dijo el ocupante del carruaje— una vez que gobierne la ciudad. ¿Lo encuentras preocupante?

Ciertamente, había habido un tiempo en el que Bikker, al oírlo, habría vacilado. Los brujos podían ser peligrosos. Hazothapestaba a azufre y a infierno, y sabía hacer cosas que los mortales no deberían ni intentar. A veces los brujos cometían errores y el mundo entero pagaba por ellos. La espada que colgaba del cinto de Bikker daba testimonio de cuán alto había sido ese precio en el pasado... el arma estaba consagrada a la defensa del reino contra los demonios que los hechiceros sabían invocar, pero que no siempre podían controlar.

En otro tiempo, Bikker se había entregado también a esa lucha. Pero el mundo había cambiado. Los tiempos habían cambiado. El propio Bikker había cambiado. Toda fe que hubiera podido tener en la nobleza y la abnegación había quedado triturada bajo una piedra de molino que se movía con gran lentitud, pero que jamás se detenía. En otro tiempo había sido un campeón de la humanidad.

Pero en ese momento no hizo más que encogerse de hombros. Contempló la urbe. Vista desde allí, habría podido ser un nido de termitas que trepan sobre sí mismas, sobre el montón de estiércol que les hacía las veces de ciudad.

—Masacradlos a todos. ¡Si te apetece, dáselos a comer a tus mascotas, Hazoth! Para entonces, estaré tan lejos que me dará igual.

—Por supuesto. El oro que tienes en ese saquito te va a llevar muy lejos. Y aún vas a tener más cuando hayas cumplido con tu parte del plan. ¿Sabes cuál es el

siguiente paso?

—Sí, claro —dijo Bikker. Escupió en dirección a la ciudad, como si hubiese querido extinguir todos los fuegos con un único salivazo—. Lo que ahora tenemos que hacer es buscar a un cuarto cómplice, esta vez involuntario. —Necesitaban a un imbécil, a una persona que actuara sin tener ni idea de lo que hacía. Sin un peón de ese tipo, el plan no llegaría a buen puerto—. Tengo que asustar a un ladrón a fin de que trabaje para nosotros.



PRIMERA PARTE

# El rescate de un ladrón

Criaturas pequeñas y malvadas acechaban en las sombras, y sus ojos brillaban con fulgor en la oscuridad. Malden oía el rumor de sus piecitos y sus ocasionales susurros por todas las casas, viejas y abrasadas. No había luces que brillaran en aquella parte de la ciudad, y las brumas ocultaban tanto la luna como las estrellas. El farol que Malden llevaba pintaba de luz amarilla las paredes desconchadas y le advertía de los lugares donde faltaba una baldosa y de los hoyos profundos que aguardaban un paso descuidado. Con todo, no alcanzaba a atravesar las tinieblas que se espesaban en las casas y los establos en ruinas, ni le decía quién lo miraba con tanta intensidad.

Aquello no le gustaba.

Tampoco le gustaba el momento de la reunión, una hora después de la medianoche. Ni le gustaba el lugar: junto a la muralla, cerca del portalón que daba al río, en el paraje yermo conocido como las Cenizas. En el mismo año en el que él nació, el Fuego de los Siete Días había consumido aquel barrio. Como las pensiones de mala muerte y chatarrerías del lugar eran propiedad de los más pobres entre los pobres, no se había hecho ningún esfuerzo por reconstruirlas, ni siquiera por retirar los escombros abrasados. Malas hierbas crecían entre las baldosas, y las enredaderas estrangulaban las vigas de los techos que aún quedaban o roían poco a poco los viejos ladrillos estropeados por el humo. Con el tiempo, la naturaleza se adueñaría por completo de aquel barrio, y Malden, que no había salido de la ciudad desde el día en el que nació, se sentía incómodo al pensarlo... se sentía incómodo con la idea de que una parte de su ciudad, en la que tomaba forma, para él, toda noción de permanencia, pudiera pudrirse, y morir. Y desaparecer.

Alguna criatura pasó corriendo a sus espaldas. Malden dio media vuelta y trató de alumbrarla con el farol. Pese a sus afinados reflejos, no llegó a tiempo para ver de qué se trataba, pero sí para comprobar que había desaparecido por el hueco de una ventana desde la que en otro tiempo se había contemplado la calle. Agarró la empuñadura de la daga que llevaba al muslo, pero no se atrevió a sacarla. Mejor no enseñar el arma hasta que llegara el momento de usarla.

Malden se detuvo y trató de prepararse. Si sufría un ataque, sería un ataque rápido, y todo dependería de que estuviera a punto para defenderse. Sus ojos apenas le revelaron nada... las vigas calcinadas y las calles cubiertas de hollín tenían un mismo color bajo la escasa luz que llevaba consigo. No oía nada, salvo el crujido de maderas viejas. Aún se olía el humo de los fuegos que habían ardido hacía tantos años.

Oyó a sus espaldas unas leves pisadas. El rumor de unos pies desnudos que andaban sobre madera quemada. Fue sólo un instante. El sonido desapareció y se hizo

de nuevo el silencio. Aquel silencio tan profundo y tan extraño en aquella tumultuosa ciudad... produjo en él la misma impresión que un rugido.

Se volvió lentamente sobre sus talones, contempló los marcos vacíos de las puertas que se hallaban a ambos lados, las callejuelas tortuosas que serpenteaban entre los edificios. Habría querido apoyar la espalda contra algo sólido. Más adelante había un edificio de ladrillo, o, más bien, lo que quedaba de él. No tenía techo y una de las paredes se había venido abajo. Con todo, las otras tres seguían en pie, y, si se refugiaba entre ellas, al menos no tendría que temer ataques por la espalda. Corrió hacia allí con el farol en alto... y entonces, al oír un sonido muy cercano, se detuvo.

Una de las criaturas que hasta ese momento lo habían vigilado salió a la calle, a sus espaldas. Malden oyó el chapoteo de sus pies en un charco. Pero, en esta ocasión, no huyó cuando Malden se volvió para verla. En esta ocasión se quedó donde estaba.

Aun antes de darse la vuelta, Malden había cerrado la mano sobre la empuñadura de su larga daga. Pero, cuando hubo visto bien a la criatura a la que se enfrentaba, dudó en desenvainarlo. Era una niña, de no más de siete años. Vestía una camisa de confección casera, manchada, y, en vez de zapatos, llevaba andrajos anudados en torno a los pies. Se aferraba con ambas manos a un martillo. Sus ojos miraban al rostro de Malden sin parpadear.

Malden abrió ambos brazos para que la niña viese que no empuñaba ningún arma. Dio un paso hacia ella, y, al ver que no huía, dio otro. Tendió una mano hacia la cría...

... y, de pronto, la calle se llenó de niños andrajosos. Pareció que emergiesen de la niebla, como nacidos del frío y la humedad, por generación espontánea, como hongos sobre un leño putrefacto. Eran de ambos sexos y edad variada, pero todos ellos vestían camisas con desgarrones y túnicas demasiado grandes para sus cuerpos enflaquecidos. Y todos ellos sostenían armas improvisadas. Había uno que llevaba una sierra de carpintero. Otro, una lezna de zapatero. Trozos de madera de los que sobresalían clavos. Una cadena de hierro. Uno de ellos, un muchacho mayor que los demás, tenía una hachuela de leñador y la empuñaba a la altura del muslo como si supiera usarla.

«Una cuadrilla de huérfanos», pensó Malden. Una panda de golfillos que se habían unido en su pobreza para emboscar a aquel desconocido lo bastante necio como para entrar allí durante la noche. Un ejército harapiento. Los había a docenas, y, aunque estuviera seguro de poder vencer incluso al mayor en justa lid, se veía en sus ojos que no les importaba para nada que la lid fuese justa, porque, por la experiencia de aquellos críos, tales cosas eran imposibles y míticas, como los continentes que, según los sabios, existían más allá de los mares. Se arrojarían sobre él todos a la vez, y le pegarían y golpearían hasta que muriese. No le ofrecerían tregua ni cuartel.

Esperaban a que fuese Malden quien hiciera el primer movimiento. A que tratara de huir, o de luchar. No porque tuviesen miedo de atacarlo, sino porque querían que cometiese algún error, que calculara mal sus posibilidades. Sacarían provecho de

cualquier debilidad que mostrara y acabarían rápidamente con él.

Malden se lamió los labios y se volvió lentamente hacia uno y otro lado, en busca de una vía para huir. Parecía que no hubiese ninguna. A menos que... a menos que la silenciosa espera de los muchachos, sus miradas fijas sin parpadeos, se debiesen a algún otro motivo.

—Queréis que os dé una contraseña, o una señal —dijo—, pero lo único que tengo es esto. —Metió la mano bajo la capa. Se acercaron a Malden y cerraron el círculo con que habían empezado a rodearlo. Estaban a punto para atacarlo al primer indicio de agresión. Pero Malden no trató de sacar su daga. En cambio, metió sus finas manos en la bolsa y sacó el trozo de pergamino que lo había llevado hasta ese lugar terrible en aquella hora atroz. Lo desplegó con gran cuidado —el viejo pergamino crujió, pero aguantó sin hacerse pedazos— y les enseñó el mensaje que había recibido:

Esta casa es UNA DE LAS NUESTRAS  
y su propietario se halla bajo mi protección.  
A la próxima *Hora de las Brujas* tendrás que ir SOLO  
a las Cenizas, por el lado de la Muralla Oriental, o, si no  
MORIRÁS antes de que llegue la próxima *Aurora*.

—Lo encontré clavado con una tachuela en el alféizar de una casa que estaba a punto de desvalijar. Era esto lo que queríais ver, ¿verdad que sí? Malden se preguntó si sabrían leer. Pero no, por supuesto que no sabían. Habría sido absurdo pensar que esos niños podían haber ido a la escuela, o incluso que hubieran recibido educación religiosa. Y, sin embargo, parecían fascinados con la breve nota. «Ah —pensó Malden—. Reconocen la firma». Un tosco dibujo de un corazón atravesado por una llave.

No sabía lo que podía significar ese signo, desde luego que no, pero el poder que ejercía sobre los niños le resultaba intrigante. Uno tras otro, se le acercaron y tocaron el papel, igual que los supersticiosos mercaderes, en ocasiones, tocan una estatua de la Señora antes de emprender una negociación difícil. En cuanto hubieron visto con sus propios ojos el signo, y, tal vez, se hubieron cerciorado de que no se trataba de una falsificación, se marcharon en hilera y desaparecieron en las tinieblas. La única que se quedó fue la niña del martillo, la primera que había visto Malden. Todavía lo miraba a los ojos. Cuando ambos se hubieron quedado solos de nuevo, la niña dejó de mirarlo y se alejó hacia el edificio ruinoso en el que Malden había querido refugiarse. Lo guió hasta una puerta y luego le indicó con un gesto que entrara. A continuación, le hizo una impecable reverencia y se marchó corriendo para unirse a los demás.

No cabía ninguna duda: ése era el lugar. Con el trozo de pergamino por delante como si fuera un talismán, Malden cruzó el umbral.

Dentro del edificio en ruinas había tres ancianos andrajosos, sentados sobre una caja alargada. Dos de ellos tenían barbas blancas y luengas, mientras que un tercero era calvo y llevaba el rostro afeitado. La edad les había marchitado las carnes, pero la astucia brillaba en los ojos de los tres... no eran viejos seniles. Malden presintió que sus apariencias no lo decían todo.

Les hizo un gesto con la cabeza, pero, por el momento, no les dijo nada. Primero examinó el interior del edificio... las vigas del techo caídas y destrozadas, los montones de revoque chamuscado en los rincones. El suelo quedaba oculto bajo una gruesa capa de escombros. No parecía que hubiese allí ningún lugar donde pudiera ocultarse un asesino, si bien la falta de luz y los jirones de bruma que se arremolinaban en torno a su farol le impedían comprobarlo.

—¿Y si hubiese traído conmigo a la Guardia Ciudadana? —preguntó Malden, ya que le pareció que no tenían ningún sentido las cortesías. Al fin y al cabo, lo habían amenazado de muerte.

El calvo le respondió con una sonrisa perversa.

—No estaríamos aquí. No habrías logrado encontrar este sitio. Y te habrían rajado la garganta antes del alba.

Malden asintió con la cabeza.

—No es un mal lugar para una trampa. Esos niños de ahí fuera vigilan este sitio para vosotros, ¿verdad? Se encargan de que nadie llegue hasta aquí si vosotros no queréis. Algo me dice que, si ahora mismo intentase hacerlos algo, tendríais preparada una buena respuesta.

Uno de los hombres con barba blanca levantó un dedo largo y sarmentoso, y señaló a lo alto. Malden siguió con los ojos la dirección que le indicaba y divisó un chapitel que emergía entre las brumas, dos manzanas más allá. Probablemente había sido la torre de la iglesia. Al estar hecha de piedra, había sobrevivido al incendio. Mientras sus ojos escudriñaban la penumbra, sintió que algo le pasaba cerca de la mejilla, acompañado por un susurro, y se clavaba a sus espaldas en un tablón chamuscado. Miró de reojo y vio allí el astil de una flecha que aún vibraba. Era tan larga como su brazo y se había clavado en la madera con tanta fuerza que la punta de hierro había quedado totalmente incrustada.

Malden tardó unos instantes en volver a respirar. Se le cerraron los pulmones y todos los músculos de su cuerpo quedaron rígidos. Aguardó con paciencia la flecha siguiente, la que se le clavaría en las entrañas, o en la garganta, pero ésta no llegó.

Razonó lo que había sucedido, y el porqué. La flecha había sido un mensaje... un recordatorio de que aquello no era lo que parecía, y de que aún se encontraba en peligro de muerte. En realidad, no hacía falta que se lo recordaran.

—Te reconozco la valentía de no haberte estremecido siquiera —dijo el de la barba blanca—. Eso ha estado bien, muchacho. Muy bien.

En cuanto logró moverse y respirar de nuevo, Malden le hizo una breve reverencia.

—Creo que ya sé lo que es esto. No estoy seguro de quiénes sois vosotros tres, pero pienso que no es con vosotros con quienes tengo que hablar. Aunque sí podríais explicarme cómo llegar al sitio donde me esperan. Sois los vigilantes de la entrada, ¿verdad? Y seguramente también sois algo más.

El calvo se tocó el pecho.

—Me llaman Oncededos. Y ellos —dijo, señalando a los dos hombres de barba blanca— son Tronera y Bocacerrada.

—Celebro conoceros —dijo Malden—. Un momento. Un momento... he oído hablar de él, de Tronera. Su fama data de poco antes de que yo naciese, pero aún se cuenta en la Peste. Si eres el mismo hombre, te ganaste ese apodo al asaltar el cuartel de la guarnición de palacio. ¿Es cierto que te colaste por una aspillera de la muralla que se encontraba a unos quince metros del suelo?

Al reírse Tronera, su pecho emitió unos pitidos.

—En otro momento te lo contaré todo, si quieres. Si sobrevives a esta noche.

Malden asintió.

—Sería un honor. Y tú... Oncededos... ¿puedo preguntarte cómo te pusieron ese apodo?

—En mis tiempos fui el rey de los descuideros —dijo el calvo, con evidente orgullo—. Se decía que un hombre con sólo diez dedos no podía ser tan hábil, así que debía tener once. —Levantó ambas manos, sarmentosas y manchadas por la edad, pero, en todo lo demás, perfectamente normales—. Sólo es un apodo.

Malden le sonrió al tercer hombre, a la espera de que le diera una explicación sobre su nombre. Pero fue Tronera quien se la dio:

—¿Bocacerrada? Sabe guardar los secretos. Por eso lo llaman así. Jamás te va a contar nada a cambio de nada.

—Pero ¿habla?

—Con sujetos como tú, no —masculló Bocacerrada con voz cavernosa—. Todavía no.

—Ya veo —dijo Malden. A despecho de sí mismo, había quedado impresionado. El robo era una ocupación peligrosa. Quien no moría en una trampa, o bajo la lanza de un guardia con exceso de celo, tenía que contar con que la ley estaría siempre al acecho. En la Ciudad Libre de Ness se castigaba con la horca incluso la sustracción de un penique de cobre de la bolsa de un rollizo mercader. Aquellos tres hombres, osados truhanes en su época, famosos por sus grandes hazañas, habían sobrevivido el tiempo suficiente para llegar a viejos sin que los capturasen. Tenían que haber sido muy, muy diestros en su juventud. Malden se preguntó qué podrían enseñarle. Aunque, por supuesto, tenía asuntos más urgentes entre manos.



—Me hicieron venir hasta aquí para que me encontrase con alguien.

—Entonces, ¿estás listo para hablar con nuestro jefe?

—Creo que me conviene estarlo —dijo Malden.

Bocacerrada profirió un sonido que tal vez fuera una risa. Los tres se pusieron en pie al mismo tiempo y se apartaron para que Malden pudiera ver mejor la caja sobre la que habían estado sentados. Era un ataúd de madera sencilla que se estrechaba por sus dos extremos. Oncedodos levantó la tapa y Tronera le hizo un gesto a Malden para que se metiera dentro.

Malden nunca se había tenido por cobarde, y todavía menos por supersticioso. Pero un gélido estremecimiento recorrió sus vísceras al pensar que debería tenderse en el ataúd.

—Sólo un necio, o un muerto, se metería alegremente ahí dentro —dijo.

—Si no te metes —dijo Tronera— serás lo uno y lo otro.

Malden apagó de un soplo la luz del farol y luego lo depositó en el suelo con gran cuidado. No le iba a caber dentro del ataúd. Luego entró en lo que —iba repitiéndose a sí mismo— no era más temible que una mera caja. Los otros pusieron la tapa en su lugar y la cerraron con clavos. Malden se esforzó por no respirar con mucha fuerza. Se dijo a sí mismo que había llegado hasta allí. Tenía que ver lo que sucedía a continuación.

La negrura que reinaba dentro del ataúd era prácticamente sólida, como si el aire que envolvía a Malden se hubiese transmutado en obsidiana. Todos los sonidos que atravesaban la madera llegaban amortiguados a sus oídos. Malden tenía la esperanza de poder salir al cabo de poco. En el mismo momento de cerrarse la tapa, había descubierto que le costaba respirar allí dentro... tal vez fueran engaños de su mente, pero le pareció que en el ataúd no había aire suficiente para mantenerlo con vida, y empezó a sentir pánico y a perder el control de sus facultades. Precisó de un verdadero esfuerzo de voluntad para tranquilizarse y resignarse.

Una sola circunstancia lo mantenía con ánimo, un hecho del que estaba relativamente seguro. El señor de aquel lugar había tenido muchas oportunidades de matarlo. Y eso quería decir que, por el motivo que fuese, por el tiempo que fuera, aún no quería darle muerte.

Así logró, en buena medida, dominar el pánico. Controlar el miedo le costó un poco más.

Alguien levantó la caja —los viejos debían de ser más fuertes de lo que parecían, o tal vez hubiera ido alguien a ayudarles— y la transportó a una breve distancia antes de volver a bajarla, con los pies por delante, hasta una especie de tobogán. Por un instante, Malden sintió el veloz descenso, y luego la caja golpeó una superficie sólida, con mucha fuerza, la suficiente para hacerle expulsar todo el aire de los pulmones. Como no sabía lo que le aguardaba, se forzó a sí mismo a no volver a inhalar.

Su cuerpo protestó y no le quedó otro remedio que tratar de tomar aire, pero logró contener el aliento aún otro instante. La única manera que tenía para averiguar dónde estaba era escuchar. Aunque la caja de madera distorsionara los sonidos, logró distinguir algunos. Oyó voces y risas. La risilla de una mujer. Así pues, no estaba solo.

Entonces se oyó un golpe en la tapa del ataúd y, por fin, tomó aire.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó una voz en tono burlón.

—Puedes entrar y echar una ojeada —respondió Malden.

La persona de la que procedía aquella voz se rió con una carcajada cruel, pero no dijo nada más.

Malden no tardó mucho en darse cuenta de que no iría nadie a liberarlo del ataúd... de que tendría que salir de allí por sí mismo. No tuvo problemas para sacar la daga, pero sí para moverla dentro del ataúd sin herirse a sí mismo. Era el arma blanca más grande que le permitía la ley. Apenas tenía filo, tan sólo propiamente punta, y sólo servía para pinchar. Pero Malden no era de naturaleza violenta y la daga era más útil de lo que parecía. En el pasado, había sabido darle muchos usos, y, por el

momento, nunca para matar. Logró introducir la punta en la minúscula abertura que quedaba entre la caja y la tapa. Como no tenía punto de apoyo, le llevó cierto tiempo abrir un resquicio, pero, cuando lo consiguió, le recompensó un delgado rayo de luz y —mucho mejor todavía— una bocanada de aire fresco.

Los clavos de la tapa crujían en respuesta a sus esfuerzos por liberarse. Finalmente logró separar la tapa entera y apartarla con las manos. Volvió a meter la daga en su vaina, se levantó y miró en derredor.

La sala que vio era espaciosa, de techo bajo. Éste reposaba sobre vigas robustas, como la galería de una mina. Tenía las paredes desnudas, mera tierra comprimida. El lugar estaba bien iluminado por más de una docena de velas, algunas de ellas reforzadas con espejos de cobre que añadían un tinte rosado a la luz. En un diván que se encontraba a un lado se sentaba un hombre, ataviado con un justillo de cuero y unos abigarrados pantalones. Tenía los gruesos hombros de un guerrero y no de un ladrón. Sobre sus rodillas se sentaba una pelirroja con los cierres del corpiño abiertos. El hombre le hacía cosquillas y ella se reía. Ninguno de los dos se dignó a echarle ni siquiera una mirada furtiva a Malden. En otro rincón unos hombres cubiertos con capas descoloridas arrojaban los dados contra una pared, y se regocijaban y lamentaban según los resultados.

El último ocupante de la sala era un enano que habría podido ser el epítome de su raza. Apenas si había enanos en Ness —apenas si los había en todo Skrae—, pero habían venido desde su reino septentrional en número suficiente para que Malden estuviera harto de su presencia. Eran artesanos magistrales, artífices consumados que sabían hacer mejores herramientas y joyas más bellas que las de los humanos. Sólo los enanos conocían el secreto de la producción de un acero digno de tal nombre, y por ello se les tenía un especial aprecio y se les concedían derechos especiales cada vez que se presentaban en tierras humanas. Igual que todos los de su raza, era delgado, debía de medir un metro veinte, y tenía la piel tan blanca como el vientre de un pez. Lucía una mata desgreñada de cabello negro y sucio, y una barba enmarañada. Su único vestido eran unos calzones de cuero y se dedicaba a coser piezas de metal en un guante de seda. Le echó una breve mirada a Malden, luego meneó la cabeza y siguió con su tarea.

Malden volvió la cabeza y luego fue mirando en todas las direcciones hasta estar seguro de haber visto la sala entera. No quería que le pasara por alto una amenaza oculta... en un momento como ése, no. Malden reconoció a sus espaldas el tobogán por el que había descendido: un deslizadero de chapa trabajada a martillo. Estaba untada de grasa parduzca que brillaba con un fulgor mortecino a la luz de las velas. Seguramente habría podido trepar por allí, si le hubieran dejado tiempo suficiente... y nadie hubiera tratado de impedirselo.

El hombre del diván llevaba una espada al cinto, y Malden estaba convencido de que los demás también llevarían armas. Se imaginaba que tratarían de detenerle si intentaba escapar. No le habían hecho ir hasta allí sin un propósito. A juzgar por

cuanto le habían dicho los ancianos cuando aún se encontraban al aire libre, no iban a permitirle que escapara de una sola pieza.

Con el cuerpo algo entumecido, Malden salió del ataúd y logró ponerse en pie. Se sacudió el polvo y fue hacia el diván, con la intención de descubrir qué se pretendía que hiciera. El matón que se sentaba en éste levantó a los ojos y se quedó a la expectativa.

—Debes haberles causado buena impresión a los tres maestros que se encontraban arriba —dijo el matón. Malden reconoció al instante su voz: era el mismo que le había hablado cuando se hallaba dentro del ataúd.

—¿Eh? —preguntó Malden.

—Te han dejado la ropa y el puñal al cinto. A veces los hacen bajar desnudos.

—Quienes llegan a conocerme me tienen en buena consideración —dijo Malden—. Y ahora, ¿tendrás la amabilidad de llevarme con tu señor? Me han dicho que quiere hablar conmigo.

El matón enarcó las cejas.

—¿Y cómo sabes que el señor de este lugar no se encuentra aquí, ante tus ojos?

Malden hizo una reverencia a modo de disculpa.

—Una organización como ésta, en un lugar tan secreto, me lleva a pensar que tan sólo hay un hombre en la Ciudad Libre que pueda ser su señor. Lo conozco únicamente por su reputación, pero esa misma reputación me permite hacerme una idea de cómo debe ser. No creo que sea ninguno de esos jugadores que están ahí arrodillados, jugando a los dados por unos peniques. Estoy casi seguro de que no será un enano, y, por lo que respecta a ella... pues... —Malden buscó entre sus recuerdos—. Se llama Rhona. Es una de las muchachas de Madama Herwig, de la Casa de los Suspiros, arriba, en la Acequia Real. —La muchacha levantó el rostro con mirada de sorpresa, pero Malden le respondió con una sonrisa. En la ciudad había muy pocas meretrices que Malden no reconociera a simple vista—. Por lo que a ti respecta... hum... no creo que seas el señor de este lugar. Por imponente que sea tu figura, no te creería si me dijeras que tu nombre es Cutbill.

Al oír ese nombre, todos los que se encontraban en la sala miraron de reojo. Incluso el matón y la chica que jugaba con él fruncieron el ceño. Pero al cabo de un momento lo dejaron correr y el matón volvió a reír estentóreamente, y la muchacha empezó de nuevo con sus risillas.

—Eres más listo de lo que pensábamos —dijo el hombre.

—Pero mi saber no me ha hecho tan arrogante como para no responder a la llamada que me ha traído hasta aquí —dijo Malden.

El matón agarró a la muchacha con sus fuertes brazos y la dejó sentada sobre el diván. Entonces se puso en pie y acudió a estrecharle la mano a Malden.

—Me llamo Bellard. Sirvo a ese hombre de quien has dicho el nombre, cuando las sutilezas fracasan.

—Es un placer. Yo me llamo Malden.

Bellard se rió de nuevo.

—Ah, ya sabía cómo te llamabas. Y tenías razón: nuestro señor te aguarda. Está allí. —Bellard señaló con gesto enérgico a la pared opuesta, oculta tras una cortina manchada.

—Tengo que pasar al otro lado, ¿verdad? —preguntó Malden.

El matón sonrió.

—Si lo consigues, habrás recorrido ya un buen trecho.

Malden hizo una reverencia y se volvió hacia la cortina. La apartó de un tirón y encontró una puerta ancha en la pared, de robusta madera de roble, con grandes goznes de hierro. Una gruesa anilla de hierro servía para abrirla. Sólo había un problema. Una barra de hierro pasaba por la anilla y sobresalía a ambos lados de la puerta. Estaba sujeta por el candado más grande que Malden hubiera visto en su vida.

Bien... Malden sabía lo que había que hacer con los candados.

Sacó la daga y la sostuvo por la hoja. El arma tenía un cordel, fuerte y muy largo, enrollado en torno a la empuñadura, en apariencia para poder agarrarla con mayor comodidad. En realidad, el cordel tenía usos mucho menos evidentes. Malden soltó uno de sus cabos y luego lo desenrolló con un movimiento muy bien aprendido. Lo empleaba para esconder sus pequeñas herramientas: ganzúas ordinarias, de rastrillo, ganchos y un par de llaves de tensión. Dos llaves maestras para cerraduras de diferentes tamaños. Aquellos pequeños instrumentos de acero eran los bienes más preciados que poseía Malden, mucho más valiosos que su peso en oro. Le costarían la vida si alguna vez lo sorprendían con ellos, porque no tenían ningún uso legal... sólo servían para abrir cerrojos sin necesidad de usar la verdadera llave.

Dejó las herramientas en el suelo, a su lado, cuidadosamente ordenadas, y se arrodilló frente a la puerta para examinar más de cerca el candado.

—Ahí tienes una magnífica muestra de las artes de los cerrajeros —dijo Bellard a sus espaldas—. Originalmente se empleaba para cerrar la puerta del harén del caudillo norteño Krölt. Imagínate las exóticas e indómitas bellezas que debía encerrar, ¿eh?

Malden se preguntó si habrían sido la mitad de bellas que el propio candado. Se trataba, sin duda alguna, de un producto de exquisita artesanía... a la vista de su complejidad, debía ser obra de un enano. Su caja, de contorno arqueado, era más ancha que las dos manos de Malden juntas. Estaba hecha de bronce con adornos de cobre. Por desgracia, el paso de los años la había cubierto de moho. La parte frontal estaba decorada con remaches de latón en los que se habían labrado bellos rostros femeninos. El trabajo era tan minucioso que cada una de las caras tenía rasgos distintos, y todas ellas competían en hermosura.

La cadena que sujetaba el candado era de latón y tenía la forma de una cabellera trenzada. El amplio orificio de la cerradura estaba cubierto por una lámina deslizante para protegerlo del polvo y la humedad, que habrían echado a perder el mecanismo de su interior. Al apartar dicha lámina, Malden se dio cuenta de que el orificio era tan grande que podría meter dentro un par de dedos... si osaba. La llave que abría la cerradura debía de tener un buen tamaño.

La luz irregular que alumbraba la estancia no le permitía ver apenas nada del mecanismo, pero el arte de descerrajar se encuentra en los dedos, y no en los ojos. Seleccionó una ganzúa de punta dentada, así como la más grande de sus llaves de tensión. Rogó que fuera lo bastante grande. Se esforzó porque sus manos no temblaran mientras introducía con sumo cuidado la ganzúa en el orificio y empezaba a tantear en busca de guardas y cierres automáticos.

Cuando la ganzúa hizo contacto, pareció que el candado entero vibrase, como si en su interior hubiera saltado un muelle. Malden se dio cuenta a tiempo de que los

remaches se movían. Retrocedió de un salto y se apoyó con ambas manos en el suelo. Las ganzúas saltaron por los aires y se oyó cómo tintineaban sobre las baldosas de piedra, pero por el momento no pensó en ellas.

—Eres más rápido de lo que pensábamos —dijo Bellard. Esta vez no se rió.

Malden vio que los remaches grabados con caras de mujeres no eran simples remaches. Se parecían más bien a la lámina que protegía del polvo el ojo de la cerradura, porque podían desplazarse, y entonces dejaban al descubierto unos orificios ocultos. De cada uno de dichos orificios había emergido una púa con el tamaño de un clavo de carpintería. Si Malden no hubiera saltado a tiempo, los clavos se le habrían clavado en las manos. Miró más de cerca y vio que las puntas de todos los clavos estaban untadas con un fluido de color pajizo.

—Están envenenadas, naturalmente... —dijo Malden.

—El viejo Krölt era un tacaño y odiaba a los ladrones. Por supuesto que el veneno se secó y se fue desprendiendo hace siglos. La sustancia con que lo reemplazamos no es letal, porque el candado nos sirve para el entrenamiento de los nuevos. Pero eso no significa que su contacto sea agradable —dijo Bellard, y se encogió de hombros—. Pasarías tres días con fiebre, y durante todo ese tiempo sufrirías tales dolores que llegarías a desear que les hubiésemos puesto cicuta.

Malden se limpió el sudor, que le bajaba hasta los ojos. Por mucho que viviera de un oficio arriesgado, la muerte y el dolor lo habían amenazado con demasiada frecuencia aquella noche.

Y, por supuesto, la historia no había terminado. Si no conseguía pasar por la puerta y llegar a tiempo a su cita con Cutbill, podía darse por muerto. Tenía que descerrajar el candado, pero sin que le tocara ninguna de las púas. Tendría que proceder con grandes precauciones.

Recogió las ganzúas y las sujetó con fuerza por el extremo, para poder emplearlas a la máxima distancia posible. Albergaba la esperanza de que fuesen lo bastante largas como para descerrajar el candado sin tocar ninguna de sus púas. Pero no importaba cómo lo intentara, cuánto se esforzara, ni cómo doblara las manos en incómodos ángulos: las herramientas no llegaban a entrar en el candado.

Se sentó en el suelo, presa de la ira y la frustración, y dejó caer sus herramientas sobre las baldosas de piedra. ¿Qué podía hacer? Malden no estaba dispuesto a rendirse. Sólo Sadu sabría por qué le obligaban a sufrir aquel tormento, aquella serie de dificultades, pero debía de existir algún motivo... no podía creer que el dueño de aquel lugar fuera tan sádico como para hacerle pasar esas pruebas a modo de siniestro entretenimiento.

Así que el problema debía tener una solución. Una salida elegante y simple, al alcance de un hombre que supiera pensar. Malden siempre se había considerado a sí mismo muy astuto. No era muy fuerte —consecuencia de una mala dieta— y tampoco particularmente apuesto. Tenía una de esas caras en las que nadie se fija, ni recuerda al cabo de un rato de verla. Pero sí era listo. Rápido, como había dicho

Bellard. En ese momento, su mejor arma era el cerebro.

Tenía que existir una solución. Debía hallarse en la misma estancia, puesto que no le permitían salir. Y tenía que ser algo que pudiera encontrar tan sólo con abrir los ojos. Miró a su alrededor, en un intento por ver algo que se le había pasado por alto.

Miró de reojo al enano. Hasta ese momento no le había prestado mucha atención. A duras penas se había fijado en lo que hacía. Pero entonces se puso a observar su trabajo.

El enano cosía piezas de metal sobre un par de guantes de seda.

Malden se dirigió a él poniéndole la cara más amistosa de la que fue capaz.

—Anda, qué bonitos son esos guantes.

El enano se rió con sorna.

—Tan bonitos que su precio es alto —dijo.

Malden sintió que todas las miradas se habían vuelto hacia él. Fingió no darse cuenta.

—¿Puedo verlos? —preguntó. Agarró uno de los guantes y lo examinó. El enano había cosido varias docenas de pequeñas hojas de latón en el dorso y la palma del guante. No habrían servido de mucho en el combate, pero eran perfectas para la tarea que tenía entre manos. Tan perfectas que fue incapaz de imaginarse ningún motivo para su confección, aparte de ayudarle a descerrajar el venenoso candado. Malden abrió la bolsa y sacó un puñado de cuartos. No sé cuántas...

—Ya está bien —dijo el enano, y le quitó las monedas de las manos. Las contó con rapidez y las hizo rodar sobre la palma de su mano—. Todos los ladrones sois unos muertos de hambre... me has pagado sólo la mitad de su puto valor. —Le tendió los guantes a Malden, y éste los cogió—. Digamos que solamente te los alquilo —le explicó el enano—. Volverás a dármelos cuando ya no los necesites.

—Por supuesto —dijo Malden. Se puso los guantes y volvió a toda prisa a trabajar con el candado. No le quedaba ya ninguna duda de que el enano los había hecho con ese propósito. La seda era muy delicada y se rasgaría al cabo de poco tiempo de llevarlos, pero, al mismo tiempo, era lo bastante fina como para no hacerles perder a sus dedos la sensibilidad que necesitarían para abrir la cerradura. Las hojas de latón a duras penas le habrían protegido las manos de los golpes más débiles pero, cuando trató una vez más de abrir el cerrojo, comprobó que bastaban para impedir que las púas le hiriesen la piel.

Sin embargo, aunque llevara los guantes puestos, descerrajar el candado no le fue fácil. La cerradura era enorme y en su interior había docenas de cierres de clavija. Tuvo que hacerlos saltar uno tras otro con los ganchos, y luego mantenerlos en posición con una ganzúa de rastrillo, al tiempo que aplicaba la fuerza de torsión precisa con la llave de tensión. Las manos tenían que estar totalmente quietas, pero si no perdía la concentración, ni siquiera por un instante... sí... allí. Al oírse un segundo chasquido en el cerrojo, estuvo a punto de saltar de nuevo hacia atrás... pero esta vez fue distinto. El chasquido había sonado más fuerte, más rotundo, más



definitivo.

Las púas se retrajeron en sus orificios con una serie de suaves *clunc*. El cierre se abrió y el candado quedó colgando de la barra de hierro.

Se había abierto.

Malden volvió a esconder las ganzúas en la empuñadura de la daga y suspiró mientras lo envainaba. Retiró el candado de la barra, aunque era tan pesado que a duras penas podía levantarlo, y lo depositó cuidadosamente en el suelo. Se despojó de los guantes, dándoles la vuelta por si alguna gota de veneno había quedado adherida a las hojas de latón. Se los arrojó al enano, que los cazó al vuelo. Luego sacó la barra de la anilla y empujó suavemente la hoja de la puerta. Se abrió con un crujido.

Se volvió hacia Bellard.

—No le gusta que le hagan esperar —dijo el matón.

Malden asintió y dio un paso adentro.

Tras la puerta había un despacho pequeño y confortable, al calor de un brasero de carbón. Gruesos tapices cubrían las paredes. Un enorme escritorio estaba de cara a la puerta, tallado en una madera lujosa que con el tiempo se había ennegrecido; un plano de la ciudad, muy grande y detallado, colgaba de la pared que se encontraba detrás del escritorio; se veía asimismo una jofaina para lavarse la cara y las manos, y un estante lateral con una licorera y varias copas. Pero en el escritorio no había nadie. El único ocupante de la estancia estaba sentado en un taburete, en un rincón, y garabateaba en un grueso libro de contabilidad que tenía colocado sobre un atril.

Era un hombre muy flaco, de rasgos alargados y dolientes, y cejas que trazaban un arco empinado sobre su frente desnuda. Su cabello negro había retrocedido hasta la coronilla y lo surcaban dos mechones de color gris. Los ojos eran, a la vez, muy oscuros y muy brillantes, rasgados. Implacables. No se levantaron para mirar a Malden cuando éste entró.

Malden cerró la puerta a sus espaldas y aguardó con paciencia a que el hombre finalizase su tarea. Había sillas libres, pero no se sentó, porque no sabía muy bien qué podía esperarle en la acogedora estancia.

La pluma del hombre garabateó un poco más y luego se detuvo.

—Tu madre era una puta —dijo en un tono de voz inexpresivo.

Malden sintió una opresión en el pecho, pero comprendió lo que ocurría. Aquel hombre —que sin duda alguna era Cutbill, aunque no tuviese la apariencia de un genio del robo— quería probarle. Quería ver si Malden se enfurecía y se arrojaba sobre él, o si sólo se picaba por la ofensa.

En cualquier caso, no podía negar la veracidad de la afirmación.

—Sí, lo fue. Una buena mujer en una mala situación, que hizo lo posible por criarme con amor y paciencia. Murió de viruelas cuando aún era niño.

Cutbill asintió, como si no hubiera oído más que un nuevo dato para su libro de contabilidad.

—¿Y tu padre?

—La mitad de los hombres de esta ciudad podrían reclamarme, pero ninguno lo ha hecho hasta ahora.

—Siéntate. Puedes quedarte un rato —le dijo Cutbill. Malden eligió una silla cercana a la puerta—. Pasaste la mayor parte de tu adolescencia en un antro de vicio. Realizabas servicios de poca monta y llevabas recados para la madama. Seguro que en ese tiempo viste mucha actividad ilegal. Me atrevería a decir que tú mismo debiste participar... robabas a los borrachos; timabas a los clientes, o como mínimo los engañabas para que pagasen de más; proporcionabas pequeñas cantidades de drogas ilegales a las prostitutas. Pero no extendiste tus actividades a la ciudad hasta que tu

madre hubo muerto.

—No tenía muchas posibilidades de elegir —corroboró Malden—. Un hombre joven no tiene muchas oportunidades en un burdel... siempre hay un montón de niños abandonados que se prestan a limpiar y llevar encargos. Me dieron unas pocas monedas, pero a continuación me dijeron que me marchase y que me labrara mi propia fortuna. Quería ver cómo vivían las gentes honradas. Descubrí que la ciudad no tenía casi nada que ofrecerle a un hijo de puta sin dinero. No es buen sitio para los que nacieron en un mal lugar. —Si en algún momento había tenido la esperanza de despertar compasión en Cutbill, éste lo defraudó. El hombre con pintas de contable ni siquiera levantó los ojos—. Busqué un puesto en los más variados oficios. Ya era demasiado mayor... no había gremio que quisiera tomarme como aprendiz a la edad de quince años. Traté de emplearme como albañil, como carpintero, e incluso como estibador en los muelles. En todas partes me rechazaron... o me exigieron sobornos. Los mafiosos que organizaban el trabajo querían siempre un porcentaje de los peniques que pudiera ganar.

—Y tú no querías pagárselos.

—¿Y cómo iba a hacerlo, si tenía que sobrevivir? Para vivir en este mundo se necesita dinero: dinero para comer, dinero para alquilarse una habitación, dinero para los tributos. Con los sueldos que me ofrecían, me habría endeudado a la primera semana, y a partir de entonces no habría hecho más que empeorar. En otras ocasiones había visto ese mismo proceso y la miseria en la que siempre terminaba.

—¿Eh?

—Es así como los chulos tienen a raya a sus mujeres.

—Cierto —dijo Cutbill.

Malden jugueteaba nerviosamente con la manga del justillo.

—Un muchacho como yo no tenía ninguna oportunidad. Ninguna. Pero necesitaba dinero para sobrevivir. Podía salir a la calle y pedir limosna. O dedicarme a robar. Sabes muy bien lo que elegí.

—Y te diste cuenta de que se te daba bien.

—¿Quieres saber la historia entera de mi vida?

—Ya me la sé. Tan sólo la confirmo. Durante los últimos cinco años has sobrevivido en la pobreza a base de robar monedas a los distraídos. Ocasionalmente has engañado a alguna de tus víctimas, pero eres hábil sobre todo con los dedos, no con la voz. Hace poco que empezaste con los hurtos en casas. Llevas unos meses entrando en moradas. ¿Te importaría contarme por qué cambiaste de oficio?

—Las gentes de esta ciudad saben muy bien que no deben llevar mucho dinero cuando salen. Saben que ninguna bolsa es segura. El dinero de verdad lo dejan en casa. Me pareció lógico ir por el dinero, no por las personas.

El maestro de ladrones hizo una pequeña anotación en su libro.

—Sabes quién soy —dijo Cutbill—. Ahí afuera has dicho mi nombre.

Malden agitó una mano en el aire.

—Toda la Ciudad Libre conoce las hazañas del gran Cutbill, maestro de ladrones, proxeneta supremo, provisor de placeres prohibidos, abusador de confianzas, extorsionador de grandes y poderosos...

—Basta, por favor.

Malden volvió a sentarse en la silla, algo desconcertado. No había pensado que el hombre le hablaría con tanta llaneza... ni con tanta brusquedad. No se le ocurría cómo proseguir la conversación.

—Sabes muy bien que gobierno esta ciudad, o, por lo menos, sus comercios clandestinos. Que he organizado y consolidado el estamento criminal. Que tomé en mis manos las bandas y cuadrillas dispersas que se encuentran siempre en las ciudades de este tamaño y las transformé en un todo cohesionado, en un todo eficiente. —Cutbill dejó la pluma, se levantó del taburete e irguió el mentón—. Sabes muy bien cuál es mi fama. Te he contado tu propia historia para demostrarte que también conozco la tuya. —Malden no dijo nada—. No me gustan los lameculos, ni la falsa modestia, ni el hablar afectado. Por ello te lo voy a explicar de manera muy simple: desde que tuve noticia de tus actividades, te he observado de cerca, y con admiración. Llevo un registro de todos los que delinquen en la Ciudad Libre de Ness, tanto si trabajan para mí como si no. Pero a ti, Malden... a ti te he seguido muy de cerca. Tienes todas las habilidades innatas en un ladrón: paso ligero, manos hábiles, la capacidad de guardar un secreto. Y las has adquirido tú solo. No te guió ningún maestro, no hubo escuela que te enseñara los recursos de nuestra profesión. Me parece impresionante. Por lo menos, me pareció impresionante hasta esta misma noche.

»Esta noche has entrado secretamente en la casa de Guthrun Whiteclay, maestro del honorable gremio de alfareros, y le has sustraído varias piezas de vajilla de plata, cubertería fina y un saco de monedas de plata que tenía oculto bajo la cama. Pero no supiste prepararte bien para esa incursión.

Malden frunció el ceño. Le parecía que nadie habría podido ir tan bien preparado como él.

—Vigilé la casa durante tres días. Me enteré de que Whiteclay y su mujer saldrían para asistir a una fiesta en el Salón del Concejo, vi que el hombre cerraba la puerta principal de la casa y que se olvidaba de echar el pestillo de una ventana lateral. Me envolví los zapatos con tela para amortiguar el sonido de mis pisadas. Había estudiado las rondas de la Guardia Ciudadana y calculado en qué momentos tenía que entrar y salir para que no me viesan. Incluso esperé a una noche en que las brumas ocultaran la luna, para que así quedase a oscuras el callejón por el que iba a ir y volver.

—Sí —dijo Cutbill—, pero te olvidaste de preguntarle a nadie si Guthrun Whiteclay gozaba de protección. ¿Entiendes ese concepto? Tengo un trato con él. Nada formal, nada escrito, por supuesto. Pero todos los meses recibo de sus manos una suma de dinero. A cambio de su módica contribución, se encuentra a salvo de

todo hurto, asalto, chantaje y asesinato por parte de sus rivales en el negocio. Quizás a ti te parecería más fácil olvidarte de él... pero te aseguro que, a lo largo de los años, este trato me ha dado mucho más dinero del que habría sacado con la venta de todo lo que hay en su casa. Ahora me has costado dinero, porque tengo que mandar a mis agentes a recuperar los objetos que le robaste y devolverlos a la casa de Whiteclay antes de que éste se dé cuenta de que le han desaparecido. ¿Comprendes la magnitud de esa tarea? ¿Comprendes lo que me va a costar si fracaso?

—Ya veo —dijo Malden, y se movió incómodamente en la silla—. Así que esto es una extorsión. Quieres que te devuelva todos esos objetos, que te entregue la plata que tanto me costó adquirir. Bueno... no me gusta... pero ¿qué otra opción me queda? Si me niego, podrías ordenarle a ese espadachín que tienes por mascota que me atravesara como a un cerdo en un espetón.

Malden pensaba que Cutbill no debía haber sonreído en toda su vida. Aun así, torcía una de las comisuras de los labios, como si saboreara un delicioso bocado de información que no había querido compartir con Malden.

—Sí, sí, todo eso es cierto. Pero hay más. Quiero que te unas a mi organización.

Malden frunció el ceño.

—¿Disculpa?

—Quiero emplearte.

Ambos callaron por unos instantes, hasta que Malden hubo comprendido plenamente el alcance de las palabras de Cutbill. Al responder a su llamada, Malden había esperado algo muy distinto. Había contado con que tendría que devolver el dinero que se había llevado y que le darían una brutal paliza (si no algo peor) a modo de recibo.

—Siempre he trabajado solo —dijo.

—Y no puedo permitir que sigas así. Eres demasiado bueno para ser independiente —le explicó Cutbill—. No me gustan los competidores. Preferiría que te unieses a mi gente. Si aceptas, tú también ganarás algo a cambio, por supuesto. Sabes que buena parte de la Guardia Ciudadana cobra de mis manos, y también varios nobles de palacio. Ahora mismo, si te pillaran robando, aunque fuera un solo penique del cepillo de una iglesia, morirías en la horca. Si te guareces bajo mis alas, estarás protegido contra ese destino, al menos en cierta medida. Además, contarás con los servicios de mi enano, Slag, que te proporcionará herramientas de una calidad y precisión que no encontrarías en ningún artesano humano. No tendrías por qué abandonar tus robos habituales, aunque, por supuesto, sí deberías abstenerte de robar a mis clientes. También tengo otra cosa por ofrecerte.

—¿Eh?

—El mayor deseo de tu corazón. Lo que más deseas. Te ofreceré la libertad.

—Todos los hombres que viven en Ness son libres. Aquí no hay esclavos —le indicó Malden. Ness se llamaba la Ciudad Libre precisamente por eso. En el exterior de sus murallas, la mayoría de los hombres y mujeres eran villanos, campesinos, poco más que esclavos. No eran dueños de la tierra, ni del ganado, ni siquiera de la ropa con que se vestían. No podían casarse sin permiso de su señor, ni marcharse de sus granjas, a menos que su propietario los vendiese a otro noble... y, en este último caso, no podían llevarse nada, salvo los niños.

Pero en Ness todos los hombres eran dueños de sí mismos. Podían trabajar para mantenerse a sí mismos y a sus familias, o llevar una vida de haraganería y morir de hambre por las calles. Pero eran ellos mismos quienes elegían.

—No he dicho que seas un esclavo. Más bien un prisionero. No tienes familia ni derecho de nacimiento. Vistes como un trabajador común y hablas con el acento de los campesinos. Si trataras de abandonar esta ciudad, si dieras un paso fuera de sus murallas, caerías en manos del primer alguacil que te viera. Te vendería a un barón de poca monta y te pasarías el resto de tus días trabajando sus campos. Ness es una prisión muy grande, Malden, y la puerta de tu celda está abierta. Pero sólo porque los poderosos saben que nunca te vas a marchar.

—Si tuviese dinero suficiente...

—Pero no lo tienes, y si sigues con esa vida que llevas no lo vas a tener jamás. Si insistes en trabajar solo, tus días terminarán en el patíbulo, o, si tienes suerte, en la miseria de una chabola. Si trabajas para mí, cambiaremos esa situación. Llevará cierto tiempo. Trabajarás más duro para mí de lo que trabajarías para un tendero. Pero el dinero será tuyo. Y los hijos de puta, si tienen dinero suficiente, también se hacen respetar. Podrías ir a donde quisieras y vivir como te apeteciera. Lo que te ofrezco es la libertad, Malden. La verdadera libertad.

Malden sintió que se le aceleraba el corazón. Cutbill lo conocía bien, conocía su corazón y su alma. ¿En cuántas ocasiones había pensado lo mismo? ¿En cuántas ocasiones había maldecido al destino por haberle hecho hijo de su madre?

—Reconozco —dijo, eligiendo cuidadosamente las palabras— que la tentación es fuerte. ¿Puedo preguntarte qué sacarías tú de nuestro acuerdo?

—Me quedaré con una parte de todo lo que ganes. Digamos que nueve partes de cada diez.

Malden se quedó boquiabierto. Aquello era un robo sin ningún tipo de pudor... no había proxeneta que cobrara tanto. Pero tenía que ser consciente de quién se lo proponía. En el rostro de Cutbill había cierta dureza que le hizo comprender a Malden que las cifras no eran negociables.

—¿Y si no acepto la oferta?

—En tal caso, podrías marcharte y salir por la misma puerta por la que has entrado. Claro que, al sentirme defraudado, tal vez me olvidara de darle a Bellard la señal para que te deje pasar, y entonces pensaría que tratas de huir contra mi voluntad.

—Naturalmente —dijo Malden—. Bueno, pues en ese caso me imagino que mi respuesta tendrá que ser...

Cutbill lo interrumpió.

—Lo más probable es que ahora mismo pienses que más adelante encontrarás una manera de robarme. Que me podrás estafar con los pagos. Que buscarás una manera de que los términos del acuerdo te favorezcan más. Me has demostrado tu inteligencia. Quizá te parezca que eres más inteligente que yo.

—Ni se me ocurriría pensarlo —dijo Malden.

—No tengo ningún motivo para creer que jugarás limpio conmigo. Por ello, te voy a tener a prueba durante algún tiempo. Al final podrás integrarte plenamente en mi organización. Digamos que mi negocio funciona de manera parecida a un gremio. Todos los nuevos miembros tienen que trabajar durante un tiempo como aprendices, y ese período finaliza cuando han demostrado que son capaces de llevar a cabo las tareas de la profesión. Así, por ejemplo, uno de los aprendices de Guthrun Whiteclay podría modelar un vaso especialmente grande y elegante... y con esa obra se ganaría la admisión en el gremio.

—Soy demasiado mayor para entrar como aprendiz —replicó Malden.

—Es cierto. Y creo que podríamos considerar que te has ganado el derecho de

admisión con el robo de esta noche. Así que empezaremos como si ya fueras oficial, porque ése sería el rango inmediatamente superior en nuestro hipotético gremio. Pero hay otra circunstancia que te impide el ingreso en esa categoría: para considerarte miembro de pleno derecho, tienes que pagar las cuotas del gremio. Por ello, cuento con que me pagues de inmediato, antes de que puedas gozar de ninguno de los privilegios de tu nuevo empleo.

Malden se mordió la lengua. Lo que habría querido decir era esto:

«Ah, bellaco repugnante y traidor, estafador maldito, ¿es que tu falta de nobleza y tu mendacidad no conocen límites? Me has traído hasta aquí bajo amenaza de muerte y me quieres chupar toda la sangre, ¿y ahora quieres que te sirva a cambio de nada?».

Pero tan sólo dijo esto:

—¿Cuánto?

Cutbill pasó las páginas de su libro de contabilidad. Consultó una entrada que se encontraba entre las primeras, luego levantó el rostro y, por primera vez, miró a los ojos a Malden.

—Creo que me bastará con ciento un reales. ¿O te parece poco, después de todo el trabajo que me has dado esta noche?

—Creo... —Por unos instantes, Malden no logró hablar—. Creo... que voy a alabar tu generosidad ante todas las personas que me encuentre.

—Bien. Ya puedes marcharte. —Cutbill agarró de nuevo la pluma y volvió a escribir en el libro.

Malden se levantó de la silla. Las piernas le temblaban. Había trabajado con manos firmes al abrir el candado envenenado. No se había inmutado cuando la flecha había atravesado su sombra. Pero en ese momento su cuerpo se rebelaba ante las órdenes que él mismo le daba. Se volvió hacia la puerta.

—¿Sabes?, en ningún momento me has dado la ocasión de responder sí o no.

—Nunca lo hago. Quien se embarca en discusiones de negocios, tiene que tener claro el resultado antes de empezar. Si no, está condenado a la derrota. Recuérdalo, Malden. Ah, y no salgas por ahí.

Malden miró hacia la puerta. No vio ninguna otra salida.

—Claro, por supuesto. Todavía no has dado la señal para que me dejen pasar.

—Esa señal no existe. Si sales por esa puerta, Bellard te acuchillará. No importa lo que yo haga o diga. Creo que lo haría de mala gana... me parece que le caes bien. Lo mejor será que pases por aquí.

Cutbill le señaló con la pluma uno de los tapices que quedaban a sus espaldas. Al apartarlo, Malden descubrió un pasillo muy largo que terminaba en unas escaleras que conducían hacia arriba. Sin mirar atrás, subió por ellas, hasta una trampilla por la que salió a uno de los callejones de la Peste... el barrio de los pobres, que se hallaba junto a la muralla de la ciudad. Y donde se encontraba su hogar, aunque todavía le quedara un buen trecho hasta allí.

De camino, lo acompañaba un solo pensamiento.



«Ciento un reales».

Era una fortuna. Había caído en la esclavitud. Mientras no pudiese pagar, sería esclavo de Cutbill, y trabajaría a cambio de nada, tan sólo para pagar el precio por su propia vida. Quizá tardara un año en conseguirlos, aunque redoblara sus esfuerzos, aunque desvalijara sólo a las víctimas más ricas... y estaba seguro de que éstas se encontrarían en la lista de protegidos de Cutbill.

¡Ciento un reales! Eran unas monedas tan valiosas que el típico oficial de un gremio honrado podría ganarse una sólo al cabo de un año. La vajilla y la cubertería que le había robado a Guthrun Whiteclay le habrían procurado, a lo sumo, dos, quizá tres, y eso si lograba vendérselas a un perista generoso y comprensivo en extremo.

¡Ciento un reales!

Llegó a su morada, sin apenas consciencia del camino que había seguido. Tenía una habitación en el piso de arriba de una cerería. No era gran cosa, pero al menos estaba limpia. Se echó sobre el jergón de paja nada más llegar. Había escondido la vajilla y la plata debajo de éste, bajo unos tablones sueltos. No se sorprendió de que hubieran desaparecido. Uno de los ladrones de Cutbill debía de haber entrado para recuperarlos. En su lugar había una botella de vino del malo. Tenía una tira de papel anudada al cuello. Al desplegar la nota, leyó: «Bienvenido a nuestro gremio».

Estaba firmado, por supuesto, con el tosco dibujo de un corazón atravesado por una llave.

Se bebió la botella entera y se quedó muy borracho, tumbado en la cama mientras el mundo entero daba vueltas a su alrededor, y alternativamente maldijo y bendijo el nombre de Cutbill. El jefe del gremio de ladrones pedía un rescate por no arrebatarle la cabeza... un rescate absurdo por lo cuantioso. Sólo un necio habría aceptado la oferta, sólo un idiota habría pensado que le sería posible conseguir ciento un reales antes de estar encorvado y viejo.

Y, con todo... y, con todo... no dejaba de pensar en lo que le había dicho Cutbill. Libertad. Malden no era esclavo, pero sí prisionero. Pero podía romper los grilletes. Liberarse, si conseguía el dinero. El dinero lo era todo en Ness, igual que en el resto del mundo. Un hombre con dinero era dueño de sí mismo... podía comprarse ropa buena, comprarse una casa... en definitiva, comprar. A Malden, la gente honrada le escupía por la calle. Si tenía dinero suficiente, se descubrirían cuando le vieran pasar. No, cuando ya hubiera pasado, en un magnífico carruaje, con un siervo con librea que conduciría los caballos...

Era inimaginable. Imposible. Pero lo que le había dicho Cutbill era cierto: por sí mismo, no lograría cambiar jamás su situación. Nunca pasaría de ladronzuelo, de ratero, condenado a una muerte ignominiosa. Pero si tenía detrás a Cutbill, con todo el poder del gremio de ladrones...

Su vida entera cambiaría. Tendría algún significado, como su madre siempre había querido. Como siempre había soñado. Aunque en el lecho de muerte hubiese renunciado a toda esperanza.

Todo lo que se interponía entre Malden y ese futuro era un montón de monedas de oro.

¿Qué podía hacer, entonces, salvo volver al trabajo? Pero ¿qué clase de trabajo? Ah, ése era el problema. Su cerebro estaba enfebrecido con planes y proyectos, pero ninguno de ellos podía salirle a cuenta. En un primer momento había pensado en pagarse la deuda a base de allanar moradas, pero eso sería... problemático. Todos los ciudadanos más ricos de la Ciudad Libre figuraban en la lista de protegidos de Cutbill. Por ello, sus posibilidades quedaban muy limitadas, y así, al cabo de un par de días, volvió a su antigua rutina en la Plaza del Mercado, a la sombra del Monte del Castillo y de su muro de siete metros de altura.

No encontraría un lugar mejor para lo que tenía planeado.

—¡Disculpa, mi buen señor, y que todas las bendiciones de la Señora estén contigo!

Era el truco más viejo del manual, pero por algo era viejo: todavía funcionaba. Malden llevaba el brazo derecho en cabestrillo. Tres dedos heridos y el muñón terriblemente infectado de un cuarto sobresalían entre las vendas... una grotesca

herida que empujaría a la mayoría de quienes la vieran a volver la cabeza hacia otro lado, y no a examinarla con detenimiento. Con lo abarrotada que estaba la Plaza del Mercado, era inevitable que el brazo malherido chocara de vez en cuando con algún transeúnte. Hasta ese momento, Malden había golpeado por accidente a una dama de alcurnia con el cabello recogido en redecillas a ambos lados de la cabeza, a un siervo con librea de casa noble ataviado con ropajes negros y verdes, y a un mercader rollizo que se cubría la cabeza con un sombrero más ancho que sus hombros, adornado con una pluma.

—Discúlpadme, respetable dama, es este maldito brazo... —Decía, o si no—: Que la Señora te guarde, señor mío, cuánto lo siento. —Se volvían con la intención de mofarse de él, o, en algún caso, para apartarlo de una patada pero, en cuanto le veían el brazo, murmuraban unas palabras huecas de disculpa y luego se apresuraban antes de que pudiera pedirles dinero.

Pero, por supuesto, Malden les había abierto ya la bolsa. El brazo roto era falso. Slag, el enano, lo había tallado en madera y luego lo había pintado para que su color fuese idéntico al tono de la piel de Malden. Era hueco, de manera que fácilmente podía meter y sacar su auténtico brazo. Con la mano derecha de verdad sostenía unas tijeras pequeñas, muy afiladas, y una pieza cuadrada de fieltro húmedo. En el momento en el que la presa se volvía hacia otro lado, le bastaba un momento para hacer un tajo en la bolsa y dejar que las monedas cayeran silenciosamente sobre el paño. Por lo general, se hacía con peniques, chelines y cuartos; nada de mucho valor. Había calculado que, a ese ritmo, necesitaría unos veinte años para pagarle la deuda a Cutbill.

Pero, en un día como ése, el mero número de víctimas podía compensar el magro botín que sacaba de cada una de ellas. La plaza estaba abarrotada de uno a otro extremo, aun cuando no fuera día de mercado. El anonimato que le procuraba la multitud también le facilitaba la labor.

Se detuvo unos instantes para echar una ojeada en todas direcciones. No había guardián ni vigilante que llevara a tantos ladrones al patíbulo como la codicia y la impaciencia. No era recomendable robar demasiadas bolsas, ni siquiera entre una muchedumbre tan nutrida, porque podía suceder que alguien diera la alarma, y gritara, y todos los hombres inspeccionaran su faltriquera. Llegado ese momento, salvar la vida ya no dependía de las manos, sino de los pies. Y, en cualquier caso, incluso un hombre que había ido hasta allí para trabajar, como Malden, podía disfrutar del espectáculo del día.

Allí donde la sombra del Monte del Castillo protegía mejor de la luz del sol y del calor del día, se había levantado un tablado de madera, y los hombres más poderosos de la ciudad habían tomado asiento con copas de vino caliente, a la espera de que empezase la función. Ommen Tarness, el burgrave, había ido en persona. El gobernante supremo de la ciudad se sentaba en un trono de madera tallada. Su sencilla diadema de oro bruñido le refulgía en las sienes. Se había vestido con paño

de oro y brocados, y una llave de latón le colgaba del cuello. A pesar de su abigarrada vestimenta, su rostro era el de un hombre habituado a dar órdenes. Tenía los ojos severos de un gobernante. En aquel rostro había poca piedad y mucha firmeza.

A su derecha, bajo un dosel, se sentaba Murdlin, embajador del Reino de los Enanos. No era muy habitual ver enanos a plena luz del día. Eran criaturas subterráneas y odiaban el sol. Murdlin llevaba un sombrero de ala ancha calado hasta los ojos pero, de todas maneras, parecía nervioso. Las piernas le colgaban de su silla de dimensiones humanas y daba patadas al aire. Se había untado el cabello con grasa de oso para la ocasión y se había peinado la barba en cien trenzas sujetas por el extremo con cuentas carnelias.

A la izquierda del burgrave se hallaba el brujo Hazoth, con el rostro cubierto por un velo de negro crepé, como le correspondía a un practicante de su temible profesión. Las historias que se contaban sobre él helaban la sangre. Se decía que Hazoth había vivido en Ness durante varios siglos... nadie sabía exactamente su edad, pero había superado con creces el tiempo de vida natural. Al parecer, en tiempos remotos había invocado demonios para salvar Skrae de los elfos, y luego de los enanos, durante las interminables guerras que habían marcado los primeros años del reino. También había hecho que temblara la tierra y lloviese fuego desde el cielo. Por supuesto, ya no hacía nada de todo eso. La invocación de un diablillo menor era suficiente para que a un hombre lo quemaran en la estaca. Con todo, las gentes retrocedían y volvían la mirada al ver pasar a Hazoth, y susurraban historias que nadie se atrevía a no creer.

Detrás de esos tres se encontraba el bailío Anselm Vry con sus alguaciles, los criados del burgrave, nobles de menor rango, caballeros, señoras e incontables siervos. Eran tantos que el tablado de madera crujía bajo su peso.

Abajo, de pie sobre el empedrado de la plaza, se hallaban los prohombres de la Cuesta Dorada, el barrio de la ciudad habitado por mercaderes, burgueses, maestros gremiales y todos cuantos pudieran vivir bien de sus negocios: una abigarrada multitud de capuchas ajustadas y túnicas ceñidas, pantalones a cuadros de varios colores, redecillas y griñones, y holgados talabartes. Por supuesto que no había nadie que aventajara en colorido a los siervos con librea. Naturalmente, también se veía un buen número de capas y jubones raídos, porque una reunión como ésa había de atraer por fuerza a los mendigos y vendedores ambulantes de toda laya. Luego estaban también los matones y guardaespaldas, que preferían la seda negra y las prendas de cuero, para que se viese bien lo sería que era su profesión. Pero incluso ellos hacían alguna concesión a la alegría de la muchedumbre y se ceñían guirnaldas de flores en torno a sus yelmos, o ataban a las astas y empuñaduras de sus armas los pañuelos y cintas que les habían regalado sus damas. En ese día, por decreto, todo el mundo tenía que ostentar signos de pompa y celebración.

Los ahorcamientos públicos no eran cosa que se viera todos los días.

Llevaron al acusado hasta la plaza de pie sobre un carro, maniatado y con los ojos vendados. Vestía unos calzones y un camisón blanco. Su cabello era rubio y lo llevaba muy corto, y le habían afeitado el rostro para la ejecución. Aunque llevara un trapo mugriento atado en torno a los ojos, Malden vio que tenía el rostro de un poeta, pero el cuerpo de un guerrero. Más de una de las mujeres que se hallaban entre la multitud le susurró alguna picardía a su vecina mientras el carro pasaba frente a ellas camino del patíbulo.

Malden lo odió al instante, por una cuestión de principios.

El enmascarado verdugo bajó del patíbulo de un salto, agarró las manos atadas del preso y lo llevó a rastras. El condenado arqueó la espalda por culpa del dolor e hizo una mueca (dejando al descubierto unos dientes blancos y perfectos), pero se negó a proferir ni un solo gemido. Forcejeó brevemente con el verdugo hasta que logró erguirse solo y poner el pie sobre el primero de los escalones del patíbulo. Subió hasta arriba sin vacilar.

La muchedumbre se apretujó en las primeras filas mientras murmuraba con una alegría maligna que a duras penas lograba esconder. Arriba, en la plataforma, el criminal se mostraba a sí mismo con orgullo, y el leve estremecimiento de horror que los ahorcamientos siempre provocan en los asistentes recorrió el cuerpo de los que se habían congregado para verlo.

Se leyó una lista de cargos, pero Malden no escuchó. Estaba demasiado ocupado en vaciar bolsas. En realidad, lo más importante no era tener dedos hábiles. Lo más importante era elegir el momento adecuado. Había que esperar hasta que la víctima estuviera distraída y no se diese cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

Llegado ese momento, todo era un juego de niños. Las tijeras daban unos cortes y las monedas iban a parar a las manos de Malden. El rollizo mercader que tenía delante ni siquiera se volvió para ver quién lo había tocado.

Arriba, en el patíbulo, parecía que el espectáculo estuviera a punto de empezar. Las mandíbulas se les abrieron y los ojos se desorbitaron cuando el condenado irguió el mentón e interrumpió la lectura de los cargos.

—¿No veré a mi acusador antes de que me maten? —preguntó el reo, con voz clara como el tañido de una campana.

En el palco, el burgrave se levantó de su trono. Una sonrisa sarcástica le retorció los labios.

—Dado que tu condición es igual a la mía, me imagino que tienes derecho a exigirlo. Que me vea.

El verdugo le quitó la venda de los ojos y, en un primer instante, el rubio no hizo más que parpadear y bizquear bajo la resplandeciente luz del sol. Luego levantó el

rostro y vio que Ommen Tarness lo contemplaba en silencio.

—Ah —dijo el reo—. Te saludo, mi señor.

—Justamente, *sir* Croy —le respondió el burgrave—. Todavía soy tu señor.

Las gentes gritaron, sorprendidas. Aparentemente, habían ido hasta allí sin saber que el hombre que aguardaba la horca era un caballero. Un hombre con patrimonio y buena familia... por lo que su ejecución sería aún más jugosa. Lo más interesante: al oírlo, el embajador de los enanos, Murdlin, se sobresaltó visiblemente. El enano parecía dividido entre emociones encontradas... y en eso se semejava a la multitud que circundaba a Malden. Se formó un gran caos de voces y opiniones. Se diría que no hubiera dos ciudadanos que pudieran ponerse de acuerdo sobre lo que significaba aquello.

Tarness levantó ambas manos para imponer silencio.

—Croy, la última vez que nos vimos te advertí de que no toleraría tu regreso. Pero has quebrantado las normas de tu destierro. Espero que tuvieras un buen motivo.

—Sí lo tengo —dijo el caballero, al tiempo que inclinaba la cabeza—. He venido por amor.

La muchedumbre estalló. Los había que se mofaban, mientras que otros expresaban la misma incredulidad que Malden. Otros, en gran número, lanzaron gritos de compasión. Tarness negó con la cabeza y volvió a sentarse en su trono.

—Basta de disparates. Proceded.

—¡Espera! Te ruego que me dejes hablar en defensa propia —gritó el caballero—. Estoy seguro de que si oyes mi relato...

Tarness hizo un gesto con la mano y el verdugo abofeteó a Croy. El burgrave miró hacia otro lado, molesto, y dijo:

—Amordazadlo para que no tenga que oírlo. Y luego proceded.

El propio Malden tuvo que reconocer que ese trato le parecía injusto. El hombre estaba a punto de morir... tenían que autorizarle a hablar, si así le apetecía. Cedió a sus instintos y se unió al coro de abucheos y silbidos que brotaban de la multitud.

Con todo, Malden no había ido hasta allí para contemplar la agonía del caballero, sino para trabajar y llevarse una buena cosecha en monedas. Apartó los ojos de la escena que tenía lugar en lo alto del patíbulo y anduvo entre la alborotada multitud, en busca de una última víctima antes de dar por terminado el día. Sería fácil robar una bolsa en el momento en el que ahorcaran al condenado. En esos instantes, todos los ojos que se hallaban en la plaza mirarían en la misma dirección. Sin embargo, no se veían muchas presas fáciles, y en un momento dado incluso casi lo pisotearon. Algunos de los que se hallaban entre la multitud se pusieron a exigir la libertad del reo y levantaron los puños en el aire. Se acercaron al patíbulo, como si hubieran tenido la intención de asaltarlo y liberar ellos mismos al reo. El bailío hizo un gesto a los guardias. La guardia de la ciudad se distinguía por unas capas con bordados que representaban ojos. Se arrojaron contra la turba y la golpearon con sus varas hasta que ésta empezó a retroceder.

Habría sido una locura tratar de robar otra bolsa en las mismas narices de la Guardia Ciudadana, y por ello Malden retrocedió, alejándose del patíbulo, y se la pegó contra lo que le pareció una muralla de hierro.

Se volvió con una maldición en los labios, pero se la guardó para sí en cuanto vio con quién había tropezado: un hombre mucho más alto y corpulento que él, que se había quedado detrás de la muchedumbre, con desdén, como si estuviera por encima de la sed de sangre que ésta sentía. Vestía cota de malla bajo un justillo de cuero negro. Le cubría la cabeza una desordenada maraña de cabello castaño que se prolongaba hasta transformarse en tupida y gloriosa barba. Miró a Malden como si lo viese desde una gran altura. Una cicatriz le zigzagueaba sobre el puente de la nariz.

—No te muevas, muchacho —dijo el hombre corpulento—, ¿te has hecho daño? Ah, sí, veo que sí. Cómo he podido ser tan asno como para no ver que estabas ahí...

Malden se lamió los labios. Había estado a punto de gritarle insultos mucho peores que ése, pero vio la gigantesca espada que le asomaba entre los hombros. Por ello prefirió callarse, porque tenía cerebro en la cabeza. Malden no discutía nunca con un hombre que llevase espada.

También tenía otro motivo para no discutir. Ocultos en el cabestrillo, sus dedos, largos y finos, habían tocado una bolsa muy abultada bajo el cinturón del espadachín. Por la manera como colgaba —baja y pesada—, debía contener algo más valioso que unas monedas de cobre.

En el palco, el enano Murdlin se esforzaba en vano por lograr que el burgrave le hiciera caso. Malden apenas era consciente de que hubiera alguien más en la plaza. Estaba demasiado atareado en recorrer con la yema del dedo el borde de una moneda que se encontraba dentro de la bolsa del espadachín. Pensó que debía de ser plata, a juzgar por el tacto.

Habría sido una locura robarle a un hombre tan bien armado, una temeridad de esas que Malden no se permitía jamás. Pero el patán le había hecho moretones. Malden fingió no poder tenerse en pie y dejó que el espadachín le agarrara el brazo izquierdo. Hizo una rápida pasada de tijeras con la mano derecha y sintió el peso de las monedas, que escapaban de la bolsa donde había abierto el corte. Pesaban lo suficiente como para ser de oro, aunque no lo sabría hasta más tarde, cuando las hubiera examinado.

—El error ha sido mío, y prefiero pedirte perdón, en vez de agravar la molestia —dijo Malden. Levantó la mano y se tocó la capucha a manera de saludo, y luego se volvió y desapareció entre el gentío antes de que el espadachín pudiera decir otra palabra.

En el patíbulo, el verdugo ató la soga en torno al cuello del caballero y tiró con fuerza de su otro extremo. «Mejor tú que yo», pensó Malden. Lo ideal sería marcharse con el jolgorio que se armaría cuando el pobre imbécil quedara suspendido en el aire. Sin embargo, no había dado más que unos pasos cuando oyó las dos palabras que más temía:

—¡Al ladrón! —gritó el espadachín.

A menos de cinco pasos de allí, un guardia, con su capa adornada con figuras de ojos, miró a los ojos de Malden. Dio un paso hacia él... pero entonces ocurrió un milagro.

—¡Esperad! —gritó el embajador de los enanos desde el palco—. No puedo permitir que esto siga adelante. El rey de mi pueblo siente un gran aprecio por ese hombre. ¡Mi señor burgrave, te ruego que le perdone la vida!

Fue suficiente para que el caos se adueñara de la plaza. Los guardias se esforzaron cuanto pudieron para impedir que la multitud destrozara el patíbulo con las manos desnudas. Mucho antes de que el guardia que lo había visto y sus compañeros hubieran podido dominar a la muchedumbre, Malden escapó. Sus flacas piernas se movieron a toda velocidad. No se presentaría una ocasión mejor para escapar, y Malden tenía la intención de exprimir hasta el final todas las oportunidades. Pero su momento de suerte no careció de contratiempos. Mientras huía, miró hacia atrás en una única ocasión... y confirmó lo que más se temía. La guardia lo había perdido de vista, pero el espadachín no. El hombre corpulento le seguía los pasos.



Malden se abrió paso a empujones entre el gentío, que lo empujaba a su vez. Pero era como un pez escurridizo y sabía moverse bajo brazos, en torno a panzas hinchadas e incluso entre piernas robustas. Su menudo cuerpo era una ventaja en una vida en la que siempre se veía obligado a huir. Rodeó a una cuadrilla de estudiantes, demasiado borrachos para reaccionar cuando pasó por su lado, y luego trepó hasta lo alto de una carreta cargada de fruta antes de que el vendedor pudiese detenerle. Agarró un melón bien maduro y aguardó a que llegara el momento.

—Eh, tú —le gritó el comerciante—, baja de ahí y...

Malden le arrojó una moneda de tres peniques y el vendedor se volvió como si no lo hubiera visto. La moneda valía doce veces más que el melón.

El barbudo espadachín se abrió paso entre los estudiantes y derribó a la mitad como si hubieran sido otros tantos bolos.

—Alto ahí, ladrón, sólo quiero que...

Malden le arrojó el melón con extraordinaria puntería. Se partió contra el rostro y el pecho del espadachín, y su pulpa le dejó grumos grandes y amarillos en la barba y sobre los ojos. Cuando el hombre se hubo recuperado de su sorpresa y empezó a limpiarse la cara, Malden ya había echado a correr de nuevo.

Media docena de calles partían de la Plaza del Mercado... desde allí se podía alcanzar fácilmente cualquier barrio de la Ciudad Libre de Ness. Malden no se decidió por ninguna de ellas. Conocía un camino mejor, más rápido: por los tejados, donde pocos lo seguirían.

Pero primero tenía que subir.

En el extremo sur de la plaza había una fuente, de varios pisos, un obsequio que el tercer burgrave le había hecho al pueblo. Constaba de una serie de grandes cuencos sostenidos por las doncellas de la Señora, la divinidad favorita del burgrave. Malden corrió hacia ella y trepó por un cuenco tras otro. Sus pies a duras penas se mojaban al posarse sobre los bordes de piedra de los cuencos. Al llegar arriba, con un pie apoyado en el codo de una de las doncellas, se volvió para ver si su ascenso había suscitado las iras de la guardia. No habría tenido que molestarse. La multitud se había arrojado en masa contra el patíbulo y estaba atareada en bajar al caballero cautivo, y el burgrave y el embajador de los enanos chillaban órdenes contradictorias a sus sirvientes. Malden no tuvo problemas en saltar desde lo alto de la fuente hasta un tejado empinado, y una vez allí anduvo a gatas para no resbalar por las lisas tejas de plomo. Se encontraba sobre el arsenal de la ciudad. Por lo común estaba defendido por guardias, pero éstos se habían marchado para intervenir en el tumulto de la plaza. Malden trepó por el tejado del arsenal, y luego por uno de sus chapiteles, hasta saltar luego a otro tejado, el del edificio de aduanas e impuestos.

No era la primera vez que se encaramaba hasta aquellas alturas. El barrio que circundaba la Plaza del Mercado estaba repleto de templos antiguos, edificios públicos y casas palaciegas pertenecientes a los maestros de los gremios y a la nobleza menor. Lo llamaban los Chapiteles por su rasgo arquitectónico más característico... y todos estos estaban tan bien ornamentados con relieves que era más fácil trepar por ellos que por un roble frondoso. Y, como los edificios casi se tocaban, Malden se movía por sus chapiteles con la misma facilidad con la que caminaba sobre baldosas.

Con los brazos extendidos para mantener el equilibrio, corrió por el tejado del edificio de aduanas, siempre como si fuera por una cuerda floja. El sol refulgía sobre aquellas pálidas tejas, hechas de piedra tallada. Al llegar al final del tejado se dejó resbalar sobre las tejas y descendió por un desagüe para las aguas de la lluvia, y luego saltó sobre el angosto Ojo de la Aguja, un callejón que serpenteaba por detrás del claustro de la universidad. El claustro tenía un tejado casi llano de unos cien metros de longitud, excelente para distanciarse de su perseguidor, en caso de que aún lo persiguiera. Pero no podía ser. No había manera de que un hombre que cargaba con quince kilos de cota de malla pudiese...

—Oh, no es justo —masculló Malden.

Un rugido como de toro exhausto se oyó desde el otro tejado, y luego el repiqueteo de la malla metálica sobre las tejas. El espadachín había trepado hasta lo alto del edificio de aduanas, a pesar de todo el peso que acarreaba. «Ese cabrón debe de ser tan fuerte como un caballo de guerra», pensó Malden.

—Sólo... quiero... hablar —mascullaba el espadachín mientras caminaba por la empinada pendiente—. Escúchame —decía—, ladrón, no hace falta que... corras más. Yo sólo... sólo quiero hablar contigo.

—¿Manejas la espada con la misma agilidad que la lengua? —preguntó Malden—. No te acerques más. —Las pullas no le salían de los labios con la facilidad que había previsto. Quizás estuviera demasiado asustado para bromear. Bueno. Qué más daba. Malden desenvainó su arma—. Esto —dijo— es una daga.

—Sí, lo es —le respondió el espadachín, en el mismo tono en que un profesor le habría hablado a un alumno que acabara de aprenderse la primera conjugación de los verbos regulares.

Malden le sonrió con sorna.

—Ya sé que no impresiona. Pero está diseñado con un único fin. Tiene una punta muy afilada, para que pueda perforar cotas de malla y hundirse en las vísceras de un hombre. —Por supuesto que, entre los cien usos que se le habían ocurrido a Malden para aquel arma, ése era el único que no había probado nunca. Se imaginaba que necesitaría muchísima fuerza para hundirlo en la fina malla de eslabones de metal. Y eso si el espadachín no le partía la columna vertebral antes de que pudiese hacer nada—. Si te empeñas en seguirme...

—No quiero seguirte hasta ahí arriba. ¡Por los sobacos del Dios de la Sangre! No

tengo ningunas ganas de hacerlo. Sólo quiero hablar contigo. De verdad.

Malden apuntó directamente con el arma al vientre del espadachín.

A modo de respuesta, el espadachín tomó carrerilla y saltó sobre el vacío, entre el edificio de aduanas y el tejado del claustro universitario. Al ver que aquel hombretón se arrojaba sobre él, Malden pegó un grito y echó a correr. El espadachín, a sus espaldas, cayó aparatosamente sobre las tejas del claustro y no logró apoyar bien el pie que iba delante. Resbaló y giró sobre sí mismo, y se vino abajo con un gran estrépito que debió alarmar a todos los estudiantes y eruditos que se hallaban en el claustro... todos los que no estaban en la plaza. Los estudiantes de la universidad eran famosos por su afición a las peleas. Las piernas del espadachín resbalaron sobre el borde del tejado y se agitaron en el vacío, mientras sus manos recorrían las tejas en busca de cualquier asidero. Con toda seguridad, una caída desde tanta altura le habría roto varios huesos.

—Maldición —dijo el espadachín. Luego gritó—: ¡Citera! ¡Detenlo!

Malden había echado a correr por el largo tejado del claustro. Sabía que al otro extremo encontraría el puente del Mercado del Grano, flanqueado por estatuas. Si se arrojaba desde el borde del tejado y calculaba bien, no le costaría nada caer sobre los Frutos de la Cosecha, una estatua de caderas anchas, que sostenía una cornucopia repleta de fruta y granos, y le ofrecería un montón de asideros para bajar hasta el suelo y ponerse a salvo...

Malden tuvo que detenerse cuando una mujer envuelta en una capa de terciopelo se materializó frente a él.

Se quedó boquiabierto, estupefacto por la manera como se le había aparecido, por supuesto, pero también... también... por lo que veía. Los ojos se le quedaron clavados en la aparición. No podía apartar la mirada.

Era una mujer de asombrosa belleza, aunque a primera vista su visión desconcertara. Tatuajes oscuros, intrincados, turbadores, le cubrían las mejillas y la frente, y los brazos desnudos, que dejó expuestos al echar para atrás la capa que le cubría los hombros. Tenía los ojos muy grandes, muy azules y teñidos de una tristeza sobrecogedora.

Olía a un perfume desconocido para Malden. Sus cabellos parecían más suaves que el armiño, y, pese a las circunstancias, el muchacho no pudo evitar preguntarse qué se sentiría al hundir el rostro en sus rizos.

Pensó que sería... muy placentero.

—¿Citera eres tú? —preguntó Malden, porque no se le ocurrió nada más que pudiera decirle a la cautivadora mujer. Sabía que tenía que correr, sabía que el espadachín le pisaba los talones. Pero, si se marchaba, dejaría de contemplar su exótica beldad.

La mujer sonrió. Era la sonrisa menos alegre que Malden hubiera visto en su vida.

—Sí, lo soy. —Dio un paso adelante. Fue entonces cuando Malden se dio cuenta de por qué sus tatuajes resultaban turbadores. Se movían. Las complejas figuras de

hojas, arbustos, espinas, flores y demás cambiaban lentamente de disposición sobre su rostro, buscaban nuevas distribuciones, formaban arabescos y elegantes nudos que se resolvían ante sus ojos en nuevas formas, que... resultaban hipnóticos, sí...

Malden apartó bruscamente la mirada. Se había sentido presa de un trance. Había algo en los tatuajes que lo confundía, que le nublaban el intelecto. A Malden no le había gustado nunca que lo engañaran... era él quien tenía que engañar a otros. Rugió al tiempo que sacaba la daga y llevaba su punta a la garganta de la mujer.

—Has tenido una idea muy mala —dijo la mujer.

No era una amenaza. Había algo en el tono de su voz que daba a entender que no quería que el ladrón sufriese ningún daño, que no le deseaba ningún mal, sino que era Malden quien jugaba con fuego. ¿Se trataba, quizá, de una nueva ilusión? Tal vez fuese una especie de hechicera y quisiera llevarlo a su perdición.

Malden pensó que lo mejor sería romper el hechizo y huir.

Bajó poco a poco la daga.

—No sé qué especie de criatura eres —le dijo—, pero tengo que marcharme.

—Ah, no, tú no te marchas —dijo el espadachín, que en ese mismo momento le dio alcance por detrás. Agarró la cabeza de Malden con uno de sus enormes brazos y la aplastó contra su propio pecho. Al parecer, el espadachín se había recobrado de su caída. Malden no veía la manera de liberarse de él: el patán tenía la fuerza de un oso. Y olía como tal—. Tú y yo —dijo el espadachín mientras le aplastaba la cabeza a Malden— vamos a tener una conversación. ¿De acuerdo? ¿Me prometes que no te vas a escapar?

—Lo prometo, por supuesto, no sé cómo se me ha podido ocurrir... ¡lo prometo! ¡Pero para! La malla metálica se me hincan en la nuca.

—Muy bien —dijo el espadachín. Soltó a Malden y éste se tambaleó sobre el tejado, sin apenas poder respirar—. Ah, por cierto, me llamo Bikker. No nos habíamos presentado.

—Yo me llamo Malden. —El ladrón hizo una breve reverencia—. Es un placer.

—Pues muy bien. Por cierto, Malden...

—¿Sí? —dijo éste, y levantó la cabeza.

—Esto es por el melón —dijo Bikker, y le arreó un puñetazo con uno de sus puños.

A unos trescientos metros hacia el noroeste, la Plaza del Mercado se había transformado en escenario de una refriega, porque los airados ciudadanos habían plantado cara a los guardias. Los estudiantes de la universidad estaban en el ojo del huracán: arremetían contra la guardia a puñetazo limpio, animados por la bebida y por la emoción de poder distraerse un día de sus áridos estudios. Los ricos, en su mayoría, trataban de abandonar la plaza, con fortuna desigual.

*Sir Croy* aún se hallaba en lo alto del patíbulo y se sentía como si contemplara las fosas del abismo. No podía creerse que toda aquella multitud se peleara por él. Había pasado toda su vida defendiéndolos, esforzándose en protegerlos, y ahora luchaban entre sí. No podía soportar que se enfrentaran por su causa.

—¡Amigos! ¡Por favor, os lo ruego, no luchéis! —gritó *sir Croy*. Habría querido levantar las manos para captar la atención de la muchedumbre pero, por supuesto, no pudo, porque las tenía atadas. La soga que le sujetaba el cuello tampoco le facilitaba las cosas. El verdugo que estaba a su lado parecía confuso, no sabía si tenía que abrir o no la trampilla que arrojaría a *Croy* a la muerte.

*Anselm Vry* logró trepar hasta el patíbulo. El bailío estaba a cargo de la administración de la ciudad y tenía la responsabilidad de mantener el orden. Respondía tan sólo ante el burgrave. Hombre de tez amarillenta y facciones delgadas, parecía uno de esos que podrían pasarse la vida entera con la nariz en un libro, pero *Croy* había tenido tratos con él en el pasado y no se dejaba engañar por su apariencia. *Vry* era un hábil administrador, diestro en la organización de hombres y la disposición de materiales. Por encima de todo, era muy racional. *Croy* no pudo resistirse a mirar a ese hombre a quien en otro tiempo había considerado amigo. El bailío le susurró algo en el oído al verdugo, y entonces el encapuchado bajó del patíbulo y se unió a la refriega, al lado de la guardia.

—¡*Anselm*! —gritó *Croy*—. Sabía que no permitirías que... oh.

*Vry* tenía la mano sobre la palanca que haría saltar la trampilla.

—Ya veo —dijo *Croy*—. Has venido a despedirte en persona.

—Por supuesto —dijo *Vry*, y movió la cabeza de un lado para otro con desagrado—. Espero que entiendas que no lo hago por decisión propia. En realidad, traté de convencer a *Tarness* para que suspendiera la ejecución.

—Te lo agradezco mucho.

*Vry* resopló.

—Le dije que bastaría con enviarte a las montañas del este a luchar contra los bárbaros. Así te habrían matado ellos. Pero no nos habría salido bien, ¿verdad? Habrías desertado de tu puesto y regresado a toda prisa.

—¿Abandonar una comisión de servicios? ¡Eso nunca!

—¿Eh? ¿Me estás diciendo en serio que habrías ido y que no habrías regresado jamás?

Sir Croy no era hombre de pensamientos profundos ni meditaciones sobre el futuro. Sopesó la cuestión en unos instantes y luego sonrió.

—Habría derrotado a los bárbaros en seis meses. Y luego habría regresado con la conciencia tranquila.

Vry se frotó los ojos con la mano.

—Croy, por favor, por una vez en la vida, trata de ser realista. No sé por qué has regresado, aunque estoy seguro de que has tenido un motivo de mucho peso. Pero Tarness no puede permitirte que entres en la ciudad. Sabes que guarda ciertos secretos. Yo sé que no lo traicionarías, pero siempre queda la posibilidad de que alguien obtenga la información de tus labios... si no por medio de la tortura, sí con ayuda de la magia. El destierro fue un gesto de misericordia por su parte y no se va a repetir.

—Lo entiendo. Bueno, yo te perdono, viejo amigo. Tú y yo servimos a los mismos señores, y puede que, simplemente, tu lealtad supere a la mía. Difícilmente podría condenarte por esa cualidad. Y ahora... si no queda otro remedio... obedece las órdenes que te hayan dado.

Croy irguió el mentón y enderezó la espalda. Si tenía que morir, quería hacerlo con buen porte.

—Siempre has sido igual de noble —dijo Vry—, e igual de estúpido.

Empezó a accionar la palanca.

Sin embargo, su mano se detuvo en el último instante. Hubo un estallido de luz, engullida de inmediato por una gruesa nube de humo amarillento. Los pulmones de Croy se llenaron, y se sintió abrumado por un fuerte hedor a huevos podridos que le hizo boquear y toser. Trató de erguirse y mantener la compostura, pero la fetidez era demasiado intensa. Tuvo miedo de vomitar... y no era eso lo que se esperaba de un caballero del reino, por lo menos en público...

—No te muevas, asqueroso fornicador de vacas —le susurraron desde la nube amarillenta. Alguien le quitó la soga del cuello y un cuchillo cortó la cuerda que le sujetaba las muñecas. Unas manos pequeñas lo empujaron desde atrás. Avanzó tambaleándose y rebasó el borde del patíbulo. Al menos logró caer de pie. Abajo, en el suelo, el humo amarillento era menos espeso, y logró respirar de nuevo, pero seguía sin ver nada.

Por fortuna, un personaje que llevaba el rostro cubierto con un paño había ido hasta allí para guiarlo. Aunque no lograba verlo bien, Croy se dio cuenta de que medía poco más de un metro. ¿Sería un niño? ¿Un espíritu mágico con la apariencia de un niño?

—Ahora no te quedes ahí, pasmarote de los cojones. ¡No nos queda mucho tiempo antes de que la guardia nos dé alcance!

Ah. No era un niño. Sólo había una criatura en el mundo que hablase con una

lengua tan vulgar y al mismo tiempo dominara de tal modo el registro académico del idioma humano.

—¿Murdlin? —preguntó Croy—. ¿Eres tú?

—¡Dentro de poco no seremos ni tú ni yo, si nos quedamos quietos cual orina de caballo!

No perdieron más tiempo. Escudándose en la refriega, hombre y enano escaparon de la plaza. Una vez hubieron dejado atrás el humo amarillo, Croy entendió el motivo por el que Murdlin se había cubierto la cara con un paño. Éste debía de haber filtrado lo peor del apestoso humo y había permitido que el enano respirara bastante bien incluso cuando se encontraba dentro de la nube. ¿Es que la inventiva de aquellas gentes pequeñas no tenía fin?

—Murdlin, estoy en deuda contigo —dijo Croy mientras, guiado por el enano, doblaba una esquina y llegaba a la calle del Zaguán Verde.

—Habida cuenta de lo que hiciste por la hija del rey de los enanos, podemos dar la deuda por saldada —le dijo Murdlin.

—Solamente cumplí con mi deber, de acuerdo con las órdenes que me había dado mi rey —observó Croy.

Un año antes, la princesa de los enanos había viajado hasta Helstrow para que, una vez allí, la recibieran en la corte de Skrae. Mientras iba de camino, la habían secuestrado unos bandidos que pidieron rescate por ella. Croy les había seguido la pista durante seis semanas y finalmente había liberado a la princesa. El rey de los enanos se había comprometido a entregarle la recompensa que prefiriera: acero, oro, e incluso la mano de la princesa. Pero Croy no quiso nada. Se había cometido un delito y había que castigar a los culpables. Eso era todo.

Estaba claro que, en opinión de Murdlin, tenían que recompensarle de todos modos.

—Por aquí, a toda velocidad, cual si defecaras lácteos —le gritó Murdlin.

Mientras corrían sobre el empedrado, un carro cargado de heno apareció a sus espaldas. Lo conducía un enano. Una capucha le cubría el rostro. Nada más darles alcance, el carro se detuvo.

—Por la Señora, sí que sois rápidos en el trabajo —dijo Croy.

—En el mismo momento en el que me di cuenta de que te hallabas en el patíbulo, vi lo que debíamos hacer. Envié de inmediato a uno de mis criados para que nos trajera este transporte. Ahora, por favor, métete en ese heno que hiede a sudor. Impediré que te vean. El carro te llevará al otro lado de las murallas. Para cuando llegues, habré ordenado que te aguarde un caballo, con el que podrás marcharte cual duendecillo que ha ensuciado sus propias prendas interiores.

—Tal como lo dices, la fuga me parece menos deseable de lo que me parecía hace una hora —reconoció Croy.

—Era sólo una figura de dicción. Una expresión común en mi primera lengua —le dijo Murdlin—. He corrido un gran riesgo con esto, Croy. ¡Ahora, por favor,

métete en ese heno que escuece cual parásitos en el pubis!

Croy se frotó las muñecas magulladas. Luego echó a caminar hacia atrás, apartándose del enano, casi como si empezara a correr.

—Cuentas con mi eterno agradecimiento, embajador. Pero es que todavía tengo algo que hacer en la Ciudad Libre. Mi señora aún es esclava. ¿Qué importa mi libertad, si ella está cargada de cadenas? ¡Adiós!

El enano lo maldijo y agitó sus puñitos en el aire, pero Croy ya se había marchado. Había doblado la esquina de la calle de la Nariz Broncínea y se había puesto de nuevo a sí mismo en peligro.

Como a él le gustaba.



Durante un rato, el mundo de Malden se redujo a un inacabable fragor, como si una campana le sonara al lado del oído, y a oscuridad, una oscuridad dolorosa. Se daba cuenta de que alguien transportaba su cuerpo, pero lo percibía desde la distancia, como si hubiera sido un espectador y hubiese visto cómo se llevaban a otro pobre hijo de puta. No comprendía los motivos de su dolor y no cesaba de analizarlo, en un intento por recordar lo que había sucedido.

Por fin, unos sonidos se impusieron al fragor que oía en su cabeza. Jadeos y gritos, y luego el ruido de unas sillas. Sin ceremonia alguna, arrojaron su pobre cuerpo sobre una superficie plana, y de pronto recobró el sentido, aunque con eso sólo consiguió que todo le doliera aún más. Poco a poco logró separar las voces del ruido.

—... con un puñetazo como ése podrías haberlo matado. Y habríamos vuelto a estar como al principio. Tendrías que disciplinarte.

—¿Qué? ¿Ese corcho de barril? Me he pegado con moscas más duras. Mira, si ya se despierta. Lo único que le he hecho es removerle un poquito los sesos.

Las voces le resultaban vagamente familiares. Pero Malden no lograba situarlas. Le costaba mucho hilvanar sus pensamientos, aunque el horrible fragor se hubiera desvanecido ya de sus oídos. Trató de hacer una lista con todo lo que sabía. Por ejemplo, estaba seguro de hallarse tendido sobre una superficie muy dura. Y también de que le dolía la cara.

De repente, la cara le dolió muchísimo.

—Oh... —gimoteó—. Oh, por el Dios de la Sangre. Oh...

—Abre los ojos, chico —dijo Bikker—. Así... buen muchacho.

Malden miró a su alrededor sin erguirse. Estaba en una taberna iluminada por lámparas de aceite humeantes. Los pocos clientes que estaban allí a esa hora del día lo miraban con interés. La tabernera, una mujer madura y corpulenta, se acercó a él con una voluminosa jarra de cerveza.

—¿Quién de vosotros va a pagar? —preguntó—. Esto no es un asilo para enfermos.

Poco a poco, Malden logró apoyar los codos en el suelo y se incorporó. Lo habían tendido sobre una mesa larga, de madera de roble, que parecía tan dura como una piedra. Tenía anillos oscuros allí donde habían rebosado jarras de cerveza, y sus tablones se mantenían juntos gracias a unas piezas de hierro que se le clavaban en la espalda y en las piernas.

Citera —la mujer de los tatuajes— le entregó un cuarto a la tabernera y le pasó la jarra a Malden. Era de esas que tienen una tapa con bisagra para impedir que entren moscas; una vasija de arcilla con el interior recubierto de peltre. Una pieza más bien

cara. Gracias a ella, Malden se imaginó dónde se debía de encontrar: en la Cuesta Dorada, el barrio de mansiones y tiendas caras que se extendía por la pendiente del cerro donde se hallaban los Chapiteles. Tenía que ser así, porque no había tabernas en los Chapiteles, y si sus captores lo hubiesen llevado mucho más abajo, le habrían servido una bota de cuero sellada con brea. Cuando tratara de escapar, tendría que saber en qué dirección le convenía correr.

Pero, independientemente de dónde se hallara, no podía negar que tenía mucha sed. Levantó la tapa y sorbió con precaución lo que había dentro, convencido de que se trataría de un brebaje medicinal... pero no era más que cerveza sin alcohol. Una bebida para niños.

—¿Te gusta, muchacho? —preguntó Bikker.

—No soy ningún crío —dijo Malden, y echó un largo trago—. Casi tengo veinte años. Deja de llamarme «muchacho».

Bikker sonrió de una a otra oreja y quedaron al descubierto varios huecos donde en otro tiempo había habido dientes.

—¿Tratarás de escapar una vez más cuando puedas ponerte en pie, muchacho? ¿O te avienes a charlar conmigo?

Citera echó una ojeada por la taberna. Cada vez que sus ojos azules se volvían hacia uno de los parroquianos que los miraban, éste se estremecía y apartaba el rostro.

—Bikker —dijo la mujer—, tendríamos que encontrar un sitio más discreto. ¿Adónde te parece que vayamos?

—Me he cansado al perseguir a este canalla —le dijo Bikker—. Este lugar me gusta. Todos vosotros, id saliendo. Tú también puedes marcharte, tabernera.

—Por los ocho codos de Sadu que no voy a hacerlo —le dijo la tabernera—. ¿Piensas que me voy a marchar sólo porque tú lo digas? ¿Y que os voy a dejar aquí con la caja y la bodega entera? —resopló con un gesto burlón.

Bikker se encogió exageradamente de hombros. Luego desenvainó el arma que llevaba a la espalda.

Hizo un sonido extrañamente aceitoso al salir de la vaina, y, cuando quedó a la vista, Malden se dio cuenta de que no era la hoja de acero reluciente que se había imaginado. Parecía, más bien, una tosca barra de hierro, de un metro de largo, con los bordes sin afilar. El hierro estaba picado y corroído como si lo hubiesen abandonado en una tumba y no lo hubiera tocado nadie hasta varios siglos después. Malden vio que se formaban burbujas en su superficie y que luego se concentraban en grumos, hasta que dio la impresión de que el arma babeaba. Una gota de líquido resbaló por el borde y cayó al suelo, donde siseó y humeó sobre la tierra prensada.

—Quizá prefieras echarte a un lado —le dijo Bikker a Malden.

El ladrón bajó de la mesa con un salto, sin prestar atención al dolor que le palpitaba en la cabeza. Bikker trazó un arco con la espada, un arco que terminó en un golpe sobre la mesa de roble. Con un explosivo siseo, como de una docena de

serpientes enfurecidas que atacaran todas a la vez, el arma atravesó la gruesa tabla de madera. La mesa cayó, partida en dos, con un corte limpio en el centro que había atravesado las fibras más duras sin astillarlas. El líquido que humedecía la hoja —Malden se dio cuenta de que debía ser un vitriolo muy potente— emanaba vapores repugnantes que escocían en la nariz. Por un instante, Malden no fue capaz de hacer nada, salvo contemplar la mesa partida. Aún burbujeaba y se disolvía por los lugares donde la había tocado el ácido de la espada. Luego levantó los ojos y vio que todo el mundo —parroquianos y tabernera— había abandonado el local.

—Ya está —dijo Bikker—. Ya tenemos discreción.

Citera suspiró desde lo más hondo, pero con una afectación que hizo pensar a Malden que ya estaba acostumbrada a las exhibiciones de Bikker.

—Van a regresar muy pronto. Y lo más probable es que acudan con la guardia.

Bikker se encogió de hombros. Envainó la espada. Malden vio que el interior de la vaina estaba forrado de cristal, indudablemente para impedir que el ácido la disolviera. Entonces, el corpulento individuo dijo:

—Pues hablemos un momento con el muchacho y así podremos marcharnos todos. ¡Muchacho! —lo llamó Bikker.

—Malden. Al menos llámame por mi nombre.

—Muchacho —dijo Bikker mientras se acercaba a la barra y se llenaba él mismo una jarra de cerveza de verdad—, eres ladrón, ¿eh? No era la primera vez que hacías un corte en una bolsa. A juzgar por la manera como has escapado por los tejados, me imagino que habías hecho ya cosas parecidas.

—Escucha —dijo Malden—, las monedas de plata que te quité... están... tienen que estar por aquí. —Se llevó la mano al pecho y se dio cuenta de que le habían quitado el cabestrillo y el falso brazo. Levantó los ojos y vio que los tenía Citera... y también su daga—. Te las voy a devolver, ¿de acuerdo? Y también puedes quedarte todo lo demás que había robado hoy. Pero déjame que me marche.

—¡A tomar por culo las monedas de plata! ¡Ésas vinieron de un lugar donde había muchas más! —gritó Bikker. Levantó la jarra y bebió con avidez hasta que la barba le quedó empapada de espuma.

—No pretendíamos castigarte —dijo Citera—. Queríamos tomar a sueldo a un ladrón hábil, para... bueno, todavía no podemos decírtelo. Necesitamos a un maestro en el arte del robo para que nos haga cierto trabajo.

«Ésas vinieron de un lugar donde había muchas más», pensó Malden. Más monedas de plata.

—¿De verdad? —dijo—. Pues la suerte os acompaña, porque...

—¿Nos podrías recomendar a alguien? —le preguntó Citera.

—Sí... sí puedo —dijo Malden, y se puso en pie—. Conozco un ladrón sin par en la Ciudad Libre. Un ladrón que estará, con creces, a la altura de la misión que le confiéis.

Le echó a la mujer su mirada más atrevida.

—¿Y...? —respondió ella pacientemente.

—Estoy a tu servicio, señora.

Citera frunció el ceño.

—No, lo que quiero saber es el nombre de ese dechado de ladrones.

—Pues... esto... yo mismo.

Bikker soltó tales carcajadas que derramó la cerveza en el suelo. El rostro de Citera no se alteró, pero sus gélidos ojos azules miraron de arriba abajo a Malden y luego se volvieron en otra dirección.

—¡No queremos a un descuidero, muchacho! Queremos un ladrón. Un hombre experto en allanar viviendas, un...

—Y yo os digo que lo habéis encontrado. —Malden pasó por el lado de Citera y la mujer dio un respingo al notar que casi la rozaba. El muchacho se plantó enfrente de Bikker. Tuvo que levantar los ojos para encontrar la mirada del espadachín, pero una vez hecho esto la sostuvo—. Hace unos días, Cutbill, el maestro de ladrones, expresó su profunda admiración por mis habilidades al escuchar la historia de cómo robé en la casa de Guthrun Whiteclay, y me dijo que no había tenido nunca noticia de un plan tan astuto ni de una ejecución tan habilidosa. Y él es experto en la materia.

—Cutbill... —Bikker miró a Citera—. ¿Eres uno de los suyos?

—Desde luego —dijo Malden.

—Pero... esto tendrá que quedar entre nosotros. No podemos permitir que Cutbill se entere, porque entonces el mundo entero conocería nuestras intenciones.

—Tengo la discreción por divisa. Aunque por un precio extra.

Bikker negó con la cabeza y echó otro trago.

—Ya habéis visto cuán rápido soy —insistió Malden.

—Bueno, sí —confirmó Citera—. Si no llego estar yo para distraerlo, probablemente habría escapado de ti, Bikker. Y necesitamos a un hombre que sepa trepar. Y hemos visto que también sabe.

El espadachín se encogió de hombros. Malden sabía que ya estaba medio convencido y que tenía a Citera a su favor. Era el momento de cerrar el trato antes de que Bikker cambiara de opinión.

—Para este trabajo os voy a pedir un total de ciento un reales de oro —anunció Malden.

Bikker se sonrió.

—Aún no sabes lo que tienes que hacer. Puede que nos lo estés dejando a precio de saldo.

¿Un saldo de ciento un reales? «Ésas vinieron de un lugar donde había muchas más», había dicho Bikker. ¿Cuántas más?

—Por supuesto que eso no incluye los gastos adicionales, la paga del enano que me fabrica los instrumentos, el dinero de los sobornos, las primas de riesgo, sobreprecio por trabajo rápido, complementos...

Bikker apoyó la espalda en la barra.

—No corras tanto, Malden.

El brujo Aelbron Hazoth vivía en un imponente edificio de cuatro pisos, cerca de donde los parques sagrados de la Señora bordeaban las murallas de la ciudad, casi al pie del cerro, en el distrito conocido como las Murallas del Parque.

No era el barrio más seguro de la ciudad, aunque tuviera sitios recomendables. Igual que las Cenizas, había sido en su origen un barrio habitado por pobres, hasta que ardió durante el Fuego de los Siete Días. A diferencia de aquella ruina, en las Murallas del Parque se había realizado una meticulosa limpieza, se habían retirado los escombros de las antiguas casas y se había despejado la tierra ahora. Las Murallas del Parque era un terreno donde crecía en abundancia la hierba, un prado comunal donde pacían las ovejas y cabras de los habitantes de la Peste. Un espacioso terreno cubierto de vegetación en una ciudad donde apenas había verde. Se rumoreaba que era el lugar más sano de la ciudad —las plagas que azotaban Ness algunos inviernos no solían llegar allí—, pero la falta de iluminación había atraído a salteadores y ladrones, y se consideraba que era un lugar terriblemente peligroso durante la noche. Se habían construido unas pocas mansiones elegantes para sacar partido de la agradable rusticidad del entorno, pero quedaban resguardadas tras sus propios muros y estaban rodeadas de verjas de hierro que impedían la entrada de visitantes no deseados.

Como, por ejemplo, *sir* Croy.

El caballero había encontrado alojamiento en una mansión cercana. Había pensado que, tras escapar del patíbulo, lo perseguirían por todas partes, que no habría un lugar seguro para él pero no había necesitado mucho tiempo para encontrar un refugio. No le faltaban amigos en la Ciudad Libre, algunos de los cuales tenían coraje suficiente para esconderle de la Guardia Ciudadana. Un rico mercader lo había encontrado cuando aún merodeaba por la Cuesta Dorada y le había rogado que lo acompañara a su casa. Croy había aceptado, excusándose por no tener dinero para pagarle. El mercader le había insistido en que tampoco se lo iba a pedir, y Croy había alabado su buen corazón. El mercader le había asegurado que, al darle asilo, ganaría mucha fama y estatus, pero Croy sabía muy bien que se lo decía por pura amabilidad. Le cedió a Croy varias estancias para su uso personal y ordenó a sus criados que atendieran a todos sus deseos.

Se pasó la noche medio tumbado en un banco de una azotea ajardinada, fingiendo tranquilidad. No resultaba nada extraño. A tan pocos días de la Natividad de la Señora, en la estación más cálida del año, todas las gentes con sentido común salían a las azoteas y los jardines, y trataban de disfrutar de la brisa. Cualquiera que lo viese lo tomaría por uno de tantos nobles acostumbrados al lujo que habían salido a tomar el fresco. En realidad, había subido a la azotea ajardinada para observar la casa de

Hazoth. Croy era un hombre de acción, pero se había pasado casi toda la noche inmóvil en el banco, y había tomado tan sólo algún vaso de oporto y unas pocas nueces para matar el hambre. Sólo había un motivo por el que pudiera pasarse tanto tiempo allí. Durante horas había observado la casa para ver quién iba y venía, con la esperanza de divisar a Citera.

Después de la medianoche llegó su oportunidad. Citera y Bikker vinieron caminando por el prado comunal. Se decía que esa zona se llenaba de salteadores después del anochecer, pero no parecían estar alerta. Al contrario: estaban abstraídos en su conversación. Croy tuvo la impresión de que discutían.

Se llevó una almendra salada a los labios y mordió con fuerza. Habría deseado — ¡ah, cuán grande era su anhelo!— llamarla, gesticular, ganarse de algún modo su atención. Habría deseado saltar de la azotea y correr a su lado, aferrarla con sus brazos (aunque sabía muy bien que habría sido un error hacerlo) y llevársela a su castillo. Y si no, se habría dado por satisfecho con unos instantes de agradable conversación, con un nuevo intercambio de promesas y dulces palabras.

Pero no sucedería esa noche. Esa noche tan sólo podía mirar.

Los guardias apostados a la puerta de Hazoth no querían dejarles entrar, pero Bikker echó mano al puño de su espada y los centinelas retrocedieron. Aun así, Bikker y Citera se detuvieron unos momentos en el umbral de la casa del brujo, a la espera de que sucediese algo que Croy no vio. Pero sí se dio cuenta de que algo sucedía. Se produjo un súbito cambio en la presión del aire, o tal vez lo único que ocurrió fue que los grillos ocultos en la hierba callaron todos a la vez. Era como si la propia noche contuviera el aliento.

Sólo fue un instante. Luego se acabó, y Citera y Bikker entraron en la mansión y se marcharon cada uno por un camino distinto. Él, hacia un cobertizo que se encontraba a un lado de la casa. Croy sabía que era el barracón donde se alojaban los guardias del brujo. Ella hacia la casa principal, por los establos... como una sirvienta.

¡Cuán imperiosa era la necesidad de Croy de correr hacia allí, de seguirla, de agarrar —con gentileza, por supuesto— su mano en las sombras, de murmurar su nombre y ver en sus ojos que la mujer lo reconocía! Pero no podría hacerlo esa noche.

No, porque era evidente que la casa estaba protegida por un hechizo... la propia Citera había tenido que esperar antes de entrar.

No, esa noche no. Antes tendría que recobrar sus armas.

Había llegado el momento de descubrir cuántos amigos le quedaban en el palacio, si es que le quedaba alguno.

Malden pasó el día siguiente inmerso en sus preparativos.

Había sido una locura meterse en aquello. El trabajo que le habían encomendado era, si no imposible, por lo menos nada recomendable. Iba a verse como una paloma en medio de una jauría de perros. Si el plan fracasaba en su más nimio detalle, moriría de una muerte breve, pero brutal: una lanza le atravesaría los pulmones, o un hacha le partiría el cráneo. La influencia de Cutbill no bastaría para salvarlo.

Pero si le salía bien —no podía salirle bien, por supuesto, era el más grande de los disparates, pero, si le salía bien... se habría librado de su deuda con el maestro del gremio de ladrones antes de que saliera el sol. Ingresaría en el gremio con todos los derechos y privilegios. Volvería a ser libre. Y aún mejor: le faltaría poco para hacerse rico.

En la Ciudad Libre de Ness eso era lo único que importaba.

Anduvo hasta las Cenizas cuando el sol se asomaba por las murallas de la ciudad. La cuadrilla de niños que vigilaba la guarida de Cutbill no se dejó ver... ya sabían que Malden era uno de los suyos. Tronera, Bocacerrada y Oncedados sí se dejaron ver. Por lo que Malden había podido saber, se pasaban el día allí, el día entero, sentados sobre el ataúd vacío. Los ancianos le dirigieron un cálido saludo y le preguntaron qué planes había trazado para ese día. Se lo preguntaban cada vez que iba.

—Más o menos lo mismo —les dijo—. Aunque os lo digo con toda franqueza, últimamente no estoy por la tarea.

—Trata de estar de buen humor, compañero —le dijo Tronera—. El dinero siempre llega a manos de quien tiene los ojos bien abiertos.

—Seguro que sí. —Malden se habría quedado muy a gusto a charlar con los ancianos, porque se había dado cuenta de que eran un indiscutible pozo de sabiduría. Si había alguien capaz de decirle cómo tenía que hacer ese trabajo, ese trabajo imposible, tenía que ser uno de ellos. Pero Malden sabía que todo lo que les dijera —incluso a Bocacerrada— llegaría al instante a oídos de Cutbill. Bikker y Citera le habían dejado muy claro que, si le pagaban tanto, era porque Cutbill no debía enterarse del plan. Por ello, guardó silencio y entró.

Pocos días antes, en su segunda visita, había descubierto que no era necesario meterse en el ataúd para visitar la guarida de Cutbill. Sólo estaban obligados a hacerlo quienes iban por primera vez, como demostración práctica de que iban a morir si le llevaban la contraria en algo al maestro de ladrones. Los empleados entraban por una trampilla oculta entre los escombros de la casa derruida. Por ella se bajaba hasta una puerta subterránea escondida. Había muchas puertas en los dominios de Cutbill y todas ellas estaban ocultas. Malden sabía muy bien que, durante sus



visitas, únicamente había visto una pequeña parte de la sede del gremio.

En la sala principal, Bellard arrojaba dardos contra una diana en la pared. La inacabable partida de dardos proseguía en el rincón, pero a aquellas horas tan sólo había dos jugadores. Se veían otras gentes en la estancia, ladrones como Malden, chulos de baja estofa que acudían a pagar sus diezmos al maestro y un sujeto vestido con polvorientas ropas de viajero a quien Malden no reconoció. Había algo extraño en ese hombre, pero la escasa luz no permitió que Malden lo viera bien. Cuando Malden entró, el viajero estaba dormido sobre un diván pero, en cuanto el muchacho hubo dado un par de pasos dentro de la estancia, se levantó, como impulsado por un resorte, y metió la mano bajo la túnica, probablemente para sacar un cuchillo. Sus ojillos centellearon a la luz de las candelas mientras miraba a uno y otro lado, y sus labios se fruncieron con desdén, como si pensara que Malden fuera a atacarlo.

—Cálmate —le dijo Bellard. El hombre cubierto de polvo asintió, se tumbó de nuevo y, al instante, se volvió a dormir.

Malden le echó una mirada a Bellard. Éste asintió con la cabeza y le dijo:

—Es Kemper. Un tipo desagradable como pocos.

—¿Es ladrón como yo? —preguntó Malden.

Bellard inclinó la cabeza a un lado.

—No, para nada. Es poco más que un jugador... un tahúr. Es vagabundo por naturaleza y nunca se queda durante mucho tiempo en un mismo lugar.

—¿Qué hace aquí? ¿Es uno de los hombres de Cutbill?

Bellard resopló con sorna.

—No es miembro de este gremio, pero siempre se detiene a saludar cuando pasa por aquí. Si dependiera de nosotros, no entraría, porque le buscan todos los alguaciles a doscientos kilómetros a la redonda. Pero ha invocado una antigua tradición que nos obliga a darle asilo y tenemos que permitirle que duerma ahí hasta que esté convencido de que puede volver a salir sin peligro alguno. Por supuesto que la tradición no le prohíbe a Cutbill cobrarle la estancia.

Malden se encogió de hombros. Pensó que le venía bien saber que existía esa tradición... ¿quién sabía si algún día iba a necesitarla? Pero había ido allí para reunirse con el enano Slag, y por ello se acercó al banco de trabajo y al brasero que se hallaban al otro extremo de la sala.

—¿Necesitas algo? —le preguntó el enano, que levantó los ojos al ver que Malden se acercaba. ¿O sólo quieres un beso?

Malden sonrió.

—Tengo que preparar un trabajo —le dijo— y va a ser complicado. Necesitaré varias herramientas.

—Si no puedo hacértelas, es que tú no eres lo bastante bueno para necesitarlas —le respondió Slag.

Malden le hizo la lista de todo lo que quería, y el enano asintió. Le dijo que tenía de todo en el almacén —los útiles que le había solicitado Malden no eran nada

excepcional— y que estaba dispuesto a alquilárselo por un precio. Dicho precio era elevado, pero Malden podría pagarlo, aunque a duras penas, con las monedas que le quedaban en la bolsa. Había tenido suerte de llevarlas, porque el enano quería que el pago fuese por adelantado.

—Así, si se te cepillan, no tendré que ir al puto mundo de los muertos, donde reina el Dios de la Sangre, para cobrarme la deuda.

—Esa confianza que tienes en mí me reconforta —dijo Malden.

Aguardó mientras el enano entraba en el almacén en busca de todo lo que le había pedido. Como le llevó bastante rato, se puso a jugar a los dardos con Bellard para matar el tiempo. Se las apañó para perder otra moneda de dos peniques antes de que el enano regresara. Malden tenía las manos hábiles, pero el ojo de Bellard era más preciso.

Las herramientas estaban envueltas en un trozo de vela de barco, tratada con brea para que el agua no la atravesara. Servía para protegerlas de la herrumbre.

—Devuélvemelas igual que te las he dado, porque, si no, tendrás que pagarme un extra —le dijo Slag.

—Eso haré. Adiós, Bellard. Adiós a todo el mundo. —Bellard masculló una respuesta, pero nadie más se dignó a levantar la mirada mientras Malden ascendía de nuevo a la luz del día. Los tres ancianos maestros fueron algo más cordiales, pero Malden no perdió mucho tiempo en charlar con ellos.

Le sobraba tiempo, así que se marchó monte arriba, hasta la antigua casa capitular de los Hermanos Eruditos, que se decía que estaba embrujada, y después hacia el sur, por la curva que trazaban las murallas de la ciudad, y luego por el laberinto de casas apretujadas en la parte oriental de la Peste, y después más al sur, hasta las casas de los pescadores y marineros que transportaban los productos de Ness hacia los puertos de todo el mundo. Había hecho un camino muy largo y sin sentido alguno, pero así no tuvo que abandonar en ningún momento las calles anchas por donde solían desplazarse las gentes honradas, y había evitado los callejones oscuros.

También había pasado cerca de la Puerta del Rey, así llamada porque por ella se accedía al camino que llegaba a la fortaleza real de Helstrow, a menos de doscientos kilómetros de allí. Malden se detuvo unos momentos y pensó que habría dado lo mismo si Helstrow se hubiese hallado en la otra cara de la luna. A lo largo de toda su vida no había llegado a recorrer un par de kilómetros en una misma dirección. No podía, porque se lo impedían las murallas de la ciudad.

La puerta tendría unos siete metros de altura... era lo bastante alta como para que los caballeros pudieran pasar con la lanza enhiesta. Estaba hecha con la misma piedra azulada que el resto de la muralla, y guarnecida por un arco triunfal que celebraba no se sabía muy bien qué victoria militar. Malden dudaba de que ninguno cuantos vivían en la Peste pudiera decirle qué batalla conmemoraba. Malden se entretuvo unos instantes en mirar las figuras esculpidas de guerreros que luchaban contra elfos perversos, pero lo que le llamó la atención de verdad fue el terreno que se hallaba al

otro lado.

Para empezar, era verde. Ahí fuera crecía la hierba verde, bajo la luz del sol. Una tierra ancha y sin límites, y no se veía en ella ni un alma. Malden dio unos pocos pasos por la estrecha puerta y se encontró con que los guardias ni siquiera lo miraban. No, por supuesto que no... no tenían órdenes de impedirle a nadie que se marchara. Las gentes de Ness eran libres para marcharse cuando quisieran. Pero no para regresar.

El prado soleado se veía tan cálido y tentador... una brisa veraniega jugueteaba con la hierba, la mecía suavemente. A espaldas de Malden, en la Peste, no había más que tumulto, tristeza y desesperación. Pensó que fuera todo estaría en silencio. Silencio y tranquilidad, y...

—¡Aparta, gilipollas! —gritó alguien, y, de pronto, un perro entre pardo y negro le gruñó. Sus húmedos colmillos se habían cerrado sobre la capa del joven. El sobresaltado Malden levantó los ojos, y a duras penas tuvo tiempo de apartarse cuando un hombre montado pasó a gran velocidad por la puerta, sin preocuparse de lo que pisaran los cascos de su caballo. El propietario del perro, un soldado de a pie que vestía el mismo escudo de armas que el jinete, acudió garrote en mano y obligó a Malden a apartarse a uno de los lados de la puerta.

—Unas personas importantes quieren pasar por esta puerta, ¿y tú te quedas ahí pasmado?

Malden trató de tartamudear una respuesta.

—Te aseguro que sólo...

El soldado lo derribó con el garrote, y probablemente lo habría golpeado hasta hacerle perder el sentido, si no hubiese tenido que marcharse corriendo para que su amo no lo dejara atrás. Malden, tendido en el polvo, se palpó con los dedos la oreja donde lo había golpeado. Se alegró de que los dedos no le quedaran cubiertos de sangre.

—Venga, fuera de aquí —dijo un guardia, al tiempo que lo agarraba del brazo y lo apartaba de la puerta—. Tienes suerte de que no te eche afuera para que te detenga el alguacil.

Sí, había tenido suerte. La hierba verde que se veía al otro lado parecía llamarle pero, en el mismo momento en el que le hubiera puesto el pie encima, Malden habría descendido al estatus de villano. Esclavo en todo, salvo en el nombre.

Pero si tuviese algo de dinero... si pudiera comprar aunque fuese un pequeño terreno en algún barrio barato... todo cambiaría. Y eso era lo que le había prometido Cutbill, ¿verdad?

Cutbill le había dicho que estaba prisionero en Ness. Malden no lo había pensado hasta aquel día... pero en ese momento ya no podía forjarse otro concepto de sí mismo. Prisionero. Y Cutbill tenía los medios para procurarle la libertad.

Quizás esa misma noche, sin otro precio que correr algún riesgo.

Pasó el resto de la mañana ocupado en vaciar bolsas en el mercado del pescado de

la Charca del Este. Tenía que recobrar todo lo que había gastado, porque, si no, no le quedaría ni una sola moneda cuando llegara el anochecer. Cenó berberechos en un pequeño tugurio cercano a la Puerta del Río, y luego alquiló un cuarto en un miserable hostel frecuentado por marineros. Habría regresado con mucho gusto a su habitación sobre la tienda del cerero, pero tenía que asegurarse de que ninguno de los hombres de Cutbill lo viese luego, cuando se reuniese con Citera.

Buena parte de sus idas y venidas habían tenido ese objetivo. Sabía que Cutbill contaba con espías que vigilarían sus pasos, sobre todo si se notaba que iba detrás de algo en concreto. Había que contar también con los ladrones que andaban por libre, los descuidados y timadores demasiado insignificantes para unirse al gremio. Tenían por costumbre seguir a las gentes de Cutbill, igual que las gaviotas seguían a los galeones, con la esperanza de llevarse las migajas que los ladrones más acomodados les dejaran. Malden tenía que asegurarse de que ninguno de ellos se enteraba de sus planes, y por ello había actuado durante todo el día como si no hubiera tenido nada que hacer. No había tenido ningún motivo para levantarse temprano, y de hecho pasó la tarde dormido en el lecho que acababa de alquilar. Acababa de pasar el solsticio de verano y faltaban menos de quince días para la Natividad de la Señora, y el sol tardaría en ponerse.

Tras levantarse, se arrancó de los cabellos y la ropa la ración de insectos que venía incluida en el lecho, y luego trepó a la ventana y salió al tejado del hostel de mala muerte donde se había alojado. Estaba más o menos convencido de que nadie lo seguía pero, para estar más seguro, cruzó tres calles por los tejados, saltando en silencio de uno a otro edificio. Al bajar de nuevo a la calle, se encontraba ya en los márgenes del río Skrait. Anduvo una vez más hacia el norte, río arriba, por muelles y embarcaderos. A orillas del río los había a cientos, porque todas las casas que bordeaban el Skrait tenían uno. Terminó por adentrarse en el Humo, el distrito de talleres y manufacturas, donde los curtidores, papeleros y encuadernadores, sombrereros, herreros, cerveceros y panaderos trabajaban en sus respectivos oficios. Los establecimientos ensuciaban el aire con sus humos y ennegrecían el río con sus desechos, y el olor era intenso... no por nada el distrito que se encontraba al sur del Humo se llamaba la Peste. Malden tenía que encontrarse allí con Citera.

Tuvo tiempo para pensar en lo que hacía. Tuvo tiempo para preguntarse si se había vuelto loco, o si de verdad tenía esperanzas de sobrevivir a aquello. Tuvo tiempo para pensar en la hierba verde que había visto al otro lado de la puerta, y en lo agradable que habría sido tenerla bajo los pies. Finalmente se puso el sol y no le quedó más tiempo para pensar.

Citera vino por él. Emergió de los vapores del río con una barquichuela en la que ella misma remaba. Le preguntó si estaba a punto. Malden no le dijo ni una palabra, sino que subió al bote y agarró un par de remos.

A medida que se alejaban del Humo y remontaban la corriente en dirección a la Cuesta Dorada y los Chapiteles, los muelles y embarcaderos de la orilla se hicieron más escasos. El río se estrechaba y su curso se volvía más rápido, por lo que tuvieron que remar con más fuerza. Llegaron a un trecho donde el agua volvía a bajar limpia, con la ocasional excepción de algunos desechos que enturbiaban de vez en cuando su superficie. El cauce del río Skrait discurría por la cara septentrional del Monte del Castillo y había excavado un tortuoso cañón que atravesaba la Ciudad Libre. En la pendiente del monte se volvía tan profundo que hubo que construir muros a lado y lado para contener la tierra en sus márgenes. Así, el último trecho del viaje discurrió entre dos muros altos, hechos de ladrillo antiguo, donde el musgo devoraba poco a poco el mortero. Aquí y allá, un arbolillo había echado raíces en los ladrillos y sus ramas colgaban sobre el río, sus hojas hacían que la luz parpadeara a través de las brumas que se cernían sobre las aguas.

El río describía un recodo algo más adelante y se perdía de vista tras el alto muro. Al mirar hacia allí, Malden vio un destello.

—¡Alto! Alguien viene —susurró, y se volvió para agarrar a Citera por el brazo. Se sintió extrañamente herido al darse cuenta de que la mujer se había apartado bruscamente para que no pudiese tocarla.

Lo que vio más adelante le robó toda su concentración y le impidió preguntarse el porqué de la reacción de la mujer. Una larga embarcación se asomaba por el recodo... en realidad un cayuco, con los costados bien parcheados. Una anciana estaba de pie en la popa y lo guiaba río abajo con una pértiga, la acompañaba media docena de niños que sacaban la cabeza por ambos lados. Sostenían largos ganchos dentro del agua y recogían todo lo que flotaba en ella. Uno de ellos sostenía una lámpara de aceite cerca de la superficie y teñía un trecho de río con una luz de color lechoso.

—Apártate y déjalos pasar —dijo Malden. Citera viró hacia el último de los muelles que se encontraban en la orilla meridional del Skrait. Uno de los niños levantó su gancho del agua para darle las gracias.

—¿Qué buscan? —preguntó Citera con un callado susurro, débil como el roce del viento entre el follaje.

—Todo lo que puedan vender. Una capa que se haya caído al agua. Cuero desechado por uno de los curtidores del Humo. —Malden se encogió de hombros—. Un cadáver que todavía lleve la bolsa colgada al cinto.

Citera dio un respingo.

—¿De verdad? ¿Podrían encontrarse eso? ¡Pobres niños!

Malden frunció el ceño. Sabía que a Citera le sobraba el dinero, pero ¿tan fácil era su vida que no comprendía las necesidades más básicas de los más desfavorecidos?

—Estarían muy contentos si lo encontraran. Podrían comer durante una semana.

La anciana gesticuló alegremente mientras pasaba por su lado. Malden aguardó hasta que la embarcación de los arrapiezos se hubo perdido de vista, y entonces le hizo un gesto a Citera para indicarle que siguieran adelante.

—Habría sido mejor que no nos hubieran visto —dijo, pero como si esperara que Malden se lo desmintiese.

—Aunque la Guardia Ciudadana los encontrase y les preguntara qué han visto esta noche —dijo él—, no nos delatarían. Saben que si estamos fuera de casa a estas horas es que somos de los suyos... de la gran fraternidad de los desesperados. No nos traicionarán.

Malden oyó un suspiro de alivio a sus espaldas. Él También habría querido estar tan seguro. Pero no importaba... ya no podían volver atrás. Siguieron adelante, río arriba, hasta que no vieron nada más que los muros a uno y otro lado.

No se oía ningún sonido, salvo el golpe de los remos y el agua que chorreaba de éstos. No vieron ninguna otra embarcación. A una hora tan tardía era lo normal. Malden no perdía de vista la parte alta de los muros, para estar seguro de que nadie los observase. No vio a nadie.

Remar contra corriente les exigía bastante esfuerzo y durante un rato lo hicieron en silencio. Además, era aburrido, y, al fin, Malden se puso a hablar, tan sólo por hacer algo. Hablaba en voz muy baja, porque sabía que el sonido llega hasta muy lejos sobre el agua, pero, en todo caso, Citera no trató de hacerlo callar.

—Pagaría con buenas monedas por enterarme de cómo hiciste ese truco de ayer. Cuando apareciste de pronto sobre el tejado de la universidad. ¿Fue magia o no?

—Si fueras capaz de definir lo que es la magia, y lo que no, serías más sabio que los sabios más grandes de este mundo —le dijo ella—. No fue más que lo que tú has dicho. Un truco.

—Hum. ¿Y sabes muchos como ése?

—No.

Malden vio más adelante unas escaleras en zigzag labradas en un muro, que en ese momento medía ya diez metros de altura. Las escaleras empezaban en un muelle desierto, sin ninguna embarcación. Pese a ello, guardó silencio hasta que las hubieron dejado atrás.

—¿Y la manera como me capturaste la mirada? No logré desviarla, aunque esa montaña de hombre me viniera por detrás. Estoy seguro de que fue brujería.

—¿De qué me hablas? —preguntó ella. En sus ojos no se veía fingimiento.

—Me hechizaste —dijo Malden, y volvió la cabeza, como para reñirla por haberlo embrujado. Pero Citera parecía tan sorprendida como él—. Empleaste algún tipo de conjuro.

—Me atribuyes demasiados méritos. No conozco ningún encantamiento que tenga ese efecto.

Pero sí que tenía que haberle arrojado algún conjuro. ¿No? Si no, ¿cómo se

explicaba la repentina fascinación del joven por los ojos de la mujer, por su cabello? ¿Qué otra explicación podía haber, aparte de que lo hubiera embrujado?

Malden había crecido entre putas y conocía muy bien el amor físico. A menudo las había oído hablar sobre el otro tipo de amor, el del enamoramiento, el verdadero. Incluso le habían hablado del legendario amor a primera vista, aunque la mayoría de ellas lo consideraba un mito. El propio Malden no había creído nunca que pudiera llegar a sentir algo semejante por otro ser humano, y menos aún por una hechicera con el cuerpo cubierto de tatuajes.

Así que debía haber sido magia. No había ninguna otra posibilidad. ¿Verdad que no?

Su intención era hablar sobre cualquier otra cosa, para no continuar con esa línea de pensamiento.

—Me tienes intrigado, Citera. Pareces una dama de alta alcurnia, pero andas con hombres como Bikker.

—No es tan malo. Es honrado a su manera.

—Es un truhán. Divertido, sí, pero basto. No me creo que hayas elegido su compañía. Trabajas con él porque te lo ordenaron. Pienso que ambos debéis de trabajar para un tercero. Un tercero que quiere mis servicios y que...

—Y que no dará a conocer su nombre.

—Muy bien. Aunque el número de ciudadanos que podría pagar por tu colaboración no debe de ser muy grande.

—No todo se paga con dinero.

Era una frase intrigante y suscitó todo tipo de preguntas en Malden. Pero estaba muy claro que Citera no tenía ganas de hablar sobre esa cuestión y Malden no insistió. De todos modos, también quería preguntarle otra cosa.

—Esos tatuajes que llevas en la cara y en los brazos...

—No son tatuajes —le dijo con voz cortante.

—Bueno, pues esos dibujos... ¿se mueven de verdad?

—Sí. Nunca están quietos.

—¿Quién es el artista que los pinta? ¿Qué clase de pigmento emplea?

Citera suspiró.

—No son obra de artistas. Ni están hechos con pigmentos. Son una maldición. O más bien un regalo de mi madre. Tal vez quisiera maldecir a otra persona.

—¿Tu madre era bruja? Eso me lo creo, porque tú misma me hechizaste a mí.

No parecía que Citera tuviese ganas de hablar sobre ello.

—Te vas a callar esa boca de bribón, si sabes lo que te conviene. Mi madre no era bruja. Porque aún vive. Es hechicera.

—Por supuesto —dijo Malden.

Citera suspiró.

—¿Siempre tienes que ser tan descarado?

—Ése es uno de mis encantos.

—Ah, ¿tienes encantos? No me había dado cuenta. —Pero la mujer sonreía.

—Me has herido hasta lo más hondo —dijo Malden—. Pero no pasa nada. Ya encontraremos la manera de que me compenses por ello. Cuando todo esto haya terminado, ¿qué te parecería si tú y yo...?

—Basta —dijo ella, interrumpiendo su intento de cortejo medio en broma, medio en serio—. Atiende a los remos.

Malden hizo lo que le decía.

—¿Éste es el lugar? ¿De verdad que ya hemos llegado?

—Cuando hay conversación, la noche pasa rápido. Sí... mira... ésa es la cloaca que me dijeron que buscara. Ése es el lugar exacto.

La boca de la cloaca sobresalía del muro. De su interior caía un arroyo constante de agua sucia. Era lo bastante ancha como para que pasara un hombre, si no hubiese estado cerrada con una reja. Pero el hombre que se metiera allí sería un necio, porque la conducción llevaba a las mazmorras del burgrave.

Malden miró arriba... y más arriba todavía. El muro levemente inclinado que se erguía frente a él debía de medir unos cincuenta metros. Allí arriba, muy, muy lejos, estaba el palacio del burgrave.

Había algo de lo que Malden estaba seguro. En la lista secreta de protegidos de Cutbill no aparecía el nombre del burgrave. El burgrave, por supuesto, contaba con su propia guarnición, y no necesitaba la ayuda del señor de los ladrones.

A Malden no le habían explicado nunca por qué no podía irrumpir en la morada del gobernante supremo de la Ciudad Libre y llevarse su más preciada posesión. Probablemente porque nunca lo había considerado nadie lo bastante estúpido como para intentarlo.

Por lo menos hasta que aparecieron Bikker y Citera.

—Cuando llegues a lo alto, no trepes directamente por los parapetos —susurró Citera—. Recuerda... Bikker llevará a cabo una maniobra de distracción en el patio. Los guardias irán corriendo a investigar. Ésa será tu única oportunidad de entrar sin que te vean. Tendrás que moverte rápido, pero no demasiado, porque podrías caer en una trampa. En cuanto tengas el... objeto que te hemos dicho, vuelve en cuanto puedas. No te lles nada más. Es muy importante que no dejes ningún rastro de que estuviste allí, ni infundas sospechas de que te has llevado eso.

Malden se dio perfecta cuenta de que Citera no quería decir en voz alta el nombre de lo que quería que él robara. Archivó ese dato entre los diez mil detalles que encontraba curiosos e interesantes en ella.

—Ya puedes empezar a trepar. Yo me encargo de que Bikker sepa cuándo tiene que hacer su parte.

—¿Y si me dieras un beso de la suerte antes de que me marche? —preguntó Malden.

Citera se rió.

—Mis besos no dan buena suerte. ¡Venga, ponte en marcha!



Aunque con precaución, Malden se irguió sobre la popa de la barca. Aguardó a que Citera sujetase con fuerza ambos remos dentro del agua para mantener estable la pequeña embarcación. Luego dio un paso rápido y saltó al muro, con las manos y los dedos a punto para buscar asideros.

No le fue difícil. Los ladrillos eran sólidos, pero el cemento que los unía se había desmenuzado con el paso del tiempo. Sus dedos encajaron con facilidad entre las hileras de ladrillos.

En cuanto lo vio agarrado a la pared como un lagarto, Citera se aplicó a los remos y se alejó de la pared. Malden no perdió tiempo en mirar adónde iba. Se puso a trepar apoyándose en ambas manos.

Hacia arriba.

Malden había aprendido a trepar casi a la vez que empezó a caminar.

No era nada extraño... todos los niños de Ness aprendían a trepar, porque buena parte de la ciudad se hallaba en la ladera de un monte. Las calles eran tan tortuosas y laberínticas que, muy a menudo, la manera más rápida de ir de una casa a otra era pasar por el tejado de la que estuviera en medio. En una ciudad donde las calles eran tan estrechas y era muy fácil moverse por los tejados. En Ness había lugares donde, si una mujer hubiera sacado una tarta a enfriarse en la ventana del piso de arriba, el hombre de la casa de enfrente habría podido agarrarla y comérsela. Incluso los niños pequeños saltaban de una casa a otra con poco peligro de caerse. Un niño relativamente ágil habría podido correr de un extremo a otro de la Peste por los tejados sin tener que dar nada más que saltos ocasionales. En las abarrotadas calles había pocas posibilidades de jugar, así que los niños se subían a lo alto en busca de espacio para sus juegos.

Con todo, Malden había demostrado verdadero talento para trepar desde edad muy temprana. No le daban miedo las alturas y adoraba el aire límpido de las alturas, y así los tejados de la ciudad se habían transformado en su medio natural. Sus escasos amigos lo habían retado desde siempre a que se subiera al extremo de una aguja, o danzara sobre una chimenea muy alta. Más adelante, cuando había empezado a delinquir para ganarse la vida, había descubierto que la guardia no solía atrapar a quienes sabían correr a gran velocidad sobre los tejados. Así que se había entrenado para correr más rápido y saltar más lejos que nadie.

Se decía a sí mismo que aquella escalada no era distinta de tantas otras. No importaba lo que hubiese arriba... tan sólo importaba agarrarse bien y no mirar hacia abajo.

El muro no era recto, así que, más que trepar, era como subir por una pendiente. Algunos ladrillos se habían roto con el paso del tiempo, por fortuna también los había agrietados. No le resultaba muy difícil trepar, o, mejor dicho, no le habría resultado difícil si el recorrido no hubiera sido tan largo. Se tomó su tiempo, escogió con sumo cuidado cada uno de los asideros y se detuvo de vez en cuando para descansar. Todo ello contribuía a que Malden no se cayera, pero no impediría que sufriese un calambre en los dedos. En todo momento buscaba asideros para ayudarse, y encontró unos cuantos. Aquí y allá, una tubería rezumaba líquido entre los ladrillos. De vez en cuando encontraba una ventana estrecha, pero nunca lo bastante grande como para pasar por ella. Éstas le ofrecían la posibilidad de sostenerse sobre ambos pies y darse masajes en las manos, y así poder seguir trepando. Eran pocas y estaban alejadas entre sí, pero le fueron de ayuda. Incluso le dieron la oportunidad de tener las manos libres durante el tiempo suficiente para tomar un trago de vino de la pequeña bota que

llevaba al cinto.

Pero, a los veinte metros de altura, sus manos se habían transformado ya en doloridas garras. Al cabo de otros tres metros, no se sentía las yemas de los dedos. La pechera de su túnica estaba sucia y el sudor le había empapado la nuca.

A los veinticinco metros se enfrentó a otro peligro. Había llegado a una altura que sobrepasaba la del muro que se encontraba al otro lado del río. Detrás de ese muro había un parque de castaños y robles llamado la Acequia Real. De algunas de las ramas más bajas colgaban farolillos de las casas de juego y lujosos mesones que flanqueaban por ese lado la calle del Gavilán. Se oía música y, ocasionalmente, carcajadas que el viento arrastraba hasta sus oídos. Si alguno de los que se encontraban allí hubiese tenido la idea de mirar hacia el Monte del Castillo, fácilmente lo habría visto... y, sin duda, habría dado la alarma. La Ciudad Libre de Ness tenía ochocientos años y jamás la había saqueado invasor alguno, pero siempre hay una primera vez.

Malden giró su capa. La prenda tenía los colores de una hoja de espino: por un lado, el verde profundo de los bosques, y, por el otro, un verde grisáceo. El color más ligero hacía más difícil que lo viesen en el muro, pero infaliblemente se delataría en cuanto se moviera.

En cualquier caso, no podía hacer nada. Tenía que confiarse a la suerte de que nadie lo viera desde el otro lado del río.

Al menos en eso, la suerte lo acompañó.

A unos veintisiete metros se encontraba un trecho de muro muy antiguo. Con una hilera de figuras humanas, de unos cuatro metros de altura cada una, visibles desde la Acequia Real. Malden las había visto a menudo desde allí, pero entonces le habían parecido más pequeñas. Representaban a toda la descendencia masculina de Juring Tarness, el primer burgrave de la Ciudad Libre de Ness. Cada uno de ellos había sido burgrave en su tiempo. En el mejor de los casos, eran imágenes toscas, y los escultores que las tallaron habían cometido una estupidez. Todos los burgraves figuraban con armadura completa, las cabezas protegidas con yelmos guarnecidos con la corona propia de su rango. Como resultado, era casi imposible distinguirlos. Malden no se había interesado nunca por aprenderse sus nombres y fechas de reinado. En ese mismo momento tampoco le interesaba, aunque les estuviera agradecido por una sencilla razón: las tallas eran más fáciles de escalar que los ladrillos desnudos. Se disculpó en silencio con el antiguo burgrave por cuyo hombro trepó y siguió su camino.

A los treinta y cinco metros, las manos le habían quedado como ganchos. Las metió una y otra vez en las grietas que se habían abierto entre los ladrillos y siguió tirando de sí mismo hacia arriba. Al cabo de cuarenta metros tenía la sensación de que se le habían roto los dedos de los pies, por todas las veces en que los había forzado a meterse en hendiduras demasiado estrechas.

Cuarenta y cinco metros... y oyó una voz en lo alto. Se detuvo al instante y pegó

el cuerpo tanto como pudo a los ladrillos. A unos cinco metros más arriba de donde habían llegado sus brazos, un guardia patrullaba sobre el muro, por el lado de palacio. Si se le ocurría mirar...

—Avísame si viene alguien —dijo la voz. Indudablemente, su propietario hablaba con alguien.

—No, no, no se ve a nadie —dijo una segunda voz que corroboró las sospechas de Malden.

Entonces se oyó un gruñido. Y luego la luz de la luna se reflejó en algo que pasó a toda velocidad por el lado de Malden.

Estuvo muy cerca de caerse del muro. Tenía tanto miedo de que lo golpearan lo que arrojaban desde arriba que una de sus manos se soltó, y tuvo que agarrarse sólo con la otra. Al cabo de un instante se dio cuenta de lo que sucedía y se maldijo en silencio por su falta de aplomo.

Un chorrillo de líquido nauseabundo se precipitaba desde lo alto, un riachuelo que se diseminaba y se transformaba en una llovizna pocos metros más abajo de donde se encontraba Malden. El guardia estaba meando desde lo alto del muro.

Malden arrugó los labios con asco. ¿Acaso el hombre era demasiado gandul para buscarse un retrete? Pero no podía hacer nada, salvo agarrarse con fuerza, y aguardar, y rogar que el viento no cambiara. Echó una rápida mirada hacia abajo para cerciorarse de que Citera no estuviese allí. No vio la barca, pero se llevó una fuerte impresión por lo alto que estaba. Malden no temía a las alturas, pero sólo un superhombre podía contemplar desde allí arriba aquel abismo y no sentir vértigo.

Cuando el guardia hubo terminado y se marchó, Malden volvió a mirar hacia arriba, hacia lo más alto del muro. No le faltaba mucho. Si trepaba con rapidez llegaría hasta arriba en un instante. Pero tenía las manos tan agarrotadas y doloridas que sabía que, una vez arriba, tendría que detenerse un instante y frotarse sus pálidos dedos para que volviese a circular por ellos la sangre. También tenía que estar seguro de que no lo viesan cuando llegara arriba. Miró a su alrededor y vio una ventana a su izquierda, a no más de cuatro metros. Cambió de posición con mucho sigilo, como un gato sobre una alfombra, y avanzó hacia allí. Aquella ventana era más ancha que las otras que había visto, pero estaba cerrada con barrotes. De todas maneras, sería un buen sitio para descansar un rato. Se prometió a sí mismo que no se detendría más que unos minutos. Hasta que volviera a sentir algo en las yemas de los pulgares.

Pero, al acercarse a la ventana, oyó que alguien se movía dentro. Tuvo que detenerse una vez más y aguardar a que los que estaban dentro se marcharan. Y fue entonces cuando se acabó su suerte.

Porque fue exactamente en ese momento cuando Bikker llevó a cabo la prometida maniobra de distracción.

Croy detestaba las argucias pero, a veces, el camino recto no era el más apropiado. Así, por ejemplo, cuando se tiene la intención de recuperar cierta propiedad que se encuentra en una habitación cerrada dentro de un palacio, la nocturnidad es lo más recomendable.

Y en vez de presentarse a la puerta del burgrave y exponerle sus peticiones con buena educación, tuvo que fingirse enamorado de una dama de compañía y colarse en la casa más protegida de toda la ciudad.

—Tengo la llave aquí, sobre mi persona —dijo *lady* Hilde, y se metió la mano bajo el corpiño. Parecía que respirara con dificultad y que se le desorbitaran los ojos al contemplar el rostro de Croy—. No me ha sido nada fácil conseguirla, ¿sabes? He tenido que esperar a que el administrador del palacio se durmiera en su escritorio. Por suerte para ti, está tan viejo y decrepito que no se ha despertado cuando se la he quitado del cinturón. Pero bueno... ¿dónde la habré metido?

Croy se imaginó que debía estar asustada. Era comprensible. Se hallaban en la tesorería del burgrave, en un sitio donde no podía entrar nadie, de ningún rango, después de que cerraran las puertas al anochecer. Incluso de día, tan sólo el administrador y el bailío tenían las llaves. Era un sitio tan seguro que el administrador ni siquiera se había molestado en apostar guardias... al fin y al cabo, para acercarse desde el patio había que sortear a varias docenas de vigilantes.

Por supuesto que si un hombre intimaba con una de las damas de compañía de la burgravina, y ésta se prestaba a hacerle favores, tendría también el palacio entero a su disposición. Croy se sentía incómodo con lo que hacía. Aquel asunto contravenía su código moral, y Croy era uno de esos hombres para quienes la ética lo es todo. Sin embargo, encontró maneras de tranquilizarse un poquito la conciencia. No había ido a robar... no era un ladrón. Había ido hasta allí para recuperar lo que le pertenecía. Algo que se había comprometido a honrar y defender: la espada que consideraba su propia alma.

La tesorería era la estancia más inexpugnable de toda la Ciudad Libre, porque era allí donde el burgrave guardaba el oro que no se gastaba. Era un enorme almacén repleto de sacos de dinero, baúles que rebosaban monedas de plata, montones de gemas y las joyas de la esposa de Ommen Tarness, la burgravina.

Croy no había ido por nada de eso. Le habían arrebatado las espadas al arrestarlo y las habían llevado allí. Las habían guardado con las antigüedades y los tesoros más importantes de la Ciudad Libre de Ness. Justo detrás de la puerta cerrada ante la que se encontraba. Hilde le había dicho que sólo podría conseguirle la llave si luego la llevaba con él. Quería ver los tesoros por sí misma. A falta de un plan mejor, Croy había aceptado.

—Creo que tengo problemas para encontrar la llave —le dijo Hilde—. ¿Podrías ayudarme?

Croy se arrodilló lámpara en mano y buscó por el suelo.

—No, tonto —dijo ella—. La llevo escondida debajo del vestido.

Croy abrió la boca para decir algo y se encontró con que no pudo cerrarla de nuevo. Hilde había empezado a desabrocharse el corpiño.

—¿Y bien? Ayer, en la Plaza del Mercado, te vi tan bello, Croy... tan osado... me temblaron las rodillas. Y también otras partes de mi cuerpo. Claro que podría ser porque hace un año que no estoy con un hombre. Mi señora me tiene tan ocupada... quizá, si el burgrave cumpliera mejor con sus deberes maritales, podría escaparme más a menudo. No, no, ahora estás en el lugar donde te quería —le dijo a Croy cuando éste trató de ponerse en pie. Soltó una risilla, le puso un dedo en el hombro y le hizo arrodillarse de nuevo.

—Querida Hilde —dijo él, al tiempo que se levantaba de un salto—, creo que no te he oído bien.

Hilde entornó los ojos.

—Ahora no me digas que eres uno de esos hombres que no saben lo que tienen que hacer con una mujer desnuda. —Meneó los hombros y su vestido descendió hasta el suelo. Debajo de éste llevaba tan sólo unas enaguas y unas medias que le llegaban hasta la rodilla.

Croy se ruborizó y apartó la mirada.

—Querida Hilde, no se me ocurriría jamás... ah... desdeñar tus afectos, pero... mi corazón pertenece a otra.

—¿Lo dices... en serio...?

Croy bajó la cabeza y trató de preservar la pureza de sus pensamientos. No le resultó nada fácil con el frufú de la ropa interior de Hilde tan cerca de la cara.

—Toma —dijo ella, y le puso una larga llave de hierro en la mano—. Haz lo que tengas que hacer mientras vuelvo a ponerme todo esto. No tengo ni idea de cómo voy a atarme el corsé sin un hombre grande y fuerte que me ayude, pero... ah, da igual.

—Gracias —dijo Croy, y abrió la puerta. Al otro lado había una ventana enrejada. Le pareció que había visto un zapato tras los barrotes, pero no, era imposible... al otro lado de la ventana no había más que un muro impracticable de unos treinta metros que descendía hasta el río Skrait. Se puso a mirar por la habitación, porque se imaginaba que tendría que remover muchas cosas para encontrar las espadas.

En realidad, no había nada más. ¿Dónde se encontraban los objetos de culto que el burgrave tenía que llevar en procesión por las calles en el día de la Natividad de la Señora? Y, por cierto, ¿dónde estaban los estatutos de la ciudad? Quizás hubieran ido a parar al mismo sitio que las reservas de oro. Las espadas estaban solas en una estantería, debajo de la ventana. Dos largas hojas de metal en vainas de cuero. Eran lo único que había traído consigo al regresar a la Ciudad Libre. Se las colgó del talabarte, en el lugar que les correspondía, y volvió a salir de la habitación.

Hilde le aguardaba cerca de la puerta, impaciente, dando golpecitos en el suelo con el pie.

—Vamos —le dijo—. Te voy a llevar por las cocinas para que nadie te vea. Aunque también es verdad que mi fama mejoraría si me vieses contigo.

—Me persiguen como a un delincuente —protestó él.

—Tú no entiendes nada de esta ciudad, ¿verdad? —preguntó ella—. Seguro que has...

Un grito muy agudo de horror y sufrimiento perforó la oscuridad. Provenía de fuera del edificio. Croy se asomó sobre el hombro de Hilde para mirar al patio, a tiempo de ver a un miembro de la Guardia Ciudadana que venía tambaleándose por la puerta principal de palacio. Una mancha oscura se extendía por su capa. Tenía agarrada una flecha que se le había hincado en el costado. Antes de que pudiera dar una docena de pasos, se cayó de bruces sobre las baldosas.

Entonces, se oyó un segundo grito. Un guardia se desplomó desde las almenas de la muralla de palacio. Una flecha le había atravesado el cuello.

—¡Asesinos! —gritó alguien—. ¡Asesinos! —Y entonces empezó a sonar una campana de alarma, con repiques agudos y ritmo desenfrenado.

Malden escuchó tan sólo un instante el clamor que se oía al otro lado del muro y luego trepó por los últimos seis metros de ladrillo con la rapidez de una araña. Se encaramó por las almenas y se encontró con un amplio camino de ronda. No había ningún guardia a la vista. Anduvo con sigilo hasta el otro lado del adarve y echó una ojeada al patio por una aspillera.

El Monte del Castillo era la residencia del burgrave y la sede de su administración. También era una fortaleza, un bastión concebido para hacer frente a la más formidable horda de invasores. Tras sus muros se hallaban los cuarteles donde vivía la guardia de corps del burgrave, así como el Pabellón de la Guardia. En ese instante, ambos edificios estaban iluminados, y hombres uniformados salían en gran número por sus puertas para ocupar el amplio patio. Había muchos gritos y confusión, y corros de guardias se habían reunido en torno a dos cadáveres que yacían sin vida. Se oyó un cuerno ensordecedor. Entre tanto, un destacamento de soldados subía por los muros y las torres, por la zona desde donde se contemplaba la Plaza del Mercado. Alumbraban con sus antorchas todas las sombras, clavaban sus espadas de hierro en los abrevaderos y los henares, buscaban a quienquiera que hubiese lanzado sus flechas contra los dos hombres.

En nombre del Dios de la Sangre, ¿qué había hecho Bikker? Había matado a dos hombres a sangre fría... sólo para provocar unos momentos de confusión.

Malden tuvo que reconocer que la maniobra había obtenido excelentes resultados. En la parte septentrional del patio no había quedado ni un solo hombre de la guardia. La tesorería, la capilla privada del burgrave y las cocinas habían quedado desiertas. Y también el palacio.

Este último era un edificio alto, construido con sillares, varias puertas en arco y anchas ventanas de cristales finos. Era grácil, lo sostenían esbeltos contrafuertes y lo remataban gárgolas y gabletes. Ni siquiera la Iglesia de la Señora, la gran edificación que se encontraba en la Plaza del Mercado, se le podía comparar en la delicadeza de su aspecto ni en el refinamiento de sus ornatos. El palacio era una maravilla de la arquitectura. Probablemente, un bárbaro resuelto, con un mazo en la mano, habría podido derribarlo. Estaba construido en torno a una edificación mucho más antigua y robusta, que destacaba en el conjunto como una verruga en el rostro de una princesa. Y, con todo, esa edificación, una torre que se hallaba en el vértice del ángulo, debía soportar la mayor parte del peso del palacio. Tenía cinco pisos y sus muros debían sobrepasar el metro y medio de grosor, atravesados tan sólo por unas pocas y estrechas aspilleras. Ésa había sido la fortaleza de los primeros habitantes del Monte del Castillo, donde se refugiaban los primeros y escasos colonos cuando los elfos hacían una incursión. Había aguantado contra esos diablos sedientos de sangre y



contra los enanos que vinieron después de ellos (cuando los enanos aún tenían ánimos para luchar), e incluso contra los bárbaros humanos que habían devastado Skrae trescientos años atrás, antes de que el rey Garwulf el Misericordioso forzara a sus tribus a huir por las lejanas montañas del este. Conservaba su solidez de siempre y era todavía el edificio más alto de la Ciudad Libre.

La torre era el lugar adónde Malden se dirigía esa noche. Tenía que entrar en ella, aunque ni los elfos, ni los enanos, ni los bárbaros lo hubiesen conseguido. Por supuesto que lo habían intentado cuando el palacio aún no existía. Habríase dicho que hasta un bebé anémico habría podido entrar en la edificación.

El palacio se encontraba a unos diez metros del muro, separado del adarve donde se hallaba Malden por unos primorosos jardines. Ése era el foso que tendría que superar.

Corrió por lo alto del muro hasta encontrarse frente al tejado de palacio. Se detuvo un instante y giró de nuevo la capa, para que quedase a la vista su cara más oscura, y luego se sacó del cinturón una de las herramientas de Slag. Era un garfio que constaba de dos piezas unidas por una bisagra. Podía plegarlo para colgarlo del cinturón, pero, al desplegarlo, ambas piezas quedaban sólidamente fijadas. Las puntas estaban forradas con cuero para que no se oyeran ecos metálicos ni arañosos cuando el garfio tocara piedra.

También era cierto que, entre los gritos de los hombres, probablemente nadie habría oído a Malden aunque tocara un tambor. Pero el sigilo nunca estaba de más.

Malden pasó una cuerda por la anilla del garfio y la sujetó por los dos cabos, y a continuación empezó a voltearlo. En cuanto le hubo dado suficiente impulso, lo arrojó y lo vio trazar un arco a la luz de la luna y besar el tejado de palacio. Por unos instantes, el garfio resbaló, pero luego se detuvo.

Tiró de la cuerda y trató de guiar el garfio con la intención de que quedara enganchado en una chimenea, o en el pie de una gárgola. El mejor asidero que consiguió fue la junta entre dos tejas. El garfio no había quedado sujeto con la firmeza que el ladrón pretendía pero, de todos modos, le pareció que aguantaría su peso. Por mucho que tirara de la cuerda para cerciorarse de que no había peligro, sólo había una manera de comprobarlo de verdad. Ató los dos cabos de la cuerda y los dejó sujetos en una almena que tenía cerca. Luego se agarró a la cuerda y quedó suspendido en el aire como un mono, sujeto con piernas y manos. Se balanceó a siete metros de altura sobre los jardines del burgrave.

La cuerda estaba algo floja, pero aguantó. Malden expulsó todo el aire que tenía en los pulmones. Fue de un extremo a otro a fuerza de manos, mientras sus pies se deslizaban sobre la cuerda. Al cabo de poco llegó al tejado del palacio, donde se detuvo unos instantes, hasta que su corazón acelerado recobró la normalidad. A continuación agarró de nuevo el garfio y la cuerda. El nudo que unía los dos cabos se hallaba en el otro extremo. Hizo correr lentamente la cuerda hasta tenerlo en sus manos. No le fue nada difícil desatarlo y luego atarse toda la cuerda en torno a la

cintura. Habría preferido dejarla en su lugar y así tener a punto un camino de salida, pero no quería arriesgarse a que la descubrieran. Miró el patio y vio que los soldados habían empezado a buscar por la zona septentrional de la fortaleza... no pasaría mucho tiempo hasta que fuesen a investigar el muro en el que había estado Malden.

La maniobra de distracción había logrado sus objetivos, sí. Pero en esos momentos empezaba a surtir un efecto contrario al deseado. Lo más probable era que, en el momento en el que Bikker había empezado a lanzar sus flechas, la mayoría de los guardias estuvieran dormidos o distraídos. Ahora todos los hombres de palacio estaban despiertos y buscaban al misterioso atacante. Si capturaban a Malden, se imaginarían que el arquero fantasma era él, y lo matarían antes de que pudiese hablar en defensa propia. Malden maldijo a Bikker. Entrar había sido muy fácil, muy sencillo, una simple cuestión de dedos fuertes y talento para arrojar el garfio. Salir de allí iba a ser mucho más difícil.

Pero en eso iba a demostrar igualmente su valía. A sus pies, en el último piso de palacio, un balcón sobresalía de la pared. Como no vio luces en su interior, descendió hasta la baranda, y luego abrió las puertas y entró.

Malden entró en un pequeño dormitorio que debía de pertenecer a una dama de compañía. Había alfombrillas por el suelo una cama con dosel, un baúl y perfume por todas partes para ocultar los olores. Como dentro no había nadie, fue a la puerta y aplicó el oído al ojo de la cerradura. En cuanto se hubo convencido de que tampoco había nadie que patrullara en el corredor, abrió la puerta y salió a un pasillo iluminado con lámparas de aceite. Citera le había dicho que lo que buscaba se encontraría en la torre.

—Está en una habitación que hace mucho tiempo fue dormitorio del primer burgrave. La dejan ahí todas las noches mientras el burgrave actual duerme. Sé prudente: estará bien guardada.

Al menos una de las barreras había desaparecido. Malden se imaginó que, habitualmente, el pasillo habría estado repleto de soldados, pero que la maniobra de distracción de Bikker los había hecho salir al patio.

—Abandonarán sus puestos, pero no creas que ésa es la única manera de guardar un tesoro. Derrotar a hombres armados es muy fácil. Las paredes se pueden trepar y las puertas se abren con ganzúas. El burgrave lo tiene muy claro. Por ello, encontrarás otras barreras.

Malden había prestado mucha atención a las palabras de Citera. Con los ojos bien abiertos, siguió adelante por el pasillo y entró en el ala desde donde se podía acceder a donde quería llegar. Al acercarse a la puerta que se encontraba al final, había empezado ya a desenrollar el cordón que rodeaba la empuñadura de la daga y sacó las llaves y las ganzúas. La gruesa puerta de hierro tenía un cerrojo de seguridad, pero no le dio muchos problemas.

—¿Tendrá encantamientos, hechizos de protección?

—No es probable. La magia no es fiable, ni siquiera en la más favorable de las circunstancias. Aparte de que su mantenimiento es muy caro. No, no es la obra de hechiceros lo que tienes que temer. Sino la obra de los enanos.

Al otro lado de la puerta había un corredor de unos ocho metros. Tenía unas ventanas altas, más o menos cada tres metros, y la luz de la luna se filtraba por ellas para dar forma a manchones de plata sobre el entablado del suelo. Entre las manchas de luz había tinieblas impenetrables.

—No sé decirte qué trampas vas a encontrar —le había explicado Citera—. Sólo te puedo decir que te andes con mucho cuidado en las habitaciones donde no haya nada. El palacio es un lugar con mucha gente y mucho ajetreo. Si descubres una habitación con el suelo cubierto de polvo, o que no parezca tener ningún uso, será que la evitan por algún motivo.

En el corredor iluminado por la luna no había puertas, ni muebles. Malden

alcanzó a ver un destello metálico en su otro extremo. Al lado de la puerta de acceso, y se preguntó por lo que se podría encontrar. En el suelo no había polvo, o, por lo menos, no lo suficiente como para verlo bajo la pálida luz. Pero el pasillo transmitía algo especial, una sensación que Malden no alcanzaba a explicarse. No tenía la atmósfera de una estancia que se empleara a menudo. Ness era una ciudad antigua y había estado superpoblada incluso en su infancia. A lo largo de los años, un millón de manos había tocado cada una de sus piedras, los ropajes habían rozado cada una de sus paredes hasta dejarlas lisas y gastadas. Ese pasillo, por el contrario, daba la impresión de haber sido construido hacía poco... por unas manos expertas.

Y tenía la impronta del trabajo de un enano. Sí. Ése era el lugar.

Citera se lo había dicho muy claro:

—En esta ciudad viven más de sesenta enanos. Los ciudadanos más prósperos requieren sus servicios, porque sólo ellos saben construir los inteligentes dispositivos que los protegen de ladrones y asesinos durante la noche. Un ingeniero humano también sabría diseñar esas diabólicas trampas, pero únicamente los enanos logran construirlas. El burgrave habrá contratado los servicios de los mejores de entre ellos, y las trampas que haya tendido serán astutas y peligrosas en un grado inusual.

Bueno, Malden también contaba con un enano. Slag había enarcado una ceja al oír lo que Malden le pedía pero entonces, por primera vez, el enano de Cutbill lo había mirado con algo que no era desdén. No era exactamente respeto lo que Malden había visto centellear en los ojos del enano, pero sí, por lo menos, el reconocimiento de que el muchacho no era imbécil del todo.

Malden metió la mano en una bolsa que le colgaba del cinturón y sacó una bola de plomo envuelta en cuero. Le pesaba en la mano como si hubiera sido un adoquín. La lanzó con mucha suavidad para que se alejara rodando el pasillo y dio un paso atrás para alejarse de la puerta.

En un primer momento se sintió estúpido, como si se comportara como un niño jugando en un callejón. La bola pasó alegremente por el primer manchón de luz y luego desapareció en la oscuridad.

Sin embargo, a Malden le dio un vuelco el corazón, porque, de pronto, una reja se abatió desde el techo sobre la bola de plomo. Seis largas barras de hierro descendieron súbitamente y se estrellaron contra el suelo.

No respiró siquiera al ver que ascendían de nuevo hacia el techo. Se oyó el crujido de un muelle que se comprimía, y luego el chasquido de la reja, que volvía a alojarse en su lugar.

Malden escudriñó en la penumbra. La bola de plomo había quedado perforada por su centro, casi partida en dos por una de las lanzas de hierro que se habían abatido sobre ella. Debían tener las puntas tremendamente afiladas.

Sacó de la bolsa otra bola semejante y la arrojó con un poco más de fuerza, con efecto, para que se detuviese sobre el segundo manchón de luz. Rebotó sin activar nada y rodó también hacia las sombras. Una segunda reja idéntica a la primera

descendió de pronto.

—Seguro que hay una manera de pasar —le había dicho Citera—. Cada noche, el administrador del palacio tiene que llevar ese tesoro a la estancia de la torre, y cada mañana va a buscarlo de nuevo. El camino no puede ser imposible, ni siquiera difícil. Debe de ser muy fácil sortear las trampas, si se conoce el truco.

Y Malden creía haberlo descubierto. El suelo estaba trucado, estaba construido de tal manera que detectaba todas las cosas pesadas que se le pusieran encima, pero sólo en las zonas no iluminadas. Las que se hallaban bajo la luz de la luna no debían de tener ningún peligro. Tomó carrerilla y enfiló el pasillo. Saltó por los manchones de luz, procurando que sus pies no tocaran las zonas de sombra. Un salto, dos... — Estaba muy contento consigo mismo por haberlo descubierto—... y un tercer salto, directo hasta el último reflejo de luz de luna al extremo del corredor. Y fue entonces cuando recordó algo más que le había dicho Citera.

—Esas trampas no están hechas para pasarlas con facilidad, están pensadas para matar ladrones. El enano que las diseñó te adivinó tus pensamientos y encontró maneras de confundir tus razonamientos, de sorprenderte cuando menos te lo esperes.

Aunque hubiera seguido su consejo en todo lo demás, Malden no estaba preparado para llegar a la última mancha de luz... y que el suelo se abriera bajo sus pies. En ese lugar había una trampilla preparada para ceder en cuanto se le pusiera un peso encima, y, por mucho que Malden fuese delgado y de poca estatura, tenía el peso suficiente para activarla.

Malden sintió un violento impulso que lo llevaba a ninguna parte, como una piedra que se hubiera precipitado en el abismo. La sangre le zumbaba en los oídos y el corazón le galopaba en el pecho. Se sintió caer a plomo. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para contener un chillido. Agitó los brazos a ambos lados en un intento por mantener el equilibrio y a duras penas logró agarrarse con los dedos a los bordes de la trampilla. Su cuerpo se estrelló contra la pared del foso, y le dolió tanto que se quedó sin aliento y una de sus manos se soltó.

Pero la otra aguantó.

Boqueó para volver a llenarse los pulmones y oprimió con fuerza el rostro contra la pared del pozo, y entonces miró hacia abajo. Distinguió una luz trémula en el fondo. Era demasiado débil para ver lo que había allí, pero suficiente para que se diera cuenta de que la caída sería muy larga si se soltaba.

Poco a poco, tendió el otro brazo hacia arriba y se agarró al borde del pozo con las dos manos. Los dedos le dolían por todo el peso que tenían que soportar. Aún los tenía magullados e hinchados tras la larga escalada por el muro. Hizo caso omiso del dolor.

Oyó un sonido lejano que provenía de lo más hondo y que resonó por las paredes del pozo hasta llegarle distorsionado y hueco. Pero de todos modos lo reconoció: era un grito de dolor. A continuación se oyó el ruido de una rueda al girar, y luego nuevos gritos de sufrimiento. El pozo debía llevar hasta las mazmorras, que se hallaban en profundos sótanos bajo el palacio. Si se caía, Malden le ahorraría al burgrave la molestia de mandar a sus guardias para que lo arrastraran hasta allí. Además, dudaba de que fuera a encontrar un lecho de heno cuando llegase al fondo.

Muy, muy lentamente, tiró de sí mismo con ambos brazos para salir del pozo. En cuanto tuvo un hombro fuera, todo fue mucho más fácil. Cuando hubo logrado sacar una pierna giró sobre sí mismo para acabar de salir y se quedó tumbado por unos instantes. Trató de extender sus brazos doloridos, pero se dio cuenta a tiempo de que estaba a punto de apoyar la mano en una de las zonas de sombra que se encontraban en el pasillo.

Le tenía mucho cariño a su mano. No quería que se la atravesara una lanza de hierro afilada. Por ello, la mantuvo pegada contra su propio cuerpo y durante un rato no hizo más que temblar y aguardar a que el miedo lo abandonara. Había previsto que el trabajo fuera peligroso... los robos en casas siempre entrañaban ciertos riesgos. Sin embargo, nunca se había enfrentado a trampas tan insidiosas. Pero pensó que no era nada sorprendente, si se tenía en cuenta el valor de lo que había ido a robar.

Finalmente recobró el control sobre sus pies y se levantó.

Debía de estar muy cerca de la habitación que buscaba. Pero no vio ninguna

puerta. En cambio, sí que encontró una amplia hornacina en la que se alojaba una estatua de bronce de Sadu, el Dios de la Sangre.

Examinó la pared de la hornacina en busca de una puerta secreta por la que pudiera acceder a la torre. No encontró ninguna. Tanteó la pared con la empuñadura de la daga, pero daba la impresión de estar hecha de piedra maciza.

Tan sólo cuando hubo terminado su exhaustiva e inútil búsqueda se le ocurrió mirar al suelo, y entonces descubrió una juntura visible en el piso de madera. Formaba un semicírculo de aproximadamente un metro y medio de radio. Malden se hallaba dentro de ese semicírculo. Tanteó el suelo por varios lugares, pero llegó a la conclusión de que era macizo como la pared. Quizás... sí, quizás hubiera una puerta, después de todo. Si se podía hacer rotar el suelo de algún modo, y que toda la pared lo siguiera... debía haber algún dispositivo, alguna manera de activarlo.

La estatua del Dios de la Sangre... por supuesto.

Se sabía que el burgrave era devoto de la Señora de la Abundancia. Sadu era un dios mucho más antiguo. Su culto no estaba prohibido en la Ciudad Libre, pero sí muy mal visto. El Dios de la Sangre era el patrón de los pobres y los oprimidos, un símbolo de la justicia final, e incluso de la venganza. Sadu castigaba a todos los hombres en la otra vida, a cada uno de ellos según sus pecados. No era la clase de dios con el que un hombre como el burgrave quisiera encontrarse.

La estatua de bronce representaba a Sadu con su apariencia típica, la misma con la que era adorado en pequeños santuarios por toda la ciudad. El ídolo tenía siete brazos en el costado izquierdo, cada uno de los cuales sostenía un arma distinta: una espada, un bracamante, una lanza, un tridente, una red, un azote y una flecha. Las diferentes imágenes del Dios de la Sangre llevaban siempre diversas armas en las manos, porque Sadu era maestro en todas ellas. En el costado derecho tenía un solo brazo que, como de costumbre, sostenía una corona. El rostro de Sadu tenía la apariencia de una cara demoníaca contraída en una horrible mueca, con gigantescos colmillos y ojos desorbitados. Malden había visto versiones más terroríficas, pero la que tenía delante era muy común. Con todo, al observar la estatua con mayor detenimiento, notó dos detalles que eran específicos de aquella imagen.

En primer lugar: los ojos no estaban tan sólo muy abiertos... estaban vacíos. Dos aguzadas puntas de metal centelleaban en su interior. Malden se acordó de las púas que habían salido del candado de Cutbill. Quizá fueran lo mismo... o aún peor. En esta ocasión el veneno podía ser mortal.

Lo segundo que notó fue que los ocho brazos del Dios de la Sangre estaban unidos al cuerpo por bisagras. Se podían mover, con independencia del resto de la estatua.

Era obvio que tendría que empujar el brazo correcto para abrir la puerta de la estancia, mientras que, si movía cualquier otro, moriría al instante.

Descartó al instante el brazo que sostenía la corona. Era demasiado obvio.

Entre los brazos que sostenían armas, el primero que le llamó la atención fue el de

la red. Era la menos mortífera de las armas, mientras que las otras mataban con facilidad. La flecha era algo extraña... Sadu tendría que haber sostenido un arco, ¿verdad que sí? Por otra parte, una flecha era muy parecida a los dardos ¿no?

Pero ¿verdad que la perversa ironía de un artífice enano se habría complacido con ello? Quizás hubiera que empujar el brazo que sostenía la flecha para que no se dispararan los dardos.

Era una apuesta, pero parecía la solución más probable. Malden se alejó de la estatua, pero sin abandonar el semicírculo marcado en el suelo, y dio un golpecito en el brazo que sostenía la flecha. No sucedió nada. Aplicó más presión y dobló el brazo hacia atrás.

Se oyó un ruido de mecanismos, el chirrido de metal sin engrasar... y entonces la pared entera giró sobre su eje, y Malden entró directamente en la estancia donde el burgrave guardaba su corona.



Estás... estás loca —había dicho Malden dos días antes, cuando Citera le había explicado por fin lo que quería—. ¿La corona del burgrave? ¿Qué motivo puedes tener para robar precisamente eso? ¿Cómo podría ocurrírsele a nadie? ¡Si me pillan, me descuartizarán!

—No te pillarán si sigues nuestros planes —le había dicho Citera.

Pero Malden veía en los ojos de la mujer que ésta sabía muy bien que los planes perfectos no existen, que las circunstancias pueden conspirar para favorecer la captura de un ladrón. Citera le pedía que corriese un enorme riesgo.

—Pero... ¿por qué? Está hecha de oro, sí, pero no es muy grande. Una vez fundida, no valdrá ni una décima parte de lo que me ofreces. Y tendrás que fundirla. No habrá perista que se atreva a tocarla. Si se la muestras a un perista, no le quedará más remedio que llamar a la guardia.

—Tenemos motivos para quererla. Intacta —dijo Citera.

—Tan pronto como desaparezca, todos los guardias de la ciudad se pondrán a buscarla. —Malden negaba con la cabeza—. Harán pedazos la Peste para encontrarla, y para encontrarme a mí. No quiero...

—No, no lo harán —dijo Bikker. Estaba de pie junto a la chimenea y contemplaba las llamas. El reflejo de éstas en los ojos del guerrero danzaba como la luz del abismo del Dios de la Sangre. Se acercó a Malden y lo miró de arriba abajo, con una sonrisa de un extremo al otro del rostro—. Eso es lo mejor de todo. Tú mismo lo has dicho: la corona, por sí misma, no vale gran cosa. Un buen orfebre necesitaría un solo día para tener otra a punto. Si el burgrave se presenta en público sin la corona, aunque sea una única vez, hará el ridículo. Todo el mundo le preguntará dónde está. ¿Y qué va a decir? ¿Que esa mañana se olvidó de ponérsela?

Malden tuvo que reconocer que nunca había visto al burgrave sin su corona.

—Ésa es la piedra angular de nuestro plan —dijo Bikker, y arreó una palmada tan fuerte al respaldo de la silla de Malden que estuvo a punto de hacerlo caer—. ¿Te das cuenta? Él y sus consejeros estarán tan avergonzados por su ausencia que no dirán ni una sola palabra. No llamarán a la guardia... en la medida de lo posible, ocultarán el robo. No permitirán que se sepa que alguien ha robado la corona. Ni siquiera se atreverán a buscarla, porque tendrían que decirle a la guardia lo que tiene que buscar. ¿Te parece posible que todos los guardias de la ciudad lo mantengan en secreto? No, el bailío y el burgrave fingirán que no se ha producido ningún robo. Encargarán una copia y darán la historia por terminada.

Bikker se agachó frente a Malden y esta vez le dio una palmada en el hombro. Con la fuerza suficiente para dejarle marcas.

—Y bien, ¿qué nos dices? —le preguntó con ojos centelleantes—. ¿Eres el

hombre adecuado para este trabajo?

La corona —técnicamente, una diadema— no era, por sí misma, una obra de arte de gran valor. Como había dicho Malden, era un sencillo círculo de oro, con remates que imitaban las murallas de la Ciudad Libre. No la adornaba ninguna joya, ni labrados de ningún tipo. Era la corona de un caudillo de hombres libres, no de un rey que gobernaba siervos y, por ello, no estaba concebida para glorificar indebidamente a su portador, ni para separarlo en demasía de las gentes comunes.

A decir verdad, Malden la encontraba algo vulgar. Incluso el maestro del gremio de bataneros vestía una pieza de oro más augusta.

Pero, por supuesto, la corona del burgrave tenía un valor simbólico mucho mayor. Sólo podía llevarla el propio burgrave. Era el símbolo del señorío, de su derecho a gobernar la ciudad a su antojo. Era aquello que lo separaba de los ciudadanos, el emblema lo imbuía con su poder. El burgrave se la ponía cada vez que tenía que aparecer en público: cuando encabezaba procesiones cívicas, cuando se sentaba a contemplar un torneo, cuando dictaba sentencias en los tribunales. La había llevado puesta el día en el que Malden lo había visto en la Plaza del Mercado, el día en el que había condenado a muerte aquel idiota de cabellos rubios. La corona era el poder del burgrave.

A pesar de toda su ignorancia, Malden tenía cierta noción de que vivía en un reino llamado Skrae, y de que fuera de las murallas de la Ciudad Libre existía un complejo sistema nobiliario de carácter feudal, en cuya cima se hallaba un monarca que había dictado los estatutos municipales de la ciudad y que había nombrado al tata-tata-etcétera-abuelo del burgrave para que fuese su gobernante. Malden nunca había pagado impuestos a ese rey y, desde luego, jamás lo había visto. Ni siquiera el retrato que figuraba en las monedas más valiosas de la Ciudad Libre representaba a ese rey, sino a uno de sus lejanos antepasados. Dentro de las murallas de la ciudad, el único poder que contaba era el del burgrave, y a Malden no le importaba en lo más mínimo lo que pudiera haber más allá.

El burgrave reinaba mediante la autoridad con que lo investía la corona. El ladrón que pudiese robársela transmitiría el mensaje de que esa autoridad no era sacrosanta. Que en Ness, en la llamada Ciudad Libre, todo hombre era vulnerable, y que ninguno de ellos era mejor o superior a los demás.

Esa idea le gustaba. Había crecido como el hijo de una prostituta, como un hombre sin estatus. Un hombre a quien no se consideraba digno de limpiarle el retrete al burgrave. Que fuera él, Malden, quien diera ese golpe sería un gran triunfo de la igualdad entre los hombres. En cierto sentido, sería un acto de justicia. Lástima que nadie supiera jamás que había sido Malden el autor del robo.

En cuanto al burgrave, ¿cuánto dinero iba a pagar para que no se hiciera público

el robo? Sin duda alguna, ése era el objetivo del ridículo plan. Chantajear al burgrave a cambio de permitirle conservar su posición. Por mucho que dijera Bikker, se trataba de un plan peligroso, pero también podía resultar muy lucrativo.

Malden ya tenía la corona al alcance de las manos. La estancia estaba casi vacía. Viejos pendones y estandartes adornaban sus paredes. El suelo estaba cubierto de arena que crujía bajo sus pies. En toda la sala había un único mueble, que se hallaba exactamente en su centro: un sencillo pedestal de piedra sobre el que reposaba un cuenco de cristal de un metro de diámetro.

El cuenco estaba lleno de agua. Dentro del cuenco, extrañamente ampliada por su curvatura, se hallaba la corona... y también otra cosa.

Al planear el robo, Citera le había dado un último consejo a Malden:

—Sin lugar a dudas, un tesoro como ése estará vigilado. No pueden dejarlo desprotegido en ningún momento. Pero dudo que encuentres guardias humanos dentro de la estancia. Seguramente habrá algún tipo de bestia maldita, o incluso un demonio, presto a defender la corona. Puede que el obstáculo más difícil al que te enfrentes sea una criatura de esa especie.

«¿Se refería a esto?», se preguntó Malden a sí mismo, al ver dentro del cuenco a la criatura que se retorció en su prisión. Era de consistencia pulposa y tenía largos tentáculos. Recordaba a un pulpo, aunque Malden no veía por ninguna parte una cabeza, ni ventosas en los tentáculos. Tal vez fuese una estrella de mar muy flexible.

Malden habría podido agarrarla fácilmente con la mano. La criatura pasó por el hueco de la corona y se agarró al círculo de oro con un tentáculo viscoso. Si el joven hubiese tenido miedo —y lo tenía—, habría podido imaginar que la bestia inyectaba un veneno mortal. O que tenía dientes —en alguna parte de su cuerpo— lo bastante agudos como para cortar las articulaciones de los dedos, en el caso de que cometiera la estupidez de meter la mano en el cuenco.

Se le ocurrió una idea mejor. Tomó el garfio que le colgaba del cinturón y desenroscó un tramo de cuerda no muy largo. A continuación, sumergió el garfio en el cuenco y trató de pescar la corona. La blanda criatura se arrojó de inmediato contra el garfio y lo agarró con todos los tentáculos a la vez. Le dio sacudidas tan fuertes que el cuenco se balanceó sobre el pedestal. Malden trató de sacar el garfio, pero el pequeño monstruo era fuerte como el acero. Al tirar con más fuerza, sólo consiguió que el animal sacudiese el cuenco de manera todavía más violenta.

—Suéltalo, engendro malnacido —gruñó Malden, y finalmente logró liberar el garfio. Éste se soltó... pero no sin que el cuenco se cayera del pedestal y se estrellara contra el suelo cubierto de arena, con tal estruendo que Malden no dudó que la mitad de los guardias del Monte del Castillo debían haberlo oído.

Contuvo el aliento. Cerró los ojos en un intento por oír mejor. Sin embargo, no oyó ningún grito, ni carreras por la torre. En cuanto estuvo seguro de que no sucedía nada, abrió los ojos y trató de coger la corona.

Sin embargo, la criatura de los tentáculos aún la sujetaba con uno de sus

miembros. Se agitaba en el suelo con impotencia, entre los añicos del cuenco y el charco de agua, que se filtraba ya en la arena. Qué raro... ¿verdad que la criatura le había parecido más pequeña cuando aún se hallaba dentro del cuenco? Era más grande que la corona que sujetaba. Antes le había parecido menor.

No importaba. Malden sacó la daga de su vaina. No quería que el animal le picara, ni que le mordiera, y pensó que tendría que matarlo y arrebatarse por la fuerza el trofeo. No le gustaba trabajar de esa manera, pero...

Estaba claro que la criatura se había hecho más grande. Parecía que se hinchara. Ahora no había duda de que era tan grande como un perro. Uno de los tentáculos le rozó el zapato y Malden saltó hacia atrás. El ladrón pensó que debía de ser como una esponja, que se hinchaba al llenarse de agua. Parecía que creciera al ritmo de las espasmódicas ondulaciones de su cuerpo. Sus brazos eran ya lo bastante largos como para agarrarse a la parte de arriba del pedestal y para agarrar a Malden por el cinturón, si el muchacho no se andaba con cuidado.

Malden se movió ágilmente en torno al animal, en busca de un punto por el que pudiera acuchillarlo. No tenía cabezas, ni ojos, ni siquiera un cuerpo en el sentido propio de la palabra. Más que una criatura singular, parecía un manojo de serpientes anudadas entre sí. Trató de pincharle uno de sus tentáculos y logró alcanzarlo, pero no se abrió ninguna herida. La carne era como de goma y cedió bajo la punta de la daga sin que luego quedase ninguna marca sobre su piel.

Malden se dio cuenta de que no era como una esponja en el agua, todo lo contrario. El agua hacía que la repugnante criatura conservara un tamaño razonable, y por eso la tenían dentro del cuenco. Pero, cuando la exponían al aire, se hinchaba... y, cuanto más grande era, mayor era la rapidez con la que parecía crecer.

Era ya como un caballo. Mucho más grande que Malden. Sus tentáculos golpearon al muchacho en el hombro, en la rodilla, en la cara. Magullado y confuso, Malden caminó de espaldas hasta encontrarse con la pared.

La criatura lo agarró por la cintura y lo estrujó.

Malden sintió que le subía la bilis por la garganta y que la cabeza le daba vueltas. El aliento escapó con violencia de su cuerpo y estuvo a punto de soltar la daga. El tentáculo de aquel demonio le palpitaba sobre el vientre y le apretó las entrañas hasta el punto de que Malden dio por seguro que lo partiría en dos.

Entonces, la bestia lo levantó del suelo y lo golpeó contra el techo de la estancia. Por un instante, la negrura cubrió sus ojos, y cuando recobró la visión aún sentía como campanas en los oídos.

La criatura se había vuelto todavía más grande, hasta ocupar casi toda la sala. Su miríada de tentáculos se agitaba torpemente y golpeaba las paredes de piedra. Uno de ellos aún sostenía la corona. Aun cuando Malden hubiera tenido presencia de ánimo suficiente para tratar de agarrarla, no habría podido. La bestia la sostenía lejos de sus manos.

Malden acometía violentamente en todas direcciones con la daga, pero, aun cuando lograba alcanzar a la bestia, el arma no hacía más que hundirse en la carne pulposa y salir de nuevo, sin dejar la más leve marca en los tentáculos de la criatura. La cosa, además, no parecía que poseyera la solidez suficiente para conservar una forma. Pero los tentáculos que sujetaban a Malden tenían músculos como de acero. Aquella cosa era... antinatural. No era de este mundo.

En ese momento, Malden comprendió el motivo por el que una estatua del Dios de la Sangre guardaba la estancia. Aquello no era una bestia de la naturaleza. Debía de ser un verdadero demonio, surgido del foso de las almas de Sadu. No pertenecía al mundo de la luz y el aire. El hechicero que la había hecho salir de su medio natural debía haberlo sabido. Él, o ella, debía saber que crecería, y que crecería sin cesar cuando quedara expuesta al aire. La habían puesto en el cuenco de cristal lleno de agua para que no se hiciera grande. Si lograba sumergirla una vez más en el agua, tal vez volvería a encogerse y...

La bestia lo arrojó contra las paredes una y otra vez, en un intento por golpearlo hasta la muerte. Por unos instantes, Malden no logró pensar, ni siquiera pudo ver imágenes definidas, mientras se estrellaba contra los pendones y estandartes que cubrían los muros de la estancia. El peso de su cuerpo los arrancaba de los clavos que los mantenían sujetos y se caían al suelo. Su hombro izquierdo golpeó con fuerza una pared y al instante perdió toda sensibilidad, y a duras penas se sentía aún las piernas.

Agua... tenía que haber agua... en alguna parte... apenas si podía pensar con claridad. Apenas si podía pensar de ningún modo. En el cuenco había habido agua, pero la arena del suelo la había absorbido. Por eso habían cubierto el suelo de arena. El río estaba cerca. Si de alguna manera engañaba a la bestia para que trepara a la pared y se cayera al agua... pero no se le ocurría cómo hacerlo, porque no podía

lograr que le soltara.

¡Agua! ¡Tenía que conseguirla! Tenía que...

No tenía agua. Pero sí tenía vino. La bota que le colgaba del cinturón aún estaba medio llena. ¿Surtiría el mismo efecto sobre la criatura? No tenía manera de saberlo.

La bestia había crecido todavía más. Ya aplastaba a Malden contra la pared con su mero tamaño. Al agitar los tentáculos, reducía a polvo las piedras... sus tentáculos ya eran gruesos como troncos de árbol. ¿Seguiría creciendo, crecería hasta destrozar las paredes de la torre? Si los pisos superiores de la torre se derrumbaban sobre ella, ¿bastaría para matarla?

Malden lo dudaba. Pero estaba seguro de algo... de que él no sobreviviría al derrumbe.

No le quedaba tiempo para pensar. Malden pasó la mano por debajo del tentáculo que le oprimía la cintura y agarró la bota de vino. Estaba hecha de cuero, con cera sobre las suturas para impedir que el líquido escapara. Oyó el chapoteo del vino cuando la levantó hasta la altura de sus ojos. Al comprarla, había elegido bien. Había escogido una que soportase el trato más rudo. Se maldijo por no haber comprado un odre barato de los que se pueden reventar con una mano. La maldita bota era demasiado sólida. Sacó la daga y la pinchó. El vino escapó por el orificio que había abierto y algunas gotas rojas le resbalaron por el dorso de la mano.

Una gota cayó sobre la piel de la bestia. El tentáculo que lo sujetaba se agitó violentamente y lo arrojó de un lado para otro, pero la fuerza con que lo tenía agarrado por la cintura se suavizó un poco. ¡Sí! El vino había ejercido cierto influjo en la bestia. Acercó la bota al tentáculo y la estrujó con toda la fuerza de la que fue capaz, y derramó vino sobre la carne pulposa de la criatura.

De pronto, la sangre le volvió a las piernas y éstas le ardieron al recobrar la sensibilidad. Las entrañas se le relajaron dentro del abdomen y eructó, porque su estómago estaba a punto de devolver todo su contenido. Estrujó de nuevo la bota, quedó libre, y surcó el aire, porque el demonio le había arrojado como una pelota.

La pared de la torre pareció acercarse a toda velocidad hacia su rostro y estuvo a punto de golpearse la cabeza contra ella. Abrió los brazos e intentó parar el golpe con sus dedos magullados, y volvió a caer en los tentáculos del demonio.

La bestia se sacudía como si hubiera enloquecido y arremetía convulsivamente contra las paredes. La piedra retemblaba y se agrietaba. Se abrió una amplia grieta y toda una sección de la pared de piedra se vino abajo y entró una racha de frío aire nocturno.

Los tentáculos buscaban los tobillos y la espalda de Malden, trataban de agarrarlo, pero eran lentos, y esta vez el joven no se dejó capturar. El principal problema al que se enfrentaba era que la bestia se había vuelto tan grande que apenas si quedaba espacio vacío en la estancia. Malden tenía que apretar el cuerpo contra la pared para impedir que su mero peso lo aplastara.

Otro tramo de pared se vino abajo. La parte de arriba de la torre empezó a crujir.

Aquella torre, que había aguantado durante tantos siglos, que había parecido eterna, se tambaleaba y se mecía como un barco en una galerna. Al cabo de unos instantes, la estancia se vendría abajo y Malden moriría aplastado. En apariencia, había escapado de un destino horrible tan sólo para padecer otro. Y, con todo... quizás...

Malden miró hacia abajo y vio que se encontraba muy cerca de la estatua de Sadu que tenía el mecanismo secreto para entrar en la estancia. Al parecer, la criatura respetaba a su creador hasta el punto de no aplastar el ídolo de éste, ni rozarlo siquiera. Malden aguardó hasta que los tentáculos estuvieron lo más lejos posible, y entonces dio un salto hasta la imagen. No aguardó ni un instante para empujar hacia abajo el brazo que controlaba la puerta.

La sección de suelo y pared que giraba sobre sí misma empezó a moverse, y Malden se preparó para salir corriendo tan pronto como tuviera a la vista el pasillo iluminado por la luz de la luna. Pero, tras desplazarse unos pocos grados, cuando apenas se colaba todavía un minúsculo rayo de luz de luna desde el otro lado, el movimiento cesó.

El motivo era evidente. Toda la masa de la bestia oprimía la pared e impedía que terminara de abrirse. Malden empujó y trató de meter el hombro por la angosta brecha, pero sus esfuerzos fueron en vano.

—¡No! —le gritó Malden a la bestia—. ¡Retrocede, hija de puta del infierno! ¡Déjame marchar!

La bestia no le respondió, sino que redobló sus sacudidas. Malden la apuñalaba con la daga, la clavaba y hundía como loco en sus tentáculos, que se movían sin cesar. Pero no le sirvió de nada, porque la cosa aún crecía, aún se expandía...

... y entonces la torre empezó a retemblar. La roca desmenuzada empezó a llover desde el techo y las piedras de las paredes se salieron de su sitio.



Un gran estrépito hizo que Croy se detuviera.

—Venía de palacio —susurró—. De la torre... ¿verdad que sí? Aquí sucede algo raro.

Hilde lo agarró por la mano y trató de llevárselo hacia las sombras, al otro lado de la cocina.

—Esto no tiene nada que ver contigo, ni conmigo. Venga, vamos. No podemos permitir que los guardias te vean aquí.

Pero Croy se negó a seguirla, porque otro sonido atronador se oyó en la torre. El edificio empezó a temblar y un bloque de piedra cayó de lo más alto para estrellarse contra el pavimento. A continuación apareció una fisura en el costado de la torre, más o menos hacia la mitad. Los hombres de la guardia que habían salido en masa al patio se volvieron todos a la vez, y su grito de sorpresa y espanto se hizo oír, incluso, por encima de la ensordecedora señal de alarma.

—Va a derrumbarse —dijo Croy, un momento antes de que la pared se cayese y los cascotes de piedra bombardearan el patio envueltos en una nube de polvo. La guardia estaba en todas partes a la vez, sus miembros gritaban y se llamaban unos a otros, llamaban a los vigilantes del castillo, a todo el que pudiera estar suficientemente cerca como para ir a auxiliarles—. Tal vez hubiera alguien dentro —dijo Croy, volviéndose hacia la dama de compañía—. Hilde, será mejor que vayas a refugiarte en...

No se molestó en terminar la frase, porque Hilde se había marchado ya, había huido para salvar la vida. Bueno... probablemente no había sido una mala idea. El joven le deseó que encontrara un sitio seguro, y que lo encontrara en seguida. A pesar de sus debilidades, en el fondo era una buena mujer, y le deseó suerte.

Ahora Croy estaba mucho menos interesado en las cualidades morales de las damas de compañía que en el estruendo que sacudió la propia masa del Monte del Castillo y amenazó con derribar al caballero. Otra parte de la torre se vino abajo y gigantescas piedras rebotaron y rodaron por el patio.

¿Se trataba de un terremoto? Jamás había habido ninguno en la Ciudad Libre. ¿Tal vez un hechicero había atacado el palacio? Pero Hazoth era el único brujo con poder suficiente para tal cosa en unos doscientos kilómetros a la redonda, y aquello no parecía obra suya. Croy desenvainó la más corta de las dos espadas que llevaba y corrió hacia la torre, para rescatar a quien encontrara entre las ruinas, o matar a quien la hubiese derribado... no estaba seguro de cuál de las dos cosas. Pero no dio más de dos pasos, porque una mano protegida por un guante de malla metálica lo agarró por el talabarte, lo derribó al suelo, y su espada saltó por los aires.

Rodó sobre las baldosas. Logró apoyar los codos en el suelo y trató de doblar las

rodillas para levantarse de un salto. Entonces, una cara demasiado conocida emergió de las sombras y le apoyó una bota en el pecho. El enorme espadachín presionó con tal fuerza que Croy se encontró con que casi no podía respirar.

Bikker.

Croy no creía a sus propios ojos. Sabía muy bien que ambos volverían a encontrarse. Éra el destino. Pero ¿allí? ¿En ese momento? Parecía irreal.

—En nombre del culo llameante de Sadu, ¿qué haces aquí? —preguntó Bikker.

Croy no pudo hacer otra cosa que levantar la mirada hacia el guerrero.

—Yo podría preguntarte lo mismo a ti.

—Vivo aquí. Ésta es mi ciudad —masculló Bikker.

—Lo que quería decir es que...

—En nuestra situación actual, no tengo por qué responder a tus preguntas, Croy. Pero tú sí vas a responder a las mías. Te lo pregunto de nuevo: ¿Qué haces aquí? Te desterraron de Ness, para que no volvieses jamás. Lo recuerdo bien, porque me encargaron a mí que te arrastrara lejos de la ciudad.

Croy también recordaba ese momento. Habían atado una percha al caballo de Bikker y lo habían arrastrado un buen trecho por el suelo. Habían abandonado a Croy, con el cuerpo cubierto de moretones y magulladuras, a dieciocho kilómetros al norte de la ciudad, sin otra posesión que sus espadas...

—He regresado por Citera, naturalmente —dijo Croy—. Una vez que me haya asegurado de que es libre y no corre peligro, y haya solucionado otros asuntos, me iré en paz. Tienes mi palabra.

—Lo dudo —dijo Bikker—. No me mires con esa cara de asombro. Sé que me dices la verdad. También sé que con «otros asuntos» te refieres a mí. Te refieres a mi muerte. Y como no es probable que logres matarme... bueno, qué más da. Dime lo que habías venido a hacer esta noche. Tu presencia constituye un serio estorbo para mis planes.

Algo se estrelló contra el patio, con una fuerza que hizo que a Croy le rechinaban los dientes. Trató de levantarse y ver lo que había sucedido, pero Bikker le obligó a quedarse en el suelo.

Llegó a la conclusión de que la mejor manera de ponerse en pie sería responder a las preguntas de Bikker.

—Vine para recobrar mis espadas. El burgrave me las quitó al sentenciarme a muerte. Me imagino que debiste de asistir a mi ejecución... no creo que te la perdieras.

—Tuve que marcharme antes de tiempo —dijo Bikker. No miraba a Croy, sino a las ruinas de la torre—. He oído que no terminó bien.

—¿Eh? —preguntó Croy.

—Escapaste. Croy, hazme un favor y no cejes en tus intentos de agarrar la empuñadura de *Matafantasmas*. Por favor, por favor, trata de desenvainar la espada. Así tendré la excusa que necesito para hacerte pedazos de inmediato.

Croy abrió ambos brazos y los dejó reposar sobre el suelo. Hacía mucho tiempo que conocía a Bikker. Estaba seguro de que querría atravesarle con la espada antes de que se levantara del suelo y arrebatarse la vida sin la más mínima traza de honor ni de dignidad. Pero... por el momento no lo había hecho. Habría podido matarle sin ningún problema, pero no lo hacía. ¿Quizá quería sacarle información? ¿O era posible que Bikker hubiese conservado algún vestigio del honor del que en otro tiempo se había despojado como de una túnica sucia?

—Me imagino que Hazoth no te ha enviado aquí para matarme —dijo Croy—. No estaba al corriente de mi presencia... a menos que haya seguido mis movimientos con un hechizo.

Bikker resopló con sorna.

—¿El mago? Dudo que se acuerde de tu nombre. No tiene ningún interés por ti. Pero me ha ordenado que sea discreto mientras deambule por la ciudad. Y eso ha bastado para salvarte la vida, por lo menos esta noche. Pardiez, ¿qué es eso?

Croy volvió la cabeza para contemplar lo mejor que pudo las nuevas ruinas. Se quedó boquiabierto. Era como si un nido de gigantescos áspides ciegos, o de gusanos igualmente grandes, se agitaran espasmódicamente y azotaran el aire. Pero, por la coordinación con la que se movían, era obvio que se trataba de una única bestia con muchos brazos. Algunos de sus numerosos apéndices agarraron las piedras que habían caído por el patio y las arrojaron contra los guardias que corrían hacia ella. Otros miembros serpenteantes hacían fuerza contra lo que quedaba de la torre. El único sonido que emitía era un roce viscoso.

—Es un demonio del abismo, ¿no te parece? —comentó Bikker, con un tono profesional.

—O, por lo menos, una abominación nacida de la magia —corroboró Croy. Tuvo una idea. Tal vez sí pudiera volver a ponerse en pie—. Entre *Matafantasmas* y *Lenguadeácido* tendríamos una oportunidad contra ella.

—Como en los viejos tiempos, ¿hmm? —preguntó Bikker—. ¿Eso es lo que piensas? —Se tiró de la barba, como solía hacer cuando le costaba tomar una decisión. Croy lo comprendía, a pesar de sí mismo. Los viejos tiempos nunca le habían parecido tan viejos como en ese momento. Pero ambos habían formulado un juramento tiempo atrás, un juramento que ataba el alma. Esas cosas no mueren con facilidad.

—Eso es. Y, además, podríamos salvar vidas inocentes —dijo Croy.

—Bah —dijo Bikker, pero Croy sabía muy bien que la idea no acababa de desagradarle.

Los guardias de palacio y de la Guardia Ciudadana habían empezado a arrojar sus flechas contra el demonio. Los proyectiles parecían inútiles, por lo que un destacamento se acercó con las alabardas en alto. Ante los ojos de todo el mundo, un tentáculo golpeó a un pobre guardia y lo arrojó al otro extremo del patio. El hombre se transformó en una masa de malla metálica y huesos rotos que no volvió a

levantarse.

—Tanto tú como yo tenemos buenas razones para huir de este sitio antes de que nos vean la cara —dijo Bikker.

—Y razones todavía mejores para quedarnos —insistió Croy—. ¿Cuándo fue la última vez que *Lenguadeácido* cumplió la misión para la que la forjaron? Una espada manchada de sangre...

—... es una espada que no se oxida —concluyó Bikker. Por un momento pareció asqueado. Asqueado, tal vez, consigo mismo. Entonces levantó la bota con la que retenía a Croy y le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse.

Malden no pudo hacer otra cosa que aguantar. Su fuerza no podía compararse con la de aquel demonio, aunque la mitad de los tentáculos de éste hubiesen quedado aplastados bajo la torre.

Pero no iba a soltar la corona.

En el último momento antes de que la torre se derrumbara, Malden había recobrado la buena suerte, y con creces. La puerta que había quedado cerrada bajo el peso del demonio se había venido abajo frente a él, quebradas sus piedras por los frenéticos golpes de la criatura. De pronto, el camino que llevaba al corredor iluminado por la luna quedó abierto... y Malden tuvo una oportunidad de sobrevivir.

Estuvo a punto de perderla. Porque, en el mismo momento en el que la torre se derrumbaba sobre su cabeza, cuando las piedras se rompían con tremendo fragor y aplastaban todo lo que tenía cerca, oyó una voz que lo llamaba. Una voz con autoridad. Una voz que habría podido gobernar naciones.

«Ladrón», dijo la voz. Y eso fue todo. No eran sus oídos los que la habían oído, de eso estaba seguro. Aunque hubiera sonado como si alguien diera un grito a sus espaldas, sabía que la voz le hablaba desde el interior de su propia cabeza.

Se apartó del camino de huida y de la salvación para ver quién le había hablado. No había sido el demonio... aquella cosa no tenía voz, y, aunque la hubiese tenido, no habría hablado así. Era una voz humana. Y eso significaba —por absurdo que pudiera parecer— que era la corona la que había hablado. La sencilla diadema de oro del burgrave.

En su niñez, Malden había oído muchas historias de estatuas y animales que hablaban, que, en secreto, eran hombres malditos por la más tremenda brujería. No eran más que relatos pensados para entretener. Pero la magia existía de verdad. Malden no habría tenido muchos reparos en creer que una corona pudiese hablar, aun cuando no la hubiese oído él mismo.

Cuando habló de nuevo, todas sus dudas se disiparon.

«Ladrón, no permitas que me quede sepultado aquí».

Entonces, Malden alargó la mano, sin prestar atención a los convulsivos tentáculos del demonio, y agarró la corona. No importó que un delgado tentáculo la sujetase todavía por el otro lado. Cuando la voz hablaba, Malden se sentía obligado a escucharla. Agarró la corona y salió de la torre, al pasillo con trampas. Cuando la tierra había dejado de temblar, y el demonio había quedado aplastado bajo una docena de toneladas de escombros, Malden se vio en el suelo, confuso y magullado, pero con una mano agarrando con fuerza la corona.

Levantó los ojos y, al contemplar el pasillo, quedó paralizado por el horror. Al desplomarse la torre, el palacio entero había sufrido las sacudidas, como en un

terremoto. Las vibraciones habían sido suficientes para activar todas las trampas del corredor. Los rastrillos habían bajado y sus puntas de lanza se habían clavado en el suelo. Por mucho tiempo que se quedara mirándolos, no volverían a subir... los muelles que los controlaban debían haberse roto. Estaba atrapado en el corredor, entre un gigantesco montón de escombros y unos rastrillos que tenían un desagradable parecido con los barrotes de una prisión.

Malden trató de levantarse con cuidado y pensar en lo que haría a continuación.

—No se te habrá ocurrido ninguna idea, ¿verdad, corona? —le preguntó al objeto que llevaba en la mano. No le respondió... quizá sólo daba órdenes y no aceptaba que se las dieran. Malden se sacudió el polvo y trató de analizar su situación.

Y, en ese mismo momento, hubo algo que lo derribó, y se cayó dolorosamente al suelo. Miró la corona, horrorizado, y vio que no era el único que la tenía sujeta. El delgado tentáculo del demonio aún estaba enrollado en torno a ella y la retenía con fuerza inquebrantable.

Poco a poco, entre tirones y sacudidas, el tentáculo empezó a llevarse la corona hacia el montón de piedras rotas. La maldita criatura aún vivía... y pretendía quedarse con su tesoro.

Pero Malden también. Agarró la corona con las dos manos y apoyó ambos pies contra el montón de escombros. Tiró con todas sus fuerzas, sin preocuparse de que la diadema pudiera doblarse. Los músculos de sus flacos brazos se agrandaron y endurecieron, y los dientes le rechinaron, y el sudor le empapó la frente. No le cabía ninguna duda de que tenía la batalla perdida. Sabía muy bien que el demonio era mucho más fuerte que él. Mientras tiraba de la corona, sintió toda la fuerza de aquellos músculos gelatinosos que se esforzaban contra él. Pero Malden había oído aquella voz. La voz que mandaba a aquellos hombres a la muerte y les hacía creer que marchaban hacia la gloria.

Se negó a soltarla.

La sangre de Croy palpitaba por la emoción, como si sus venas hubiesen sido otras tantas cuerdas de arpa que estuvieran siendo tañidas por la justicia. Bikker y él se rieron al acercarse al monstruo. Ambos desenvainaron la espada y el mismo aire pareció vibrar.

Aquellas espadas se habían forjado con un único propósito. Hacía mucho tiempo que no habían tenido la posibilidad de cumplir con su función.

*Lenguadeácido* hervía en la mano de Bikker, su metal rezumaba destrucción. *Matafantasmas* saltó de la vaina de Croy y refulgió a la luz de la luna cual antorcha inflamada de poder. La espada de Croy no tenía ninguna magia... estaba hecha, más bien, para cortar a través de la magia. Su hoja era tan larga como el brazo de Croy, y estaba hecha de hierro forjado en frío, tan negro como el abismo. Ningún hombre vivo —ni ningún enano— recordaba el método empleado: era la única en el mundo que poseía sus características. Uno de sus bordes estaba afilado como el de una navaja y había que hacerle un tratamiento especial cuando se volvía romo... no se le podía aplicar ningún tipo de calor, porque el hierro habría perdido sus propiedades. Su otro borde estaba recubierto de plata, aplicada con gran esmero sobre el filo para que el revestimiento fuese uniforme. Los reguerillos de plata que quedaban se asemejaban a los restos de cera que quedan sobre una vela después de arder. El filo de hierro hería a los demonios como no lo habría hecho el mejor de los aceros, mientras que la plata anulaba los hechizos y maldiciones mágicos, y, sí, incluso podía cortar la carne ectoplásmica de un fantasma. Era un arma potente y había servido bien a Croy en más ocasiones de las que podía contar. Croy se sabía todas sus peculiaridades, había estudiado su equilibrio y su peso con tanto detalle que, cada vez que la empuñaba, *Matafantasmas* se transformaba en una extensión de su brazo... una extensión de sus anhelos de justicia.

En muchos sentidos, se veía a sí mismo como una extensión de *Matafantasmas*, y no viceversa. La espada tenía un destino, y un período de vida mucho más largo que el de Croy.

Por todo ello, se arrojó a los tentáculos del demonio, con la espada en alto, sin ningún temor. Asestó un fuerte mandoble con el filo de hierro que tendría que haber cortado uno de los tentáculos del demonio por la mitad.

Pero el caso es que no lo cortó.

La carne gomosa se quemó por el lugar donde la hoja de hierro la había tocado — el hedor fue terrible—, pero el resultado fue como el de tratar de cortar el agua. La espada pasó sin hallar resistencia; la carne, simplemente, fluía a su alrededor como líquido. Croy gritó en desafío y acometió de nuevo, esta vez con un mandoble bajo, lateral, que habría podido cortar a un hombre en dos por la cintura. Abrió un tajo en

el tentáculo que tenía delante —¡sí era posible cortarlo!—, pero el apéndice fluyó hacia otra parte antes de que hubiese podido cortarlo.

No había logrado hacerle mucho daño al demonio, pero sí había conseguido algo: captar su atención. Un tentáculo se arrojó sobre él cuando aún se recuperaba del esfuerzo del último ataque y se enrolló en torno a su cuello como un látigo viviente. No tuvo tiempo de pararlo con la espada y mucho menos de esquivarlo. Por el santo nombre de la Señora, aquella criatura era muy rápida.

La sogá de carne estaba seca y su piel se había agrietado, como si hubiera pasado varios días expuesta al cálido sol del desierto. Olía a putrefacción y a vileza, y tenía la consistencia de la mostaza. Hasta que empezó a apretar. Entonces se volvió como una cadena de hierro sujeta en torno a la garganta de Croy.

Un segundo tentáculo se enrolló en torno a su cadera y le hizo tambalearse. Tiró de él hacia atrás y Croy no pudo hacer otra cosa que pugnar por mantenerse en pie. Si no encontraba una manera de liberarse, aquel demonio acabaría por levantarlo del suelo. Croy atacó este segundo tentáculo con la espada, pero no logró librarse de él, aunque el hierro forjado en frío le quemara la piel.

El tentáculo que lo sujetaba por la garganta apretó cada vez con mayor fuerza, hasta que Croy notó que estaba a punto de aplastársela. Tenía que hacer esfuerzos tremendos para tomar aliento. Perdió todo interés por mantener los pies en el suelo, porque ya sólo pensaba en seguir con vida. Sintió pálpitos en sus ojos inyectados en sangre, a punto de salirse de las órbitas. El demonio lo arrastraba por el suelo hacia sí. ¿Tendría una boca repleta de dientes dispuestos a trocearlo? Croy no vio ninguno... tal vez sólo quisiera aplastarlo y reducirlo a pulpa.

—Bik-k-k-k... —masculló, avergonzado de tener que pedirle ayuda a ese canalla, pero consciente de que no podría liberarse por sí mismo.

—¿Qué te pasa, muchacho? Haz el favor de hablar más alto —dijo Bikker.

Un tentáculo trató de enrollarse en torno al pecho de Bikker, pero el barbudo espadachín logró contenerlo con la mano que tenía libre. Otro le dio en la sien, un golpe oblicuo, pero lo bastante fuerte como para que Bikker se cayera de lado.

—Maldito seas —dijo Bikker—. Esto no es lo que yo esperaba de nuestro reencuentro.

La espada de Bikker giró en el aire y gotitas de ácido cayeron como lluvia sobre la bestia, y ésta retrocedió, presa del dolor. El arma del guerrero cortó el tentáculo que sujetaba la garganta de Croy con la misma facilidad con la que hubiese cortado papel. El muñón se agitó desesperadamente en el aire. El ácido, entre siseos, le había cauterizado la herida. Otro mandoble, y la pierna de Croy quedó libre.

—Te doy las gracias —gritó Croy, al tiempo que se apartaba de otro tentáculo que trataba de sujetar su brazo armado.

—Ahórratelas. Esa maldita cosa no deja de crecer. Si vamos a matarla, tenemos que hacerlo en seguida. Te voy a abrir un camino... ¡ve por su corazón, si es que tiene alguno!



*Lenguadeácido* se movió como una guadaña en un campo de trigo. Bikker no se molestó siquiera en asestar los mandobles y tajos de rigor, sino que la hacía girar en molinete. Aunque apenas tocara los tentáculos del monstruo, los cortó a derecha e izquierda, y las puntas seccionadas se agitaban convulsivamente y morían en el suelo.

*Lenguadeácido* parecía una pieza de hierro oxidado, como una espada abandonada en el campo de batalla, víctima durante varios siglos del sol y de la lluvia. Pero, cada vez que su dueño entraba en combate, su virtud se hacía manifiesta. Secretaba un vitriolo concentrado mucho más potente que el *aqua regia* del mejor de los alquimistas, un ácido que podía atravesar todas las sustancias conocidas por el hombre. Había que guardarla en una vaina singular, revestida de cristal, para que no la devorase ni quemara al hombre que la llevaba al cinto. Era una de las armas más poderosas del mundo, y Bikker era un maestro en su manejo.

Croy se vio obligado a reconocer, no sin cierta envidia profesional, que Bikker estaba acabando con el demonio que había estado a punto de derrotarle a él.

—¡Ahora! —gritó Bikker.

Croy se agachó para pasar por debajo de un tentáculo convulso y entrar en el hueco que Bikker le había abierto. Tenía ante sus ojos una especie de muro compuesto de muñones. El demonio no había dejado de crecer. Los muñones le golpeaban en la cabeza y los hombros, y otros más pequeños trataban de agarrarle los brazos y las piernas, pero Croy se rió al blandir *Matafantasmas*, con ambas manos en la empuñadura. La levantó hasta la altura del hombro y luego la clavó con todas sus fuerzas entre dos tentáculos. En un primer momento, el acero halló resistencia, pero luego perforó la dura piel y se clavó hasta los gavilanes en el cuerpo del monstruo.

Y eso hizo chillar al demonio.

Su voz era aguda y tenía la potencia suficiente como para reventar las ventanas de cristal de palacio. Fue un chillido sin palabras, atonal, un simple grito que le salía de lo más hondo, tan puro y lastimero que sólo podía expresar la muerte de la criatura. Había chillado con su mente, no con una voz audible, como muchos otros demonios que Croy había conocido. El cerebro de éste sufrió la embestida de un billón de vocecitas que farfullaban palabras ininteligibles, pero que le pedían, le rogaban, le suplicaban que retirase la espada. Cuando Croy se negó, el demonio trató de retroceder, de apartarse de la espada, de soltarse. Redobló los ataques, sus tentáculos se enrollaron en torno al cuerpo de Croy hasta cubrirle de la cabeza a los pies. Pero sus fuerzas se agotaban y no pudo hacer otra cosa que sujetar al caballero y gruñir de dolor. En el momento en el que Bikker llegó a donde estaba Croy y cortó los tentáculos que lo sujetaban, el demonio había muerto ya, y los tentáculos resbalaban de su cuerpo como si no hubieran sido más que cuerdas sin vida enrolladas en torno a él.

Croy anduvo tambaleante sobre los tentáculos que habían quedado cortados por todo el patio y salió a la luz de la luna, esforzándose por respirar. En cuanto hubo recobrado el aliento, se echó a reír. Bikker le dio una fuerte palmada en la espalda y

Croy estuvo a punto de doblar una rodilla.

Por la misericordia de la Señora, cuánto le había gustado. Había cumplido una vez más la tarea a la que se había comprometido por juramento. En aquellos tiempos no había muchos demonios en el país, y había tenido que obligarse a encontrar otros usos para el poder de *Matafantasmas*, usos de los que no siempre estaba orgulloso. Casi había olvidado la pureza y la límpida conciencia que se experimentaban al luchar contra demonios.

Bikker se hallaba a su lado y parecía poseído por la misma emoción. Había aflorado a su rostro una ancha sonrisa y toda la malicia se había desvanecido de sus ojos. Tal vez —sólo tal vez— aún conservara un destello del héroe que había sido en otro tiempo. Quizá el hombre al que Croy había conocido no hubiese muerto del todo. Hasta ese momento, Croy había pensado que la plaga de cinismo y amoralidad que contaminaba todo el mundo se había adueñado también de Bikker, pero, tal vez...

El administrador salió corriendo de palacio, sujetándose el dobladillo de un camisón.

—¡Agua! —Gritaba el viejo—. ¡Hay que sumergir en agua al Guardián, porque, si no, crecerá hasta asfixiar al mundo entero! ¡Traed agua del pozo, traed también del río! ¡Agua! ¡Agua! —Al fin, el administrador vio el cadáver del demonio... nunca había tenido buena vista, y le había empeorado aún más con la edad—. Agua... —dijo con aire abatido—. El agua lo habría hecho encogerse.

—Parece que el hierro frío y el ácido también han dado buen resultado —dijo Bikker, para burlarse del viejo—. No me digas que tenías a un demonio escondido tras estos muros, administrador. No me digas que habías tomado a un demonio del abismo como mascota.

Los tres contemplaron el cadáver mientras éste humeaba y se disolvía. No era una criatura de este mundo, y, al faltarle la fuerza vital, no le quedaba nada que protegiera su abominable naturaleza de aquel entorno. Al cabo de unos instantes, no quedaba nada de su cuerpo, salvo un hedor a azufre y un residuo negruzco sobre las piedras.

—Es el Guardián de la... de la... —El rostro del administrador se encendió. Se consideraba un grave delito invocar a un demonio o tenerlo escondido. Desde hacía décadas, caballeros como Croy habían perseguido a los hechiceros capaces de llevar a cabo los rituales necesarios. Tan sólo quedaba un puñado de ellos, y estaban sometidos a estrecha vigilancia. Si se demostraba que, por ejemplo, había sido Hazoth quien había invocado a ese demonio, lo condenarían a morir quemado en la estaca. Incluso un hombre tan poderoso como el burgrave podía terminar en la horca por haber dado cobijo a un demonio. Si Bikker o Croy informaban en la capital... pero entonces la astucia brilló en los ojos del administrador. Señaló a los dos espadachines con un dedo largo y tembloroso.

—Sois fugitivos. Y no tenéis derecho a estar aquí —dijo.

Croy miró a Bikker.

—Hemos impedido que ese demonio destruyera el palacio. Yo tenía la esperanza de que fuera motivo suficiente para perdonarnos.

Bikker sonrió con malicia.

—¿Tenías la esperanza de encontrar justicia en esta vida, muchacho? ¿De verdad que no supe enseñarte mejor?

—¡Guardias! —gritó el administrador—. ¡Llevaos arrestados a estos dos!

De pronto, los muros del Monte del Castillo se llenaron de arqueros, mientras que los hombres de la Guardia entraron en gran número por la puerta más cercana a la Plaza del Mercado.

—Habría querido seguir hablando contigo. Pero ya volveremos a vernos —dijo Croy.

—Puedes estar seguro de ello —confirmó Bikker. Y entonces se separaron, y corrieron en direcciones opuestas, tan rápido como se lo permitieron sus piernas.

—Suéltala, maldito seas —gimoteó Malden. Casi no le quedaban fuerzas. Las articulaciones de los brazos y los hombros le ardían, y se le habían agarrotado las piernas, porque se valía de ellas para contrarrestar el tirón del demonio. Malden no iba a soltar la corona, pero el tentáculo, centímetro a centímetro, inexorablemente, tiraba de él hacia la estancia en ruinas. Los ojos de Malden se llenaron de sudor, pero el muchacho no se atrevió a frotárselos. Tiraba hacia atrás con todos los músculos de su cuerpo, pero sin obtener ningún resultado.

Y entonces... lo consiguió. Por un instante logró tensar todo el cuerpo y atraer la corona hacia sí. El tentáculo palpitó y empezó a dar tirones de un lado para otro. Perdió fuerza, y la corona quedó libre.

Malden se cayó de espaldas. Jadeaba como un perro. Clavó los ojos en el tentáculo, a la espera de que volviese a agarrarlo, pero no lo hizo. Quedó tendido en el suelo y ya no se movió. Como si el demonio hubiese perecido, por motivos que Malden desconocía, y ya no pudiera luchar. Ante sus propios ojos, la criatura empezó a disolverse.

A duras penas podía creerlo. Contempló la corona que sostenía con las manos. No se había doblado ni deformado de ningún modo durante el forcejeo, aunque estuviese hecha de oro, uno de los metales más blandos. Sus remates le habían abierto profundos surcos en las palmas de ambas manos y en los dedos, y su sangre la había ensuciado. Habría querido dejarla en el suelo, curarse las heridas, pero no se atrevía a soltarla ni un momento. No soportaba la mera idea.

Por supuesto... no tenía por qué dejarla en el suelo... podía ponérsela en la cabeza...

«Lo has hecho bien, ladrón», dijo la corona.

—No vuelvas a hablar, te lo ruego —gimoteó Malden. Pensó en lo mucho que había arriesgado por aquel trofeo. Había estado a punto de morir antes de que la torre se viniera abajo... pero la voz le había dado una orden, y él la había obedecido. En ese momento se dio cuenta de que la corona quería algo más. Quería que se la pusiera en la cabeza.

Habría sido un sacrilegio. ¿Verdad que sí? Malden no era burgrave. De acuerdo con la ley, no podía ponérsela. Si alguien lo veía con la corona en la cabeza, lo arrestarían al instante por hacerse pasar por noble.

Y, con todo... sería una bella manera de hacer justicia, ¿verdad que sí? Era casi enloquecedor, era una gran tentación. Que un vulgar ladrón, el hijo de una puta, se ciñera, aunque fuese por un momento, la diadema del poder secular.

Malden la levantó para ponérsela en la cabeza.

Era mágica. ¿Quién sabía qué poderes tendría? Tal vez le concediera deseos. Tal

vez lo convirtiera de inmediato en un hombre rico, poderoso. Esas cosas sucedían en las historias... en ocasiones, esas cosas eran...

... eran...

... demasiado buenas para ser ciertas.

Malden volvió a bajar la corona. No la soltó. No, eso habría sido demasiado. Pero tuvo que reprimir el impulso de ponérsela.

Tenía el horrible presentimiento —una especie de corazonada— de que si se ponía la corona no podría volver a quitársela por voluntad propia. Y eso le daría más problemas de los que podría solucionar.

Sintió que el objeto le vibraba en las manos, como si manifestara enfado. Malden había frustrado sus planes y no estaba satisfecha. El ladrón tuvo que luchar consigo mismo para reprimir su impulso natural, que consistía en hacer algo, lo que fuera, para que la corona volviese a estar contenta.

«Si no quieres llevarme en la cabeza, entonces entrégame al administrador. Él se encargará de ponerme a salvo».

—¡Cállate! —le dijo Malden, aunque se sintiera como un ratón dándole órdenes a un león. Era difícil resistirse a la fuerza de esa voz, a su firmeza, a su resolución.

—No pienso hacerlo. Me voy a marchar ahora mismo y tú me acompañarás.

«Busca al administrador».

—Me haría matar de inmediato. —Malden negó con la cabeza. Sintió el desdén que irradiaba de la corona. No se preocupaba en lo más mínimo por su vida o su bienestar. Únicamente quería que se cumplieran sus órdenes. En opinión de la corona, Malden se merecía todo lo que pudiera ocurrirle. ¿Acaso no era ladrón? ¿No se ahorcaba a los ladrones en aquella ciudad?

Un ciudadano digno de tal nombre, un hombre más honrado, no habría desobedecido. Habría marchado a su condenación sólo por el honor de servir a la corona... o se habría dejado seducir por la posibilidad de ponérsela, por más grandes que fuesen los horrores que tuviera que afrontar. Fuera lo que fuese el intelecto que moraba en la corona, ésta era un emblema del poder legítimo, un representante de un sistema de clases duro como el hierro, en el que cada uno de los hombres conocía su lugar. Incluso en la Ciudad Libre de Ness, todos los hombres nacían en el seno de un sistema estamental, y desde la niñez se les inculcaba una lección: tienes que saber quiénes son tus superiores y tomarte como órdenes sus deseos. Los desobedientes sufrían palizas y amonestaciones. Los que aceptaban su situación no tenían problemas. Aunque los ciudadanos libres fuesen gentes orgullosas, en ese aspecto no eran distintos de los siervos que vivían al otro lado de las murallas... sabían que no les convenía desafiar al poder.

Pero Malden no había sido nunca un ciudadano de verdad. No lo habían criado para que fuese un hombre honrado. Su gente era lo más bajo entre lo más bajo, y nadie le había recordado nunca cuál era su rango, porque no pensaban que pudiera escapar de su situación.

Esas expectativas, o más bien la falta de ellas, lo habían vuelto ambicioso. Y la ambición engendra voluntad. Tuvo buen cuidado de separar de la corona una de las dos manos con que la sujetaba y flexionó los dedos de ésta para que volviese a correrle la sangre. Luego dejó la corona en el suelo. Ah, cuánto le costó, pero una vez que lo hubo hecho se sintió mejor. Se dio cuenta al instante de que había tomado la decisión correcta. Abrió también la otra mano y se limpió la sangre que le ensuciaba la palma.

Luego se puso a pensar, una vez más, en cómo iba a salir de allí.

El corredor había quedado cerrado por los puntiagudos rastrillos, y, aunque lograra huir por el palacio, sólo conseguiría llegar al patio, donde, sin duda alguna, le esperarían todos los hombres armados del Monte del Castillo. La torre se había derrumbado y era imposible escapar por ella. Aparentemente, le quedaba una única manera de salir de allí, aunque no le gustara.

Podía bajar por la trampa, por el pozo que había estado a punto de engullirlo antes de que llegara a la torre. Contempló sus negras profundidades y recordó lo que había pensado antes... sólo podía llevarle a las mazmorras del burgrave.

Era la única salida.

Por supuesto que saltar al pozo habría sido una locura... no habría sobrevivido a la caída. Podía tratar de bajar agarrándose a la pared pero, por lo que alcanzaba a ver, ésta parecía lisa y no tenía asideros que le facilitaran el descenso. Por fortuna, conservaba la cuerda que había empleado para entrar en palacio, así como el garfio plegable de Slag. La cuerda sería suficientemente larga, si no encontraba ningún obstáculo para dejarse caer los últimos tres metros.

No perdió el tiempo. No tenía ninguna duda de que los guardias debían estar camino de palacio para ver cómo se encontraban el burgrave y su séquito, y cerciorarse de que no hubieran sufrido ningún daño al derrumbarse la torre. Algunos de esos guardias irían también a ver cómo estaba la corona. La corona. Lo mejor sería agarrarla de inmediato para no perderla. La recogió del suelo.

«Ladrón».

—¡Cállate! —le espetó Malden. No permitiría que lo volviese a controlar. No permitiría, nunca más, que ningún hombre volviera a ser su dueño.

Bueno. Con la excepción de Cutbill. Y de Citera y Bikker, cómo no. Frunció el ceño y no perdió más el tiempo con esos pensamientos.

Pasó el cinturón por el hueco de la corona —tocándola lo menos posible, como si hubiera podido quemarle— y volvió a abrochárselo en la cintura para que no se cayera. Luego sujetó el garfio en una de las piernas de la estatua de Sadu —había quedado muy dañada por el cataclismo, pero aún era lo bastante fuerte para aguantar su peso— y descendió al abismo, ayudándose con los pies, con una vaguísima noción de lo que podría encontrar en el fondo.

Por el pozo ascendían ráfagas de aire caliente que hicieron que le sudasen las manos, hasta el punto de que le resultó difícil mantenerse sujeto a la cuerda. El pozo era lo bastante estrecho como para poder controlar el descenso: apoyaba ambos pies en la pared mientras iba bajando con las manos. Pero la humedad hacía que la pared fuera resbaladiza y que sus zapatos blandos tendieran a resbalar. Durante los primeros quince metros, más o menos, descendió en total oscuridad, pero, cuando hubo pasado la mitad, la luz que brillaba en el fondo se volvió más intensa. Entonces vio que el agua se filtraba por la pared y formaba gotas gruesas y sucias que aguantaban momentos antes de resbalar hacia el fondo.

Abajo se oía un rumor como de aire caliente que ascendía por el pozo. Y alguna otra cosa... algo que había temido desde el mismo momento en el que empezó a bajar por la estrecha chimenea, algo que había tenido la esperanza de no tener que oír: un débil gemido, los fatigados suspiros de un preso. Había abrigado la esperanza de que el tumulto que se había armado en el patio hubiese hecho salir a los carceleros. Que no encontrara ningún guardia al llegar a los calabozos. A juzgar por los incesantes sonidos, que correspondían a una persona sometida a torturas, esa esperanza era vana. Bajar hasta la mazmorra iba a ser la parte más fácil. Iba a ser mucho más difícil enfrentarse a quienes se encontraban en ella.

«Paso a paso», se dijo a sí mismo, y siguió bajando.

La escasa luz no le permitió ver lo que había al fondo del pozo hasta que le faltó muy poco para llegar. Cuando por fin se encontraba en el último tramo de cuerda y miró abajo, con gran curiosidad, para ver dónde aterrizaría al soltarse, el corazón le dio un vuelco en el pecho.

El fondo del pozo estaba erizado de pinchos. Pinchos de hierro sólidamente instalados en el suelo, de un metro de largo, y de puntas muy afiladas.

Llegó al final de la cuerda y dejó colgar el cuerpo. Se quedó sujeto con una mano y estiró las piernas hacia abajo. Aún quedaba un espacio de dos metros que lo separaba de los truculentos pinchos. Si se soltaba, la caída no le rompería las piernas, pero era probable que un hierro le atravesara el cuerpo.

No tenía otra cuerda que le permitiera alargar el descenso. Llevaba unos siete metros de cordel enrollados en torno a la empuñadura de la daga, pero no tendría resistencia suficiente como para aguantar su peso.

Malden tanteó con una mano la pared que tenía más cerca. La habían abierto en roca viva con instrumentos de metal que habían dejado marcas en la superficie, poco más que grietas superficiales... no podría meter por ellas los dedos de las manos y los pies. Pero si aún le quedaran fuerzas...

Malden apoyó como pudo los pies contra la pared, y luego, con todas sus fuerzas,

tensó un brazo contra la pared. Si mantenía las piernas dobladas y los brazos rectos, su cuerpo se resistiría a la fuerza de la gravedad. Aun así no iba a ser un descenso fácil. Se parecería, más bien, a una caída controlada a medias. Pero siempre sería mejor que caer a plomo sin control.

Tuvo que hacer acopio de coraje para soltar la cuerda. Malden era un muchacho indolente, en absoluto un luchador valeroso, pero, cuando su vida estaba en peligro, no le faltaba osadía. Soltó la cuerda y apoyó las dos manos a la vez contra la pared, e hizo fuerza para no caerse. El impacto de ambas manos contra la pared del pozo hizo un sonido como de manotazo contra una superficie húmeda. Arrancó ecos en ambas direcciones, pero en ese momento no tuvo tiempo de detenerse y escuchar si alguien reaccionaba al oír el sonido. Estaba demasiado ocupado con su descenso hacia abajo, a toda velocidad, hacia los pinchos, y en asirse con manos y pies a las marcas que las herramientas habían dejado en la pared, por si frenaban en algo su caída.

La tosca pared le arañaba y le hería las manos, ya magulladas después del largo ascenso al Monte del Castillo. Las rachas de aire que envolvían su cuerpo le hablaban en susurros de muerte y de locura, y de por qué había tan pocos ladrones que llegaran a la vejez. Las mandíbulas de Malden se contrajeron en un horrible rictus. Golpeaba una y otra vez manos y pies contra las paredes, intentando lo que fuera, todo lo que pudiera, para frenar el descenso.

Los pinchos venían hacia él como jabalinas. Si no calculaba a la perfección...

... cuando sus manos llegaron al borde del pozo y se le acabó la pared, bajó la cabeza e hizo fuerza con ambas piernas contra la piedra. Se impulsó hacia un lado y evitó por muy poco los pinchos, e hizo una bola con el cuerpo en el momento de llegar al suelo, dio una voltereta y terminó sentado en tierra. El aliento le entraba y salía violentamente de los pulmones.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó alguien. Alguien que estaba cerca. Alguien cuya voz daba la impresión de pertenecer a un hombre mucho más corpulento que Malden. Unos pies se arrastraron lentamente hacia él. Su sonido ocultó el de los fatigados gemidos del invisible prisionero.

Malden miró en derredor, presa del pánico, en busca de un lugar donde pudiera esconderse. No vio ninguno. Había ido a parar a una habitación pequeña de techo abovedado... un techo del que colgaban variados artículos de acero, varios de ellos con puntas afiladas, otros fabricados con pesadas cadenas. Los instrumentos de un torturador. El pozo era tan sólo un recuadro de oscuridad en el techo, y los pinchos pasaban inadvertidos entre el resto del instrumental. En cuatro direcciones distintas había pasadizos con arcadas, alumbrados por faroles que colgaban de los arcos. Al final de una de las arcadas vio unas escaleras que subían. El eco de los pasos provenía de otra arcada. Podría haber huido hacia la izquierda, o la derecha, con la esperanza de que el torturador fuera demasiado lento al perseguirlo... pero se le ocurrió otra idea y la puso en práctica. Se levantó, corrió hacia las escaleras y subió por ellas hasta el primer rellano, y luego volvió a bajar con pasos más tranquilos.



Al acercarse por la arcada, el torturador vio tan sólo que Malden bajaba por las escaleras como si acabara de entrar.

—¿Quién diablos eres? —le preguntó el torturador cuando estuvieron cara a cara. Era un hombre muy corpulento, aunque no muy alto, con el cuerpo hinchado y fofo, y el cabello pegado en grumos. Parecía mitad ogro y mitad una criatura que habría tenido que guardar cama por enfermedad.

—Soy el nuevo pinche de la cocina —respondió Malden—. Me han mandado a buscarte. ¡Ha empezado un incendio y todo el mundo tiene que ir a apagarlo! ¡Venga, ponte en marcha! ¿Aquí abajo no hay nadie más que pueda ayudar?

—Sólo yo. —El torturador se quedó con la boca abierta y los ojos entrecerrados. Malden tuvo la impresión de que lo miraba de reojo. El gigantón tenía un gran lobanillo sobre el ojo izquierdo y era difícil saberlo. Otras excrecencias purpúreas le adornaban el mentón y una parte del cuello, como una grotesca barba a medio afeitarse—. ¿Fuego, dices? No es que me preocupe mucho. Aquí abajo no hay nada que pueda arder.

—Tampoco hay otro camino de salida, aparte de estas escaleras —insistió Malden, con la viva esperanza de que fuera cierto—. Si el palacio se desplomara encima de nosotros...

—Ah... —dijo el torturador, y abrió desmesuradamente el ojo derecho—. Ah... ¡será mejor que suba por si puedo ayudar!

Pasó por el lado de Malden, escaleras arriba, y estuvo a punto de derribar al ladrón. Malden le dio prisas mientras subía. Luego, el ladrón se marchó corriendo bajo la arcada, con la intención de encontrar otro camino de salida antes de que el bruto se preguntara cómo era posible que un hombre de la edad de Malden trabajara como pinche de cocina.

Sin embargo, no llevaría más de doce zancadas por el interior de la mazmorra cuando alguien lo llamó.

—¡Tú! Sí, eres tú... eres uno de los hombres de Cutbill, ¿verdad? ¡Gracias a la Señora, has venido a rescatarme!

Malden estuvo tentado de ignorar la petición de ayuda y seguir adelante. Si de verdad hubiera sido uno de los ladrones de Cutbill, uno de esos forajidos sin honor (a quienes había tratado de emular durante los últimos meses), no habría vacilado ni por un instante. Pero, en algunos sentidos, Malden todavía era un digno hijo de su madre. Se detuvo y fue en busca del hombre que lo había llamado.

Croy se adentró en las sombras, con la cabeza gacha, mientras las saetas pasaban volando sobre él. Si podía llegar a un sitio donde los arqueros no lo viesan... La pared de las cocinas le ofreció el refugio que necesitaba. Pero tuvo que hacer frente a un problema. Las cocinas estaban adosadas al muro de defensa, y, por tanto, se había metido en un callejón sin salida.

Se volvió al instante y vio a cuatro hombres de la guardia que corrían hacia él. Sus capas ondeaban al viento y parecía que los ojos bordados en ellas parpadearan al moverse el tejido. Al acercarse, los cuatro se desplegaron y formaron un semicírculo en torno a Croy. Había sido un movimiento inteligente. Croy los habría derrotado fácilmente de uno en uno, pero ahora, si se arrojaba contra cualquiera de ellos, dejaría el otro flanco peligrosamente expuesto.

El metal de sus alabardas centelleó mientras se acercaban, las armas ascendieron al unísono, como debía haberles enseñado su instructor de combate. Croy había instruido en otro tiempo a un número de guardias suficiente como para reconocer la técnica. Aunque las capuchas impidieran que les viese el rostro, sabía que eran hombres elegidos para prestar servicio en el Monte del Castillo, bien entrenados y dispuestos a todo.

Croy se llevó la mano al hombro. No desenvainó a *Matafantasmas*... esa espada se empleaba tan sólo para luchar contra demonios y artes de brujería. Prefirió sacar la espada más corta, la que no tenía nombre. Nada más que honrado acero para hacer frente al hierro enemigo.

—No quiero haceros daño —dijo Croy—. Sé muy bien que sólo cumplís con vuestro deber. Pero esta noche no puedo permitir que me arrestéis.

Uno de los guardias se rió por lo bajo. Fue un sonido feo. Otro de ellos dio un paso adelante y le hizo una finta. Croy no respondió, y prefirió retirar la espada antes de que la alabarda tocara su arma.

—El burgrave quiere tu cabeza —dijo el que se había reído—. Dicen que pagará plata recién acuñada por ella. No vamos a llevarte arrestado.

Croy arrugó el entrecejo. Su situación se complicaba.

Sabía exactamente cuánto ganaban esos guardias. En otro tiempo, cuando vivía en el Monte del Castillo, había cobrado lo mismo al servicio del burgrave. Sabía que aprovecharían con mucho gusto cualquier oportunidad para incrementar sus ganancias.

Y debían de ser buena gente. Servían a un señor ungido de acuerdo con la ley y protegían la Ciudad Libre de Ness. No podía matarlos sin más. Sabía que Bikker lo habría hecho... debía de estarlo haciendo para huir de allí. Pero Croy se enorgullecía de estar cortado con otro patrón. Tenía que encontrar otra manera de salir de allí.

—La última oportunidad, caballeros. Os lo pido como hombres de honor... ¿permitiréis que me marche en paz?

La punta de una de las alabardas trató de alcanzar el rostro de Croy... y esta vez no se trataba de una finta. Aquélla era la respuesta. Croy dio un golpe en la punta de la alabarda con el tercio fuerte de la espada para desviarla, y luego se agachó y saltó a un lado, y anduvo como un cangrejo mientras los cuatro hombres se le acercaban todos a la vez. Dos de las alabardas se estrellaron en el lugar donde su cabeza había estado momentos antes. Otra de las alabardas lo acometió por abajo y estuvo a punto de derribarlo. Croy saltó hacia delante y golpeó al guardia en la sien con el plano de la espada. Solamente quería aturdirlo, no matarlo. El guardia retrocedió, tambaleante, y estuvo a punto de dejar caer su pesada arma al tratar de sujetarse con las manos su dolorida cabeza.

Las alabardas eran armas poderosas, medio lanza y medio hacha, y por ello brindaban la posibilidad de emplear muchos estilos de lucha. Con todo, eran más lentas que las espadas. En el momento en el que otro golpe se abatió sobre él —en esta ocasión, un ataque con el filo del arma a la coronilla—, Croy se había apartado de un salto y logró esquivar el tajo. Cuando el arma le pasó por delante de la cara, alargó la mano libre —la que no sujetaba la espada— y sujetó la alabarda por la mitad. Haciendo fuerza, apartó la alabarda a un lado y se la quitó de la mano al guardia, luego echó a correr. Derribó a dos de sus oponentes en el proceso. Arrojó la alabarda bien lejos y luego envainó la espada. Habría podido matar fácilmente a los cuatro hombres, pero no tenía estómago para hacerlo. Eran honrados defensores del bienestar público... ¿de qué habrían servido sus muertes?

El último de los guardias que seguía en pie arremetió contra él, pero Croy esquivó la acometida. Luego corrió hasta el edificio de las cocinas y trepó por la pared. Una parte de la estructura estaba hecha de madera, con vigas que sobresalían, por las que pudo trepar. Cuando llegaba al techo, una alabarda pasó volando por su lado, pero ni siquiera lo rozó.

Desde lo alto de la cocina, le fue muy fácil alcanzar el parapeto que se hallaba en lo alto del muro defensivo. El camino que siguiera desde allí era ya otra cuestión. Se hallaba entre dos torres de vigía. En ambas, los hombres salían por las puertas o saltaban desde lo alto de la torre para capturar a Croy. Parecía que no le quedara ninguna salida.

Entonces miró hacia abajo y vio el río Skrait, cuyas aguas fluían unos cincuenta metros más abajo. Echó la cabeza hacia un lado y se rió de buena gana. Los hombres de la guardia lo alcanzarían al cabo de unos segundos, con la orden de matarlo de inmediato. Una compañía entera debía de venir por él... más que suficiente para derrotarlo, por muchas espadas especiales que llevara.

Lanzarse al río desde tan arriba era una completa locura. Si no se rompía los huesos al estrellarse contra el lecho, igualmente tendría bastantes posibilidades de ahogarse. Sólo había una mínima posibilidad de salvación.

Saltó... claro está.

El aire le silbó en los oídos mientras caía, veloz como la proverbial piedra. No vio nada —todo pasaba por su lado con demasiada rapidez—, y le habría costado mucho decir en qué dirección estaban el arriba y el abajo. Con todo, se las arregló para que las piernas le apuntaran hacia abajo, a fin de que cortaran el agua como un cuchillo.

Se estrelló contra el agua con fuerza suficiente como para que todos los huesos de su cuerpo acusaran el impacto. El choque de la gélida inmersión estuvo a punto de pararle el corazón. El aire se le escapó de los pulmones en un torrente de burbujas. Los sesos se le removieron con el impacto y las piernas le dolieron como si les hubieran arrancado la piel. Entonces abrió la boca para inhalar y los pulmones se le llenaron de agua. Agitó el cuerpo a ciegas, en un intento por nadar hacia arriba, sin saber en qué dirección se movía, sin apenas reconocer la diferencia entre derecha e izquierda.

Su cabeza chocó con una superficie dura de madera y quedó todavía más maltrecho. La negrura cubrió sus ojos y creyó que iba a morir. En ese instante y lugar, estuvo a punto de rendirse... si ése era el momento que la Señora le había asignado para su muerte, ¿cómo podía contrariar sus deseos? Pero había algo en Croy que se negaba a rendirse en momentos en los que otros hombres de menor valía se habrían dado por vencidos. Se agarró al obstáculo de madera que tenía delante y trató de subirse encima. Su rostro sintió el aire de la noche y boqueó, tomó aliento... luego agachó la cabeza y vomitó un buen chorro de agua. Sacudió la cabeza para aclararse los ojos, y por fin miró dónde estaba y a qué se había agarrado. Era la borda de una pequeña embarcación.

A sus remos se hallaba Citera.

La mujer por quien lo había arriesgado todo. La mujer por cuyo amor se habría enfrentado a la muerte.

Lo más probable era que la increíble coincidencia tuviera una explicación. En cualquier caso la Señora le había sonreído. En vez de tomarle aquella noche en su seno, le había dejado vivir para que pudiese ver una vez más a Citera. Estuvo a punto de soltarse de la barca, deseoso de levantar ambas manos a los cielos en agradecida plegaria.

—Será mejor que subas, porque nos van a localizar en cualquier momento —dijo Citera—. Deja de jugar y... espera. Tú no eres Malden.

No hizo ningún intento de ayudarlo. No le tendió la mano. Pero había que contar con que Croy moriría al instante si Citera lo abrazaba. Por culpa de la maldición que la mujer sufría. Citera se asomó por la borda y buscó su rostro con ojos desorbitados.

—¿Croy? —le preguntó, visiblemente horrorizada.

El hombre trepó por la borda y subió a la barca. Por un instante, no pudo hacer nada, salvo quedarse tumbado, jadeante, y mirar al cielo. Desde lo alto del muro, pequeños rostros lo miraban, y pequeños brazos señalaban con agitación la pequeña barca.

—Rema, Citera. Rema y marchémonos de aquí —masculló. No pudo evitar una sonrisa.

—Es que tengo que encontrarme con alguien...

Una roca se precipitó en el río, a menos de un metro de la barca, y levantó una columna de agua que los salpicó a ambos.

—No creo que tengan aceite hirviendo —le dijo Croy a Citera—. Pero sí sé que cuentan con un buen número de arqueros.

—Entonces, marchémonos —dijo ella, y se aplicó a los remos.

Malden se había criado en un burdel, y por ello había tenido pocos amigos de su edad y su sexo. Pero, siempre que se encontraba en compañía de otros muchachos, uno de sus temas favoritos de conversación había sido aquella estancia... la cámara de tortura del burgrave. Los chicos nombraban y describían todos los instrumentos de tortura que conocían y especulaban acerca de sus aplicaciones. A menudo debatían cuál era la máquina a la que menos les gustaría verse sometidos. Lo discutían para divertirse, a modo de truculenta competición por ver quién era más hombre. A Malden no se le había ocurrido nunca que pudiera llegar a visitar esa sala, ni que llegaría a conocer por sí mismo su verdadero repertorio.

—¡Ven aquí, muchacho, date prisa! No voy a aguantar mucho más. Ah, ah, sería capaz de besar en los labios al Dios de la Sangre por esto, cuando acuda a su presencia —decía el cautivo.

Al caminar bajo la arcada en dirección a la cámara de tortura propiamente dicha, Malden sentía más miedo que cuando se había enfrentado al demonio, o que cuando había entrado en el ataúd de Cutbill. Se veía rodeado por las pesadillas de su juventud. La bota malaya, y su cruel primo, aunque de nombre prosaico, el perforador de pies, que introducía un tornillo en la parte carnosa de la planta del pie. La silla trampa, que no parecía tan mala hasta que uno se daba cuenta de que se quedaría atrapado en ella, incapaz de levantarse. El tridente del hereje reposaba sobre un yunque, donde el torturador le había aguzado las puntas. Las ruedas descoyuntadoras con bordes de hierro se alineaban en la pared, mientras que una selección de martillos quebrantahuesos colgaba de unas correas sujetas en el techo. Cerca de uno de los arcos, apoyada en la pared, se encontraba la hija del carroñero (a veces llamada «potro invertido»). En el lugar de honor se hallaban las temibles tijeras de cocodrilo, que se empleaban tan sólo con los asesinos de nobles, porque cortaban algo que no se puede ver. Por lo menos mientras la víctima llevase calzones. Había también, por lo menos, tres juegos de bridas de bruja. Era una especie de casco con un pincho en la parte delantera, que ejercía presión contra la lengua de quien lo llevara puesto. El brujo que tratara de formular una maldición o un conjuro mientras llevara puesta la brida se destrozaría la lengua. Malden pensó que podía ser un adminículo muy práctico en un lugar como la Ciudad Libre, donde los brujos competían con los burgraves y enviaban ladrones para que hicieran trapacerías en su nombre.

—He oído tu voz, sé que aún estás ahí. ¡Ven, muchacho!

Pero, entre todos los tormentos que se le podían infligir a un cuerpo humano, todos los tipos de hierro que se podían clavar en sus partes blandas, todas las maneras de dislocar y desgarrar tendones y ligamentos, había un ingenio que se consideraba el peor. Nadie sabía de verdad por qué... no parecía ni la mitad de horrible que la pera

asfixiante. Pero sucesivas generaciones de muchachos habían transmitido la indudable convicción de que la más terrible de las máquinas de tormento tenía que ser la correa.

El preso tenía las manos atadas a la espalda y le habían metido un garfio entre las muñecas. Lo habían elevado con una polea hasta dejarlo colgado del techo. Le habían retorcido los brazos para atárselos y por ello el pecho sobresalía en un ángulo extraño. Para ponérselo aún peor, le habían sujetado una cadena en torno a los pies, y de la cadena colgaba una piedra grande. El peso descoyuntaba las articulaciones, que ya sufrían por la correa que sujetaba al hombre en lo alto.

—Ah, estás ahí, muchacho. Aquí, ven aquí... ¡desátame!

Malden se quedó boquiabierto ante el prisionero y no sólo por su miserable estado. El hombre estaba desnudo, enflaquecido, con la expresión desconcertada. Pero es que, además, Malden lo reconoció. Era el vagabundo que había visto en la guarida de Cutbill, el que había solicitado asilo.

—Eres Kemper, el ladrón, ¿verdad que sí? —le preguntó Malden.

—Por ahora, sí. Pero parece que antes de lo que querría, me llamarán de otro modo —confirmó Kemper.

—Esto... ¿disculpa?

—Si no me bajas de aquí, pronto me llamarán «el difunto ladrón Kemper».

Con un sobresalto, Malden regresó a la realidad.

—Sí, desde luego, ahora mismo —dijo. Corrió a la pared, donde el otro extremo de la correa estaba sujeto a un gancho. Deshizo el nudo con dedos temblorosos y bajó a Kemper con gran cuidado hasta el suelo.

Por unos momentos, el ladrón no hizo nada, salvo rodar sobre las baldosas, con una sonrisa lastimera en el rostro.

—Ah, jamás había hallado felicidad semejante en el fondo de una bota de vino, ni entre las piernas de una muchacha —gimoteó Kemper—. Tú no vas a conocer jamás semejante éxtasis, muchacho, y puedes dar las gracias por ello.

Malden tenía muchas preguntas que hacerle a aquel hombre.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? Esta misma mañana te había visto donde Cutbill. Allí estabas a salvo... ¿cómo pueden haberte agarrado tan pronto?

Kemper hizo una mueca.

—El hombre no puede vivir eternamente de pan duro y agua. Cutbill me ofreció un refugio, desde luego, pero su hospitalidad dejaba mucho que desear, ya me entiendes. ¡En primer lugar, agua para beber... ni que yo fuera un caballo! Llegué a la conclusión de que, si quería comida de verdad, tendría que salir. He salido a hurtadillas justo antes del alba y me he dirigido al Humo, donde sabía que podría apuntarme a alguna partida de cartas.

Kemper se recostó sobre un costado y gimoteó.

—La he encontrado en seguida. No me he dado cuenta de que uno de los jugadores era uno de esos guardias vestido de civil. El cabrón me ha reconocido

enseguida y ha tratado de sacarme de allí. Yo pensaba que no correría ningún peligro, como de costumbre. Me han capturado más veces de las que tú habrás besado a una chica, y siempre había logrado escapar. Nunca había pensado que me descubrirían el punto débil. Ahora, por favor, las manos y los tobillos...

Malden trató de liberarle las extremidades y descubrió que estaban sujetas con idénticas cadenas de metal brillante, que parecía demasiado delgado como para aguantar el peso de Kemper. Tintinearón cuando se las quitó.

—Guárdalas como recuerdo, si te apetece —le dijo Kemper a Malden, cuando vio que el ladrón tenía la mirada puesta en las cadenas—. Yo no quiero volver a verlas. Deben valer bastante, porque son de plata pura.

—¿De plata? —Malden no le encontraba ningún sentido. Sabía que los nobles podían exigir que los ahorcaran con cuerdas de seda, y no con las de cáñamo que se empleaban con los plebeyos. Pero ¿cómo era posible que encadenaran con plata a un ladrón común? No tenía ningún sentido.

—Son buenas contra las maldiciones —dijo Kemper, como si con eso lo explicara todo—. Si no te importa, querría un tanto por ciento de lo que ganes al venderlas.

—Sí, desde luego —dijo Malden. Le quitó las cadenas de un tirón y las contempló mientras las sostenía con ambas manos. ¿Por qué habían encadenado a un hombre con plata? ¿A qué se había referido Kemper con lo de las maldiciones? Levantó los ojos para preguntárselo, pero fue en vano. Sin hacer ningún sonido, sin despedirse siquiera, Kemper había desaparecido.



Malden volvió corriendo por la arcada, convencido de que Kemper debía haberse marchado por la escalera mientras no lo miraba. Quería advertir a su compañero de que no le convenía ir por allí. Pero, al llegar al pie de las escaleras, se le ocurrió que tampoco le convenía a él subir en pos de Kemper. No le cabía ninguna duda de que iban a capturar al vagabundo tan pronto como llegara a la superficie. Malden no haría otra cosa que sacrificar su propia libertad si seguía muy de cerca los pasos de aquel hombre.

Había liberado al prisionero de sus cadenas. Como buena obra, había sido suficiente. Se le podía disculpar si a continuación se preocupaba de sí mismo. Tenía que escapar con la corona, si no quería que los trajines de aquella noche hubieran sido en vano. Y se le ocurrió cómo hacerlo. Malden miró en derredor, en busca de algo que tenía que estar por el suelo. Lo encontró en la cámara de tortura: una reja redonda que no le costó levantar. Debía de ser el desagüe que llevaba hasta el río. Las aguas salían por el conducto que había visto antes de iniciar la escalada.

El problema que tenía una mazmorra excavada en el interior de un cerro es que se inundaría cada vez que lloviera. El desagüe estaba allí para aliviar el problema. También debía ser una buena manera de librarse de las víctimas que no sobrevivieran a los interrogatorios, o de las partes de sus cuerpos que ya no fueran necesarias.

Malden acalló como pudo esos horribles pensamientos y se metió por el desagüe. Luego volvió a colocar la reja encima de su cabeza, con lo que perdió parte de la luz que le llegaba desde arriba. El desagüe era un conducto con paredes de ladrillo cubiertas de salitre blanco, de aproximadamente un metro de anchura, que descendía con una pronunciada pendiente. En su interior no había ninguna luz, por supuesto, pero cuando ya había bajado un buen trecho vio un fulgor y se arrastró hacia él. Comparado con algunas de las cosas que había visto desde que empezó a trabajar con Citera, bajar por aquel desagüe le fue fácil. Lo peor de todo era el olor.

Al principio era repugnante. Poco más tarde le resultó insoportable. El hedor del desagüe hizo que se le humedecieran los ojos, y aunque se cubriera la boca y la nariz con la capucha, apenas lograba respirar. Su cuerpo pugnaba por encontrar aire limpio, pero no había. Malden pensó que el origen de la fetidez no era ningún misterio. Las letrinas de palacio debían vaciarse directamente allí... era una alternativa más inteligente que tener que llevarse cada semana en una carreta las heces. Las suposiciones de Malden acerca de las funciones del desagüe se vieron confirmadas cuando llegó a un trecho de túnel iluminado. La luz provenía de arriba, de un pozo semejante al que había encontrado en la mazmorra... pero en este caso no había pinchos en el fondo. Al mirar hacia arriba vio una abertura circular, mucho, mucho más arriba, iluminada por la trémula luz de unas velas. En ese lugar, el olor se volvía

mucho más fuerte. Quizá será mejor que no describamos en qué estado se hallaban las paredes del pozo.

El olor le producía arcadas, y la blanda textura del suelo sobre el que se arrastraba le hacía dar respingos una y otra vez. Sólo la promesa de libertad y salvación le permitía seguir adelante. Con todo, se imaginaba que la situación habría podido ser aún peor. Una vez que saliera de allí, tendría en sus manos una fortuna en oro... no le importaba tener que despojarse de ella poco después. Malden se apiadó del criado que tenía que bajar a limpiar el desagüe cada vez que se llenaba. Probablemente le pagaban tan sólo con la habitación y la comida.

Mientras bajaba hacia el río, encontró otros pozos conectados al desagüe. Uno de ellos se estaba usando en ese mismo momento. Malden aguardó a que el usuario hubiese terminado y luego reanudó el descenso.

Al fin, llegó a un sitio desde donde pudo ver la salida. La luz de la luna atravesaba la reja, aunque la parte de abajo se hubiera llenado de inmundicias y detritus. Malden bajó todavía más rápido y agarró la reja de hierro con sus dedos ya muy magullados. Trató de arrancarla, pero la reja resistió.

Miró a través de los barrotes con la esperanza de poder hacerle una señal a Citera. Tal vez ella sí conociese una manera de doblar barrotes de hierro. Pero, en nombre de Sadu, ¿dónde estaba? La barca habría tenido que esperarle... ése era el medio de huida que habían pactado. Si no estaba allí...

En tal caso, tendría que marcharse nadando.

Con un suspiro, Malden sacó la daga y empezó a trabajar con los barrotes, en un intento de aflojarlos lo suficiente para poder escapar.

«Ladrón —le dijo la corona que llevaba al cinto, cuando llevaba un rato en silencio—. Retrocede, ladrón».

Malden le gruñó a la corona y prosiguió con su tarea.

SEGUNDA PARTE

# Una corona parlanchina



## INTERLUDIO

Bikker también había escapado del Monte del Castillo, pero de una manera menos azarosa que Croy y Malden. En la confusión que había seguido a la muerte del demonio, se había limitado a esconderse a la sombra de un muro y luego había entrado por una puerta en una habitación bien iluminada. Dentro lo aguardaba un sirviente. El flaco anciano se ofreció a recogerle la capa —Bikker no quiso— y luego le presentó una taza de vino caliente. Bikker aceptó la taza y la vació de un solo trago.

—¿Está aquí? —preguntó.

El sirviente asintió sin levantar la mirada. Estaba ocupado en remendar una túnica rasgada: pasaba una aguja de hueso por el viejo tejido, la sacaba por el otro lado y la volvía a clavar. El anciano era el sastre del castillo y tenía a su lado un buen montón de prendas de ropa. Todas ellas aguardaban su atención.

—Cuando todo se haya calmado un poco, te llevaré a la capilla. Irá a buscarte allí.

Bikker miró con circunspección al sastre. ¿Y si resultaba que era él quien lo había contratado? No había visto nunca al hombre que lo había introducido en la conjura. Podía ser cualquiera de los que vivían en Ness, cualquiera que tuviese un acuciente interés en derribar al burgrave. No saber para quién trabajaba no era una situación ideal para un hombre con los talentos de Bikker. Estaba más acostumbrado a trabajar para señores y mercaderes que insistían en que Bikker vistiese su librea. Porque, en definitiva, ¿de qué valía contar con los servicios de un famoso caballero si nadie estaba al corriente?

Con todo, Bikker alcanzaba a comprender que el secreto era necesario. Si alguien se enteraba de los propósitos de la conjura, se echaría todo a perder. El burgrave acabaría con todos ellos en un instante y probablemente los colgaría con cadenas sobre las puertas del castillo, para que toda Ness conociese el precio de la traición. El secreto tenía una importancia crucial. Ni siquiera Hazoth sabía todos los detalles, y Bikker estaba seguro de que habría elementos en el plan que él mismo no conocía.

Bikker se encogió de hombros y pidió más vino. No le importaba lo que le ocurriese a la ciudad. Lo importante era que Bikker estaría muy lejos cuando ocurriera. Lo suficiente como para no oler la sangre ni oír los chillidos.

Cuando hubo pasado tiempo suficiente, el sastre le entregó a Bikker una del uniforme de la Guardia Ciudadana. Bikker entendió por primera vez los motivos por los que el sastre era un peón útil para la conjura: uniformes y atuendos de todo tipo salían de las manos del anciano. Gracias a él podría disponer de todos los disfraces que necesitara. Bikker se cubrió los hombros con la capa —demasiado pequeña— y se dejó guiar por el anciano a través de los oscuros corredores de la cancillería, el discreto edificio donde se realizaban las labores administrativas de la ciudad.

Llegaron a un oscuro refectorio y bajaron por un pasillo corto que terminaba en una capilla. Una cornucopia sobredorada, símbolo de la Señora, colgaba sobre un modesto altar. No había bancos, sólo algunos cojines rellenos de paja esparcidos por el suelo, para que los suplicantes se arrodillaran. La capilla no estaba destinada al burgrave y su familia, sino a los empleados de Anslem Vry. Plebeyos, aunque bien pagados.

Con una leve sonrisa, el sastre le ordenó a Bikker que se arrodillara. Tal vez le pareciera divertido ver al caballero en actitud de plegaria.

A Bikker no se lo pareció. En otro tiempo había tenido que montar guardia en templos mucho más toscos. Antaño había sido vasallo del rey, atado por juramento. Campeón de la virtud. Se puso de rodillas y los músculos de sus espaldas tomaron obedientemente su lugar. Había que aprender ciertas reglas para pasar de rodillas la noche entera, una manera de mantenerse erguido aunque el cuerpo exigiese sus horas de sueño. Se resistió a la tentación de colocar a *Lenguadeácido* enfrente de su cuerpo y sujetar la empuñadura con las manos. No importaba lo que Croy pudiera pensar de él: no se mofaría de lo que en otro tiempo había sido.

Croy. Croy estaba ahí. Bikker sintió escozor en la piel sólo de pensarlo. El estúpido caballero podía causarle todo tipo de problemas si metía la nariz donde no lo llamaban. Croy aún se consideraba a sí mismo un miembro de la noble orden de las Espadas Antiguas... y eso significaba que cada vez que descubriera malas acciones o delitos, su honor le obligaba a ponerles fin, a descubrir a los criminales y entregarlos para su castigo. Si Croy llegaba a imaginarse la conjura... pero Bikker sabía muy bien que, si se daba el caso, sabría manejarlo. Bikker había formado a Croy: le había enseñado al caballero más joven todo lo que sabía sobre el arte de empuñar una espada. Pero no le había enseñado a Croy todo lo que sabía. Bikker se guardaba unos pocos ases en la manga que Croy no había visto jamás.

—Ya está hecho —dijo una voz a espaldas de Bikker, que lo sobresaltó—. La corona ya no se encuentra en el Monte del Castillo. Bien. —Bikker no se volvió para ver quién le hablaba. El hombre que lo contrató había dejado muy claro desde el primer momento que no quería ser visto—. No todo ha salido como yo querría. Pero han sido muchos quienes han visto al demonio guardián antes de que lo mataran. Eso me gusta. Será una nueva humillación para Tarness.

—Si quieres, puedo ir a Helstrow esta misma noche. Una vez allí, informaré al rey de que el burgrave de Ness ocultaba demonios —murmuró Bikker. No le gustaba nada la idea; en esos momentos no gozaba de un especial favor en la fortaleza del rey. Pero así avanzaría en la realización de sus planes y se alejaría de Ness antes del desastre.

—Ahora no. Nos guardaremos esa carta por si el plan nos sale mal. No, ya falta muy poco para la Natividad de la Señora. Tarness se verá obligado a aparecer en público sin la corona y no podrá dar explicaciones. Si tenemos suerte, el pueblo se rebelará por su cuenta, sin necesidad de sufrir más provocaciones. Al manipular su

ira, podemos empujarles a una verdadera revuelta. La ciudad se hundirá bajo la discordia civil y el rey no tendrá ninguna opción, salvo intervenir.

Bikker frunció el ceño. Volvió los ojos hacia la cornucopia, al tiempo que preguntaba:

—Eso es lo que no he acabado de entender. El burgrave parecerá imbécil si se presenta sin corona, eso está claro. Pero es un hombre con formidables recursos intelectuales. Lo más probable es que encuentre alguna excusa y que el pueblo se la crea. Al fin y al cabo, lo aman.

—Ese amor se desvanecerá cuando vean lo que van a ver por la Natividad de la Señora. —La voz parecía divertirse muchísimo—. Confía en mí, Bikker. He tardado varios años en trazar este plan. Sé muy bien lo que hago.

—Estoy seguro de ello —dijo Bikker. Se preguntó si tendría que hablarle de Croy. Pero no. Si los conjurados pensaban que Croy era una amenaza, se concertarían para dar muerte al caballero. Bikker no quería que eso sucediera. Quería a Croy para sí. Así que se mordió la lengua.

—Bueno... ¿ya sabes lo que tienes que hacer a continuación? ¿Sabes cuál va a ser tu papel?

—Sí, me encargaré de la corona. La llevaré a la mansión de Hazoth, donde quedará bien oculta.

—Exacto. Quítale la corona al ladrón... págale cuanto quiera, no importa.

Bikker sonrió.

—Sí, claro, porque en el mismo momento en el que me entregue la corona podré matar a ese pobre imbécil y recuperar el dinero.

—¿Qué? No, no puedes matar al ladrón. Después de lo ocurrido esta noche, te buscarán como delincuente. En esta ciudad, las leyes aún prohíben matar a un hombre, y no quiero que los guardias de Anselm Vry te arresten por un delito tan insignificante. No, dale el dinero al ladrón y déjalo marchar.

Bikker gruñó para expresar su frustración.

—Eso no me gusta. Ese ladrón sabe demasiado y no creo que podamos confiar en él. Dejarlo con vida es una temeridad.

—Sí, ya lo sé. Y por eso va a ser Hazoth quien lo mate. No será necesario que te ensucies las manos, porque tenemos a nuestro lado a uno de los hechiceros más grandes del mundo.

—Como quieras —dijo Bikker. Pero la idea aún le removía las entrañas. No porque pensara que Hazoth no fuese a hacerlo. Sino porque había tenido la intención de darle a Malden —a quien había llegado a respetar, en cierta manera— una muerte limpia. Bikker no tenía una idea precisa de los detalles, pero estaba seguro de que, en comparación, lo que Hazoth le hiciera al ladrón sería mucho más atroz.

Croy y Citera pasaron buena parte de la noche en un silencio furtivo, mientras recorrían un sinuoso camino que los alejaba del Monte del Castillo, por las Murallas del Parque. La Guardia Ciudadana se había movilizadado y los buscaba, y tuvieron que esforzarse mucho para evitarlos.

Estuvieron a punto de descubrirlos en dos ocasiones. Habían amarrado su pequeña barca en el Humo, en un sitio donde dos curtidores vaciaban sus cubas en el Skrait. Citera había pensado que el olor alejaría a los guardias y que podrían desembarcar sin ser vistos. Habían estado a punto de chocar de cara con un guardia que vigilaba un cargamento recién llegado de pieles sin curtir. El guardia les gritó mientras subían por las escaleras del margen del río y tuvieron que echar a correr. El hombre los perseguía con un garrote. Croy habría podido acabar fácilmente con él, por supuesto, pero sólo habrían logrado hacerse notar todavía más.

El segundo encuentro con la guardia fue más serio. Se hallaban muy cerca del Parque de la Señora, desde donde se alcanzaba a ver la mansión de Hazoth y la casa donde se alojaba Croy... pero se encontraron con que el parque estaba abarrotado de guardias. Se metieron los dos en una taberna que estaba pocas calles más allá, donde les explicaron por qué el parque estaba tan bien guardado. Resultaba que aquella misma noche, a hora más temprana, un bandido había dado muerte a un siervo de un cambista de moneda en ese mismo lugar. Había sido un asesinato particularmente cruel y habían llamado a la guardia para que acudiese a buscar pruebas y al propio asesino.

—No lo van a encontrar —dijo Citera, en cuanto pudo hablar en privado con Croy—. Esto ha sido cosa de Bikker.

—¿Estás segura? —preguntó Croy. Daba la impresión de estar dispuesto a agarrar las espadas y salir a la noche en busca del corpulento espadachín.

—No —dijo ella—. No puedo demostrar nada. Pero se suponía que tenía que llevar a cabo cierto número de maniobras de diversión para, en la medida de lo posible, alejar a los guardias del Monte del Castillo. No se me había ocurrido que pudiese emplear... medios tan drásticos.

Croy se tranquilizó. Según su memoria, Bikker tenía ya a sus espaldas un buen número de crímenes. La situación no cambiaría mucho por uno de más.

Alquilaron un cuarto en la taberna con nombres falsos y pasaron la noche a la espera de que alguien llamara a la puerta, o de oír unas botas claveteadas por el pasillo. Pero nadie fue a arrestarlos, ni siquiera a hacerles preguntas. Cuando por fin amaneció, parecía que estuvieran a salvo.

—Tendré que regresar en seguida —dijo Citera mientras guiaba a Croy por el Mercado del Parque de la Señora, una calle serpenteante flanqueada por tiendas y

puestos que subía por el cerro desde la mansión de Hazoth. Los pescaderos llevaban sus carros de puerta en puerta. A esas horas, la pesca del día aún no había empezado a oler mal. Los muchachos que daban luz con las antorchas se apresuraban a marcharse a casa para tenderse en la cama y esperar a que volvieran a requerirse sus servicios. Hasta hacía unos minutos, Croy y Citera habían tenido toda la ciudad prácticamente para ellos dos, pero en esos momentos la multitud empezaba a agobiarlos. Naturalmente, los panaderos y cerveceros se hallaban en sus puestos desde mucho antes del alba. El mercado cobraba vida de verdad y se llenaba de mujeres que iban a hacer sus compras diarias.

A Croy le costaba renunciar a las emociones que habían sentido durante la noche al huir de la guardia. Por grandes que hubieran sido sus temores, había saboreado ese tiempo que había pasado con su amada. Sin embargo, pensó que todas las noches, por grande que fuese su carga de dulzura o de terror, tenían su fin. Había amanecido una mañana muy clara mientras ambos renovaban su antigua intimidad... Croy había anhelado que el sol se detuviera en su curso, sin llegar a asomarse al horizonte, pero ¡ay!, todos los días tenían un amanecer.

—Si llego tarde —dijo Citera—, Hazoth querrá saber el porqué. Y tiene un método para reconocer las mentiras.

—¿Uno que funciona incluso contigo? —preguntó Croy—. Yo pensaba que eras inmune a la brujería. ¿La suya puede con tu maldición?

Citera sonrió sin alegría.

—No hay ningún brujo en este mundo que pueda romper mi maldición. Pero Hazoth... digamos que... no todos sus trucos son mágicos. Es el hombre más inteligente que he conocido.

—¿Más que yo? —le preguntó Croy con cara dolida.

—Desde luego —dijo ella, y en ese momento la risa le arrugó la piel en torno a los ojos. Croy estaba contento de poder darle pequeñas alegrías. Había habido un tiempo —parecía que hubiera pasado una vida entera— en el que Croy hacía cabriolas y danzaba para ella, hasta que Citera se cubría la boca con la mano para no estallar en carcajadas de niña tonta. Su aspecto había cambiado, ahora era mucho más triste.

—Yo no quería marcharme —dijo él, con súbita seriedad—. El burgrave era mi señor natural. Cuando me ordenó que me marchara, no me quedó ninguna otra posibilidad.

Citera no le respondió. Se metió en un horno de pan y salió momentos más tarde con un pan redondo. Cuando lo partió, salió vaho de la esponjosa miga de su interior.

—¿Cuánto hace que no comes? —preguntó la mujer—. Has estado tan ocupado en huir de aquí para allí que debes haberte olvidado de alimentarte. Ahora no me finjas. He aprendido algunas de las artes de mi señor y puedo ver la verdad en tus ojos.

—No creo que haya pasado más de un día —dijo él, porque se acordaba de las



almendras que había comido el día antes mientras la vio entrar en la casa de Hazoth. Tuvo que reconocer que el pan le hacía la boca agua—. Pero no comamos aquí. Desayunemos con todas las de la ley.

Encontraron otra posada y por una moneda de plata les dieron una habitación. El posadero miró de reojo los tatuajes que cambiaban de forma sobre el rostro de Citera, pero no dijo nada, y, cuando le pidieron vino y media rueda de queso, tampoco se demoró en traerlos.

—Siéntate. Ahí —dijo Citera, y señaló un banco que estaba junto a la única mesa de la habitación. Croy obedeció—. ¿Quieres echar un trago? —dijo mientras levantaba la bota de vino.

—No es necesario que me sirvas —dijo Croy, y se la quitó de las manos. Sus dedos tocaron los de la mujer, fue el más ligero y suave de los roces, pero resultó suficiente para que ella diese un respingo y estuviera a punto de soltar la bota. Croy fingió no haber visto su gesto de miedo—. No eres esclava mía. Ni tampoco mi mujer. Todavía no.

—Ah, Croy, qué bonito es soñar, ¿verdad? —dijo ella.

—No lo llames «sueño». Llámalo «visión». O «profecía». —Cortó el pan con el cuchillo que llevaba al cinto y le dio una hogaza a Citera. La mujer la tomó con delicadeza. Croy observó su rostro mientras comía. Ante sus ojos, las vides pintadas que le serpenteaban sobre los pómulos engendraron nuevas hojas, y nuevas espinas. En torno a su garganta eran tan frondosas como zarzas enmarañadas. Hubo un momento en el que aparecieron un par de ojos bestiales que refulgían, pero se cerraron antes de que pudieran encontrarse sus miradas.

Sabía muy bien lo que significaban esas imágenes. La madre de Citera —una mujer fiera y de considerable poder— le había arrojado ese encantamiento para que nunca pudieran hacerle ningún daño maldiciones ni hechizos. Todo poder mágico se detenía en la capa exterior de su piel. Pero esa energía mágica tenía que ir a alguna parte y se manifestaba mediante las siniestras figuras. Las maldiciones se quedaban en su piel hasta que en algún momento un hombre trataba de tocarla fuera con los fines que fuesen. Entonces se liberaban.

Sin embargo, era extraño que una mujer con el carácter de Citera fuese objeto de una maldición tan ruin. En los tiempos en los que Croy la conoció —cuando aún servía en la escolta del burgrave—, aún no se le veía nada extraño, salvo una retorcida rama de vid que le desaparecía bajo la manga. Habría podido pasarse una vida entera sin que se le añadieran más imágenes, si no hubiese necesitado dinero. Sin un penique, sin habilidades que le permitieran ganarse una buena paga ni la voluntad de prostituirse, había tenido que buscar empleo en el único lugar donde le había sido posible.

Hazoth la había tomado a su servicio cuando aún era una muchacha. Se había hecho un amuleto con un rizo de los cabellos de Citera que extendió al brujo la protección que el hechizo le brindaba a la muchacha. Y un brujo como Hazoth se

ganaba un buen número de maldiciones. Se las arrojaban sus enemigos, que eran muchos. Había obligado a los demonios del abismo a que le sirvieran. A tales criaturas no les gustaba hacer tratos, y, en cuanto quedaban libres de su influencia, le enviaban magia para destruirlo, o para arrastrarlo al abismo, donde podrían atormentarlo por toda una eternidad. Así las maldiciones recaían en Citera. Desde que había entrado a servir a Hazoth, sus tatuajes se habían multiplicado día a día.

En esos momentos la piel de Citera rebosaba magia, demasiada para que ella pudiese contenerla. La magia nunca reposaba... era pura acción, pura energía, y detestaba verse atada o constreñida. La piel de Citera podía llegar a contener un enorme potencial mágico, pero tenía sus límites y, una vez alcanzaba el máximo, la magia se esforzaba constantemente por descargarse. La más pequeña sacudida, el roce mejor intencionado, podían liberar al instante la magia. Si Croy la agarraba en un acceso de pasión, si oprimía sus labios contra los de ella... sería su fin.

Sí, la noche de bodas iba a ser complicada. Pero tal vez encontrase una manera de liberarla de su mágica carga.

—Márchate conmigo —le dijo—. Esta misma noche. Márchate de la mansión y ven conmigo. Nos iremos en barco. Llegaremos a una de las agradables playas del sur antes de que Mazoth se entere siquiera de que lo has dejado.

—¿Piensas que va a ser tan sencillo?

—Pienso que puede serlo, si nos lo proponemos.

Citera dejó sobre la mesa su hogaza y la contempló con suma atención, como si pudiese leer el futuro en ella. Tal vez pudiera.

—No lo permitiría. Tengo que estar cerca de él para que nuestra conexión funcione. Se encolerizaría.

—¡Pues que pegue berridos! ¿Qué daño puede hacernos? No se atrevería a hacerte nada.

—No es por mí misma por quien me preocupo —le dijo ella. Lo miró a los ojos. En los de Citera no había formas mágicas. Eran transparentes, no albergaban falsedades—. Tiene a mi madre bajo su poder. Si quisiera, le bastaría hacer un gesto con la mano para poner fin a su vida. —Acercó una de sus propias manos a la mejilla de Croy. No lo tocó, pero imitó el correspondiente gesto, y la palma de su mano se quedó a un par de centímetros de la piel del joven. Citera había tenido mucho tiempo para aprender a no tocar a las otras personas. Mucho tiempo en el que había tenido que vivir sin que nadie la tocara—. Ah, Croy... no tendrías que haber regresado.

Croy se levantó súbitamente de la mesa. Sin querer, arrojó por el suelo las migajas de queso con las que había estado jugueteando.

—Has dicho que tenías que presentarte allí. Vas a tener problemas si llegas tarde.

—Sí, es verdad —dijo ella. Se levantó de la mesa y se envolvió el cuerpo con la capa—. Ahora ya no puedes acompañarme, por supuesto. —Fue a la puerta, pero se volvió antes de salir para mirarlo por una última vez—. Trata de olvidarme. Estoy condenada, Croy.

—Estás esclavizada. Por lo mismo de lo que tu madre quiso protegerte cuando te embrujó. Hazoth es precisamente la clase de enemigo al que quería frustrar. Y ahora la utiliza a ella contra ti. Te ha capturado con la misma facilidad con que lo habría hecho si hubiese empleado la brujería para someterte. —Croy no había querido hablarle con palabras tan ásperas. Pensó que no tenía derecho a hablarle así, y la vergüenza le ardió en las mejillas.

—A eso me refería —le dijo ella—. No todos sus trucos son mágicos. Y, a continuación, se marchó.

Malden necesitó la mayor parte del día para quitarse la mierda de la ropa. No podía pagarse una lavandera, y desde luego que no habría querido tener que responder a las preguntas de ésta, así que lo hizo él mismo en el río Skrait. Frotó la capa contra rocas más lisas hasta que casi recobró su color normal y no apestó. Se dijo que cuando llegara el momento —cuando trabajara en firme para Cutbill y pudiera ganarse su propio dinero— jamás volvería a lavarse su propia ropa.

Tal vez eso ocurriera esa misma noche.

Tras abandonar el Monte del Castillo, había estado muy preocupado por la posibilidad de que lo arrestaran. Al fin y al cabo, el torturador había podido verle bien la cara, y podía ir con su descripción a la guardia. Por ello, había pasado las horas que precedían al alba moviéndose a escondidas por las partes más oscuras de la ciudad, atento a todos los guardias que se encontraba. Los observaba para ver si los habían alertado y buscaban a un ladrón. Y sí, los habían alertado... buscaban a una mujer envuelta en una capa que iba en una pequeña barca. Buscaban a Citera.

Quizá fuera ésa la explicación de que no hubiese estado allí cuando salió del desagüe y se precipitó en las aguas del río. Pensó que no podía culparla por haberse escapado. Dada la alarma que reinaba en palacio, difícilmente habrían prestado atención a cualquier historia que se inventara. Habría podido terminar ella misma en la correa.

Tendría que contactar con ella, o con Bikker, y acordar la manera de entregar la corona. Sería difícil si la guardia los buscaba... debían haberse escondido. Aun así, tenía medios de encontrarlos de los que las autoridades carecían. Sólo tendría que hacer algunas averiguaciones.

Sin embargo, cuando regresaba del río pensó que podía tomarse un descanso y no dejarse ver durante el resto del día. La excursión nocturna lo había dejado exhausto, las manos le dolían y sentía la urgencia de pasarse un buen rato sin hacer nada. También estaba hambriento, porque no había comido nada desde el día anterior.

Así que se tomó su tiempo para volver a casa. En la zona de la Peste donde él vivía, el río era ancho, de aguas mansas. Atravesaba una zona de casas de pescadores, edificadas sobre pilares para resguardarlas de la inundación primaveral que tenía lugar cada año. Trepó por una orilla alta cubierta de hierbas espartinas, donde reposaban cabeza abajo coracles y bateas. La brea de sus juntas se ablandaba bajo el sol. Los pescadores se habían quedado sentados entre sus barcas para impedir que se las robaran, y aguardaban a que la marea volviese a subir. Entre tanto se reían y bromeaban entre ellos mientras reparaban las redes con sus dedos gruesos y cubiertos de cicatrices. Miraron a Malden con prevención, pero sin ningún comentario. Seguramente no era la primera vez que veían a alguien que trepaba furtivamente por

la orilla, con las ropas empapadas, ni que lo veían alejarse con sigilo a la luz de la primera mañana. Malden tenía la esperanza de que sucediera lo bastante a menudo como para que no se acordaran de él cuando se hubiese marchado.

Una breve trecho de escalones lo llevó hasta la calle de arriba, donde compró una hogaza de pan del día anterior y tres tragos de vino que le sirvieron con cucharón. Era mejor que su comida habitual, pero tenía suficiente hambre como para gastarse una moneda extra. Fue comiendo el pan mientras subía por una calle tortuosa, con cuidado de no pisar nada que le manchara los zapatos que acababa de limpiar. En esa zona los aleros de los edificios daban sombra incluso al mediodía. Pasó un rato sentado sobre un abrevadero mientras terminaba de comer, y observó las idas y venidas de sus vecinos.

Las gentes de la Peste vestían de manera sencilla, y eran pocos los que llevaban la cara limpia... de hecho, la mayoría conservaba las marcas de alguna vieja enfermedad, u otros indicios de una mala dieta o una vida insana. Ninguno de ellos sabía leer ni escribir, y, a la edad de veinticinco, incluso las muchachas más hermosas se veían viejas y encorvadas.

—¡Los de abajo, tened cuidado! —gritó alguien desde lo alto, y un aprendiz de zapatero que se encontraba en la calle tuvo que esquivar una cascada de inmundicias que alguien acababa de arrojar desde la ventana de un segundo piso. Al saltar, dio de bruces contra un aserrador y ambos cayeron rodando por el suelo, y la leña se esparció por el pavimento. El hombre le dio un tirón de orejas al muchacho y le exigió que le ayudase a recoger la madera, pero el chico le respondió con un gesto grosero y se marchó corriendo. Al otro lado de la calle, una comadre salió a la puerta de su casa, con el rostro enrojecido por los fuegos de su cocina. Se aventó con el delantal y luego volvió a entrar cojeando para regresar a sus interminables tareas. Tenía que trabajar constantemente para alimentar a su familia y tener con qué pagar el alquiler.

Aquellas personas eran miserables y sus vidas no contaban para nada. Malden no se había sentido nunca como una de ellas, aunque viviera una vida como las suyas. Se preguntó, como se solía preguntar, qué vida habría tenido si se hubiese empeñado en no quebrantar la ley.

Lo cierto es que no había tenido muchas posibilidades. El hijo de una puta no podía llegar muy lejos. De niño, había aprendido milagrosamente las letras y los números, y había llevado los libros de la casa de su madre, pero habilidades como éstas eran inútiles para un hombre de su condición. Ningún mercader habría confiado en él para llevar las cuentas. Cuando dejó el burdel, ya estaba demasiado mayor para meterse de aprendiz en un oficio lucrativo. Podría haberse contentado con partirse la espalda descargando barcos, o llevando al mercado los productos de campesinos demasiado pobres para pagarse una carreta. Pero pensaba que no habría aguantado mucho tiempo en esos oficios. Se habría dado a la bebida para consuelo de sus músculos magullados y habría gastado en ello el escaso dinero que pudiese ganar.

Como había terminado con el pan, se levantó de nuevo. Subió por una calle lateral, un pasaje tortuoso entre dos manzanas. Oía voces alrededor, retazos de conversaciones que emergían de todas las ventanas que se habían quedado abiertas en un intento por hacer entrar algo de aire fresco. Cientos de seres humanos vivían en aquellas manzanas, apiñados en habitaciones que habrían podido ser el recibidor de la casa de un hombre rico. Algunos de los edificios tenían hasta seis pisos. «Imagínate —pensó Malden— cómo será tener que bajar cada día al río para sacar agua y volver a subir todas esas escaleras». Se imaginó una hilera infinita de cubos que chapoteaban y perdían una parte de su contenido con cada escalón, un río de agua que subía y bajaba por las casas altas. Cada día. Y cada uno de los cubos precisaba de un pobre desgraciado que lo llevara.

Negó con la cabeza y subió a toda prisa por la calle. Su cuarto se encontraba en el bloque siguiente, sobre una cerería. El establecimiento vendía velas, barriles repletos de velas, cada día, hechas con sebo de vaca que apestaba al arder, o con la más cara y más fiable cera de abeja. La habitación de Malden apestaba siempre a parafina y las escaleras que llevaban hasta ella se empleaban también para almacenar las provisiones de mechas y bloques de sebo de vaca. Con todo, el cuarto que se encontraba al final de la escalera, estaba caliente durante todo el invierno gracias a los calderos de la habitación de abajo, donde se calentaba la cera, y no tenía que compartirlo con nadie más. Subió por la escalera exterior hasta su puerta y levantó el pestillo. En ese momento pensaba tan sólo en su cama. Ésta era un simple colchón relleno de paja que se hundía sobre unas cuerdas tensadas. Se preguntó si le quedarían ganas de ajustarlas antes de meterse dentro. Se preguntó cuánto tiempo aguantaría despierto una vez que su cabeza hubiese tocado las rasposas sábanas.

Bajó las persianas. No sería la primera vez que durmiese una tarde entera, con el propósito de estar descansado para la noche siguiente. Sí, serían pocas horas, con la cabeza recostada, y luego...

«Ladrón. Escúchame, ladrón».

¡La maldita corona!

Al tocarla, le había hablado. Mientras Malden escapaba de las mazmorras, no había dicho casi nada, o quizá el ruido de fondo había sido suficiente para ocultar su voz. Ahora que se hallaba en un cuarto silencioso, ahora que estaba solo con sus pensamientos y su fatiga, oía sus susurros.

No cesaron.

«Puedo ayudarte, ladrón. Puedo salvarte de todos los peligros. Basta con que escuches lo que tengo por decirte. ¡Ladrón! ¡Escúchame!».

Malden saltó al centro de la habitación, donde unos tablones sueltos ocultaban la corona robada. Dio una patada en el suelo, con tanta fuerza que después se dio cuenta de que había estado a punto de partir los tablones y cargarse el escondrijo.

«He visto cuál es tu deseo, ladrón. Y puedo ayudarte a conseguirlo. Sólo te pido una cosa. Ponme encima de tu cabeza».

No le sirvió de nada. La maldita cosa estuvo en silencio durante el tiempo suficiente para dejarle regresar a su cama. Luego, antes de que pudiera cerrar los ojos, le habló de nuevo, dentro de la cabeza, donde no podía impedir que entrara.

«Ponme en tu cabeza, ladrón. Ponme en tu cabeza y te contaré secretos. Yo podría decirte dónde está enterrado el tesoro, ladrón. Te enseñaré a sacar riquezas de la nada, a conseguir todos los bienes que deseas. ¡Ladrón! ¡Yo podría darte la libertad!».

Todo lo que tenía que hacer era ponérsela en la cabeza. Todo lo que tenía que hacer era llevarla puesta tan sólo un instante y así le diría todo lo que quisiera saber. Le diría por qué Bikker y Citera estaban tan desesperados por tenerla. Le enseñaría todos los secretos del burgrave.

«Y muchas más cosas, ladrón. Yo sé conquistar el corazón de una mujer. La hija de la hechicera podría ser tuya, ladrón. Yo podría hacer que obedeciera todas tus órdenes. Yo podría hacer que te deseara hasta que todo su cuerpo le doliera por el anhelo de que lo tocaras. Ponme sobre tu cabeza».

La corona estaba dispuesta a no dejarle dormir. Mucho antes de que anoheciera, Malden se rindió. No a las propuestas de la corona, por supuesto, pero sí a la necesidad de irse de allí, aunque estuviera cansado, y de encontrar de inmediato a Bikker o a Citera.

No lo soportaba más.

Encontrar a Bikker podía ser una tarea fácil para un hombre con los contactos adecuados.

Malden se dirigió de nuevo al otro extremo de la ciudad, y en esta ocasión tomó el puente que cruzaba el Skrait hasta la Acequia Real. No se acercó a la calle del Gavilán. Ese lugar era tan sólo para los hijos de los hombres ricos, para los ociosos, para los que llevaban más dinero del que les convenía. Habrían sido una tentación para un hombre de dedos hábiles como Malden, si no hubieran estado tan bien guardados. En todas las esquinas de la calle del Gavilán había hombres armados, a la espera de personas como Malden. Los matones, a sueldo de las casas de juego y burdeles de categoría de esa calle, se lo habrían llevado a un callejón y le habrían pegado hasta dejarlo sin sentido, sin molestarse en preguntarle nada.

Además, el lugar adónde se dirigía Malden se encontraba en un tramo de la Acequia Real mucho más modesto. En una parte de la ciudad que conocía muy bien. Y con buen motivo: había crecido allí. Mientras bajaba por el callejón de la Mano, unas putas de aspecto desastrado se asomaron por las puertas para gritarle proposiciones, pero no les hizo caso. Estaban demasiado borrachas para reconocerlo y para dejarle pasar sin poner en duda su virilidad.

Malden tuvo que llamar a la puerta del Jardín de los Limoneros durante diez minutos hasta que le respondieron... y desde una ventana del segundo piso. Elody, la madama del burdel, se asomó afuera, a la escasa luz del crepúsculo, con los hombros apenas cubiertos por un chal de seda deshilachado. Chasqueó la lengua.

—Lo siento, cariño, todavía no hemos abierto. Vuelve cuando haya oscurecido del todo.

—¿Tienes miedo de que los clientes te vean las viruelas del culo si no está suficientemente oscuro? —preguntó Malden.

La cara pintada de Elody se oscureció de pura cólera... hasta que el muchacho se hubo alejado de la puerta para que pudiera verle. Entonces, una ancha sonrisa afloró a su rostro, y dejó al descubierto la falta de varios dientes.

—¡Malden! ¡Hacía siglos que no te veía!

Era cierto. Hacía años que Malden no regresaba al hogar de su infancia.

Elody cerró de golpe la ventana. El joven oyó que bajaba a toda velocidad por las escaleras para abrirle. Debió avisar de su presencia a sus pupilas, porque, al abrirse el portal, vio apretujadas en éste a media docena de muchachas que soltaban risillas y sonreían aún más tontamente al verlo. Malden se lo agradeció con una cálida sonrisa, y una docena de manos suaves tiraron de él, hacia dentro, y cerraron la puerta a sus



espaldas. Las «chicas» mayores, algunas de las cuales habían trabajado con su madre, jugueteaban con sus cabellos y le daban golpecitos en las costillas para ver si había engordado. Las más jóvenes le tocaron otras partes del cuerpo, pero Elody les dio palmadas en las manos para que no lo hicieran.

—No ha venido por eso —les dijo la madama para reñirlas—, so zorras. Malden no es un cliente. Es de la familia. Tan sólo con pedirlo, tendría chicas más jóvenes y con mayor talento que vosotras, pero no lo hace nunca.

—Quizá porque todavía no lo ha probado nunca con alguien de su tamaño —dijo una chica esbelta.

—O quizá no le gusta el marisco pasado —dijo una de las más viejas—. Iría bien lavarło después de una noche de uso.

—Quizá no le gustan las chicas.

—Sí que te gustan las chicas, ¿verdad que sí, Malden?

—¿Es que no te gusto?

—¡A ver si aprendemos maneras! —chilló Elody—. Tráele vino, Mirain. Gerta... ve por cojines y apíalos para que pueda tumbarse a gusto. Las demás, acabad de maquillaros, sólo falta una hora para que abramos. ¡No os pago para que os quedéis embobadas con un chico! Malden, Malden, cuánto me alegro de volver a verte. Cuánto has crecido...

Elody sabía más de hospitalidad que un hostelero. Al fin y al cabo, había pasado toda una vida agasajando a los hombres. Dejó que Malden la agarrara por su fofo brazo y lo llevó hasta el patio ajardinado que daba su nombre a toda la casa. Las ramas de un único y agostado limonero se mecían sobre unos juncos. Era allí donde las putas a dos peniques recibían a sus clientes... las lumis de un penique («las de a pie») no se molestaban en tenderse. En las habitaciones de arriba, que tenían cortinas en vez de puertas, los clientes más ricos gozaban de muchachas que se anunciaban como vírgenes (cosa muy improbable), o como expertas en artes variadas (cosa más probable).

Llevaron a Malden bajo el árbol y le proporcionaron un lecho de cojines y una copa de vino caliente. No era muy bueno, pero el muchacho fingió beberse lo a sorbos para no desairar a la anfitriona. Ésta le sonrió y atendió todas sus necesidades, y le hizo un millón de preguntas sobre la vida que había llevado desde que se marchó de la que había sido la casa de su madre. Malden le respondió vagamente, o con mentiras. De todas maneras, Elody sabía muy bien cómo se ganaba la vida y no le pedía verdadera información.

Malden pensó que lo habrían recibido de igual modo en cualquiera de los burdeles que se hallaban entre la Cuesta Dorada y las murallas de la ciudad. Una de sus labores, cuando su madre aún vivía, había consistido en llevar recados entre las diversas casas de prostitución, y había descubierto en edad muy temprana que las putas tenían algunos talentos de los que el resto de las mujeres carecían: uno de ellos era obvio, pero otro, al que no se daba tanta publicidad, era que sabían cuidar de los

suyos. No les quedaba otra opción. Incluso en una urbe de costumbres liberales como la Ciudad Libre de Ness, las prostitutas se hallaban en el escalón más bajo de la escala social. Si tenían algún problema, se ayudaban entre ellas, porque no habría ciudadano honrado que se rebajase a ayudar a una puta. Trataban como reyes a los hijos de las otras putas, porque al otro lado de las paredes del burdel los iban a tratar como a animales.

—Hacía tanto tiempo... —dijo Elody, mientras jugueteaba con uno de los rizos de su cabello. La alheña que utilizaba para teñirlo lo había vuelto delgado y frágil, pero no podía dejar de jugar con él—. ¿Por qué no volviste antes?

Malden le sonrió, pero no le respondió. Cuando se marchó, cuando se hizo demasiado mayor para ser uno de los niños de la casa, cuando la madama anterior lo arrojó a la calle, lo hizo con amabilidad, pero también con firmeza. Allí ya no había sitio para él. La casa que había sido el único hogar de Malden durante toda su infancia lo veía de pronto como un hueso de fruta entre sus metafóricos dientes y lo había escupido a las calles de Ness con la correspondiente brusquedad. Aún recordaba las caras que Elody y las otras chicas le habían puesto aquel día. Habían luchado consigo mismas para no demostrarle ninguna compasión. Y habían triunfado.

En los tiempos en los que trató de encontrar un trabajo honrado —y también después, al empezar a delinquir—, Malden se había jurado que no regresaría jamás.

Ahora, al ver cómo lo recibía Elody, se daba cuenta de lo tonto que había sido.

La madama le dio unas palmaditas en la mano sin obligarle a hablar. Llenó el silencio con sus propias palabras.

—Han sucedido muchas cosas y tengo que contártelas. Wenna tuvo a su niña, una criatura preciosa, y Gildie pagó para anular su contrato, y ahora vive con un carpintero. Se ha vuelto una mujer decente, por fin. Y eso que en otro tiempo era una de las más viciosas que ofrecíamos, seguro que te acuerdas.

—¿De verdad? A mí me parecía que esa chica fantasmeara mucho.

Elody se rió.

—Hoy en día no hay nada que dure. Incluso las viejas como yo podemos cambiar de vida cuando sopla un viento favorable... ah, ¿y te has enterado de la última? Hoy no se habla de otra cosa. ¡La torre del burgrave se ha derrumbado! Me sigue pareciendo un milagro. Estuvo en pie durante ochocientos años. Dicen que fue un rayo lo que la derribó.

—No lo había oído —dijo Malden.

—Pues debes ser el único. —De pronto, la mujer lo miró de soslayo. Malden se puso en tensión, porque pensó que tal vez adivinaría que él había tenido algo que ver con el derrumbe de la torre. Elody era una mujer astuta... tenía que serlo para dirigir una casa de vicio. ¿Acaso lo veía todo escrito en su cara?—. Hay algo en ti que ha cambiado —dijo ella por fin.

—Soy el mismo de siempre —protestó él.

—No. ¿Qué es? ¿Qué es lo que noto ahí? —De repente apareció en su rostro una

amplia sonrisa—. ¡Has conocido a una mujer! ¡Tienes que contármelo todo ahora mismo!

Difícilmente podríamos exagerar la sorpresa de Malden.

—Yo... yo... ah... ¡sí! —dijo contento por poder cambiar de tema sin tener que pensar mucho en lo que decía—. Pero... ¿cómo lo has sabido?

—¡Porque te has peinado! —dijo Elody, y explotó en carcajadas.

Malden se llevó la mano a sus cortos cabellos y se los tocó. Era verdad, aquella mañana se había acicalado antes de salir a la calle. Quería tener un aspecto presentable cuando entregara la corona. No se le había ocurrido que tal vez lo hubiera hecho porque pensaba en volver a ver a Citera, pero...

—No es nada importante —objetó—. Es una belleza, tan bella que creo que está fuera de mi alcance. Cuando estoy con ella siempre hago el ridículo. No creo que esté interesada en mí.

—A algunas mujeres les gusta eso —le dijo Elody—. Pero te veo incómodo hablando de ese asunto, así que lo dejaremos correr. Por el momento. Y ahora, Malden, cuéntame de verdad por qué has venido —le dijo Elody. Un destello brilló en sus ojos. Malden se dio cuenta de que las preguntas no habían terminado—. Sé muy bien que no has vuelto para que te aconseje sobre tus amores.

Malden dejó la copa en el suelo y levantó los ojos para contemplar un limón reseco que colgaba de una rama.

—Busco a alguien. A dos personas, en realidad... un hombre y una mujer.

—Tenemos muchas mujeres, y para todos los gustos —se burló Elody.

Malden sonrió y la miró a los ojos.

—¿Qué porcentaje de esta casa pertenece a Cutbill? —preguntó. Estaba interesado en impedir que el señor de los ladrones se entrometiera en ese asunto, como le habían pedido Citera y Bikker.

—¿Ese bicho esmirriado? Ninguno —respondió ella con firmeza.

—¿De verdad?

Elody suspiró.

—Sabes muy bien que no somos la mejor de las casas, ni la más lucrativa. A decir verdad, hemos pasado por tiempos difíciles, Malden. Cutbill podría comprar este local diez veces, y ni siquiera se enteraría. Nunca nos ha hecho una oferta. No le interesamos, porque no quiere tener que comprar nuestras deudas.

Malden lo comprendió y asintió con la cabeza.

—No estoy seguro de que las personas que busco hayan sido clientes tuyos... ni de cualquier otra mujer del oficio. Pero tal vez hayas oído hablar de ellos. —Ése era el tercero entre los grandes talentos de las zorras: se enteraban de todo. Todo el mundo sabe que los hombres tienden a irse de la boca en los momentos de relajación extrema. Las prostitutas tendían a compartir las noticias más jugosas. Si el burgrave hubiera tenido algún secreto turbio, habría bastado con que se lo susurrara al oído a su zorra favorita a la medianoche para que las putas callejeras de la Peste lo

comentasen al mediodía.

—Veamos lo que podemos averiguar. —Elody le tendió la mano para ayudarlo a levantarse y lo llevó escaleras arriba, hasta las habitaciones privadas donde se preparaban las muchachas. Le describió los tatuajes cambiantes de Citera a una joven que se presentó como la Princesa Bárbara de la Berbería (en realidad, se había puesto morena tomando el sol). A una lumi que le doblaba la edad, y que se maquillaba el rostro con plomo blanco para ocultar las arrugas, le habló de la espada de Bikker que vomitaba ácido. Una niña de quince se ponía polvo de belladona en los ojos mientras Malden explicaba las habilidades de Citera para aparecer de la nada. Al terminar, la muchacha parecía tan sorprendida como lo había estado él mismo en el tejado de la universidad, pero fue incapaz de decirle nada.

Tuvo que llegar al reservado de Bess la Recia para encontrar lo que buscaba. Bess le sacaba una cabeza entera a Malden y tenía las espaldas más anchas. Se había puesto un corpiño que hacía que su generoso pecho se viera tan enorme como el Monte del Castillo. Encima, se había especializado en enanos: los menudos artesanos gustaban de mujeres robustas, y, tan lejos de su hogar, estaban contentos con las rotundas formas de Bess la Recia. Y últimamente parecía que no eran los únicos.

—Algo violento, pero buen hablador, según me cuentas. Una espada grande al hombro, ah, sí. Se deja la cota de malla puesta en la cama. —Bess gruñó. Se frotó unos polvos rojos en las mejillas que hacían que se viera siempre ruborizada, y luego se puso un poco entre los pechos—. ¿Y dices que se llama Bikker? Se hace llamar Milles, pero seguro que ése no es el nombre con el que lo llaman en su casa. No viene a menudo pero, cuando viene, le hago pagar por toda la noche, porque sé que me va a dejar el cuerpo lleno de moretones y no podré estar con nadie más hasta la noche siguiente.

—Creo que hablamos del mismo hombre —le dijo Malden—. ¿Sabes dónde vive, Bess? ¿O, por lo menos, dónde podría encontrarle?

—¿Vas a matarlo? —le preguntó la furcia mientras se ajustaba unas pestañas de pelo de caballo—. Porque no querría tenerlo sobre mi conciencia.

—No, no —dijo Malden—. De eso nada. Es que me debe dinero.

—¡Ah! —exclamó Bess—. En ese caso...

Cuando el Fuego de los Siete Días se apagó por fin y dejó tras de sí casi la mitad de la Ciudad Libre reducida a rescoldos, una gran ola de histeria religiosa se adueñó de sus gentes. El final del incendio se atribuyó tanto a la Señora como a Sadu, y sus respectivos fieles llevaron sus iconos por las calles en interminable procesión. Fanáticos de ambos cultos llegaron a las manos en las calles, y así empezó una suerte de guerra civil que habría podido terminar lo que el fuego empezó. El burgrave había intervenido y había aplastado a los líderes del culto del Dios de la Sangre con brutalidad y sin hacer diferencias. Después de retirar los cadáveres, ordenó que la Señora fuese la deidad tutelar de la ciudad. En honor de su patrona, había ordenado la demolición de un vecindario en el que Sadu había sido el único dios. Destrozó hasta la última viga de madera, hasta el último mueble. Los moradores de esas casas se habían ido a vivir con sus familiares, si les era posible, o en la calle, si no les quedaba otro remedio. El terreno donde se alzaban las casas se transformó en un solar, para que no quedara ningún rastro del barrio.

Las protestas habían sido mínimas. Las cabezas de un gran número de mártires se exhibían clavadas en sendas picas en el Monte del Castillo, y ni siquiera los más devotos querían acabar allí junto a sus correligionarios. Además, la mayor parte de las casas que el burgrave hizo desaparecer ya habían quedado destruidas por el fuego. Pero las intenciones del burgrave habían quedado claras... había demostrado que la fe en el Dios de la Sangre ya no era una religión aceptada por la ciudad. Si toleraba que alguien la practicara, era por simple capricho, y podía actuar contra esa persona siempre que lo considerara conveniente. Necesitaba un monumento que confirmara el fin de esa religión, y ese monumento se hallaría en el terreno que había dejado sin casas.

Se había construido un muro de tres metros de altura en torno a los seis acres de terreno que sufrieron ese destino. Se eliminó todo rastro de vida humana que pudiese haber en el terreno, que se llamó Parque de la Señora. Se permitió que las plantas y los animales salvajes crecieran sin control. Aún corrían rumores —reforzados por los rugidos y aullidos que se oían de noche— de que el burgrave había introducido grandes depredadores en la reserva antes de sellarla. Todo el mundo sabía que si alguien pasaba al otro lado del muro, tal vez para robar fruta de uno de los muchos árboles que había en el parque, o para cazar a alguna de las bestias, no volvería a salir con vida.

Era un lugar peligroso, y, además, sagrado. Y eso significaba que la guardia no se molestaba en vigilarlo. Perfecto para las necesidades de Malden.

La parte de arriba del muro que circundaba el terreno era estrecha, y avanzaba tortuosamente por la Peste hasta las tierras comunales de los Muros del Parque.

Malden corrió por allí, por donde una inacabable sucesión de puntas de lanza de hierro sobresalía de las piedras de remate. Al primer resbalón, quedaría clavado en una de ellas, pero Malden nunca resbalaba.

En un momento dado, se puso en cuclillas y escudriñó la penumbra. La plateada luz de la luna iluminaba el lugar y las brumas se arremolinaban sobre las hierbas, donde unas pocas ovejas extraviadas dormían de pie. Al otro lado del muro meridional del Parque de la Señora, unos treinta metros de terreno despejado circundaban una magnífica mansión. Los Muros del Parque era un barrio conocido por sus mansiones, propiedad de los ciudadanos suficientemente ricos como para permitirse costearlas, y, al mismo tiempo, deseosos de vivir lejos del abarrotado barrio de comerciantes de la Cuesta Dorada. Aquella casa era la más grande de todas: una enorme edificación de piedra blanca con tres pisos, recargada de gabletes y arbotantes. Sus paredes estaban perforadas en mil lugares por amplias ventanas con cristales lisos y transparentes, y, en la fachada central, por un rosetón policromado, adornado con símbolos cabalísticos. Malden pensó que se habría parecido mucho a una catedral si hubiese tenido chapiteles.

Otros edificios más pequeños se apiñaban por delante, mientras que en la parte de atrás había un espacioso y muy bien cuidado jardín. El conjunto no estaba rodeado por una pared, sino por una simple verja de hierro, rematada en puntas para desanimar a los posibles intrusos. La verja se veía impresionante, pero Malden se habría reído de la protección que podía proporcionar. Un muchacho, e incluso un hombre delgado habría podido pasar de lado entre los barrotes.

Por supuesto que Malden no era estúpido. Sabía quién era el propietario de la casa, y también que la verja sería la menos importante de sus defensas. Pertenecía a Hazoth, el único hechicero con poder de verdad en la Ciudad Libre de Ness. Malden lo conocía por su reputación. A menudo se amenazaba a los niños indisciplinados de la ciudad con una visita del mago, e incluso algunos adultos se valían de su nombre en los juramentos. Aunque fuese aceptado como ciudadano prominente (el único requisito que se exigía para ello era la posesión de suficiente oro), Hazoth era un hombre reservado que abandonaba su hogar tan sólo para grandes celebraciones públicas. Por supuesto, un personaje como ése atraía mucha atención y más supersticiones, y una buena reputación valía por una docena de muros, fosos y empalizadas. Poco importaba que Hazoth no fuera tan poderoso como se lo describía en las leyendas: no habría ningún ladrón que quisiera seguir vivo que se atreviera a llamar su atención.

Se consideraba que entrar en la casa del brujo era un suicidio. No había manera de saber cuál sería la terrible maldición que Hazoth arrojaría sobre el intruso. Quizá le transformara las entrañas en agua, o le hiciera estallar los ojos en sus órbitas con un simple gesto. Ningún médico sabría curar una herida de ese tipo, ni se atrevería a tocar a la víctima, por miedo a sufrir un destino semejante.

Sólo un necio habría osado molestar a Hazoth en su propio hogar.

Aparte de la amenaza de la magia, Malden tenía ojos en la cara que le permitían ver a los guardias armados que patrullaban por el jardín de detrás de la casa. Se alumbraban con faroles, en busca de alguien que se hubiera atrevido a traspasar la verja.

Malden no se habría acercado nunca a ese lugar, aunque hubieran pasado mil años... si no hubiese tenido un gran interés en él. Gracias a sus investigaciones, había descubierto que era allí donde podría encontrar a Bikker, y probablemente también a Citera.

Así que el hombre que había recabado los servicios de Malden, en último término, era Hazoth. Las órdenes de Hazoth habían empujado a Citera y a Bikker a tratar de conseguir la corona. Pero, en nombre del Dios de la Sangre, ¿para qué podía quererla un brujo? No cabía ninguna duda de que estaba embrujada... las coronas normales no se dedicaban a hablar con la gente. Malden pensó que tal vez el mago quería estudiar la magia de que estaba imbuida la sencilla diadema de oro. Lo más probable era que Malden no llegase nunca a saber la verdad. Los propósitos por los que se guiaban los hombres como Hazoth siempre eran misteriosos para los no iniciados.

El resultado principal del descubrimiento de Malden fue que le vinieron todavía más ganas de deshacerse de aquella cosa. Entregarla, cobrar su paga y no volver a pensar en ello. No le parecía que pudiera hacer otra cosa.

Por supuesto que tendría que proceder con gran cuidado. Hazoth había tratado de ocultarse de ojos ajenos: había escondido su complicidad en el robo de la joya mediante empleados que habían contratado a otros empleados. No se tomaría nada bien que el ladrón que él mismo había contratado se presentara a la puerta de su casa con la corona en la mano.

Malden anduvo por el muro hasta que se encontró frente a la parte peor iluminada del terreno comunal. Tal como había esperado, no estaba totalmente desierta. Un muchacho envuelto en una capa de color oscuro estaba agazapado entre unos arbustos al pie de la pared. Tenía un garrote en el suelo, al lado de su mano derecha, y una jarra rebosante de espuma en la mano. También llevaba un pañuelo anudado en torno a la mitad inferior del rostro, que, de por sí, lo decía todo.

Malden sacó la daga. Dio un paso muy cauto para sortear una punta de lanza y situarse sobre la cabeza del muchacho. El joven bandolero ni siquiera miró hacia arriba. Estaba demasiado ocupado con la vigilancia del terreno comunal. El botín sería una porquería, pero cierto tipo de criminal desesperado no menospreciaba ninguna presa.

Sin el más mínimo ruido, Malden se arrojó sobre el bandolero. Éste forcejeó y a punto estuvo de gritar, pero Malden le apoyó la daga en la garganta.

—Si quisiera rajártela, ya lo habría hecho —dijo Malden—. Ahora, ¿estarás en silencio? Quiero hablar contigo.

El muchacho iba a asentir con la cabeza... pero no lo hizo, porque se dio cuenta

de que, si lo hacía, se clavaría el arma de Malden.

—Desde luego, señor —farfulló. El olor a alcohol que se desprendía de su aliento fue suficiente para marear a Malden. Eso de asaltar a los transeúntes debía de dar sed.

—Esta noche tienes una oportunidad de ganarte unas monedas, chaval —dijo Malden, y retiró el arma a un centímetro de la garganta del muchacho—. Pero primero tendrás que responderme sinceramente a una pregunta. ¿Para quién trabajas?

—¡Para mí mismo! ¡Eso es todo! Lo juro, señor, soy buen muchacho, digo mis plegarias siempre que me acuerdo, y nunca jamás había hecho nada como esto, y...

—¿No respondes ante Cutbill? ¿Él no se queda con una parte de tus ganancias?

El muchacho se agitó violentamente. Quizá pensaba que Cutbill había enviado a Malden a matarlo por robar sin autorización.

—Me basta con esa respuesta. Y ahora —dijo Malden, algo más relajado—, charlemos cual caballeros de fortuna.



Al quitarse el pañuelo, se vio que el muchacho tenía la cara cubierta de pecas y el mentón flojo. Malden se quedó su garrote y su jarra mientras el otro iba a entregar el mensaje. Como un hombre que camina hacia el tajo del verdugo, el muchacho se presentó a la puerta de Hazoth. Echó una última mirada hacia atrás —aun cuando estuviera demasiado lejos para ver a Malden en la oscuridad— y luego traspasó la verja.

El efecto fue inmediato, y sorprendente.

Se oyó un crujido, y a continuación el muchacho se elevó por los aires, como si lo hubiese agarrado una mano invisible. De pronto, al otro lado de la verja del hechicero, todo empezó a moverse. Los guardias corrieron a ver quién era el intruso, y Malden oyó perros que ladraban.

Poco a poco, el muchacho volvió a descender a tierra. Hubo un súbito estallido, no de luz sino de oscuridad, como la vibración de las sombras después de brillar un relámpago. Malden entrecerró los ojos. Estaba contento de haber mandado al chico en su lugar. Al parecer, la verja de hierro era tan sólo un símbolo de un tipo de protección muy distinto.

Los guardias rodearon al muchacho y le obligaron a ponerse de rodillas. El chico levantó las manos en alto, le habían puesto la punta de una lanza en la parte baja de la espalda. Malden le oyó gimotear el mensaje, el mismo mensaje que Malden le había hecho ensayar varias veces hasta que se había sabido todas las palabras.

«No me habíais dicho que esa cosa pudiera hablar —decía el mensaje—. Encontrémonos a medianoche donde la Piedra del Dios».

Mandar ese mensaje había sido arriesgado. Podía ser que alguien indeseado lo escuchara, un miembro de la Guardia, o algún otro enemigo. En todo caso Malden tenía la esperanza de que el mensaje fuese suficientemente críptico como para despistar a cualquiera que no conociese en detalle lo sucedido.

Dejaron marchar al muchacho sin hacerle nada. Los guardias lo habían tratado con cierta rudeza, quizá, pero no le habían roto ningún hueso. Una vez que estuvo libre, el chico echó a correr en dirección a la Peste. Ni siquiera se molestó en volver con Malden para cobrar lo estipulado. Quizás el miedo le hubiese hecho olvidar los tres peniques que Malden le había prometido. Malden cavó un hoyo en la tierra, bajo el arbusto donde se había escondido el muchacho. Enterró el garrote, la jarra y los tres peniques envueltos en el sucio pañuelo. Si el chico tenía el coraje, o la inteligencia necesarios para volver en su busca, se habría ganado el dinero.

A continuación, Malden huyó en la oscuridad de la noche, por el mismo camino por el que había venido: por lo alto del muro que aislaba el Parque de la Señora. Le quedaba mucho por preparar.

El hecho de que el hombre que le había encomendado el trabajo en secreto fuera un maestro en ciencias ocultas le preocupaba mucho, pero no tanto como el propio Bikker. El corpulento espadachín había matado a dos hombres sólo por una maniobra de distracción, y Malden no tenía ninguna duda de que trataría de matarlo también a él. O querría quedarse el oro. O, todavía más probable, querría hacer callar a Malden de la manera más expeditiva. Al aceptar el trabajo, Malden había pensado que el burgrave reemplazaría la corona con un duplicado y nadie se enteraría de lo sucedido... no reconocería públicamente el robo para no tener que tragarse la vergüenza.

Pero la situación había cambiado. La corona estaba embrujada, y, por ello, tenía mucho más valor que un pedazo de oro bien trabajado. El burgrave querría recuperarla y sería muy poco lo que no estuviera dispuesto a hacer para recuperarla. Bikker y su señor querrían garantizar que el secreto fuera absoluto y la única manera que tenían de lograrlo era rebanarle el pescuezo a Malden y arrojar su cadáver al río.

Malden suspiró mientras corría por lo alto de la pared. Nadie había dicho que su nueva vida como osado ladrón pudiera ser fácil. Llegó a una esquina del muro y bajó a un callejón sombrío por el que se accedía a la Peste. No tardó en desaparecer entre los edificios que llenaban el espacio disponible en torno a las tierras comunales como un tacaño que tratara de abarcar un montón de peniques con los brazos. Malden estaba contento de volver a pisar baldosas, de volver a estar en un barrio que conocía bien. Se había pasado la vida entera en esas calles, y, aunque conociera demasiado bien sus peligros, también sabía esquivarlos. Se sintió casi a salvo al caminar hacia la sección oriental de la Peste.

No del todo a salvo, por supuesto. Pero tenía la sensación de controlar de nuevo su propio destino. De que aquello le saldría bien. Si se andaba con cuidado. Seguro que habría alguna manera de cobrar el oro y conservar la vida, pero tendría que emplear mucho tiempo en trazar planes, y...

—Espera un momento, por favor.

El corazón de Malden dejó de latir por un instante. No había visto que nadie lo siguiera, le parecía imposible. ¿Quién podía ser?

Fuera quien fuese, no quería verle.

Se situó de repente contra la pared de una casa de armazón de madera. Sus aleros arrojaban a la calle una sombra más oscura, más opaca. No respondió a la llamada. Incluso contuvo la respiración. Pensó en cerrar los ojos para que no se reflejara en ellos ni un destello de la luz de las estrellas... pero, no. Tenía que ver lo que venía hacia él.

—No quiero hacerte daño —le dijo la voz.

El lugar donde se encontraba Malden se iluminó. El otro debía ir con un farol cubierto y le había quitado de pronto la tapa. Por un instante, Malden no vio nada, y sus ojos, por muy adaptados que estuvieran a la oscuridad, ardieron de dolor. Se cubrió el rostro con la capa y corrió hacia la izquierda, para huir de la luz que lo

hería...

... y faltó poco para que se arrojase contra la punta de una espada. Soltó la capa justo a tiempo, se detuvo cuando la punta se hallaba a pocos centímetros de su garganta. No era un arma roma de hierro, sino de acero bueno y brillante, que tan sólo podría haber forjado un enano. Lo habría atravesado como un espetón atraviesa una salchicha.

Malden miró de reojo y vio el farol. Estaba sobre el pavimento, sin nadie que lo sujetara. Si hubiera corrido hacia él y le hubiese dado una patada, habría podido desaparecer en las sombras y huir.

Por primera vez contempló al hombre que sostenía el acero. Al menos no era un guardia. Era un tipo rubio, un poco mayor que Malden, vestido con un justillo con remaches de hierro y una elegante capa de brocado de seda. Así pues, era hombre de recursos, aunque tuviera las botas embarradas. Sonreía, pero con calidez... no era la sonrisa depredadora del gato que sujeta a un estornino con sus garras.

Malden tardó un instante en reconocer al hombre que lo había abordado. Y, al reconocerlo, se quedó todavía más confuso que antes.

—Eres el reo al que iban a ahorcar en la Plaza del Mercado —susurró Malden—. El caballero. *sir... sir... sir* No-sé-qué. Bueno, pues parece que me tienes a tu servicio, *sir...*

—Croy.

Malden alzó la mano a modo de saludo. El caballero la apartó con un golpe del plano de la espada.

—Lamento esta grosera presentación, pero no se me ocurrió otra manera de que me hicieras caso —le dijo Croy. «Esto es cada vez más raro», pensó Malden. No estaba habituado a que un hombre armado lo tratara con cortesía—. Querría hacerte una única pregunta. ¿Vas a responder?

—En estas circunstancias, difícilmente podría negarme —respondió Malden.

—He visto que mandabas un mensaje a la mansión de Hazoth. Y sé que una persona que se correspondía con tu descripción estuvo en el Monte del Castillo la noche en que la torre se vino abajo. Esa noche había una barca que esperaba a alguien en el río.

Malden se alegró mucho de que el caballero no estuviese en la guardia. Si los hombres de Anselm Vry hubiesen recopilado esa información con tanta rapidez, le habrían echado ya la soga al cuello.

—Lo que tú digas, mi señor.

—No lo has negado. La barca había ido hasta allí para recogerte, ¿verdad? La barca de Citera. Veo en tus ojos que fue así. Y ahora te voy a hacer la pregunta... ¿qué negocios tienes con Citera?

Malden arrugó la frente al tratar de comprender lo que ocurría. ¿Aquel hombre estaba a punto de matarlo por motivos que no conocería jamás? ¿O el idiota le dejaría marchar si le respondía la verdad?

Sin saber muy bien por qué, Malden pensó que quizá sí le dejaría ir.

—He hecho algún trabajo para ella, eso es todo. Ahora mismo hago gestiones para que me lo paguen.

—¿En plena noche? Extraña hora para ir a cobrar.

—Me imagino —dijo Malden— que depende del tipo de trabajo.

La cara de Croy cambió. Su sonrisa menguó y clavó la mirada en Malden.

—Ahora dime la verdad. ¿Qué trabajo era?

Malden pensó bien la respuesta.

—*Sir Croy*, creo que tu interés por mi señora Citera no es de carácter... ah... hostil. Lo diré con toda franqueza: pienso que sois amigos.

—Algo más que amigos, diría yo —respondió Croy.

A Malden le dio un vuelco el corazón. De repente, Citera se hallaba mucho más fuera de su alcance. Pero saldría herido, y no sólo en sus sentimientos, si no se apresuraba a hablar.

—Debo reconocer que yo mismo la amo. Dado que compartimos ese sentimiento, comprenderás que no quiero ponerla en peligro al responder a tu pregunta. Sobre todo aquí, donde alguien podría escucharnos.

—Ya veo —dijo Croy. Bajó la espada, de tal modo que ya no apuntaba a ningún órgano vital del cuerpo de Malden—. Tienes razón, hablar de esto en un lugar público es demasiado peligroso. Vamos a...

Pero Malden no escuchó el resto. Había encontrado el camino de huida que buscaba. Tan pronto como la punta de la espada hubo bajado, se volvió y echó a correr hacia la oscuridad; tan sólo se desvió un momento para darle una patada al farol antes de marcharse.

*Sir Croy* le ordenó de nuevo que se detuviera y lo persiguió, pero no por mucho tiempo. Malden se le había adelantado, y, en la noche, ésa era la única ventaja que necesitaba el ladrón.

A pesar de las interrupciones caballerescas, Malden terminó con los preparativos mucho antes de la medianoche. Exploró la Plaza de la Piedra del Dios, una plaza modesta en lo más profundo de la Peste, donde los vecinos difícilmente abrirían las ventanas durante la noche, y descubrió el lugar apropiado para ocultarse. Luego reunió las herramientas que iba a necesitar. Le bastó con robarle la ropa a un ciudadano con pocos recursos y buscar un cesto viejo, pero todavía en buen estado, en uno de los montones de basura que se encontraban por los callejones. No eran las más sofisticadas herramientas, pero la fuerza del plan de Malden radicaba en su simplicidad.

A esa hora de la noche, la Peste estaba casi desierta. En la Cuesta Dorada, al otro lado del río, en la Acequia Real, los ricos se reunirían, gozarían de la diversión de una noche en las casas de juego, o escucharían música de cámara en sus bien iluminados pabellones. Estarían fuera, en la calle, en lo más profundo de la noche, guiados por los muchachos que servían con teas embreadas. Pero ahí abajo los pobres no podían permitirse mucha iluminación tras la puesta de sol. Las velas eran caras, y las lámparas de aceite doblemente caras. Las gentes de la Peste no salían a sus oscuras calles y se iban a dormir temprano, protegidos por gruesas persianas y puertas cerradas. Los ladrones eran los únicos que tenían algo que ganar después de que anocheciese. Los ladrones como Malden.

Se sentó en el lugar previsto y se puso cómodo para esperar. Su cuerpo estaba abrumado por la necesidad de dormir y a su vientre le faltaba mucho para estar lleno, pero había aprendido desde hacía mucho tiempo a no prestar atención a su cuerpo y aguardar en silencio durante largos períodos de tiempo.

No habían pasado más de dos horas cuando Bikker y Citera se presentaron en la plaza. Llegaron en silencio, sin luces, y anduvieron directamente hacia la Piedra del Dios, que se hallaba en el centro de la encrucijada.

Era un monolito de unos cinco metros de altura, en el que se habían inscrito terribles runas que el tiempo había desgastado hasta volverlas ilegibles. Hacía siglos había sido el centro del culto al Dios de la Sangre. Sin embargo, el primer burgrave había llevado a cabo una profanación ritual y el pueblo había dejado de visitarlo. Demasiado grande y pesado para moverlo, sufrió en silencio el paso de los años y de las lluvias. Incluso las manchas de sangre que en otro tiempo habían cubierto su parte inferior se habían desvanecido, y en los tiempos que corrían se empleaba tan sólo como mojón. En el fondo, era un forúnculo no deseado en el rostro de un barrio no deseado. Ni Citera ni Bikker se dignaron a mirarlo mientras se acercaban. Los ojos de ambos escudriñaban las sombras, las esquinas, las puertas remetidas en las paredes de las casas.

No se les ocurrió mirar hacia arriba. Malden se movió con sigilo —la inmovilidad le había envarado los miembros— y se aclaró la garganta.

Los dos que le habían encargado el trabajo no se inmutaron. Volvieron el rostro hacia arriba al unísono y lo vieron agazapado en lo alto de la piedra. Bikker parecía molesto. Citera parecía, simplemente, una persona con ganas de estar en otro sitio.

Malden se solidarizaba con ella.

—¿Me habéis traído el oro? —preguntó.

El rostro de Bikker se suavizó.

—Al menos podrías habernos convocado en un lugar más discreto.

—Tenéis razón. ¿Un callejón oscuro, quizás? Tal vez podríamos habernos encontrado en un barranco sobre el Skrait, para que pudierais empujarme.

—¿No confías en nosotros? —preguntó Citera. No parecía dolida.

—No confío en él. Ha matado a dos personas sólo para llamar la atención. — Malden se puso en pie y echó a caminar de un lado para otro sobre la piedra. Ésta no permitía dar más de dos pasos en línea recta—. En cuanto a ti... ya me imagino por qué te marchaste con tu barca. Creo que ninguno de nosotros esperaba que sucediera todo esto.

—Si lo que quieres decir es que no nos esperábamos una chapuza como la que hiciste —masculló Bikker—, tienes razón.

Malden se rió... pero no con fuerza.

—Todos nosotros sobrevivimos. Os he traído lo que queríais. Si vosotros me dais el oro, creo que todo habrá salido bien.

Citera metió la mano bajo la capa y sacó una abultada bolsa. Parecía que tuviera que pesar en sus delgadas manos, pero la mujer la levantó sin aparente esfuerzo.

—De todos modos, harás bien en ocultarte después de esto. Hemos llamado la atención mucho más de lo que deseábamos. Y van a buscar el objeto.

—Bah —dijo Bikker—. Probablemente van a pensar que ha quedado enterrada bajo los escombros. Baja, muchacho, y dámela a mí. Entonces te daremos el oro. Y luego no volveremos a vernos nunca más, si sabes lo que te conviene.

—Tengo una idea mejor. —Malden le dio una patada al cesto que se hallaba en lo alto de la piedra para que se cayera al pavimento. Tenía sujeto con la mano el otro extremo de la cuerda que había trenzado con jirones de tela—. Poned ahí el oro y lo subiré hasta aquí. Luego os arrojaré vuestro trofeo.

—Ahora no puedo alcanzarte con la espada —dijo Bikker. Afloró a su rostro una especie de admiración irritada—. Pero no podrás pasarte toda la vida ahí arriba. Al final tendrás que bajar, y puedo esperar mucho tiempo.

Malden le respondió con una sonrisa llena de malicia. Sabía que, si era necesario, podía saltar a la casa más cercana y marcharse por el tejado antes de que el espadachín hubiera logrado trepar por la Piedra del Dios. Pero no lo dijo.

—Basta —dijo Citera, y colocó la bolsa en el cesto. Malden la subió al instante, antes de que Bikker pudiese agarrarla. Pesaba tanto como había imaginado: debía de

haber cuatro kilos de oro en la bolsa. Sólo con pensarlo se le aceleró el corazón. Al abrir la bolsa, se alegró de ver que no estaba llena de piedras, ni de barras de plomo. Contó rápidamente el dinero. ¡Ciento un reales de oro! La cantidad exacta que necesitaba. Se ató la bolsa a la espalda por debajo de la capa.

—Muchas gracias —dijo Malden—. Por lo que respecta a vuestro botín... se encuentra en el fondo de un abrevadero de caballos, dos calles hacia el este. Lo habría traído, pero no soportaba su incesante parloteo.

—Eres... eres imbécil —masculló Bikker—. ¿Y si algún vagabundo lo ha encontrado y se lo ha vendido a un buhonero?

Malden se encogió de hombros y el oro repiqueteó a sus espaldas.

—Eso ya no es problema mío.

Bikker soltó una palabrota y salió corriendo de la plaza. Le gritó a Citera que se quedase allí y vigilara a Malden. En cuanto el espadachín se hubo marchado, Malden bajó fácilmente por uno de los lados de la Piedra del Dios, empleando sus runas a modo de asideros, y se inclinó ante la mujer en una profunda reverencia.

—No ha sido buena idea hacerle enfadar —dijo ella con un suspiro.

—No pienso volver a verle. —Malden se volvió sobre sus talones con la intención de salir a la carrera. Pero algo lo detuvo. No tendría que haberse rendido a ese impulso, sobre todo después de conocer a Croy, pero no pudo evitarlo. ¿Y si tenía alguna oportunidad...?— Pero, en cambio, a ti...

—¿A mí? ¿Querías volver a verme? —preguntó ella.

—Pensaba que te lo había dejado claro la última vez que hablamos. Si es que te apetece, por supuesto.

Una extraña mirada cruzó los ojos de la mujer. Los tatuajes que cubrían su rostro impidieron que el muchacho la interpretase.

—Pues entonces, quizá... —dijo ella— pueda decirte algo que te alegre. Se te ofrece otra recompensa. De parte de mi señor.

—¿Hazoth? —dijo Malden, confuso—. No quiero nada más de él.

—Pues entonces acéptala de mí —dijo ella con voz suave y débil. Dio un paso hacia él y le sonrió—. Un beso. Sólo uno. ¿No me encuentras deseable?

Malden se rió, pero más por la incertidumbre que por la comicidad de la situación.

—Mucho más que cualquier otra mujer que haya conocido durante mucho tiempo.

—Tal vez te encuentre apuesto. Tal vez sólo quiera demostrarte mi gratitud.

A Malden se le aceleró el corazón. La propuesta, sin duda alguna, tenía sus atractivos. Pero le extrañaba que se la ofreciera en nombre de Hazoth. ¿Qué había querido decir?

Era muy bella. Sobre todo a la luz de la luna. Flores blancas florecían en la tinta bajo su ojo izquierdo. Era exótica y eso la volvía aún más hermosa.

Se le acercó, lo suficiente como para abrazarlo.

Malden dio un paso hacia atrás. Allí sucedía algo que no comprendía. Había algo que tenía que saber por encima de todo lo demás.

—Oh, mi señora, la tentación es brutal. Pero no estoy seguro de que mi nuevo amigo *sir* Croy lo aprobara —dijo.

—Croy —dijo, como una mujer que despertara de un sueño angustioso. Parpadeó bruscamente y enderezó el cuerpo. Malden no necesitó oír más. La mujer no le había ofrecido el beso de buena fe. Hazoth debía haberla embrujado para que se lo ofreciera... o quizá *sir* Croy lo estaba probando por algún motivo—. ¿Has dicho...?

Pero, cuando terminó la pregunta, Malden ya se había marchado. Se estaba volviendo un experto en desaparecer en la oscuridad.



Una hora más tarde, Malden estaba a salvo, y, por fin, durmió.

Por supuesto, no regresó a su cuarto sobre la cerería. Tenía miedo de que Bikker estuviese allí y su desagradable espada rezumara ácido sobre las tablas de madera del suelo. Prefirió dormir a la intemperie, bajo el Puente del Mercado del Grano, justo debajo de la Plaza del Mercado. Era un lugar extraño y arriesgado para echar una cabezada. El puente no pasaba sobre el río, sino sobre las casas de la Cuesta Dorada. Lo habían construido para que las mercancías pudiesen circular directamente desde el Humo a la Plaza del Mercado sin turbar a los ciudadanos ricos que se hallaban en sus mansiones. Era como una cinta de piedra suspendida sobre los tejados, y Malden, desde el lugar en el que se encontraba, podía divisar un centenar de chimeneas a sus pies, y un hilillo de humo que brotaba de cada una de ellas. Era como estar tendido sobre una nube. El lugar quedaba muy expuesto, pero era ideal por su misma rareza... a nadie se le ocurriría buscarle allí. Envuelto en su capa arrugada y polvorienta, parecía la viva estampa de los hombres destrozados que frecuentaban el lugar. Sin que nadie se lo discutiera, encontró un lugar entre dos pilares de piedra, se acurrucó allí y se cubrió el rostro con la capa a fin de que le diese calor.

Sólo lo molestaron en una ocasión durante la noche. Mientras dormía, notó que unos dedos rudos le tanteaban la capa. Abrió bruscamente los ojos y despertó al instante. Si alguien le hubiera robado el oro en ese momento, habría sido una broma muy pesada, ¿verdad?

Tenía sujeta la empuñadura de la daga. Se volvió levemente hacia un lado y sacó el arma, porque la mano se había vuelto más atrevida y se le insinuaba bajo el atuendo. Luego giró sobre la cadera y sacó el cuchillo donde el otro pudiera verlo.

—Eh, muchacho —le suplicó el mendigo que había tratado de robarle, con sus sucias manos en alto y los dedos muy separados—, no hace falta que me saques eso.

—Me alegro de oírlo —dijo Malden—. Búscate otro sitio para echarte a dormir, o roba a una víctima menos precavida.

El mendigo asintió con vehemencia y se marchó. Malden volvió a dormirse.

En el momento de despertar, aun antes de abrir los ojos, buscó con las manos por todo su cuerpo y tocó la bolsa llena de oro que se encontraba a sus espaldas. Seguía allí.

Se permitió una ancha sonrisa y se regodeó con sus sensaciones. Era una fortuna. No tardaría en perderla, pero a cambio obtendría el derecho de volver a ganarla.

«El día de hoy —pensaba—, será el mejor de mi vida».

Entonces abrió los ojos. A la luz del día, el espacio que quedaba bajo el puente perdía buena parte de su encanto. Estaba lleno de basura y cubierto de hierbas grisáceas y atrofiadas que no recibían suficiente luz. Los vagabundos que vivían allí

durmieron un buen rato, porque aún padecían la resaca del vino barato que habían bebido la noche anterior. Todos ellos excepto uno, que había encendido una hoguera que parecía hecha con patas de mesas viejas para calentar un brebaje y hecho en un casco herrumbroso de lancero. El desayuno que se preparaba, fuera lo que fuese, molestaba a la nariz y todavía más a los ojos. Por ello, cuando le ofreció a Malden, éste declinó la invitación con buena educación.

El ladrón abandonó la que había sido su guarida, trepó por uno de los soportes del puente y luego se subió por la baranda. Un trabajador que transportaba una carga de sillería a palacio lo miró de soslayo, pero Malden no había sufrido nunca por las malas miradas. Desapareció entre la masa de gente que descendía hacia la Cuesta Dorada: siervos y mercaderes, gentes que llevaban carretas de dulces y de combustibles, hombres honrados que se levantaban temprano para ponerse a trabajar y ganarse la paga del día.

Malden no se burlaba de ellos, porque le daban lástima. Trabajarían como esclavos durante décadas hasta que sus espaldas no pudieran más y les crecieran las barbas, y no les habría servido para nada. Morirían igual que habían vivido, bajo el yugo de sus amos, que no se preocupaban en lo más mínimo por su bienestar. El propio Malden, despreciado por la sociedad por no ser lo bastante bueno... tendría suficiente con entregar la fortuna que acababa de ganarse, con arrojarla con gesto espectacular sobre el escritorio de Cutbill... y entonces... ¡entonces...!

Y entonces sería miembro de pleno derecho de la cofradía. Sería un ladrón con estatus, estaría protegido frente a posibles arrestos y tendría a un enano que le forjaría las herramientas. En determinados círculos, sería un caballero con buena posición. Podría empezar a ganar dinero, dinero de verdad, para sí mismo. Se compraría una capa nueva y bonita, y alquilaría habitaciones mejores. Bebería vino del bueno, en vez de cerveza con poco grado, y comería carne por lo menos una vez al día. Su calidad de vida —y, en correspondencia con ella, su esperanza de vida— mejoraría mucho, y también mejoraría todo lo demás.

Y lo mejor de todo: sería libre de verdad. A un hombre con dinero no se le podía esclavizar. Viajaba a donde quería y no corría ningún peligro. Podría escapar de su sórdido pasado y labrarse su propia fortuna. Su propio futuro.

«Qué tipo tan listo e inteligente soy. Qué canalla astuto y avisado. Sí, mi madre estaría orgullosa de mí».

Esos sentimientos le aceleraron el paso y así pasó un buen rato mientras caminaba colina abajo, por el Humo y la Peste, hasta las Cenizas. Al llegar a los calcinados escombros que se hallaban al pie de la Muralla Occidental empezó a silbar una gozosa melodía.

No vio ni rastro del ejército de diablillos que solía proteger el escondrijo de Cutbill. Qué más daba... Malden pensó que ya debían de conocerle, y que por respeto no se dejaban ver. ¡Y más les valía! ¡Malden era un oficial del gremio de ladrones! ¡Un hombre de respeto!

Dobló la esquina de la posada en ruinas y saludó, jubiloso, al trío de viejos y veteranos ladrones que estaban sentados sobre el ataúd... pero no estaban allí.

Qué extraño.

Por lo que había visto hasta entonces, Bocacerrada, Oncedodos y Tronera no se marchaban nunca de allí. De todas maneras, en algún momento debían dormir. Y, según los criterios de las gentes que se dedicaban al hurto, todavía era muy temprano. El sol aún no se había elevado siquiera sobre el Monte del Castillo. Malden se encogió de hombros y buscó la trampilla que conducía hasta el cuartel general de Cutbill.

—¿Bellard? ¿Hay alguien ahí? Soy Malden, voy a bajar —dijo con un susurro. Conocía, por sus anteriores visitas, la extraña acústica del deslizadero que llevaba hasta abajo. Al bajar, se hacía cada vez más ancha, y por ello amplificaba todos los sonidos que venían desde arriba. Malden había pensado que era oportuno anunciar su llegada, visto que el trío de ancianos no podría hacerlo.

Pero abajo no lo esperaba nadie, ni tampoco hubo ningún centinela que tratara de detenerlo. La sala estaba vacía. Slag había abandonado su banqueta de trabajo. No vio a ninguna puta que durmiera en el diván, y, por primera vez, tampoco había jugadores que lanzaran los dados.

Malden tardó un instante en darse cuenta de otra anomalía. Lo primero que vio fue lo siguiente: el diván estaba fuera de su sitio y sus patas habían rayado el suelo de piedra. Un pie calzado con una bota asomaba por detrás. Al acercarse con miedo en el corazón, Malden vio que el hombre que estaba allí era Bellard. Y Bellard no había quedado tumbado en el suelo por culpa de la bebida, ni por el rape blanco, ni siquiera por no haber dormido.

La sangre espumaba en los labios del matón. Sus ojos miraban a la nada.

—Bellard —dijo Malden, y se agachó sobre el cadáver—. Bellard, ¿quién te ha hecho esto? —Vio que Bellard se cubría el estómago con la mano, y se la apartó. La herida que había debajo era un corte profundo que le había perforado los órganos vitales. Tenía coágulos de sangre en torno a la herida. Parecía como si alguien le hubiese abierto el vientre con un hacha.

Malden no oyó nada... tal vez una puerta que se abría. Un pie que rozaba la piedra. Se volvió, y esto fue lo que vio: el antiguo candado que cerraba la puerta de Cutbill estaba hecho pedazos. Y la inexpugnable puerta de Cutbill había quedado ligeramente abierta.

Malden trató de correr. No llegó muy lejos. La puerta se abrió de pronto, y de ella emergieron unos guardias con alabardas.

—Prendedlo —dijo alguien—, no importa quién sea.

Y una docena de manos cayó sobre él y lo arrastró hacia dentro, hacia lo que habían sido los aposentos privados de Cutbill.

Unas manos rudas arrastraron a Malden hasta el otro lado de la puerta y lo dejaron a cuatro patas. Lo golpearon en la espalda el asta de una alabarda y alguien le puso una bota sobre la nuca y le aplastó la cara contra el suelo. Le quitaron la daga de la vaina. Un guardia encontró la bolsa de oro que llevaba a la espalda y dio tirones hasta que se rasgó, y las monedas rebotaron y rodaron por el suelo.

—Por las rótulas de la Señora, esto es un tesoro —exclamó alguien.

Desde el lugar donde se encontraba, Malden no alcanzaba a ver casi nada, salvo las botas y la parte de abajo del escritorio de Cutbill. Sin embargo, oyó las voces de media docena de hombres y se cercioró de que lo superaban en número.

—¿Piensas que son robadas?

—Pues claro que sí... ¿dónde crees que vivimos? En la ciudadela del crimen.

—Tendríamos que confiscarlas para las arcas de la ciudad.

—Habría que contarlas, para repartirlas después, y...

—Cuéntalas. Todas. Y luego colócalas aquí. —Cuando habló esta última voz, todos los guardias que rodeaban a Malden se pusieron firmes—. Dejad que se levante, voy a hablar con él —dijo la voz. La bota que le pisaba la nuca a Malden se retiró, y el muchacho se levantó torpemente. Finalmente pudo ver lo que sucedía en el despacho.

La guardia había formado a lo largo de las paredes de la sala. Las puntas de sus alabardas casi arañaban el techo. En el centro de la sala estaba Cutbill, sentado frente a su libro de contabilidad, pluma en mano... igual que cuando Malden lo había visto por última vez.

A su lado se hallaba Anselm Vry.

Malden reconoció al bailío de la Ciudad Libre, igual que lo habría reconocido cualquier ciudadano de Ness. Después del burgrave, Vry era el rostro humano de la ciudad. En calidad de bailío, no solo comandaba la guardia, sino que supervisaba todas las cuestiones administrativas de la ciudad: hacía cumplir los edictos del burgrave, comprobaba escrupulosamente que los pesos y medidas se respetaran, vigilaba las asambleas de los gremios. Era el segundo hombre más poderoso de la ciudad y su presencia únicamente podía significar una cosa. Se había enterado del robo de la corona y quería recuperarla a toda costa.

Malden había visto el precio que Bellard había pagado por ello.

—¿Es uno de los vuestros? —preguntó Vry, con los ojos fijos en Malden.

La pregunta, sin embargo, se dirigía a Cutbill.

—¿Uno de mis ladrones? No, desde luego que no —respondió Cutbill. Hizo una anotación en su libro de contabilidad—. Mirad en qué estado se encuentra su ropa. Los míos ganan lo suficiente como para vestirse bien.

—¿Y estas monedas? ¿Este oro? —preguntó Vry.

Entonces, Cutbill levantó la mirada. Contempló los montones de monedas de oro. Luego volvió los ojos hacia Malden y enarcó una ceja. Le estaba mandando un mensaje a Malden, y ese mensaje decía: «Sé cauto y no me lles la contraria». Malden tuvo la inteligencia suficiente como para no decir en voz alta que había recibido las instrucciones.

Cutbill hizo un gesto de desdén con la pluma.

—Este dinero es mío, sí. Ese muchacho no es más que un recadero. Yo creo que, antes de seguir hablando, tendríamos que hacer que se largara.

Vry contempló a Malden con intenso menosprecio.

—Muy bien. Devolvedle el cuchillo... con ese cortauñas no es ningún peligro para nadie.

—Muchacho —dijo Cutbill—, si te marchas por la puerta que está a mi izquierda, saldrás en dirección a la Peste.

Malden asintió, y aceptó la daga de manos del guardia que se la había quitado. No preguntó el motivo por el que Cutbill le hacía salir por la puerta de la izquierda, cuando era la que se hallaba detrás del escritorio la que conducía a la superficie. Apartó el tapiz que cubría la puerta que Cutbill le había indicado y salió. Al otro lado había una habitación pequeña sin salidas... en realidad, se trataba de una alacena, sin muebles ni adornos.

Sin embargo, tenía un rasgo definitorio. A un lado de la puerta, a la altura de los ojos de un hombre, había un agujero muy pequeño perforado en la pared. Quien mirase por el agujero podría ver y oír todo lo que sucedía en el despacho de Cutbill.

Así que se trataba de una cámara de espionaje. Cutbill lo había enviado allí por algún motivo. Malden acercó el ojo al agujero y guardó silencio.

En el despacho, el bailío y el maestro del gremio de ladrones estaban enzarzados en una discusión.

—Si ha sido uno de tus ladrones quien ha robado la corona —decía el bailío—, voy a ahorcar a todos los miembros de tu cuadrilla. Y a ti te haré arrastrar por las calles y descuartizar, y esparciré tus restos por todo el reino. Mandaré que destrocen este lugar, y tu organización...

—No ha sido uno de los míos. Eso puedo asegurártelo. Ninguno de mis ladrones pensaría que ese botín vale el esfuerzo. Al fin y al cabo, ¿cómo iban a vender la corona después de obtenerla? Ninguno de los peristas de la Ciudad Libre la aceptaría, y mucho menos pagaría por ella. Así pues, no tiene ningún valor para nosotros. Tendrás que buscarla por otra parte, mi señor.

—Puede que otra persona encargara el robo. Alguien que tenga interés en avergonzar a la ciudad.

—Pero ¿cómo sería posible que uno de mis ladrones aceptara un trabajo como ése? Todos ellos saben muy bien los problemas que le causarían a mi negocio. Yo no recluto a estúpidos.

En la alacena, Malden se estremeció.

—Basta de tonterías —resopló Vry—. No tengo nada claro que me digas la verdad. Dirías lo que fuese con tal de salvar el pescuezo, ¿verdad, Cutbill?

—Te he hablado con franqueza y te he dicho todo lo que sé.

—Por fortuna, no tengo ninguna obligación de creerte. —Vry chasqueó los dedos y uno de sus guardias salió al instante de la sala. Regresó al cabo de un momento con una figura envuelta en una túnica y el rostro cubierto por una máscara de madera.

Malden dio un respingo.

—¿Un brujo, Vry? ¿Me vas a someter a un interrogatorio mágico? No creo —dijo Cutbill, cuando el mago se le acercaba—. No se te ocurriría quebrantar una de tus propias y preciosas leyes.

Vry se encogió de hombros.

—Es cierto. Las respuestas obtenidas mediante sortilegios y adivinaciones no son válidas ante un tribunal. Pero esto no es ningún tribunal. Y si quieres hablarme de ética... bueno... digamos que... a veces el Dios de la Sangre aprieta.

Cutbill frunció el ceño y dejó la pluma sobre el escritorio.

—Muy bien. ¿Y cómo lo vais a hacer?

El mago sacó algo que llevaba oculto entre los pliegues de su túnica. Una losa de piedra con el tamaño y el grosor de un libro. Uno de sus lados estaba liso como el cristal.

—Es una piedra adivinatoria —dijo su propietario, con voz efervescente, antinatural—. Ve lo que está oculto, lo que queda fuera de la vista. Tengo que descubrirme el rostro para poder usarla.

Al oírlo, los guardias se agitaron con nerviosismo. Ni Cutbill ni Vry reaccionaron.

—Hazlo —dijo Vry.

El mago agarró la máscara con las manos y se la levantó hasta la coronilla.

El grito de horror de Malden pasó inadvertido en el griterío general.

La brujería no era propiamente ilegal en Skrae. Tampoco eran muchos quienes la practicaban. Podía ser muy lucrativa. Había leyes muy estrictas que prohibían invocar demonios, y el castigo por hacerlo era inalterable, se aplicaba con rapidez, y consistía en la muerte en el cien por cien de los casos. Pero había otros tipos de magia —la adivinación, el lanzamiento y la supresión de maldiciones, la preparación de pociones de amor y cosas semejantes— que estaban permitidos y que constituían un negocio con muchos clientes. Las gentes acomodadas de Ness buscaban siempre un arma, un medio para mantenerse en su posición, y difícilmente habrían desdeñado al más infame de los milagreros. En esos tiempos habría en Ness unos mil hombres que decían tener poderes mágicos y, entre ellos, dos o tres docenas cuyas afirmaciones se correspondían con los resultados. Se veían recompensados con creces por el tiempo que habían necesitado para aprender su arte.

Aun así, no habían sido nunca lo bastante numerosos como para formar un gremio. Porque todos los niños de la Ciudad Libre aprendían una cosa sobre la taumaturgia cuando aún eran muy jóvenes, y era suficiente para disuadir a la mayoría de ellos del estudio de las artes ocultas. Esa cosa era lo siguiente: «la magia siempre tiene un precio».

Los magos extraían su poder del abismo y de sus infernales habitantes. Al cerrar pactos con demonios se volvían capaces de obrar milagros y maravillas más allá de la comprensión humana. Pero, al mismo tiempo, se exponían a las energías extraterrenas de aquel mundo de tormento y éstas los transformaban.

El adivino de Vry debía haberse pasado horas incontables sumido en el estudio de su piedra adivinatoria. Lo que pudiera encontrar no valdría lo que había pagado por ello. La piel de la mitad izquierda de su rostro se había endurecido y cubierto de callos hasta asemejarse a la corteza de un roble, pero estaba tan blanca como la muerte. Incluso los huesos de su cráneo debían haberse transformado, porque el ojo izquierdo se había desplazado hacia abajo hasta mirar, sin párpado alguno, desde el lugar donde tendría que haber estado el pómulo. En el mentón y en la parte izquierda del cuello tenía colgajones de carne rosada, como una especie de espantosa barba. Por ese lado no podía cerrar la boca —ésa era la explicación de su extraña voz— y los dientes que quedaban detrás de sus labios alterados estaban visibles. Se habían fusionado en un par de placas como de hueso que ya no encajaban la una con la otra.

Si hubiera nacido así, el mago habría estado condenado de antemano a llevar una vida de mendigo, o tal vez de monstruo en una feria ambulante. Sin embargo, la parte derecha de su rostro, intacta, demostraba que se había transformado de aquel modo en fecha tardía. Debía haberle ocurrido poco a poco, con el pasar del tiempo. Malden se preguntó... cuando el hombre descubrió los primeros indicios de lo que le iba a

sucedier, por qué no había destrozado la piedra y abandonado para siempre la magia.

Puede que, para algunos, el atractivo de los secretos fuera demasiado grande. El atractivo de lo misterioso y extraño. Para algunos, quizá, el precio no era demasiado alto.

Cuando los guardias terminaron de murmurar entre sí y, en su mayoría, hubieron recuperado el color de la cara, el mago miró a Vry con el ojo bueno, el del lado derecho.

—Dime lo que quieres ver. Yo te lo revelaré.

Ni siquiera Cutbill podía apartar los ojos.

Anselm Vry se apartó a un lado.

—Mira de nuevo, como miraste esta mañana, y trata de encontrar la corona. Podría hallarse en esta misma habitación... si estás más cerca de ella, tal vez la veas mejor.

El mago asintió y se inclinó sobre la piedra. Malden veía bien por el orificio, pero no alcanzó a distinguir ningún cambio que se produjera en ésta. Pero al segundo, el propio aire del despacho pareció transformarse, espesarse como una pesada bruma. Las llamas de las lámparas de aceite se extinguieron como si les faltara el aire.

El mago pasó la mano varias veces sobre la piedra sin llegar a tocar su superficie pulimentada. Pero, al fin, negó con la cabeza y se rindió.

—Todo está igual que antes. Aún existe, pero me está prohibido descubrir dónde se encuentra. Es como tratar de encontrar una moneda en el fondo de un lago lleno de lodo. De vez en cuando distingo un destello, pero en seguida se desdibuja, y desaparece antes de que pueda percibir la imagen. Quizá, si vuelvo a intentarlo más tarde, en el mismo día, cuando las corrientes del éter estén menos agitadas, y las estrellas tomen otras posiciones en sus ruedas...

Vry gruñó su frustración.

—Déjalo. Haz algo útil esta vez y contempla el corazón de ese hombre —dijo, y señaló a Cutbill con el dedo—. Descubre las mentiras que ha dicho hace poco y la verdad que se oculta tras ellas.

Cutbill apretó con fuerza los labios, pero no hizo nada por impedirlo.

El mago se inclinó de nuevo sobre la piedra. Hizo un rápido gesto con la mano, y luego cerró los ojos y empezó a salmodiar. No decía ninguna palabra, sólo movía los labios mientras sonidos feos y extraños le brotaban de la garganta. Entonces abrió los ojos y se volvió hacia Vry.

—No ha mentado —dijo.

Vry le gritó con voz atronadora:

—¿Qué? ¡Ese hombre no ha dicho ni una sola verdad en toda su vida de bastardo! ¡Vuelve a mirarlo!

—No es necesario —dijo el mago—. De verdad, he visto su corazón. Ha sido totalmente sincero contigo. No sabe dónde se encuentra la corona, ni quién puede tenerla.



—Qué lástima que hayas tenido que faltar a tus principios por nada —dijo Cutbill—. Deberías haberme escuchado, Vry. No tenía ningún motivo para mentirte, ni podía ganar nada con ello.

El mago volvió a pasar la mano sobre la piedra.

—Esto último también es verdad —farfulló el mago.

Vry le quitó la piedra de las manos al hechicero y la contempló él mismo.

—¡Aquí no veo nada! El testimonio de este hombre no tiene ningún valor.

Le arrojó de nuevo la piedra al mago, que la agarró al vuelo como si hubiera sido un bebé.

—Sólo digo lo que veo —insistió el mago—. No lo que tú quieres que vea.

—¡Esto es inútil! Largo de aquí. Regresa a palacio y vuelve a leerle la fortuna a la burgravina. Ése es el único motivo por el que te dejo con vida, embaucador.

El mago salió apresuradamente de la sala sin plantear ninguna otra objeción. Uno de los guardias lo acompañó. En cuanto hubo salido, las lámparas se encendieron de nuevo.

—Ya está —dijo Cutbill—. Ya lo has visto... soy totalmente inocente.

Estoy casi decidido a ahorcarte de todos modos, aunque sólo sea por principio. No me serviría para recuperar la corona, pero de todos modos la ciudad mejoraría.

Cutbill suspiró y pasó otra página de su libro de contabilidad.

—Sería una necesidad. Hace tiempo que tengo un acuerdo especial con...

—Con el burgrave. ¡Conmigo no!

—... con el burgrave —corroboró Cutbill—. Siempre me ha visto como un mal necesario. Por lo general, me permite actuar sin molestarme. A cambio, tengo bien atados a los delincuentes de la ciudad. Los ciudadanos más ricos se hallan bajo mi protección y los mejores distritos son seguros durante la noche. Si me eliminas a mí, y a la influencia que ejerzo, tendrás que responder ante un centenar de rollizos mercaderes.

Malden contuvo una exclamación. ¡El señor del crimen cooperaba con la mismas autoridades! No por primera vez, su admiración por el genio de Cutbill creció.

Cutbill apuntó una cantidad en su libro.

—Los ladrones de más baja índole actuarán sin control por las calles, y, por muchos que capturéis, otros ocuparán su lugar. No puedes permitirte el lujo de matarme.

Anselm Vry le quitó la pluma de la mano a Cutbill y la partió en dos.

—Préstame atención cuando te hablo. Voy a encontrar al ladrón que se llevó la corona. Y cuando haya demostrado que estaba relacionado contigo, Cutbill, tendré todas las justificaciones necesarias para transformar este sitio en un matadero. ¡Si no podemos prescindir de tu organización, te buscaremos un sustituto!

—Por supuesto —dijo Cutbill. Cerró el libro de contabilidad, pero con un dedo a modo de punto entre sus páginas—. Nadie es indispensable del todo. Pero necesitaríais algún tiempo para encontrar a un hombre con mis mismas habilidades, y todavía más para llevarlo a una posición donde os pudiera resultar útil. Y en este mismo momento precisáis de mis servicios. De hecho, si no pudierais contar con ellos, perderíais toda esperanza.

—¿Cómo es eso? —preguntó Anselm Vry.

—Tienes que encontrar la corona. Y rápido. Por el momento, puedes decir que el burgrave está enfermo y que no puede presentarse en público. Pero dentro de siete días tendrá que aparecer. Para entonces será la Natividad de la Señora y tendrá que encabezar la procesión. Su posición se lo exige. Y para entonces tendrá que llevar la corona.

—Podemos hacer una reproducción. Nadie va a notar la diferencia.

«Exacto», pensó Malden. Eso mismo era lo que Bikker había propuesto.

—No voy a hablar con rudeza. No sería conveniente, ahora que no estamos solos

—dijo Cutbill en voz muy baja—. Tanto tú como yo sabemos que eso no sería posible.

Vry frunció el ceño, pero no dijo nada.

Al otro lado del orificio, Malden frunció el ceño. Se preguntó que habría querido decir Cutbill. Una reproducción de la corona parecía una solución perfecta. Pero tanto Cutbill como Vry parecían creer que no serviría de nada. ¿Por qué?

—Estoy seguro de que tu guardia debe estar haciendo registros por toda la ciudad, buscando la corona por todos lados. Pero te garantizo que no la van a encontrar. Es obvio que el ladrón es lo bastante inteligente como para ocultarla bien.

—Irán casa por casa hasta encontrarla.

—No tienes suficientes hombres. Mientras que yo...

—¿Sí? —preguntó Vry.

—... dispongo de una red de chivatos y espías que está al corriente de todo lo que sucede en esta ciudad. Si empleo todos mis medios en la investigación, podría encontrar la corona y devolvérsela intacta al burgrave.

El bailío contempló a Cutbill, furioso, y al mismo tiempo dubitativo.

Cutbill abrió el libro de contabilidad por la misma página que antes.

Luego se levantó, y tomó otra pluma.

Le sacó punta con un cuchillo afilado. Luego la mojó en el tintero.

Volvió a sentarse.

Y empezó a escribir entradas.

Anselm Vry aún tenía la mirada fija en él.

«Cutbill no hace nunca una oferta si no sabe cuál será la respuesta», pensó Malden.

—No —dijo Vry.

Malden no se había esperado esa contestación.

El maestro del gremio de ladrones no reaccionó.

—No. Hace demasiado tiempo que tienes presa esta ciudad, Cutbill, igual que un halcón tiene un ratón entre sus garras. Fuiste lo bastante temerario como para creerte invulnerable. Pues bien: voy a demostrarte que no tienes razón. Encontraré la corona yo mismo antes de la Natividad de la Señora. Descubriré a los que la hayan robado y los torturaré hasta que me digan tu nombre. Y luego regresaré aquí y acabaré contigo y con todas tus operaciones. Voy a erradicarte.

Cutbill introdujo otra anotación en su libro de contabilidad.

—¿Me estás escuchando, ladronzuelo venido a más? —preguntó Vry. Una vena se le hinchó en la frente. Malden la vio palpar.

—Desde luego. Parece que nuestra conversación ha terminado. Ahora, si me disculpas, tendría que limpiar mi casa antes de que empiecen a llegar las entregas del día de hoy. —Cutbill se inclinó sobre el libro de contabilidad como si el bailío se hubiera marchado ya.

Vry resopló, pero luego hizo una señal a sus hombres y todos ellos salieron por la

puerta del despacho en dirección a la sala grande.

Y entonces, Cutbill se quedó solo. Durante un rato prosiguió con sus anotaciones. Luego suspiró y se pellizcó el puente de la nariz.

—Malden —dijo con voz clara—, el principal problema con los engaños es que todos los implicados tienen que saber hacerlos. Así, por ejemplo, tienen que saber distinguir el momento idóneo para salir del escondrijo, sin necesidad de que se lo manden. ¿Quieres salir de una vez? Tengo que decirte algo.

El corazón de Malden se vino abajo y se estrelló contra sus vísceras. Abrió la puerta de la cámara de espionaje y salió afuera. Cutbill le hizo un gesto para que se acercara.

—Me imagino que lo has oído todo —dijo Cutbill cuando tuvo ante sí al contrito y nervioso Malden—. Me imagino que habrás entendido la mayor parte de lo que hemos dicho. Seguramente te habrás dado cuenta de que nuestro bien amado bailío se encuentra en apuros. Y debes haber llegado a la lógica conclusión: que no permitirá que la corriente lo arrastre a él solo. Entenderás, pues, cuán grande es el problema que ha llegado a mis puertas.

—Sí —confirmó Malden.

—Parece que alguien ha cometido una imprudencia. Ha robado la corona del burgrave que estaba en la torre. Por supuesto que entiendo muy bien que un ladrón pueda codiciarla. Debe ser uno de los objetos más valiosos de esta ciudad. Pero no la habían robado nunca en los ochocientos años que han pasado desde que la forjaron. ¿Sabrías decirme por qué?

—Por... por las consecuencias que se seguirían de su robo.

—¡Exacto! —dijo Cutbill. Garabateó otra entrada en su libro de contabilidad—. Te considero inteligente y ésa es la prueba de que estoy en lo cierto. Me entiendes al instante. Entonces, ¿puedo dar por seguro de que jamás cometerías una imbecilidad, una estupidez tan irreparable, como para acabar con mi organización? Mucho me temo que no, no puedo darlo por seguro. Creo que has sido tú, Malden. Creo que has cometido una gran torpeza.

—Yo pensaba...

—Aquí —dijo Cutbill mientras escribía una entrada en el libro de contabilidad— haré constar el pago de tus deudas. Ciento un reales de oro, al contado. Y aquí —dijo, tras pasar una página—, el gasto de un chelín. —Cutbill se sacó medio penique de la túnica y se lo entregó a Malden.

—¿Para qué es esto? —preguntó Malden con un hilo de voz. Contempló la moneda que tenía en la mano.

—Es el finiquito tradicional. Cada vez que un ladrón abandona mi gremio, recibe esa cantidad.

—Ya veo.

Cutbill introdujo otra entrada.

—Se pone en la boca del ladrón. Después de cortarle la lengua para que la moneda quepa bien. Luego le rajamos la garganta. Normalmente sería Bellard quien te hiciese los honores, pero hoy... no está disponible. ¿Serías tan amable como para realizar tú mismo las operaciones necesarias con ese puñal tan ridículo que llevas?

Malden no podía respirar. Trató de hablar, pero no le salían las palabras. Incapaz de cargar con su propio peso, se sentó en una esquina del escritorio de Cutbill.

—Cuando te venga bien, por supuesto —dijo Cutbill sin levantar la mirada.

Malden sacó la daga y la sostuvo frente a sí mismo.

Habría podido... habría podido matar a Cutbill. Habría podido apuñalar al maestro del gremio. No había nadie en la sala que pudiera defenderle. Podía matarle y luego correr... y correr... y...

Y, a pesar de todo, no lo hizo. Cutbill debía haber tomado en cuenta esa posibilidad al ordenar a Malden que se suicidara. Debía tener buenos motivos para no temer el ataque de Malden. Tal vez... tal vez Cutbill contara con algún medio de defensa. Un embrujo contra las armas blancas. Un hechizo oculto en la manga. O un arquero bien escondido, a punto para matar a Malden de un flechazo al primer indicio de violencia.

Sí, seguro que Cutbill contaba con alguno de esos recursos.

Bajó el arma.

—Malden —dijo Cutbill—, has logrado algo que Vry no podría conseguir. Sin la ayuda de nadie, has destruido mi organización. Y sólo con emprender una acción extraordinariamente idiota. No quisiste decirme lo que ibas a robar.

—No... no quería implicarte a ti, ni al gremio —protestó Malden—. Y ya hemos ganado algo con ello... la piedra adivinatoria no descubrió mentira alguna en tu corazón. Y ahora Vry no tiene ninguna prueba de que yo trabajara a tus órdenes.

—¿Una prueba? Las pruebas son para los ricos. Cuando un hombre de rango social elevado tiene que comparecer ante un tribunal y enfrentarse al juicio de sus pares, se exigen pruebas. —Cutbill miró por primera vez a Malden—. La próxima vez que el bailío venga por mí, no habrá juicio. Conseguiré mi nombre, porque torturará a un número de personas suficiente como para que alguien me delate, tan sólo para poner fin al dolor. Y entonces hará lo que acaba de prometerme.

—Sólo dispone de siete días. No encontrará la corona en tan poco tiempo.

—Eso ya lo sabíamos todos. No será un inconveniente para que Vry me destruya.

—Yo sé dónde está —dijo Malden—. Ahora mismo. Por lo menos, sé quién la tiene.

—Esa información nos vendría bien. Lástima que un muerto no pueda hablar.

—Pero podrías decirle a Vry dónde se encuentra y...

—Eso no cambiaría nada. No. —Cutbill dejó la pluma y echó la cabeza para atrás, como si tuviera el cuello fatigado después de inclinarse durante tanto rato—. Con eso tan sólo lograríamos acelerar el proceso. La única esperanza, la única posibilidad que tengo de resolver esta situación en mi favor, sería la de recuperar yo mismo la corona. Si pudiera entregársela al burgrave antes de la Natividad de la Señora... bueno... él y yo tenemos ya un acuerdo. Entonces podría encadenar a Vry como el perro que es. Pero, por supuesto, no tengo manera de conseguir la corona, ¿verdad que no? Se encuentra en unas manos de las que no me atrevería a arrebatársela.

Malden negó con la cabeza. Sabía perfectamente hacia dónde se encaminaba todo aquello. Pero Cutbill quería que fuese él mismo quien sacara conclusiones. Malden tendría que recobrar lo que él mismo había robado. No le quedaba otra manera de salvar la vida.

—Deja que lo haga. Deja que acuda a la casa de Ha...

Cutbill chasqueó la lengua.

—... del hombre que la tiene —dijo Malden, y miró hacia los rincones de la sala, porque el muchacho se había dado cuenta de que Cutbill no quería que el nombre de Hazoth se dijera en voz alta—. Le pagaré para que me la devuelva. O se la quitaré con engaños.

—No es nada probable —dijo Cutbill.

—Déjame que lo intente —le rogó Malden. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Muy bien —dijo Cutbill—. Haz lo que puedas. Pero que quede bien claro: si fracasas, me van a matar.

—Ya lo sé —dijo Malden—. He oído...

—Me llevarán a la mazmorra, y una vez allí me darán tormento, y luego me ahorcarán. Tal vez me arrastren y descuarticen. Les llevaré unos días. Durante ese tiempo, mientras aún viva, tendré medios para contactar con los ladrones que me quedan. Siempre habrá unos pocos que se mantengan leales a mí. Se asegurarán de algo: en el mismo momento en el que yo muera, te rajarán la garganta de oreja a oreja. Si fracasas, Malden, moriremos los dos.

—Y si lo consigo... tendrás que darme una recompensa —dijo Malden.

—¿Eh? ¿Eso piensas? Dime, ¿cuál es el deseo de tu corazón? —le respondió Cutbill.

Malden se tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Mi vida, por supuesto. Y mi reincorporación a tus libros.

—Creo que no podré tener lo uno sin lo otro. Ve, Malden. No te queda mucho tiempo, así que lo mejor será que te pongas en marcha.

—Te prometo que lo...

—Ve —le repitió Cutbill.

Malden se marchó.

Habían ordenado caballero a *sir* Croy para que fuese un campeón en el campo de batalla, asesino de demonios, hombre devoto y pío. Lo habían entrenado desde su nacimiento para que capitanease compañías de hombres de armas y cabalgara corceles de temperamento fogoso.

Aquella noche lo llamaron para que emprendiera una misión muy distinta. El rico mercader que lo escondía de la ley insistió en que asistiera a una cena como invitado de honor. Tenía que exhibirse ante los invitados del mercader, como símbolo que demostraba la riqueza y generosidad del comerciante.

Era lo único que el mercader le había pedido a cambio de su hospitalidad. Croy no podía decirle que no. Pero, si en ese mismo momento una legión de demonios hubiera surgido de una grieta en el mundo, se habría alegrado de oler azufre como nunca en su vida.

—Dicen que el burgrave está enfermo... ¿lo habías oído, Croy? Tal vez se hirió al derrumbarse la torre.

Croy se volvió hacia la mujer que tenía a su izquierda, la misma que le había hablado. Se cubría la cabeza con un griñón y con un ridículo sombrero de cucurucho, tal vez para ocultar la no muy agraciada redondez de su cara. No recordaba su nombre. ¿Sería la esposa de un rico mercader... de un comerciante en sedas? O quizás en pieles. Croy sólo sabía que la mujer había tratado de ganarse su atención durante toda la noche, y que cada vez que hablaban le acariciaba la pantorrilla con su zapatilla. Los buenos modales le exigían a Croy que fingiera no darse cuenta. El caballero vio que la copa de la mujer estaba vacía y volvió a llenársela con la jarra de buen vino que estaba frente a él.

—No estoy al corriente de las últimas noticias —se disculpó él.

—Hoy el burgrave no ha acudido ante los tribunales —siguió diciendo ella, como si no lo hubiera oído. Al pasar una bandeja de alondras guisadas, la mujer ensartó una con el cuchillo y se la llevó al plato. Debía de ser el séptimo u octavo plato... habían de pasar varias docenas más, platos pequeños que salían a medida que los iban cocinando, como se acostumbraba a hacer en los banquetes de ese tipo. Cuando le llegaron las alondras, Croy hizo un gesto para indicar que se las llevaran. No estaba hambriento—. Yo he estado allí. Había un caso muy interesante a la espera de juicio: un hombre que había matado a su mujer. El hombre ha dicho que su esposa no le había sido fiel. Con eso normalmente se daría el caso por cerrado, pero los testigos han dicho que estaba embarazada, y la cosa se ha complicado. A mí me gusta ir de vez en cuando a los tribunales. Me gusta ver a los detenidos, están todos tan... desesperados... tan trastornados... me emociono un poquito al ver cómo les rechinan los dientes y ellos proclaman su inocencia.



Croy asentía educadamente mientras la mujer parloteaba sin cesar. Le habían enseñado a asistir a comidas de ese tipo y sabía cuál era el cubierto que tenía que utilizar, y cuándo se podía eructar, y lo que tenía que hacer para que no se le ensuciaran los dedos. Los caballeros tenían que dominar las normas de la cortesía. Pero nunca jamás había logrado disfrutar de un ágape que durase la mitad del día, y las piernas se le dormían después de tanto tiempo sin moverse de la silla.

Y sus pensamientos, por supuesto, se hallaban en otro lugar. No podía quitarse de la cabeza el rostro del ladrón, ese al que había seguido desde el Parque de la Señora hasta la Peste. Malden, se llamaba. Citera lo aguardaba en su barca cuando Croy había saltado desde el muro en el Monte del Castillo. ¿Qué clase de asuntos podía tener un hombre como ése con Citera? Croy tenía que descubrirlo.

—A veces me imagino que soy magistrado, y que entonces, cuando los condenados se arrodillan ante mí y me piden clemencia, les... oh... oh, perdón —dijo la esposa del mercader. Se había quedado pálida.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Croy. Había vuelto a prestarle atención.

—Es que... voy hablando sobre un hombre al que van a ahorcar y... y tú mismo estuviste en el patíbulo. Ahora mismo te buscan y estás aquí para ocultarte de la guardia. Ah, podrían venir en cualquier momento y... y... qué emocionante, me tienes abrumada. Pero me ha faltado tacto. Me perdonas, ¿verdad? Por favor, dime que me perdonas.

Las puertas que se hallaban al otro extremo de la estancia se abrieron silenciosamente y un rostro se asomó por ellas. La mano de Croy buscó de manera automática las armas que solía llevar a su espalda —aunque en ese momento, por supuesto, las tuviera guardadas en sus aposentos—. Estaba tenso. La inacción y las preocupaciones lo estaban transformando en un manojo de nervios.

—Por supuesto —dijo él—. ¿Quieres salsa de ésta?

—Mmm, sí, por favor —dijo ella, y lo miró profundamente a los ojos—. Aunque me perdones, sé muy bien que he sido cruel. ¿Quizá tendría alguna manera de... ganarme tu perdón?

Un lacayo en librea entró en la estancia y miró a lo largo de la mesa. Con movimientos silenciosos para no molestar a los comensales, anduvo hasta el lugar donde se sentaba Croy. Vaciló unos instantes hasta que por fin se agachó y le habló al oído.

—Mi señor tenemos un... un problema.

—¿Humm?

El lacayo se humedeció los labios, presa de la aprensión.

—Normalmente no interrumpiría vuestra comida, señor, pero... pero tenemos un problema. Una huésped no invitada, er, esto es... acaba de presentarse a la puerta, yo la habría obligado a marcharse, pero...

—Háblame con franqueza. No interrumpes nada que sea importante —le dijo Croy en voz baja.

—Una mujer, no, una dama, pero... pero en serios apuros, se ha presentado en la puerta y me ha rogado que le dijera dónde encontraros, y que os llevase con ella. Decidme una palabra, señor, y le daré una moneda y le ordenaré que se marche... pero había algo en ella que me ha hecho pensar que no es una mendiga. De hecho, creo que nunca había visto a una mujer con tatuajes en la cara...

Croy no aguardó a que le contara el resto. Se levantó de la mesa e hizo varias reverencias de cortesía antes de salir por la misma puerta por donde había entrado el lacayo. Tenía miedo de ofender a la esposa del comerciante, e incluso a su anfitrión, pero conservaba la esperanza de que pensarán que había tenido que salir para hacer uso del baño.

Citera lo aguardaba en el vestíbulo. Croy se dio cuenta al instante de que había llorado. Corrió hacia ella y le faltó poco para estrecharla entre sus brazos, al mismo tiempo que le preguntaba qué le había sucedido.

—No sabía de ningún otro sitio adonde pudiera ir —le dijo ella—. Sé que esto ha sido un error, pero... no podía quedarme en esa casa ni un momento más. Tenía que salir. Ahora te he puesto en peligro. Estoy segura de que me ha visto marcharme... y ahora sabrá dónde estás, Croy... lo siento tanto...

—Sé cuidar de mí mismo —le dijo él—. ¿Qué ha sucedido?

—Me ha castigado —dijo ella. Cerró los párpados con fuerza y se acercó a él. No lo tocó, pero sí acercó mucho su rostro al del hombre—. Le he fallado.

—¿A Hazoth? —preguntó Croy.

La mujer asintió.

Croy miró a la galería que se hallaba al otro lado del vestíbulo, pero no descubrió a nadie que los escuchara. Acercó una silla que había junto a la pared y Citera se dejó caer sobre ella. Croy se arrodilló a su lado y movió las manos a poca distancia de las de la mujer. Habría querido poder consolarla mejor.

—¿Qué quieres decir? ¿En qué le has fallado? —preguntó.

Citera negó amargamente con la cabeza.

—Pensarás que soy malvada —dijo—. Por favor... por favor, no pienses eso. Anoche... conociste a un ladrón en la calle, cuando era de noche, ¿verdad? Llevaba a cabo una misión para Hazoth. Negocios sucios. Yo tenía que irle al encuentro junto con Bikker y recoger el botín que había robado.

—A mí me pareció un buen muchacho —dijo Croy. Una punzada innoble le atravesó el corazón y no pudo contenerse—. ¿Es... amigo tuyo?

Citera negó con la cabeza.

—No, no es más que un ladronzuelo. Lo descubrió Bikker... necesitábamos un ladrón, y... bueno... es una larga historia. La cuestión es ésta: Hazoth llegó a la conclusión de que tenía que morir. De que estaba al corriente de demasiados secretos, y que, una vez que tuviéramos nuestro botín, había que matarlo. Bikker se ofreció para la tarea, por supuesto, pero parece que a Hazoth le pareció más divertido que el instrumento de su destrucción fuera yo.

—Y tú le has dicho que no piensas hacerlo, por supuesto.

Citera apartó el rostro.

—No tenía otra opción, Croy. Tengo que obedecerle. Así que, cuando hubimos despachado ese asunto, le... le pedí al ladrón que me besara. —Todo el cuerpo de Croy se quedó rígido, pero no dijo nada—. Lo entiendes, ¿no? ¿Entiendes lo que habría ocurrido? Todas las maldiciones que he guardado dentro de mí durante estos últimos cinco años se habrían liberado al instante dentro del cuerpo del pobre ladrón. Habría muerto al instante. Pero me ha rechazado. Por suerte para él, sabía tu nombre, y sabía el efecto que iba a tener en mí. Es muy inteligente para ser un ladronzuelo. Y entonces se ha marchado corriendo y no he podido darle alcance. Cuando he regresado y le he dicho a Hazoth que se me había escapado, se ha puesto furioso. Ha irrumpido en su biblioteca y ha derribado los libros que estaban en los estantes. En sus ojos refulgía la magia. He pensado que se volvería contra mí y que trataría de destruirme con un hechizo. Tiene un temperamento espantoso.

—¿Te ha hecho daño? Me has dicho que te había castigado... ¿qué te ha hecho? ¡Cuéntamelo, Citera! —Croy habría querido sujetarle las manos, o atraerla hacia sí y abrazarla. No lo hizo, por supuesto. Habría significado su muerte.

—No puede. Su magia no puede nada contra mí. Ni siquiera puede ordenar a sus guardias que me den una paliza. Y eso todavía lo ha enfurecido más. Así que ha hecho lo que yo había temido durante todo este tiempo. Se ha vuelto contra mi madre.

—Qué canalla —exclamó Croy.

—La tiene dentro de una de sus salas, atrapada dentro de un círculo mágico. Lleva mucho tiempo languideciendo allí dentro, a la merced de los caprichos de Hazoth, pero, hasta ahora, el brujo no se había aprovechado nunca de tenerla presa. Yo pensaba... creía que, cuando llegara ese momento, emplearía la magia contra ella. Que la destrozaría con una maldición, o quizá le atacaría la mente. Pero no lo ha hecho. —Citera se cubrió el rostro con las manos—. La ha hecho azotar —dijo—. Con un simple látigo de cuero. Diez azotes en la espalda, hasta que le ha hecho jirones la piel. Y... y me ha obligado a presenciarlo. —Bajó las manos y le miró al rostro—. Me ha hecho contarlos.

Croy se irguió cuan largo era.

—Espérame aquí mientras voy por mis espadas. Voy a matarlo. Te lo juro, Citera. Voy a acabar con él, y os liberaré a tu madre y a ti de su yugo, y entonces...

—Croy —dijo ella con voz débil, pero suficiente para detenerlo—. Croy, si vas ahora, armado, te destruirá.

—Si muero por el honor, por el amor, por la solidaridad con mis semejantes...

—Morirás de todos modos. No importa cuán nobles sean tus principios, sólo puedes morir una vez por ellos. Y entonces ya no podrás hacer nada por nadie. Yo no quiero que te hagas matar por mi madre, Croy.

—No puedes pedirme que escuche esta historia y no haga nada —insistió él.

—No —dijo ella. Se arregló el dobladillo del vestido. No. No he venido para eso.

Hay algo que sí puedes hacer. Algo en lo que sí podrías ayudarme.  
—Por fin —dijo Croy, y suspiró—. Explícamelo.

Malden necesitaba un plan, y lo necesitaba con desesperación. Necesitaba una estratagema que le permitiese entrar en la casa de Hazoth, donde tal vez encontrase la corona, y escapar con ésta a un lugar seguro. Tenía que pensar mucho y afinar su inteligencia como el filo de una navaja.

Pero, en primer lugar, tenía que emborracharse.

Se dijo que buscaría la inventiva en el fondo del vaso, que los mejores planes nacían de la osadía y la locura que comparecían tan sólo cuando la mente se embriagaba y la lengua se desataba.

Pero, sobre todo, tenía que emborracharse para perder el miedo.

—Cerveza —dijo, y el tabernero le sirvió. Malden hizo correr un cuarto hasta el otro lado de la barra, y éste, una vez allí, desapareció. No le quedaban muchos. Había elegido una taberna particularmente mugrienta en uno de los peores vecindarios de la Peste, no por el ambiente, sino porque era barata y le quedaba muy poco dinero. Las ventanas eran escasas y mugrientas, y estaban hechas con culos de viejas botellas de cristal sujetos con argamasa. Sólo unos pocos destellos de luz azul, verde y marrón lograban llegar al interior. Había una barra que era en realidad una puerta vieja sobre caballetes, y detrás de ésta un montón de barriles que rezumaban por los tapones. Tenía pocas mesas, pero la mayoría de los parroquianos se quedaban de pie y bebían de sus botas de cuero y se limpiaban con las mangas. Malden entró en el momento en el que terminaba una pendencia, y un pobre imbécil había quedado inconsciente en el suelo. La camarera le pasaba por encima cada vez que tenía que ir por allí.

—Más —dijo Malden cuando hubo apurado la jarra. El tabernero aguardó a que sacara otro cuarto de la bolsa y lo dejara sobre la barra.

El miedo a la muerte no era una novedad para Malden. En su primer encuentro, Cutbill lo había amenazado como si tal cosa, y el joven había aceptado el reto sin la más mínima vacilación. Pero aquello había sido distinto. La amenaza le servía como espuela, para empujarle a emprender la acción que Cutbill deseaba. En ese caso había quedado claro que Malden conservaba una opción, que tenía una posibilidad de salvarse. Que había sido una negociación de buena fe. Malden había corrido peligro de muerte en incontables ocasiones a lo largo de los años, y en todo momento había preservado su buen humor y encontrado la manera de salir del problema. Incluso en el palacio del burgrave, donde se había enfrentado a la muerte que le deparaban las trampas y aquel demonio, había sabido que encontraría una manera de salir bien parado si tenía inteligencia suficiente.

Pero robarle a Hazoth era otra cuestión.

Bikker lo mataría en el mismo momento en el que entrase por la puerta. La casa entera se hallaba bajo el poder de un hechizo... había visto cómo aquel bandido se

elevaba por los aires y quedaba atrapado como un estornino en las zarpas de un gato. Había guardias armados por toda la mansión de Hazoth y no tenía manera de atraer su atención hacia otro lado.

Lo peor de todo: aunque triunfara en su empeño y lograra entrar en los aposentos más secretos del hechicero, caería, víctima de la magia.

Los hombres que se valían de la hechicería no eran sabios. La magia era impredecible en el mejor de los casos. Los estudiantes de las artes ocultas tenían más posibilidades de hacerse explotar a sí mismos —o de verse arrastrados en cuerpo mortal hasta el abismo por obra de demonios enfurecidos— que de vivir lo suficiente como para sacar algún provecho de su oficio. Sin embargo, los que triunfaban en su estudio se volvían muy poderosos. Obtenían habilidades que los mortales comunes a duras penas podían imaginar. Y Hazoth era uno de los brujos más grandes de la Historia. Malden había empezado a creer en todas las historias que se contaban sobre él. Se decía que Hazoth había expulsado a los elfos del sur de Skrae al hacer que todos los árboles en una franja de ciento ochenta kilómetros se muriesen en una única noche. A veces, los viejos hablaban del día en el que Hazoth había hecho desaparecer a un ejército bárbaro sin la ayuda de nadie, o de cuando un gesto de su mano había hecho que los sanguinarios guerreros de cuerpo pintarrajeado echaran raíces en el lugar donde se encontraban, y no pudieran hacer nada salvo gritar y maldecir, hasta que los guerreros de Skrae les habían dado muerte a placer. Las historias sobre lo que Hazoth había hecho con los hombres que se habían opuesto a él eran demasiado escabrosas para que Malden quisiera recordarlas todas.

Hazoth podía arrojarle a Malden una terrible maldición que convertiría el resto de su vida en un infierno. Podía volverle la piel del revés. Podía hervir el estómago de Malden sin sacarlo del cuerpo, para que estuviera varios días cagando partes de sí mismo hasta morir. O podía, simplemente, arrancar la carne de los huesos de Malden con una palabra y un gesto de la mano.

—Otra —dijo Malden, y arrojó la moneda sobre la barra. Empezaba a sentir el alcohol en las venas. No le sirvió de nada.

Para distraerse, se volvió y observó a las gentes que se hallaban en la taberna. La mayoría de los parroquianos eran gentes honradas... trabajadores con sus delantales de cuero, sucios de harina, o de cera de vela, o del hollín de una forja. Hablaban entre sí con voz fuerte y se reían de buena gana, y golpeaban los pies en el suelo cuando contaban alguna broma o hacían un juramento. Al fondo de la sala, cerca del hogar, se jugaba una partida de cartas. Los jugadores tenían pintas de matones que le saltarían a uno a la garganta a la primera provocación. Jugaban en serio, y estaban casi en silencio mientras se turnaban en arrojar los triunfos. Las cartas con las que jugaban eran desconocidas para Malden, y por ello el muchacho se acercó para verlas. Uno de los jugadores, un esmirriado con la barba revuelta y una capa de porquería en la frente, lo miró y gruñó, pero los demás le insistieron en que jugara su mano y no le prestó más atención a Malden.

El juego, según vio, no podía ser más sencillo. Las cartas eran trocitos de papel con las figuras dibujadas a mano en una cara, y nada en la otra. Estaban numeradas de uno a diez. Cada uno de los jugadores tenía una mano de cinco cartas sacadas al azar de la baraja. El jugador arrojaba al centro de la mesa un número de monedas proporcionado al valor de sus cartas, y los demás tenían que igualar su apuesta o perder la mano. Luego, el jugador había de mostrar las cartas para que el resto viese lo que tenía. Si ninguno de los demás lo superaba, se quedaba con todo el dinero. Todos los que habían jugado sacaban una nueva carta y se iniciaba de nuevo el ciclo de apuestas.

Uno de los jugadores tenía ante sí la mayoría de las monedas. Estaba claro que las cartas lo habían favorecido. Por la rabia con que lo contemplaban, se notaba que los demás no acababan de creerse su buena suerte. El afortunado no se molestaba en mirarlos. Se detenía en su juego tan sólo para tomar un trago. Por extraño que parezca, había metido una pajita en la jarra y, cada vez que quería beber, se la llevaba a los labios y sorbía cerveza, como si hubiera hecho pasar agua por una cañería.

—¿Quieres jugar, chaval, o sólo mirar? Porque por mirar también se paga —dijo el jugador afortunado. Los demás se rieron a carcajadas, pero Malden se quedó boquiabierto. Había prestado atención a las cartas, pero no a las caras de los jugadores, porque, en el caso contrario, habría reconocido en seguida a aquel hombre.

—¿Kemper? —dijo—. ¿Qué haces aquí?

Un estremecimiento de ira recorrió la mesa. Todos los jugadores, uno tras otro, miraron con ojos desorbitados al hombre con suerte.

—¿Kemper? —preguntó el jugador de la cara sucia mientras se levantaba de su taburete—. Había oído hablar de un sujeto llamado Kemper. Dicen que es un tramposo.

—Pues entonces será que mienten, ¿no? —le dijo Kemper—. Ahora siéntate de nuevo, perro de mala raza.

—¡Yo no me siento a la mesa con un tahúr!

—Juega o márchate, a mí me da igual.

—Llevas todo el día quitándome el dinero —gritó el jugador—. Déjame que vea esas malditas cartas que has traído. ¡Seguro que están marcadas!

—Siéntate y juega —repitió Kemper.

Malden se apartó al ver que el jugador agarraba la mesa y la arrojaba al suelo. Monedas y cartas salieron volando, y el hombre se lanzó contra Kemper. De improviso, el cuchillo de su cinturón se hallaba en su mano. Kemper no se levantó de su asiento, aunque el jugador le estaba dando una cuchillada tras otra en el pecho.

Se oyeron gritos y chillidos por los cuatro rincones de la sala, y el tabernero salió de detrás de la barra con una pica, pero la pelea ya había terminado. El jugador se había quedado blanco como la leche y tenía la mirada fija en el cuchillo que él mismo sostenía con la mano. No había sangre en él. Retrocedió, tambaleante, y Malden vio que Kemper no había sufrido ningún daño, que estaba sentado con perfecta

compostura en su taburete, con las cartas en la mano.

—Pon todo esto en orden —le dijo Kemper al otro jugador— y volvamos a jugar, venga.

El jugador de la cara sucia salió farfullando de la taberna. Los demás se apartaron de Kemper, como si hubieran visto aparecer un demonio. Todos ellos, salvo uno de los que apostaban, que estaba en cuclillas y trataba desesperadamente de agarrar las monedas que habían caído al suelo.

—Déjalas —insistió Kemper—. Son mías. Por las molestias.

El codicioso jugador asintió y se marchó a toda prisa.

—Ah, muchacho, no llegas en el mejor momento. Pero me alegro igualmente de verte —dijo Kemper, y se levantó del taburete. Se metió las cartas en el bolsillo y se acercó a Malden.

—Ese cuchillo... iba directo hacia ti —dijo Malden. Se preguntó si en su rostro se pintaría su estupefacción—. Pero no tienes ni una sola gota de sangre.

Kemper se rió.

—Ven, dame la mano y verás por qué. —Le tendió una mano encallecida y cubierta de cicatrices, y Malden trató de estrechársela.

Pero no lo consiguió. La mano de Malden pasó a través de la de Kemper como si no hubiera estado allí. No sintió nada, salvo un frío viscoso, como si hubiera tratado de sujetar un retazo de niebla. Malden dio un respingo y trató de agarrar las manos del hombre, y luego su cabello. No logró tocar nada. Como si hubiera tratado de forcejear con su propio reflejo en un espejo.

—Eres... un fantasma —dijo Malden.

—Un fantasma viviente —confirmó Kemper—. Lo cual es la contradicción más triste que conozco.



A partir de entonces, Kemper atrajo demasiadas miradas para poder estar cómodamente en la taberna. Recogió las cartas y la pajita para beber —y, por supuesto, las monedas que se habían caído por el suelo— y ambos salieron a la calle. Quizá para afrontar a los que lo habían mirado mal, Kemper le dio sus cosas a Malden y atravesó la puerta cerrada, con lo que suscitó no pocas exclamaciones. Malden les hizo una reverencia a los atónitos parroquianos y luego trató de salir también por la puerta, y se golpeó la cara contra las tablas de madera. Quizá los tres vasos de cerveza habían tenido más efecto de lo que él pensaba.

Sin mirar atrás, abrió la puerta y salió a la calle. Kemper lo esperaba. Silbaba notas al azar que no llegaban a unirse para formar una canción.

—Me alegro de verte, muchacho, desde luego que sí. Siempre es un placer tener compañía que permita hablar con franqueza. Así, uno no tiene que esforzarse por guardar secretos ni ser discreto. Me voy a quedar tan sólo con esto —dijo Kemper, y volvió a tomar sus cosas. La pajita y las monedas fueron a parar bajo su túnica, pero se quedó con las cartas en la mano y las fue barajando mientras caminaba.

—¿Cómo es que puedes sostener esas cartas, pero no una jarra? —preguntó Malden. Había llegado a la conclusión de que la pajita era necesaria, porque la mano de Kemper habría pasado a través de cualquier recipiente que tratara de agarrar.

—Bueno, vamos a ver... —dijo Kemper, y entonces se detuvo e irguió el mentón como un orador—. La maldición que padezco es poderosa, pero imperfecta... no sé si entiendes lo que te digo. Si me concentro en algo con la fuerza suficiente, puedo agarrarlo. A base de práctica, he llegado a coger prácticamente cualquier cosa. Como la pajita, y las cartas. Ya eran mías antes de que te mearas por primera vez en la cama. He llegado a dominar cosas tales como sentarme en una silla y tumbarme en la cama, y puedo comer y beber. Parece que el brujo que me hizo esto me quería con vida, para que no hallara la paz en la muerte. No he tocado a una mujer ni me he cambiado de ropa desde el día en el que me dejaron así.

—Es una situación deplorable —se compadeció Malden.

—Pero te digo una cosa: tiene sus compensaciones para caballeros de fortuna como tú y como yo. Pocas son las celdas que logran retenerme, y puedo llevar monedas, siempre que sean de plata. Ya lo ves. —Sacó una moneda con los dedos y se la arrojó a Malden.

—¿Sólo plata?

—No creo que ninguna persona viva pueda explicarlo. Pero la plata es un metal que no se ve nunca afectado por la magia.

—No sé si lo entiendo —reconoció Malden.

El tahúr suspiró.

—Alguna virtud del metal, alguna propiedad oculta, o quizás un defecto en la propia urdimbre de la magia, ¿quién sabe? Pero es un hecho. La plata atravesará cualquier hechizo y no hay maldición que funcione contra ella. Así, aunque sufra el castigo por mis pecados, aún puedo agarrar monedas de plata.

—¡Ah! Por eso te habían puesto cadenas de plata... en la mazmorra del burgrave —recordó Malden—. Me pregunté por qué habían empleado un metal tan caro para sujetarte.

—Sí, muchacho. Sólo la plata puede retenerme, y la mayoría de los lugares son demasiado pobres para proporcionarse un cordón de plata para el zapato. Ya puedes imaginarte las ventajas que todo esto brinda a un hombre de mi profesión.

—Y cuando desapareciste... yo pensé que habrías subido por las escaleras de la mazmorra, pero debiste atravesar las paredes. —Malden, en su asombro, negaba con la cabeza—. Sí, ya veo las ventajas que te procura.

—Eres un muchacho listo, ya lo veo —dijo Kemper—. Tengo que decirte que no fue fácil. Tuve que caminar por dentro de roca maciza a lo largo de un trecho que me pareció de varios kilómetros. Nunca me he acostumbrado a esas cosas. Tienes que moverte a ciegas como un murciélago durante todo el recorrido, y no dejas de preguntarte si saldrás al aire libre a veinte metros sobre el Skrait. —El tahúr se balanceó ligeramente mientras caminaba... era obvio que había bebido y no estaba totalmente sobrio—. O si... si... eso sería mucho peor... si caminaras sin cesar, a profundidades cada vez mayores, y acabaras en el abismo, y el viejo y feo Sadu te mirara con sus ojos de fuego. Siempre he pensado que, si algún día me ocurre, lo saludaré con cortesía y pasaré de largo como si fuese yo quien mandara allí. La confianza en uno mismo es clave en nuestro oficio. Espera... espera, muchacho, voy a mear.

Malden se quedó en una esquina y aguardó a que el tahúr terminara. Tuvo que reconocer cierta curiosidad... ¿los meados de Kemper serían inmateriales como su cuerpo? Pero pensó que sería de mala educación preguntárselo.

—¿Qué te parece ese sitio? ¿Crees que les gustará si entramos a jugar?

Malden levantó los ojos y vio que habían llegado a la puerta de otra taberna. Había muchas en la Peste. La reconoció por su cartel, en el que figuraba la cabeza de un ogro.

—Es el sitio donde el sacerdote local de la Señora acude a beber —dijo, y negó con la cabeza—. Aquí vienen gentes honradas.

—Ésas son las que más me gustan —dijo Kemper con una sonrisa—. Las gentes honradas dudan siempre de la honradez de sus semejantes. Y si sabes que un hombre no confía en ti, también sabes cómo engañarlo. —Le hizo un gesto a Malden para indicarle que abriese la puerta.

A continuación bebieron mucha cerveza, y Kemper tuvo la elegancia de pagar la cuenta con las monedas que había ganado. La noche perdió su continuidad narrativa y se disolvió en una serie de incidentes aislados, separados por lapsos desdibujados que

Malden no logró recordar con nitidez al día siguiente. Sabía que se había cantado mucho y que le habían animado a contribuir con su propia voz, carente de educación musical. Se había apostado mucho y Kemper había tenido algo más que suerte.

En algún momento de la noche le había confiado a Malden el secreto que le permitía triunfar.

—¿Ves esas cartas? No tienen ni una sola marca, nada de eso —le susurró mientras pasaban el río Skrait por el puente de Turnbull—. A eso me refería antes: si un hombre no confía en ti, eso te permite aprovecharte de él. Ellos esperan que los engañe. Piensan que las cartas van a estar marcadas. En otras ocasiones he visto cartas marcadas, tan bien marcadas que parece que se vaya a necesitar un enano para descubrirlo. Pero no: siempre, siempre hay un tipo listo que descubrirá las marcas, porque las busca. Es cuestión de tiempo el que descubra cómo lo has hecho. Y entonces el juego ha terminado, ¡anda que sí! No, mi secreto es más sencillo. Me fijo en la suciedad de las cartas, porque a lo largo de los años las ha tocado un buen número de dedos grasientos, y en su desgaste. ¡No me hace falta marcarlas! Venga, muchacho, huele esto.

Malden retrocedió cuando el tahúr maldito le aplastó el diez de campanas<sup>[1]</sup> contra la cara. Tuvo que reconocerle cierto aroma a ropa sin lavar.

—Está hecha una porquería —dijo Malden.

—¡En absoluto! Huele igual que mi sobaco, ¿verdad que sí? Y cada vez que un hombre agarra esa carta, yo la huelo desde el otro extremo de la mesa. Y cada una de las cartas tiene su propio olor, ¿entiendes? Y gracias a mi fina nariz, sé en seguida si tengo cartas buenas o malas. Con el tiempo y la práctica he llegado a conocerme estas cartas mucho mejor que el dorso de la mano, a fe mía.

—Brillante, simplemente brillante —dijo Malden mientras se reía, porque había llegado al punto en el que todo le parecía admirable, el mundo era encantador y la muerte se encontraba más lejos que nunca.

La noche les proveyó con toda clase de diversiones. Hubo un momento en el que los persiguió la guardia, pero escaparon sin dificultad: Malden se escondió en un callejón oscuro que se empleaba sobre todo como retrete, y Kemper caminó a través de una pared.

Los echaron de varias tabernas, en algunos casos mediante la fuerza. En cierta ocasión, porque Kemper le había tocado el culo a una camarera. La mano pasó a través de la falda, por supuesto, pero la chica había notado algo. Se le había puesto la cara muy blanca y había soltado la bandeja, y se había vuelto, airada y furiosa, para enfrentarse a su acosador... y había visto tan sólo a Malden, sentado en el banco con cara de inocente. Lo único que pudo hacer fue salir tambaleándose del lugar y una vez en la calle se encontró con Kemper, que se reía a carcajadas. Al primer indicio de que pudieran tener problemas, el tahúr se había escapado a través de la pared y se había puesto a salvo, y había dejado que fuera Malden quien se enfrentase a la cólera de la camarera.

Al darse cuenta de lo que había hecho Kemper, Malden sólo pudo reír, y reír, y reír.

Luego vomitó desde un puente. Después se sintió débil y ansioso, y Kemper le aseguró que la mejor cura para sus dolencias sería beber más cerveza. Malden le dio la razón con entusiasmo.

La juerga terminó momentos antes de la aurora... pero terminó mal. Habían caminado hasta las murallas de la ciudad sin quererlo, y Malden se detuvo al ver frente a sí las Murallas del Parque. Volvía a estar enfrente de la casa de Hazoth.

—Kemper —dijo Malden—. Kemper.

—¿Qué?

—El brujo que te maldijo... que te transformó en... en... ¿el brujo que te maldijo se llamaba Hazoth?

Kemper se rió hasta perder el resuello.

—¿Hazoth? ¿Se te ha ocurrido que podía haber sido él? ¿El gran maestro de los hechiceros? ¿Ese viejo cabrón? Por los ocho dedos índice de Sadu, ¡que no me encuentre yo con tal destino! No, muchacho, no. No, sólo fue un brujo de poca monta en un pueblo de mala muerte a ciento ochenta kilómetros de aquí.

—Pero ese... ese brujo... debía ser... ya me entiendes... muy poderoso... para hacerte eso.

Kemper negó violentamente con la cabeza.

—No... en comparación, el marica que me fastidió a mí... en comparación con tu Hazoth... era como un escupitajo en el océano. La magia es fuerte, lo es. No se pueden tomar en broma ni siquiera las maldiciones ligeras. Pero me estremezco sólo de pensar en lo que Hazoth podría hacerle a un cuerpo. Quizá te arrancaría la carne de los huesos y te haría bailar una giga. O abriría una grieta en la tierra, debajo de tus pies, y te dejaría caer en el abismo como un guijarro en un pozo.

—Ah —dijo Malden, y vomitó de nuevo. En parte por el alcohol. Sobre todo, por el miedo.

—Entonces, ¿eso es su casa? —preguntó Kemper.

—Eso es su casa —dijo Malden, y señaló la mansión del hechicero al otro extremo—. La corona debe de estar dentro. —A lo largo de la noche se lo había contado todo a Kemper: incluido el hecho de que no le quedaba otro remedio que entrar allí y volver a robar la corona—. No creo que me la dé —dijo.

Kemper barajó las cartas con una mano, hazaña meritoria, si tenemos en cuenta lo borracho que estaba. Entonces dio la impresión de que pensaba en algo.

—¿Se lo has preguntado?

Malden parpadeó y trató de aclararse la cabeza. No estaba seguro de si las últimas palabras de Kemper habían sido un toque de genio, o mera locura.

—Bikker me mataría nada más verme —dijo por fin, y negó con la cabeza.

—Pues espera a que Bikker no esté en casa —dijo Kemper. Entonces le vino hipo y tuvo que sentarse durante un rato.

—Sería demasiado... demasiado peligroso —insistió Malden—. No, tengo que entrar a escondidas. Pero ¿cómo? Una pared mágica invisible rodea ese sitio, por no hablar de los guardias y los perros, y de Cit... Citera. Yo también tendré que sentarme...

No se sentía nada bien. Trató de apoyarse en el hombro de Kemper y cayó a través de él, y los dos se rieron hasta quedarse sin aliento.

No era difícil entrar en el palacio del burgrave, siempre que se hiciera a la luz del día y se mantuviese la apariencia de que se había ido allí para hacer algo útil. Los habitantes del palacio consumían a diario enormes cantidades de comida, bebida, leña y otros suministros. Las carretas entraban y salían casi en todo momento por las enormes puertas de hierro de los muros del Monte del Castillo. Los trabajadores que transportaban sacos de harina, piezas de tocino y barriles de aceite para las lámparas entraban en palacio por una puerta trasera, cercana a las cocinas. En ese día tuvieron que hacer cola, porque el patio estaba abarrotado de trabajadores, albañiles, arquitectos y picapedreros que se encargaban de la calculada demolición de lo que había quedado de la torre. Se formó un revoltijo de gentes vestidas con todos los colores y estilos imaginables.

Croy entró al mismo tiempo que una carreta cargada de grano. Un guardia lo paró en la puerta, pero no porque lo hubiera reconocido. El agobiado guardia no hizo más que asegurarse de que Croy no llevara armas y luego lo dejó pasar. Aunque lo buscaran por haber escapado del patíbulo, el guardia no llegó a fijarse en su cara.

—Estás bajando la guardia, Anselm —dijo Croy, riéndose entre dientes, al cruzar el patio en dirección a palacio. No había arqueros en lo alto de los muros, y los pocos guardias que vio discutían con los albañiles en las ruinas de la torre. Los albañiles habían montado una voluminosa grúa que les servía para retirar los trozos de piedras pero, al parecer, los guardias pensaban que con ese método iban a provocar daños en palacio. Los albañiles argumentaban que ellos sabían muy bien lo que hacían y que los tenían que dejar trabajar. Entre tanto, los peones permanecían ociosos, estaban por allí apoyados en sus picos y palas, y en algunos casos compartían una jarra de vino. Un grupo de aprendices, críos de no más de diez años, habían empezado a darle patadas a una pelota por el patio, mientras aguardaban a que la discusión terminase. Croy aprovechó la confusión y se coló por la puerta trasera de palacio, y pasó por el lado del administrador del palacio. El viejo senil estaba demasiado ocupado con el recuento de cubos llenos de candelas para prestarle atención.

Al otro lado de los almacenes se hallaban las habitaciones de los sirvientes, más pequeñas y estrechas, que la celda que le habían asignado a Croy en las mazmorras. Durante el día, las habitaciones estaban desiertas... los sirvientes habían ido a trabajar, por supuesto. Croy subió por una escalera de caracol que se hallaba al final del pasillo y salió al segundo piso, cerca de las habitaciones del burgrave. El despacho de Vry estaba cerca, por si el burgrave lo llamaba con urgencia.

Había un guardia al final de la escalera. En cierta manera, Croy se alegró de verlo. No le gustaba la idea de que personas tan importantes fueran vulnerables. El guardia vestía una chaqueta de cuero con piezas de hierro en los hombros y

antebrazos, y un yelmo redondo de visera ancha. Como era un día cálido —durante la Natividad de la Señora hacía sol—, el guardia se había quitado la capucha acolchada que habría tenido que llevar bajo el yelmo. Cruzó la alabarda y le ordenó a Croy que se detuviera.

—¿A qué has venido? —le preguntó.

—Traigo un mensaje para el bailío —dijo Croy, esforzándose por poner voz de asustado. Pensó que un mensajero de verdad se habría quedado con la mirada fija en el filo de la alabarda, y por ello volvió la cabeza para fingir que la observaba. Sus ojos, sin embargo, no se apartaban de las manos del guardia.

—Entrégamelo y yo me encargaré de que le llegue.

—Ah, ¿lo quieres? —dijo Croy—. Muy bien. —Sacó la porra que había llevado oculta bajo la capa y golpeó al guardia en la sien. El yelmo resonó como una campana y el guardia cerró los ojos. Croy logró a duras penas agarrarlo antes de que se cayera al suelo.

Entonces, Croy se quedó totalmente inmóvil, agazapado en el último trecho de escaleras, con el guardia en los brazos, y escuchó. El eco metálico del yelmo había resonado mucho más de lo que había previsto, y quería saber si alguien lo había oído.

Oyó que los trabajadores, fuera, rezongaban por tener que descargar lo que habían traído. Oyó los cascos de un caballo que resonaban sobre el pavimento del patio. Oyó un guardia en lo alto del muro que saludaba a su compañero del otro lado, y le preguntaba si todo andaba bien. No oyó lo que se había temido: ni gritos de alarma, ni voces en palacio que preguntaran qué había sido ese sonido. Nadie llamó al guardia inconsciente para preguntarle si había ocurrido algo.

Muy bien. No sería nada fácil lograr que el guardia volviese a bajar las escaleras, pero Croy tenía buenos músculos en los brazos y una espalda fuerte. Empujó al guardia hasta una habitación, lo desnudó de su armadura y le ató las manos a la espalda. Pensó que, si amordazaba al guardia, estaría a salvo durante un tiempo. Por decencia, cubrió su cuerpo con su propia capa, y luego se vistió con la chaqueta de cuero y el casco. Encontró la capucha acolchada dentro del cinturón del hombre y también se la puso. Le ocultaría los cabellos rubios y el mentón cuadrado.

Luego se dirigió al segundo piso y fue directo a la puerta del despacho de Anselm Vry. Iba a llamar con los nudillos, con la intención de anunciar que acudía con un mensaje del concejo y que se aguardaba una respuesta. Así lograría que Vry abriese la puerta.

Pero, antes de llamar, se detuvo y escuchó un momento... y oyó una conversación al otro lado de la puerta que le llamó la atención.

—Tienes que ponértela. El pueblo espera verte con esa túnica. —Era la voz de Anselm Vry, sin duda alguna.

Croy no reconoció la otra voz. Era la de un hombre adulto, pero se le notaba cierta petulancia infantil... y, al mismo tiempo, sonaba hueca, como si su propietario estuviese enfermo, o, para el caso, se hubiera transformado ya en espectro.

—No puedes obligarme. No puedes obligarme a hacer nada. ¡No tengo por qué!

—Si no quieres ponerte la túnica —dijo Vry, aparentemente exasperado—, no podrás aparecer en público. Tendré que hacerte encerrar en tu habitación. Y entonces veremos si eres muy libre.

—Soy libre. ¡Soy libre! Cada noche, cuando se la llevaban... cada noche tenía sueños. ¡Soñaba con esto! Y por la mañana, cuando me la traían de nuevo, lloraba. No me la... no me la volverás a traer, ¿verdad? ¡Prométemelo!

—Lo prometo. Ahora ponte la túnica. Y deja de lloriquear. No es lo que te corresponde. Después de la Natividad de la Señora, todo será distinto. Sueña con eso.

«Basta». Croy no había tenido nunca por costumbre escuchar por el ojo de la cerradura. No le gustaban los chismes, ni enterarse de los secretos de otros. Llamó a la puerta y se anunció con voz firme.

—Un mensaje, Honorable. Del concejo.

—Maldita sea... ¿ahora qué quieren esos tenderos? —dijo Vry al otro lado de la puerta. Croy oyó unos pasos que se acercaban y dio un paso atrás para que pudiese abrirse la puerta. Vry asomó la cabeza y le tendió una mano de dedos largos—. Dámelo y márchate —dijo.

Croy agarró la mano y arrastró al bailío hasta el pasillo. Vry llamó a gritos a los guardias, pero Croy fue suficientemente rápido en sujetarle la garganta con el brazo e impedirle que se moviera.

—¿Has venido... a matarme, Croy? No parece... que sea tu estilo —logró mascullar Vry mientras Croy le oprimía la tráquea.

—No se me ha ocurrido otra manera de conseguir una audiencia contigo, Anselm. No, estoy aquí por la razón que te he dicho, para entregarte un mensaje... pero no de los maestros de los gremios. Si te suelto, ¿me vas a escuchar? Dispongo de información vital que te iría muy bien.

—Te escucharé —dijo Vry con voz estrangulada. Croy lo soltó—. Te escucharé y luego te haré arrestar. No sé cómo has logrado llegar hasta aquí y tampoco alcanzo a ver cómo esperas salir con la cabeza sobre los hombros. ¿Qué mensaje puede ser tan importante como para que arriesgues la vida por él?

—El hechicero Hazoth tiene la corona del burgrave —dijo Croy.

—¿Qué? ¿De qué me hablas?

Croy negó con la cabeza.

—No hace falta que finjas. Lo sé todo. Y ahora tú también lo sabes. La corona está en lugar seguro, dentro de un cofre de plomo sellado, en los aposentos privados de Hazoth. No tengo ni idea de lo que pretende hacer con ella. Ya está. Ahora me marcho.

—Tienes razón —dijo Vry—. Es información vital. Supongo que no me vas a contar cómo la has obtenido.

—Me he comprometido a no revelarlo.

—Por supuesto, por supuesto. —Croy asintió—. Hazoth —dijo. Se dio golpecitos



en el labio superior—. ¿Crees que podrías quitarle la corona?

—¿Yo solo? No. Pero tú sí podrías reunir soldados suficientes para arrebátarsela, ¿verdad que sí?

—Creo que sí podría. Tengo que darte las gracias, Croy. —Vry le dio una palmada en el hombro—. Ojalá pudiera saldar esta deuda. Pero sabes bien que la palabra del burgrave es ley, y que ha ordenado tu muerte. ¿Puedo hacer algo por ti sin contradecir su decisión? No está en mi poder indultarte, aunque me gustaría hacerlo.

Croy agarró a su amigo por el antebrazo.

—Dame algo de ventaja para que pueda escapar. Espera unos cinco minutos antes de llamar a tus guardias. Con eso me bastará. Ah, y, Anselm...

—¿Sí? —preguntó el bailío.

—Tendrías que estar más pendiente de quién entra y quién sale por vuestras puertas. —Croy miró al bailío con una ancha sonrisa y le hizo una reverencia—. Aún estoy al servicio del burgrave —dijo—. Estaba claro cuál era mi deber.

Y, con todo... las palabras supieron a falso en el paladar de Croy. Porque, en verdad, no era por el burgrave por quien había ido a palacio. Citera se lo había contado todo acerca del robo de la corona y habían trazado juntos aquel plan. La mujer no podía dejar de servir a Hazoth mientras éste tuviera presa a su madre... y el brujo no la dejaría marchar mientras viviera. Croy no podía destruir por sí mismo al hechicero. Por muy fuerte que fuera su brazo, por muy poderosa que fuese la hoja de *Matafantasmas*, no podría enfrentarse a la magia de Hazoth.

Pero, si llegaba a saberse que Hazoth se hallaba tras el plan para dejar en ridículo al burgrave... quizá las ruedas de la justicia girarían en la dirección adecuada, por una vez. Anselm Vry llevaría a todos los guardias de la ciudad contra la casa de Hazoth y entonces se vería cuán fuerte era la magia de éste.

Sin embargo, Anselm Vry no fue el primero en acudir a la mansión de Hazoth.

El primero fue Malden.

Se había pasado la mayor parte del día oculto entre los arbustos del prado comunal de las Murallas del Parque, agazapado cual bandolero, sin ni siquiera una jarra de *brandy* que le hiciera compañía. Lo último que quería tras la noche de juerga con Kemper era beber más alcohol.

No le fue nada difícil permanecer quieto. Cada vez que se movía, sentía que los sesos se le movían dentro del cráneo. Se notaba débil y ansioso. No estaba seguro de si se debía a la resaca, o al miedo.

Al otro extremo del prado comunal se abrió la puerta de la mansión de Hazoth, y Bikker salió a grandes zancadas. Eso era lo que Malden había esperado. El barbudo hacía sonidos metálicos al caminar —Malden lo oía desde el otro extremo del prado comunal— y se rascó la axila mientras se dirigía a la Antigua Calle del Pescado, la que conducía hasta los muelles del río Skrait. Malden no tenía manera de saber qué iría a hacer allí, pero tampoco le importaba. Siempre que Bikker no regresara durante, por lo menos, una hora.

Cuando Bikker estuvo lejos, Malden se puso en pie entre dolores y anduvo por el prado comunal. Habrían podido verle desde la casa de Hazoth. Le acuciaba el deseo de dar media vuelta y huir, o de, por lo menos, acercarse de una manera menos obvia. A un lado del prado comunal había unos árboles en los que habría podido esconderse.

No dio media vuelta.

Los guardias de Hazoth lo esperaban a la puerta. Se encontraban al otro lado de la verja, y Malden sabía, tras largas observaciones, que se hallaban también detrás de la barrera mágica que protegía el lugar. No hizo ningún gesto amenazador y ellos tampoco lo hostigaron de ningún modo. Estaban apoyados en sus lanzas y le veían acercarse, y le retaban con la mirada a pasar por la puerta.

Seis de ellos eran visibles. Vestían cotas de malla y sobretodos con los colores de la librea de Hazoth: negro y escarlata. Uno de ellos volvió la cabeza y escupió cuando Malden subía los escalones de la puerta.

En cuanto la hubiera pasado, no podría volver atrás.

Tal vez podamos perdonarle a Malden el que cerrara los ojos al dar ese fatídico paso. Pero no sucedió nada... en un primer momento. El patio delantero de la mansión estaba cubierto de gravilla, y aquí y allá un diente de león o una ramita de trébol asomaba entre las piedrecillas. La gravilla crujió bajo los zapatos de cuero de Malden. Dio otro paso.

Y fue entonces cuando el hechizo lo capturó. Se sintió como si se hubiera estrellado a toda velocidad contra una pared de ladrillo. Su cuerpo se tensó como

consecuencia del impacto y los huesos le crujieron, aunque no hubiera visto ninguna barrera frente a sí. Sintió que unas manos espectrales le pasaban por la cara y el pecho, y, a continuación, que algo lo agarraba por la cintura.

Uno de los guardias se rió.

Malden no gritó —no le quedaba aliento en los pulmones— cuando la fuerza invisible levantó su cuerpo del suelo y lo tuvo inmóvil mientras lo elevaba. Unos dedos invisibles le palparon la bolsa y se le metieron bajo la túnica, y le levantaron la capa y buscaron armas. Había sido lo bastante inteligente como para dejar en casa la daga, pero la hebilla del cinturón y el puñado de monedas de cobre que llevaba en la bolsa se pusieron al rojo por unos momentos, hasta el punto de que Malden pensó que atravesarían la ropa. Pero, igual que había empezado, el espectral calor se disipó.

Las manos invisibles lo bajaron de nuevo hasta el suelo... pero no lo dejaron moverse.

—Buenos días —logró farfullar Malden. Encontró la mirada de uno de los guardias—. ¿Me dejaréis hablar?

El guardia se plantó frente a él y le presionó en el pecho con el asta de la pica. Con fuerza suficiente para hacerle crujir el esternón.

—¿Qué has venido a hacer aquí, perro?

Malden se lamió los labios. Aún tenía la boca muy seca por lo de la noche anterior.

—Le traigo un mensaje a Hazoth. Es sumamente importante que lo oiga.

Una ancha sonrisa apareció en el rostro del guardia.

—Si me lo dices a mí, quizá te dejemos marchar.

Malden asintió con la cabeza.

—Ojalá pudiera. Pero me temo que hay que comunicárselo directamente al brujo. Se trata de información de... naturaleza delicada, y es mejor que no se diga en voz alta en un sitio donde pueda haber oídos indiscretos.

El guardia frunció el ceño. Pero se volvió hacia uno de sus compañeros y habló con él durante un rato. Malden no pudo hacer nada, salvo esperar... el muro invisible aún lo tenía sujeto. No podía ni rascarse una comezón.

El segundo guardia entró corriendo en la casa. Tardó un rato en volver. Los demás se acercaron a la puerta, con las armas a punto, por si Malden disponía de algún hechizo que pudiese liberarlo del muro invisible.

«No son muy listos», pensó Malden. Tendrían que haber vigilado la verja, por si una fuerza armada se acercaba por otro lado. La irrupción de Malden habría podido ser una maniobra de distracción para ocultar el avance de una fuerza poderosa. La misma circunstancia de que Malden, no instruido en cuestiones de seguridad, fuese capaz de verlo le sirvió a éste para darse cuenta también de otra cosa: aquellos hombres no eran soldados, sino simples matones contratados porque parecían amenazadores, no porque fueran capaces de proteger la mansión de manera efectiva. Bueno era saberlo.

Tampoco le serviría de nada esa información mientras el guardián invisible lo retuviera. Malden tuvo la sensación de haber esperado una eternidad, expuesto al sol, incapaz de moverse. Durante un rato no hubo nada nuevo. Pero, al final, el guardia volvió de la casa. Se apresuró a regresar a su puesto como si no hubiera sucedido nada, y Malden se preguntó si le iban a dejar allí, hasta que se muriera de sed.

Pero entonces, Citera salió por la puerta.

Se había cubierto la cabeza con la capucha de su capa de terciopelo y el rostro le quedaba envuelto en sombras. Aun así, llevaba las manos desnudas, y Malden vio ramas de hiedra tatuadas que se retorcían en sus dedos, y dedujo que se trataba de ella.

Fue directa hacia él y se detuvo a un metro y medio. Malden se imaginó que debía de haber llegado al límite interior de la barrera mágica... bien estaba saberlo.

—Me alegro mucho de verte —dijo Malden, y le sonrió—. Te haría una reverencia, como te mereces, pero ya ves que estoy indispuesto. Si tuvieras la amabilidad de bajarme, te quedaría muy agradecido.

—Eres imbécil —le dijo ella—. Vas a morir aquí mismo.

—Estoy desesperado —le dijo él—. Si no aquí mismo, voy a morir en otro sitio, sin lugar a dudas.

Citera le lanzó una mirada de mera interrogación, y de inseguridad. Como si no pudiera creerse que Malden hubiese ido hasta allí y se hubiera arriesgado tanto. El ladrón le respondió con una sonrisa que enmascaraba su miedo. Una parte de Malden estaba dolorosamente alegre de volver a verla, y no sólo porque fuera la única que podía sacarlo de la barrera.

—Como quieras —dijo ella.

Levantó ambas manos para hacer un complicado gesto. Dobló los dedos hacia dentro y los extendió hacia fuera en extrañas contorsiones. Dijo una palabra que Malden no alcanzó a entender, aunque estuviera cerca de ella.

El aire se contrajo mágicamente y Malden se cayó al suelo. Cayó de rodillas y se magulló las manos con la gravilla. La barrera mágica había desaparecido.

—Me había ofrecido a hacerte una reverencia, y ahora, ya ves, he caído de rodillas ante ti. Te doy las gracias, señora mía.

Citera no le ayudó a levantarse. Se volvió sobre sus talones y regresó a la casa. Los guardias ni siquiera miraban a Malden. El muchacho se puso en pie, tambaleante, y corrió en pos de Citera por las grandes puertas de piedra, por el frescor de un pórtico sombreado.

Al acostumbrarse a la oscuridad, Malden vio que se hallaba en un amplio vestíbulo de mármol, sostenido por grandes columnas de piedra adornadas con arabescos. La luz entraba por grandes ventanas que se hallaban al otro extremo de la sala, por las que se alcanzaba a ver un jardín laberíntico. Tan sólo el cristal de las ventanas debía de costar diez veces más de lo que ganaba un artesano del Humo en todo un año. A lo largo de las paredes había estatuas de alabastro de sabios y hechiceros de tiempos antiguos. Malden reconoció a algunos de ellos por los objetos que sostenían o por la manera como estaban vestidos. Allí se encontraba Antómaco el Sabio, el que había demostrado que el mundo era redondo. Se le podía identificar por la brújula que sostenía con una mano. Tenía la otra mano en alto, con la palma vuelta hacia arriba, y sobre ella flotaba un planeta en miniatura. Malden no vio qué lo sostenía en el aire... tal vez la magia. Otra de las estatuas representaba al nigromante Vull, una figura tan antigua que ninguno de los vivos recordaba de qué tierra había venido. Se le mostraba en una de sus representaciones favoritas, el de un oso gigantesco con manos de esqueleto humano. Otras estatuas estaban envueltas en mantos de piedra esculpidos, o desnudas, con lobos enroscados en torno a sus titánicas piernas.

En el centro de la sala, una doble escalera de piedra labrada ascendía graciosamente hasta una galería que se hallaba en lo alto. Al lado de las escaleras, sobre un pedestal, había algo que sorprendió a Malden por su misma incongruencia: una esfera de hierro con manchas de herrumbre. El polvillo rojizo que se había desprendido dejaba una sombra carmesí en el suelo. Debía de medir unos cinco metros de diámetro y era fea como la punta de una flecha de ballesta. ¿Qué hacía en un entorno tan elegante? Misterio.

Los pasos de Citera resonaban en el suelo, pulido hasta casi reflejar la luz, como un espejo.

—Te espera allí —dijo, y señaló una puerta alta que se encontraba a la derecha de Malden—. No te quedes aquí boquiabierto, porque podrías airarle.

Malden asintió, y una vez más, antes de seguir a Citera, recorrió con la mirada los detalles del vestíbulo.

—Me imagino que entiendes que no eres bienvenido —le susurró la mujer mientras abría la puerta y le hacía pasar—. Pensaba que serías más listo.

—¿Crees que no lo soy? —preguntó él, fingiendo que Citera había herido sus sentimientos—. He esperado a que Bikker saliera, ¿verdad que sí? Por cierto, ¿cuánto tiempo piensas que tardará en regresar?

Citera arrugó la frente, aunque costaba verlo, por los tatuajes de enredaderas que le empezaban en las pestañas.

—¿Bikker? No va a regresar.

—¿No vive aquí? —preguntó Malden—. Pensaba que sería criado del brujo, igual que tú.

La mujer negó con la cabeza.

—No es sirviente de mi amo. Y yo no soy ninguna criada. —No parecía que quisiera decir nada más. Lo condujo hasta un largo pasillo. En una de las paredes había una larga hilera de puertas. En la otra había más ventanas. Unas cortinas como de gasa que pendían del techo restaban fuerza a la luz que venía del exterior. Entre las ventanas había mesas y vitrinas en las que se mostraban curiosidades varias. Malden habría querido detenerse y examinar de cerca varias de ellas, mientras que había otras que le hacían estremecerse y volver el rostro. Vio una vitrina con una colección de manos humanas cortadas, y otra en la que había lo que parecían grandes perlas. Una serpiente muerta y disecada tenía el cuerpo enroscado sobre una de las mesas y sostenía entre los dientes una esfera de jade blanco. A Malden se le escapaba el propósito de tales objetos, e incluso la misma posibilidad de que tuvieran algún propósito, aparte del meramente ornamental.

En el extremo opuesto del pasillo, Citera abrió una puerta que conducía a una biblioteca. A pesar de sí mismo, Malden se quedó boquiabierto de nuevo.

Era un espacio confortable, muy acogedor, aunque varias veces más grande que la sala pública de la guarida de Cutbill. Suntuosas alfombras cubrían el suelo y una chimenea ocupaba la mitad de una de las paredes. Había divanes y sillas forrados en cuero por aquí y por allá, en los lugares donde tal vez los visitantes quisieran sentarse y leer, y del techo colgaba un gran tapiz con un mapa del continente, en el que aparecían con refinado detalle todas las ciudades, caminos y ríos de Skrae y de los Reinos del Norte. Sin embargo, lo que verdaderamente sorprendió a Malden fue la colección de libros.

Los libros eran caros. Se escribían a mano y luego se encuadernaban con costosas pieles. Había que contratar a iluminadores y grabadores para su confección, y, como los habitantes del reino que sabían leer eran muy pocos, su producción no era muy elevada. El propio burgrave no debía de tener más que un estante de libros en su palacio, sobre todo obras devotas que alababan a la Señora.

Pero Hazoth tenía allí varios cientos de volúmenes... tal vez millares. Muchos más de los que Malden podía contar. Libros delgados en formato folio y tomos gigantescos, pequeños libros de hechizos que cabían en la palma de la mano, grimorios encuadernados en cubiertas de madera con incrustaciones de oro, plata y bronce. Libros adornados con gemas y otros con cubiertas de cuero repujadas con figuras de calaveras y huesos. Sobre algunas de las estanterías había gruesos montones de papel, sujetos con cuerdas, y pergaminos enrollados en torno a cilindros de marfil, y variedades de material impreso que Malden no se había imaginado siquiera... libros dispuestos dentro de pequeños cofres, abanicos de papel plegados, libros pentagonales con cintas que sujetaban las páginas. Libros que refulgían con luz propia y libros que parecía que se hubieran escabullido al fondo de los estantes como

para ocultarse de la luz del sol. Libros abiertos sobre atriles y escritorios, en lenguas, e incluso alfabetos que Malden no reconoció. Tarros de tinta negra, roja y morada distribuidos sobre una única mesa, y plumas de aves exóticas.

Malden tuvo la oportunidad de ver tan sólo unos pocos de los títulos inscritos en el lomo de los libros que tenía más cerca, pero éstos inflamaron su imaginación: *Una temporada en el abismo*, *Compendio de claves diabólicas de Marloff*, *El libro de los nombres de los muertos*, *La fraternidad de la fama*, *Formas errantes y su expulsión*.

—¿Cómo ha podido leerlos durante una única vida? —susurró Malden.

—Tiene más años de los que tú crees —dijo Citera.

—Más años de los que sabe ella —respondió Hazoth.

Malden se sobresaltó. Se volvió y vio al brujo cómodamente sentado en una de las sillas forradas en cuero. Estaba vestido con una sencilla túnica negra y un pantalón del mismo color, y un velo negro le cubría el rostro. A Malden no le cabía ninguna duda de que hacía tan sólo un instante no había estado allí.

—¿Así que sabes leer, muchacho? Estoy impresionado.

Malden bajó humildemente la cabeza.

—Tengo ese don —dijo—. Mi señor Hazoth, te pido disculpas por esta intrusión. Te aseguro que no habría venido si no poseyera cierta información que...

—Citera —dijo Hazoth sin prestar atención al muchacho—, puede que las cosas hayan cambiado desde la última vez que salí al mundo. Es posible que los modales hayan cambiado. ¿Hoy en día es habitual que los campesinos hablen sin que se les haya dado permiso?

Malden levantó los ojos y vio que Citera se ruborizaba bajo las tintas que le cubrían el rostro.

—Malden no es ningún campesino. Es un hombre libre, señor. Por lo menos mientras resida dentro de la ciudad.

—¿Ah, sí? —dijo Hazoth, en tono de sorpresa—. ¿Y eso le da venia para entrar en mi casa e interrumpir mis estudios? —Se levantó de la silla y se acercó al mapa del tapiz, como si hubiese tratado de recordar dónde estaba—. ¿Y si se me ocurriera... no sé... transportarlo en un instante... vamos a ver... hasta aquí? —Señaló un lugar cercano a las Estribaciones Occidentales, una región marcada como agrícola, con poblaciones lo bastante grandes como para justificar su inclusión en un mapa a aquella escala—. Si de pronto se viera en medio de un sembrado de judías, o en la propiedad de un vizconde de poca monta, sin medios para regresar, ¿qué sería de él?

Citera se volvió hacia Malden y negó casi imperceptiblemente con la cabeza. El muchacho entendió que no le convenía hablar.

—El juez local le haría arrestar por allanamiento. Lo más probable sería que le obligaran a jurar servidumbre y se pasara el resto de su vida pechando con los trabajos de la granja. Y entonces sí se le exigiría que se comportara con el debido respeto cuando lo llevaran ante sus superiores. —Hazoth metió la mano bajo el velo y se acarició la barbilla—. Pero tendría que ejecutar cierto ritual para mandarlo hasta allí y ese tipo de operaciones lleva tiempo. Creo que acabaremos antes si me contento con asegurarme de que no vuelva a hablar cuando no le corresponde. —Levantó la mano que tenía libre e hizo un complejo gesto.

Malden sintió como si una pinza de hierro le hubiese agarrado por la garganta. Trató de abrir la boca y sintió que la invisible fuerza le estrujaba hasta impedirle respirar. Era como la barrera exterior que lo había sostenido en el aire, pero peor... la barrera había sido desagradable, pero aquello dolía. No tenía ninguna duda de que Hazoth podía apretar hasta reventarle la tráquea.

—Bueno —dijo Hazoth, y volvió a sentarse en su silla—. Ahora está mucho



mejor. No había terminado de hablar, muchacho. Tenía más cosas por decirte, y ahora te las podré decir. Iba a decirte lo impresionado que estoy contigo. Citera me había hablado muy bien de tus habilidades como ladrón, pero ése es un tema que no me interesa. Estoy mucho más admirado por tu buena disposición para superar el miedo, muy natural frente a los que son más poderosos que tú. Venir aquí en el día de hoy ha sido un acto de valor excepcional en un muchacho de baja condición como tú, aunque no seas propiamente un campesino. Y el valor es digno de encomio, incluso en sus formas más toscas. Sin embargo, la descortesía nunca es aceptable, y no pienso tolerarla en mi casa. Si no me hubieras impresionado tanto, acabaría con tu vida, igual que la de un roedor que hubiera encontrado en mi despensa. ¿Lo entiendes? Pero me he decantado por la misericordia. —Hizo un gesto con la mano—. Ahora puedes decir: «Gracias, Magus».

La presión que Malden había sentido en la tráquea desapareció sin dejar rastro.

—Gracias, Magus —dijo el muchacho.

—Eres bienvenido. ¿Lo ves? No costaba tanto ser educado, ¿verdad? Ahora puedes hablar.

—Pido disculpas —dijo Malden, con el corazón ardiéndole en el pecho— por mi descortesía.

—Eso está muy bien. Creo que habías venido con un mensaje. Dímelo.

Malden se aclaró la garganta.

—He venido para decirte que corres peligro. Anselm Vry, el bailío de la ciudad, te está buscando. Se ha enterado del robo de la corona y pretende recuperarla, no importa a costa de quién.

—¿Y eso es todo lo que venías a decirme?

Malden asintió. El brujo no le había dado permiso para hablar.

—Muy bien. Has sido muy amable al venir y contármelo. También has demostrado buen sentido para los negocios. Te contrataron para llevar a cabo una tarea y te pagaron bien. Entiendo que esta visita forma parte del mismo servicio. Actúas por puro altruismo y no deseas ninguna otra recompensa. ¿No se te habrá ocurrido pensar que con esto ganarías alguna otra moneda? Al fin y al cabo, el oro que te pagué tendría que durarle toda una vida a un hombre con aspiraciones tan humildes. Si es que no te lo has bebido todo, ni te lo has gastado en una baratija vistosa. Ahora puedes hablar.

Malden escogió sus palabras.

—Magus, reconozco que en mis intenciones había algo de interés propio. Vry pretende torturar a todas las personas relacionadas con el robo hasta que alguna de ellas lo informe de dónde se encuentra la corona. Tengo miedo de que logre descubrir mi implicación en el delito y me someta a horribles tormentos. He pensado que tal vez pudieras ofrecerme alguna protección contra ese destino. Tenemos un interés común en ello, porque así no podría revelar...

—Tú y yo no tenemos intereses comunes de ningún tipo —le respondió Hazoth

—. Dime algo... puedes responderme... ¿sabes por qué llevo puesto este velo?

Malden bajó los ojos. Se acordó del brujo de poca monta de Anselm Vry, y de lo que le había sucedido por consultar la piedra adivinatoria.

—Tengo entendido que la práctica de la magia siempre conlleva un precio. El poder del mago proviene de los demonios con los que trata. Así, al acrecentarse dicho poder, su cuerpo se retuerce y deforma hasta asemejarse a las criaturas del abismo. Me imagino que te cubres con el velo para disimular alguna desfiguración.

»Un ojo fuera de lugar, un rostro que ha adquirido la textura de la corteza de los árboles, una barba de carne convulsa...

—¡Muy bien! Sí, ése es el motivo por el que se sigue esta tradición. No creo que tu cerebro sea capaz de comprender lo que sucede cuando un humano absorbe poder por las fallas que se encuentran en los fundamentos de nuestro cosmos fracturado, pero has entendido lo fundamental. Quizá te conviniese apuntalar los pies en tierra antes de ver lo que se oculta bajo mi velo.

A Malden se le encogió el estómago: el mago llevó la mano hacia la tela negra para apartarla de su rostro. Un hechicero tan poderoso como Hazoth debía haber pagado un precio excepcional por la magia. ¿Iba a ver la piel escamosa y brillante de un áspid? ¿Estaría cubierto de pus, de heridas que jamás se cerraban, o quizá de cortes tan profundos que se le vería el cráneo? ¿Su rostro aún sería humano?

Entonces el brujo levantó el velo y Malden vio su rostro y dio un respingo de pura sorpresa. Porque la faz que quedó a la vista era perfecta.

Era el rostro de un semidiós. Pómulos altos, ojos azules y límpidos, la nariz rotunda sin ser demasiado prominente. La piel, clara como la leche, sin el menor rastro de imperfección. Era un rostro de juventud, de compasión, de bondad y decencia innatas... salvo por los ojos, que eran duros como el acero.

—Llevo este velo —le dijo Hazoth a Malden—, porque, si no, nadie me tomaría en serio. Pensarían que mi poder es nimio, que mi magia no se ha puesto a prueba. Mientras que, de hecho, ocurre lo contrario. Quien alcanza un grado suficiente de poder puede moldear su propia apariencia de acuerdo con sus caprichos. Y soy muy poderoso. Que Anselm Vry acuda a mi puerta, como has hecho tú. Le voy a dar la bienvenida, y, si me da problemas, acabaré con él, igual que se acaba con una mosca fastidiosa.

Hazoth se levantó de la silla y se acercó a uno de sus anaqueles. Pasó el dedo sobre cierto número de lomos hasta que seleccionó un libro delgado y lo sacó.

—Ha estado bien que vinieses y me pusieras sobre aviso, muchacho. Aunque yo no lo necesitara. ¿Tienes algo más que decir antes de marcharte? Puedes hablar.

Malden se mordió el labio. Su circunspección tenía que ser absoluta.

—Sólo puedo rogarte un favor, Magus. Suplicártelo, si es necesario. Me encuentro con un serio problema, un problema que sufro por haber trabajado a tu servicio. ¿No piensas que eso me hace merecedor de cierta consideración? No te costaría nada ofrecermé protección bajo tu techo. Si es necesario, podría trabajar para ti, en lo que te parezca más conveniente.

—¿Trabajo? ¿Quieres trabajo? Pero si ya te di uno, muchacho. Implicaba ciertos riesgos, pero tú lo sabías cuando lo aceptaste. No me dirás que no entendías la magnitud de tu delito. Aunque, teniendo en cuenta tus limitados recursos, me imagino que es comprensible. Ven aquí.

Las piernas de Malden se echaron a caminar hacia el hechicero. El muchacho tenía la intención de hacer lo que se le ordenara, pero parecía que el brujo quería obligarle de todos modos. Cuando se hallaba a escasa distancia —la suficiente como para clavarle un cuchillo, pensó amargamente Malden—, las piernas del muchacho se detuvieron y quedaron paralizadas.

Hazoth hizo un movimiento con el libro que sostenía entre las manos.

—Si quisiese un muchacho que me sirviera a la mesa, o que limpiara la porquería de mis establos, podría tenerte a ti con un mero pensamiento. Te dejaría sin pensamientos y servil. Te obligaría a servirme durante el resto de tu vida, y lo haría de tal modo que serías indescriptiblemente feliz, y todos los días por la mañana te levantarías de tu jergón de paja deseoso de trabajar para mí hasta que te sangraran los dedos. Si yo quisiera, ya habrías empezado. —El angustiado Malden tragó saliva. El corazón se le había acelerado—. Pero sería un desperdicio. Sabes leer. ¿Tienes idea de lo raro que es eso? El saber leer es la diferencia, la marca que indica que eres capaz de elevarte por encima de tus mezquinas preocupaciones. Es lo único que separa de verdad al hombre de las bestias. De alguna manera has logrado dominar ese arte, e, igual que el perro entrenado que sabe contar con las zarpas, me diviertes. Así que no, no te voy a dar trabajo. Ni protección. Pero, en cambio, te doy esto: el tesoro más grande que puedo entregarte. Al menos, entre los que podrías llegar a comprender.

Hazoth le puso el libro en las manos a Malden.

Estaba encuadernado en piel de becerra y tenía el formato duodécimo. Había en el lomo unas letras de oro, pero de un alfabeto que Malden no conocía.

—Léelo tanto como quieras. Estoy seguro de que te va a resultar muy edificante.  
—Hazoth sonrió y dejó a la vista una doble hilera de dientes de blancura inmaculada  
—. Ya puedes darme las gracias.

—Gracias, Magus —dijo Malden.

—De nada. Ahora, Citera... tal vez querrás acompañar a nuestro amigo hasta la puerta. Haz que nadie lo vea salir. No tengo ninguna duda de que Vry vigila esta casa y lo ha visto entrar. ¿Acaso —dijo Hazoth, y volvió sus gélidos ojos hacia Malden— no lo habías pensado al venir?

No le había dicho a Malden que pudiera hablar, y, por ello, este calló.

—Ven —dijo Citera, y lo guió hacia una puerta que se hallaba al otro extremo de la biblioteca. Mientras salían, Malden miró hacia atrás y vio que Hazoth ya no estaba.

—Bonito truco —dijo, mientras Citera lo guiaba por un corredor lateral—. Esas desapariciones y apariciones... tú también sabes hacerlo —añadió, y recordó cómo la había conocido, cómo la mujer había surgido de la nada sobre el tejado del claustro de la universidad.

—Un truco sencillo, una vez que se tiene dominado. Sobre todo, es una cuestión de desviar la atención. De moverte cuando nadie te mira. —La mujer empujó unas puertas anchas y lo llevó al comedor de la mansión. Las paredes eran de roble tallado y la mesa habría sido suficiente para que dieciséis personas pudieran sentarse con comodidad. Las sillas estaban alineadas en la pared. Eran de madera satinada, adornada con tallas de gran complejidad, y parecían demasiado frágiles para soportar el peso de un ser humano. La propia mesa era de mármol y tenía diez centímetros de grosor. Malden notó algo que le llamó la atención. Al mirarla bien, se dio cuenta de que no tenía patas. El mármol flotaba en el aire, absolutamente inmóvil. Malden no pudo resistir la tentación de empujar uno de sus bordes, pero la mesa resistía cualquier fuerza que se aplicara contra ella. Citera suspiró y señaló a la puerta.

—Déjalo, Malden. Tienes que marcharte, y rápido, antes de que cambie de opinión. Es célebre por su carácter caprichoso.

—¿Eh? ¿Piensas que querrá recobrar su libro? —preguntó Malden.

—Por ahora, ha decidido dejarte con vida. Tengo miedo de que vuelva a pensarlo.

Al otro extremo del comedor había una sala donde se distribuía en bandejas la comida que llegaba de la cocina antes de servirla a la mesa. Dicha sala tenía una única ventana, una ventana alta, abierta para dejar pasar la brisa. No parecía que se pudiera cerrar con llave.

—Te preocupas por mí —dijo Malden mientras Citera abría las puertas del jardín y lo guiaba por el sendero cubierto de gravilla. Parpadeó al sentir de pronto la luz del sol—. Me has emocionado.

Citera se volvió hacia él, su rostro era una máscara impasible.

—No me gusta ver sufrir a nadie. No me da ningún placer. En ese sentido, soy diferente de él. Pero no cuentes mucho con mi simpatía.

Malden le hizo una sencilla reverencia mientras caminaban y fingió que daba un

traspíes, y así lanzó gravilla contra la pared e hizo un desagradable ruido. Pasaron de largo ante las cocinas. Se encontraban en un pabellón exterior, porque así, si se incendiaban, el fuego no pasaría al edificio principal.

—¿Piensas que soy guapo? —preguntó el muchacho, con una sonrisa en el rostro.

—Pienso que eres impertinente. Si crees que me voy a desmayar al verte, o que te voy a dar mi pañuelo para que te lo ates en la lanza, es que tratas de pescar en el estanque que no te corresponde.

—Ah... pero sonrías al verme. Admiras mi valor. Me doy cuenta de que te gusto. Te admira mi coraje. Desde luego, si trabajas para un hombre como ése, no me extraña que entregues tus afectos a las ratas de cloaca. Nosotros tenemos mejor corazón.

Citera se detuvo en medio del sendero y se encaró con él.

—Después del día de hoy, no volveré a verte nunca más. Así que tampoco tiene mucha importancia si te quiero o te desprecio, ¿verdad que no?

Malden abrió los brazos.

—La vida es larga, y esta ciudad no es muy grande. Sólo los tontos dicen «siempre» y «nunca».

—Pues piensa que soy tonta. —Citera movió ambas manos en el aire y Malden tuvo una sensación como si una nube le hubiera pasado por el cuerpo y se hubiera esfumado—. Ya está. La barrera se ha desvanecido. Vete y no vuelvas.

Señaló la puerta con el brazo. Pero Malden no se movió. No quiso moverse hasta que ella lo miró, como para ver lo que le sucedía, y por qué no huía.

La miró a los ojos, aunque la mujer tratara de apartar el rostro. Citera suspiró y puso cara de exasperación, pero Malden le sostuvo la mirada, hasta que ella se la devolvió, desafiante. Y, con todo, el muchacho siguió mirándola a los ojos, la única parte de su cuerpo que no quedaba oculta bajo las imágenes de la brujería. Malden le aguantó la mirada hasta que algo se suavizó en los ojos de la mujer, aunque sólo fuera por un momento. Se suavizó, y entonces Citera le devolvió la mirada y no trató de apartar los ojos de nuevo.

—Lo que yo me imaginaba —dijo el muchacho. A continuación, Malden se tocó la frente e hizo un saludo, y se marchó sin aguardar respuesta.

Salió por la puerta trasera del jardín y se encontró a unos cien metros de las imponentes Murallas del Parque. Éstas ocultaban el sol y lo dejaban a la sombra. Corrió a lo largo de la muralla hasta desaparecer entre las casas que circundaban el prado comunal, y sólo entonces volvió a relajarse. Estaba seguro de que, mientras estaba a la vista de la casa, ella no había dejado de observarle. En cuanto estuvo en la Peste propiamente dicha, se dirigió a una taberna que se encontraba a varias calles de allí y entró de inmediato en una habitación privada de la parte de atrás. Un camarero le trajo una jarra de cerveza sin alcohol y unas salchichas que había pedido, y luego lo dejó solo. Malden se acomodó en una silla para esperar.

Había pasado tan sólo un momento cuando Kemper atravesó la pared y se sentó

junto a él.

—¿Cómo ha ido, muchacho?

—De mil maravillas —le dijo Malden—. Me han dejado entrar sin hacerme apenas preguntas, y Cite... esto, una criada me ha enseñado media casa sin pretenderlo. Incluso me he ofrecido para trabajar allí, pero me han rechazado.

—¡Para trabajar! ¡Les has pedido trabajo!

—Desde luego —dijo Malden—. Imagínatelo... tan sólo con pasar un día en esa mansión, habría sabido más de lo que podría averiguar si la observase desde fuera durante un mes.

Kemper se rió de buena gana.

—En mi vida había conocido a un truhán más osado. ¡Te has estudiado la casa, y él sin enterarse! ¡Ja ja!

—Incluso me ha dado un libro —dijo Malden, y se lo sacó de la túnica—. No soy capaz de leer el título, pero debe valer un buen puñado de plata. —Examinó el pequeño volumen y se admiró de su elegante encuadernación y de las letras doradas del lomo. Metió el pulgar bajo la cubierta y se dispuso a abrirlo, para ver si el interior estaba escrito con el mismo alfabeto que el título.

—¿Y te lo ha dado sin más? —preguntó Kemper, con mirada súbitamente recelosa.

—Bueno, sí —dijo Malden—. Se ha quedado tan impresionado con mi... ¡maldita sea! —Dejó caer el libro sobre la mesa, donde quedó abierto, boca abajo. Una gotita de sangre apareció en el pulgar de Malden—. Me he cortado con el papel —dijo. Una segunda gota le apareció sobre la piel y el muchacho se miró la herida. No parecía un corte hecho con papel. Parecía el mordisco de una rata.

—Muchacho —dijo Kemper, y se apartó violentamente de la mesa—. ¡Muchacho!

El libro se arrastraba sobre la mesa. Arqueaba la espalda —el lomo— y se desplazaba sobre la madera desgastada con el movimiento de sus propias páginas, como una babosa. Fue hacia una de las salchichas de la bandeja. Dejaba un rastro de baba tras de sí.

—Ha tratado de matarme —exclamó Malden, y se levantó bruscamente de la silla—. He ido a darle una advertencia amistosa, y él ha tratado de matarme. —Por un instante, contempló los movimientos del libro, fascinado por cómo se deslizaba silenciosamente. Luego sacó la daga y la clavó con fuerza en su cubierta. La criatura aleteó y se agitó por un instante, y luego un reguerillo de tinta negra brotó de sus páginas muertas.

Kemper se alejó de la mesa tanto como pudo y no quiso acercarse de nuevo.

—No pasa nada —dijo Malden—. Creo que ha muerto.

Kemper negó con la cabeza, asqueado.

—Me alegro de no saber leer —dijo.

—Pues te voy a explicar una cosa —dijo Malden, al tiempo que cortaba un trozo

de salchicha y se lo metía en la boca a Kemper. No perdió de vista al libro depredador, temeroso de que reviviera y viniese de nuevo por él—. Antes no tenía nada contra ese brujo. He ido a su casa tan sólo porque no me quedaba otro remedio.

—¿Y ahora? —preguntó Kemper.

—Ahora será un placer arrastrar por tierra a ese cabrón. Dime, Kemper... ¿cómo te ha ido a ti? ¿Has logrado entrar después de que retiraran la barrera mágica?

—Sí, hijo, sí —dijo Kemper—. Y nadie me ha visto. Te voy a contar lo que he encontrado.

En un primer momento, Kemper se había resistido a ayudar a Malden en el reconocimiento de la mansión de Hazoth, pero tenía una considerable deuda con el muchacho. Si Malden no lo hubiese rescatado de las mazmorras del burgrave, lo habrían torturado hasta la muerte.

Además... el plan había sido, en parte, idea de Kemper, o, por lo menos, se había inspirado en un espontáneo comentario que había hecho el tahúr durante la noche de juerga. Éste había preguntado por qué Malden no entraba sin más en la casa del brujo y le pedía la corona. Lo había dicho en broma, por supuesto. Pero, al recobrar la sobriedad, Malden se había dado cuenta de que tenía a punto la historia perfecta para entrar en la casa del brujo. Y conocer bien el sitio era esencial para robar la corona.

—No veo otra manera de resolver mis problemas —le había dicho a Kemper—. ¿Me ayudarás?

—Sí —le había respondido el intangible canalla.

Habían trazado juntos el plan. Kemper podía atravesar las paredes normales, como un fantasma, pero la barrera mágica que circundaba la mansión de Hazoth le impediría la entrada, igual que si hubiera estado hecha de plata maciza. Pero había que quitar la barrera cada vez que alguien entraba o salía del lugar. Cuando la bajasen para Malden, Kemper tendría una oportunidad de colarse.

Después de todo lo ocurrido, Malden estaba muy satisfecho de que lo hubieran planeado todo de una manera tan minuciosa. La barrera no se limitaba a inmovilizar a quienes trataban de cruzarla. Le había registrado con dedos invisibles, se le había metido por los bolsillos y por debajo de la ropa con calculada precisión. Si Kemper hubiese quedado atrapado por la barrera, aunque hubiera sido tan sólo por un instante, la maniobra habría quedado al descubierto... Hazoth se habría dado cuenta del juego que se traían y los habría destruido a ambos en un abrir y cerrar de ojos. De todas maneras, habían corrido un gran riesgo, porque no tenían manera de saber si Hazoth percibía cuántas personas se encontraban en su casa. Malden llegó a la conclusión de que habían demostrado que sí era posible entrar en la casa sin alertar a Hazoth, y ése había sido un gran paso adelante en el plan. Así, tenían por lo menos un motivo para dar gracias.

—Por supuesto que me he dado cuenta de su desaparición —dijo Kemper, y se inclinó para beber por la pajita—. La sentía en los huesos, la olía en el aire. Sabía que tenía que actuar con rapidez, y por ello he echado a correr por el jardín, cuando los guardias no miraban. De todos modos, creo que sólo te observaban a ti, y hace tiempo que aprendí a no dejarme ver. La puerta de las cocinas estaba cerrada, pero eso no es problema para un hombre como yo. Me he escurrido cual pastel de anguila y he encontrado la escalera del servicio antes de que la barrera volviese a funcionar.



Malden había supuesto —con razón— que lo único que vería de la casa sería el piso de abajo. De acuerdo con su experiencia, la mayoría de los hombres ricos tenían sus despachos en la planta baja del domicilio, para no obligar a los huéspedes a subir escaleras. Por ello, le había encargado a Kemper que explorase todo lo que pudiera de los dos pisos superiores.

—En el primer piso se encuentra lo que ya podías esperar: un montón de dormitorios, un par de guardarropas, armarios para sábanas, prendas de vestir y todo lo demás. No me he entretenido mucho por allí, porque tenía un tiempo limitado. Pero, una vez en el segundo piso, las cosas se han puesto interesantes. El dormitorio del brujo se encuentra allí, y, ohhh, es magnífico. Sábanas de seda y cojines, divanes y espejos por todas partes. También había cadenas que colgaban del techo, con grilletes, y que parecían de hierro forjado en frío. ¿Qué te parece que puede hacer con ellas, eh? ¿Eh? Puede que las muchachas humanas sean demasiado normales para un personaje como éste. Quizá conjura chupatrices del abismo para que lo dejen satisfecho. ¿Qué te parece eh? ¿Eh?

A Malden se le pusieron los ojos como platos sólo de imaginarlo. En la Casa de los Suspiros, el más caro de los burdeles de la ciudad, había un famoso fresco de un súcubo copulando con un hombre dormido. Cuando era muchacho, Malden se había hecho cargo de muchos recados para la Casa de los Suspiros, y la imagen había quedado impresa en su mente juvenil. Sin embargo, no se le había ocurrido nunca que los súcubos pudieran existir de verdad. ¿Tendrían alas como el de la pintura? Y cuernos, y... mejor dejarlo.

—¿Y qué me puedes contar del resto del piso? Algo habrá, aparte de ese dormitorio. Tiene que haber algo más. ¿Has visto la corona?

—No, muchacho, no. Pero pienso que tal vez haya visto el lugar donde la tiene escondida. En ese piso hay un estudio, un espacio magnífico para escribir cartas y llevar las cuentas. Luego un taller que parecería más propio de un enano, con toda especie de herramientas y materiales, a la espera de que alguien trabaje con ellos. Hay una sala llena de objetos de cristal, nunca había visto nada semejante, con tubos, y tarros y cuencos de todo tipo y forma, algunos que burbujeaban, otros que humeaban, y otros que estaban repletos de lo que parecían sustancias espectrales. No me he quedado mucho tiempo allí por culpa del olor, que era como de huevos podridos. La sala más grande se encuentra al final de un corredor y no parece que las gentes de la casa la visiten nunca. Las alfombras están cubiertas de polvo y las puertas están cerradas, y el candado medio oxidado. Me imagino que habrá trampas en ese corredor, para cualquier ladrón que trate de llegar a la sala grande.

—Pero ¿qué hay en la sala grande? —preguntó Malden.

—Lo siento —dijo Kemper—, pero no he llegado a saberlo. Había caminado con mucha precaución por el pasillo, por si había alguna trampa que pudiera matar a un fantasma curioso. A duras penas había entrado cuando te he oído en el jardín, he oído que pateabas la gravilla y que charlabas en tono muy amistoso con tu querida, la de

los tatuajes.

—Me he esforzado por hacer todo el ruido posible sin provocar una riña, y de retrasarme todo el tiempo posible para que pudieses escapar —prometió Malden. Habían acordado que Malden haría algún tipo de ruido cuando lo obligaran a salir de la casa. Kemper tenía que marcharse al mismo tiempo que Malden para no quedar atrapado tras la barrera mágica.

—Ah, sí, lo has hecho maravillosamente bien. He bajado corriendo por las escaleras y he ido por el otro lado, allí donde crecen varios árboles junto a la verja. Para un hombre como yo, los árboles y la verja vienen a ser lo mismo. He salido cual flecha de ballesta y me he marchado. Y quién es tu amada, ¿eh? ¿Quién es esa monada? ¿Te has enamorado de ella?

Malden se ruborizó. Se había ruborizado sólo con pensarlo.

—No cabe duda de que es bella. Por supuesto que los colores del cuerpo no la favorecen. Pero por debajo de toda esa tinta es hermosa. Pero... dejémonos de tonterías. Creo que está comprometida. O por lo menos tiene un novio.

—Prometida no es lo mismo que casada —dijo Kemper con una sonrisa lasciva. Trató de darle un codazo en las costillas a Malden, pero, naturalmente, le atravesó la carne como si hubiera estado hecho de aire. Malden sintió que el aliento se le helaba y tosió una nube de vapor.

—Prometida... con un sujeto que maneja un espadón muy grande —aclaró Malden—. No sé si la cosa funcionaría. Parece que a ella le gustan los machos con rasgos faciales pronunciados. Y a mí me gustan las mujeres que no tienen amantes dispuestos a cortarme la cabeza cuando las mire.

—La mujer perfecta no existe —reconoció Kemper—. Por supuesto que si le gustaras lo tendrías mucho más fácil para meterte en la casa, ¿verdad que sí? —Sorbió un largo trago—. Por el culo peludo del Dios de la Sangre, ¿qué es esto? ¿Cerveza sin alcohol?

Malden se encogió de hombros. La cerveza sin alcohol era lo que se daba a los niños... la leche era demasiado útil en la producción de mantequilla y queso, y en ninguna parte de la ciudad había agua lo bastante limpia como para servírsela a un niño por el que se sintiera algún afecto.

—Es que después de la noche pasada... aún siento un martilleo en las sienas...

—¿Y quieres curártelo con esto tan flojo? —Kemper negó con la cabeza—. No, muchacho, aún me queda mucho por enseñarte. Lo que necesitamos ahora es *brandy*, y en cantidad. Llama a la camarera. ¡Hoy hemos alcanzado una gran victoria y vamos a celebrarla!

Malden hizo lo que le decía, aunque, en realidad, no sentía grandes deseos de celebrar nada. Había estado dentro de la casa de Hazoth, sí. Pero lo que había visto le había bastado para ver a qué se enfrentaba. Robar la corona había sido difícil.

Recuperarla sería un milagro.

TERCERA PARTE

## La cuadrilla



## INTERLUDIO

Esa noche, Citera había preparado la cena de Hazoth —una buena pata de venado y rábanos bañados en leche— y se la había servido en bandeja de plata. Salió de la sala donde se preparaban las bandejas y entró en el comedor donde solía cenar el brujo, habitualmente solo. Tenía criados invisibles que le servían, pero no confiaba en ellos para preparar la cena. Había dicho que no tenían ni olfato ni paladar, y, por ello, tampoco sabían preparar de manera apropiada la carne. Citera sospechaba que debía haber otra razón para que el brujo le exigiera que cocinase para él. Tal vez fuera otra de las indignidades con que le gustaba de abrumarla, porque...

La luz estalló a su alrededor e interrumpió sus pensamientos. Sintió que el estómago se le iba hacia un lado, mientras que el resto de ella salía disparado hacia arriba, a través del techo. De pronto se encontró en el gabinete privado de Hazoth, con la bandeja todavía en las manos.

Hizo todo lo posible por no boquear. Si se hubiese encogido de miedo, o hubiera demostrado cualquier debilidad en su presencia, le habría salido muy caro. Con todo, siempre padecía un sobresalto cuando la transportaba de ese modo.

Por lo general, la magia no la afectaba. El hechizo que llevaba en la piel la protegía de todo tipo de conjuros y fuegos feéricos. Hazoth le había explicado, sin embargo, que el hechizo de desplazamiento que empleaba para transportarla por la mansión no actuaba sobre ella. Por el contrario, movía el espacio que la rodeaba, trasponía las dimensiones de la mansión sin tocarla a ella. Era uno de los trucos favoritos de Hazoth, probablemente por lo mucho que desorientaba a la mujer.

Apareció frente al rosetón. Su luz roja y azul le bañó el rostro. El diseño de la vidriera creaba un hechizo de considerable poder. Impedía que alguien contemplara el gabinete privado del brujo por medios mágicos. Pero, de todos modos, Citera siempre lo había encontrado hermoso. Por lo menos hasta hacía poco.

Se permitió a sí misma una breve mirada a un lado. Movié tan sólo los ojos, lo suficiente para vislumbrar la patética criatura que se hallaba en el círculo mágico. Su madre no levantó la cabeza. Si Coruth se daba cuenta de la presencia de Citera, no lo demostró. Citera no tenía más remedio que albergar la esperanza de que la bruja tuviese algún otro sentido más sutil que le permitiese oír los pensamientos de su hija.

«Viene ayuda —susurró Citera en su fuero interno—. Croy no nos abandonará».

No obtuvo respuesta.

—Eh, muchacha, no dejes que se enfríe —dijo Hazoth a sus espaldas.

Citera se volvió y se obligó a sonreír. A Hazoth le gustaba que estuviera alegre mientras le servía. Pero le resultaba difícil mantener la compostura cuando veía lo que estaba haciendo el mago. Había puesto sobre una mesa de trabajo el cuerpo de un demonio menor, inmovilizado y abierto en canal. Era poco más que un diablillo, una

criatura con apariencia de batracio de patas largas, con los ojos como ópalos de fuego. Hazoth había hundido ambos brazos, hasta el codo, en las vísceras del demonio. El diablillo volvió la cabeza a un lado para mirarla, y la mujer estuvo a punto de soltar la bandeja.

El demonio emitió un horrible gorgoteo. Citera se obligó a ignorar su evidente sufrimiento.

—Ha gritado como una criatura natural hasta que le he seccionado la laringe —le aseguró Hazoth a la mujer mientras ésta dejaba la bandeja sobre una mesa cercana y apartaba cierto número de instrumentos mágicos para hacer sitio—. Esto me va a llevar toda la noche. No quería distraerme bajando al comedor y por eso he decidido cenar aquí.

Citera no respondió.

—Qué raro. No tiene ningún tipo de aparato digestivo —murmuró Hazoth mientras sacaba las manos de la vivisección—. Devoran a sus presas, eso lo sabe todo el mundo, pero no pueden alimentarse de ellas. A menos que se nutran simplemente del padecimiento y el miedo de sus víctimas.

A menudo, Citera se había preguntado lo mismo acerca de su amo. Se quedó de pie a su lado, sin moverse, para ver si le ordenaba algo más.

Hazoth se acercó a la bandeja y la contempló. Luego se miró las manos, todavía empapadas de icor.

—Hmm —dijo—. Debería lavarme. Pero no tengo tiempo. —Contempló los viscosos fluidos con una sonrisa burlona y dijo una palabra que cuajó en el aire. Llamas azules le lamieron las muñecas y las palmas de las manos, y consumieron la sangre que las había cubierto. Citera no respingó siquiera al notar que le crecían nuevas vides y flores en la parte baja de la espalda.

Miró en silencio mientras Hazoth agarraba la pata de ciervo y empezaba a masticarla. La mujer llevaba una servilleta de lino en la manga del vestido, y la sacó cuidadosamente por si el mago la necesitaba.

—Ah, ya que estás aquí... hay algo que seguro que te gustará saber. Mi pequeño truco con el libro ha fracasado. Esa rata ladrona tuya sigue viva. Casi me alegro por ello, ¿sabes? Debo reconocer que cada día lo encuentro más divertido. Puede que, después de todo, nos convenga traerlo hasta aquí y darle un trabajo, ¿hmmm?

Era una pregunta que no solicitaba respuesta. Citera contuvo la lengua.

—Por supuesto que no es una gran sorpresa el que haya sobrevivido. Ya sabíamos que tenía un sentido excepcional, animal, para detectar el peligro. Se dio cuenta de que no tenía que besarte, ¿verdad que sí? En ese momento yo lo daba por perdido. ¿Qué hombre se resistiría a tus encantos, a menos que conociera el precio por gozarlos? Aunque tal vez le advirtieras. Tal vez no te esforzaras lo suficiente. Aun cuando tanto tú como yo sabemos que querrías besarle.

Citera miraba al frente. No permitía que el rubor se asomara a sus mejillas, ni mostraba la más nimia reacción. Hazoth sólo le hablaba de esa manera cuando se

aburría. Era un jueguito. Una diversión. Le decía algo para provocarla... tal vez insinuaba un oscuro secreto relacionado con su madre, o le contaba la historia de un perverso encuentro sexual que había sostenido cuatrocientos años antes. Si daba un respingo, o simplemente se estremecía, el brujo la castigaría.

Tenía tantas maneras distintas de castigarla...

—Me di cuenta cuando os vi juntos. Oí los latidos de tu corazón acelerado. El olor de tu aliento se transformó. Lo deseas. Deseas a ese ladronzuelo, ¿verdad, Citera? ¿Hmmm? Acabo de hacerte una pregunta, muchacha.

—Lo que tú quieras, señor. Si quieres que lo desee, lo desearé.

Hazoth se rió.

—No me lo puedes ocultar. Lo saboreé en el aire. La transformación que sufriste. Estabas preocupada por él. Temerosa por lo que pudiera hacerle. Si me lo pides, muchacha, lo traeré hasta aquí. Le arrojaré un hechizo que lo arrastrará a tu alcoba. —Arrancó un jirón de carne de venado con los dientes y lo masticó ruidosamente—. Haré que se arrodille ante ti. Haré que arda por ti. Dime tan sólo una palabra y será tuyo. Por supuesto que vas a destruirlo en el mismo momento en el que te toque con sus toscas manos. Una de sus rudas caricias le haría pedazos. Pero quizá te daría placer, ¿hmmm? ¿Te haría suspirar? ¿Te haría gemir?

—Me hallo al servicio de tu placer, amo. No del mío.

Hazoth la contempló con sus ojos perfectos y claros. La mujer sabía que trataba de mirarle al corazón, de arrancarle sus secretos. El embrujo de su piel se lo impedía, pero, de todos modos, lo intentaba de vez en cuando. Estaba interesado en ella, sin duda alguna. Después de todo, Citera era lo único que se interponía entre el brujo y una serie de espantosas muertes.

—Creo que, en vez del ladrón, haré venir a *sir* Croy. Un día de éstos, ese hombre de armas pretencioso tendrá que aprender la lección. Creo que lo voy a hacer venir ahora mismo. Y entonces se lo dirás. Le harás una lista de todo lo que te gustaría hacer con el ladrón. *Sir* Croy tendrá que quedarse quieto y escuchar mientras tú le describes todos tus sucios deseos. ¿Qué te parece? ¿Crees que te amaré lo suficiente como para escucharlo y después olvidarlo todo? ¿Crees que te va a querer cuando haya escuchado todos esos secretos?

—Si a ti te place, amo...

Hazoth chasqueó la lengua con desagrado. Eso era lo peor del juego. Aun cuando Citera mantuviese su compostura, aunque se tragara la bilis y se guardara sus pensamientos para sí misma, Hazoth se encolerizaba igualmente.

—Podría traértelos a los dos, si quieres. Podría traerlos a los dos a esta sala ahora mismo y hacer que lucharan por ti. Podría obligarlos a hacerse pedazos el uno al otro con las manos desnudas. ¿Te gustaría? ¿Te excitaría que lucharan por tus afectos? ¿Qué me dices? ¿Te gustaría?

Citera no logró contenerse. Un sonido casi inaudible brotó de lo más hondo de su garganta, un leve gemido. Al escapar de sus labios era ya tan débil que la mujer

pensó que las masticaciones de Hazoth impedirían que se oyera.

Se había equivocado.

—Ya te tengo —dijo él, y dejó el ciervo sobre el plato. Se limpió los dedos con la túnica y se puso en pie detrás de ella. Su aliento con olor a carne se le metió en el oído—. Por fin lo he descubierto —susurraba—. ¡Los dos por igual! ¡Los quieres a los dos! —De puro contento, estuvo a punto de estallar en risillas—. ¡Ah, Citera, querida mía, si estiras tanto el corazón se te quedará demasiado delgado! Voy a llamarlos a los dos, y haré que los dos te deseen, ¿te parece bien? Haré que compitan por desflorarte. Ah, ya veo en tus ojos cuánto te repugna esa idea.

—Yo no quiero nada, salvo... salvo... —dijo ella, tartamudeando.

El brujo la hizo callar con un gesto de su mano grasienta.

—No te preocupes, Citera. No tenemos ninguna necesidad de hacer nada de eso. Dentro de muy pocos días será la Natividad de la Señora. Aprovechando el barullo propio de ese día, Bikker los buscará a los dos y los matará mientras la guardia está ocupada.

—Naturalmente, amo —logró decir ella. Al ver que el brujo no proseguiría con sus amenazas, había recobrado la compostura—. ¿Puedo marcharme?

—Creo que sí —dijo Hazoth—. Tendría que reanudar mis estudios.

—Gracias, Magus —dijo Citera. Aguardó a que el hechicero la trasladara de nuevo a la sala donde se preparaban las bandejas.

Hazoth había empezado a dar los pasos necesarios con las manos... pero entonces se detuvo sin aviso previo.

Parecía que le quedara algo por decir.

—Sé que me odias, muchacha —murmuró—. Sé que conspiras contra mí. Sé que piensas que *sir* Croy vendrá aquí y os salvará a ti y a tu madre. Pero no te queda ninguna esperanza, Citera. Ahora ya no puede ayudarte nadie. Eres mía y siempre lo vas a ser.

—Yo... yo...

—Me ha parecido que tenía que recordarte ese hecho tan simple.

Al final, nunca lograba salvarse de los castigos.

Fueron muchos los ojos que observaron la mansión de Hazoth al día siguiente, cuando Anselm Vry envió a sus guardias a recobrar la corona. Era una mañana de cielo plomizo, con ocasionales lloviznas. Malden y Kemper miraban desde el extremo norte del prado comunal, y les parecía una manera tristísima de pasar el tiempo. Su intención había sido emplear el día en vigilar la mansión desde lejos para descubrir todo lo que pudieran. Pero, al llegar los guardias, se habían escondido entre los arbustos cercanos al Parque de la Señora y habían hecho todo lo posible por pasar inadvertidos. Kemper barajaba sin cesar sus cartas y restablecía así el vínculo que lo unía con ellas y que le permitía sostenerlas. Malden no tenía nada que hacer, salvo estar sentado y sujetarse la capa en torno al cuello para impedir que las frías gotas de agua de lluvia le bajaran por la espalda. Pero no quería marcharse de allí. Aunque no estuviera seguro, creía saber a qué habían ido los guardias. Se imaginó que Vry habría descubierto el lugar donde se hallaba la corona. Y eso podía ser una grave complicación. Si Vry encontraba la corona, si Hazoth permitía que se la llevaran, sería el fin de todos los planes de Malden —y de Cutbill—. Significaría la muerte para ambos.

Entre tanto, Croy vigilaba desde la casa de su adinerado amigo, cómodamente, con una jarra de vino y una hogaza de pan a modo de desayuno. Pensó que tal vez hubiese llegado el día en el que liberaría a Citera de sus ataduras. Si Vry triunfaba en su empeño y encontraba la corona, sería el fin de Hazoth. Citera y su madre quedarían libres del yugo de Hazoth y podrían marcharse a donde quisieran. Croy le arrebataría a Citera, y así podría casarse con ella y llevársela a su castillo. Todo acabaría bien.

La propia Citera miraba desde dentro de la mansión y tal vez fuese ella quien podía verlo todo mejor. Sin duda alguna, era ella quien podía salir más beneficiada. El castigo que Hazoth le había infligido la noche anterior había sido cruel y aún le dolía. Habría querido ver lo que sucedía y cómo se desarrollaba la situación. Sin embargo, se vio obligada a cumplir con sus tareas rutinarias —atender a las necesidades de la mansión, organizar las comidas, encargarse de que los criados cambiaran y lavaran las sábanas, de que los sirvientes de Hazoth cobraran las monedas de plata que les correspondían—, y por ello tuvo que apartarse a menudo de las ventanas. No sabía lo que tenía que pensar, ni lo que podía significar aquella incursión. No osaba abrigar esperanzas.

Nadie se marcharía —ni respiraría fácilmente— hasta que todo hubiera terminado.

Pareció que los guardias tardaran una eternidad en reunirse al sur del Parque de la Señora. Primero llegó el sargento, un hombre corpulento con una capa de dobladillo



rojo. Se había hecho acompañar por dos porteadores que plantaron una tienda en la que se pudo sentar a resguardo de la lluvia, con relativa comodidad. Luego llegaron sus hombres, cuatro, con alabardas. Dirigían miradas dubitativas al cielo. Tuvieron lugar varias largas discusiones entre los cuatro y el sargento, si bien ninguna de ellas fue muy acalorada.

«Sólo cuatro», pensó Croy. Cuatro contra un brujo. ¿Qué tenía Vry en la cabeza?

Cuando se hubo terminado el tiempo de las discusiones, todos los hombres se bebieron sendas jarras de cerveza. Se apoyaron en las astas de sus armas y se tomaron en silencio su ración. Cuando las jarras se hubieron vaciado, salieron de la tienda y atravesaron a pie el prado comunal. Mientras caminaban hacia la mansión, sus botas arrancaron salpicaduras de agua a las hierbas enfangadas. El sargento se quedó en la tienda, donde no se mojaba.

—Ahora vas a ver una cosa, muchacho —dijo Kemper con una sonrisa maliciosa—. Esto va a ser un baño de sangre, y no te lo digo porque sí.

—¿Piensas que Hazoth no les dejará entrar? —dijo Malden.

—Sería necio si se lo permitiera —dijo Kemper, riéndose—. Ohh, esto va a estar bien. Después de lo que me hicieron a mí cuando me amarraron en esa mazmorra... aún siento el mordisco de la plata en las muñecas y los tobillos. Vamos a ver si a esos capas de ojos les gusta salir volando por los aires. Ohh, esto va a ser precioso.

Malden no compartía el gozo rencoroso del tahúr. No sabía cómo iba a terminar aquello, pero sí tenía muy claro que, si Hazoth mataba a los guardias, o si simplemente no los dejaba entrar en la casa, se multiplicarían los problemas. Vry no podría aceptarlo. Enviaría más guardias, y más, hasta que todos los hombres armados de la ciudad se hallaran a las puertas de Hazoth y exigieran que les dejaran pasar. Una situación como ésa difícilmente podría llegar a buen fin para ninguno de los implicados, y haría imposible que Malden entrara en la mansión y recuperase la corona. El muchacho no sabía dónde tenía que cifrar sus esperanzas. Lo único que podía hacer era mirar y esperar lo mejor.

Los cuatro guardias llegaron a las puertas de la mansión justo antes del mediodía, pero Citera fue la única que estuvo al tanto de la hora exacta. Hazoth tenía un reloj mecánico en el rellano del primer piso de la mansión. Su persistente tictac siempre había relajado a la joven, su manera de dividir el día en pequeñas porciones había logrado que las horas de esclavitud le resultaran más fáciles de digerir. Pero en ese momento cada uno de los tics y cada uno de los tacs era un golpe contra sus sentidos, como si todas sus esperanzas dependiesen de la hora que acababa de empezar. Los guardias se detuvieron frente a la puerta. Uno de ellos saludó con un grito a los vigilantes de la mansión y solicitó que les dejaran pasar, en nombre del burgrave. Tan solo Citera oyó la respuesta... y sólo ella se sorprendió al oírla.

—Desde luego, muchachos. El Magus os ruega que entréis y os da la bienvenida —dijo el vigilante. Se volvió e hizo una señal frente al rosetón que se hallaba en lo más alto del edificio, y la barrera mágica desapareció, y dio la impresión de que

incluso el aire húmedo suspiraba aliviado.

Los guardias pasaron en fila por el pórtico y accedieron al gran vestíbulo. Arriba, en la galería, Citera estaba ocupada con el inventario de la cubertería, un trabajo importante en la casa de un hechicero, puesto que los brujos rivales de Hazoth habrían podido emplear contra él cualquiera de las cucharas con las que comía. Estaba inclinada sobre los cuchillos, por si cualquiera (humano o invisible) la observaba, pero, al mismo tiempo, escuchaba con atención todo cuanto se decía abajo.

—Vengo con un mensaje oficial del bailío y tengo que presentártelo, mi señor —dijo uno de los guardias—. Luego tendremos que solicitarte que nos permitas registrar tu casa.

No pareció que Hazoth estuviera muy preocupado.

—Muy bien, vamos a oírlo.

—Dice así —le respondió el guardia. No había venido con ningún pergamino. Lo más probable era que lo hubiese memorizado para poder recitarlo—. «Saludos a nuestro buen amigo Hazoth, muy querido por el burgrave y por el rey, su señor. Es con gran pesar que yo, Anselm Vry, tengo que enviarte este destacamento. Se han presentado pruebas relacionadas con el robo de cierto objeto que el burgrave considera su posesión más preciada. Dichas pruebas nos hacen pensar que el objeto en cuestión podría hallarse dentro de los límites de tu propiedad. De acuerdo con la ley ordinaria, doy mi autorización a estos hombres para que registren tu casa, los otros edificios y las tierras de tu mansión, con todo el cuidado necesario para minimizar las molestias, y sobre todo los daños que pudieran causarse en dicha propiedad. Se te agradecerá grandemente tu cooperación en este asunto, mi querido Hazoth. Si dicho objeto se hallara en tus tierras o propiedades, o sobre tu persona, o, de la manera que fuere, oculto, o en poder de tu estimada persona, este destacamento estará autorizado a sustraértelo y llevarlo a lugar seguro, y será en ese momento, pero no antes, cuando se presenten acusaciones formales contra ti, o contra cualquier agente que trabaje para ti y que se encuentre que ha tenido parte en el robo, transporte u ocultación del mencionado objeto. Firmado: tu seguro servidor, Anselm Vry, bailío de la Ciudad Libre de Ness».

El guardia carraspeó. Al parecer, había terminado con el mensaje.

—No distingo nada —dijo Kemper con voz irritada, al tratar de ver la lejana mansión a través de la lluvia—. Ni luces, ni humo del infierno en las ventanas. Ni manos de fuego que sujeten a los guardias, ni demonios que salgan por las grietas del suelo. ¿A ti te parece que puede haberlos mandado al abismo con un simple hechizo?

Citera se asomó a la baranda de la galería y contempló la escena desde arriba... malditos fueran los guardias.

Croy contuvo el aliento.

—Muy bien —dijo Hazoth. Levantó la mano y señaló las escaleras—. ¿Preferís empezar registrando mis aposentos? ¿O aquí, en las estancias de los huéspedes?

¿Puedo ofrecerles algo para comer o beber?

Los guardias parecían avergonzados.

—Nos han dado órdenes de que no aceptáramos nada que nos dieras, Magus, ni siquiera un vaso de cerveza sin alcohol, porque podría estar maldita. Aunque, esto, nosotros no pensamos que vayas a hacer tal cosa.

—Ni se me ocurriría —dijo Hazoth.

—Si nos dejas actuar, pondremos manos a la obra y nos marcharemos en cuanto nos sea posible.

—Por supuesto —dijo Hazoth, y se apartó de las escaleras.

El registro les llevó varias horas. Citera tuvo que ayudar a los guardias. Era ella quien tenía todas las llaves, y también sabía abrir algunas de las puertas y armarios protegidos por la magia. Los guardias parecieron sorprenderse por algunos de los muebles menos comunes que se encontraban en la casa, pero no dijeron ni una sola palabra, ni siquiera cuando uno de los libros de la biblioteca saltó de su estante y sacudió las cubiertas a sus pies, como un pez fuera del agua sacude las aletas. Trató de seguir a los guardias cuando salían de la biblioteca, como si les rogase que se lo llevaran y lo liberasen de la mansión de Hazoth. Citera sabía lo que contenía el libro y no pudo reprocharle sus ganas de escapar. Con todo, fue a recogerlo, le acarició el lomo con el pulgar para tranquilizarlo y volvió a ponerlo en su sitio.

«¿Por qué tardan tanto?», pensó Malden mientras jugueteaba con la daga que llevaba al cinto.

«Al menos, es un registro exhaustivo», se decía Croy, mientras apretujaba ambas manos, una contra otra, y se inclinaba hacia delante sin levantarse de la silla.

Lo último que registraron en el edificio fue el segundo piso. Las cadenas del dormitorio principal llamaron la atención de los guardias, y realizaron un valeroso intento de registrar el laboratorio, a pesar de sus nocivos vapores. Apenas si se fijaron en otras salas. A la luz del día, la mayor parte de los lugares verdaderamente peligrosos del segundo piso eran inofensivos, y Citera se alegraba de ello. No le habría gustado tener que explicar ciertas cosas que los guardias habrían visto si hubiesen llegado después del anochecer.

Al llegar al corredor cerrado y sellado por el que se accedía al gabinete privado de Hazoth, ni siquiera miraron la puerta, sino que pasaron de largo.

—Venid, puedo abríroslo, pero tened cuidado una vez que estéis dentro —les dijo Citera—. Creo que ha desactivado todas las trampas, pero, de todos modos, estaría bien que...

—¿Señora...? —dijo uno de los guardias—. Ahí no hay ninguna puerta.

Citera frunció el ceño y volvió a señalar la puerta con el dedo.

—Ésta.

—Yo no veo ninguna —dijo uno de los otros—. Ahí no hay nada.

Citera les observó el rostro, especialmente los ojos, en busca de indicios de que la magia hubiera embotado sus pensamientos. Pensó que Hazoth debía haberlos

hechizado para que no viesen la puerta... y no se atrevió a tratar de romper el hechizo. Por lo que respecta a los guardias, éstos no hicieron más que devolverle la mirada y parpadear ocasionalmente, como si estuvieran aburridos.

Los guardias desfilaron escaleras abajo y regresaron al gran vestíbulo, donde se disculparon con Hazoth por los inconvenientes que hubieran podido causarle y se marcharon. Hazoth volvió a subir por las escaleras para retomar sus estudios, y, de paso, le dijo a Citera que reanudara el cumplimiento de sus deberes habituales.

Entonces los guardias salieron al patio de gravilla de la mansión...

... y Croy se puso en pie bruscamente, tan bruscamente que derribó la silla donde se sentaba...

... y Kemper y Malden se inclinaron hacia delante para verlo mejor...

... y Citera agarró un tenedor para servir, de plata, y lo sujetó con fuerza frente al pecho, como para resistirse contra no se sabía muy bien qué...

... y no ocurrió absolutamente nada.

Los guardias pudieron abandonar la mansión sin demora. Marcharon hasta la tienda, donde emplearon un lapso considerable para informar a su sargento. Luego los portadores regresaron para desmontar la tienda y se marcharon todos juntos. Subieron por la calle de la Puerta del Tullido en dirección a la Peste, y luego, desde allí, volvieron al Monte del Castillo.

Y, aun así, no sucedió nada.

Hazoth retornó a sus estudios. No salió del laboratorio durante el resto del día. Citera volvió a sus obligaciones. Por lo general, se habría alegrado de que Hazoth se abstraiera con otras cuestiones. Cualquier tiempo que tuviera para sí misma — cualquier tiempo en el que el brujo no le exigiera nada, ni la atormentase para su diversión— era precioso. Pero en ese momento estaba más asustada que nunca. Podía ser que Hazoth comprendiera, o no, su implicación en la visita de los guardias, pero, en realidad, no importaba. En cuanto terminase con las labores del día, tendría que echarle las culpas a alguien por la interrupción, tendría que descargar su ira contra alguien. La mujer sufriría un tormento terrible, todavía peor que el castigo de la noche pasada. Pero no podía evitarlo. Lo único que podía hacer era seguir con su trabajo. Abstraerse con los cuchillos y cucharas, ya familiares, que se encontraban en el armario de la cubertería de plata.

Entre los árboles empapados de agua de lluvia, Malden chascó la lengua, asqueado, y miró a Kemper. El intangible tahúr estaba seco como un hueso. Las gotas de lluvia lo habían atravesado.

—Tengo que secarme —dijo Malden—. Ven, tengo otra capa en mi habitación. Encenderemos un fuego. Y luego tendremos que discutir lo que hacemos.

—No lo entiendo —dijo Kemper, mientras seguía a Malden por la calle que se alejaba de Murallas del Parque. ¿Los ha dejado entrar? ¿Ha permitido que registraran su casa?

—No han encontrado la corona —le dijo Malden a su socio—. Eso está claro. Si la hubiesen encontrado, habrían agarrado a Hazoth y lo habrían sacado a rastras de su agujero, y lo habrían encerrado en las mazmorras de palacio. Por lo menos, lo habrían intentado. No lo habrían tenido fácil.

—Me habría gustado verlo —dijo Kemper con una risa socarrona.

Malden pensaba en voz alta.

—Vry decía que iba a registrar todas las casas de la ciudad hasta que encontrase la corona. Pero no me creo que haya empezado por allí sin motivo alguno. Más bien parece que tendría que evitar, en la medida de lo posible, la cólera de Hazoth. Así que está al corriente. Debe haber descubierto algún indicio de que la corona se encuentra allí... pero sus guardias se han marchado sin la corona y sin armar jaleo. —Negó con la cabeza—. Quizá tenga algún otro plan en mente y esto sólo fuera una maniobra para despistar. Y eso nos obliga a actuar todavía con mayor rapidez. Tenemos que robar la corona antes de que él la consiga... porque, si no, todo está perdido. —Tembló bajo la túnica mojada—. Tenemos que sentarnos en alguna parte y pensarlo bien.

—Sí, muchacho, eso está claro.

—No creo que un *brandy* o dos nos hagan daño.

Kemper pareció alegrarse inmensamente con la idea.

Los dos ladrones doblaron una esquina y se marcharon antes de que hubieran podido ver la única consecuencia del registro ordenado por Anselm Vry. En los establos de la casa de un hombre rico, enfrente de la mansión de Hazoth, se oyeron voces, y un caballo se puso en marcha.

—¡Sé razonable, amigo mío! ¡Si sales, vas a morir!

Croy se volvió hacia su anfitrión con ojos ardientes. Por un momento, se sintió tentado de derribar al comerciante que le obstaculizaba el camino. Luego lo agarró por los antebrazos y se le acercó para hablarle.

—Discúlpame. Has sido tan amable al recibirme en tu casa... sé muy bien que te he puesto en peligro.

—Déjalo... ahora tienes que pensar en ti mismo. Si cabalgas hasta allí en ese estado de exaltación, te arrestarán tan pronto como te vean.

—Anselm Vry atenderá a razonamientos lógicos. Cuando le demuestre que soy su única esperanza, me dará lo que necesito para poner fin a esto —dijo Croy, y soltó al hombre. Agarró una silla de montar y la colocó sobre los lomos del semental más impetuoso de su anfitrión. Mientras éste proseguía con sus ruegos, apretó con fuerza la cincha. Palpó las dos espadas que llevaba para asegurarse de que estuvieran bien sujetas por las vainas y no se soltaran. Luego se echó una larga capa de fieltro sobre el cuerpo. La lana cardada le guarecería de la lluvia e impediría que se le oxidase el acero. Agarró la perilla e hizo el gesto de montar, pero una mano se posó en su brazo y le detuvo.

—No se contentarán con arrestarte —dijo el mercader, mientras movía la cabeza

de un lado para otro—. Te abrirán en canal como a un perro. En cuanto vean tus espadas, no van a tener piedad.

—Les conmoveré el corazón con mis ruegos. —Croy subió hasta el lomo del caballo y se dejó caer sobre la silla. Agarró las riendas y obligó a su montura a volverse hacia el camino.

—Dices dos cosas distintas. ¿Vry es un hombre razonable, o un hombre con un buen corazón? Mi experiencia me dice que esas dos cualidades son contrarias y no suelen encontrarse en una misma naturaleza.

Croy se encogió de hombros.

—De una u otra manera, lo voy a convencer. Y si no... puede que muera en el día de hoy. Pero caeré en nombre de la justicia.

—Pues entonces hazme un favor antes de morir.

Croy hizo una mueca por el tiempo que estaba perdiendo, pero asintió. Siempre pagaba sus deudas.

—Cuando llegues a las puertas del castillo, desmonta. Haz que mi caballo dé media vuelta y arréale una buena palmada en los cuartos traseros. Ya se sabe el camino de vuelta. Aunque hoy pierda a un amigo, por lo menos recobraré mi montura.

Croy se rió amargamente y espoleó al animal.

Aunque no hiciese calor, el palafrén jadeaba, y, para cuando Croy pasó por el Puente del Mercado del Grano y por la Plaza del Mercado, sus flancos ya estaban cubiertos de sudor. A llegar a la puerta principal del Monte del Castillo, un guardia agitó su lanza en el aire para ordenarle que se detuviera, pero ese mismo guardia tuvo la prudencia necesaria para apartarse a un lado y no acabar bajo los cascos del animal, porque Croy pasó por la puerta a galope tendido y entró en el palenque. Los trabajadores soltaron las herramientas y se apartaron del camino de Croy, porque éste venía al galope. Croy no frenó al caballo hasta que se encontró frente a la puerta principal de palacio, y sólo el tiempo necesario para saltar a tierra y mandar al caballo de vuelta, con su amo, como había prometido.

Por un instante, la quietud reinó en el patio. Nadie osaba moverse, porque no sabían por qué había ido, ni lo que quería. Croy pensó que, si en ese momento le hubiesen crecido cuernos y alas de murciélago, los guardias y vigilantes no se habrían sorprendido más.

Dio las gracias por la precaución de aquellos hombres. Así contaría con un momento —el tiempo que se emplea en tomar aliento unas pocas veces— para presentar sus exigencias.

—¡Anselm Vry! —gritó, y echó para atrás la capucha de su capa.

Oyó que los guardias de palacio venían a toda prisa por detrás. Sus cotas de malla tintineaban y la punta roma de las vainas de sus espadas golpeaba las losas del pavimento. No se volvió para mirarlos.

—¡Sal, Vry, quiero hablar contigo!

Hubo mucha confusión y varias voces le gritaron, pero a duras penas las oyó. La sangre le palpitaba detrás de los ojos y el mundo se había teñido de color bermellón. Si Vry no salía a hablarle, sería él quien entrara... y que la Señora ayudase a cualquier hombre que le obstaculizara el camino.

Pero en el momento en el que iba a abrirse paso hasta palacio, apareció Vry en un balcón del primer piso.

—*Sir Croy*, esto es excesivo —dijo—. Hasta ahora he fingido no ver nada, he tratado de ganarme tu favor con palabras gentiles, pero...

—Tus hombres... han entrado y han vuelto a salir. ¡Sin... sin encontrarla!

Vry contempló la multitud que se había reunido en el patio y apuñaló con la mirada a Croy.

—Ten cuidado con lo que dices.

—Han registrado la casa donde se encontraba. No han hallado oposición. ¿Cómo han podido fracasar? Sólo puede haber un motivo: la brujería.

—Los hombres de los que me hablas aún no han regresado. No he oído su



informe. No tiene ningún sentido que armes este barullo, ni tenemos nada que discutir.

Vry parecía irritado, pero no ordenó a sus guardias que lo atacaran. Por el momento, se quedaron en sus puestos, con las armas a punto. Tal vez ninguno de ellos quisiera ser el primero en atacar... sabían de qué era capaz Croy. Pero el caballero, por su parte, también sabía que, en cuanto se moviera uno, su empuje se transmitiría a los demás y le atacarían todos a la vez.

Así pues, había llegado el momento. Formularía su ruego y tendría que convencer con él a Vry.

Croy desenvainó a *Matafantasmas* y oyó el respingo de todos los que lo rodeaban. Hubo quien chilló. Apoyó una rodilla en el suelo y sostuvo la espada delante de su cuerpo, con la punta sobre el pavimento. Incluyó la cabeza como un caballero en vela en una capilla. Como un campeón del reino, porque eso es lo que era.

—Pon a mi disposición a todos los hombres de la guardia. A una compañía entera, por lo menos. No dejaré piedra sobre piedra en esa casa. La arrancaré de dentro del corazón del brujo, si es que la ha escondido allí.

—No puedo hacer lo que me pides —dijo Vry.

—No me menosprecies —insistió Croy.

—Créeme, no te menosprecio. Si hay algún hombre capaz de lograrlo, ése eres tú. Pero ¿no lo entiendes? Tengo las manos atadas por las leyes y costumbres. No soy mariscal de campo, ni puedo hacer la guerra dentro de la ciudad. Mi obligación consiste en proteger a los ciudadanos, y no en masacrarlos basándome sólo en información no confirmada y el fervor de tus convicciones.

—¡Se ha cometido un delito! ¡Tu ciudad exige justicia!

—Mucho me temo que eso es cierto —dijo Vry con voz gélida.

Croy levantó la mirada sin comprenderlo.

—He hecho por ti todo lo que podía, mi señor caballero. Ahora voy a tener que cumplir con mi deber. Croy, te encuentras bajo arresto. Has violado los términos de tu destierro y, al permanecer dentro del recinto amurallado de la Ciudad Libre de Ness, te has hecho merecedor de la pena de muerte. ¡Guardias! Detenedlo... si es posible, con vida, y si no, muerto.

Y, después de decir esto, Anselm Vry se volvió y entró de nuevo en palacio.

Croy había fracasado.

—Suelta la espada —dijo alguien que se hallaba a sus espaldas.

—Échate al suelo con los brazos abiertos.

—No te muevas de donde estás, si no quieres que te matemos.

Así pues, eran tres los hombres que lo amenazaban. A no dudar, detrás de ellos habría más. El corazón de Croy, que momentos antes había ardido con un fuego inextinguible, se enfrió y se volvió de hielo. Su mente se apaciguó por primera vez en varias semanas. Todos los instintos, todos los reflejos que había entrenado y refinado

a lo largo de los años, cobraron vida en su interior.

Y entonces comprendió —al mismo tiempo que se ponía en pie y daba media vuelta para encararse con sus enemigos— que había cometido un terrible error.

Su ruego habría arrancado lágrimas a los ojos de un general. Pero Anselm Vry no era un guerrero. Era un funcionario. Un administrador. Para él, las normas y los números por los que se regía la vida lo eran todo. No importaban la justicia ni la verdad. Sólo contaba lo que estuviera permitido formalmente.

*Matafantasmas* trazó un amplio arco. La mano de Croy sujetaba su empuñadura sin especial concentración. No necesitaba precisión para un mandoble como ése. El filo de acero silbó en el aire y partió en dos el asta de madera de una alabarda. La capa de uno de los guardias se acortó varios centímetros. Mientras atacaba con una de las espadas, Croy desenvainó la otra, la más corta. Encajaba a la perfección en su mano izquierda.

La punta de una alabarda fue contra su rostro. La detuvo con la espada corta y el metal resonó contra el metal, no con los ecos metálicos del yunque y el martillo, sino con el chirrido del hierro que raspa hierro y crispera los nervios. Una pica acometió hacia abajo, hacia su entrepierna. Croy esquivó el ataque, y luego desvió la pica con el extremo *Matafantasmas*.

El maestro de armas que había instruido a los guardias los había convencido de que las armas con asta eran superiores a las espadas. Las espadas no podían parar alabardas ni picas porque no tenían el alcance suficiente.

Dicha noción tenía su fundamento en la agilidad de un típico espadachín. Para un experto en armas blancas como Croy, que había empleado toda su juventud en la práctica de estocadas y retraimientos, entradas a fondo y fintas, esa teoría no era válida.

Pero eso no quiere decir que fuese invulnerable. Así, por ejemplo, Croy no tenía ojos en la nuca. Uno de los guardias se le puso detrás y trató de golpearle el cráneo desnudo con el hacha de la alabarda, y Croy no lo vio venir. Sólo oyó el silbido en el aire.

Así que a duras penas logró echar la cabeza para atrás y ver pasar el acero ante sus ojos, y el asta le golpeó en la sien. Oyó un estruendo dentro de su cabeza y la visión se le nubló.

Se dio cuenta de que lo rodeaban y lo encerraban un bosque de astas de madera. Solamente podía luchar con unos pocos a la vez. Por muy hábil que fuera, no vencería a todos los guardias del castillo. Con el tiempo, se impondría el peso de su número, acabarían con él por medio de golpes medio fallidos y arañazos. Si sangraba lo suficiente, moriría. No importaba cuántos hombres cayeran con él.

En cierto sentido, le pareció bien. Terminar de ese modo, en nombre de Citera, sería una muerte digna. Si hubiera sido más joven, tal vez se habría rendido a ese deseo de muerte, a ese sueño de honor y gloria.

Pero se había hecho mayor. Sabía qué era importante de verdad. Si moría allí,

Citera sería esclava para siempre. Sólo por eso, la sed de sangre se le encendió en sus venas.

Aguardó a que una lanza cayera al suelo, frente a sus pies, y su acero se clavara en una de las baldosas de pizarra. Luego apoyó con fuerza una de sus botas sobre el asta de madera pulida. Paró un ataque que le venía por la espalda con *Matafantasma* y apoyó el otro pie sobre el hombro de un guardia que tenía enfrente. Este gruñó, dolorido, mientras Croy se propulsaba hacia arriba, y escapaba así del círculo de atacantes y de su cerco de muerte. Se arrojó sobre el montón de escombros y rodó sobre éste, con las espadas pegadas al cuerpo, para que no se le escaparan de las manos.

Se puso en pie y miró en derredor. El aliento entraba y salía profundamente de sus pulmones. Vio guardias por todas partes, y más guardias que salían por las puertas para reforzar el ataque. Docenas de hombres, armados todos ellos, vestidos todos con cota de malla. Croy no llevaba ningún tipo de armadura.

Alguien le acometió con una hoja curva. Croy desvió fácilmente el golpe con un brevísimo mandoble de su espada corta. Pero los guardias ya se le echaban encima. No podía quedarse quieto.

Más adelante, en la puerta grande que llevaba hasta la Plaza del Mercado, los guardias bajaban el rastrillo. Sus puntas ya estaban a medio camino del suelo y los hombres seguían haciendo girar el cabrestante. Si quería sobrevivir, Croy tendría que pasar por la puerta antes de que quedara cerrada. Por desgracia, debía de haber una docena de guardias en su camino.

Croy rugió como un león y pasó al ataque. Golpeó en el rostro a uno de los hombres con el plano de *Matafantasmas* e hizo perder el equilibrio a otro al darle en el estómago con la empuñadura de la espada. Otro vino hacia él, con la punta por delante, y lo habría herido si no hubiese saltado a un lado, donde se interpuso en el camino de otro atacante. Este pareció sentir terror al darse cuenta de que se encontraba junto a Croy, y de que su larga lanza se había convertido en una molestia, en vez de una ventaja. Croy derribó al necio con un cabezazo y luego se arrojó contra el costado de otro guardia. La punta de una alabarda le hirió en la espalda, pero casi no se enteró.

Había llegado al rastrillo y no había nadie que se interpusiera. Le faltaba medio metro para acabar de cerrarse. Croy se arrojó al suelo y pasó rodando por debajo. Las puntas de hierro le rasgaron la ropa. Una vez al otro lado, se puso en pie y miró a través de la reja. Más hombres de los que habría podido contar corrían hacia él y gritaban a los guardias de la puerta que levantaran el rastrillo, para poder perseguir a Croy.

Éste se rió, aunque no con sorna. Luego envainó las espadas y se volvió para marcharse.

E, inesperadamente, resbaló y se cayó sobre su propia sangre.

Se palpó la espalda y descubrió la herida. Casi no la había notado... pero en el calor del combate no es extraño que el sentido del dolor se embote. No sabía si la herida podía ser mortal, pero no le cabía ninguna duda de que era grave.

Sin embargo, no tenía tiempo para restañarla. El rastrillo iba a levantarse en cuestión de momentos y todos aquellos hombres irían tras él. Tenía que aprovechar la escasa ventaja que les llevaba y correr mientras aún pudiera.

Pero tenía que empezar por ponerse en pie.

Croy apoyó ambas manos en el suelo. Los músculos de la espalda le temblaron y una sombra de dolor se abrió paso por los sentidos entumecidos por el combate. Con todo, su cuerpo obedeció las órdenes y logró apoyarse sobre sus propios pies. La sangre que había quedado sobre las baldosas estuvo a punto de hacerle resbalar de nuevo, pero logró seguir adelante.

El rastrillo chirrió a sus espaldas, porque se levantaba de nuevo. En lo alto, sobre los muros del Monte del Castillo, los guardias empezaron a gritar. En teoría, todos los

hombres capaces de luchar que se encontraran en la calle tendrían que responder a su llamada y colaborar en la captura de Croy. Sin embargo, éste sabía que la mayoría de los ciudadanos no haría nada, salvo bajar las persianas y cerrar las puertas. Croy había perseguido a un buen número de fugitivos en lugares donde el espíritu cívico era mucho más fuerte que en la Ciudad Libre de Ness.

Corrió hacia la Plaza del Mercado, al mismo tiempo que los arqueros se apostaban en lo alto del muro. Mientras corría en zigzag entre una hilera de puestos de comida, una flecha le pasó cerca de la mejilla y se clavó en un costillar de vaca. Croy se agachó tras el puesto del carnicero mientras nuevas flechas se clavaban en sus maderas embreadas.

Ni siquiera un hombre instruido en la esgrima como Croy podía hacer frente a una lluvia de flechas. Escondiéndose tras los puestos, buscó el camino más corto hasta el final de la plaza, donde se encontraban, una al lado del otro, la aduana y un granero. Entre éstos había un estrecho callejón que llegaba hasta la calle de la Prosperidad. Se metió por el callejón y echó inquietas miradas a la calle, con el desesperado deseo de que no hubiera en ella ningún guardia. No vio ninguno y se marchó corriendo cerro abajo. Los hombres gritaban y se metían en las tiendas que se encontraban a ambos lados de la calle cuando veían su herida. Debía de ser espantosa.

—¡Detenedlo! —gritó alguien a espaldas de Croy. Éste no se detuvo a ver quién era. Más adelante, una carreta cargada con cajas de pescado bajaba hacia la Cuesta Dorada. Croy saltó y aterrizó violentamente de costado sobre un montón de salmones y sardinas.

—¿Quién... qué...? —El conductor de la carreta miró a Croy con los ojos desorbitados, boquiabierto. Mientras Croy se acomodaba en uno de los lados de la carreta y trataba de pensar en lo que le diría al hombre, éste gritó de miedo y trató de bajar al suelo. Cayó mal sobre el pavimento y rodó por tierra. Los caballos no se detuvieron y lo dejaron atrás.

—Maldita sea —murmuró Croy. Colocó una pierna sobre el asiento y trató de agarrar las riendas. Sin embargo, los dos caballos debían haberle oído la sangre, porque relincharon de miedo y se lanzaron cuesta abajo. Croy volvió a caerse sobre el pescado, que, a su vez, se caía de la carreta y dejaba un rastro plateado por la calle.

La carreta brincaba, daba botes... no estaba construida para circular a tal velocidad. Croy se encontró con que no podía ponerse en pie ni subir al asiento. Las riendas se arrastraban por el suelo, entre los ronzales, donde Croy no podía alcanzarlas. Los cascos de los caballos resonaban con tal fuerza sobre el pavimento que Croy apenas si podía oír sus propios pensamientos.

Un muchacho —un aprendiz de algún oficio, a juzgar por su guardapolvos de cuero— se apartó justo a tiempo de que los caballos no lo atropellaran. Un carro de heno bloqueaba la mitad de la calle y Croy dio por seguro que se estrellarían contra él, pero los caballos que tiraban de la carreta no estaban hechos para estrellarse de

cabeza contra un obstáculo como ése. Giraron en el último momento, con tal brusquedad que la carreta se ladeó y, por unos instantes, se sostuvo sobre una única rueda. Croy rodó hacia un lado y estuvo a punto de caerse, pero al final logró sujetarse al costado del vehículo mientras sus pies se arrastraban y golpeaban sobre el suelo empedrado. Estuvo a punto de soltarse... la caída al suelo habría sido dura y habría rodado un buen trecho, pero, por lo menos, abandonaría la carreta, que había perdido todo control.

Pero, no... no podía hacerlo. Si se dejaba caer al suelo, la carreta circularía sin freno alguno. Los caballos se llevarían por delante a todo el que se interpusiera en su camino. No podría vivir con el recuerdo de que le había hecho daño a alguien en su huida del castillo. Croy luchó contra el dolor de la herida y la bruma rojiza que le cubría los ojos, y volvió a trepar hasta lo alto de la carreta. Entre esfuerzos y jadeos, logró llegar al asiento y levantó la mirada para ver hacia dónde se dirigía.

Más adelante, en la calle, hombres y mujeres corrían, presas del pánico, para escapar de la carreta que avanzaba sin freno. Croy les gritó para advertirles y agitó las manos en alto, pero la única manera de evitar la catástrofe era recobrar el control de la carreta. Herido como estaba, le iba a resultar difícil.

La calle de la Prosperidad descendía por la Cuesta Dorada con una pendiente muy pronunciada que añadía la velocidad a la de la carreta. Descendía en línea recta, como la trayectoria de una flecha, hasta el Humo, donde desaparecía en un laberinto de callejas. Si no lograba frenar a los caballos antes de que llegaran a ese barrio, la carreta se iba a estrellar. Mientras los caballos enloquecidos galopaban cerro abajo, Croy logró montar sobre el aparejo que los unía y luego se colocó sobre el lomo del que iba a la izquierda, el dominante.

—Eh, eh, quieto ahí —dijo en un intento por tranquilizar al animal. Se agarró a su crin e hizo todos los esfuerzos posibles para que no lo descabalgara. El caballo volvió un ojo enloquecido para mirarlo y mordió al aire con sus gigantescos dientes—. No pasa nada, tranquilízate —susurraba Croy, pero el caballo no hizo más que redoblar sus esfuerzos por librarse de él. No había sido criado para la guerra y entrenado por un caballista. Era una simple bestia de tiro que no había conocido nunca tal agitación.

Estaba claro que los caballos no tenían ninguna intención de obedecer sus órdenes. Al darles un enemigo común, había logrado que perdieran algo de velocidad, pero el peligro de estrellarse aún era muy grande. Iban tan rápido que se estrellaría contra el empedrado como un proyectil de catapulta.

Miró adelante y vio que faltaban sólo unos segundos para que los caballos llegaran al Humo. La calle describía una curva en torno al patio de un curtidor. La carreta no podría girar a tanta velocidad y seguir adelante.

—Te pido disculpas, pescadero —dijo, pensando en el pobre conductor de la carreta. Luego sacó la espada corta y cortó todos los ronzales que unían los caballos a la carreta.

El efecto fue instantáneo. El caballo de la derecha se liberó y se marchó al galope

por una calle lateral. El dominante se libró del arnés y giró a gran velocidad en torno a la casa del curtidor. A espaldas de Croy, la carreta se estrelló contra una cerca de estacas y se hizo pedazos, y su carga saltó a los aires levantando una lluvia de salmones y sardinas.

El estrépito asustó todavía más al caballo de Croy. Empezó a encabritarse y Croy no pudo aguantar más. La pierna izquierda se le enredó en el arnés. Al tratar de liberarse, se soltó y fue a parar al suelo, sin apenas tiempo para plegar el cuerpo. Dio una voltereta para alejarse de los veloces cascos del caballo, y luego se quedó tumbado en el suelo, molido, magullado y exhausto, y vio cómo se alejaba el animal hacia el laberinto de tortuosas calles que componían el Humo.

No había nada que Croy deseara tanto como tumbarse sobre el empedrado y descansar un momento. Tenía el cuerpo lacerado por el dolor y la herida de la espalda aún le sangraba. Pero sabía que la guardia no tardaría en encontrarle... no se podía decir que hubiera ocultado sus huellas. Se puso de costado y apoyó una mano sobre el empedrado. Le faltaban las fuerzas y le costó incluso sentarse.

La herida de la espalda debía de ser profunda. No podía permitirse perder más sangre. Tenía una mano en el suelo, cerca de la espada corta. La agarró y la empleó para cortar un buen jirón de su propia capa. Se lo ató a la espalda con toda la fuerza de la que fue capaz. Tal vez le sirviera de algo. Pero seguramente ya era demasiado tarde. Había perdido sangre en abundancia. Pocas veces se había sentido tan cercano a la muerte. Nunca le había parecido su frío abrazo tan acogedor, tan deseable.

Pero había algo en su interior que se negaba a rendirse. Por muy tentador que le resultara cerrar los ojos y dejar que el sueño eterno se apoderara de él, su trabajo aún no estaba terminado. Citera y su madre seguían en la esclavitud. Hazoth aún tenía en su poder la corona del burgrave. Tenía que ponerse en pie. Tenía que marcharse de allí. Se prometió a sí mismo que descansaría, pero sólo cuando hubiese encontrado un lugar seguro. No sabía muy bien cuál podía ser ese lugar.

Pero, en tanto que viviera —en tanto que Citera necesitase su ayuda—, tenía que emplear a fondo las fuerzas que le quedaran. Y eso significaba que debía ponerse en pie.

Se levantó. Él mismo no sabía cómo lo había logrado. La simple acción de apoyar un pie en el suelo, y luego el otro, hizo que la visión se le nublara y el cerebro le protestase, hasta que se sintió incapaz de pensar. Con todo, sus músculos estaban entrenados para no detenerse, ocurriera lo que ocurriese. Lo pusieron en pie y echaron a andar.

Forcejeó con los restos de su capa destrozada. Consiguió que le cubriesen las empuñaduras de las espadas, para que no le quedaran a la vista. En aquel vecindario no solían verse ciudadanos armados, y las espadas llamarían exactamente el tipo de atención que deseaba evitar. Aunque no había nadie a la vista... en realidad, allí no había casi nada por ver.

El aire estaba impregnado de humo y gases, vapores insanos que se elevaban desde las cubas del patio del curtidor. Más abajo, en la misma calle, una gruesa columna de ceniza y chispas surgía de una fundición de hierro. El Humo estaba siempre envuelto por un ponzoñoso miasma... en un día de cielo plomizo como aquél, el barrio parecía estar sumergido en una sopa de gachas. El aire contaminado y su característico hedor descendía cerro abajo hasta el distrito de los miserables y los delincuentes, llamado la Peste. Eran esos humos los que le daban su nombre. Croy



descendió por una calle larga sin puertas ni ventanas. En su extremo se hallaba un patio abierto en el que Croy vio a dos hombres que trenzaban una soga. Uno contó un chiste y el otro se rió a carcajadas. Cuando pasó por su lado, se volvieron para mirarlo. El primero le dijo algo a gritos, pero Croy no lo entendió... la sangre le martilleaba con demasiada fuerza en los oídos.

Pasó de largo frente a una tonelería donde los obreros chamuscaban el interior de los toneles a base de rociarlos con vinagre y pegarle fuego. Por la boca de los toneles brotaban llamaradas rojas, y el que las había encendido se apartaba antes de que pudieran alcanzarlo.

La siguiente puerta era una cervecería y el aire estaba impregnado del olor de los lúpulos fermentados y del vapor que surgía de los grandes calderos durante el proceso de malteado. Croy eructó repetidamente al pasar por una gruesa nube de vapor. Por un instante no vio nada. La nube, de olor acre, hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Cuando salía de la nube dando traspiés, alguien lo agarró por los hombros.

—¡Ándate con cuidado, amigo! No quiero hacerte ningún daño —le dijo en tono amable el desconocido, mientras Croy se daba la vuelta, tambaleante, y trataba de desenvainar su espada corta. Croy dejó que la mano volviera a colgar—. No... ugh... no te conozco —dijo.

El desconocido era un individuo rollizo, con justillo ceñido y calzones de cuero. Tenía los ojos muy juntos y muy poco mentón. Estaba claro que no era miembro de la Guardia Ciudadana, ni de la de palacio. Llevaba un puñal en el cinto, pero ninguna otra arma visible.

—¿Acaso no tengo cara de persona honrada? Ja, ja —se rió—. Ahora ven conmigo, nos encargaremos de que dentro de un momento estés en lugar caliente y seguro. Conozco un sitio detrás de aquella esquina.

«Cree que estoy borracho», pensó Croy.

—¿Qué clase de sitio?

—Una especie de templo —le dijo el desconocido—. Un pequeño santuario para los devotos. Ja, ja. Está ahí.

Si le hubiera quedado en el cuerpo vigor suficiente, Croy se habría librado de aquel hombre. Sabía muy bien cuál era el juego que se traía entre manos. Pero no tenía fuerzas para marcharse. De hecho, tuvo que apoyarse en el desconocido. Llegaron a la esquina. Croy había dado por seguro que el recién llegado lo llevaría a un callejón y una vez allí le rajaría la garganta, pero se encontró con una taberna donde los trabajadores que terminaban su turno se gastaban la escasa paga del día. Tenían un puesto en la calle donde una mujer servía vasos de vino aguado a los transeúntes. A espaldas de ésta, Croy vio una hoguera y una sala abarrotada.

Pensó que estaría bien poder escapar de los humos y secarse. Y la bebida quizá le daría nuevas fuerzas a su cuerpo derrengado. El desconocido se reía. Lo llevó adentro y le hizo una señal al tabernero.

—Venga, dame una moneda, ¿quieres? Digamos que es una ofrenda al dios de la casa, ja ja.

Croy sacó una moneda de la bolsa, y se dio cuenta, demasiado tarde, de que era de plata. Se hallaba ya en la mano del desconocido.

—Ohh, qué bonita, y cómo brilla, ¿hmm? Nos irá muy bien, ja, ja. Ven, busquemos un lugar para sentarnos, eh, esto está abarrotado, ¿verdad?

—Una habitación privada... —masculló Croy—. Tengo que... tumbarme.

—Por supuesto que sí. Ha sido un largo día de trabajo para hombres como nosotros, ¿hmm? Por aquí, por aquí, ten cuidado con los pies del hombre ése, es un pendenciero, y ahora no nos vendría bien empezar una pelea, ja, ja, aquí, aquí, no, ahí, por la puerta, así está bien. Aquí tienes un banco, todo para ti, y una mesita. Y, ¡ah!, ha venido el sacerdote en persona para celebrar la misa.

—Basta de estupideces, Tyron —dijo el tabernero, al entrar por la puerta con una bandeja en las manos. Dejó sobre la mesa una botella de barro cocido llena de licor y dos copas, pero sirvió sólo una—. Seguramente se encuentra tan mal que no comprende nada de lo que le dices. —Se rascó la frente con una uña muy sucia y luego se frotó las yemas de los dedos con el pulgar. Tyron asintió discretamente. Croy se dio cuenta de que el tabernero era su compinche.

Croy se apoyó sobre el borde de la mesa. Al sentarse se encontró mejor. No se había dado cuenta del esfuerzo físico que representaba caminar respirando aire impuro. Sus brazos recobraron algo de su fuerza.

—Un poquito de esto bastará para que vuelvas a ponerte en pie, ja, ja —dijo Tyron, y le acercó la copa a los labios a Croy. Éste fingió que trataba de agarrarla, pero la volcó con fingida torpeza para que su contenido se derramara sobre la mesa. Era una bebida con una consistencia viscosa y de un color lechoso. Aun cuando no hubiera estado adulterada con ninguna droga —y Croy estaba convencido de que sí lo estaría—, le habría hecho dormir antes de que pudiera terminarse la copa—. Eh, qué torpe eres, y mira que el brebaje ése es caro, ja, ja —se rió Tyron—, que suerte que no lo he pagado yo. Venga, recuéstate, así está bien. Ponte cómodo. No tienes que ir a ninguna parte, ni hacer nada. Déjame que te desate la capa, te oprime la garganta. —Unos dedos hábiles abrieron el broche y la capa cayó de los hombros de Croy—. Y esto también te aprieta —dijo Tyron, y tendió la mano hacia el cinturón de Croy. Pero, en vez de abrir la hebilla, tiró de las cuerdas de su bolsa.

Croy arremetió contra Tyron y lo derribó al suelo. El villano no logró esquivar la espada corta que salió de su vaina. Agotado, Croy se detuvo cuando la punta de su arma rozaba la garganta del ladrón.

—Ladrón —dijo Croy—, me habías tomado por un borracho. Ibas a quitármelo todo. ¿Verdad que sí? Me habrías quitado el dinero y me habrías dejado inconsciente en el callejón.

—No, amigo mío, no has entendido nada, ja, ja —dijo Tyron, con los ojos muy brillantes.

—No me mientas —dijo Croy, y se inclinó hacia él apenas un centímetro. La punta de la espada corta recorrió la misma distancia hacia la yugular del hombre.

—Ja, ja, no te apresures, señor mío —dijo Tyron—. Fuera de esa puerta hay muchos hombres que me conocen. Y ninguno que sepa distinguirte del arcipreste de la Señora, ¿verdad que no?

—Podría cortarte la garganta antes de que pidieras ayuda —señaló Croy—. Y luego podría... podría marcharme a pie, y nadie se enteraría de nada.

—Sabes muy bien de qué va esto —dijo Tyron. Había dejado de reírse—. Tengo que ser yo quien te acompañe hasta la calle, con el brazo sobre tus hombros. Si te marchas tú solo, se darán cuenta de que algo ha salido mal. Te detendrán antes de que llegues afuera.

—Eso —logró mascullar Croy— no te serviría para nada, porque morirías antes de que abriese la puerta.

—Está bien. Está bien. Cálmate —le rogó Tyron—. Dime qué quieres que haga y lo haré. Te lo juro. Pero apártame esa espada de la garganta.

Le proponía un servicio. El hombre realizaría un servicio a cambio de seguir con vida. Como en los relatos antiguos. Como en las historias de demonios que se ven obligados a conceder deseos. Pero ¿qué deseaba Croy en ese momento? ¿Qué podía servirle? Andaba perdido por el Humo, lejos de sus amigos y de toda posibilidad de ayuda. Lejos de cualquiera que pudiese garantizar su seguridad. No podía contar ya con sus amigos. Probablemente, el mercader rico que lo había hospedado —el mismo que había tenido la amabilidad de prestarle su caballo— le volvería la espalda si lo volvía a ver. En otro tiempo, Croy había sido una personalidad fascinante, un símbolo de la generosidad humana. En esos momentos, era un delincuente bajo orden de búsqueda y captura. No... aunque su amigo hubiese querido recibirle de nuevo, no le haría ningún favor si volvía con él. Pensó en Murdlin, el embajador de los enanos. Murdlin lo había salvado una vez de la horca. Pero también había dicho que daba la cuenta por saldada, que le había devuelto a Croy el favor que le debía. Los enanos no olvidaban jamás una deuda... pero tampoco concedían crédito.

Pero quizá... quizá pudiera contactar, no con un amigo, sino con un conocido. Alguien a quien estaba atado por lazos muy frágiles, pero lazos, de todos modos. Había un hombre en la Peste, un hombre que amaba a Citera, igual que el propio Croy. Un ladrón. Podía ser, incluso, que Tyron lo conociese... o, por lo menos, que supiera cómo contactar con él.

—Te gusta la plata, ¿verdad que sí? ¿Verdad que sí? —preguntó Croy.

—Eh... sí... ¿a quién no? —respondió prudentemente Tyron.

—Pues entonces hazme un servicio y te la ganarás. Quiero enviar un mensaje. Y creo que tú sabrás cómo hacerlo llegar a su destino.

Es como os he dicho, ja, ja —les explicaba Tyron—. Mirad, está débil como un gatito. Tres contra uno... el resultado está claro. Le cortamos la garganta mientras duerme, eso es todavía más apropiado. Luego le quitamos la plata y arrojamos su cadáver al Skrait, ¿de acuerdo? Antes de que nadie se dé cuenta de que ha desaparecido, llegará al océano y una vez allí se lo comerán los peces.

Malden miró de reojo a Kemper. El intangible tahúr tenía el rostro inamovible, como una piedra. Sin duda alguna, pensaba lo mismo que Malden.

—Baja la voz —susurró Malden—. Si despierta, no podremos hacerle dormir de nuevo.

—Tampoco hacen falta tres hombres para rajarle la garganta a un maricón dormido —comentó Kemper en voz aún más baja.

—No podéis dejarme fuera. Sé demasiado, ja, ja —dijo Tyron—. He visto su cara. Es un hombre de calidad. Caballero, o más que caballero. Pero está herido y lejos del Monte del Castillo. Tiene que haber alguien... ja, ja... que lo busque. Pero apuesto a que no quiere que lo encuentren. Si no, ¿cómo es que me ha mandado a buscar a dos como vosotros? Anda metido en problemas. ¿Pensáis que a la guardia no le gustaría enterarse de esto?

*Sir Croy*, tumbado en el suelo, se puso de costado y gimoteó. Las empuñaduras de las dos espadas le habían quedado en mal ángulo bajo la espalda. El sudor le relucía en la cara y la sangre le empapaba la ropa. Tardaría en despertar.

—No tenía por qué llamaros. Podría haber esperado a que se durmiera y quitárselo todo. Lo hacemos juntos, y luego tal vez podríais ir a decir las palabras apropiadas en el oído adecuado —insistió Tyron—. Puede que entonces me encuentre en una nueva posición, ja, ja.

Malden sabía lo que quería decir el hombre. Lo había calado. Antes de acceder a adentrarse en el Humo con Tyron, había tenido que enterarse de toda la historia de su vida.

Tyron no era uno de los ladrones de Cutbill. De hecho, no ejercía como ladrón, por lo menos no siempre. Por lo general trabajaba en el taller de un broncista y se dedicaba a tratar el latón con un martillo envuelto en tela. No era un trabajo agradable y se ganaba poco dinero, así que Tyron siempre estaba dispuesto a ganarse unas monedas con pequeños delitos. Robaba a los borrachos, hacía estafas de poca monta, vaciaba bolsillos cuando le parecía poco arriesgado... cualquier operación breve y sucia que le permitiera sacarse unos ingresos extra. Había sido lo bastante inteligente como para cerrar un acuerdo con el propietario de la taberna. Con ello había demostrado talento organizativo... el hombre prometía. Era la clase de individuo al que Cutbill podía aceptar como aprendiz, aunque difícilmente habría llegado muy

arriba. Tyron sólo sabía que deseaba disponer de la protección que le facilitaría el gremio de Cutbill, y únicamente por eso había cumplido el encargo de Croy.

Croy le había pedido a Tyron que encontrara a Malden, y éste había deducido que tenía que contactar con uno de los agentes de Cutbill. Pero no habría llegado a ninguna parte si Malden no se hubiera encontrado en ese mismo momento en la guarida de Cutbill, en conversación con el enano Slag. Acudió al instante con Kemper, guiado por Tyron. No habían pasado más de dos horas desde que Croy le había confiado el mensaje a Tyron.

Si hubiesen tardado más, Croy habría muerto.

Malden sea arrodilló junto al caballero, que gemía débilmente. El rostro del espadachín estaba blanco como el vientre de un pez. Debía haber perdido mucha sangre. Habría sido un juego de niños matarlo, pero Malden tenía otra cosa en mente. Abrió con suma cautela la bolsa de Croy. Sus manos eran más hábiles que las de Tyron, aunque, probablemente, eso no importaba. Croy no sentía nada, salvo dolor.

—Toma —dijo Malden, y sacó un puñado de monedas de plata y cobre. No había ni un solo cuarto. Separó las de nueve peniques y se las pasó a Tyron—. Quedan muchas más, y te las vas a ganar si nos haces otro recado. Búscanos un médico. Un médico discreto. Si lo traes aquí, podrás llevarte la mitad de su bolsa. Luego no te pediremos nada más... te marcharás y no hablarás de esto con nadie. Aquí debe de haber una docena de galeones de plata. No está mal como botín, ¿eh? Pero si me das algún problema le diré a mi socio que vaya por ti.

—¿A él? —dijo Tyron—. ¿A un tahúr andrajoso? ¿Y por qué le voy a tener miedo a...?

Kemper se arrojó sobre el matón y hundió las dos manos en su pecho. Tyron abrió la boca para gritar y por ella escapó un vaho de gélido vapor.

—¿Quedamos de acuerdo? —preguntó Malden.

Sí, desde luego, quedaron de acuerdo.

Tyron regresó al cabo de poco con un hombre envuelto en una túnica y el rostro oculto por una máscara larga y cónica de papel. Malden miró por los agujeros de la máscara y vio unos ojos somnolientos que le devolvían la mirada. Le dio el dinero a Tyron y le dijo que se marchase, tras prometerle que le hablaría bien de él a Cutbill.

—¿Eres un médico con formación? —preguntó Malden, en cuanto Tyron se hubo ido y pudo hablar abiertamente con el sanador.

—Sí, lo soy. —El hombre se quitó la máscara, concebida para protegerlo de los insalubres vapores del Humo, y se frotó el rostro. Llevaba una poma en el cinturón que apestaba a flores y ajo—. Soy doctor en medicina, por si quieres saberlo. Aprendí en la universidad bajo el magisterio de los doctores Jacinth y Detwiler, y...

—Con eso ya nos basta —dijo Kemper—. Pero ¿sabrás tener la boca cerrada?

El médico apartó los ojos de Kemper y miró de nuevo a Malden.

—Suelo trabajar para los talleres de esta zona. Me pagan bien por tratar a hombres que se han hecho daño en el trabajo. Mis clientes prefieren no tener que

enfrentarse a juicios... incluso en este lugar, hay leyes contra la negligencia. Así que, sí, sé tener la boca cerrada. Por el precio adecuado. ¿Éste es el hombre al que hay que tratar? —preguntó, y señaló a Croy.

—¿Has visto aquí a otra persona que precise de tus servicios? —preguntó Kemper.

—Si os preocupa su salud, tendríais que haberlo tendido en una cama —respondió el médico—. Por lo que veo, estáis dispuestos a dejar que muera. —Sentó a Croy y le abrió la boca para mirarle la lengua. Le buscó el pulso y apoyó el oído contra su pecho—. ¿Ha ido de vientre desde que llegó aquí? ¿Ha hecho aguas menores?

—¿Quieres ver sus meados? —preguntó Kemper—. Oye, ¿qué clase de tarado eres tú?

El médico chasqueó la lengua.

—No doy por supuesto que un hombre como tú sepa nada de medicina, ni pienso darte explicaciones detalladas. Pero la orina es un tesoro que alberga grandes secretos para quienes saben encontrarlos. Podría hallar trazas de humores extravagantes en ella. Puede ocurrir que salga mezclada con sangre, y eso es muy mala señal.

—Pues entonces págame un par de bebidas y te daré toda la orina que te puedas tragar —dijo Kemper, y soltó una risilla.

Daba la impresión de que el médico estaba a punto de ponerse en pie y marcharse. Malden se apresuró a ponerle una mano sobre el brazo.

—Discúlpalo. Es poco más que un campesino. No me cabe ninguna duda de que un hombre de mundo, un hombre culto como tú, sabrá prescindir de esas provocaciones tan ridículas.

—¡Te aseguro que mi interés en su orina es puramente profesional!

—Por supuesto que lo es —dijo Malden—, y los profesionales —añadió, al tiempo que sacaba unas monedas de la bolsa— cobran por sus servicios.

Fue suficiente para que el médico retornara a su labor.

Mientras trabajaba, Malden se apartó a un lado y habló en voz baja con Kemper.

—No te gustan los médicos, ¿hmmm?

—Ah, ¿he sido grosero? —dijo Kemper con fingida vergüenza—. No, muchacho, no me han gustado nunca, ni me gustaban cuando todavía era de carne. Entonces todavía me gustaban menos. Si el paciente tiene algo más grave que un moretón en el dedo meñique, lo más probable es que lo maten, en vez de curarlo.

Malden se encogió de hombros.

—Es cierto, pero, si no hacemos nada, Croy morirá y yo, por lo menos, quiero tener una oportunidad de hablar con él antes de que eso le ocurra. Venía a decirme algo, y ahora mismo no puedo permitirme no escucharlo. Tan sólo faltan cinco días para... para la Natividad de la Señora. Croy tiene alguna relación con nuestro asunto. Quiero saber cuál es.

—Sí —dijo Kemper, con un rostro que era casi de contrición—. Tienes razón.

Pero que ese matasanos no se me acerque.

Por fin, el médico se irguió y volvió con Malden. Se le acercó tanto que el ladrón notó el olor a ajo en su aliento.

—La herida es profunda, pero no se ha infectado. Se la he vendado bien. Por ahora no puedo hacer más. Si le sube la fiebre, tendréis que administrarle un electuario de raíz de borraja. Supervisadle los excrementos por si tiene pérdidas de sangre. Si se diera el caso, habría que sangrarle. No os demoréis, porque, si no, el miasma lo matará en pocas horas. Si tiene hambre, servidle alimentos que refuercen la sangre. Budín negro, morcillas, cosas por el estilo.

—Muy bien. ¿Algo más? —preguntó Malden.

—No estaría mal que le ofrecieseis una plegaria a la Señora. Si aún está vivo al alba, habrá sido un milagro. Si también aguanta durante el día de mañana es que las estrellas están con él. Si sobrevive hasta tres días... bueno, dudo que eso vaya a ocurrir. Lo más probable es que padezca fiebre, convulsiones y vómitos negros. Y ahora, pagadme.

Tendió la mano y Malden le entregó lo que quedaba de la plata de Croy. Malden no había tenido nunca problemas en gastar el dinero de los demás.

—¿Es suficiente para comprar tu silencio?

—Lo es. Pero os lo advierto: no soy el único que va a reconocer a un caballero del reino. Escondedlo en seguida. El bailío ha hecho saber que este hombre es un forajido y se le busca. —Tras decir esto, el médico se marchó.

—¿Lo has oído, Croy? Eres un forajido —le dijo Malden, y le dio un golpecito en el pie con el suyo—. Ahora eres igual que yo. No eres mejor.

Croy gimoteó y se dejó caer sobre un costado.

Croy no murió durante la noche. Tampoco despertó.

A media mañana, cuando se le acababa el tiempo, Malden recurrió a medidas desesperadas. Llenó de agua una jofaina y la vació sobre el rostro de Croy. El caballero escupió y tosió, y sus ojos se abrieron. Se llevó una mano al hombro, en un intento por encontrar una espada que ya no estaba allí.

El rostro del hombre herido se endureció. Miró a su alrededor, por la habitación, e incluso se incorporó a medias.

—Me habéis llevado a otro sitio.

—Estás a salvo. O quizá sería mejor que dijéramos que nadie sabe dónde te encuentras —explicó Malden. Croy estaba tumbado sobre la cama de éste, en su habitación, sobre la cerería—. Y es una suerte, porque, ahora mismo, Anselm Vry ha mandado a sus hombres a buscarte por todos los barrios de la ciudad. Tú decides si quieres salir de esta habitación, caballero.

Croy asintió. Lo había entendido.

—¿Quién es? —preguntó, y miró a Kemper, que se hallaba en el otro extremo de la habitación y se arreglaba las uñas con el borde plateado de la inusual espada de Croy. También se había recortado la barba y el cabello con el arma, por primera vez desde que había caído sobre él la maldición que arrastraba. Hasta entonces, no había tenido acceso a ninguna arma blanca de plata.

—Es un amigo —dijo Malden—. Ahora no tienes que preocuparte por eso. Anoche mandaste a un mensajero a buscarme. Por suerte para ti, me encontró. Llamé a un médico para que te viese la herida. Dijo que probablemente morirías. Cuando terminó de tratarte, te traje aquí, para que nadie te viese. Así pues, me debes algo, Croy. En primer lugar, me debes una respuesta. ¿Por qué mandaste que vinieran a buscarme precisamente a mí?

Croy se incorporó del todo, se sentó sobre la cama y apoyó los pies en el suelo. Estaba desnudo: tan sólo lo cubría una sábana.

—¿Todavía llueve?

Malden suspiró. Sacó la daga y amenazó a Croy.

—No tienes por qué usar ese despellejador de ratas —le dijo el caballero—. Mi espada corta debe de estar por aquí. Me imagino que la traeríais conmigo. Hará un corte más limpio y me matará antes.

—Hablas con palabras osadas, aunque estés débil como un gatito —dijo Kemper—. Pero estaría bien que respondieras a la pregunta, muchacho.

Croy asintió.

—Estás en lo cierto, mi buen señor. Y pienso hacerlo tan pronto como Malden deje de amenazarme de muerte. Ahora mismo no la temo, así que difícilmente le



servirá para obligarme a nada. Querría que eso quedara claro.

Malden se sentó en el alféizar de la ventana y envainó el estilete. Había observado los movimientos de Croy tras arrojarle el agua sobre el rostro. Para tratarse de un hombre con una herida que podía matarle, se había movido con mucho vigor. También había oído lo que Croy había hecho en el castillo. Un hombre tan peligroso no moriría fácilmente. Quizás hubiera llegado el momento de dejar de amenazarlo y obtener información efectiva de sus labios.

—Estoy seguro de que habrá algo que te dé miedo. Lo averiguaré, si es necesario. Pero, por ahora, ya está bien. —Le hizo una parodia de reverencia—. No te voy a matar mientras no tenga motivos. Primero cuéntame cómo has llegado a saber mi nombre.

Croy se frotó el rostro con las manos.

—Me lo dijo Citera, por supuesto. Me contó que habías robado la corona del burgrave para Hazoth. En circunstancias normales, eso sería un problema. Técnicamente, todavía soy vasallo del burgrave.

—Te desterró al reino de los enanos. Y luego, cuando regresaste, te quiso ahorcar. Croy levantó ambas manos con resignación.

—En ningún momento me dispensó de mis obligaciones. Juré defenderle hasta mi último aliento.

—¿Y todavía piensas en respetar ese juramento? —preguntó Malden.

El caballero arrugó la frente.

—Sí, por supuesto. ¿Cómo iba a quebrantarlo? Moriría mil muertes antes de deshonrarme.

Malden contempló al caballero. Luego a Kemper, que parecía tan confuso como él.

—El caso es que me buscabas... ¿por qué? ¿Para llevarme ante la justicia? ¿Esperabas que me entregase y mostrara contrición por mi robo?

—Pensaba que tal vez supieras dónde tiene Hazoth la corona. Y que quizá sabrías cómo recuperarla. Si la robaste una vez, quizá sabrías robarla de nuevo.

Kemper iba a hablar, pero Malden levantó la mano para indicarle que guardara silencio. No había ningún motivo para que Croy supiese que eso era, precisamente, lo que querían hacer.

—¿Tienes alguna idea de lo peligroso que sería intentarlo? ¿Se te ocurre algún motivo por el que pudiera plantearme hacer ese trabajo del que me hablas?

—Te está preguntando cuánto dinero podrías pagarle —indicó Kemper.

—No puedo pagarte dinero. Pero sí la más grande de las recompensas... sabrías que has hecho un gran acto de justicia. —Malden iba a reírse, pero Croy se lo impidió al hablar de nuevo—. Citera está cautiva del hechicero Hazoth. Mientras éste posea la corona, no habrá manera de que quede en libertad.

—¿Y qué se supone que significa eso para mí?

Croy parpadeó.

—Lo significa todo, por supuesto. La has conocido. Sabes que no se merece ese destino. La última vez que nos vimos me llevé la impresión de que, en cierto modo, la querías, Malden. Si me equivoqué, acabo de cortarme mi propia garganta, sin duda alguna. Pero no creo que me equivoque.

—Vamos a verlo —dijo Malden—. Estabas en el Humo, casi muerto, perseguido por la Guardia Ciudadana en pleno. Sabías que la única manera de sobrevivir era arrebatarle de nuevo la corona a Hazoth. Y mandaste que vinieran a buscarme a mí, al ladrón que la robó, convencido de que yo te ayudaría, simplemente porque hay una mujer en peligro que necesita que la salven.

—Sí —dijo Croy, como si se alegrara mucho de que Malden lo hubiera comprendido por fin.

—En nombre del Dios de la Sangre, ¿qué clase de hombre eres? —preguntó Malden.

—En nombre de la Señora, soy un Espada Antigua —respondió Croy.

Como si con ello lo hubiera explicado todo.

Bueno... sí respondía a unas pocas preguntas. Malden conocía la historia de los Espadas Antiguas, siete guerreros legendarios que llevaban ese nombre porque blandían espadas sagradas. Esas espadas habían sido forjadas por manos humanas, en tiempos remotos. El método de su creación se había olvidado, pero se decía que ni siquiera los enanos habrían sabido crear espadas con tanto poder, ni con el filo tan agudo.

Kemper contempló la espada que tenía en las manos. Luego, con gran cuidado, la dejó en el suelo.

—¿Ésa es una de las espadas? No parece gran cosa —insistió Malden.

—Ninguna de ellas lo parece. No se forjaron para enseñarlas en los desfiles. Se hicieron con un único objetivo. Luchar contra los demonios y contra la magia.

Kemper sostenía la espada tan lejos de su propio cuerpo como le era posible.

Malden comprendía sus escrúpulos. Al contemplar el acero, le asaltó una extraña sensación. Lo que hasta entonces había sido una simple arma adquirió una nueva dimensión, tan pronto como comprendió para qué servía. Recordó cómo se había sentido al sostener la corona embrujada. La voz que había hablado dentro de su cabeza tenía el poder de mando, la capacidad de empujar a los hombres a realizar hazañas de estúpido valor y gran sacrificio. La espada no albergaba un hechizo comparable, pero casi sentía el poder que contenía su hoja.

Sabía que era antigua. Más antigua de lo que podía llegar a imaginar. Era un fragmento de otro tiempo, una reliquia de cuando los viejos relatos eran ciertos. Malden no se creía casi nada de lo que había oído sobre la historia antigua de Skrae, la guerra contra los elfos, los bosques plagados de gigantes y duendes que habían dado caza a los primeros colonos humanos. Se había negado a creer en esas historias, porque las consideraba apropiadas tan sólo para niños e idiotas. Pero había algo que aparecía en dichas historias y cuya realidad era incuestionable. Se trataba del metal frío y de cierto tipo de magia.

De pronto, esas historias le parecieron fidedignas. Todos esos relatos de bravos caballeros que se enfrentaban a los peligros de la magia, que se adentraban en las fauces de demonios... podían ser ciertos. Los Siete Espadas que se habían plantado frente a las fuerzas del abismo, las fuerzas que corromperían y profanarían el planeta entero si algún día quedaban en libertad.

—Hoy en día los demonios apenas se dejan ver —explicó Croy—. Gracias, en buena parte, a esas siete espadas y a los hombres que las blandieron. Exterminamos a su especie casi por completo de la faz de la tierra... a su especie y a los terribles brujos que los invocaban para sus impíos propósitos. Sin embargo, hubo un tiempo en el que eran muchos los que corrían por el país. Hacían incursiones por Skrae y sembraban a su paso la locura y la destrucción. En ese tiempo se crearon esas espadas, y no tengo ninguna duda de que, sin ellas, la humanidad habría perecido. Tan grande es su importancia.

»Cualquier arma de hierro —prosiguió— podría matar a un hombre, o a un enano, o incluso a un ogro. Sólo hace falta una mano fuerte que la empuñe. Los demonios son distintos. Nacieron en el abismo, donde no se aplican las leyes de la naturaleza. Ni siquiera el acero de los enanos sirve de gran cosa contra ellos. Para acabar de empeorarlo, esa misma cualidad que los hace tan fuertes —el hecho de ser contrarios a la naturaleza— también los hace terriblemente peligrosos. No los crearon

para que respirasen nuestro aire, ni para que pisasen nuestra tierra. Cuando los sacan del abismo, devastan el lugar que los recibe. Su maldad es como una dolencia que afecta al propio tejido de la realidad.

—¿El tejido de qué? —preguntó Kemper, pero Malden le hizo callar.

—Algunos de ellos agrían la leche de la vaca dentro de las ubres sólo con que el animal los mire. Otros hacen que las cosechas se echen a perder allí por donde pasan. Y otros serían capaces de destruir este mundo tan sólo con venir aquí. El que derribó la torre del burgrave...

—... era pequeño —dijo Malden, y asintió con la cabeza— hasta que quedó expuesto al aire. Entonces empezó a crecer y ya no se detuvo.

Croy frunció el ceño.

—Si se le hubiera permitido seguir creciendo, habría llegado a aplastar la ciudad entera bajo su peso. Y tampoco se hubiera detenido entonces, sino que habría seguido hasta que sus tentáculos hubiesen podido abarcar el mundo entero y reducirlo a escombros.

Malden sintió que la sangre le desaparecía del rostro. Era él quien había liberado a la criatura de su prisión acuosa. Si no la hubiesen derrotado...

—Por fortuna, Bikker y yo estábamos allí para detenerlo...

Malden se exclamó.

—¿Ese cabrón también es un Espada Antigua? —preguntó.

—Sí. Blande una espada que se llama *Lenguadeácido*. Igual que yo tengo a *Matafantasmas*.

—Entonces, lo conoces —dijo Malden.

—Sí. Lo conozco muy bien. Fue él quien me instruyó. —Con suma precaución, Croy se levantó de la cama y anduvo hasta la ventana. Mientras contemplaba la lluvia, que se había vuelto más intensa de un día para otro, prosiguió—: Las espadas son inmortales, pero sus espadachines no lo son. Cada vez que un Espada Antigua envejece y pierde vigor, busca un heredero digno para tomar la espada y pronunciar el juramento que la acompaña. Es un deber sagrado y que no se confía fácilmente... sólo se han dado dos casos en los que la cesión de la espada no ha seguido el procedimiento correcto. Los bárbaros nos robaron dos de las espadas, *Rompecolmillos* y *Madredelalba*. Nadie que viva en una tierra civilizada sabe dónde se encuentran.

A Croy se le nubló la mirada como si estuviera buscando las espadas en sus propios recuerdos. Luego negó con la cabeza y prosiguió con su relato.

—Cuando recibí a *Matafantasmas* de manos de su anterior propietario, éramos cinco, todos valerosos caballeros. Estábamos al servicio del rey en su fortaleza de Helstrow. Nuestro deber consistía en protegerlo de todos los demonios que sus enemigos pudieran invocar para atacarlo.

—¿Y por qué no sigues allí? —preguntó Malden.

Croy bajó la cabeza, como si se avergonzara de la respuesta.

—El rey murió. Lo envenenó uno de sus cortesanos. Su hijo, el nuevo rey, prescindió de nosotros. Nos dijo que éramos unos pésimos guardaespaldas, puesto que no habíamos sabido proteger a nuestro señor. Tratamos de explicarle que nuestra misión no consistía en protegerlo contra el veneno, sino contra los demonios. No nos escuchó. Hoy en día, los demonios se dejan ver muy raras veces en este mundo. Pocas veces se nos pide que cumplamos con nuestro sagrado deber... por vital que pueda ser, es muy difícil explicar nuestra importancia cuando hace casi cincuenta años que nadie ha visto a ningún demonio. El nuevo rey no comprendió que tuviera que pagarnos tan sólo para que nos entrenáramos sin cesar para una amenaza que nunca llegaba. Esperaba de nosotros que cumpliéramos otras misiones para ganarnos la soldada. Los cinco nos vimos obligados a dispersarnos y a deambular por el mundo en busca de nuevas ocupaciones, allí donde pudiéramos. Bikker me trajo aquí, donde ambos juramos lealtad al burgrave.

—No parece que ese juramento tuviera mucho efecto —señaló Malden.

Croy lo miró con rabia.

El ladrón se encogió de hombros al percibir el desprecio del caballero.

—Me remito a los hechos. Ninguno de los dos trabaja ya para el burgrave. Bikker trabaja para sus enemigos. Y el burgrave te ha sentenciado a muerte.

—Con todo, no he olvidado mi juramento. Por lo que respecta a Bikker... hubo algo que cambió en él. Como no tenía mucho que hacer, se aburría. No había suficiente acción para satisfacer su sed de sangre, y un hombre como Bikker tiene que luchar, porque, si no, empieza a morir por dentro. Todo lo que tenía de noble y valeroso murió por falta de empleo. Fue una gran tragedia... pero no puedo perdonarle que se haya transformado en lo que es. Rompió su promesa al burgrave y ahora vende sus servicios, y los de *Lenguadeácido*, al mejor postor. Lo llamé «desleal» cuando abandonó el servicio al burgrave. Lo insulté en su honor. —Croy negó con la cabeza—. Ahora busca satisfacción por ese insulto. Si logra darme alcance, me matará.

—¿Qué? ¿Sólo porque le dijiste una palabra fea? —preguntó Malden.

—Sí, muchacho, sería mejor que te disculpas y lo dejarais correr —propuso Kemper.

—Lo que le dije fue imperdonable. ¿No lo entendéis? Para hombres como Bikker y yo mismo, el honor lo es todo. Un insulto como ése es un golpe mortal. —Croy observó a Malden y a Kemper con un ojo interrogador—. No entendéis nada. Entonces, ¿es cierto eso que dicen de que no hay honor entre ladrones?

—Sí —dijo Kemper.

—Sí —corroboró Malden.

Croy gruñó con desagrado.

Malden sintió la necesidad de explicarse.

—De todas maneras, depende de cómo definas «el honor». Los que son pobres no pueden permitirse el lujo de sentirse ofendidos. Si tuviera que matar a todos los que

me han dicho una palabra soez... bueno, no habría tanta gente en Ness. Pero me imagino que los nobles lo veis de otra manera. Si dos hombres de la Peste se enfrentan a puñetazos en una taberna, se considera un asalto, y los exponen a ambos en el cepo. Si un *baronet* y un conde se matan con las espadas, se considera un duelo y media ciudad acude a vitorearles.

—Lamento que lo veas de ese modo —dijo Croy.

Y Malden lo creyó. Al mirar a los ojos del caballero se convenció de que el mundo de Croy era así de simple. Que el honor decidía entre la vida y la muerte. Que en el mundo había cosas más importantes que tener la barriga llena y un lugar confortable donde dormir.

Y en ese mundo, por supuesto, había que rescatar a las damiselas en peligro.

—¿Y qué tiene que ver Citera con todo esto? —preguntó Malden.

Los ojos de Croy centellearon al oír su nombre.

—La conocí cuando trabajaba para el burgrave. En aquella época vivía con su madre en la Cuesta Dorada. Su madre es hechicera, ¿lo sabías?

—Ella me lo dijo —respondió Malden.

Croy sonrió.

—Tal vez entendieras que es una bruja sin dientes, y que vende alas de murciélago en polvo, y que ejecuta hechizos sencillos para recuperar enamorados. Nada más lejos de la verdad. Ese tipo de brujería es más sencillo que la hechicería de un hombre como Hazoth, pero también es más limpia. Coruth, la madre de Citera, contaba con la mitad de las mejores familias de Ness entre sus clientes. Consultaba cuestiones de magia con el burgrave... y en cierta ocasión, al venir a palacio, trajo consigo a su hija. Citera. Quedé embrujado al verla por primera vez.

Malden miró hacia otro lado. Comprendía muy bien por qué.

—A duras penas nos llegamos a decir media docena de palabras en ese primer encuentro —dijo Croy—. Pero, tan pronto como nos vimos, supe que iba a amarla para siempre. Le pedí que me prometiese que iba a ser mía algún día. Citera habría querido responderme que sí, pero sabía que no era dueña de sí misma, y que no lo sería mientras Hazoth le exigiera sus servicios. De todos modos, por aquel tiempo era demasiado joven para tomar una decisión tan grave. Ahora ha florecido en la plenitud de su feminidad.

—Sí, «florecido» es la palabra adecuada —dijo Malden, que se acordaba de sus tatuajes.

No pareció que Croy entendiera la broma.

—No importa. Dime algo más acerca de Coruth. ¿Cómo terminó en manos de Hazoth?

—Porque lo desafió. Hará unos diez años, quiso llevarse de aquí a Citera... le pareció que Hazoth ejercía una influencia negativa sobre la educación de la muchacha. Sabía que a Hazoth no le gustaría la idea. Si Citera se aleja varios kilómetros de él, el vínculo que los une a ambos dejará de funcionar, y Hazoth será

presa de todos los demonios del abismo. Coruth sabía que Hazoth haría lo que fuese por proteger ese vínculo. Pero, de todos modos, la mujer trató de huir de Ness junto con Citera. Llegaron hasta las puertas de la ciudad, pero entonces... entonces, Hazoth lanzó un hechizo contra Coruth. La obligó a regresar a su mansión y a dejarse aprisionar en un círculo mágico. El poder de Hazoth era demasiado grande para que Coruth pudiera resistirse. El hechizo no afectaba a Citera, pero la hija tuvo que ver con horror cómo su madre, Coruth, forcejeaba y se movía espasmódicamente, y tenía que luchar para cada paso que daba.

—¿Y Coruth ha estado encerrada en la mansión desde entonces? —preguntó Malden.

—Si se liberara tan sólo un instante, podría llevar a cabo una venganza terrible contra Hazoth. El brujo no la dejará marchar jamás, y, mientras la tenga cautiva a ella, Citera también lo obedecerá. —Croy se rió—. Y es ahí donde vamos a intervenir nosotros. Si luchamos juntos, podremos abrirnos paso por la mansión, y acabaremos con todos los hombres que...

—A escondidas.

—¿Qué?

—No vamos a luchar a cara descubierta. Entraremos a escondidas durante la noche y robaremos la corona antes de que Hazoth descubra nuestra presencia.

—Y, de paso, liberaremos a Coruth, ¿verdad que sí? —preguntó Croy. Parecía que no le gustara lo que acababa de oír.

—Si puedo, sí. Por Citera —dijo Malden.

Pareció que Croy se lo tomara como un rotundo «sí». Le dio una palmada en el hombro a Malden.

—Eres un hombre bueno, aunque seas ladrón. ¡Por Citera! Por mí, puedes quedarte esa maldita corona. En cuanto Citera quede libre de la servidumbre de Hazoth, nos casaremos. Me dará un hijo y, si es digno de ello, le entregaré a *Matafantasmas* cuando yo ya esté demasiado viejo para blandirla.

Se acercó a Kemper y cogió su espada. Kemper no trató de impedirselo. Después de todo, la espada con filo de plata era una de las pocas armas que habría podido matarle. Croy blandió la espada en alto y trazó un arco en el aire, con cuidado de no romper ninguna de las sencillas pertenencias de Malden.

—En el pasado, sufrí cierta... confusión. Mi deber para con el burgrave chocó con la devoción que siento por Citera. Pero ahora veo que ha sido el destino el que me ha guiado hasta aquí. Al liberar a Citera, recobraré también la corona y honraré ambos juramentos. Mi corazón no vacila.

Parecía perdido en sus ensueños. Malden aprovechó la oportunidad para susurrarle a Kemper:

—¿A ti qué te parece toda esta historia?

Kemper se rió.

—Creo que ese hombre vive dentro de un cuento de hadas. Nunca jamás había

oído tantos disparates. Pero cuentan que logró escapar del Monte del Castillo, contra la oposición de dos docenas de hombres, o quizá más. Yo, en tu lugar, no le llevaría la contraria.

—Me temo que tienes razón. Quizá lo mejor sería que le cortáramos el pescuezo en cuanto se presentara la ocasión.

—Sí, claro, pero también es posible que saquemos algún beneficio de todo esto —observó Kemper—. Lo más probable es que tengamos que luchar en algún momento antes de que se termine esta historia.

Malden echó una ojeada al caballero.

—Nos vendrá bien contar con un hombre que sabe manejar las espadas, eso es cierto. Pero está herido. No aguantaría ni cinco segundos frente a los guardias de Hazoth.

—Quizá no sea necesario explicarles a los guardias que está herido —dijo Kemper—. Apuesto a que nada más verlo echarán a correr.

Malden pensó que era posible. Desde luego que no les haría ningún daño contar con Croy.

Mientras hablaban, Croy se vistió y colocó las dos espadas en las vainas que les correspondían. Malden tuvo que olvidar toda idea de tomar cautivo al caballero.

—He oído tu historia, *sir* Croy —dijo—, y he decidido ayudarte. —Por supuesto que su única intención era recobrar la corona. A decir verdad, pensaba en lo contrario de lo que decía: sería el caballero quien lo ayudara a él. Pero no le haría ningún daño que Croy lo viese al revés—. Juntos recobramos la corona, y juntos rescataremos a Citera.

—Eres un hombre bueno. Lo he sabido desde la primera vez que nos vimos —dijo Croy, y se acercó a Malden para agarrarlo por las muñecas—. He visto en tus ojos que eres amigo de Citera.

—Soy su... amigo. Sí —dijo Malden—. Por supuesto que espero algún tipo de recompensa por mis desvelos.

El rostro de Croy se ensombreció de pronto.

—Ya te he dicho que no puedo ofrecerte ningún dinero.

—No —dijo Malden, y puso el brazo sobre los hombros de Croy—. No, ya me imagino que no. Pero sí tienes algo que me interesa.



Ese mismo día, Malden trepó hasta el tejado de una casa de la Peste, cerca del mercado de paños. A sus pies se hallaba la plaza del Cardado de la Lana —un espacio triangular en el que convergían cinco calles—, donde los mercaderes exponían los rollos de sus telas. Las mujeres que iban a comprar cogían un género de una tela y se la frotaban contra las mejillas para comprobar su suavidad, o le daban fuertes tirones para medir su resistencia. En medio del mercadillo, una muchacha de falda andrajosa vendía cintas que llevaba en una bandeja colgada del cuello. Varias de las cintas colgaban fuera de la bandeja cual lenguas multicolores. Le cubrían las manos, y Malden vio cómo se acercaba a una comadre tras otra y las agarraba por la falda, suplicándoles que le compraran algo para que su familia no pasara hambre. Cuando, inevitablemente, las mujeres le daban un bofetón para quitársela de encima, la joven lloriqueaba y se marchaba... y se dirigía a un puesto ruinoso, propiedad de un vendedor de botones que parecía no vender nada. Introducía su menuda mano en un tonel repleto de lentejuelas, y el vendedor de botones asentía. La diablilla era buena en su oficio, y Malden se rió entre dientes, porque en ningún momento había logrado ver las monedas que robaba. Era muy rápida.

Croy, a sus espaldas, se encaramó torpemente sobre un desagüe y subió hasta el tejado. Malden le hizo un gesto para indicarle que se tumbara, que se echara sobre aquellas tejas tan calientes que quemaban la piel, como él mismo había hecho.

—Te pido disculpas por haber tardado tanto en subir —dijo Croy. Tenía el rostro blanco como la leche—. Creo que aún no me he recuperado del todo.

—Lo que me preocupa no es lo lento que puedas ir, sino el ruido que has hecho —le susurró Malden en tono brusco—. Con todo el metal que llevas encima, pareces la carreta de un cuchillero. ¿De verdad tienes que cargar con esas dos espadas en todo momento?

Croy frunció el ceño.

—Pues... sí. *Matafantasmas* tiene un destino propio y hay que reservarla para combates de importancia, mientras que en enfrentamientos más sencillos utilizo la espada corta, que...

—No hace falta que me lo cuentes —dijo Malden. Observó de nuevo el mercado—. ¿Estás seguro de que Citera va a venir hoy?

—Una vez al mes, sale de la mansión de Hazoth para comprar telas que reemplacen las que están gastadas o rotas —le dijo Croy—. Aparte de su papel como barrera contra maldiciones, también administra la casa. Todas las necesidades básicas se hallan bajo su responsabilidad, porque Hazoth no tiene tiempo para ocuparse de ellas. Se pasa todo el día en su laboratorio o en su gabinete privado, enfrascado en sus estudios.

—Tú también has observado sus movimientos —dijo Malden.

—Cuando regresé a la ciudad, ya sabía que tendría que enfrentarme a Hazoth. No la dejaré marchar a cambio de nada. Es demasiado valiosa para él... sin ella, tendría que enfrentarse a la enemistad de todos los demonios del abismo y sufrir las maldiciones que éstos le envían a diario. Tengo que obligarle a liberarla, de una u otra manera.

—Bueno, para eso hemos venido.

Croy frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que tenemos que implicarla en esto? Ha jurado servir a Hazoth. Si le explicamos nuestros planes, podría traicionarnos.

Malden también lo había pensado, por supuesto. Pero no se le ocurría ninguna otra posibilidad.

—Nuestra única oportunidad, nuestra única esperanza, consiste en tenerla con nosotros. Si sabe de alguna manera de ayudarnos sin ponerse en peligro a sí misma, la voy a aceptar. Este asunto es demasiado importante para no tratar de obtener su colaboración. Lo más probable es que quiera ayudarnos, porque nosotros también somos su única oportunidad.

—Ruego que tengas razón.

Malden frunció el ceño, porque había visto que una compradora especialmente precavida le había agarrado la mano a la muchacha de las cintas. Sus gruesas lágrimas y gemidos no le sirvieron para obtener misericordia, y la comadre le apretó la mano para obligarla a abrirla. La muchacha de las cintas mostró la palma vacía como prueba de su inocencia, y la comadre no tuvo otro remedio que dejarla marchar. La joven se marchó tan rápido como pudo y arrojó la bandeja con las cintas sobre un montón de estiércol que se encontraba en un callejón. Malden vio que las cintas no eran más que jirones de tela sin valor y que la joven las había empleado tan sólo para disimular su verdadera ocupación. Como habían empezado a sospechar de ella, ya no le servían para nada. Ah, qué lástima... el plan había sido bueno, pero el juego había terminado. Pero, sin duda alguna, prepararía una nueva tapadera para el día siguiente. El vendedor de botones no reaccionó de ningún modo ante su deserción.

Aún no se veía ni rastro de Citera. Malden se movió un poco para acomodarse mejor sobre las tejas. La espera podía ser larga.

—Hay algo que no entiendo. ¿Para qué quiere Hazoth la corona? ¿Puede que sólo esté interesado en estudiar su hechizo? —preguntó.

Croy no tenía una respuesta clara.

—A mí también me ha sorprendido. Hazoth fue un buen amigo del primer burgrave, Juring Tarness. Lucharon juntos contra los elfos que en otro tiempo poseyeron esta tierra. Hazoth tuvo un papel en la fundación de Ness. Durante todos estos años no ha dado ningún indicio de rebeldía. Ness siempre ha sido un lugar seguro para él. Aquí está protegido, mientras que en otras ciudades han quemado a todos los brujos en la estaca. A cambio de la protección, siempre ha empleado sus

poderes en defensa del burgravato. Si no hubiera tenido tanta conciencia cívica, la Ciudad Libre se habría librado de él hace mucho tiempo... lo habría quemado en la estaca. Hombres como ése no suelen vivir mucho tiempo, y, sin embargo, Hazoth cuenta ya con varios siglos.

—Me imagino que saber tanta magia ayuda —observó Malden.

—Es un brujo poderoso. Pero, de acuerdo con las historias que he oído, debe haber cambiado mucho a lo largo de los siglos. En aquellos días, antes de que la Ciudad Libre tuviera estatutos municipales, Juring Tarness era un poderoso general. Defendió el reino contra los elfos y luego contra los enanos, que disponían de mejores armas y de fortalezas inexpugnables por todo el país. Hazoth hizo cambiar las tornas de aquel conflicto, porque los enanos no tenían brujos y no pudieron hacer nada contra su magia. Hazoth fue aclamado como un gran héroe, y Juring como protector del reino.

—Vi los estandartes de campaña colgados en la torre, en la estancia de donde me llevé la corona —dijo Malden, tras reflexionar—. ¿Fue un gran líder de hombres?

—¿Juring? Sí, desde luego. Dicen que su voz tenía el poder de obligar a los demás a hacer su voluntad. Pero creo que no era magia, sino mera fuerza de carácter.

—Así que todas las personas con las que hablaba se sentían impelidas a cumplir sus órdenes. Interesante. —Malden había empezado a relacionar varios hechos, pero aún no había llegado a ninguna conclusión. Tomó nota mental de todo lo que oía para volver a pensar en ello más adelante.

La voz de Croy se tiñó de la más alta admiración mientras decía:

—Juring fue un gobernante nato y, con todo, sirvió fielmente a su rey. Al fundar la ciudad, demostró, y no siempre se da el caso, que era tan buen estadista como guerrero. El rey que reinaba en esos tiempos le preguntó qué recompensa quería por sus servicios. Juring habría podido tenerlo todo... riquezas, un feudo enorme, un ejército personal. Y, sin embargo, pidió la libertad para las gentes de Ness. Le habían brindado su apoyo durante una campaña larga y difícil. Fue un tiempo de grandes sufrimientos para su ejército. Se valió de esa recompensa para que Ness quedara libre de impuestos y trabajos forzados a perpetuidad. La libertad de la que ahora dispones no tiene otra garantía que los estatutos que el rey firmó por petición de Juring Tarness. De hecho...

—Espera —dijo Malden.

Citera había llegado al mercado. Se había vestido con una elegante capa de terciopelo morado y caminaba con desgana de puesto en puesto, sin apenas tocar el género. La acompañaba uno de los siervos de Hazoth, un hombre de rostro amarillento con cota de malla y un hacha al cinto. Llevaba una carretilla para cargar con lo que la mujer comprara, pero no quitaba ojo a la muchedumbre. Tal vez observaba sus rostros en busca de una amenaza.

—Yo tenía la esperanza de que viniera sola —dijo Malden. El plan habría consistido en llevarla a una discreta calle y, una vez allí, conversar con ella en

privado. Era muy importante que no la vieran charlar ni con Malden ni con Croy, porque, sin duda alguna, Hazoth se habría enterado—. Está bien —dijo Malden—. Tendremos que actuar con astucia. Baja conmigo.

Ambos descendieron por una cañería que se hallaba en uno de los costados de la casa y no era visible desde el abarrotado mercadillo. Croy pasó apuros mientras bajaba y estuvo a punto de caerse, pero se agarró a tiempo. Malden le hizo doblar una esquina y lo guió hasta el mercado por otra dirección. No abordó a Citera, pero sí se puso en su camino, para que fuese ella quien los viera.

Cuando hubieron desaparecido de nuevo entre la multitud, Malden le susurró a Croy:

—¿Has visto la cara que ha puesto cuando hemos pasado? —El muchacho había tenido buen cuidado de no mirarla, pero sabía que Croy no habría sido capaz de resistirse.

—Me ha visto —dijo Croy, pero con voz abatida—. Sus ojos... me han mirado de manera fría y luego se han apartado. Ni siquiera me ha sonreído, Malden.

«Tampoco a mí», pensó Malden, y luego se regañó a sí mismo en silencio. Cualquier esperanza que hubiera tenido de ganarse el favor de Citera —y había sido una esperanza muy desesperada— se había esfumado con el regreso de Croy. Croy le había hablado de Citera, sabía que se habían prometido matrimonio. Desde luego que no tenía ninguna posibilidad de competir con un caballero del reino. Un hombre que tenía en propiedad un maldito castillo, por Sadu... No, lo mejor sería que enterrara sus sentimientos. Que muriesen de muerte natural.

Aun así, le dolían.

Agitó una mano en el aire, como para dispersar un vapor miasmático.

—Citera sabe actuar de manera discreta, y sólo por eso. Ven. Ya sé lo que vamos a hacer ahora.

Al ver que Malden se acercaba a su puesto, el vendedor de botones le dirigió una amplia sonrisa.

—Bienvenido, señor. Ven, ven, mira esto. Botones del cuerno más puro. Y no sólo de cuerno de buey, no señor. Éstos están hechos con limaduras de la célebre arma del unicornio. Protegen contra el envenenamiento, señor, no tendrás que volver a preocuparte porque la bebida o la comida te hagan ningún daño.

Malden frunció el ceño. Le dirigió una mirada cómplice al vendedor de botones y luego metió la mano dentro del barril lleno de lentejuelas. Metió los dedos entre las menudas piezas, como si quisiera llegar al fondo del barril. No le cabía ninguna duda de que el botín de la chica de las cintas se encontraría allí. El vendedor de botones lo miró con suspicacia, pero sólo por un instante. A continuación, Malden pasó a otro barril, lleno de botones ordenados por tipos. Muchos de ellos estaban rotos, y prácticamente todos ellos desgastados y descoloridos.

—Estoy seguro de que esa morralla no te interesa —le dijo el mercader—. Ven, mira esto. Perla genuina, extraída de las conchas de moluscos grandes como carretas. Crecen tan sólo en un nicho escondido en el lejano y misterioso reino norteño de Rifnlatt, y su importación es muy cara, pero tú me resultas simpático, señor, y por lo tanto...

Malden se sacó una moneda del bolsillo —una de dos peniques— y la movió por la superficie del montón de botones, y así dejó un pequeño surco entre éstos. Con un par de giros y otro par de líneas, hizo un simple dibujo de un corazón atravesado por una llave.

El vendedor de botones se calló al instante. Agarró la moneda y la tomó de la mano de Malden, al mismo tiempo que alisaba los botones y hacía desaparecer el dibujo.

—Estoy al día con los pagos —dijo enfáticamente el mercader—. Márchate antes de que alguien nos vea juntos.

—Él (ya sabes de quién te hablo) solicita tu auxilio. No quedarás sin recompensa.

El vendedor de botones miró con recelo a Croy. Se había quedado a cierta distancia y trataba de no llamar la atención, sin conseguirlo.

Malden suspiró.

—Ésa es una de mis presas —dijo. Mentía solo a medias—. Quiero hacerle una jugada. Pero se necesita una maniobra de distracción. ¿Has visto pasar a una mujer envuelta en una capa de terciopelo, seguida por un matón con una carretilla? Si has visto su rostro, la recordarás, sin duda, porque estaba tatuado desde el mentón hasta el

cabello con imágenes de vides y flores.

—Sí —reconoció el vendedor de botones—. La he visto.

—Tengo que apartar al matón para poder hablar con la mujer. No será necesario distraerlo... de manera permanente. Me bastará con unos minutos. ¿Crees que puedes ayudarme?

—Por... por él... —dijo el mercader, en referencia a Cutbill— sí, sí puedo.

—Te doy las gracias. Y él te las da también. —Malden se alejó del puesto y agarró con la mano un rollo de damasco que se vendía en el puesto siguiente. Croy corrió hacia él y Malden maldijo en silencio al caballero. De no haberle necesitado para ganarse el favor de Citera, se habría librado de él.

—Ya está —dijo Malden, y luego permaneció en silencio.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ocurrirá?

—Ten los ojos bien abiertos —le dijo Malden.

Avanzaron entre el gentío. Se esforzaban por no llamar la atención. Malden se detuvo en varios puestos, e incluso regateó un momento con un vendedor de hilos, aunque no tuviese la intención de comprar nada. Croy miraba a la cara a los que iban pasando, no había manera de evitarlo. Malden procuraba que Citera no se alejara, pero tampoco se acercaba mucho. Cuando empezó la maniobra de distracción, no habían recorrido más de diez metros.

—Señor, por favor, señor, mi hermana ha enloquecido por culpa de la fiebre, y no me deja entrar en casa. Señor, por favor, necesito tu ayuda, necesito tu hacha, por favor, tienes que echar la puerta abajo. —Era la muchacha de las cintas, aunque a Malden le costó reconocerla. Se había recogido el cabello con una redecilla y le había dado la vuelta a su falda andrajosa para que aparentase otro color. Qué talento... Malden deseó en silencio que Cutbill supiera qué maravilla tenía a su servicio, y cuánto valía—. ¡Señor, por favor, necesito tu ayuda!

El siervo de Hazoth resopló y le dio una patada a la muchacha, pero ésta fue lo bastante rápida como para evitar el golpe. La historia que contaba era una obvia improvisación, pero los detalles no importaban. El siervo le gritó que se marchara y, de pronto, todas las miradas de las gentes del mercado se volvieron hacia él.

No porque los comerciantes se sorprendieran de que un hombre le gritara así a una muchacha, ni de que la amenazara con acero desnudo. Difícilmente los habría conmovido la niña con su relato de desgracias. Pero en la Ciudad Libre de Ness había que aprovechar todas las oportunidades para divertirse... y aquello prometía.

No por primera vez, Malden dio las gracias por la crueldad de sus conciudadanos. Como estaban todos distraídos, podría ir donde quisiera entre la multitud y nadie le vería. Todavía mejor: no verían a Croy. Era imposible que el corpulento caballero pasara inadvertido... a menos que alguna otra cosa llamara la atención de las gentes.

Lo más importante de todo: nadie miraba a Citera. La mujer se escurrió entre dos hombres fornidos que se reían con el espectáculo de un matón endurecido que no lograba quitarse de encima a una pilluela. Al instante, Citera desapareció entre la

multitud.

—Allá —dijo Malden, y señaló un callejón oscuro, muy cercano al lugar donde Citera había desaparecido—. Vamos. Ahora —dijo, y le dio una palmada en el brazo a Croy. El caballero se dirigió hacia el callejón, y Malden se abrió camino entre el gentío para ir al mismo sitio, pero dando un rodeo.

A la entrada del callejón, se detuvo y escudriñó las sombras. Citera y Croy ya estaban allí, hablando. Malden echó una última ojeada al mercado. La muchacha de las cintas se las había apañado para rasgar un jirón de popelina de un rollo y lo había pasado entre las piernas del matón. Era tan hábil que parecía que lo hubiera hecho por accidente, al agitar los brazos. Otro que no hubiera tenido el ojo avezado de Malden no habría entendido lo que hacía la muchacha, ni cuál era el resultado que estaba a punto de obtener.

El siervo de Hazoth levantó una mano, embutida en un guante de malla metálica, para apartar a la muchacha con un bofetón. Pero ésta había desaparecido... con la bolsa del hombre. El siervo debió de darse cuenta tan buen punto como se tocó el cinturón, porque gritó que le habían robado. Trató de perseguir a la muchacha, pero se enredó con la popelina y se cayó de bruces. El propietario del rollo de popelina salió precipitadamente del puesto para reprochárselo al siervo que estaba en el suelo, y la muchedumbre se rió tumultuosamente ante la farsa.

Perfecto. Malden pensó que tendría que preguntar por el nombre de la muchacha. Había nacido para aquel oficio, Malden lo tenía muy claro.

—... solucionar todos nuestros problemas de golpe —decía Croy, con voz cada vez más fuerte. Malden volvió a donde estaba el caballero para hacerlo callar—. Y sólo nos va a costar...

La propia Citera lo interrumpió y así le ahorró el esfuerzo a Malden.

—Anoche ordenó que le rompieran el brazo —dijo Citera, sin esperar a que Croy terminase. Su voz era hielo en el aire.

El efecto que produjo en Croy no habría sido más visible si le hubiese abofeteado en la cara.

—¿Qué? No lo entiendo —dijo Croy. Parecía un perro apaleado.

—¿Pensabas que Hazoth no se iba a enterar del disparate que cometiste en palacio? —preguntó Citera—. Le pediste a Vry que entrara en su casa. ¡Qué imbécil! No puedo creer que en otro tiempo depositara mis esperanzas en ti, Croy. —Volvió el rostro hacia otro lado, asqueada—. Hazoth sabe muy bien que hay algo entre tú y yo, por supuesto. Piensa que fui yo quien te animó a cometer esa temeridad. No logré convencerlo de que no era así, y, como me negué a confesar, envió a dos de sus hombres con una barra y un tramo de cuerda. Le ataron el brazo a la barra y luego la hicieron girar hasta que oí el chasquido del hueso.

Una lágrima resbaló por el jardín de lirios pintados que adornaba la mejilla de Citera.

—Yo sólo quise...

—¡Ya sé lo que quisiste! ¿Cuánto valen las buenas intenciones en tu mundo, Croy? En ese mundo de cuento de hadas en el que vives, en el que los bravos caballeros cabalgan al rescate de las doncellas indefensas, ¿se obtiene la gloria tan sólo con querer hacer el bien? Porque en mi mundo, y en el suyo —dijo, y señaló a Malden—, lo que se esconda en tu corazón no vale nada. No, cuando tus mejores esperanzas y deseos tan sólo sirven para empeorarlo todo.

Malden los observó de cerca a los dos. Parecía que un rayo hubiera alcanzado a Croy y lo hubiese dejado incapaz de hablar y de moverse. Citera estaba tan abatida que la piel que asomaba entre las enredaderas y las flores de su rostro se había teñido de un color grisáceo.

No tenían tiempo para aquello.

—Mi señora —dijo Malden—, nos quedan tan sólo unos momentos antes de que tu perro guardián te siga el rastro. No me consideres insensible.

—No, Malden, sé que tú te preocupas por los demás —dijo ella. Se sacó un pañuelo de la manga y se enjugó las lágrimas del rostro, aunque con movimientos tan suaves y dubitativos que a duras penas se notó la diferencia—. ¿Qué me dices tú?

—Corro un enorme riesgo al confiar en ti. No tengo ninguna garantía de que no le repitas a Hazoth todo lo que voy a decirte. Pero no me queda más remedio que pedirte ayuda. Quiero recuperar la corona. Una vez que se encuentre en mis manos, Anselm Vry se verá obligado a arrestar a Hazoth, y probablemente lo hará ejecutar. Tu madre quedará libre y tú también. Croy se ganará el favor del burgrave, hasta el punto de que éste revocará su destierro, y así no tendrá que temer que le echen una soga al cuello.

—¿Y tú, Malden? ¿Qué vas a ganar tú? ¿Puedo pagarte tus servicios?

—Voy a hacer realidad el deseo de mi corazón —dijo él. Bajó los ojos—. Pero no hace falta que me pagues el precio. Ven a vernos esta noche, si puedes. Tengo una habitación en la Peste. —Describió la calle donde vivía y cómo se llegaba desde las Murallas del Parque.

—Muy bien —dijo ella—. A la medianoche, Hazoth se retirará a su alcoba y estará atareado hasta el alba. Iré entonces.

—Gracias —dijo Malden. Vio cómo Citera regresaba a la plaza sin mirar atrás—. Croy... tenemos que marcharnos ahora mismo.

El caballero no se movió.

—¿El brazo...? —preguntó con voz muy débil.

—¡Ven! O vete a paseo —masculló Malden—. Solamente te necesitaba para contactar con ella. Ahora, puedes hacerte matar, si piensas que con eso alcanzarás la gloria. Pero si quieres ayudarme... si quieres ayudar a Citera, ven conmigo. Ahora mismo.

Al fin, Croy se marchó con Malden.



Malden se pasó el resto del día ocupado en trazar toscos planos de la mansión, en los que aparecían todas las entradas y salidas de los que tenía noticia, así como la situación de cada una de las habitaciones que habían visto Kemper y él mismo. Los estudió una y otra vez con intensidad. Les hizo interminables correcciones a medida que iba recordando, porque detalles que antes le habían parecido triviales le ofrecían de repente nuevas posibilidades... o nuevos riesgos. Las manos le quedaron negras por el carbón, porque dibujaba los planos una y otra vez, y luego los rasgaba y hacía nuevos bosquejos.

Por confuso que hubiera podido parecerle a un observador externo, Malden se hallaba en su elemento. Sabía que había nacido para aquello. De acuerdo con su experiencia, había dos tipos distintos de ladrones. Estaban los que vivían de la delincuencia porque querían dinero y no querían trabajar por él. Ésos eran los ladrones que al cabo de poco tiempo terminaban en la horca. Pero había otros para quienes un robo bien planeado era un trabajo que se hacía por vocación... una obra de arte, en realidad. La elaboración del plan, el análisis de sus diversos aspectos, la estimación de las propias capacidades y las de los oponentes, los súbitos momentos de inspiración que hacían que lo imposible pareciese, al menos en teoría, posible... Era todo eso lo que había empujado a Malden a su profesión, y, en cierto sentido, era feliz mientras contemplaba los planos.

Pero, por otra parte, también era posible que su felicidad se debiera a haber pasado un día entero sin que nadie tratase de matarlo, ni lo hubiesen perseguido por los tejados, ni amenazado con funestos hechizos. Había sido un agradable cambio.

El día terminaba y la noche no se haría esperar. Durante varias horas, meditó todos los aspectos de su plan, sin molestarse en descansar, ni siquiera en comer. En un momento dado sacó un pescado en escabeche de dentro de un tarro y masticó su fría carne sin saborearlo.

—Mañana por la mañana —dijo— faltarán cuatro días para la Natividad de la Señora. Querría acabar con esto cuantos antes. No sabemos lo que va a suceder durante estos próximos días. Puede que Anselm Vry se guarde algún truco en la manga. Tal vez Hazoth ya esté al corriente de nuestros planes y haya tomado medidas para adelantarse a nosotros. Así que tenemos que actuar rápido.

—Estoy de acuerdo, muchacho, pero no te precipites —dijo Kemper. Tenía la baraja de cartas en las manos y las acariciaba con el pulgar, porque decía que eso le daba buena suerte—. Muchos ladrones han perdido la vida por precipitarse. Esto va a ser difícil.

—Lo sé —dijo Malden. Se rascó la cabeza y dio un puñetazo sobre la mesa—. Muy bien, vamos a repasarlo una vez más. —Tomó el plano de la planta baja de la

mansión y del jardín—. La barrera mágica llega hasta aquí, muy cerca de la verja. Yo estaré aquí, y tú... ahí —dijo, y le indicó un lugar con el dedo—. Puedes ocultarte entre esos arbustos. El relevo de la guardia tiene lugar a medianoche. —Al parecer, el relevo se producía todas las noches a la misma hora. No parecía que Hazoth diera mucha importancia a la protección que podían ofrecerle sus siervos, y no los había instruido en la disciplina militar. Cierta noche, Malden había llegado a ver a uno dormido en su puesto. Pero no podían contar con que todos ellos se durmieran a la vez—. Cuando los centinelas del turno de noche salgan de los barracones, que están aquí, los del turno anterior recorrerán el camino contrario, dispuestos a echarse en sus literas y dormirse. Los nuevos tardarán unos momentos en alcanzar sus puestos. Le pediremos a Citera que quite la barrera en el momento en el que todos ellos estén frente a las puertas de la mansión. Sólo será un momento, el tiempo necesario para que entremos y lleguemos hasta aquí, la puerta de la sala donde se preparan las bandejas de comida.

Kemper asintió.

—¿Y dónde estará tu amigo, el del título nobiliario?

Malden miró a Croy, que estaba tumbado sobre la cama y miraba al techo. A duras penas se había movido en todo el día, y sólo para hacer aguas menores.

—¿Ése? No cuento con él para nada. Cuando lo metimos en esto, me pareció que podía sernos útil, pero he visto que no será jamás uno de los nuestros. Está herido y no podría correr, y, de todos modos, siempre hace ruido, incluso cuando trata de mantenerse en silencio. Ya cumplió al ayudarnos a contactar con Citera. Ahora ya está. Olvídalo.

—Entonces iremos tan sólo nosotros dos —dijo Kemper, y pareció que dudaba—. Va a ser mucho trabajo para dos, en tan poco tiempo.

—Lo sé. Tendremos que actuar con rapidez. En cuanto estemos dentro, tú irás al vestíbulo. Lo más probable es que dentro haya un guardia... cuento con ello, en realidad. Te harás ver y así dará la alarma, y todos los guardias irán dentro.

—Tengo que decirte que esa parte no me gusta —masculló Kemper.

—No tienes nada que temer. No hemos visto que ninguno de los guardias llevara un cuchillo de plata. Y, aunque tuvieran algún medio para hacerte daño, podrías escapar por la pared antes de que te dieran alcance.

—Puede que Hazoth tenga algún conjuro contra espectros —dijo Kemper, y negó con la cabeza—. Un hechizo u otro me atraparé.

—Es probable —reconoció Malden—. Pero si está encerrado en su laboratorio, o, mejor todavía, en su alcoba (acuérdate de esas cadenas de hierro forjado en frío) no es probable que salga sólo porque uno de sus guardias diga que ha visto a un fantasma. Recuerda que no saben nada de ti. El rostro que conocen es el mío.

—Pues de acuerdo —dijo Kemper por fin. Malden se daba cuenta de que el tahúr no había quedado convencido pero, de todos modos, estaba en deuda con el ladrón: si éste no lo hubiese liberado de la mazmorra del burgrave, habría muerto. Además, era

probable que Kemper sacara un beneficio más tangible de aquella aventura. Hazoth tenía una cubertería de plata que Kemper se llevaría de la mansión y que luego se quedaría. Malden no quería ninguno de los tesoros de aquella casa. Se daría por satisfecho con la recompensa que le había prometido Croy. Todos los esfuerzos que realizase en la mansión tendrían como objetivo recobrar la corona.

Y con ello llegaban a la parte más difícil del plan.

—Tendré que ser yo quien llegue al tercer piso sin que me detecten. La corona se encuentra en el gabinete, al final de este pasillo. Eso es lo que Citera le dijo a Croy. Sabemos que ese pasillo está lleno de trampas. Voy a tener que sortearlas de algún modo. —Como no tenía ni idea de lo que se encontraría, era mucho decir. Pero no había otro camino—. Entonces podré entrar en el gabinete, agarrar la corona y marcharme a toda prisa. Los guardias estarán dentro y te buscarán a ti, así que, cuando salgamos al jardín, no habrá quién nos detenga. Citera bajará una vez más la barrera y escaparemos, sin haber sufrido ningún daño, yo con la corona, y tú con toda la plata con la que puedas cargar. Luego nos separaremos. Yo iré a la guarida de Cutbill y tú te marcharás de la ciudad por medios que no quiero saber.

—Sí —dijo Kemper, y barajó distraídamente las cartas. Parecía que el mero movimiento de las manos lo tranquilizara. Malden quería quitárselas de las manos y arrojarlas al suelo, incluso hacerlas pedazos y echar sus restos por la ventana.

Soportaba mucha tensión.

Había demasiadas variables. Demasiadas cuestiones que no podía prever. ¿Y si Hazoth abandonaba precisamente esa noche sus estudios? ¿Y si Citera los traicionaba? ¿Y si Anselm Vry los estaba espiando en ese mismo momento? Tal vez esperaba a que actuaran para arrebatarse la corona a Malden en cuando hubiera salido de la casa. Así, Cutbill no podría decir que la había recobrado él.

—Este plan funcionará —dijo. Trataba de convencerse a sí mismo.

—Sí —respondió Kemper.

—Es el mejor plan que hemos trazado hasta ahora.

—Sí.

—Si tenemos un poco de suerte...

Calló, porque vio a Citera sentada en el alféizar de la ventana, que estaba abierta.

—Si tenéis mucha suerte —dijo ella—, ese plan os llevará a la muerte en un instante. Así Hazoth no podrá torturaros. De eso sabe mucho.

Era la medianoche.

Mi señora —dijo Malden, e hizo una profunda reverencia—. Te doy las gracias desde lo más hondo de mi corazón por haber venido, porque...

—Esas maneras afectadas no son propias de ti, Malden —dijo Citera. Bajó de la ventana y se acercó a la mesa, donde se hallaban los planos. Malden notó que ni siquiera había mirado a Croy—. Y este plan tampoco. Has minusvalorado gravemente las defensas de la mansión.

Malden se apartó de la mesa y dejó que la mujer examinara los planos. Entonces, Citera encendió un brasero que se hallaba en un rincón (Malden lo utilizaba tan sólo en invierno), cogió un trozo de carbón y añadió detalles en el plano que ni Malden ni Kemper habían sabido dibujar.

—Entiendo que te has decidido a ayudarnos —dijo Malden, cuando le pareció que Citera había terminado.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? Si os traiciono para no meterme en problemas, únicamente conseguiré retrasar lo inevitable. No importa lo que haga: Hazoth encontrará alguna excusa para torturar a mi madre. No, la única esperanza de mi madre es esa idiotez de plan que has trazado. Aunque no vaya a funcionar.

Malden miró las adiciones que Citera había hecho en el mapa. Consistían, en su mayoría, en habitaciones del primer piso, que no le interesaban mucho, pero también en dos paredes del segundo piso de las que no había tenido constancia... y que le habrían dado problemas considerables una vez dentro.

—¿Y... cómo está tu madre, si puedo preguntar? —dijo Malden—. ¿Al menos está segura por ahora?

—Podría decirse así —le dijo Citera, sin levantar la mirada—. Se transformó a sí misma en árbol.

—¿En qué, muchacha? —preguntó Kemper.

Entonces Citera sí levantó la mirada. Hasta entonces no había visto al intangible truhán. Pero no preguntó quién era.

—En árbol. En serbal, por supuesto.

—Por... supuesto —dijo Malden.

—El serbal es sagrado para las brujas y los magos. Su madera es la única con la que se pueden hacer varitas mágicas, y sus bayas son un poderoso amuleto contra la brujería. Pero Coruth todavía no ha dado fruto. Todavía es un arbolillo, porque carece de la fuerza necesaria para hacerse crecer a sí misma mediante la magia. En un primer momento pensé que debía de haber trazado un plan astuto... que crecería como un árbol y al final sus ramas destrozarían el techo de la casa de Hazoth. De esa manera, podría liberarse al cabo de, digamos, unos cincuenta o cien años.

—¿Cuenta con estar cautiva durante tanto tiempo? —preguntó Malden,

sorprendido.

—Cuenta con seguir allí por toda la eternidad —dijo Citera—. Hazoth no envejece. Y mi madre, mientras esté atrapada en su círculo mágico, tampoco envejecerá. Hazoth no la va a liberar jamás, naturalmente... para empezar, su poder se acrecienta al tenerla cautiva. Los demonios que gobierna ese brujo gozan con el sufrimiento de mi madre, y luego, a cambio, le entregan a Hazoth una parte de su magia. Por otra parte, el mago sabe muy bien que, si algún día se libera, lo primero que tratará de hacer será aniquilarlo.

—Por venganza —dijo Kemper, y asintió con la cabeza.

—Di mejor por justicia. —Citera se volvió hacia Malden—. Hace tan sólo una hora he comprendido otro de los motivos por los que ha decidido transformarse en árbol. Ha sido en el mismo momento en el que he decidido venir aquí y ayudaros en lo que pueda.

—¿Eh? —preguntó Malden.

—Los niños crueles les rompen las ramas a los árboles, pero los árboles no sufren.

—Ah.

—Escucha —dijo Citera—, no me queda mucho tiempo. Hazoth se ha encerrado en su dormitorio, pero saldrá antes de la tercera hora. He logrado engatusar a los guardias para que me dejaran salir, pero tendré que regresar antes de que me llame. Siempre me llama tras aparearse con demonios. Sabe que el olor a azufre me da náuseas. Hazoth es muy sutil con sus torturas.

—Debes odiarlo —dijo Malden.

Citera lo miró con ojos ardientes. Como si Malden no pudiera comprender lo que la mujer sentía por Hazoth. El muchacho pensó que, en muchos sentidos, no podía comprenderlo, y apartó la mirada.

—Hay algo que no entiendo —dijo Malden—. Disculpa, pero... en tu piel pintada reside mucho poder. ¿No podrías, simplemente... no sé... golpearlo? Agarrarlo por la fuerza. ¿No bastaría con eso para destruirlo? Seguro que con eso la justicia quedaría satisfecha. «Y de paso me ahorrarías un montón de problemas», pensó Malden.

Le había llegado a Citera el turno de apartar la mirada.

—No todas sus defensas son mágicas —dijo con una voz que era casi un susurro—. Pero hay una razón más sencilla. El vínculo mágico que tiene conmigo haría que ese gesto fuera vano. Podría arrojarle las maldiciones que llevo acumuladas, sí. Pero el vínculo me las enviaría de nuevo a mí. —Negó con la cabeza—. No sería ninguna solución. Tienes que encontrar otra manera de hacerlo.

—He trazado un plan —le dijo él, y le mostró los papeles que tenía sobre la mesa—. Has oído lo más esencial y has dicho que fracasaría.

—Sí. Mira. Aquí —dijo, y señaló un punto en el plano. Su dedo apuntaba al gran vestíbulo de la planta baja.

Malden vio enseguida lo que le quería indicar.

—La gran esfera de hierro que está junto a las escaleras. Me intrigó, pero no tengo ni idea de lo que puede ser.

—Es otra de las fuentes de poder de la brujería de Hazoth. Tiene muchas y no las conozco todas.

—Pero ¿qué es? Está hecha de hierro. ¿Verdad que el hierro desconcierta a los demonios? No me imagino que puedan depositar su poder en un objeto como ése.

—El hierro forjado en frío es veneno para ellos —dijo Citera—. El hierro forjado a temperaturas elevadas les da fuerzas. Por eso no les hacen daño las armas de hierro normales, y todavía menos las de acero que fabrican los enanos. Ese hierro se forjó en el abismo. Pero no es el hierro de por sí lo que es mágico. Es la criatura del abismo que mora dentro del hierro.

—¿Hay un demonio allí dentro? —preguntó Malden.

—Desde luego, y es como un círculo mágico de esos que retienen a los demonios, sólo que ese tiene tres dimensiones, en vez de dos —exclamó Kemper.

Malden y Citera se volvieron a la vez para mirarlo.

—¿Me tomabais por imbécil? —dijo Kemper, con aires de ofendido—. ¿Acaso pensabais que no entiendo nada sobre magia? ¿No se os había ocurrido que un hombre que sufre mi dolencia aprendería un par de cosas?

—Te presento a Kemper. Está maldito —le explicó Malden a Citera.

—Y tiene bastante razón —dijo ella, tras salir de su sorpresa—. Sí, ese hierro contiene al demonio. Pero no porque Hazoth tenga miedo de dejarlo libre. Veréis, el demonio que mora en la esfera de hierro todavía es un embrión. Aún no ha nacido. La esfera de hierro no es su prisión, sino su huevo.

—¿Es como un niño en el útero? —preguntó Malden.

—Sí. Pero no creas que vaya a nacer frágil o indefenso. Los demonios nacen plenamente formados y son muy peligrosos en cuanto salen del huevo. Si no fuera así, no sobrevivirían en el abismo. Los demonios no sienten afecto los unos por los otros, no son como los humanos. Ni siquiera conocen el amor de la madre por los hijos. Un demonio hembra devorará a sus hijos con placer si se le presenta la oportunidad.

—Eso es horrible —dijo Malden.

—Es así como se hacen las cosas allí. Los demonios lo consideran natural. Como consecuencia, los demonios que nacen débiles y llorones, no viven mucho tiempo. Los que sí sobreviven son los que ya han nacido fuertes. Ese demonio es un ejemplo perfecto. He visto ejemplares adultos de su especie y son unos exterminadores sanguinarios. En el momento en el que salga de su huevo, estará listo para cazar. Aun antes de que le llegue su tiempo, será terrible de ver. No sé cuánto tiempo falta para que nazca, pero sí sé que estará hambriento y a punto para matar. Hazoth puede liberarle cuando le apetezca. Si se da cuenta de que estás en su casa, aunque sea tan sólo por un instante, puede obligar a esa criatura a nacer y a perseguirte. Te perseguirá hasta los confines de la tierra, si es necesario, y te devorará. ¿Lo

entiendes?

—Creo que sí —dijo Malden. De repente, se le quedaron las manos muy frías... se le había helado la sangre.

—No podrías luchar contra él. Sus garras estarán más afiladas que cualquier acero que le opongas. Sus dientes atravesarán piedra maciza. Aunque tuvieras en tus manos una Espada Antigua, y dudo que Croy te preste *Matafantasmas*, no tendrías ninguna oportunidad contra él en un combate singular, Malden. Tampoco podrías esconderte de él. Nacerá ciego, pero con el sentido del olfato excepcionalmente agudo. Podrías sumergirte en perfumes o marcharte a nado, o valerte de cualquiera de las estrategias que te servirían para despistar a un perro. Ninguna de ellas va a funcionar con esa criatura. Una vez que tenga constancia de tu olor, te encontrará. Y te matará.

Malden se acercó a la cama y se sentó en el borde, con cuidado de no molestar a Croy.

—¿Qué pacto infernal ha cerrado Hazoth para contratar ese servicio? —preguntó, porque hacer preguntas le resultaba mucho más fácil que pensar en lo que un demonio recién nacido les haría a sus carnes si lo alcanzaba—. ¿Consiguió esa criatura a cambio de torturar a tu madre?

—No. Se ha ganado sus servicios a la manera antigua. Él mismo lo engendró.

—Un momento... —dijo Kemper.

Croy se había incorporado y dijo:

—No puede ser cierto...

Citera se volvió hacia los planos, evitando las miradas de los tres hombres.

—Viste las cadenas de su alcoba. Incluso las has dibujado en el diagrama. Ésa es la manera que tiene de complacer a sus súcubos. El demonio del huevo fue el fruto de una unión de ese tipo. Es hijo suyo. Y no es el primero.

—Pero... ¿por qué? —preguntó Malden. Se acordó del mural de los súcubos en la Casa de los Suspiros, y no le costó imaginar que un hombre los encontrara atractivos. Pero contaba con la razonable certeza de que aquella obra no se había pintado del natural. Y, en todo caso, no parecía que la intención de Hazoth fuera gozar de sus súcubos, sino que perseguía un fin totalmente distinto.

—¿Cómo puede ser que alguien... quiera... por qué...?

—Te preguntas por los motivos por los que un hombre puede querer engendrar un hijo demoníaco. Te preguntas cómo es posible que un ser humano desee tal cosa. Olvidas que Hazoth no se tiene a sí mismo por humano. No se considera atado por la ética convencional.

—De eso ya me di cuenta cuando lo vi —corroboró Malden.

—Un brujo como Hazoth vive solamente para el poder. No le interesan ni el oro, ni el amor, ni nada de lo que seduce a los hombres normales. Quiere expandir los límites de su saber y alcanzar un poder sin igual. Ya puede hacer cosas que tú no serías capaz de imaginar. Pero, durante mucho tiempo, se ha sentido cautivo.

—¿De verdad? Pero ¿acaso alguien tiene poder sobre él?

—El burgrave. Y el rey. Hay una ley que prohíbe las ocupaciones de Hazoth, Malden. Hay un castigo que le aplicarán si lo sorprenden, y es la muerte en la hoguera. Probablemente, todo lo que hace en un día habitual contraviene las leyes de esta tierra. —Miró al rincón, donde *Matafantasmas* estaba apoyada en la pared—. Las Espadas Antiguas existen para defender esa ley.

—Croy me dijo que Hazoth vive en Ness porque un antepasado del burgrave le dio asilo aquí —indicó Malden.

—Exacto. Está atrapado aquí. Si Hazoth abandonara Ness, se hallaría bajo constantes sospechas. Croy y sus hermanos de caballería mantienen bajo vigilancia constante a todos los brujos que tienen poder suficiente para hacer venir a un demonio del abismo. No se les da un momento de tregua mientras no demuestren que cumplen la ley. Hazoth no podría vivir bajo ese tipo de observación constante. Al fin, lo sorprenderían en el acto de invocar a un demonio, o de realizar alguna otra acción infernal que justificaría su arresto. Habría un juicio, pero las gentes de su clase no han destacado nunca por saber defenderse ante un tribunal. Lo declararían culpable y lo condenarían a muerte. Al cabo de tantos siglos de vida, le parecería una absoluta injusticia que lo capturaran unos alguaciles de poca monta y que unos campesinos lo quemaran atado a una estaca.

—Pero ¿para qué va a viajar al extranjero si puede vivir para siempre aquí, en Ness, sin que lo molesten? —preguntó Malden.

—¿Tú te imaginas lo que puede ser que te consideren libre, pero sólo si te prestas



a no salir nunca de cierto lugar? ¿Te imaginas la paradoja que se encierra en esa libertad, que te exige que te quedes siempre dentro de lo que debe de parecerse una celda?

Malden frunció el ceño. Se lo imaginaba muy bien. Recordó cuando Cutbill le había descrito su propia situación en los mismos términos. En ningún momento se le había ocurrido simpatizar con Hazoth. Tampoco simpatizaba con él en ese momento —por lo menos, no mucho—, pero tuvo que reconocer que comprendía las motivaciones del brujo.

—El niño demonio, cuando nazca, lo protegerá de sufrir ese destino. Podrá ir a donde quiera y perpetrar todas las malas acciones que quiera. Y nadie podrá detenerlo.

Malden se acarició la barbilla.

—Croy me había contado también otra cosa. Acerca de los demonios. Que no pertenecen a la naturaleza y distorsionan la realidad que tienen a su alrededor. Que su poder, si no se le pone coto, acabará por destruir el mundo. Que el que se hallaba en la torre del burgrave habría asfixiado al mundo entero, si no lo hubieran detenido.

—Con éste sucede lo mismo, aunque los peligros sean menos evidentes —corroboró Citera—. Hazoth sabe muy bien el riesgo que corre. Y le da igual.

—Eso es preocupante —dijo Malden.

—Lo he dicho para que te preocupara.

—Pero, por ahora... tampoco tiene consecuencias inmediatas. Dices que, una vez que el demonio nazca, me perseguirá hasta la muerte. Pues bien, eso me obliga a añadir un nuevo elemento en el plan. Tendré que asegurarme de que Hazoth no llegue a enterarse de mi presencia en su casa... para que así el demonio no nazca.

—Sería todo un éxito —dijo Kemper—, si es que lo consigues.

Malden se encogió de hombros. En ningún momento había pensado que sería fácil. A decir verdad, no contaba con sobrevivir. Pero no merecía la pena darle más vueltas a ese pensamiento. Tenía una oportunidad, una oportunidad desesperada, de llevar su plan a buen término. No se permitía a sí mismo pensar en otra cosa.

—En cualquier caso, será mejor así. Hazoth sería perfectamente capaz de destruirme, incluso sin el demonio. Esto no cambia nada.

—También tienes que pensar en otras cosas —dijo Citera. Lanzó una profunda mirada a los ojos de Malden. Por un momento, ninguno de los dos habló. Malden se preguntó qué estaría buscando la mujer. ¿Convicción? ¿Confianza en sí misma?

Finalmente, Citera cerró los ojos. Los pétalos de ciclamen pintados que le bajaban por los párpados dejaron a éstos del color del papel. Los pétalos empezaron a marchitarse antes de que abriese los ojos.

—En ese pasillo hay trampas.

Malden contempló el plano.

—Kemper las descubrió, aunque no llegó a averiguar su naturaleza. Teníamos la esperanza de que tú nos dijeras en qué consisten, porque así podré tomar medidas

para sortearlas.

—Esa esperanza es vana —dijo ella—. He vivido en esa casa durante la mayor parte de mi vida, pero no he pasado nunca por ese pasillo. El propio Hazoth no lo utiliza. Cuando se retira a su gabinete privado, y también en las ocasiones en las que me lleva allí, se transporta a sí mismo instantáneamente sin recorrer el espacio intermedio. Ese pasillo es una trampa, concebida para atrapar a los ladrones. Sé que las trampas son muy reales y muy mortíferas. Se pueden desarmar mediante un sencillo mecanismo que se encuentra en el gabinete. Allí hay una vela que arde en todo momento. Basta con apagarla de un soplido para desactivar las trampas. Pero, por supuesto, sólo se puede hacer una vez dentro del gabinete. Como no tengo manera de acceder a esa estancia, no puedo hacerlo.

Malden asintió.

—Yo contaba con ir esquivando las trampas. Ya demostré, en palacio, que soy capaz de hacerlo.

—Desde luego. Bien, todavía quedan dos barreras defensivas que no hemos comentado. Está la barrera mágica que circunda la casa y que no deja entrar a nadie, si no se lo permiten los centinelas.

—Pero ahí intervienes tú —dijo Malden—. La bajarás para nosotros cuando llegue el momento.

Citera negó con la cabeza.

—Si me lo hubierais pedido hace dos días, habría sido posible. Hasta que Croy armó un espectáculo público con su deseo de matar a Hazoth.

El caballero, en la cama, volvió la cabeza para otro lado.

—Hazoth —le dijo Citera a Malden— sabe que conozco a Croy. Al oír lo que había sucedido en el Monte del Castillo, y lo que Croy le había dicho a Anselm Vry, adoptó la lógica medida de impedir que, en adelante, pudiese bajar la barrera. Se hace con un gesto de la mano. Ese gesto puede ser cualquiera... un signo trazado en el aire con un dedo, una palmada, da igual... pero hay que saberlo para poder pasar esa barrera invisible. Hazoth cambió la señal y no me dijo cuál es la nueva.

Malden quedó abatido.

—Pero si esta noche has podido escapar...

—El capitán de la guardia sí conoce el nuevo signo. He logrado convencerle de que lo hiciese para mí... pero no me ha permitido verlo. He tenido que mentirle para que lo hiciera. Le he dicho que Hazoth necesitaba un incienso especial para un rito, y que no podía esperar hasta la mañana. Como han sucedido cosas parecidas en otras ocasiones, el capitán me ha creído. Pero no podré repetirle esa excusa. La próxima vez que lo intente, sospechará de mí y le preguntará a Hazoth si he dicho la verdad. Creo que con eso se irían al traste todos vuestros planes.

—Sí, desde luego.

Citera se rascó con mucha delicadeza una ceja.

—Tendréis que darles un motivo para bajar la barrera.

—Ya encontraré alguno. ¿Eso es todo, o tienes más malas noticias?

Citera se sonrió sin alegría.

—Una más. Como te decía, Hazoth cuenta con que Croy lo ataque. No le tiene mucho miedo... sabe que Croy es más fanfarrón que osado.

El caballero se encogió sobre la cama, pero no dijo nada.

Citera le echó una mirada y luego prosiguió:

—Sin embargo, no correrá riesgos. Si una de los Espadas Antiguas se le opone, él se aliará con otro. Me ha ordenado que vaya mañana en busca de Bikker y que lo lleve a una audiencia con Hazoth.

Malden maldijo entre dientes.

—Pensaba que me habías dicho que Bikker no trabaja para Hazoth.

—Es que no trabaja para él. En realidad, no sé a quién sirve Bikker. Pero estoy segura de que Bikker acudirá cuando le llame.

—No lo entiendo —dijo Malden.

—Para empezar, el robo de la corona fue idea de Bikker. O, en todo caso, de la persona que le paga a Bikker su sueldo. Bikker se presentó en la mansión hará un mes. Dijo que venía en representación de un rico señor que quería contratar los servicios de Hazoth. A Hazoth no se le puede pagar con monedas, pero hay cosas en este mundo que sí ambiciona. Una de ellas es la privacidad. El rey le haría arder en la estaca si supiera lo que Hazoth hace en su gabinete privado. Así, cuando Bikker propuso ese plan, él le escuchó, porque el hombre para el que trabaja Bikker le prometió que nadie iba a enterarse de lo que hacía. Quienquiera que sea, porque no lo conozco ni sé nada de él, convenció a Hazoth de que podía ofrecerle su protección, a cambio de que participase en la conjura. Fue el hombre que paga a Bikker quien decidió que buscáramos a un ladrón para robar la corona... eso ya lo sabías, por supuesto... y que luego fuera Hazoth quien la ocultara. No podría estar en un sitio más seguro en toda la Ciudad Libre. Los hechizos de la casa impiden que ningún espía la vea, y también que ningún adivino la encuentre con su magia. —Malden se acordó del hechicero de Anselm Vry y de su piedra adivinatoria—. Se necesitaría un pequeño ejército para asediar la casa, y un brujo más poderoso que Hazoth, si es que hay alguno, para abrir una brecha en la barrera. Si quieres que un objeto de excepcional valor se encuentre a salvo, el gabinete privado de Hazoth es el lugar más adecuado.

—Interesante. Yo estaba convencido de que Hazoth querría la corona para estudiarla. Ahora me entero de que no es más que un agente al servicio de otro personaje, que permanece en el anonimato. Pero ¿qué quieren conseguir, exactamente? Bikker dijo que no se iniciaría ninguna búsqueda de la corona. Que el burgrave encargaría una reproducción y se olvidaría del robo. Sabemos que no ha sido así. —Y Cutbill le había dicho a Anselm Vry que con una reproducción no bastaría... pero ¿por qué no? Había muchas preguntas a las que Malden no hallaba respuesta, y el joven imaginaba que no las encontraría jamás—. ¿Qué pretenden que

suceda?

—No tengo claros los detalles —reconoció Citera—. No sé qué piensan que puede suceder. El burgrave aparecerá en público el día de la Natividad de la Señora sin su corona. Eso provocará un tumulto. Bikker y quien le paga tienen la intención de transformarlo en un alzamiento a gran escala. Tienen la intención de arrastrar al pueblo a la revuelta e instigarlo para que derroque al burgrave.

—¡Pero eso sería una locura! —dijo Malden—. En ese mismo instante, el rey revocaría los estatutos municipales de la ciudad. Tendría que hacerlo para restablecer el orden. Y entonces, todos los hombres de Ness perderían su libertad.

—Muchas personas se beneficiarían de ello —observó Citera.

Malden se rascó la barbilla. Había empezado a sentir picazón por toda la piel. Aún sufría bajo el yugo de su baja estirpe. Sin la libertad que le garantizaban los estatutos de la ciudad, no sería dueño de su propio destino, no más que los granjeros del campo.

Habría preferido que lo confinaran en el abismo y los demonios lo torturaran noche y día.

—La cuestión —dijo Citera— es que el hombre que paga a Bikker no quiere que recuperemos la corona. Así que Bikker estará allí el día que lo intentes. Irá al frente de los guardias de Hazoth.

—Sería un gran problema —reconoció Malden—. Al trazar el plan, he contado con que los guardias de Hazoth serían torpes e indisciplinados.

—Bikker no te permitirá ese lujo. Los dirigirá en persona.

—Y si me encuentra dentro de la casa...

—No sé si tienes que tener más miedo del demonio, del propio Hazoth, o de Bikker. Ninguno de los tres te dejará con vida.

Me temo que no te he ayudado en nada, como no sea empujarte a la desesperación —dijo Citera, y ordenó los planos que estaban sobre la mesa de Malden—. Y ahora tengo que irme. Te deseo suerte... aunque tan sólo sea por el bien de mi madre.

—¿Y no por el mío? —dijo Malden—. No me respondas. Márchate y no te metas en más problemas. Me imagino que, si Hazoth comprendiera lo que has hecho, sufrirías de una manera u otra.

—Sí —dijo ella. Frunció el ceño y echó una ojeada a la cama. Suspiró hasta lo más hondo, pero se veía a las claras que tenía algo que decirle a su prometido antes de marcharse—. Croy —le dijo con voz suave—. Croy, tendríamos que...

El caballero se puso en pie bruscamente y se acercó a la mujer.

—Citera, ¿cómo puedo ganarme tu perdón? No te he dado más que problemas. ¿Cómo puedo arreglarlo?

—No me debes nada, Croy. Me hiciste una promesa... bueno, en realidad, ambos nos hicimos promesas. Pero, a veces, la vida se interpone en el cumplimiento de las promesas. —La mujer apartó la cara. Malden se dio cuenta de lo angustiada que estaba, pero no se atrevió a entrometerse.

Entonces sucedió algo extraño. La mirada de la mujer se encontró con la de Malden. Lo miró a los ojos, y, por un instante, Malden pensó que le rogaba que dijese algo. Que interviniese y la salvara del difícil momento que se acercaba.

Como no tenía ni idea de todo el asunto, el joven no dijo nada.

Citera suspiró de nuevo y se volvió hacia Croy.

—No quiero que te maten —le dijo al caballero—. Y ahora mismo, si te enfrentas a Bikker, es eso lo que va a ocurrir. Así que quiero que me digas que no lo vas a intentar. Que dejarás que Malden lo haga él solo.

«¿Solo? —pensó Malden—. ¿Y qué pasará si Bikker me mata a mí?».

—Mi señora —dijo Croy, y cayó de rodillas con tanta fuerza que los tablones crujieron—. Moriría mil veces a tu servicio...

—Pero ¿por qué? ¿Para qué quiero yo que mueras? ¡No me serviría de nada!

—Pero juré que os salvaría a ti y a tu madre...

—Tú y yo tendremos que hablar cuando esto termine. Si todavía estamos vivos —dijo—. Oh, Croy, no me mires así.

El caballero bajó la mirada.

—Tienes que estar alegre —le dijo—. No me gusta verte así. Puede que, a pesar de todo, esto termine bien. Puede ser que un ladrón triunfe donde un caballero fracasó.

Malden miró de reojo a Kemper y ambos negaron con la cabeza. Por mucho que Malden deseara escapar de sus propios problemas, en ese momento no habría querido

estar en el lugar de Croy.

—No quería ser cruel —dijo enfáticamente Citera. Trató de mirar a los ojos de Croy, pero éste lo evitaba—. No he olvidado todo lo que hiciste por mí —le dijo—. Pero tienes que entender... que la salvación de mi madre y mi propia libertad lo son todo para mí.

—Y para mí —dijo Croy.

—Pues entonces tienes que darme libertad —dijo ella.

—Pero si eso es precisamente lo que... quiero decir, eso es lo que Malden y yo tratábamos de conseguir —observó Croy.

—Y yo también, muchacho, no te olvides de que yo también me juego el pellejo —exclamó Kemper.

—Y Kemper también, por supuesto. Todos nosotros tratamos de liberarte —dijo Croy.

—No, no te hablo de eso... ¡eres desesperante! —Citera se acercó a la puerta—. Croy... por favor. Déjame libre.

Entonces, Croy la miró, con la confusión en el rostro.

—En ningún momento se me habría ocurrido retenerte.

—Pues entonces, perdóname y déjame en paz —dijo ella.

—¿Que te perdone... pero... por qué? —preguntó Croy.

El rostro de Citera se entristeció.

—No lo entiendes. No consigo que lo entiendas. Pero dime que me perdonas. Aunque no entiendas por qué.

—Pues claro que te perdono. Te lo perdono todo... no podrías hacerme nada que yo no perdonara y olvidara en el mismo instante... —La voz del caballero flaqueó. Tal vez empezara a entenderlo, por fin.

—Me marcho —dijo Citera—. Adiós, Malden, trataré de venir a verte el día en el que vayas a actuar. Si antes de eso hubiera algún cambio, me encargaré de que te enteres. Iré a verte de día, cuando salga a hacer la compra.

—Estaré a punto —le dijo Malden.

Entonces Citera se fue. Los tres hombres vieron que se marchaba por la calle hasta el Puente de Turnbill, desde donde llegaría a las Murallas del Parque. En cuanto la hubieron perdido de vista, Croy se volvió hacia la mesa y le arreó un puñetazo.

—¿Qué ha querido decir con eso? ¿Por qué me ha pedido perdón? ¿Qué daño ha podido hacerme?

Malden se mordió los labios y se sentó en la cama. Era tarde y quería dormir.

—Muchacho —le dijo Kemper a Croy, en tono amistoso—, tú no tienes mucha experiencia con mujeres, ¿verdad? No te lo digo por tu madre y tus hermanas. Ya me doy cuenta de que no tienes pinta de putero pero oye, ¿nunca te has follado a ninguna? —Sacó las cartas que llevaba bajo la túnica y se puso a barajarlas.

—Me he pasado la mayor parte de mi vida aprendiendo a luchar con la espada. No es la única mujer a la que he... a la que he querido, si es que es eso lo que quieres

saber. También estuvo la hija del rey de los enanos. Fui su protector y la salvé de un destino peor que la muerte. Para recompensarme, me dio un beso.

Malden no pudo resistirse y le hizo la pregunta que Kemper seguramente también tenía en la punta de la lengua.

—¿Y era barbuda?

El rostro de Croy se ensombreció.

—No. No, no lo era. Quizás un poquito de bigote. Pero no más que el de muchas mujeres humanas. Y voy a deciros —prosiguió, al darse cuenta de que los dos ladrones se reían por lo bajo— que, si llego a pedírselo, me habría entregado su cuerpo. Pero tenía que respetar el juramento que le hice a Citera.

—Yo creo que ahora todo eso no tiene importancia —dijo Kemper. Barajó las cartas, como ausente—. Tal vez te convenga ir en busca de tu princesa enana.

—Háblame claro, maldito seas —gritó Croy. Tenía la cara enrojecida.

—Lo que te está diciendo es que Citera te pedía perdón por haber roto el juramento que te hizo —dijo Malden.

—Ella... ella...

—No quería decírtelo con todas las palabras, porque le daba miedo tu reacción. Tenía la esperanza de que simplemente lo comprendieras. —Malden miró a Kemper. ¿Qué motivo había tenido el tahúr para decírselo tan claramente a Croy? Tal vez lo único que consiguiera es que el estúpido caballero se pasara otro día entero tumbado en la cama mirando al techo. Malden se imaginó que un hombre rico podía permitirse la melancolía.

—Basta —dijo—. Basta. Me voy a acostar. Mañana por la mañana tendré que trazar un plan totalmente distinto. Y tú —dijo, volviéndose hacia Kemper— deja de barajar las malditas cartas.

—Oye, muchacho...

Malden arrancó las cartas de las intangibles manos de Kemper y se las guardó.

—Cuando haces eso, no tengo manera de pensar. Y ahora, todos a la cama.

Apagó la lámpara, se metió en la cama y se cubrió con la sábana hasta el mentón. Sin embargo, no durmió mucho aquella noche. Los sollozos de Croy eran demasiado fuertes, y Kemper no dejaba de murmurar por lo de las cartas.

«Basta, basta, basta», decía Malden para sí. Kemper difícilmente sufriría ningún daño, con independencia de lo que hiciera. Y Croy no estaría cerca de la mansión cuando Malden irrumpiera en ella. El caballero no tenía ninguna utilidad en ninguno de los planes que Malden pudiera imaginar.

Tenía que ser él quien recobrarla la corona. Estaba con otras personas, pero no podía contar de verdad con ellas. Tendría que pasar la barrera, llegar al otro extremo del pasillo sembrado de trampas y recuperar la corona sin que lo descubrieran. Luego vendría lo que tal vez fuera más difícil: escapar con el pellejo intacto.

Y podía resultar que incluso entonces empezaran de nuevo los problemas. Podía ser que Anselm Vry lo tuviese bajo vigilancia y aguardara el momento en el que

Malden recuperase la corona para arrebatársela y atribuirse todo el mérito. Cutbill podría hacer matar a Malden independientemente de lo que sucediera, aunque sólo fuese por haberle dado tantos problemas.

Y, para postre, Hazoth contaría igualmente con su demonio, y Bikker con su espada que rezumaba ácido. Y ambos tenían sus razones para querer la muerte de Malden.

Los problemas parecían insolubles.

Pero bueno, siempre lo habían parecido. Tenía que seguir adelante.

Tenía que pensar en algo.

Finalmente se durmió, a pesar de sus compañeros de alcoba. Cayó en un sueño profundo y no despertó hasta que los primeros rayos de la aurora se colaron por el resquicio entre la persiana y el alféizar. Abrió los ojos, se cercioró de que su daga se hallaba todavía bajo la almohada, y entonces se sentó sobre el lecho.

—Buenos días —dijo Croy, y le sonrió.

El caballero no había tenido nunca tal apariencia de felicidad.

—Hmm —dijo Malden. Se puso en pie, se vistió y metió la daga en su vaina. Kemper se había tumbado hecho un ovillo en un rincón, roncaba y se tiraba pedos, indiferente al resto del mundo. Croy, en cambio, parecía que acabara de tomarse un baño. Había sacado la espada corta y se dedicaba a limpiarla con un trapo.

Malden se preguntó si habría enloquecido durante la noche. Tal vez fuera a suicidarse. Si se daba el caso, Malden no quería verlo.

—Parece que te has recuperado de tus penas —dijo cautamente.

—Ah, sí. Ahora todo está mejor —dijo Croy.

—¿Sí?

—He tenido un sueño, Malden. —Dejó la espada y se puso en pie—. No. No te he dicho la verdad. Ha sido una visión. He visto a Citera con el velo de novia. Me he visto a mí mismo de pie frente a ella, con flores entretejidas en el cabello. Y, al despertar, lo he comprendido. No se ha roto nada entre nosotros que no se pueda reparar. Tan sólo ha querido probarme.

—¿Tú crees?

—Desde luego. Todas las historias de caballeros, dragones y hermosas doncellas terminan así. La doncella se niega a aceptar al caballero en matrimonio antes de que este dé muerte a la bestia. El caballero tiene que probarse a sí mismo en combate antes de que la doncella pueda amarlo de verdad.

—En las historias, dices —replicó Malden.

—Sí. Así que mi camino está claro. Voy a ganarme su amor. Para ganármelo, mataré a Hazoth. En muchos sentidos, un brujo es como un dragón, ¿verdad que sí? Yo le daré muerte. Y quizá también a Bikker. Y a cualquier otro que se me oponga.

—Aunque ella te haya pedido que no lo hagas —observó Malden.

—Ésa —dijo Croy con un fulgor en los ojos— es la prueba. Voy a liberar a Coruth. Y entonces volverá Citera a mirarme con favor. ¿Qué te parece?



—Supongo —dijo Malden— que todo es posible.

Malden envió a Kemper a vigilar la mansión de Hazoth con discreción mientras él se marchaba a las Cenizas para ver a Slag, el enano de Cutbill. Croy insistió en acompañarlo.

—Tengo que hacer todo lo que esté en mi poder por ayudaros. Y, cuando llegue el momento, tienen que ser mis espadas las que den muerte al hechicero —dijo.

—De acuerdo. Pero hoy no las vas a llevar —le dijo Malden.

El caballero andante miró al ladrón como si éste se hubiera vuelto loco, pero Malden se mantuvo firme. Al fin, Croy hizo lo que le decía, desenvainó las espadas que llevaba en el talabarte y las ocultaron bajo los tablones sueltos de la habitación de Malden.

—Y ahora —dijo Malden—, camina desde aquí hasta la cama y vuelve.

—Esto es absurdo —dijo Croy, pero lo hizo.

Malden lo oyó caminar ruidosamente, cual trueno viviente, de un lado a otro de la habitación.

—¿Llevas puesta una cota de malla bajo el justillo? —preguntó.

—No —dijo Croy—. ¿A qué viene todo esto?

Malden observó la vestimenta del hombre y le mandó que se quitara el talabarte. La pesada correa de cuero estaba cubierta de hebillas y ganchos que entrechocaban cada vez que se movía. Sin el talabarte, Croy no era tan ruidoso... pero sus andares arrogantes hacían crujir igualmente los tablones y toda la habitación retemblaba.

—Eres el hombre más ruidoso que he conocido en mi vida —le dijo Malden—. No triunfarías como ladrón.

—Pero... pero, en nombre de la Señora, ¿para qué querría serlo?

Malden clavó los ojos en él.

—Pretendes robar una corona de la casa de un mago. Por definición, es ser un ladrón. O, por lo menos, un aspirante a ladrón.

—Ah, ya veo el problema —dijo Croy con una sonrisa—. No, no, no vamos a ser vulgares ladrones si le quitamos la corona a Hazoth. Vamos a ser libertadores. ¡Héroes!

Malden dudaba mucho que Hazoth pudiera verlo de ese modo. Tampoco estaba seguro de cómo tomarse lo de «vulgar ladrón». Pero tenía cosas más importantes de qué preocuparse.

—Camina por ahí —dijo, y escuchó atentamente—. ¿Quizá son las botas?

Fuera cual fuese el origen del ruido, no había manera de hacer nada. Salieron juntos a la calle y atravesaron la Peste, procurando no dejarse ver por los lugares por donde rondaba habitualmente la Guardia Ciudadana. Si alguno de ellos descubría a Croy, le darían caza. No por primera vez, Malden estuvo tentado de entregar al

caballero a las autoridades, tan sólo para librarse de él.

Cuando llegaron a las Cenizas, Malden levantó la mano a modo de advertencia.

—No te sobresaltes cuando los veas. No hagas ningún movimiento brusco. Conserva la calma.

—¿Cuando vea a quién? —preguntó Croy, pero no tuvo que esperar mucho para enterarse.

Un niño de no más de diez años estaba de pie en la calle, frente a ellos. Tenía el rostro cubierto de ceniza y sostenía una larga esquirra de cristal con la mano. No decía nada, por supuesto.

Croy apoyó una rodilla en el hollín que cubría el suelo.

—Eh, hola —dijo, y le tendió la mano al niño. Sostenía en ella un confite de jengibre.

«En nombre del Dios de la Sangre, ¿de dónde ha sacado ese dulce?», se preguntó Malden. Tal vez Croy llevara siempre dulces por si se encontraba con algún niño.

Dudaba que Croy hubiera conocido nunca a un niño como ése. El muchacho no cogió el confite. Se quedó allí, mirándolos con el rostro impassible. Esperaba a saber si tenía que dar la señal para que un centenar de niños se arrojara sobre los dos hombres para matarlos.

—Ya me conoces —le dijo Malden al niño. El niño asintió—. Tengo cosas que hablar con él. —Se dio unos golpecitos en el pecho, sobre el corazón. El niño entendió lo que quería decir—. Éste —dijo, y señaló a Croy— no irá conmigo. —Pensó por unos instantes—. Pero lo quiero de una pieza cuando vuelva.

El niño se encogió de hombros. Eso dependía de Croy y de las estupideces que pudiera cometer mientras Malden no estuviera. Malden no iba a recibir una respuesta mejor que ésa.

—Me parece bien. —Se volvió hacia Croy, que sonreía de oreja a oreja e incluso ponía los ojos bizcos para hacer reír al niño—. Croy, como trates de alborotarle el pelo, te va a rajar la garganta. Ándate con cuidado mientras yo no esté. No voy a tardar.

Dobló una esquina y entró en la casa en ruinas que se hallaba sobre el cubil de Cutbill. Se llevó una agradable sorpresa al ver de nuevo a los tres viejos sentados sobre el ataúd.

—Tenía miedo de que unos visitantes imprevistos os hubieran echado, u os hubieran hecho algo peor —dijo, y le estrechó la mano a Tronera.

—No, hijo, porque nos largamos al primer indicio de peligro —respondió el anciano—. Ésa es una de las cosas que hay que aprender para llegar a viejo cuando se trabaja como ladrón. En cualquier caso, me alegro de verte con vida. No estábamos lejos, y cuando vimos que venías quisimos advertirte, pero no había manera, no podíamos hacerlo sin delatarnos.

—Lo entiendo. Me fue de poco, pero sobreviví a mi encuentro con la ley. ¿Cutbill, ah, os ha explicado de qué va todo esto?

Tronera frunció el ceño.

—¿Y por qué iba a contárnoslo? Sus asuntos son suyos. Y no le hacemos preguntas cuando la respuesta podría darnos problemas.

—Otra política igualmente sabia —observó Malden. Entonces se adueñó de él una extraña intuición, un presentimiento de que ocurría algo muy malo. Bruscamente, se llevó la mano al costado y agarró un brazo enflaquecido. Oncededos había tratado de robarle la bolsa. Malden se rió con perverso gozo—. Me alegro de que en este mundo tan tornadizo haya cosas que nunca cambien.

—Yo también me alegro de verte, Malden —dijo Oncededos. Bocacerrada ponía mala cara.

—¿Tienes algún plan de gran envergadura? —preguntó Tronera.

Su rostro era la viva imagen de la inocencia. Malden le lanzó una mirada astuta, pero el viejo no hizo más que parpadear, como si no hubiera sabido nada.

Y así, Malden se enteró de lo que quería saber. Podía ser que Cutbill no les contara lo que había ocurrido, pero los tres ancianos habían hecho preguntas comprometedoras... y que muy discretamente habían hallado la respuesta. El muchacho no sabía muy bien lo que podían saber, pero era casi imposible ocultarles un secreto.

—Bueno, de hecho... hay cierta casa en el prado comunal del Parque de la Señora, una casa muy especial... ¿sabéis cuál quiero decir? No puedo nombrarla de manera más explícita.

—Entonces, tan sólo puedes referirte a una —dijo Oncededos, y se estremeció—. Ahh, es un sitio donde no querría hallarme cuando oscurece. Pero te deseo buena suerte. No se sabe de nadie que haya entrado allí y haya vivido para contarlo.

—Yo mismo no lo intentaría —añadió Tronera—. Aunque sí sería capaz de robarle las perlas del collar a la reina si estuviese aquí.

Bocacerrada murmuró algo y luego escupió a las ruinas calcinadas.

Malden y los otros dos viejos se volvieron hacia él.

—Guárdate del ojo, y no digo más —masculló Bocacerrada—. Ahora ve adentro antes de que alguien te vea por aquí.

—Te doy las gracias —le dijo Malden. Luego bajó al cubil y se alegró de comprobar que las cosas habían recobrado cierto grado de normalidad. Bellard no estaba, naturalmente, pero la partida de dados se había reanudado en el rincón. Más importante para Malden: Slag trabajaba en su banco. Estaba montando una especie de caña de pescar plegable.

—Es para robar sombreros —dijo Slag, y levantó la caña—. ¿Te acuerdas del arco que está bajo el puente de la Acequia Real? ¿Sí? Un sitio donde no para de soplar el puto viento. Si te agazapas entre los pilares, en las sombras, les podrías quitar el sombrero a los mierdas adinerados que pasan por debajo, y ellos pensarán que se lo ha llevado el viento.

—Brillante —dijo Malden.

—Sí, funcionará de puta madre. ¿Qué quieres ahora?

Malden le explicó lo que necesitaba, mientras el enano lo miraba con mala cara.

—Tengo material de escalada en el almacén, eso no será ningún problema. Pero lo otro... me llevará una semana, quizá más —le dijo Slag.

—No puedo esperar más de tres días —le dijo Malden al enano. Y esos tres días eran ya demasiado: no podría hacer nada hasta las vísperas de la Natividad de la Señora.

—Está bien. Ahora, págame. El metal para sobredorados no es barato, joder, si es que quieres que quede bien.

—Ah —dijo Malden—. Bueno, podría pagártelo más adelante.

Por lo general, se creía que los enanos no se reían nunca. Probablemente porque no había nadie lo bastante tonto como para pedirles crédito. Slag se rió de la ocurrencia, aunque no sonó como una risa humana. Más bien como el chirrido de una rueda al desprenderse de un eje oxidado.

—Esto es importante de verdad —dijo Malden—. Tal vez haya alguna manera de...

—Lárgate —dijo Slag, y se puso a trabajar de nuevo en la caña de pescar.

Parecía un día de portentos. Bocacerrada había revelado un secreto (o, por lo menos, parte de uno), un enano se había reído... y, entonces, la puerta del despacho de Cutbill se abrió y el maestro del gremio de ladrones se asomó fuera.

—Yo pagaré por ese trabajo —dijo Cutbill.

Malden le hizo una profunda reverencia a su maestro.

—Por supuesto que más adelante me devolverás el dinero, Malden —dijo Cutbill.

—Por supuesto.

Cutbill negó con la cabeza.

—Con intereses abusivos.

Malden hizo una reverencia todavía más profunda.

—Por supuesto —volvió a decir.

Tras finalizar su labor en el cubil, regresó a la superficie. Pensó que tal vez los niños hubieran destripado a Croy. O quizá lo habían empapado con aceite de lámpara y le habían pegado fuego.

Aún conservaba la esperanza.

Pero, cuando regresaba al lugar donde había dejado al guerrero, se detuvo de pronto y miró. Una veintena de miserables chiquillos había salido de sus escondrijos y se había congregado en torno a Croy. Estaban sentados en el polvo y lo miraban con cara de fascinación.

Croy les contaba una historia.

—... y el dragón venía volando —decía Croy cuando Malden se acercó—, con fuego en las fauces, presto a abrasar a los hombres del rey dentro de sus armaduras. Medía unos veinte metros de un extremo al otro de las alas, y sus ojos rojos brillaban en la oscuridad, y movía la cola como un pendón agitado por la brisa. Y entonces...

—Eché fuego por la boca y todos se murieron. Fin de la historia —dijo Malden.

Los niños se dispersaron como los cuervos cuando un muchacho les arroja una piedra. Corrieron hacia las ruinas y se metieron por grietas y hendeduras demasiado pequeñas para un adulto, y desaparecieron.

—Tenemos trabajo por hacer —dijo Malden—. Acompáñame.

Croy se levantó y se sacudió el hollín de los calzones. Acompañó a Malden de regreso a la Peste.

—¿A dónde vamos? —preguntó Croy cuando subían por la calle del Estercolero, donde iban a parar todas las basuras de la ciudad, se juntaban y clasificaban, y se buscaban entre ellas objetos de valor. El olor era espantoso, pero Malden sabía que la guardia jamás entraba en esa calle.

—A una taberna que conozco. —Malden pisó una porquería y se limpió el zapato contra el empedrado. No le sirvió de mucho... en aquel barrio, el empedrado apenas si sobresalía de la capa de inmundicia que se había endurecido hasta transformarse en una especie de segundo pavimento—. Allí encontraremos matones a la espera de que alguien contrate sus servicios a cambio de unas monedas. Necesito hombres que sean buenos con las armas para que se enfrenten a los siervos de Hazoth... y, de paso, a Bikker.

—Yo lucharé contra Bikker —afirmó Croy.

—¿Tú solo? No. Con esa herida, no. Incluso Citera vio que no tenías ninguna oportunidad de acabar con él.

—¿Y piensas que una cuadrilla de vulgares matones callejeros sí podrá? No podrán aguantar ni un momento la acometida de *Lenguadeácido*.

—Bueno, para eso se les paga. Para morir por una causa sin sentido. Ése es el lugar adónde vamos. —Malden señaló con la barbilla—. Bastará con que vivan el tiempo suficiente —explicó— para persuadir a los guardias de que bajen la barrera mágica. Si mueren una vez que me encuentre dentro, habrán cumplido su misión. Las monedas que les dé irán a manos de sus madres, o de sus viudas, o de sus huérfanos, o de quien sea.

Croy negó con la cabeza.

—No, Malden, espera. Te lo digo muy en serio. Si tienes la intención de enfrentarte a Bikker, no te bastará con llevar a unos jóvenes valientes armados con puñales. No puedo permitir que desperdicies vidas.

—¡Es lo único que puedo permitirme! —Malden se volvió hacia el caballero—. Tienes que entender una cosa, Croy. Sé que nunca te ha faltado nada en toda tu vida. Nunca te ha faltado nada desde que eras niño. Cuando surgía un problema, siempre podías solucionarlo con un mandoble, o con una bolsa de oro, y por eso nunca tuviste que aprender a sobrevivir. Pero allí abajo, en la Peste, no conocemos otra cosa. Esos críos de las Cenizas... ya saben mucho más de lo que tú vas a saber en toda tu vida. Saben cuándo callarse. Y cuándo rajarle la garganta a alguien. Saben proteger su propia vida y no reparan en el precio.

—Hablas como si fueran salvajes sedientos de sangre.

—¡Sí! Porque eso es lo que son. Se han adaptado a la perfección a la vida que les obligan a vivir. No te voy a negar que es una vida fea, pero es la suya.

—Sólo necesitan que alguien les demuestre solidaridad. Siempre he visto que la solidaridad vale más que el dinero.

—¿De verdad piensas que unos pocos dulces y un relato emocionante los van a sacar de su miseria? —preguntó Malden—. Se encuentran entre las pocas personas en esta ciudad que tienen todavía menos esperanzas en la vida que yo. Nunca van a ser nada, salvo mendigos. O ladrones, si tienen suerte. Y todo porque sus padres murieron antes de tiempo. Dime dónde ves la justicia. Dime por qué no se van a volver salvajes, si eso les ayuda a sobrevivir.

Por un instante, Croy pareció confuso. Luego asintió con la cabeza, como si se le hubiera ocurrido la respuesta perfecta.

—Mendigar no tiene nada de innoble —observó—, si ése es el destino que te ha adjudicado la Señora.

—La Señ... —Malden se contuvo sin haber llegado a decirle a Croy adónde podía ir y qué podía hacer Su Señora. Conociendo a Croy, lo habría interpretado como una blasfemia y habría prendido fuego a Malden—. Dime, Croy, ¿la Señora quiso que yo fuera ladrón?

La confusión afloró de nuevo al rostro de Croy.

—Bueno... no. Porque, a sus ojos, el robo es pecaminoso. Tendrías que haberte dedicado a un oficio honrado.

—Si hubiese sabido que era tan fácil, me habría hecho orfebre —dijo Malden en tono de burla—. ¿Piensas que no lo intenté?

—Es obvio que no te esforzaste lo suficiente.

A Malden se le subió la sangre al rostro. ¿Cómo se atrevía aquel petimetre a hablarle de ese modo? ¿Qué sabía de las circunstancias que habían empujado a Malden a una vida de delito? ¿Cómo se atrevía a juzgarlo?

Pero, naturalmente, sabía ya la respuesta. En el mundo de Croy, los pobres eran gentes sencillas, honradas, de sensibilidades demasiado toscas para conocer nada, salvo el trabajo y la granja. Los caballeros y señores tenían que cuidarles cual padres afectuosos. Tomar decisiones por ellos, dado que no sabían tomarlas sin ayuda.

En el mundo de Malden —el mundo que había visto desde que Cutbill le había abierto los ojos—, las gentes como él estaban prisioneras, cautivas tras los barrotes de la miseria. Y las gentes como Croy eran los carceleros que se aseguraban de que no salieran jamás. La Señora, la diosa a la que Croy adoraba con tanto fervor, era la carcelera que asignaba a cada uno de los presos a su celda... y se aseguraba de que nunca pudieran escapar.

Habría querido abofetear al caballero, o quizá sólo insultarlo. Eso, por supuesto, habría sido peligroso. Pero no lograba librarse de su ira. Croy había reprobado en silencio la vida de Malden desde que se habían conocido. Había llegado el momento de enseñarle a Croy cómo era el mundo de verdad.

—Ven. Quiero enseñarte algo.

En realidad, no tenía tiempo para aquello. Pero el caballero lo había encendido



por dentro y, al menos por una vez, quería restregarle la realidad en la cara a aquel idiota. Lo llevó hasta el final de la calle del Estercolero, donde los mendigos revolvían la basura en busca de algo de valor. Una ciudad del tamaño de Ness genera una montaña diaria de porquería. Aunque los ciudadanos nunca se desprendían de nada que pudiesen limpiar o emplear de nuevo, no dejaban de producir desperdicios en grandes cantidades. Al fin, la madera se pudre, el hierro se oxida, y las cáscaras de huevo y las espinas de pescado ya no sirven para nada. Las verduras podridas, las botellas rotas y los desechos de cerdo y vaca se recogían una vez por semana y se apilaban en grandes montones en el patio de Hunnicard. Era una inmensa torre putrefacta de inmundicia, y el olor rivalizaba con todo lo que pudiera proceder de los patios donde trabajaban los curtidores del Humo. El cúmulo de porquería relucía bajo el sol, todos los colores del arco iris se encontraban en el feo destello de la grasa rancia.

Y, en lo más alto, trabajaban familias enteras.

El trabajo de los que buscaban en el vertedero no terminaba jamás. Viejos con guardapolvos, matronas con antebrazos como manos de mortero, e incluso niños demacrados trabajaban en los estercoleros, con la mierda hasta los muslos y moscas en la espalda como pecas. Cavaban entre los desechos con las manos desnudas, en busca de un trozo de hueso con el que aún se pudiese hacer una cuchara, un harapo roto y sucio que se pudiera emplear para fabricar papel. Se contaban leyendas sobre los que buscaban en el vertedero, como que uno había encontrado unas monedas de oro, o que otro había sacado una lanza mágica del fondo de un montículo en el que había reposado durante mil años, y la había empleado para matar a un gigante que amenazaba a la ciudad. Si el narrador de historias se inclinaba sobre una hoguera para resultar más efectista y buscaba el máximo realismo, hablaría de cuerpos humanos que habían aparecido bajo los cúmulos de porquería, que aún hablaban con voz débil y pedían ayuda, y de lo que habían hecho los que buscaban en el vertedero para asegurarse de que la guardia no les viniera con preguntas.

Una empalizada de madera circundaba los estercoleros, una valla alta, montada con maderas que ya no servían para nada más. Los perros ladraban dentro, a punto para atacar a cualquier intruso, y un vigilante con un garrote estaba a la puerta y controlaba las carretas que llegaban por la calle, cargadas de desperdicios. El guardia miró con recelo al ladrón y al caballero, como si se hubiera imaginado que entrarían y robarían toda la basura a plena luz del día. En otras ocasiones lo habían intentado.

—Estas gentes se cuentan entre los trabajadores más esforzados de la ciudad —dijo Malden, mientras Croy los contemplaba con horror—. Trabajan en turnos para estar seguros de que no se les pasa nada. Sus cuerpos sufren enfermedades, sólo comen sopas sin sustancia y mueren muchos años antes que los demás, porque respiran vapores pestilentes. Trabajan bajo el sol del verano, y, cuando llega el invierno, sacan la nieve a paladas y buscan entre la porquería con mitones. No lo hacen por la gloria, ni por el honor, ni por el amor, ni por la justicia. Lo hacen para

poder comer un día más.

—Esto es horrible, Malden —dijo Croy—. No lo sabía. ¿Los que hacen ese trabajo son esclavos? Yo pensaba que no había esclavos en Ness.

—No, no lo son. Nadie les fuerza a llevar esta vida. De hecho... esa gente tiene una patente del burgrave que les concede a ellos el derecho en exclusiva de buscar en el vertedero. Si tú y yo nos metiéramos allí y tratáramos de encontrar tesoros entre las basuras, nos echarían a palos. Matan a cualquiera que trate de arrebatarles su medio de vida. Muchas generaciones han trabajado en esos montículos... el padre, al morir, lega los derechos a sus hijos, y éstos se alegran al heredarlos, porque así saben que podrán alimentar a sus propios niños.

—Así que se enorgullecen de su trabajo —dijo Croy, y levantó el mentón—. Me parece admirable.

Malden negó con la cabeza.

—¿No entiendes lo que trato de decirte? Hay gente que compite por estar ahí. Los hay que arriesgan la vida para colarse ahí durante la noche y buscar clavos podridos, y despojos de pollos muertos. Porque la vida que ellos llevan es mucho peor.

Croy calló por un momento. Luego dijo:

—La Señora nos adjudica a cada uno un lugar en la vida, y su abundancia nos nutre a todos nosotros. Eso es lo que creo, y por ello vivo.

¿Acaso citaba un libro de oraciones? Malden no había prestado nunca atención a las florituras de los sacerdotes de la Señora. No, desde que había descubierto que sus enseñanzas les daban excusas a los ricos para que fueran siempre ricos y los pobres no tuvieran derecho a tratar de escapar de su condición. Igual que la mayoría de los habitantes de la Peste, Malden dirigía al Dios de la Sangre los sentimientos religiosos que pudiera tener, porque éste prometía la misma justicia para todo el mundo, aunque fuese después de la muerte.

—No lo vas a entender jamás, ¿verdad? No tengo manera de conseguir que lo veas. Dejémoslo. Vamos en busca de los matones y terminemos con esto. Quizá me sirvas para algo, si me dices cuáles de ellos tienen posibilidades de aguantar más tiempo frente a la espada de Bikker.

Malden se daba prisa... la contemplación de los estercoleros no le había dado nunca ninguna alegría, ni quería quedarse mucho rato en aquel lugar plagado de enfermedades.

—Espera —dijo Croy—. Si lo que necesitas son brazos fuertes, quizá pueda proponerte una idea mejor.

El río Skrait era la sangre que daba vida a la Ciudad Libre. Pasaba por todos los barrios de Ness y todos los ciudadanos se valían de él. Al entrar en la ciudad por las Murallas del Pantano, sus aguas eran puras y cristalinas, e iban a parar a las ollas de las cocinas y los abrevaderos. Al avanzar hacia el este, se transformaba en un sumidero de desechos demasiado líquidos como para que los que buscaban en los vertederos se los pudiesen llevar en sus carretas. Después de dar una vuelta en torno al Monte del Castillo, proporcionaba agua a las grandes manufacturas del Humo y se llevaba los venenos y productos residuales de los talleres. Al fin, desde el ensanchamiento en el Estanque Oriental, una flotilla de barcas de pesca lo seguía hasta el mar, a varios kilómetros de allí, y luego regresaba por la noche, remando contra corriente. Ness debía la mitad de su riqueza al poderoso río Skrait, y éste había recibido siempre la consideración propia de uno de los principales recursos de la ciudad.

Pero a uno de los burgraves que habían gobernado la ciudad en sus primeros tiempos también le pareció una de las debilidades de la urbe. Al entrar en el río por su extremo occidental, abría también una entrada al mundo exterior. Un ejército de invasores habría podido mandar galeras de guerra por el Skrait a fin de atacar el Monte del Castillo, o naves incendiadas para provocar una conflagración en la ciudad. Para cerrar ese punto de entrada, el burgrave había extendido las murallas de un lado a otro del río y había obligado al Skrait a atravesarlas por un conducto de no más de tres metros de anchura.

No había consultado a ninguno de los ingenieros enanos antes de embarcarse en su gran obra. Si lo hubiera hecho, le habrían explicado que, al estrechar el Skrait cuando atravesaba las murallas, provocaría que las orillas se inundaran al otro lado. Buena parte de los barrios que se encontraban a menor altura se inundó durante las semanas que siguieron a la construcción del conducto y, desde entonces, nadie había sido capaz de drenar las aguas.

En las Murallas del Pantano no vivían ya ni hombres ni mujeres. Los helechos, hierbas altas y pequeños sauces habían tomado las calles, y sólo los desgastados cimientos de las casas, así como las paredes de unas pocas, resistían y se distinguían de la trémula vida vegetal. Aquí y allá se distinguían restos de arquitectura antigua: una chimenea inclinada sobre una poza, una valla para atar caballos que sobresalía de un barrizal. Malden, siguiendo las indicaciones de Croy, inició el descenso por la cuesta enfangada, en dirección al pantano, y anduvo por los restos de una calle empedrada, cuyas piedras viejas habían quedado lisas como el cristal bajo unos diez centímetros de aguas estancadas. Había muchas cosas que habrían podido rescatarse y recibir nuevo uso, pero las Murallas del Pantano llevaban mucho más tiempo que

las Cenizas sin recibir ninguna visita. Malden entendió el porqué.

—Este lugar respira fiebre —dijo, y sonrió con sorna cuando el zapato se le hundió en el negruzco mazacote—. Y las moscas... ¡que el Dios de la Sangre se lleve estas moscas!

—Esto está más abajo de lo que pensaba —dijo Croy, y frunció el ceño al contemplar el marjal que tenían ante sí—. La última vez que estuve aquí vine a caballo. De todas maneras, está allí.

—¿Qué es lo que está allí? —preguntó Malden. Croy señalaba la parte baja del pantano, donde juncos tan altos como casas capturaban destellos de la luz del sol.

—Ahora lo verás.

Las nutrias se escondían bajo el agua y los cangrejos escapaban de sus pies a medida que avanzaban torpemente por el lodo. Éste no llegó a cubrirle los tobillos a Malden, pero sí se aferraba a él como manos de hombres muertos en un cementerio embrujado. El muchacho chapoteaba ruidosamente por el agua y apartaba los juncos con las manos para abrirse camino.

—Esto es tu venganza, ¿verdad? —preguntó Malden—. No te gusta la manera como te hablo, como si fuéramos iguales. Por eso me has traído hasta aquí, para recordarme que soy el más humilde entre los humildes.

—¡Nada de eso! Sólo que he pensado... —Croy calló mientras sacaba una de sus botas del lodo. Tuvo que agacharse y hacer fuerza con la espalda, y respingó de dolor, porque su herida lo hacía sufrir—. Sólo que he pensado que, si te digo lo que hemos venido a buscar, querrás que nos marchemos.

—Ah. Entonces, piensas que me falta coraje —dijo Malden. Sacó la daga y trató de cortar juncos, pero éstos simplemente se combaban bajo su aguzada punta. Por primera vez en todo el día, pensó que habría estado bien si Croy hubiese traído sus espadas.

—No —dijo Croy—. No, he visto que eres valiente. Es sólo que... bueno. —Apartó unos juncos para que Malden pudiera ver su destino—. Hemos llegado.

Habían llegado al conducto propiamente dicho. Su entrada se hallaba en la base de la Muralla del Pantano, que se elevaba al cielo ante los ojos de ambos, cubierta por generaciones de enredaderas. El fondo de aquel sumidero estaba cubierto de porquería, pero la bóveda era más alta que un hombre. El sol llegaba adentro, pero pocos metros más allá desaparecía en la más absoluta negrura.

Malden se asomó al conducto y respiró su aire viciado. Goteaba agua desde su bóveda y resonaba cual golpes de tambor al caer en las turbias aguas del fondo. Los ladrillos de las paredes estaban podridos y se desmenuzaban sólo de tocarlos, y habían quedado cubiertos de salitre.

—¿Ahí dentro? —preguntó Malden.

—Sí —dijo Croy—. Si es que está en casa.

—He oído... historias. Pienso que sí que deberíamos irnos.

Croy entró en la conducción, y el chapoteo de sus pies resonó ominosamente.

—Ya me lo imaginaba. Ven... si es que te atreves.

Malden lo siguió, porque no quería que lo tuvieran por cobarde. Pero estaba dispuesto a salir corriendo del conducto al primer indicio de peligro. Los niños de la Ciudad Libre de Ness sabían muy bien lo que había dentro, aunque los adultos les dijese que sólo eran cuentos. Al crecer, Malden había aprendido a no creer en ello. Pero ya no estaba tan seguro.

Antes de bajar a las Murallas del Pantano, Croy se había detenido en una cerería y había comprado un par de velas, que habían llevado consigo, todavía atadas por las mechas. Entonces las separó con el cuchillo que llevaba al cinto y encendió una con yesca que llevaba en una cajita. La luz chisporroteante alumbró un trecho muy corto, pero le dio a Malden algo por lo que guiarse.

El agua se movía a un ritmo constante y empujaba hacia atrás los pies del muchacho, que chapoteaban en la dirección contraria. Le resultaba difícil mantenerse en pie. Cuanto mayor era el trecho recorrido, más fuerte se volvía la corriente.

Más adelante, la conducción giraba hacia la izquierda y Croy la siguió, con una mano apoyada en los ladrillos para no perder el equilibrio. Malden empleó las dos manos y lo siguió como pudo. Al pasar el recodo, se encontraron con unos barrotes incrustados en las paredes, a modo de barrera contra cualquiera que fuese lo bastante estúpido como para tratar de entrar en la ciudad por el río. Detritus y huesos —de animales— se habían acumulado en la base de la reja, de tal manera que las aguas saltaban por encima. Hacían ruido e impedían oír nada más, y tuvo que pasar un rato para que Malden se diese cuenta de que Croy le decía algo.

—... me temo que no está aquí —repetía el caballero—... tendremos que... volveremos luego...

Malden asintió y se volvió para salir de la conducción, alegre por tener una excusa para marcharse. Dobló a toda prisa el recodo. La corriente lo empujaba con tal fuerza que iba más rápido de lo que habría podido por sí solo... y entonces tropezó y se cayó de bruces en el agua.

El corazón le palpitaba dolorosamente en el pecho, y no podía respirar.

A la salida de la conducción, no más de quince metros más allá, una gigantesca silueta se recortó contra la luz del sol. Malden no distinguió muchos detalles, pero estaba seguro de que era demasiado grande para ser humana.

Malden miró a derecha e izquierda, pero no tenía adónde ir. La reja que quedaba a sus espaldas le bloqueaba la retirada, y la monstruosa criatura que se hallaba a la entrada de la conducción lo atraparía si trataba de escapar por allí. Agarró la empuñadura de la daga, pero no se atrevió a desenvainarlo. ¿De qué le habría servido contra aquella bestia?

Croy, a su lado, miraba hacia la luz y se protegía los ojos con una mano. Dijo algo, pero, con el ruido de las aguas, Malden no lo pudo oír. El caballero bajó la mano y luego gritó una especie de estrangulado grito de guerra:

—¡Gurrh!

... y se lanzó a la carrera, directo hacia la bestia, que levantó los brazos, como para aplastar al caballero con un cruel abrazo. Malden se dio cuenta de que sostenía algo grande, como una rama de árbol o un garrote.

Malden apretó el cuerpo contra una de las paredes salitrosas de la conducción, y cerró los ojos, temeroso de oír el inevitable crujido de los huesos de Croy al ser aplastados. El muy idiota ni siquiera llevaba sus espadas.

Pero el sonido que oyó a continuación, amplificado y distorsionado por la extraña acústica de la conducción, fue de alegría. Era el sonido de unas risas explosivas, el jaleo que arman unos viejos camaradas al encontrarse.

Malden abrió los ojos y vio lo más sorprendente que iba a ver aquel día. Croy y la bestia se estrechaban las manos y se daban empujones amistosos.

—Malden —dijo Croy—, ya puedes salir. Ven a conocer a mi viejo amigo Gurrh.

Malden se les acercó tambaleante, y salió a la luz. Vio bien por primera vez al monstruo, y, por muy amigo que éste fuera de Croy, estuvo a punto de ensuciarse los calzones.

Medía casi tres metros y, a grandes rasgos, tenía forma de hombre, pero con las espaldas mucho más anchas y los músculos abultados como los de un caballo. Su cuerpo estaba cubierto en su totalidad por un basto pelaje negro, con manchones de grasa. Tan sólo una pequeña porción de su piel, de la nariz a la frente, quedaba expuesta, y era blanca como el cuerpo de un enano. Sus ojos, aunque alegres, eran grandes como platos, y tenía la nariz ganchuda y torcida hacia un lado. Llevaba runas inscritas sobre la frente y en torno a los ojos.

La cosa que sostenía, y que Malden había tomado por un garrote, era en realidad el cadáver de una nutria de río, decapitada. A juzgar por el muñón, la bestia debía de haberle arrancado la cabeza de un mordisco, quizá para desayunar.

—Tú —dijo la criatura con voz profunda y cascada—, ¿eres amigo de *sir* Croy? —Alargó hacia él su mano libre—. Entonces, en nombre de la Señora, eres bienvenido en mi casa, gentilhombre. Me llamo Gurrh. Es un nombre muy común

entre las gentes de mi clan.

«El clan de los ogros», pensó Malden. Aquella criatura que hablaba con palabras de miel era un ogro. No cabía ninguna duda. Inseguro, apoyó su mano en la palma de la del gigante. El ogro se la estrechó con cuidado y se la sacudió suavemente.

—Pero... ¿cómo...? —preguntó Malden.

Malden no se sabía muchos detalles de la historia de Skrae, pero tenía muy claras sus líneas principales. Sabía que, al venir desde el Imperio Antiguo, sus antepasados habían encontrado el continente ocupado por los elfos y los enanos. Siglos de guerra habían sido necesarios para abrirlo a la colonización humana, siglos amargos, en los que gentes como Hazoth habían borrado montañas enteras de la faz de la tierra mediante el fuego y habían excavado valles profundos con su magia, y se habían forjado las siete Espadas Antiguas para combatir contra los demonios que rondaban en la noche. Al finalizar aquella época infernal, los elfos se habían visto incapaces de resistir el arrollador asalto de los humanos. Habían pactado con sus enemigos ancestrales —los duendes, los trolls y, los más temibles de todos, los ogros— para obtener ayuda. Se decía que los peludos gigantes eran imparables en el combate, y que las espadas y hachas de hierro no podían atravesar sus duros pellejos. Cazaban las flechas al vuelo y las arrojaban contra los arqueros, o, simplemente, agarraban a los guerreros humanos y los despedazaban con las manos desnudas.

Hasta entonces, Malden había pensado que no quedaban ogros en el mundo. Habían luchado incansablemente, pero los elfos que los comandaban habían dejado de existir, traicionados por los enanos a quienes en otro tiempo habían tenido por aliados. Los enanos siempre habían sido gentes prácticas, y habían sabido ver que había llegado el momento de cerrar un trato con la humanidad y abandonar la lucha. Los ogros estaban demasiado desorganizados para luchar solos. Los magos de aquella época los habían exterminado sin piedad, habían ido a matarlos dondequiera que se escondiesen, hasta que no quedó ninguno. Ah, se contaba que algunos habían sobrevivido, que algunos de los monstruos se escondían en lo más frondoso de los bosques, pero sólo eran historias. Nadie se las creía.

—Yo pensaba que los ogros habían desaparecido, igual que los elfos.

—Te preguntas que cómo es posible que yo haya sobrevivido, cuando todos los demás se han desvanecido como el humo en el aire —preguntó Gurrh—. Lo cierto es que cuando por fin tuvo lugar la masacre, cuando llegó la edad del hombre, unos pocos de nosotros conservamos la vida. El misericordioso rey Teobaldo (que la Señora lo haya acogido en sus abundantes senos) acudió ante los desdichados supervivientes y nos ordenó que nos inclináramos a sus pies. Hubo muchos que se negaron, y se pusieron en pie, y entonces les dieron muerte. Pero no fueron todos.

—Juró lealtad a la corona —explicó Croy—. Se le concedió el perdón por todos sus anteriores crímenes con la condición de que sirviese al rey siempre que lo llamaran. Acogió a la Señora en su corazón y le dieron un sitio para vivir. Aquí.

—¿Y el burgrave está al corriente? ¿Y no ha mandado lanceros y sacerdotes para

que acaben con él? —preguntó Malden—. No es que quiera ofenderte, mi señor ogro —añadió, mirando al rostro del gigante. El ogro sonrió, y dejó al descubierto una doble hilera de dientes grandes, en forma de clavos.

Croy le dio unas palmadas en la espalda a Malden.

—El rey le concedió un indulto. El burgrave no tiene más remedio que respetarlo. Y, aunque pudiese, tampoco expulsaría a Gurrh. Mi amigo hace un gran servicio a la ciudad, porque mantiene limpia la conducción y garantiza que el Skrait entre en la ciudad sin problemas. Si algún espía o un zapador trata de entrar por la conducción, Gurrh está aquí para detenerlo. Está siempre aquí, en el pantano, se alimenta con animales salvajes y evita que lo vean los hombres. Aproximadamente una vez al mes, se envía a alguien desde palacio para cerciorarse de que está bien y de que tiene todo lo que necesita.

—Debe de ser... —Malden reconsideró sus palabras. Había estado a punto de decir que debía de ser difícil para él proteger a las mismas personas que lo odiaban y lo temían. Pero no sabía si el monstruo tenía noticia de que los niños contaban historias sobre el monstruo de la conducción de aguas y se desafiaban entre sí a acercarse hasta allí antes de salir corriendo. Si el ogro no conocía su propia leyenda, habría sido cruel contársela—. Debe de ser una vida muy solitaria la que llevas aquí —dijo, en cambio.

El ogro se encogió de hombros.

—Tengo a los pájaros, que me acunan con sus melodías, y a los árboles, que me susurran sus plegarias en la noche.

«Ah —pensó Malden—, ha enloquecido por culpa de la soledad».

—Veamos —le dijo Croy al ladrón—, ¿te vendría bien que Gurrh se añadiera a tu cuadrilla?

Malden pensó en ello. Los ogros eran notablemente difíciles de matar, por lo menos según las historias. Aguantaban los golpes de las armas de hierro, y sólo el acero había sido capaz de atravesar sus gruesos pellejos en los viejos tiempos, en los que era tan escaso como el oro podía serlo en los tiempos de Malden, antes de que los enanos empezaran a vendérselo a todo el que tuviera monedas suficientes. Y Malden no podía sino reconocer que incluso Bikker se amedrentaría cuando viese a un ogro furioso que corría hacia él con las garras a punto y los dientes rechinando.

Miró a Croy y asintió con cara de complicidad.

—Gurrh —dijo Croy—, el burgrave te necesita una vez más.

—¿Sí? Aquí estoy, y me place, Croy. Tus deseos son órdenes para mí —dijo Gurrh, e hizo una profunda reverencia.

Malden frunció el ceño.

—¿No quieres saber cuánto te pagamos? —preguntó.

—¿Me has hablado de oro? Cuando mi señor me necesita, mi brazo es suyo, cada vez que me lo pida, y siempre lo será. El servicio es en sí mismo su propia recompensa.



«Definitivamente, está loco —pensó Malden—. Pero quizá... nos vendrá bien que lo esté».

Un plan nuevo, y mucho mejor que el anterior, había empezado a tomar forma en la mente de Malden. Lo revisó una y otra vez, discutió con Kemper sus detalles más nimios, y trató de prever los fallos. Por supuesto, eran más de los que habría querido. Aún no sabía quién había pagado por el robo de la corona. Ignoraba para quién trabajaba Bikker. El plan dependía de que Hazoth estuviera entretenido y no se interesara por lo que ocurría dentro de su propia casa. Y había diversas personas — Anselm Vry, el burgrave, e incluso Cutbill— que en cualquier momento podían decidirse por tomar cartas en el asunto y poner fin a la situación como les placiera.

Pero si todo le salía bien y no cometía ningún error... tal vez lo consiguiese.

A todas horas tenía o bien a Croy, o bien a Kemper vigilando la mansión de Hazoth, atentos a cualquier indicio de que la situación hubiera cambiado en su interior. De vez en cuando lo informaban de algo interesante. Habían visto que Citera salía a hacer la compra y seguía la rutina habitual, lo que quería decir que no había traicionado a Malden. Bikker se había presentado una tarde con un macuto sobre las espaldas y se había instalado en los barracones de la guardia. Hazoth no salía nunca de la casa —y era una lástima—, pero de noche, a menudo, se veían unas extrañas luces que iluminaban el rosetón de la fachada principal.

—Como si ahí dentro ardieran fuegos impíos —dijo Croy—. Danzan y tiemblan, y luego se extinguen. Ninguno de los guardias les presta ninguna atención.

Malden no sabía qué pensar. A juzgar por lo que sabía, Hazoth no habría tenido problemas en invocar demonios hasta que todas las estancias de su casa estuvieran abarrotadas. Pero también podía ser que estuviera empeñado en un estudio esotérico que Malden no comprendería jamás. El ladrón trató de no pensar mucho en ello y concentrarse en los asuntos que sí tenía bajo su control.

Las herramientas especiales cuya fabricación había encargado a Slag no estarían listas hasta un día antes de la Natividad de la Señora. Tendrían que actuar la víspera y eso sería difícil. Pero en este caso, tampoco podía hacer nada al respecto.

Sin embargo, esa circunstancia lo dejó con demasiado tiempo para pensar. Se pasó todas las horas que pudo en revisar una y otra vez el plan, ensayó algunos detalles con Kemper y cumplió también algunos turnos de vigilancia frente a la mansión. Pero, al fin, tuvo que descansar para que su cerebro reposara. Se dirigió a uno de los pocos lugares de la ciudad donde aún se sentía en casa: el Jardín de los Limoneros, en la Acequia Real.

Elody le dejó pasar sin preguntarle nada. Tal vez viera en sus ojos cuán grande era su angustia por lo que se disponía a hacer. Lo condujo a sus habitaciones privadas y le sirvió vino y una bandeja de fruta fresca.

—Te agradezco tu generosidad, pero sabes bien que no puedo pagártela —

comentó mientras clavaba la daga en una manzana y se la llevaba a la boca—. Voy a pagártelo más adelante, te lo juro.

—Ah, Malden, ya me doy por pagada sólo con tenerte aquí. Las muchachas se entusiasman cada vez que vienes. Se me ponen juguetonas y así ganan más, así que, al final, las ganancias son para mí. —Elody se rió—. Puedes tener a cualquiera de las chicas que te guste. Sólo tienes que pedirlo.

Malden negó con la cabeza.

—La mujer que quiero no está aquí —dijo, aunque sabía muy bien la reacción que iba a suscitar. El rostro de Elody se iluminó y sus ojos centellearon al posarse en Malden, y la madama le pidió que se explicara, porque quería saberlo todo acerca de su nueva amada.

—No es mía —dijo Malden, con un deje de tristeza. Había ido allí para animarse pero, de pronto, se puso de mal humor—. Y lo más probable es que no vaya a serlo jamás. Para empezar, estaba comprometida con un caballero.

—¿Estaba? —preguntó Elody—. ¿Ahora ya no lo está?

—No lo creo... todo esto es tan confuso... pienso que la última vez que nos vimos trató de decirme algo, pero... es que no lo sé. ¿Cómo voy a poder competir con un hombre como ése? Tiene un castillo, Elody. Un castillo.

—No todas las mujeres son tan venales como las que te criaron a ti —respondió Elody—. He oído que algunas prefieren el amor antes que el dinero. —Lo dijo con voz casi melancólica—. Tienes que darle algo que el otro no pueda. ¿Es apuesto? ¿Tiene brazos fuertes, el cabello dorado y porte noble?

—Sí, tiene todo eso —confirmó Malden—. Y es un poco lerdo —añadió, sin poder evitarlo.

—Pues entonces trata de parecer listo. Creo que no le será muy difícil a un muchacho como tú —le dijo Elody.

—Cuando estoy con ella me siento como un completo imbécil —confesó Malden.

—Entonces es que la amas de verdad —dijo Elody, y ambos se rieron.

Aquella noche lo tuvo allí hasta hora tardía y le fue sirviendo vino. Malden se lo contó todo: la piel maldita de Citera, los votos y juramentos de Croy. La mujer le aconsejó todo lo bien que pudo, y luego le mandó para casa, muy borracho y sin tanto miedo. En el momento de caerse sobre la cama, Malden casi llegó a pensar que la cosa podía salir bien.

Por la mañana, la luz del alba lo convenció de lo contrario. Era el día antes de la Natividad de la Señora. Sentía un martilleo en la cabeza y tenía trabajo por hacer.

Malden se presentó en la guarida de Cutbill y recogió las herramientas de Slag. Hizo un fardo con ellas y regresó a su habitación sobre la cerería. Era casi el mediodía cuando llegó. Al subir por la escalera, oyó voces donde se suponía que sólo estaba Kemper, y abrió la puerta con prevención, listo para echarse a correr al primer indicio de problemas.

Cuando vio dentro a Citera, sentada frente a la mesa, el aliento se le pegó a la

garganta. Estuvo a punto de echarse a correr.

—Kemper, ve a relevar a Croy en su puesto de vigilancia —dijo Malden, cuando hubo dejado sus cosas.

—Muchacho, aquello está tranquilo como el agua de una acequia. No va a pasar nada mientras no actúes.

—Pues así tampoco vas a tener ningún problema —le dijo Malden.

Kemper murmuró algo entre dientes.

—Por lo menos devuélveme mis cartas. Echo de menos a mis amiguitas.

—Tus cartas. —Malden aún las llevaba debajo de la túnica. Llevaban varios días en contacto con su piel—. Te las devolveré en cuanto tengamos la corona. —Los ojos de ambos se encontraron por última vez, y Malden vio que Kemper estaba dispuesto a actuar. Era importante que Citera no supiese el verdadero motivo por el que Malden se había quedado las cartas—. Que no me entere de que has abandonado la guardia antes de tiempo para ir a echar una partida rápida —dijo.

—No soy idiota, muchacho —respondió Kemper, y asintió de manera casi imperceptible con el mentón—. Sé muy bien que, si lo hiciera, me arrancarías el pellejo.

Malden asintió y miró a su compañero mientras éste se marchaba. En cuanto se hubo quedado solo con Citera, bajó la persiana de la única ventana que tenía, aunque fuese un día cálido.

—Los guardias se han quejado de Bikker —le dijo la mujer—. Los ha sometido a una disciplina muy estricta y los castiga con severidad por el más nimio incumplimiento. —Citera negó con la cabeza—. Pero no sabe lo que va a ocurrir. Y tampoco lo sabe Hazoth. ¿Cómo te van las cosas a ti?

—Todo está a punto —le dijo él—. En la medida en que puede estarlo. He cambiado por completo el plan, gracias a la información que me diste. Empezaremos por mandar a nuestro ogro mascota a...

La mujer negó con la cabeza.

—No me lo cuentes. Si Hazoth me interroga, tendrá medios para obligarme a revelar tus secretos. A menos que no los conozca.

—Muy bien —dijo Malden, admirándose de la inteligencia de la mujer—. Entonces permíteme que te diga sólo una cosa: que tu madre podría estar libre mañana por la mañana.

La esperanza centelleó en los ojos de Citera. Atravesó la habitación para acercarse a él y su capa de terciopelo crujió en torno a sus pies.

—Malden... gracias —dijo—. Sé que haces todo esto por tus propios intereses. Pero, gracias.

Malden iba a hacerle una reverencia, pero lo pensó mejor. Entonces, le tendió una mano.

Citera se sonrió y sostuvo la suya a poca distancia de la palma, a apenas un centímetro, sin tocarlo. Clemátides y rosas se entrelazaban en torno a sus nudillos.

—No... no —advirtió la mujer, cuando Malden se inclinaba para besarle los dedos—. Por favor, Malden, por tu propio bien...

Los labios de Malden le tocaron la piel con la más suave de las presiones.

—Ah, ¿qué haces? —preguntó la mujer, con los ojos desorbitados—. ¡Me has besado! Malden, en cierta ocasión traté de matarte con un beso...

—Luego he tenido que enfrentarme a muertes menos dulces —le dijo él—. Antes preferiría morir por tus labios que por la punta de la espada de Bikker.

—Me... me estás diciendo palabras de amor.

Malden se encogió de hombros.

—¿Eso te sorprende? He sentido algo por ti desde la primera vez que nos vimos, Citera. Dime que fue tan sólo un hechizo. Un embrujo que tu madre arrojó sobre ti, para hacerte irresistible a los hombres.

—No lo fue —dijo Citera.

—Entonces, esto que siento es de verdad.

Por un instante no hicieron nada más que mirarse, como dos duelistas que esperan el momento de luchar. Malden se había dado cuenta de que la mujer también sentía algo. ¡No podía ser de otra manera! Sí, era complicado. Sí, era peligroso. Pero hacía tiempo que Malden quería que llegara ese instante.

Citera dio un paso hacia atrás.

—Un beso vehemente bastaría para desencadenar la magia que se alberga en mi piel pintada. Te destruiría.

—No tengo miedo de las maldiciones que se hallan en tu cuerpo —dijo él—. Dices que un beso vehemente las desencadenaría. Pero acabamos de ver que un beso suave es inofensivo.

Citera se rió, complacida.

—Eres muy avisado, ¿verdad?

—Te voy a demostrar lo hábil que soy —le dijo él—. Si es que puedes tomarte una hora libre antes de regresar.

—Eres muy osado, Malden.

—¿Acaso te he ofendido? Pues entonces abofetéame en la mejilla —le dijo él, con más atrevimiento todavía.

Malden le tocó la muñeca con un dedo y siguió con éste una planta trepadora tatuada hasta el codo. La yema del dedo apenas tocó su piel, pero fue suficiente. El tiempo que Malden había pasado entre putas le había bastado para aprender artes eróticas. Así, por ejemplo, sabía que un roce suave como una pluma sobre la piel podía enloquecer y excitar mucho más que una caricia brusca.

—Croy... —dijo Citera, pero entonces cerró la boca, porque un escalofrío le recorría el cuerpo—. Croy...

—... no está aquí —le dijo él. La besó suavemente bajo la muñeca—. ¿Cuánto tiempo hace que no te tocaban así, Citera?

—Demasiado —dijo ella.

—Pero recuerdas lo que se siente, ¿verdad que sí? —Era una manera discreta de hacerle una pregunta importante.

—Sí —dijo ella—. Antes de que conociera a Croy, hubo... otros. Eran unos brutos, en su mayor parte. Con demasiadas prisas por tomar lo que querían, o crueles, y deseosos de arrebatarme lo que yo no quería darles.

—Pero ¿qué es lo que quieres tú? —le preguntó Malden. Tendió las manos hacia su cabeza y le soltó el cabello, y éste le cayó sobre las mejillas.

—Creo que ningún hombre me había hecho nunca esa pregunta —dijo ella, con un suspiro.

—¿Quieres sentarte? Mi cama está ahí.

Citera se rió de nuevo, como si no supiera cómo reaccionar.

—Si Croy supiera lo que estás haciendo, el corazón se le partiría como una campana mal forjada.

—¿Hay alguna razón para que se lo cuentes? —preguntó Malden—. No soy un bruto, Citera. Tampoco soy cruel. Puedes parar esto con una palabra. Pero si te quedas en silencio...

Al llegar Croy, una hora más tarde, Malden y Citera estaban sentados en extremos opuestos de la habitación, y discutían quién podía ser la misteriosa persona para quien trabajaba Bikker. Había un buen número de sospechosos.

—El rey quiere derogar los estatutos municipales —observó Citera—. Así podría imponer tributos en Ness. Debe de perder varios miles de reales al año, tan sólo por una promesa que un antepasado suyo le hizo a un antepasado del burgrave.

—Motivos no le faltan, en eso estoy de acuerdo —dijo Malden—, pero yo apostaría por el propio Bikker.

—¿Qué quieres decir?

—Pienso que ese cerebro fantasma es una invención del propio Bikker. Pienso que Bikker sabía que Hazoth no lo tomaría jamás en serio, o tal vez quería contar con un chivo expiatorio por si algo salía mal. Creo que habrá motines en la ciudad y que Bikker se presentará como el salvador. Un hombre que blande una de las Espadas Antiguas podría reunir al pueblo bajo su estandarte... y poner fin a la violencia. Sería un héroe y tendría todas las posibilidades de que lo eligiesen como sucesor de Tarness.

—¿Con una espada mágica basta para arrastrar a los hombres? Pues entonces, nuestro secreto enemigo podría ser Croy —observó Citera. Tanto ella como Malden miraron a Croy como si hubieran descubierto un tremendo secreto.

Croy les devolvió la mirada como si los dos se hubiesen vuelto locos. Ellos se rieron de la broma, y Croy se puso rojo, y se volvió hacia el lavamanos de Malden.

—¿Acaso importa? —preguntó Croy. Se echó agua en las manos y se frotó la cara—. Ahora ya es demasiado tarde para que esa información nos sirva. Casi es el momento de empezar. Ya no podemos cambiar el plan.

—Tengo que marcharme —dijo Citera—. Sabes muy bien que no podré ayudarte cuando la operación esté en marcha —dijo, mirando a Malden de hito en hito.

El ladrón asintió.

—Tienes que fingir que estás tan sorprendida como todos los demás. Pero sabrás que la cosa ha empezado cuando un ogro aparezca a la puerta de la casa.

—Un ogro —dijo la mujer—. Lo habías mencionado antes. ¿Dónde diablos lo has encontrado?

—En realidad, ha sido Croy quien lo ha hecho venir —dijo Malden—. Su contribución al plan. Cuando lleguen tiempos más tranquilos, tendrías que ver a esa criatura, Citera. Tiene la voz de un poeta y el alma consagrada a la Señora, pero da miedo... es corpulento como dos hombres, con la piel cubierta de pelaje negro, y runas antiguas y funestas tatuadas en el rostro. —Se rió—. Les va a dar un buen susto a los guardias.

—Sí, pero quizá no les dé mucho más que eso —dijo ella, con cara de preocupada. Le echó una mirada a Croy, que apartó el rostro—. Malden —dijo—. ... esas runas... ¿recuerdas cómo eran? —Tomó un trozo de carbón e hizo un dibujo sobre uno de sus mapas—. ¿Piensas que eran como éstas?

—Sí, exactamente iguales —Malden sonrió—. Estoy seguro de que es una amenaza, como «Soy tu muerte», o «Enfréntate a mí si te atreves».

—No exactamente. Lo que tu ogro lleva en el rostro es una maldición, pero no contra sus enemigos. Contra sí mismo. De hecho, es una de las maldiciones más sencillas, y es muy eficaz. Si tradujéramos las palabras que ves aquí, diría algo así como: «Si hieres a alguien, será tu fin».

Malden la miró con ojos desorbitados.

—¿Cuál es la naturaleza de esa maldición?

—Se suele arrojar sobre los presos en régimen de libertad provisional y sobre las criaturas que han matado hombres. Si tu ogro hiere a un ser humano, aunque sea en defensa propia, las runas se calentarán más y más hasta perforarle el cráneo. —Acarició con las yemas de sus dedos el dobladillo de la capa—. No sé cuál es tu plan. No quiero saberlo. Pero si contabas con que ese ogro luchara contra los guardias, o contra Bikker, sólo puedo esperar que tuvieras pensado un segundo plan.

—Gracias, Citera —dijo Malden, apretando los labios para que no se le escapara un grito. La mujer asintió y salió de la habitación, y camino de la mansión de Hazoth para que no la echaran de menos. En cuanto se hubo marchado, Malden se volvió lentamente hacia Croy—. Tú ya lo sabías, estoy seguro.

Croy no le dio ninguna respuesta directa. No hizo más que arrodillarse frente a los tablones sueltos bajo los que se hallaban escondidas sus espadas.

Malden fue más rápido. Sacó la daga y le puso la punta en la región lumbar antes de que el caballero pudiera empuñar sus armas.

—El éxito de mi plan dependía de ese ogro —dijo Malden—. Ahora no tenemos tiempo para reemplazarlo. ¿Me has traicionado, Croy?

—¿Me estás llamando desleal?

Malden estaba a punto de decirle que sí. Entonces se acordó de que ésa era la misma palabra que Croy había empleado con Bikker... la que había originado la enemistad entre los dos.

—Te estoy haciendo una pregunta. ¿Has llegado a un acuerdo con Hazoth para frustrar mis planes?

—Desde luego que no —dijo Croy.

—Pues entonces ¿por qué no me dijiste que tu ogro estaba maldito?

Malden vio que los músculos del cuello de Croy se tensaban.

—No soy mentiroso, ni por inclinación, ni por práctica —dijo Croy—. Pero no tenía otra alternativa.

—¡Explícate!

Croy suspiró.



—¿No lo entiendes? Si quiero recobrar la confianza de Citera, tendré que ganármela. Tengo que ser yo quien las libere a ella y a su madre.

—He tenido la generosidad de permitirte que participaras en esto, nada más — comentó Malden.

—El papel que me has adjudicado dentro de tu plan es absurdo. Quieres que haga de vigilante, y sólo eso. ¿Cómo le voy a mostrar a Citera cuán profunda es la devoción que siento por ella? Tendría que ser yo quien luchara por su libertad. Tendrían que ser mi brazo y mi espada los que asestaran el mandoble final. Y no hay otro hombre que tenga el derecho de abatir a Bikker. Ése es mi deber y lo pienso cumplir.

—Estás herido —dijo Malden. No permitió que la punta de la daga se desviara ni siquiera unos pocos milímetros—. Y, aunque te hallaras en la plenitud de tus fuerzas, no podrías rivalizar con Bikker. Él te habría derrotado en el palacio si el demonio no hubiera desviado su atención. Te habría matado. ¿Tanto empeño tienes en morir por su mano?

—El amor le dará fuerza a mi brazo —dijo Croy—. La justicia será mi escudo.

Malden se rió entre dientes, y la punta de su arma se movió hacia arriba y abajo, por el ancho de un cabello. Al parecer, bastó con eso.

Croy se movió antes de que Malden pudiera darse cuenta. Le dio una patada en el pie y le hizo perder el equilibrio, y el ladrón se cayó de espaldas. Lo único que pudo hacer fue frenar la caída con la mano que tenía libre y apuntar con la daga hacia Croy.

Antes de que hubiera podido recobrase, Croy se irguió frente a él, la espada corta en mano, con la punta bajo el mentón de Malden. La hoja estaba tan reluciente que Malden vio su propia expresión de estupor reflejada en su superficie.

—Es cierto que estoy herido. Pero todavía soy uno de los Espadas Antiguas. Búrlate tanto como quieras de mis ideales, ladrón. No puedes negarme mi destreza.

—Me imagino que no —dijo Malden—. Muy bien. ¿Quién soy yo para impedirte que marches a tu propia destrucción? Imbécil, quizá lo eches todo a perder por este engaño. —El ladrón habría querido escupir de puro asco.

—Soy capaz de matar a Bikker. ¡Tengo que hacerlo!

—Como quieras. Ocupa el lugar del ogro. Muere, si eso es lo que deseas. Si con eso me permites sobrevivir un minuto frente a los siervos, me bastará.

—Aunque no sea tan fuerte como Gurrh, verás que no tengo igual cuando se trata de luchar con espadas. De todas maneras, no tienes otra opción. —Croy bajó el arma—. Ha llegado la hora —dijo—. No te queda tiempo para buscarme un sustituto. Ni siquiera una cuadrilla de matones.

Malden asintió. No apartaba la vista de la hoja de la espada, donde veía el reflejo de su propio rostro.

—Sí —dijo—. Fuerte... Ese ogro es muy fuerte, aunque no pueda luchar. —Era como si el sol hubiera amanecido en sus pensamientos. Lo había visto: una manera de llevar a cabo su plan—. Croy, acabo de tener una idea que podría salvarnos la vida.

¿Podrías hacerle una visita al ogro y darle unas instrucciones distintas? Puede ser que, de todas maneras, nos resulte útil.

CUARTA PARTE

# El trabajo



## INTERLUDIO

Slag, el enano, se había sabido sobre una de las sillas de Cutbill y resoplaba con ambos carrillos.

—Ese muchacho, Malden, no tiene ni una puta posibilidad de salir bien de ésta, ¿verdad?

Cutbill sentía mucho respeto por su enano. El diminuto artesano decía palabras feas, eso era cierto, y tenía un humor todavía más feo, pero su trabajo era imaculado y permitía a los ladrones de Cutbill hacer cosas que de otro modo habrían resultado imposibles. Por ello, honró al enano con el gesto de dejar la pluma antes de levantar la vista y decirle:

—Probablemente no.

Slag asintió y se rascó su barba enmarañada.

—Me lo contó Tronera. Ése piensa que tú no sabes que ha estado haciendo preguntas, y eso sí que es ser gilipollas. Pero dice que Anselm Vry está dejando a media ciudad con el culo al aire con tal de encontrar...

Cutbill enarcó una ceja. Su despacho era uno de los sitios más seguros en toda la ciudad, y probablemente no había ningún peligro de que unos oídos intrusos escucharan tras las puertas, pero en un mundo en el que el bailío tenía a su disposición a un brujo provisto de una piedra adivinatoria no había conversaciones realmente seguras.

Slag asintió y levantó ambas manos para pedir disculpas.

—... con tal de encontrar la cosa ésa —concluyó—. Los guardias de Vry han levantado toda la mierda de puertas de la Peste, como si algún zapatero muerto de hambre pudiera tenerla escondida en el cagadero. ¿No te parece que se ha vuelto loco? Parece como si el miedo le hubiera hecho perder la chaveta.

—No, qué va —dijo Cutbill—. Lo que hace tiene sentido. No la va a encontrar, por supuesto, pero, por lo menos, podrá decirle al burgrave que lo ha intentado de verdad. La busca en la Peste, y no en la Cuesta Dorada, por los mismos motivos por los que no ha llevado a cabo ningún intento serio de ir a buscarla en el lugar donde se encuentra de verdad: porque tiene miedo de los que viven allí. Los ciudadanos ricos del Monte del Castillo no le perdonarían jamás tal ultraje. Las pobres gentes del Humo no tienen medios para ponerse quisquillosos.

—Así pues, no la encontrará, y Malden tampoco tiene ninguna posibilidad.

—Yo no lo diría así. Diría que tiene muy pocas posibilidades. Pero no elegí a Malden por nada, Slag. No fue por las habilidades que demostró al desvalijar la casa de Guthrun Whiteclay. Sino porque dentro de su cabeza hay un cerebro. No es una cualidad que abunde entre los hombres que entran por mi puerta. Si alguien tiene posibilidades de lograrlo ése es Malden.

—¿Pues entonces qué haces ahí sentado, garabateando putas anotaciones en tu puto libro? —preguntó Slag, mientras señalaba el libro de contabilidad de Cutbill—.

Igual que cualquier otro día. Mañana por la mañana podrías estar muerto. ¿No sería mejor que salieses y te fueras de zorras, o te emborracharas hasta vomitar?

—A mí me parece que, si mañana me van a cortar la garganta, la experiencia no mejoraría con una resaca, ni con unos hongos en las ingles. Pero, no, no trabajo hasta tan tarde porque cuento con que Malden va a tener éxito. Trabajo por si no lo tuviera. Este libro de contabilidad no es un mero registro de cuentas. Es la obra de mi vida. No voy a terminarla jamás, pero me esfuerzo porque sea lo más completa posible. Contiene cierto número de instrucciones que habrá que seguir si mañana parto para reunirme con mi creador. Te he llamado porque necesito ayuda con esto. Quiero que esta misma noche abandones este lugar mucho antes de que Anselm Vry se presente con sus soldados. Y que te lleves este libro. Tienes que enseñárselo a varias personas. La reina pirata del archipiélago de Maw estará muy interesada. El gran jefe de los bárbaros, Mörg el Sabio, tiene que leer la página 309, porque ésa es la única manera de evitar una guerra con su pueblo.

—¿Esos cabrones tienen que ver el registro de los pagos e ingresos del gremio? —preguntó Slag. El destello de sus ojos delataba una inequívoca curiosidad. Pocos eran los medios con los que se podía sacar a un enano de su mal humor, pero los jugosos misterios se hallaban entre los primeros puestos de la lista—. ¿Qué está escrito en ese libro, en realidad?

—Puedes leerlo y descubrirlo por ti mismo —dijo Cutbill. Le dio la vuelta al libro de contabilidad para encararlo hacia Slag. El enano trepó al escritorio de Cutbill para verlo mejor. Cutbill siguió el recorrido de los ojos de Slag por las inacabables columnas de números, hasta los glifos de intrincados trazos que ocupaban los márgenes de las páginas. Slag señaló los signos en código con uno de sus finos dedos.

—Uh. Qué putada más inteligente. Está cifrado.

Cutbill obsequió a Slag con una sonrisa.

—Estoy seguro de que lo vas a descifrar, si tienes tiempo suficiente.

—Pero no es por eso por lo que quieres que me lleve el libro.

Cutbill negó con la cabeza.

—No. Te he elegido para esta tarea por un motivo muy sencillo. Si Anselm Vry se presenta mañana en este lugar, matará a todos los miembros del gremio a los que pueda echar el guante... con una excepción. La ley no le permite matarte a ti. —Era cierto. El hombre que le pusiera la mano encima a un enano, aunque fuese para arrearle un bofetón en un momento de enfado, perdía la vida. Ése era el tratado que la humanidad había establecido con los enanos cuando unos y otros se habían aliado contra los elfos hacia el final de aquellas guerras ya lejanas en el tiempo. Era un tratado que no se podía incumplir, porque sólo los enanos conocían el secreto de la fabricación del acero, y por eso eran más valiosos para el rey que sus propios súbditos—. Además, se te permite viajar a la región del continente que más te apetezca, y nadie podrá detenerte. Tú eres, amigo mío, el único a quien puedo confiarle esta misión.

—Desde luego. Eso es lo que siempre te dicen al asignarte un trabajo de mierda. —Slag miró de reojo a Cutbill, como si el maestro del gremio de ladrones hubiera sido una gema exquisita, o una bola de engrudo sin valor, y el enano hubiera tenido que elegir entre una de las dos posibilidades—. Hasta esta noche no tenía ni repajolera idea. Pero tú eres mucho más de lo que piensa la gente, ¿verdad que sí?

—Al contrario. Soy exactamente lo que parezco.

—¿Eh?

—Soy un hombre que tiene muy buenas razones para guardar sus secretos. —Cutbill sonrió de nuevo—. Y ahora te voy a pedir que me dejes solo, si eres tan amable. Tengo que resolver muchos asuntos antes de que vengan por mí. Ah, una última cosa: si, a pesar de que obviamente lo tenga todo en contra, Malden se las apaña para triunfar... tengo que pedirte que no le cuentes jamás lo que se ha dicho en esta conversación, ni a él ni a nadie.

—Por supuesto. Aunque, si eso ocurriera, me llevaría tal sorpresa que probablemente se me reventaría una vena dentro del cráneo y perdería la memoria.

—¡Cuánto admiro el optimismo de tu pueblo! —dijo Cutbill.

El enano se dirigió a la puerta. Él también tenía trabajo por hacer.

—Vete a la mierda, cabrón racista —respondió.

Era la víspera de la Natividad de la Señora, uno de los días de feria más importantes de todo el año. Aunque hubiese oscurecido y las calles fueran tan peligrosas como de costumbre, la Ciudad Libre de Ness rebosaba actividad. Había muchas cosas que poner a punto antes del alba.

En la Iglesia de la Señora, que se hallaba en el barrio de los Chapiteles, los sacerdotes jóvenes sacaron la cornucopia de oro que sería el centro de la procesión matutina. La frotaron con paños hasta que relució como el sol, aún a la luz de una única vela. Otros empezaron a cargarla con los cientos de pastelillos y frutas que irían arrojando a los pobres mientras la paseaban. Pintaron de color dorado los iconos menores —el remo, la esfera y la rueda— a fin de disimular las muescas y arañazos. Los sacerdotes mayores estaban de vela en el altar, entonaban plegarias en canto llano y permanecían de rodillas durante toda la noche frente a la sacra imagen de la señora.

En la Plaza del Mercado, los vendedores se peleaban por los mejores sitios para montar sus tenderetes. La mayoría de las disputas no pasaban de las palabras, acompañadas ocasionalmente por las hojas de papel que se enseñaban cuando uno u otro afirmaba tener derechos sobre un lugar ventajoso. Sin embargo, esas hojas de papel tenían una utilidad muy limitada, porque la mayoría de ellas eran obra de uno de los expertos falsificadores de Cutbill. Las pocas que eran auténticas se vendían diez veces más caras, aunque, con tantas falsificaciones, tampoco tenían ningún valor. De vez en cuando estallaba una pelea a puñetazos, y los pocos guardias que rondaban por allí tenían que esforzarse mucho para ponerles fin. Al fin y al cabo, en un día de feria se podía ganar dinero de verdad.

En la Cuesta Dorada, donde la mayoría de las casas ya estaban vacías, los pocos ciudadanos opulentos que seguían allí supervisaban la labor de sus criados, mientras éstos preparaban los cofres repletos de ropa y comida para los dos días siguientes. Todos los que podían permitírselo se marchaban de la ciudad durante los días de feria y dejaban las puertas bien cerradas, porque era común la creencia de que el gentío transmitía plagas. Algunos de los mejores agentes de Cutbill andaban por los tejados y tomaban notas.

Abajo, en el Humo, los hornos estaban fuera de uso. Apagarlos era un proceso laborioso que se emprendía tan sólo dos veces al año. Los fuegos que calentaban y daban forma al hierro de la Ciudad Libre tenían que extinguirse poco a poco y con precisión, para evitar que las fraguas se enfriaran con excesiva rapidez y se agrietaran. Por lo general, los hornos ardían de día y de noche. Sin embargo, la ley exigía que todos los fuegos se apagaran esos días. Durante las festividades, la población de Ness se triplicaba, y si se producía algún incendio en una casa no habría manera de apagarlo antes de que se extendiera por toda la ciudad.

En la Peste, todos los santuarios del Dios de la Sangre estaban abiertos hasta muy tarde y aceptaban los sacrificios de pescado y carne que traían las gentes del pueblo. Éstas se alineaban frente a los altares para dejar sus ofrendas. Los pobres no podían permitirse que el dios o la diosa se encolerizaran con ellos y trataban de aplacarlos a ambos en rápida sucesión. Al llegar el alba se arrodillarían en las pequeñas capillas de la Señora que se encontraban por sus barrios y se esforzarían por seguir despiertos durante las plegarias matutinas.

Los guardias se aprovecharon de la piedad de los pobres para irrumpir en gran número de sus casas y revolver sus escasas pertenencias. No descubrieron ninguna corona en esos registros, pero sí un buen número de monedas de cobre y de joyas de bajo precio. La guardia estuvo de celebración igual que todos los demás.

Todos los mesones estaban repletos, y los viajeros se veían obligados a acostarse en los establos, o a compartir cama, y no había vino, sólo cervezas jóvenes de fermentación alta y otras más fuertes de fermentación baja.

En el Jardín de los Limoneros, Elody abrió las puertas y colgó una cornucopia de latón sobre el umbral, en la que se publicitaba una tarifa especial a los peregrinos. Había contratado muchachas extra para esos días en los que había más clientes. Eran mujeres que durante el resto del año pasaban por honradas, y que esa noche se cubrían el rostro con máscaras para ganar un dinero extra, porque por la mañana podrían expiar fácilmente los pecados que hubieran cometido durante la noche.

Las casas de juego de la calle del Gavilán, frente al muro septentrional del Monte del Castillo, cerraron sus puertas... pero no sus mesas. Los devotos jugadores de cartas y de dados que estaban dentro hablaban en voz baja por si la guardia los espiaba, pero eso sólo servía para que las apuestas fuesen más altas. Estallaban peleas igual que en la Plaza del Mercado, pero terminaban con rapidez mucho mayor. O bien los propietarios de las casas de juego expulsaban a los camorristas con la contundencia debida (si eran plebeyos), o bien (si eran nobles) ayudaban a las partes enfrentadas a ponerse de acuerdo para futuros duelos. Que no podrían tener lugar hasta después de la Natividad de la Señora, por supuesto. No había noble tan inconsciente como para derramar sangre en el santo día de la Señora.

En la Cenizas, los pequeños mendigos que vigilaban la guarida de Cutbill se reunieron en una capilla destruida por el fuego y adoraron a su propia imagen de la Señora. Tan sólo era un trozo chamuscado de lo que había sido el cartel de una taberna, en el que aparecía una mujer no muy divina con una gigantesca jarra de cerveza, pero la fe que refulgía en los ojos de los niños no era menos brillante por ello. Si había alguien que sintiera la necesidad de rezar para pedir fortuna y abundancia eran aquellos golfillos.

En el Parque de la Señora balaba una centicora, acorralada por una jauría de perros asilvestrados. La bestia se volvía hacia ellos y blandía sus cuernos giratorios, pero se veía claramente superado en número. Quizá la centicora supiese que era una bestia sagrada de la diosa, pero no sabía invocarla para pedirle ayuda.



En una capilla raramente utilizada del Monte del Castillo, cierta figura se había sentado con una botella de vino y un buen libro. Aquella noche no iba a dormir... por lo menos, mientras no supiese nada de los otros conjurados, Bikker y Hazoth. Cuando estuviera seguro de que el ingrato ladrón había muerto y de que *Matafantasmas* estaba lista para pasar a manos de un nuevo propietario, se relajaría... pero sólo por un instante, antes de que empezase la verdadera labor de los conspiradores.

A lo largo y ancho de toda la ciudad se cantaban himnos. Se oían por todas las ventanas y todas las esquinas de las calles.

Por todas partes, el pueblo festejaba, o expiaba sus pecados, o, simplemente, gozaba de la cálida noche de verano.

Y en el terreno comunal de las Murallas del Parque un ogro caminaba con gran tranquilidad sobre la hierba, hacia las puertas de la mansión de Hazoth. Los guardias que estaban allí le gritaron que se marchara, pero él los ignoró, a ellos y a todo lo demás. Como si hubiese encontrado un lugar agradable para pasar la noche, el ogro se sentó sobre la hierba frente a las puertas, y clavó en la casa la mirada de sus enormes ojos. Al cabo de un rato juntó las manos sobre las rodillas. No trató de entrar ni empleó para nada la violencia. Pero un rayo que atravesara el rosetón de la casa habría causado menos sorpresa.

A un lado de la casa, Malden se había agazapado junto a Kemper bajo un arbusto. Malden escrutó en la oscuridad, en un intento por ver lo que ocurría. Había antorchas que chisporroteaban a las puertas, y distinguía bien al ogro, pero tenía que ver cómo reaccionaban los guardias ante la presencia de Gurrh.

—Ya lo sabrás cuando llegue el momento, muchacho —le dijo Kemper para tranquilizarlo.

—Tenemos que estar a punto para actuar sin más preliminares —insistía Malden—. ¿Estás preparado? ¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Sí. Y ahora deja de darme la lata. Mira allí. ¿Aquel cabrón es ese Bikker que te da tanto miedo?

—Sí, es él —dijo Malden, y apretó los dientes. El gran espadachín estaba apoyado en una de las paredes laterales de la mansión y se rascaba la barba. No parecía nada contento. No dejaba de asomarse por la esquina de la casa para ver lo que hacía el ogro. El cual no hacía nada.

Malden lo había previsto. Era muy posible que Bikker se diese cuenta de lo que se pretendía con aquella fase del plan. El ogro no podría pasar por la barrera con mayor facilidad que Malden. Los guardias no corrían ningún peligro en el interior... y, por supuesto, tampoco correrían ninguno si bajaban la barrera. Cabía la posibilidad de que Bikker conociera el significado de las runas que el ogro tenía en el rostro y comprendiese que no tenía nada que temer del monstruo.

Pero habría tenido que ser un hombre con hielo en las venas el que no se preocupara cuando un bruto como aquél aparecía a la puerta de su casa por razones desconocidas. Bikker era inteligente, era disciplinado, pero Malden se fiaba de su sangre caliente. Le habían dicho a Gurrh que si Bikker no respondía a su presencia, tendría que hacerlo reaccionar.

—Ahora, Gurrh —dijo Malden, como si el ogro pudiese oírlo.

Tal vez lo oyera... ¿quién sabía hasta dónde podía alcanzar el oído de un ogro? Sin aparente provocación, Gurrh se puso en pie y anduvo hasta la verja que protegía la mansión. Agarró uno de los barrotes de hierro y lo arrancó de los travesaños con un ruido semejante al que haría un demonio cuando lo sacaran a rastras del abismo: un sonido desgarrador que hizo que a Malden se le erizase el cabello. El barrote se soltó con un sonido metálico, y, de pronto, Gurrh tuvo en la mano algo que se parecía mucho a una lanza asesina.

El ogro, con una amplia sonrisa en el rostro, lo sujetó en alto y lo empleó para golpear repetidamente los otros barrotes de la verja. Era un sonido rítmico, intenso e imposible de ignorar. Un guardia le gritó al ogro que parara, pero su voz se perdió en el estrépito.

Tal vez con eso bastara. Los guardias retrocedieron, se alejaron de la verja, chillando de miedo. Tal y como Malden había esperado, Bikker se apartó de la pared y se acercó a la puerta a grandes zancadas.

—Eh, tú —gritó al velludo ogro—. Tú... bestia. En nombre de todo lo perverso, ¿qué te crees que estás haciendo?

Gurrh se encogió de hombros y levantó la lanza para dar otro golpe. El violento entorchocar de metales se hizo todavía más fuerte. A Malden le dolían los oídos a pesar de la distancia. No pareció que Gurrh prestara atención a la orden de Bikker. Tenía todo el aspecto de un bruto idiota que se había encaprichado con hacer aquel horrible ruido por motivos que sólo él sabía.

Malden tenía una esperanza: que el hecho de que el ogro se encontrara allí fuese suficiente para sacar a Bikker de sus casillas. Aunque fuera un rufián, también era un militar bien entrenado, y Croy le había enseñado a Malden que una de las cosas que más irritan a los militares es que un enemigo haga algo que no comprenden.

—El señor de esta casa no quiere que lo molesten —proclamó Bikker—. No sé a qué has venido... aunque me imagino quién es tu dueño. Como no te marches ahora mismo, te mando a mis perros. —Gurrh armó estruendo por tercera vez, y, de pronto, Bikker se puso en marcha y dio largas zancadas hacia la barrera—. Quitad el maldito hechizo —gritó, y el capitán de la guardia se le acercó corriendo para hacerle el saludo militar—. Iréis vosotros tres... y tú también. Echad de aquí a la criatura ésa.

Los cuatro guardias a los que había elegido se negaron a obedecerle, pero bastó con unos bofetones para que entraran en razón. Malden pensó que Bikker debía tenerlos asustados de verdad. Aguardaron a que su capitán hubiese hecho el gesto necesario para bajar la barrera y luego salieron a la carrera por las puertas, lanza en mano. Pincharon y hostigaron al ogro de la misma manera que un zagal pincha a un cerdo para hacerlo caminar, pero el ogro paró fácilmente las acometidas con su propia lanza. Una logró sortear sus defensas y le arañó el peludo vientre, pero Gurrh no hizo nada más que reírse. La punta del arma se dobló y su asta se partió.

—Por la sangre y los huevos de Sadu —exclamó el atónito Kemper.

—Todas las historias antiguas cuentan que era muy difícil matar a un ogro, que las armas normales no atravesaban sus pellejos peludos. Ven... nos ha llegado el momento de actuar. Tenemos que ser rápidos.

Ladrón y tahúr corrieron por el prado en dirección a la verja. Malden se coló entre dos barrotes y Kemper los atravesó sin problemas. Ambos mantuvieron el cuerpo pegado al suelo mientras avanzaban por el jardín. Malden tenía mucho miedo de que Bikker se volviese y los viera, pero éste parecía absorto en el ogro.

Eso era lo que se había previsto en el plan. Gracias a la temeridad de Croy, Hazoth estaba a la expectativa de que su casa sufriera un ataque... un ataque directo, frontal, como el que un caballero lanzaría contra una fortaleza. El ogro parecía satisfacer esa expectativa.

Hazoth no tenía motivos para creer que Malden entraría en su morada. El brujo

debía de pensar que Malden había muerto, víctima del libro carnívoro que le había regalado.

Pero eso no significaba que la cosa fuera fácil.

Malden y Kemper llegaron a hurtadillas hasta la parte de atrás de la casa. Tan sólo uno de los guardias se había quedado en el jardín y hacía todo lo que podía por ver lo que sucedía en la entrada, sin abandonar su puesto. Bikker había entrenado y disciplinado a aquellos guardias hasta transformarlos en una buena fuerza de combate, pero había tenido que hacerlo tan sólo en unos días. No había podido poner fin a todos sus malos hábitos en tan poco tiempo.

La puerta trasera de la casa daba a la sala aneja al comedor donde se preparaban las bandejas y estaba envuelta en sombras. No había antorchas ni luces de ningún otro tipo... no habrían servido para nada, salvo para menoscabar la visión nocturna del guardia. Aún mejor: Malden vio que habían dejado abierta la ventana alta que se hallaba sobre la puerta de dicha sala. Había sido un día muy cálido y querían que entrara la brisa. Perfecto.

Kemper atravesó la puerta y desapareció. Malden tomó una cuerda que llevaba en torno a la cintura y la desenrolló. No era muy gruesa, ni siquiera particularmente resistente, pero Slag había bañado uno de sus cabos en plata fundida... a cuenta de Cutbill. La plata añadía algo de peso a dicho cabo, de tal modo que Malden pudo lanzarlo por la ventana de la sala. Dejó que la cuerda se tensara y luego, cuando la notó tirante, la agarró con fuerza. El otro motivo para bañarla en plata era que Kemper pudiese sujetarla. El tahúr la tuvo agarrada mientras Malden trepaba por la pared y entraba por la ventana. Bajó por el otro lado, en la oscuridad, y cuando se encontraba a poca distancia del suelo se dejó caer. Había suficiente luz para ver los dientes de Kemper, que destacaban en la penumbra.

Malden recogió la cuerda a través de la ventana y se la volvió a atar en torno a la cintura. No tenía ningún sentido dejarla allí para que alguien la viese. Malden no pensaba marcharse de la casa por la misma ventana.

Sintió que un frío viscoso le atravesaba el codo —era el roce de Kemper— y entonces metió la mano bajo su propia túnica para sacar las cartas del tahúr. El sudor de Malden las había dejado algo húmedas. Se las entregó a Kemper, que las cogió sin decir palabra.

Fueron juntos por el comedor y llegaron a un pasillo que iba desde un extremo de la mansión hasta el otro. Las ventanas dispuestas a lo largo de una de sus paredes permitían que entrara luz suficiente como para dejar a la vista un pasillo amueblado con varias mesas pequeñas, un cofre con revestimiento de plata y gruesas alfombras que disimulaban las pisadas.

Kemper saludó a Malden en silencio y luego se marchó por el corredor. Se detuvo junto a una de las mesas y colocó sobre ésta una de sus cartas: el dos de corazones. Luego se detuvo junto al cofre. La tapa crujió al levantarla. Malden se tensó y se preparó para salir corriendo, pero el ruido que acababa de oír habría podido ser obra

de un ratón. Kemper dejó el siete de bellotas dentro del cofre y volvió a cerrarlo, en esta ocasión sin hacer ningún ruido.

Todo correcto. Entonces, Malden se separó de Kemper y se marchó por el comedor hasta un reservado de los criados. Desde allí, una estrecha escalera de madera conducía hasta el primer piso.

Una ventana atravesaba la pared del pozo de la escalera. Malden oyó la risa del ogro y las órdenes que gritaba Bikker.

Perfecto.

El primer piso de la mansión estaba silencioso como una tumba. Malden llegó al final de las escaleras y encontró un pasillo. Una única vela ardía en su otro extremo. La luz era suficiente para ver las puertas a ambos lados. Había cuadros en las paredes. Malden echó una mirada a uno de ellos, pero sólo con verlos le dio dolor de cabeza, y apartó en seguida la mirada. No le pareció posible que la mujer del cuadro pudiese acomodar al gigantesco insecto que había tomado como amante.

Kemper había explorado ese piso y apenas si había encontrado nada que tuviera ningún interés: dormitorios, uno o dos guardarropas, armarios con sábanas. Malden anduvo sobre las alfombras con todo el sigilo que le fue posible y no prestó atención a las puertas, hasta que vio que una de ellas empezaba a abrirse. Al instante, pegó el cuerpo a la pared y se bajó la capucha hasta los ojos, para que estos no reflejasen la luz de las velas.

La puerta se abrió del todo y dejó que una pálida luz entrara en el pasillo, y entonces se oyó el suspiro de una mujer. Su sombra se proyectaba en la pared opuesta y Malden reconoció su silueta como la de Citera.

Habría querido darse a conocer y hablar con ella. La mujer le habría proporcionado información valiosa que lo habría ayudado en su búsqueda. Pero tenía razones aún más poderosas para impedir que lo viese. Si la sobresaltaba, tal vez gritase. Si Citera le hablaba, podía ocurrir que alguna otra persona los oyera. No podía exponerse de ese modo.

Así, antes de que la mujer saliera al pasillo, Malden corrió el gran riesgo de abrir la puerta que le quedaba más cerca y pasar al otro lado. Lo hizo con presteza, y sin ruido. Por fortuna, la estancia donde había entrado parecía vacía. Era un dormitorio sin utilizar, con todos los muebles arrinconados contra una pared y cubiertos con telas. Arrimó el oído al ojo de la cerradura y escuchó mientras Citera salía al pasillo y se alejaba. Contó mentalmente hasta cien antes de salir del dormitorio.

Cuando estuvo convencido de que no corría ningún peligro, agarró el picaporte... y se dio cuenta de que la puerta se había cerrado. Habría gritado de buena gana una maldición, pero tenía miedo de que lo oyeran. ¿Cómo era posible que la puerta no pudiera abrirse desde dentro? Malden no le veía un sentido. La persona que entrara en esa estancia quedaba atrapada hasta que viniese alguien y le abriera.

Se volvió y contempló de nuevo los muebles arrimados a la pared. Había una cama, un típico baúl para ropa, una jofaina sobre un soporte, un taburete bajo... todo muy común. Pero había algo en la cama que le resultó extraño y apartó la tela que la cubría para poder verla mejor. Fue entonces cuando vio los grilletes encadenados a la cabecera del lecho y las manchas de sangre en el colchón. Asqueado, soltó la tela. Pero le venció la curiosidad y levantó la tapa del baúl para ropa.

En vez de las prendas de vestir que había imaginado, encontró en su interior herramientas de acero herrumbroso. Reconoció tan sólo unas pocas: una sierra, un martillo, un surtido de tenazas y pinzas de tamaños variados. Muchísimos cuchillos. Había una herramienta con una bola de cuero impermeable en un extremo y un largo tubo en el otro, y otra que parecía un gancho para colgar la carne, pero más largo y fino.

No se le ocurría cuál podía ser su propósito, pero entonces sucedió algo. Miró hacia la izquierda y lo vio de nuevo, como si hubiera sido la primera vez. Había en la habitación una pieza que reconocía muy bien por haberla visto en su infancia. El taburete. Un taburete sobre tres patas de unos cuatro centímetros de altura. Como los que solían emplear las comadronas.

Al darse cuenta de lo que todo eso significaba, y de dónde se encontraba, Malden habría querido cerrar los ojos y olvidarlo todo. Habría querido saltar al Skrait y ahogarse, porque así, por lo menos, habría podido morir limpiamente.

Aquello era una pérdida de tiempo. Malden cerró el baúl y volvió a cubrir la cama tal como había estado antes de su llegada. Regresó a la puerta y sacó las ganzúas ocultas en la empuñadura de la daga. El cerrojo de la puerta era un mecanismo sencillo, fácil de derrotar, y no tardó en abrirlo. Pero, cuando salió de nuevo al pasillo y cerró la puerta a sus espaldas, le asaltó de nuevo una sensación no deseada.

Malden tenía la inequívoca sensación de que alguien se hallaba a sus espaldas. ¿Podía ser Citera, que regresaba de algún recado? ¿Un intruso menos deseable? Pegó el cuerpo a la pared, porque sabía que su única posibilidad de salvación consistiría en pasar inadvertido en la media luz del pasillo. Era una esperanza vana. La luz de la vela era suficiente para que lo vieses... pero Malden se guió por sus reflejos, que le empujaban a esconderse.

Al final resultó que tampoco importaba.

La criatura que le venía por detrás no era humana. Su contorno recordaba al de un hombre, pero sólo a grandes rasgos, y parecía hecha de humo. Dejaba vaporosas huellas de condensación allí donde pisaba, pero pasó por el lado de Malden sin volver la cabeza siquiera. Si es que el grumo que remataba su figura se podía llamar cabeza. Pasó de largo, enfiló las escaleras y desapareció.

Malden no tenía ni idea de lo que podía ser aquella criatura. ¿Un demonio? ¿Un espectro? ¿Un espíritu de los aires?

Lo más importante: ¿Lo habría visto? ¿Veía? ¿Advertiría a Hazoth de su presencia? No lo sabía. Tan sólo conservaba la esperanza de que, al quedarse quieto y no tocar a la criatura, ésta no se habría dado cuenta de su presencia.

Tenía muy claro que, si no era así, iba a enterarse al cabo de poco.

Se estremeció y siguió por el pasillo, hacia la galería que se encontraba al final.

Una vez en dicha galería, pudo echar una rápida ojeada a la gran esfera de hierro que se hallaba en la escalera noble. El huevo del demonio. No se movía y parecía totalmente inerte. Un reguerillo de herrumbre caía de uno de sus lados pero, por lo

demás, habría podido albergar a una criatura muerta. Por supuesto que era una buena señal —le hacía pensar que Hazoth aún no estaba al corriente de su presencia en la casa—, pero inevitablemente lo asoció con lo que había visto en el dormitorio cerrado. Lo que podía llamarse «sala de partos».

Basta. Ya sentía bastante miedo sin necesidad de multiplicar sus angustias. Un trecho de escaleras lo llevó desde la galería hasta el segundo piso, donde se hallaba su destino. Subió sin apartarse de la baranda, porque allí era menos probable que crujieran los escalones.

No le quedaba mucho tiempo, quizá menos de una hora. Cuando Croy y el ogro hubieran muerto, asesinados por Bikker, si no por otro guerrero (y Malden estaba seguro de que iban a morir), la barrera se cerraría de nuevo y quedaría atrapado. Era crucial que encontrase la corona y escapase antes de que llegara ese momento.



Gurrh no trató de atacar a los guardias de ningún modo, pero ellos tampoco lograban hacerle daño. Paraba sin dificultades la mayoría de sus ataques, y, cuando uno de ellos conseguía alcanzarle con el arma, el ogro se la sacudía de encima, o se reía cómo si le hubieran hecho cosquillas. Desde su escondrijo, Croy veía como el rostro de Bikker se enrojecía más y más.

—Todos vosotros, id para allí —ordenó Bikker. Los guardias salieron después de bajar la barrera una vez más, todos los guardias, salvo el capitán.

—Pero, señor, ¿por qué no vas tú en cabeza? —preguntó el capitán—. Seguro que tu espada acabaría en un instante con esa criatura.

—Yo no puedo abandonar la casa. ¿No se te ha ocurrido que esto podría ser una estratagema? Haz lo que te digo.

—Sí, señor —dijo el capitán, y se marchó corriendo para unirse a sus hombres.

Gurrh agarró una alabarda que le iba directa a la nariz y le rompió el asta como si hubiera sido una ramilla. Clavó la punta en el suelo. El propietario del arma trató de meterle el asta rota en los ojos, pero no le sirvió de nada.

Dos de los guardias se pusieron detrás del ogro para atacarlo por la espalda, pero Gurrh ni siquiera se volvió para defenderse. Uno de ellos clavó una horca militar en la gruesa y enmarañada pelambreira que cubría la columna vertebral de Gurrh, pero el ogro no hizo más que mover los hombros, como si le hubieran arañado la espalda. El otro apuntó al riñón izquierdo de Gurrh con la pica, y en esta ocasión Gurrh sí reaccionó, pero lo único que hizo fue apartarse a un lado para que el guardia, llevado por el impulso de su propia acometida, pasara tambaleante por su lado.

Aun así, la maniobra no quedó sin efecto. En el momento en el que Gurrh se apartaba, un guardia vio la oportunidad y lo acometió por debajo, para no chocar con el barrote de metal con el que el ogro paraba los golpes. Así, la hoja larga y curva de la guja esquivó las defensas de Gurrh y arañó la mejilla del gigante. Un reguero de sangre oscura manchó la blanca piel de Gurrh.

Croy dio un respingo. Hasta entonces había pensado que el ogro era invulnerable. No habría encargado a Gurrh ese trabajo si hubiese sabido que podía sufrir algún daño. Tuvo que obligarse a sí mismo a no salir del escondrijo para ir al rescate de Gurrh.

Pero el ogro no necesitaba ayuda. Gurrh le arrebató la guja al siervo y la arrojó sobre la hierba oscura que se hallaba a sus espaldas. Su propietario corrió tras ella. El gigante bloqueó otros dos ataques y luego se tocó la herida del rostro con la mano que tenía libre.

—Me has hecho sangre —dijo el ogro. Parecía más sorprendido que encolerizado. Se valió de su lanza de hierro y abrió una profunda muesca en la empuñadura de

madera de un filo que habría podido alcanzarle el pecho si su dueño hubiera sido más rápido—. Pensaba que no era posible.

Croy se mordió los labios. El punto débil del ogro era su cara... era la única parte de su cuerpo que no estaba cubierta por el grueso pelaje. Los guardias tomaron nota de ello. No eran más que mercenarios, que vendían sus servicios por poco dinero y estaban mal entrenados. Pero algunos de ellos no eran idiotas.

De repente, todos los ataques se dirigieron a los ojos, la nariz y la boca de Gurrh. El asta rota de una lanza (Gurrh le había arrancado la punta de hierro) se estrelló contra el labio inferior de Gurrh y brotó nueva sangre. Un guardia armado con un arco se puso a dispararle flechas a los ojos, una tras otra, tan rápido como pudo. Las gujas y alabardas acometían a Gurrh en el rostro en rápida sucesión, y el ogro no podía hacer otra cosa que impedir que le destrozaran las facciones.

Había llegado el momento. Croy no podía esperar más. Defendería a su amigo con sus espadas. El caballero no se veía constreñido por ninguna maldición que le prohibiese luchar. El plan original de Malden requería que Croy se quedara atrás para vigilar mientras Gurrh acababa con Bikker y con sus hombres, pero Croy se negaba a aceptar ese papel.

Le demostraría a Citera de qué era capaz. Que se podía confiar en él... que podía salvarla, y salvar a su madre, si le daban una oportunidad. ¡Se habían acabado las artimañas! Esto era un trabajo para un caballero de verdad.

Croy desenvainó la espada corta y se plantó, a punto para luchar, con el arma a poca altura. Salió de los arbustos donde había estado agazapado como un bandolero. «Basta... basta —pensó—, basta de esconderse, basta de estar al acecho».

Había llegado la hora de luchar.

Croy sintió el palpar de la herida cuando corría por el prado. No le causaba dolor, pero sí le recordaba que no disponía de la plenitud de sus fuerzas.

Decidió ignorarlo.

El ogro estaba rodeado por guardias que trataban de abatirlo. Dirigían sus ataques a su vulnerable rostro, y lo único que podía hacer el ogro era protegerse los ojos. Sangraba ya por una docena de cortes que le habían hecho en las mejillas y la frente.

—Ya vale —dijo Croy, con fuerza suficiente para que lo oyeran, pese al clamor del combate.

Su exhortación no logró el efecto que había deseado.

Uno de los guardias se volvió y lo vio, pero los demás persistieron en sus ataques contra Gurrh. Al parecer, los guardias todavía pensaban que el ogro era el principal peligro, por mucho que hubiera un Espada Antigua en el campo. Pero bueno... Croy había enseñado a un montón de hombres a respetar la espada que empuñaba y la misión que ésta representaba. Gruñó, y levantó el escudo redondo de madera de roble que llevaba sujeto con correas en el antebrazo izquierdo. Por lo general, luchaba con dos espadas y sin protección, pero su brazo izquierdo aún estaba demasiado débil para blandir una espada, y por ello había preferido el escudo. Tenía una guarda de hierro en su centro y un revestimiento de acero en el borde. Croy se había entrenado en el manejo de todo tipo de escudos hechos por hombres y enanos, y sabía muy bien lo que tenía que hacer con ellos. Llegados a ese punto, golpeó la espada corta contra la guarda del escudo, con lo que armó un ruido comparable al de una campana.

—Venid aquí —gritó.

Así logró que unos pocos guardias se volvieran hacia él. Uno de ellos era un hombre corpulento, armado con una horca de dos puntas. Era un arma que se empleaba para derribar caballos en el campo de batalla, o para atravesar una armadura pesada.

Por supuesto que también atravesaría los órganos vitales de Croy, si éste se lo permitía.

—¿Quién eres, y, por el nombre más repugnante que pueda tener el Dios de la Sangre, qué pretendes? —le dijo el guardia en tono desafiante. Bajó la horca y la empuñó. Así, sus dos puntas apuntaban al pecho de Croy e impedían que éste pudiera acometer al guardia con su espada.

Croy se sonrió.

—Soy *sir* Croy, y sirvo al burgrave, al rey y a la Señora. Quiero que sueltes el arma y te marches corriendo. Pero no creo que vayas a hacerlo.

—Me parece que tienes razón. Márchate de aquí, caballero... ya estamos muy ocupados.

Croy negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo. Quiero que sepas que lamento lo que va a ocurrir. Pero sirves a un dueño malévolo, y esta noche tengo muchas cosas por hacer. Por ello, no puedo ofrecerte cuartel.

El guardia frunció los labios y se echó a reír.

Entonces Gurrh gritó. No fue un sonido agradable... parecía el grito de un león a punto de ser abatido por arqueros. El guardia se volvió para ver lo que ocurría.

Croy aprovechó la ocasión. No fue lo más honorable que hubiera hecho en su vida, pero se veía acuciado. Empujó el escudo contra las puntas de la horca militar con la fuerza suficiente como para que éstas se clavaran en la madera de roble. Antes de que el guardia tuviese tiempo de reaccionar y le diera un tirón al arma para liberarla, Croy torció el brazo izquierdo —le dolió, pero pudo hacerlo— y arrancó el asta de la horca de los brazos del guardia. Luego avanzó con el hombro derecho por delante y su espada silbó al cortar el aire.

La espada quería cortar. Quería verter sangre... para eso se forjaban. Igual que un caballo, si se le da rienda suelta, irá por un camino, antes que pisar zarzas y terreno agreste, la espada también cortó el aire sin que apenas fuese necesario el concurso de las fuerzas de Croy. Alcanzó al guardia en el hombro y se la hincó en el brazo. El guardia aulló y cayó de rodillas, la sangre le ennegreció la manga.

No lo había herido de muerte. El guardia se curaría con el tiempo y no le quedarían efectos duraderos. Pero la herida era dolorosa y el hombre no podría volver a empuñar una lanza durante el resto de la noche.

Croy se había prometido a sí mismo que mataría a aquellos hombres si era necesario. Había querido endurecerse frente a la necesidad. Pero su víctima a duras penas había prestado atención a sus movimientos. Asestarle un golpe de muerte no habría sido deportivo.

Una buena sacudida del brazo izquierdo —que empezaba a dolerle de verdad— tuvo como efecto que la horca se desprendiera de su escudo. Croy dejó que cayera ruidosamente al suelo y luego levantó su espada ensangrentada.

—¿Quién de vosotros será el siguiente? —gritó.

De pronto, todos los guardias lo miraron.

Malden recorrió un pasillo que iba de un extremo a otro del segundo piso, en busca de la puerta cerrada por la que podría acceder al gabinete privado de Hazoth. El sigilo no era tan necesario como antes, porque el propio pasillo tampoco era tan silencioso.

Malden sabía que en ningún caso se habría permitido que unos meros visitantes fueran allí. Porque era en ese lugar donde la mansión se volvía extraña. La mesa suspendida en el aire, los libros vivientes, el hombre de humo que había visto en el piso de abajo, todos ellos eran milagrosos, incluso portentosos. Pero había llegado al lugar donde Hazoth ponía en práctica su verdadera magia.

La puerta del laboratorio estaba abierta, y Malden oyó repugnantes y misteriosos fluidos que burbujearon y rezumaban en el interior. Una luz verdosa escapaba de la habitación y en la puerta brillaba un fulgor, como si dentro hubiera algo muy caliente... pero, al pasar por delante, Malden sintió frío y una brisa insana. La siguiente habitación que encontró en el corredor debía de contener una especie de bestiario, a juzgar por los aullidos lastimeros y asustados gimoteos que oyó. Malden no tenía ni idea de las bestias que podían hallarse en su interior, si eran animales ordinarios para hacer experimentos, o criaturas exóticas que el brujo tenía en su casa a modo de curiosidad. No fue tan necio como para abrir la puerta y mirar.

Al pasar por delante de una tercera puerta, le pareció que ésta tomaba aliento y que luego lo exhalaba. Como si la propia puerta estuviera viva. Atisbó una luz trémula y mortecina por el resquicio que separaba la puerta del entarimado. La luz tenía el color rojo oscuro de los fuegos del abismo. Malden no pudo evitarlo. Agarró el pomo de la puerta, porque quería abrirla y ver lo que había al otro lado.

Pero entonces la puerta exhaló una nueva bocanada... y el aire que rodeaba a Malden se impregnó del hedor del azufre. Retiró la mano al instante.

No podía ser, ¿verdad que no? Debía de ser una especie de broma de hechiceros. Ni siquiera un hombre como Hazoth podía tener en su casa una puerta por la que accediese directamente al abismo. ¿Y si alguien la abría por error?

Pero no... nadie a quien se le autorizara a llegar hasta allí cometería semejante equivocación. A menos que Hazoth lo quisiera.

Malden siguió adelante. Pasó frente a otra puerta y oyó un sonido de un tipo muy distinto —no menos quejumbroso— al otro lado. Alguien lloraba tras la puerta, pero no era humano. Los sonidos eran antinaturales y enervantes, y se elevaban en algunos momentos en un crescendo de gimoteos que no podía brotar de una garganta humana. Más grave, y más hiriente al oído, era un rítmico gruñido que sí parecía humano. Al parecer, Hazoth se... divertía tras aquella puerta.

Malden sintió el repentino deseo de abrirla y ver cómo eran los súcubos de verdad, pero logró contenerlo. Para empezar, habría sido su perdición... sorprender a

Hazoth de aquel modo habría sido la definición misma de locura. Además, imaginó que el súcubo, por los ruidos que hacía, no debía de parecerse en nada a la apetitosa figura que había visto en la pared de la Casa de los Suspiros.

Dio unos pasos más y se encontró con otra puerta. Al tratar de abrirla, descubrió que estaba cerrada con llave. Llegó a la conclusión de que aquella era la puerta que Kemper le había descrito. La puerta por la que se accedía al corredor lleno de trampas. Al final de ese pasillo encontraría el impío gabinete del brujo... y también la corona.

Hasta ese momento, la intrusión de Malden se había desarrollado sin incidentes serios. Sabía muy bien que tras aquella puerta empezaría los problemas de verdad. Por milésima vez, se lamentó por no saber lo que habría al otro lado. Kemper no había querido correr riesgos y Citera tampoco había sido capaz de decirle nada. Tendría que contar tan sólo con su propio ingenio.

Miró hacia uno y otro extremo del pasillo y luego se arrodilló sobre una alfombra que se encontraba frente a la puerta. Sacó las herramientas que llevaba ocultas en la empuñadura de la daga y las dejó cuidadosamente en el suelo. Luego tomó un pequeño farol que le colgaba del cinturón y encendió su diminuta vela. El farol de latón no dio luz hasta que hubo abierto una ventanita que tenía en un lado. El fulgor que emergió de ésta bastaba para alumbrar el ojo de una cerradura. Necesitaba la luz para averiguar cuál de las ganzúas y ganchos emplearía en el cerrojo.

Pero, en cuanto lo vio, retrocedió asustado.

Tenía dientes.

No púas de metal con las puntas afiladas. Ni dientes de rueda dentada. Aquellos dientes tenían el color del marfil y rezumaban saliva. Malden no dudó de que, si metía el dedo, esos dientes le arrancarían la carne y le mondarían el hueso.

Malden no vio que tuviera lengua. No le pareció que la boca de la cerradura pudiese gritar si trataba de descerrajarla. Introdujo un gancho largo y fino para probar su hipótesis —estaba a punto para echar a correr y buscar otro camino que lo llevase hasta la corona si la cerradura emitía algún sonido—, pero el único resultado fue que los dientes mordieron el gancho con fuerza y lo partieron a unos tres centímetros de los dedos de Malden.

Maldición. Aquel gancho no era barato. Pero podía reemplazarlo. Malden eligió una herramienta mucho más resistente, una llave de torsión, y la introdujo en el cerrojo. Los dientes trataron de pegarle un mordisco, pero Malden la sacó a tiempo... luego, cuando los dientes se abrieron de nuevo, volvió a meterla. Se cerraron sobre la herramienta de hierro y trataron de morderla, pero no tenían fuerza suficiente para hacerle mella.

Estupendo. Introdujo una robusta ganzúa en el cerrojo y buscó los cierres. Estaban allí, al otro lado de los dientes, pero eran extraños. No se parecían tanto a los cilindros minuciosamente contruidos a los que estaba acostumbrado como a la dureza del paladar estriado de un perro. Malden reprimió sus propios reparos y

manipuló las clavijas hasta que empezaron a retroceder. Aplicó tensión a la llave y ésta empezó a girar.

Al instante, los dientes empezaron a morder y masticar sus herramientas con gran energía. Un reguerillo de baba brotó de la cerradura y humedeció la puerta. Malden hizo una mueca y recorrió los cierres en una y otra dirección con la ganzúa. No era momento para trabajos delicados. Uno tras otro, los cierres saltaron y la llave dio la vuelta completa. El cerrojo saltó y la puerta crujió de manera apenas audible al abrirse unos pocos centímetros. Malden notó que la presión que sufrían llave y ganzúa se había relajado, y se arriesgó a mirar de nuevo el ojo de la cerradura. Los dientes habían desaparecido... allí tan sólo había un cerrojo mecánico, uno de esos que los enanos construían en una sola tarde.

Pero, al examinar las herramientas, vio que estaban llenas de muescas y arañazos. Los dientes habían existido. Y habían dejado de existir. Escondió de nuevo las herramientas bajo el cordel y entró en el corredor de las trampas, porque no tenía tiempo para pensar en la verdadera naturaleza de la magia, ni en el dudoso sentido del humor de quienes la practicaban.

Gurrh apoyó una rodilla en tierra. La barra de hierro que había sostenido con una mano cayó al suelo, porque tuvo que cubrirse el ojo con sus dos manos peludas. El capitán de los guardias gritó una orden y sus hombres retrocedieron, a fin de que el arquero tuviese espacio para apuntar bien a la cara del ogro.

El arquero retuvo la flecha y no disparó.

Cuatro de los guardias tomaron posiciones alrededor de Croy y le cerraron todas las rutas por las que podía escapar. No lo atacaron de inmediato, pero tenían las armas a punto. Tan pronto como el capitán les diese la orden, se arrojarían todos a la vez sobre él y lo ensartarían como a un pajarillo en un espetón.

Pero parecía que el capitán quería parlamentar.

En cierto sentido, era una mala señal. Quería decir que el capitán —o, más probablemente, Bikker— conocía la reputación de Croy y sabía que había sobrevivido a una situación mucho más difícil en palacio. Por supuesto que entonces había tenido la posibilidad de huir. En ese momento no le sería posible.

Croy se mantuvo en su posición, con la espada corta vuelta hacia el suelo, pero separada del cuerpo. Así, si se decidía a emplearla, podría trazar un amplio arco con ella. Cuando el capitán se le acercó, respiró hondo y se aprestó para pasar al ataque.

—Tu bestia es fuerte —dijo el capitán—, pero no tiene arrestos para luchar. No ha arañado siquiera a ninguno de nosotros. Pienso que no has acertado al elegir compañero.

Croy asintió con la cabeza.

—Ha cumplido con su propósito. La mitad de tus hombres están desarmados, o sostienen trozos de madera que habían sido armas.

—Pero la otra mitad, no. Y tenemos un buen número de armas en reserva al otro lado de la verja. Parece que quieras acabar con todos nosotros sin ayuda de nadie, *sir* Croy. Me gustaría saber por qué, antes de ordenar tu muerte.

La herida que Croy tenía en la espalda palpitó con furia. A su cuerpo no le gustaba la inmovilidad.

—He venido por la corona del burgrave. Los ladrones la escondieron aquí. Si vuestro maestro está dispuesto a entregarla, me marcharé en paz. No quiero matar a nadie, si no es necesario.

—Yo también preferiría evitar ese extremo. La Guardia Ciudadana se presentará dentro de poco, no me cabe ninguna duda. Media ciudad debe haber oído cómo luchábamos. Cuando lleguen, no querría tener que explicarles lo que hace un ogro muerto y un caballero muertos tendido en mi césped. No sé nada de ninguna corona. Pero tienes la posibilidad de marcharte ahora mismo con tu mascota. Podríamos... dejarlo correr. —El capitán miró a Croy. Sabía muy bien que el enfrentamiento no



terminaría así—. ¡Te ofrezco los términos más favorables que se puedan imaginar, *sir* Croy!

—No pienso marcharme sin la corona —insistió Croy.

El capitán levantó ambas manos con desagrado. Luego se volvió sobre sus talones y le hizo un gesto al arquero.

Se oyó la vibración del arco, y la flecha surcó el aire a demasiada velocidad para que pudiera seguirla el ojo humano. Voló hacia el ojo sano de Gurrh. Al mismo tiempo, los cuatro guardias que rodeaban a Croy avanzaron todos a la vez, con estudiada coordinación, y lo atacaron con sus alabardas y gujas.

Gurrh agarró la flecha en pleno vuelo, una fracción de segundo antes de que le perforara el ojo. La partió en dos mitades.

Ni siquiera los sentidos de Croy, agudizados por la emoción del combate y por el espectro cada vez más cercano de su propia muerte, lograron seguir todo lo que ocurrió luego. Por fortuna, no tuvo que ver ni oír nada. Se había encontrado en la misma situación un millar de veces, en la época en la que se instruía para ganarse el rango de Espada Antigua. Su maestro de esgrima, Bikker, le había dicho que llegaría ese día en el que se vería atrapado en un duelo en el que no podría triunfar. Le había enseñado a estar preparado para ello.

En una situación como ésa sólo había un único curso de acción. Debía parar tantos ataques como fuera posible en cada momento y reducir al mínimo el daño de los que no pudiera evitar.

El escudo de Croy recibió el golpe de una guja, pero ésta rebotó. La espada corta del caballero paró el hacha de una alabarda y las dos armas rechinaron hasta que esta última quedó atrapada en el gavilán de la espada. Croy torció la cadera para apartarse a un lado y un tercer ataque —por detrás— no hizo más que rozarle el costado.

El cuarto sí alcanzó su objetivo, y diez centímetros de acero se le hundieron en el costado.

Croy respingó de dolor, pero se dio cuenta de que el mandoble no le había alcanzado el riñón. No iba a morir de esa herida. Al menos, enseguida. Así que aún le quedaba tiempo. Tiempo para contraatacar.

La guja que había parado antes con el escudo apuntaba al aire. El hombre que la esgrimía la agarraba por otra parte del asta en un intento por controlarla mejor. Croy agachó la cabeza y se arrojó contra él, al tiempo que tiraba con la diestra para que la espada corta quedara libre de la alabarda con la que se había trabado.

Notó que la espada se soltaba, pero fue su escudo lo que golpeó en el rostro al hombre armado con la guja. Éste gruñó mientras se desplomaba. Croy se dio la vuelta y se encaró con tres oponentes que ya no lo tenían cercado.

Una alabarda teñida de rojo con la sangre del propio Croy avanzó hacia su rostro. El caballero desvió el ataque con el tercio débil de la espada corta, y luego giró, escudo en mano, para detener una guja que lo acometía por debajo. Ya no veía a los hombres que sostenían las armas. Estaba demasiado ocupado con el movimiento de

las puntas y las hachas de las alabardas, y con el filo centelleante de las gujas.

Una punta de alabarda acometió contra su pierna izquierda. Croy bajó el escudo y el arma se estrelló contra la madera de roble y la perforó; el caballero vio salir la punta por la parte de atrás del escudo. Sin prestar atención al dolor que sentía en la espalda, agarró la alabarda con el brazo izquierdo y se la quitó de las manos al guardia. Persistió en su ataque y acometió con la espada corta contra la delantera del guardia desarmado: le rasgó la túnica y le trazó una línea de sangre sobre el pecho. El mercenario se volvió de lado y se cayó al suelo.

Tan sólo quedaban dos oponentes, que estaban de pie, con el arma frente al cuerpo, en posición defensiva. Croy apuntó con la espada corta a uno de ellos, y luego al otro.

—¿Cuánto os paga Hazoth? —dijo.

—No lo suficiente —respondió uno de ellos. Arrojó la alabarda al suelo y huyó. El otro no tardó en seguirlo... pero éste se llevó su guja.

Malden pasó por la puerta y accedió al corredor de las trampas. Tuvo buen cuidado de tantear el suelo con el pie antes de apoyar todo su peso. No cedió. Bajó la tapa del pequeño farol y cerró los ojos, y luego los abrió de nuevo para tratar de adaptarlos a la penumbra. Había esperado que alguna luz se filtrara hasta el corredor... había contado con que por lo menos entrara por debajo de la puerta, o por el ojo de la cerradura. Pero sus ojos nadaban en la total ausencia de luz.

Bueno... casi total.

En el pasillo reinaba la negrura, salvo por una mancha de luz anaranjada que brillaba a lo lejos. Los ojos de Malden no parecían adaptarse a la oscuridad. Volvió a levantar la tapa del farol, en un intento por ver algo. Un pálido fulgor emanó de éste, pero sólo por un instante, antes de que la vela que se hallaba dentro chisporrotease y se extinguiera.

Malden maldijo en silencio y metió la mano bajo la túnica para sacar la cajita de yesca. Pero, antes de que hubiese podido encontrarla, la lejana luz anaranjada se inflamó, y Malden volvió la mirada hacia ella. Lo que había sido un fulgor informe se había transformado en una esfera de fuego con un centro de color negro, circundado por un ardiente anillo de oro. Parecía que fuese el ojo de un monstruo enorme.

Lo miraba a él. Miraba dentro de él. Miraba a través de él. Y entonces le recorrió la locura, como un viento que aúlla desde el abismo.

Malden se tambaleó y cerró los ojos con fuerza. Soltó el farol sin luz, pero no oyó su caída. Se sujetó la cabeza con ambas manos.

«Guárdate del ojo», le había dicho Bocacerrada. Y nada más. ¿Qué era lo que sabía el viejo ladrón? ¿Acaso Bocacerrada había entrado en la mansión en otro tiempo y había caído en la misma trampa? ¿O había sido otro quien se lo había contado? Malden había comprendido desde hacía mucho que el silencio de Bocacerrada no servía tan sólo para proteger sus secretos. Servía también para que otras personas le contaran los suyos sin miedo. Bocacerrada era un cofre del tesoro repleto de chismes. Pero si en este caso había sido un poco menos avaro... bueno... ¿Qué era lo que no le había dicho a Malden?

Malden tembló como si hubiera tenido frío, aunque, en verdad, se sentía como si lo hubiera abrasado una tormenta de fuego. Abrió los ojos, pero se los protegió con una mano, para no tener que volver a encontrarse con la mirada de la criatura infernal.

No tendría que haberse molestado. El ojo había desaparecido. Y también la oscuridad.

Malden se vio en un corredor de quizás unos ocho metros de largo. Había ventanas aproximadamente cada tres metros, y la luz de la luna entraba y formaba

manchas de luz sobre el entablado. Entre las manchas de luz había sombras impenetrables. Como si el pasillo fuese una columna en un juego de mesa en el que alternaran casillas blancas y negras.

Se volvió y vio que la puerta por donde había entrado ya no existía. Había una pared lisa, de yeso y madera.

Un corredor flanqueado por ventanas, en el que entraba la luz de luna... conocía ese lugar. Había estado allí. Era el mismo corredor que había atravesado para llegar a la habitación en la torre donde dormía la corona, guardada por el horror con tentáculos. Era una réplica del corredor iluminado por la luna que había encontrado en palacio. Un lugar repleto de trampas que había logrado superar gracias a sus habilidades. Era una réplica perfecta, como si un grupo de enanos se hubiera esforzado en copiar aquel pasillo hasta la última mota de polvo, hasta los ángulos de todos los rayos de luz. Era como si su cuerpo se hubiera transportado a palacio, al sitio donde había logrado su gran triunfo —y su peor fracaso— como ladrón. Malden estaba a punto de creerse que era precisamente eso lo que había ocurrido.

Sólo que... no podía ser. El pasillo de la otra vez había sufrido serios daños como consecuencia del crecimiento mágico del demonio. Seguramente ya no existía. Lo más probable era que el burgrave no tuviese ningún motivo para reconstruirlo. Por lo tanto, Malden se hallaba todavía en la casa de Hazoth. Pero no era posible que un pasillo como ése existiera también en la mansión, precisamente en ese lugar.

No podía haber ventanas en ese corredor. El pasillo con trampas de la mansión de Hazoth estaba encerrado entre habitaciones con gruesas paredes. No había manera de que la luz de la luna llegase hasta allí.

Así que la luz de la luna, por lo menos, debía ser una ilusión. Un fantasma conjurado por la brujería de Hazoth. Y, con todo... ¿a qué se debía su demencial semejanza con el corredor de palacio? ¿Qué motivo podía tener el mago para darle a ese pasillo la apariencia de un corredor que tan sólo había visto un puñado de personas? No tenía ningún sentido.

Al menos, Malden conocía el secreto del corredor. Las sombras que quedaban entre las manchas de luz de luna ocultaban baldosas que reaccionarían a la presión y harían saltar unos muelles que, a su vez, impulsarían unos afilados barrotes que bajarían desde el techo y ensartarían a cualquiera que fuese lo bastante necio como para pisarlas. El suelo que se hallaba bajo la última mancha de luz de luna se vendría abajo y quien lo pisara se caería a un pozo que conducía a las mazmorras del burgrave, o al horrible equivalente que éstas tuvieran en la mansión. ¿O... no? Malden repasó mentalmente el plano de la mansión. El corredor se encontraba en el centro del segundo piso. Debajo de éste se encontraba la galería que quedaba abierta sobre el gran vestíbulo de la entrada. Así pues, el pozo que se encontrara al final del pasillo dejaría caer al desprevenido ladrón sobre la esfera de hierro.

Quizás hubiera otras diferencias también. Quizá fuera eso lo que había que entender.

Ah.

«Guárdate del ojo». Malden tuvo la sensación de empezar a entenderlo. El ojo había escrutado el alma de Malden y había construido el pasillo a partir de sus recuerdos. Ésa era la única manera de explicar que tuviera exactamente el mismo aspecto. Se trataba de un hechizo sutil, y también astuto. Podría haber hecho creer a Malden que se hallaba en un prado de flores, o en el fondo del océano, o incluso en el abismo. Pero Malden se habría dado cuenta en seguida de que era una ilusión. El ojo se había enterado de que esperaba encontrarse un pasillo repleto de trampas, y, por tanto, había creado uno. La ilusión era tan completa, y tan convincente... el color de la luz de la luna era de plata pálida, el aire olía a piedra vieja y a la atmósfera cargada del Monte del Castillo. Si no hubiera sabido que era imposible, Malden habría pensado que la desorientación anterior se debía simplemente a la necesidad de ajustar los ojos a la luz de la luna. Podría haber creído plenamente en el pasillo que se hallaba ante sus ojos. Eso era, probablemente, lo que habría ocurrido, de no ser por la advertencia de Bocacerrada. Podía ser que el anciano le hubiera salvado la vida.

El pasillo se basaba en los recuerdos de Malden. No había ningún motivo para que jugase limpio con todos los detalles. Miró a su alrededor, en busca del farol que había dejado a oscuras, pero no logró encontrarlo. Podía ser que aún estuviese allí, pero la visión se lo ocultara.

En una bolsa atada al cinturón, llevaba tres de las creaciones más fiables de Slag. Bolas de plomo, forradas en cuero para impedir que hiciesen ruido al entrechocar. Sacó una y la sopesó, y luego la arrojó en dirección al pasillo. Cayó con un golpe sordo sobre una de las manchas de luz de luna y se alejó rodado hacia la oscuridad, donde ya no pudo verla. Si el corredor obedecía las leyes que Malden recordaba, un trío de lanzas de latón caería del techo como un rastrillo y clavaría la bola contra el suelo.

Pero no fue eso lo que sucedió.

En cambio, se abrió una boca en la oscuridad y una gigantesca dentadura blanca relució bajo los rayos de luz de la luna. Los dientes se cerraron sobre la bola y la hicieron pedazos. Luego se abrieron de nuevo. Una lengua tan gruesa como el brazo de Malden, de punta bifurcada, salió de la boca y lamió el suelo, en torno a los dientes, cual perro abandonado que buscara un bocado de comida. Al no encontrar nada, desapareció tras los dientes, que se cerraron, y se desvanecieron, y en el pasillo tan sólo quedó la penumbra.

Malden se acordó de los dientes en la cerradura que acababa de descerrar, los mismos que habían masticado la llave y la ganzúa. Esos dientes habían desaparecido nada más abrirse la cerradura, pero habían dejado marcas muy de verdad en sus herramientas. Así, poco importaba que aquella dentadura —muchas, muchas veces más grande— fuera o no una ilusión. No le cabía ninguna duda que, si lo atrapaba, daría buena cuenta de él.

Tampoco le había gustado nada aquella lengua. Aunque saltase sobre las

secciones oscuras del pasillo —una táctica que le había funcionado admirablemente en palacio—, ¿podía estar seguro de que las fauces no se abrirían de todos modos? La lengua podía agarrarlo a medio salto y arrastrarlo hasta los dientes antes de que pudiera llegar a la siguiente mancha de luz.

Debía tener cuidado y pensarlo bien. Malden sabía que no le quedaba mucho tiempo. Tendría que actuar con rapidez. Pero si iba demasiado rápido, podía morir.

Quería ver hasta dónde se podía llegar sin que las fauces se abrieran. Sin separarse de la pared donde se hallaban las ventanas, y donde había más luz, anduvo hasta la primera mancha de luz de luna. Contempló muy de cerca los trechos oscuros, en busca de cualquier indicio de que aquello reaccionara ante su presencia. Así, cuando sus pies empezaron a hundirse en el suelo, tan sólo se le ocurrió que había pisado una alfombra gruesa.

No se dio cuenta que el suelo iluminado no era sólido, sino blando, y viscoso como una sopa de gachas, hasta que se hubo hundido en él hasta los tobillos.

En el suelo no se hicieron ondas, ni tembló como un líquido. Parecía sólido y llano como una piedra. Pero lo succionaba hacia abajo, poco a poco, y Malden sintió que su sustancia le llenaba los zapatos y se le pegaba al vello de las piernas.

Trató de arrancar el pie izquierdo del suelo y lo único que consiguió fue perder el equilibrio: el pie derecho no tenía ningún apoyo. Dio patadas y agitó los brazos, pero con eso tan sólo consiguió hundirse más rápido, hasta que el suelo le llegó a las rodillas. La espalda se le fue hacia atrás y se dio cuenta de que, si no lograba frenarse, se hundiría en el suelo hasta que éste le cubriera el rostro, hasta que aquella sustancia plateada como la luz de la luna le llenase la nariz y la boca, y lo ahogara.

Por todo el pasillo, los trechos oscuros que quedaban entre las manchas de luz cobraron vida, fauces dentadas se abrieron y vibraron con sus propias carcajadas, largas lenguas serpentearon y lamieron el aire. El pasillo se burlaba de él.

Malden se negó a que un trecho de pasillo se riera de él. Tal y como le había dicho a Croy, no conocía el verdadero honor, y jamás había permitido que el orgullo se interpusiera en la realización de un trabajo. Pero no pensaba tolerar que un objeto inanimado, maldito por los dioses, se riera de él y quedara sin castigo.

Desesperado por agarrarse a algo, levantó las manos y se aferró al alféizar interior de la ventana. Estaba atrapado en el suelo, que le llegaba ya a la cintura, pero podría aguantar si empleaba toda la fuerza de sus dos brazos. Por desgracia, no fue suficiente para liberarlo.

Había quedado atrapado frente a la ventana. Miró por el cristal y vio el recinto de palacio: el muro del Monte del Castillo se encontraba a no más de cien metros, la luna brillaba en lo alto. Una nubecilla alargada partía el satélite por la mitad. Pero, al observarla, Malden se dio cuenta de que no se movía. Las estrellas que se encontraban alrededor de la luna no parpadeaban.

Todo era una ilusión. La luna, el suelo viscoso, las bocas que farfullaban y se carcajeaban. Todo era una creación del ojo que había visto en la penumbra. Podía afectarle —podía matarle, de eso estaba seguro—, pero no había nada que fuese real.

Tiró de sí mismo con todas sus fuerzas y logró ascender unos pocos centímetros. Los suficientes para apoyar el codo derecho en el alféizar de la ventana. Logró aguantar allí y recostó casi todo su peso contra la pared. Luego abrió la mano izquierda, que hasta entonces, igual que la derecha, se había agarrado con desesperación al alféizar. Estuvo a punto de hundirse de nuevo en la líquida luz de la luna, pero logró sostenerse. Vio que la ventana se componía de una docena de largas lunas de cristal sujetas en un marco de madera. Alargó el brazo izquierdo y golpeó el cristal más cercano. No se rompió (y se alegró por ello... había temido que los cristales rotos le abriesen heridas en la mano), sino que cedió ante su golpe, porque

era tan fluido como el suelo. Metió la mano por la abertura que acababa de conseguir y sintió el aire del exterior. Sólo que no era aire de verdad. Había sentido lo mismo al tratar de estrecharle la mano a Kemper. Era frío y pegajoso, una nada que, de acuerdo con sus otros sentidos, no podía existir. Su mente no podía aceptar esa ausencia y por ello la transformaba en presencia, le daba textura y sensación, aunque en realidad no tuviera.

A pesar de las miserias e infortunios que había tenido que sufrir desde que se prestó a robar la corona, Malden daba las gracias por lo que todas sus desdichas le habían enseñado. Sabía que la mayoría de los ladrones evitaban la magia y lo sobrenatural como si fuesen viruelas, y con buen motivo. Un hombre común, por muy hábil y diestro que fuera, tenía muy pocas oportunidades incluso ante la más simple de las magias. Pero Malden aprendía rápido, y, como no le había quedado otra opción, había aprendido unos rudimentos de magia, más o menos durante la última semana. Había aprendido que operaba de acuerdo con normas. Éstas no eran las mismas que regían el mundo natural. La magia era una perversión de esas leyes fundamentales. Pero, como todas las perversiones, tenía que reflejar su original, aunque de manera distorsionada. La magia no era nunca arbitraria, aunque pudiese parecerlo. Se gobernaba por una lógica intrínseca, por una serie de límites que no podía traspasar. En ese lugar, la luz y el cristal podían actuar como líquidos pero, entonces, actuarían siempre como líquidos. Los objetos sólidos parecían fuertes como el acero. Al menos de momento, creía haberle tomado las medidas a aquel corredor.

Tendió la mano a través de la húmeda nada y agarró el marco de madera que mantenía las lunas de cristal en su lugar. Otro de los cristales chapoteó y se escurrió de su mano, y ésta se agarró a la madera, que, por fortuna, era tan sólida como parecía. Todavía más: parecía tan sólida como el hierro. Malden pensó que aguantaría su peso.

Así sujeto, se agarró al marco también con la mano derecha. Tiró de sí mismo hacia arriba como si hubiera trepado por una escalera de mano. Poco a poco, sus piernas se liberaron del suelo. La luz de la luna no se adhirió a ellas, ni goteó desde sus calzones, ni cambió de forma, ni fluyó mientras se liberaba.

Al fin se encaramó al marco de la ventana y logró apoyar ambas piernas sobre el alféizar, y así pudo quedarse en pie. Luego miró hacia abajo.

El suelo se veía tan sólido como siempre. Las bocas que moraban en la penumbra se habían cerrado de nuevo y lo único que se veía era la oscuridad. El pasillo estaba exactamente igual que cuando había entrado. Malden había recorrido unos dos metros.

Bueno. Ya era algo. Además, le había tomado las medidas al lugar. Conocía sus normas... por lo menos algunas de ellas.

La siguiente mancha de luz se encontraba tres metros más allá. Tendría que atravesar unas nuevas fauces de oscuridad, y cuando llegara habría de pugnar con el suelo, que trataría de engullirlo. Se le ocurrió que tal vez hubiese una manera de



evitarlo. Agarró la cuerda que llevaba enrollada en torno a la cintura —la misma que Malden y Kemper habían empleado para entrar en la mansión, con el cabo bañado en plata— y la ató a lo más alto del marco de la ventana. Malden le dio un par de tirones hasta que estuvo seguro de que el nudo no se desharía cuando la cuerda soportara el peso del muchacho. Luego se agarró al cabo plateado y dio un salto hasta la pared lisa que se encontraba al principio, en el mismo lugar donde había estado la puerta de entrada. Allí el suelo era sólido y no tenía dientes. Tal vez fuese el único trecho, en todo el pasillo, en el que no corriera ningún peligro.

Se frotó las palmas de ambas manos contra los calzones para limpiarse el sudor, y luego se ató el cabo de cuerda plateado en torno a la cintura. Tomó carrerilla hacia la mancha de luz líquida y saltó sobre ella agarrándose a la cuerda. Pasó por encima de la luz y llegó a la siguiente oscuridad.

Bajo sus pies, unos dientes mordieron el aire, y una lengua larga y rosada trató de agarrarlo, como una rana atrapa a una mosca. Malden dobló las piernas y las recogió frente al pecho, y la lengua a duras penas llegó a hacerle cosquillas.

El movimiento pendular de la cuerda terminó, y el joven se estrelló contra la segunda ventana. El cristal no hizo ningún sonido, porque chapoteó como un líquido. Malden logró agarrarse al marco cuando los dedos de sus pies se habían hundido en la luz de la luna. Trepó al alféizar, hacia la mitad del corredor.

Había funcionado.

Malden se detuvo unos instantes para tomar aliento. Aún faltaba lo más difícil. Tenía que cruzar otro trecho iluminado —y otra boca mágica— para llegar al final del pasillo. La cuerda todavía estaba atada a la ventana que había dejado a sus espaldas. En cuanto hubo recobrado el aliento, se sujetó al armazón de la ventana con una pierna y se aferró a la cuerda. Tiró de ella con todas sus fuerzas.

El marco de ventana al que estaba atada la cuerda crujió. En el silencioso pasillo, el sonido fue ensordecedor, pero Malden ya no se preocupaba del ruido que hiciera. Hizo fuerza, y gruñó, y sudó, porque los músculos de la espalda le ardían, pero entonces la cuerda se rompió y arrastró un trozo de marco de ventana tras de sí. Con la cuerda que aún lo sujetaba, fue a parar sobre una mancha de luz, pero Malden tiró de él antes de que se hundiera.

Deshizo el nudo con dedos temblorosos y quitó los restos de marco de ventana que habían quedado en la cuerda, y entonces hizo otro nudo con el que sujetó la cuerda a la parte de arriba del marco de la segunda ventana. Sería difícil repetir el salto de antes, no dispondría de un trecho llano para tomar carrerilla de nuevo.

Pero Malden se negaba a fracasar. Dio una patada al alféizar de la ventana para tomar impulso y se columpió hacia la ventana siguiente. No llegó tan lejos, ni a tanta velocidad como la primera vez, pero sí lo suficiente como para apoyar los dedos de un pie sobre el alféizar de la tercera y última ventana. Bajo sus pies, una boca llena de dientes mordió y masticó el aire que desplazaba con su movimiento, pero no llegó a tocarle, y su larga lengua no lo alcanzó.

Repitió el truco una vez más —tiró de la cuerda hasta que se soltó, volvió a atarla, y dio otro salto desesperado mientras el corredor trataba de devorarlo—, y de pronto se vio al otro extremo del pasillo. Tanteó el suelo con el pie y se cercioró de que era sólido. Saltó al suelo y se encontró, cara a cara, con una pequeña estatua del Dios de la Sangre, idéntica a la que había visto en palacio, con una diferencia: sus ojos eran de color anaranjado y refulgían.

No prestó atención a su mirada y tiró hacia abajo del brazo donde se encontraba la bisagra, el que sostenía la flecha. En palacio, había hecho que la pared y una parte del suelo giraran sobre sí mismos y lo transportasen al interior de la estancia que se hallaba dentro de la torre. Allí tuvo un efecto distinto.

El pasillo quedó sumido en la negrura... al instante. Los sentidos de Malden fueron presa de la confusión, y, cuando vio de nuevo, se encontró con que el pasillo estaba alumbrado por faroles encendidos. Tenía la misma longitud y anchura que antes, pero sin rasgos propios. Tan sólo un pasillo sin adornos ni ventanas. Había una puerta normal y corriente a cada extremo.

La ilusión se había desvanecido.

Por encima de Malden, en el trozo de pared que se hallaba sobre la puerta por la que se entraba en el gabinete, había un ojo anaranjado, refulgente, montado en un soporte de latón. El ojo lo contempló por un instante, repleto de odio. Luego sus párpados de latón se cerraron y su luz dejó de brillar.

La puerta que se encontraba frente a Malden no estaba cerrada con llave. El joven la abrió con cuidado y penetró en el gabinete de Hazoth. Nada se interponía entre el ladrón y la corona.

Croy dio un paso adelante y estuvo a punto de derrumbarse. La herida que tenía en el costado era profunda y sangraba en abundancia. La de la espalda se había abierto de nuevo y, aunque la sangre tan sólo rezumara, los músculos de esa zona le habían quedado rígidos y doloridos, y le provocaban insoportables calambres por todo el cuerpo cada vez que se movía.

Dio otro paso. Le resultó difícil.

Los cinco guardias que quedaban lo contemplaron con pasmo. Dos de ellos habían soltado las armas y estaban a punto de huir. Los demás no se movían. Su capitán miraba una y otra vez en dirección hacia la mansión, como si esperara que en cualquier momento le llegasen refuerzos.

Si se arrojaban sobre él, Croy podía darse por perdido. No lograría contenerlos a todos, y Gurrh tampoco podría ayudarlo. El propio ogro estaba herido y no dejaba de parpadear para sacudirse la sangre de los ojos.

Croy dio otro paso. A veces tan sólo se necesitaba coraje, y no la fuerza de los brazos. Había aprendido esa lección en incontables ocasiones. Coraje.

Aunque no fuese más que bravuconería huera.

La esgrima tiene algo de espectáculo. Era Bikker quien se lo había enseñado. A menudo, un enfrentamiento con armas venía a ser un enfrentamiento de voluntades, y, a veces, la fanfarronería era más importante que el valor. Un hombre con una sonrisa salvaje en el rostro podía parecer más peligroso que otro con una espada en la mano. Estaba herido, exhausto, y a punto de caerse de rodillas. Si en ese momento mostraba algún signo de debilidad —y, por la Señora, ¡cuán grande era su deseo de enjugarse la frente, o de respirar hondo!— sería su fin, y los guardias se arrojarían todos a la vez sobre él. Pero si lograba poner cara de valentía y mantenerse en pie, tal vez tuviera una oportunidad.

Levantó la espada corta, cubierta de grumos de sangre. La tendió hasta donde pudo llegar con el brazo y luego la empleó para golpear el borde de su propio escudo.

—¿A quién le toca ahora? —preguntó. El cansancio le había enronquecido la voz, pero aún podía gritar.

Los dos guardias que habían soltado sus armas se marcharon corriendo por el prado comunal y desaparecieron en la oscuridad de la noche. Otro empezó a gritar que bajasen la barrera. Corrió hacia la puerta de la mansión, pero, cuando iba a entrar, la barrera mágica se apoderó de él y lo levantó en el aire. Forcejeó en vano. Unas garras invisibles le arrebataron su arma y la arrojaron lejos.

—Está sangrando —dijo el capitán, y luego se secó la boca con la mano—. Tiene una herida. ¡Miradlo! ¡Si apenas puede caminar!

Los otros dos guardias se miraron entre sí. Luego soltaron las armas y cayeron de

rodillas. Uno de ellos le rezó a la Señora por su salvación. El capitán le dio un sonoro bofetón y se cayó de costado.

—¿Qué os sucede, bellacos? —preguntó el capitán—. ¡Ese hombre está solo! Aunque fuese el campeón del rey, un hombre solo no va a poder con todos nosotros. ¡Si luchamos juntos, no! —Agarró por los brazos a sus hombres y trató de obligarles a avanzar.

Croy sintió en el pecho un formidable respeto por aquel hombre. Si las cosas hubiesen marchado de otra manera, si hubiera luchado junto al capitán en un campo de batalla, tal vez lo habría llamado «héroe». Si era posible, quería dejar a aquel hombre con vida, aunque sólo fuera por su propio honor.

Pero eso significaba que tendría que convencerle para que incumpliese su deber.

—No quieren morir —dijo Croy. Señaló al capitán con la espada—. ¿Y tú? ¿Tan grande es tu lealtad para con ese brujo que estás dispuesto a morir por él?

El capitán trató de responderle con una sonrisa burlona. Pero no lo consiguió.

—No creo que tenga problemas con un imbécil que se está desangrando —dijo. Pero no parecía que lo dijera con convicción.

Gurrh le tendió la mano a uno de los guardias que estaban de rodillas para ayudarlo a levantarse. El hombre chilló y se marchó corriendo. Al parecer, esa acción no transgredía los términos de la maldición del ogro. El otro guardia se marchó arrastrándose por el suelo, como si hubiera tenido demasiado miedo para correr.

—No sigas adelante, *sir* Croy —dijo el capitán. Miró hacia la mansión, donde el guardia atrapado aún se debatía en la barrera mágica.

—¡Bikker! —gritó el capitán—. ¡Bikker! Te necesitamos.

—Bikker es un cobarde desleal —dijo Croy. Dio otro paso hacia el capitán. Alzó la espada y la golpeó contra el escudo—. Si quisiera ayudarte, habría venido ya.

El capitán levantó la alabarda. Volvió la punta hacia Croy.

Croy se acercó un poco más. Ya estaba lo bastante cerca. Trazó un amplio arco con la espada corta. El tercio fuerte de la espada chocó contra la punta de la alabarda y la apartó a un lado. El capitán no tenía fuerzas en los brazos y no logró mantener firme el arma. Sus piezas de hierro repiquetearon por el temblor de sus manos. Croy sabía que eso era lo que les ocurría a los hombres cuando sentían un miedo extremo. Los músculos se les volvían de agua.

—Sujétala como se debe —le dijo Croy al capitán—. No es honorable matar a un enemigo que no puede defenderse.

El capitán se mordió el labio y cerró los ojos un instante.

—Si me matas, ¿qué ganas con ello? La barrera aún está en pie. Ni siquiera tu fabulosa espada podrá atravesarla.

—No —dijo Croy—, eso es cierto. Pero tú sí podrías bajarla con un gesto, ¿verdad?

El capitán lo miró fijamente.

—Baja la barrera —dijo Croy— y podrás marcharte de aquí.

—Mi amo y señor me ha ordenado que te detenga —dijo el capitán.

—Yo sirvo a tu verdadero señor, el burgrave. He venido para cumplir la ley de la Señora. Siempre, en la vida de todo hombre, llega un momento en el que hay que elegir entre servir al bien y hacer el mal. ¿Qué elegirás tú? ¿Qué provecho vas a sacar del mal?

El capitán cerró los ojos de nuevo. Croy pensó que no habría sido difícil dar un paso adelante y derribarlo. Habría sido lo más fácil del mundo.

El capitán levantó ambas manos en el aire. Hizo un gesto complicado con los dedos de una mano sobre la palma y los de la otra abiertos al máximo.

Los aires se agitaron sobre el prado comunal, como si una bandada de pájaros hubiese remontado el vuelo. La barrera había bajado. El guardia que había estado atrapado se precipitó violentamente sobre la grava y se quedó inmóvil.

—Gracias —dijo Croy, y se volvió para mirar a los ojos al capitán. Pero éste se había marchado. Su alabarda había quedado abandonada sobre la hierba.

Croy respiró hondo. Tenía heridas graves y lo sabía muy bien. Pero la barrera ya no estaba. Tenía el camino libre.

—Espera —dijo Gurrh. Croy se volvió hacia el ogro. Fue una mala idea, porque las heridas le dolieron aún más. Por un momento, tan solo vio sangre, y el aliento se le quedó trabado en la garganta.

—Tienes que ir a ese lugar. Pero todavía no —le dijo Gurrh. El ogro había arrancado un jirón de la túnica de uno de los guardias. Lo desgarró en varias vendas y restañó las heridas de Croy—. Ahora sí puedes.

Croy sonrió. Su sonrisa fue menos alegre de lo que le hubiera gustado, pero, al menos, no sintió dolor al mover la boca.

—Gracias, Gurrh. Sabes lo que tienes que hacer ahora, ¿verdad?

—Sí, lo sé —dijo el ogro. Anduvo hasta un lugar que se hallaba a unos veinte metros de la entrada de la mansión, y una vez allí se sentó sobre el prado y esperó.

Croy fue hasta la puerta y, tras un único instante de vacilación, entró. Una vez estuvo dentro, la gravilla crujió bajo sus botas. Estaba enfrente de la puerta principal de la mansión. Anduvo hacia ella tan rápido como pudo.

Pero, por supuesto, no podría entrar de inmediato en la casa. Todavía no.

Bikker estaba de pie, apoyado en la pared del edificio. Había cruzado los brazos sobre su enorme pecho. Croy vio que la capucha de una cota de malla le asomaba por el cuello de la túnica. El rostro del corpulento espadachín rebosaba salud y vigor.

—Croy —dijo Bikker, y dio un paso hacia él—. ¿Podrías prestarme atención un instante?

El gabinete de Hazoth era una sala alargada, de techo abovedado, envuelta en tinieblas. Cuando Malden entró, la única luz provenía del rosetón que se hallaba en su otro extremo: una gigantesca pieza de vidrio policromado que arrojaba largas franjas de luz roja y azul sobre el suelo. Después de la oscuridad que reinaba en el pasillo y en sus tenebrosas ilusiones, aquella luz era casi suficiente para que Malden pudiera ver. Buscó con los ojos el objeto que había ido a recobrar.

Vagos contornos de muebles y de instrumentos mágicos se hallaban a su alrededor. Todos los rincones de la sala estaban abarrotados de herramientas y aparatos, y tuvo el cuidado de no dar ningún paso adelante hasta que se hubo asegurado de que no pisaría nada peligroso ni repulsivo. En cuando hubo dado unos pocos pasos, empezó a ver formas más definidas. Distinguió vagamente la silueta de un árbol en el centro de la sala, con las ramas en alto, como los brazos de una mujer angustiada que se levantan en busca de auxilio.

Debía ser la bruja Coruth, la madre de Citera, que había adoptado la forma de un serbal para evitar la tortura a manos del brujo.

Malden dio un paso hacia el árbol... y la sala se llenó de luz.

Un fuego rojo se inflamaba por todas partes a su alrededor, en braseros, faroles y docenas de candelabros de elevado pedestal. Las llamas danzaban como locas... no eran llamas normales, sino lenguas de fuego invocadas del abismo. Alumbraron hasta el último detalle de la sala, pero le dieron un tono cobrizo que hacía que todas las cosas pareciesen manchadas de sangre.

Las paredes de la sala estaban cubiertas de anaqueles. Malden había quedado impresionado con la biblioteca que Hazoth tenía en la planta baja, pero allí debía de haber diez veces más libros, rollos de pergaminos y fragmentos de tabletas de piedra. Frente a los anaqueles había mesas de trabajo cubiertas de instrumentos mágicos: dagas ceremoniales, brújulas y cartabones de corredera, copas, varas, estiletes de piedras preciosas, cadenas de plata, manojos de hierbas. Ardía incienso en una docena de incensarios. El cuerpo momificado de un lagarto con fauces largas y dentadas colgaba de unas cadenas del techo.

Sobre una de las mesas había una campana de cristal, sobre un trípode de madera tallada. Dentro de la campana había un ser de unos treinta centímetros de altura que arañaba el cristal con unas pinzas menudas. Su rostro era casi humano, pero su cuerpo... no lo era. Malden prefirió no fijarse mucho en sus formas. Miró hacia otro lado, y vio que sobre otra mesa había un cuenco repleto de algo que parecía mercurio. Cuando Malden pasó por delante, la sustancia se movió hacia arriba hasta que un cúmulo de ojos argénteos miró al ladrón, desde lo alto de una fina columna de sustancia líquida. No trató de molestar a Malden, y el joven le devolvió la cortesía.

Sobre una tercera mesa se hallaba el cuerpo de un pequeño demonio, sujeto a la madera mediante largas agujas de hierro. Los pulmones y entrañas de la bestia estaban expuestos al aire libre. Los siete ojos del demonio parpadeaban y temblaban, y Malden se dio cuenta de que aún vivía. Se estremeció, porque el monstruo le suplicaba con su mirada inhumana, le rogaba que lo liberase. A pesar de su extraña forma, Malden habría sido capaz de hacerlo, si no hubiera sabido que era peligroso intentarlo, y no hubiese tenido cuestiones mucho más urgentes entre manos. Miró hacia otro lado y siguió buscando por la sala.

Había un montón de calaveras con menudas inscripciones. Mapas celestes, con las constelaciones en oro, yacían en el suelo a medio desenrollar. Un aparato semejante a un reloj, hecho de latón, estaba desmontado sobre una mesa. Sus números no medían el tiempo de acuerdo con ningún sistema de medidas que Malden pudiera reconocer.

Un estudioso de lo oculto habría podido emplear su vida entera en la clasificación de las curiosidades que había en la sala. Malden tenía tan poco tiempo que apenas si echó una mirada a la parafernalia allí reunida. Fue hacia el círculo mágico que se hallaba en el centro de la estancia, donde Coruth estaba aprisionada. El círculo no era más que un diagrama de tiza en el suelo, una doble circunferencia con runas y sellos dibujados entre las líneas concéntricas. Parecían garabatos de un niño sobre el pavimento, y no una prisión inexpugnable concebida para retener a una poderosa bruja. Pero la apariencia de la propia Coruth también era engañosa.

Con la luz roja, aún tenía menos apariencia de mujer, y mucha más de árbol, si bien estaba desprovista de follaje, incluso entonces, en lo más cálido del verano. Cabía distinguir la vaga semejanza de un rostro en la corteza del serbal, pero no abrió los ojos, ni le susurró secretos a Malden cuando éste se acercó. Si no hubiera sabido que no lo era, el ladrón habría pensado que se trataba de un árbol perfectamente natural. Resultaba extraño, quizá, que sus raíces se hundieran en el entarimado de madera de la estancia, o que se extendieran hasta los límites del círculo, pero no sobrepasaran por ninguna parte las líneas de tiza marcadas en el suelo.

Todavía más importante —y, por ello, centró toda la atención de Malden— era el cofre de plomo atrapado entre las raíces. Era un cofre sencillo, con unas pocas runas, de unos ciento treinta centímetros de largo y sesenta de ancho. Se había sellado mediante temperaturas elevadas, y por ello su tapa había quedado fundida con el resto.

Malden se arrodilló fuera del círculo mágico y trató de agarrar el cofre con las manos. ¡Sabía que tenía que liberar a Coruth, pero la corona estaba allí dentro! Casi la oía hablar dentro de su cabeza. Le pedía que la liberase. Las yemas de sus dedos pasaron por encima del círculo exterior sin ni siquiera tocarlo, y...

... retiró la mano al instante. Había pensado que el círculo le quemaría, o tal vez lo agarraría y lo retendría como la barrera mágica en el exterior. Sin embargo, tan sólo le hizo retroceder. No sintió ninguna resistencia, ni experimentó ningún dolor.

Simplemente repelió su mano, suavemente, sin fuerza aparente. Lo bastante como para que no pudiese vencer aquella resistencia, por mucho que lo intentara. Malden se dio cuenta de que le sería físicamente imposible tender la mano y tocar el cofre.

Sabía que tenía que haber alguna manera de romper el círculo. Tenía que haber alguna herramienta en la estancia que se lo permitiera, alguna combinación de hierbas que, al arder todas juntas, liberarían a los cautivos del círculo.

Pero, antes de que pudiese encontrar nada, las llamas rojas que alumbraban la sala crecieron, y ardieron con un furioso resplandor blanquecino que desbordó la visión de Malden y lo deslumbró por completo.



Bikker no hizo ningún movimiento para desenvainar *Lenguadeácido* de su vaina protegida con cristal. Croy tampoco desenvainó sus espadas.

Los encuentros como ése tenían sus propias normas. Cuando dos espadachines se enfrentaban en combate singular, el duelo se llamaba «conversación». Por lo general, empezaba precisamente con eso: un intercambio verbal que no tenía otro propósito que calibrar las voluntades de ambos rivales. A menudo, la confrontación se resolvía sin necesidad de empuñar las espadas. Croy sabía muy bien que no podría intimidar a Bikker de la misma manera que había asustado a los guardias, ni le sería posible razonar con él como había hecho con el capitán. No, no sería tan fácil... porque Bikker también era experto en bravuconadas. Pero Croy sí podría ganar algunos puntos con una ocurrencia ingeniosa o una burla atrevida. Tal vez lograra enfurecer a su hirsuto enemigo y aguijonearlo para que atacase en mal momento. Podía minar la confianza de Bikker y convencerle para que emplease más esfuerzos en la defensa, y así evitar que se lanzara sobre él con un ataque abrumador. También cabía la posibilidad de herirle en su honor llamándolo «canalla», porque lo era.

—Salud, viejo amigo —dijo Croy—. Me imagino que no habrás corregido tu rumbo ni recobrado tu honor, ¿verdad? No se te habrá ocurrido pedirme disculpas, ofrecer una plegaria a la Señora y marcharte por tu propio camino...

Bikker se rió.

—Ah, ¿tú te crees que los perros pueden cambiar el color de sus manchas? Sí, me imagino que tendría que hacer un acto de contrición. Penitencia por mis malas obras. Sí, me imagino que podría someterme a tus anticuadas nociones de honor y caballería. También podría matarte... aplastarte como a un mosquito que me zumbara en el oído, y luego volver a mi vida de libertinaje. Es lo que haría cualquier hombre cuerdo que viviera en el mundo real.

Croy sonrió, aunque le doliera.

—¿Sabes?, aunque parezca extraño, me alegro de verte. Me traes recuerdos de días mejores. Esos días en los que eras joven y te hallabas en la plenitud de tus fuerzas.

—A mí también me gustaría poder decir que me alegro de verte. Pero es que tienes mala pinta, Croy —dijo Bikker, y frunció el ceño, como si se entristeciera—. ¿Cuánta sangre te queda?

—Suficiente para que me arda, viejo amigo —dijo Croy. «Suficiente para seguir en pie todavía unos momentos», pensó—. Suficiente para derrotar a una docena de hombres.

Bikker asintió con respeto.

—Sí, es cierto que les has enseñado a esos perros cómo lucha un hombre. Sobre

todo con fintas y faroles.

Croy le hizo una reverencia.

—Quizá me instruyó el maestro de los engaños —dijo—. En buena medida, ese estilo me lo enseñaste tú.

—Igual que te enseñé a sostener ese trozo de hierro que llamas «espada». —Bikker dio un paso en dirección a Croy—. Dime, ¿a qué has venido? ¿Por Citera? ¿De verdad? A mí me parece que, en estos momentos, esa mujer lucharía mejor que su campeón.

—He venido por la corona que robasteis. Mejor dicho, una corona que robó un ladrón pagado por ti, por orden de un hombre que te lleva de la correa.

Bikker se encogió de hombros.

—Puede ser. Puede ser que hayas venido por eso. Pero tienes que saber que no te marcharás de aquí con ella. Sin embargo, pienso que has venido por otra razón. Pienso que has venido para pedir perdón y suplicarme misericordia. Para ofrecerme una reparación por todo el tiempo en el que has puesto en duda mi honor.

—¿Te refieres a aquella vez que te llamé «desleal», porque le vendes tu espada a cualquier hombre adinerado? —Croy se rió—. Un insulto muy grosero, en verdad. Pero dime, ¿en qué pude mancillar tu honor... si todo lo que dije era verdad? Juraste que defenderías al burgrave, igual que yo. Ahora te han ofrecido una paga más elevada y trabajas para el hombre que quiere destronar a mi señor.

El rostro de Bikker se llenó de rabia.

—¡Despierta, Croy! Abandona tus sueños, tus ingenuos ideales. ¡Somos Espadas Antiguas! El burgrave no se merece nuestros servicios.

—No es una cuestión de mérito. Es una cuestión de lealtad. De cumplir con el deber. Podrás decirme que esta manera de pensar es absurda, pero yo no te daré la razón. Creo en todo ello y lucharé por demostrarlo.

—Cuando mueras por mi espada, ¿qué habrás demostrado?

—El honor es inmortal —replicó Croy.

Bikker llevó la mano a la vaina y desenvainó *Lenguadeácido*. La humedad que cubría su superficie corroída centelleó a la luz de la luna. Una gota de ácido tomó forma en su punta y cayó al suelo, donde humeó y burbujeó.

—Desenvaina —dijo el corpulento espadachín. Sostenía *Lenguadeácido* en el costado, casi en ángulo recto con éste.

Croy inclinó la cabeza. Murmuró una breve plegaria a la Señora, para que prestara fuerzas a su brazo, porque iba a luchar a su servicio. Luego se llevó la mano al hombro y desenvainó la espada corta, y trazó un arco sobre el hombro para señalar a Bikker con su punta. *Matafantasmas* no salió de su vaina.

—Malnacido... —dijo Bikker—. Desenvaina la espada de verdad.

—*Matafantasmas* se forjó para matar demonios —dijo Croy— u oponentes dignos. Tú no eres lo uno ni lo otro, tan sólo un palurdo cuya sangre será una mácula incluso para este sencillo acero.

Había sido un grave insulto, y produjo el efecto deseado. Bikker se encolerizó y asestó un salvaje mandoble con *Lenguadeácido*. Levantó el arma y luego acometió contra el gavián de la de Croy.

Podría haber sido suficiente... ese único mandoble habría podido cortar el acero forjado por los enanos, y el empuje habría hecho que *Lenguadeácido* atravesara el cuerpo de Croy. Habría podido ser el mandoble que diese muerte al caballero.

Pero aún le quedaba el escudo del brazo izquierdo. Lo sostuvo en alto y paró el golpe. El metal empapado en ácido devoró el escudo de madera y atravesó la guarda de hierro tan fácilmente como habría podido surcar el aire, pero Croy soltó el escudo a tiempo y retrocedió, y *Lenguadeácido* se clavó en la tierra que se hallaban entre sus pies.

Bikker saltó hacia atrás liberando al mismo tiempo el arma, y se quedó a distancia suficiente como para no sufrir un contraataque. Se reía como un loco.

—Muy bien, Croy. Muy bien. —La rabia había desaparecido de su semblante. ¿Acaso la había fingido? Pero antes había parecido auténtica—. Podrías sobrevivir durante cinco minutos si lucharas a la defensiva. ¿Con eso sería suficiente?

—¿Suficiente para qué? —preguntó Croy.

—Para que tu amigo Malden se haga con la corona. Después de todo, has venido aquí para tenerme distraído, ¿verdad? Para que no esté en la casa cuando ese ladrón que tienes por mascota entre a robar.

Croy no pudo evitar que la sorpresa apareciera en su rostro. ¿Cómo podía saberlo Bikker?

—No habrías pensado que dejaríamos la corona sin vigilancia, ¿verdad? Qué estúpido ha sido Malden. Hazoth es un hechicero. Tiene muchas maneras de saber lo que ocurre dentro de su casa. Ahora mismo ya sabe que Malden está ahí dentro, y también sabe lo que trata de hacer. ¡Ah! ¡Mira allí!

Bikker señaló el rosetón del segundo piso. Una luz multicolor se encendió de pronto tras el cristal.

—Mientras nosotros charlamos aquí, Hazoth ha ido a darle la bienvenida a su indeseado huésped —anunció Bikker.

—No —murmuró Croy—. No. —No podía ser. Si Hazoth descubría a Malden dentro de la casa y le daba muerte por haber allanado su morada, ¿quién podría recobrar la corona? ¿Quién iba a liberar a Coruth, y a Citera?

—¡No! —gritó de nuevo Croy, y se arrojó contra Bikker, espada en mano, en un desesperado intento de herirlo.

Malden se frotó los ojos con las yemas de los pulgares, en un intento por aliviarlos de los abrasadores rayos de luz. Recobró muy lentamente la visión... lo que fuera que había causado el estallido de luz había tenido fuerza suficiente para cegarlo. Tenía la esperanza de no quedarse ciego para siempre.

No le había afectado los oídos. Se dio cuenta de que había otras personas en el gabinete. Les oía caminar a su alrededor. Y también oyó aplausos.

—Ha sido impresionante. ¡Ya me había pasmado que un simio de las cloacas aprendiese a leer! Ahora veo que esa astucia animal puede evolucionar hasta el punto de resolver problemas sencillos, si se le presta el estímulo adecuado. Aunque, por supuesto, no tendría que sorprenderme. El verano pasado descubrí un topo que había logrado entrar en el jardín porque había excavado una galería por debajo de la barrera, a una profundidad a la que no se me había ocurrido extenderla. Las alimañas siempre encuentran un camino.

—Buenas noches, Magus —dijo Malden, porque aquella voz era la de Hazoth. El miedo le recorrió la espalda como un chorro de agua helada, pero trató de hablar con aplomo.

—¿Acaso te he dado permiso para hablar? No. Todavía no. Eres un roedor muy atrevido, ¿verdad? El coraje es admirable, incluso en los órdenes inferiores de la vida. Así que te voy a perdonar esa falta contra las buenas maneras. Te voy a perdonar tu insolencia, pero sólo una vez. —Hazoth se acercó a Malden, que estaba agachado y se frotaba los ojos. No veía nada con detalle, sólo vagos contornos y sombras.

—Has podido con el Ojo de Klaproth —dijo Hazoth, como si no acabara de creérselo—. Me pregunto si... ¿lograste ver a través de sus ilusiones? ¿O puede ser que en tu cerebro no hubiese imágenes que pudiese emplear? En cualquier caso, tu primitivo cerebro te ha servido bien. Esto habría podido salirte bien... estaba ocupado con otros asuntos, y tal vez no me hubiera dado cuenta de tu presencia, si Citera no me hubiese advertido.

—¿Q-qué...? —Logró preguntar Malden.

¿Citera?

—Ni siquiera un idiota del calibre de *sir* Croy habría pensado que podría entrar en mi casa mientras la barrera mágica estuviera en su lugar. La maniobra de distracción que le has mandado llevar a cabo frente a las puertas ha sido ruidosa, pero yo no entendía el porqué. Así que he llamado a Citera y le he ordenado que me lo explicara todo. Todos los detalles de tu ambicioso plan. Y me los ha contado, sin apenas vacilar.

¿Citera lo había traicionado? Malden no podía creérselo. Tenía tanto que perder... pero luego pensó que Hazoth debía tener métodos propios para sacarle información.

Se llevó una mano al cinturón y empezó a acercarla, poco a poco, a la empuñadura de la daga.

Pero... no. Apenas si veía nada. Acometer a ciegas habría sido un disparate. Logró contener sus impulsos, la rabia porque lo hubieran descubierto, el terror por lo que iba a suceder. No le servían para nada. Luego les daría rienda suelta, si aún vivía.

—Interesante. Mira, mira esto, Citera. Podrías leerle los pensamientos a medida que le crecen en el cerebro. Mírale las manos y la boca. Le están delatando. Resulta fascinante, en verdad. —Malden contuvo la lengua—. Eres un roedor, amigo mío, y nada más. Un animal pequeño y ruin. Pero me diviertes, en cierto modo. Te doy las gracias por haber añadido alguna diversión a mi tediosa rutina. Toma. Vas a tener tu recompensa... te voy a devolver la vista.

Al instante, los ojos de Malden volvieron a ver. Parpadeó varias veces y luego miró en derredor. La estancia había cambiado muy poco. Las llamas ardían con un color más sano y la luz era mejor, así que también tuvo una visión más clara de lo que había en el gabinete, si bien lo que vio no le dio ningún motivo para alegrarse por la mejora. Hazoth era exactamente como Malden lo recordaba, pero vestía un camisón de noche y un gorro de cuero.

Citera se hallaba a su lado, con la mirada gacha. Era hermosa como siempre, aunque Malden supiese que lo había traicionado. Su mirada se cruzó con la de Malden y murmuró una disculpa con los labios, pero no llegó a oírse nada. Se veía tan desgraciada, tan digna de misericordia, que Malden se preguntó si habría sido capaz de encolerizarse de verdad por su traición.

Se encontró con que no podía.

La mujer había depositado sus esperanzas en la buena estrella de Croy y se había llevado una decepción. Había albergado esperanzas de que Malden pudiese ayudarla, y, al parecer, eso también había fallado. Su vida, y la de su madre, estaban ligadas a la de Hazoth por lazos impíos, y no podía liberarse. Citera necesitaba ayuda, y por ello se la había pedido a todos los que se encontraba, incluso a un pobre ladrón como Malden. El muchacho había hecho todo lo posible y Citera había empleado toda su destreza en ayudarlo. Pero ambos sabían que aquello era imposible. Una misión suicida. No, Malden no podía echarle las culpas. Si la mujer hubiera mantenido su inocencia, si hubiera contenido su lengua, Hazoth habría desfogado su rabia en Coruth.

Malden sabía que Citera no lo iba a permitir jamás, siempre que le quedara otra opción.

Malden echó una mirada a Coruth y a la caja de plomo donde se hallaba la corona. Estaban igual.

—No corren ningún peligro —dijo Hazoth. Se acercó al círculo mágico y se puso a inspeccionar las líneas de tiza dibujadas sobre el entarimado. Mientras el mago estaba distraído en ello, Malden se volvió hacia Citera y pensó en qué señal podía enviarle.

Lo único que pudo hacer fue encogerse de hombros.

Citera volvió los ojos hacia el árbol que era su madre. Una única lágrima descendió por su mejilla pintada. El corazón de Malden se fue con ella. Citera debía de haber albergado esperanzas al ver que Malden estaba tan cerca de rescatar a Coruth... el plan había salido tan bien... y ahora... en fin... las cosas habían cambiado.

Sentía el anhelo de hablar con ella. De darle confianza, aunque no tenía ni idea de las palabras que podía emplear. En cualquier caso, Hazoth no le había dado permiso para decir nada, y por ello permaneció en silencio. Trató de comunicarse con Citera tan sólo con los ojos, pero la mujer ya no lo miraba.

—Hay algo —dijo Hazoth, que había vuelto a ponerse en pie— que se me escapa. Querría saber la respuesta antes de decidir lo que voy a hacer contigo, mi pequeño roedor. —Se acercó de nuevo a Malden y contempló al ladrón con ojos intranquilos—. Está muy claro lo que habías venido a hacer aquí. Habías venido a recobrar lo que robaste a cambio de dinero —dijo Hazoth—. Los motivos para hacerlo no son ningún misterio. Debías pensar que, si recobrabas ese objeto, podrías valerte de él para negociar por tu vida con los que ahora mismo lo buscan. Una conclusión lógica, aunque tu razonamiento contenga una falacia. Todos los que participan en este juego te superan en poder e intelecto. Todos ellos estarían muy contentos si recuperaran la cosa ésa, es cierto. Pero, una vez que la tuviesen, no te dejarían con vida. ¿No lo ves? Sabes demasiado. Un animal en posesión de un secreto es un animal peligroso. Te matarían con más ganas que yo.

Malden se mordió el labio.

—Puedes hablar —le dijo Hazoth—. De hecho, insisto en que hables. Dime quién te envió y para qué quiere la corona.

Malden frunció el ceño.

—Probablemente ya sabes la respuesta. El burgrave quiere recobrar lo que le robaron. Quedará expuesto a la vergüenza pública si mañana tiene que presentarse en la procesión de la Natividad de la Señora sin su corona.

Hazoth sonrió.

—¿El burgrave? ¿Te refieres a Ommen Tarness? No creo que haya sido él quien requirió tus servicios. —Se rió sólo de pensarlo—. No, Ommen no.

—¿Y por qué no lo haría? —preguntó Malden.

—Porque Ommen Tarness es un idiota —le respondió Hazoth.

No niego que sea un idiota, pero...

El rostro de Hazoth se ensombreció de ira.

—¡No te he dado permiso para hablar! —bramó.

El corazón dejó de latirle a Malden. El dolor le atravesó los miembros y se desplomó en el suelo cual tembloroso guiñapo. No pudo tomar aliento, ni moverse, y todos los sonidos que se oían en la sala eran un eco distante...

... y de pronto se recobró. Se incorporó con grandes precauciones hasta quedarse sentado en el suelo. No sabía muy bien si seguía vivo o si había pasado al mundo de los muertos.

Hazoth siguió hablando como si no hubiera ocurrido nada.

—No he empleado esa palabra como un insulto casual. Ommen Tarness tiene el cerebro de un niño. Está así desde que tenía trece años, cuando su padre murió y él ascendió a burgrave... su cerebro dejó de desarrollarse, aunque su cuerpo sí creciera. A duras penas sabe comer solo. Tengo entendido que vestirlo por las mañanas es una tarea fatigosa... no le gustan los atavíos de Estado y tiene rabietas cuando el administrador trata de echarle la túnica sobre los hombros.

Malden frunció el ceño, en estado de confusión. Había presenciado muchas apariciones públicas de Ommen Tarness, y siempre le había parecido un hombre sumamente inteligente y con buen porte.

—El padre de Ommen, Holger Tarness, padecía el mismo mal. Y también el padre de Holger, y el padre de su padre... la dinastía de los Tarness lleva la corrupción en su sangre. Desde hace varios siglos no ha habido ninguno que supiera limpiarse los mocos —dijo Hazoth—. Ni siquiera es apropiado llamar «burgrave» a Ommen. No es más que un caballo que carga con un jinete, y ese jinete es el verdadero burgrave. El que en estos momentos está encerrado en ese cofre de plomo.

Malden se volvió para contemplar el cofre atrapado entre las raíces del serbal.

—Dime, roedor... ¿tu inteligencia alcanza para saber de quién te estoy hablando? Puedes responderme, si piensas que lo has adivinado.

Malden analizó cuidadosamente el enigma.

—Creo que entiendo lo que quieres decir. Ahora ya tengo suficientes pistas. La corona me habló cuando la sostuve en mis manos. Tenía un tono imperioso, como si estuviera acostumbrada a que todo el mundo obedeciese sus órdenes sin ponerlas en duda. —Malden negó con la cabeza. Aún recordaba cómo lo había llamado... y cuán difícil había sido resistirse a sus mandatos. Había querido que se la pusiera en la cabeza. Malden comprendió cuán estúpido habría sido hacerlo. Pensó en el segundo

punto—. Además, vi la cámara donde se encontraba cuando nadie la llevaba puesta, y estaba repleta de pendones y trofeos de guerra. Los trofeos de un caudillo, guardados en un lugar donde por lo general nadie los ve. Con todo, era evidente que alguien quería conservarlos. Sólo se me ocurre un hombre que pueda quererlo. —Asintió para sí mismo—. Para terminar, sé que Ommen Tarness no puede valerse de ninguna otra corona. Al principio, Bikker sugirió que, tras el robo de la corona, el burgrave ordenaría que le forjaran una reproducción y que ni siquiera mandaría buscar la original, por miedo de que se llegara a conocer el robo. Pero más adelante... otras personas me dijeron que no se podía prescindir de ésa. Que no era posible reemplazarla. Pero ¿por qué no? Yo pensaba que nadie habría oído hablar a la corona, exceptuándome a mí, y, presumiblemente, a Ommen Tarness. El pueblo aceptaría sin problemas una reproducción que no pudiese hablar. Así pues, Ommen necesita la corona para poder ejercer como burgrave. —Miró a los ojos de Hazoth—. A partir de estos elementos, creo haber llegado a una conclusión. ¿Lo que quieres decirme es que Juring Tarness sigue con vida ochocientos años después de su muerte, aprisionado en su propia corona?

Los ojos de Hazoth se llenaron de entusiasmo.

—¡Maravilloso! Has acertado en todo. Juring Tarness, el primer burgrave, fundador de la Ciudad Libre de Ness. El general que le entregó un país a su rey y pidió como recompensa un pozo de porquería. ¡Sí! Pero te has equivocado en un detalle sutil. La corona no tiene aprisionado a Juring... sino a Ommen. —Malden creía entender la distinción, pero no dijo nada para no irritar a Hazoth con su descortesía—. Juring y yo fuimos amigos íntimos, hace ocho siglos. Cierta noche, hacia el final de su vida, vino a mí y me rogó que lo ayudara. En esos tiempos tenía un hijo, un heredero que recibiría la corona y el título cuando hubiese muerto. Por desgracia, el muchacho era un haragán... malgastaba todas sus energías en mezquinas diversiones, vino y putas. Todo el mundo sabía que no iba a ser un buen gobernante. Juring amaba esta ciudad y estaba preocupado por lo que podría ocurrir cuando su hijo llegara al poder. Juring se había labrado su propio feudo y lo había gobernado hábilmente. Tal vez su pueblo lo considerara justo y sabio. Tal vez lo obedecieran tan sólo porque sabían de qué era capaz cuando se irritaba. Su hijo no podría ganarse igual respeto. Aún más importante: su hijo era incapaz de conservar el dinero. Se había entregado al juego y la bebida, y Juring sabía muy bien que, si se le daba rienda suelta, arruinaría a la ciudad en un año. En ese tiempo, el rey temía a Juring y no se entrometía en sus asuntos, pero, en cuanto Juring hubiese muerto, el rey tomaría nota de la debilidad de su hijo. De una manera u otra, acabaría por revocar los estatutos municipales, y todo aquello por lo que Juring había trabajado se iba a perder.

Los ojos de Hazoth se iluminaron al recordar ese pasado lejano. Malden no era tan estúpido como para pensar que el brujo se distraería y le daría una oportunidad de escapar.



—Juring acudió a mí cuando estaba en las últimas. No se veía capaz de encontrar una solución. Si hubiera existido algún método para que su sabiduría perviviera después de su muerte, un método con el que pudiese aconsejar a su hijo... y darle órdenes, si era necesario... se le ocurrió que tal vez yo pudiese ayudarlo. Examiné el problema desde todos los ángulos y finalmente hallé la respuesta. —Hazoth sonrió—. El cuerpo de Juring era frágil, como toda la carne humana. Estaba condenado a morir y pudrirse. Pero su mente podía seguir con vida mediante astutas aplicaciones de la magia que únicamente yo conocía. Necesitaba un soporte donde pudiera pervivir... su cerebro mortal se pudriría y su consciencia tendría que pasar a un receptáculo que el tiempo no pudiera corroer... un objeto de oro, que, a diferencia de los otros metales, no se oxida, ni se deslustra, ni acumula cardenillo. El oro tiene otras cualidades que también contribuyen a que sea ideal para un encantamiento de esa especie... pero, aunque las enumerase, no las comprenderías. Además, el objeto en cuestión tenía que ser algo de lo que su hijo no quisiera separarse. La corona era la opción más obvia. Juring quería que la corona hablase con su voz, aun después de su muerte, e hice que fuera así. Cada vez que el hijo se ponía la corona en la cabeza, oía la voz de su padre susurrándole al oído. No pudo disfrutar más de sus juergas y de sus ruinosas apuestas. Cada vez que se buscaba malas compañías o trataba mal a sus súbditos, sufría terribles jaquecas y sentía la necesidad de reparar el mal que había hecho. Solamente hallaba reposo cuando gobernaba la ciudad con el juicioso pragmatismo de su padre, y, así, se transformó en un burgrave muy capaz. Cuando envejeció, se preocupó mucho por lo que sería de la ciudad bajo su propio hijo, un hombre caprichoso y cruel. Pero la corona sirvió bien al nieto de Juring, y a su biznieto, y a todos los demás. —Hazoth se encogió de hombros—. Incluso a mí me cuesta discernir cómo la magia se transforma con el paso del tiempo. Es una fuerza impredecible, incluso a corto plazo, y yo no sabía que el embrujo de la corona se volvería más fuerte con los años. El alma encerrada en la corona preservó la inteligencia de Juring, pero su poder sobre las personas que la ceñían hizo que éstas fueran más débiles. El cerebro es como un músculo. Si no se ejercita de manera adecuada, se atrofia, y, finalmente, muere. Todos los burgraves que se fueron sucediendo fueron más imbéciles que sus respectivos padres. Juring, desde el interior de la corona, tenía que ejercer un control sobre ellos que era cada vez más grande, y cada vez más a menudo tuvo que bloquear sus pensamientos mal concebidos y sustituirlos con los propios. Su carácter, su inteligencia, tuvieron que imponerse cada vez más a menudo sobre los de ellos, y ellos lo sufrían. Hemos llegado al momento en el que a duras penas logran hablar, o contar con los dedos, si él no los guía. —El rostro burlón del hechicero mostraba a las claras cuán escasa era la misericordia que sentía por la casa de Tarness—. Durante mucho tiempo ha habido un único burgrave en esta ciudad, que ha sido Juring Tarness. Es una situación antinatural y ciertas personas querrían ponerle fin. Juring fue un buen amigo, y siempre me he alegrado de que sobreviviera, igual que yo, mientras la gran mayoría de nuestros contemporáneos

envejecían y morían. Pero puede que ahora haya llegado el momento de que nueva sangre gobierne en este lugar.

—Lo has traicionado —dijo Malden sin pensar.

No pareció que Hazoth se percatase de su grosería.

—¿Me hablas de lealtad? El hombre al que conocí se ha corrompido después de ochocientos años de morar en cuerpos ajenos. No estaba previsto que viviese durante tanto tiempo. Los hombres no están hechos para vivir de esa manera. El hechizo que arrojé sobre la corona fue concebido para perdurar durante una generación. Digamos que lo que pretendo es corregir un error que cometí cuando era joven y estúpido.

Malden contempló al hechicero. A duras penas daba crédito a lo que acababa de oír.

Pero... la corona le había hablado. Y no dudaba de que le hubiera hablado con la voz de Juring Tarness.

Debía ser como le había dicho Hazoth. Y, con todo, eso habría significado que...

No pudo finalizar ese pensamiento.

—Creo que la corona se va a quedar aquí, conmigo —dijo Hazoth—. Se me había ocurrido permitir que te la llevaras. Permitir que la cogieras y te marcharas... para ver lo que ocurría entonces. ¿Sabes?, he trazado una teoría. La teoría de que la sangre de los Tarness no tiene ninguna importancia. Juring podría controlar a cualquiera que se ponga la corona. Y estoy seguro de que no tienes la fuerza de voluntad suficiente para resistirte a su poder. Acabaría por convencerte de que te la pusieras en la cabeza. Me preguntaba si Juring podría tomar arcilla mortal, aunque fuera en espécimen tan lastimoso como tú, y, con el tiempo, modelarlo hasta darle la forma de un gran líder. Pienso que sí podría. Creo que en unos pocos años serías el rey de Skrae. —Contempló a Malden con ojos burlones—. ¿Te lo imaginas? ¿Hmm? Un hijo de puta que llega a rey. ¡Qué divertido sería!

Entonces, el hechicero se rió a carcajadas, y sacudió la lengua violentamente mientras farfullaba y risoteaba. No era la risa de un cuerdo.

Malden se estremeció, pero no simplemente porque Hazoth hubiese perdido la cordura. Pensó en lo que habría sido de él si se hubiera puesto la corona, después de haberlo deseado tanto. No dudaba que Juring, a cambio, le habría dado poder, conocimiento, consejo y valentía. Pero habría quedado esclavizado. Su mayor miedo, perder la brizna de libertad que le quedaba, se habría hecho realidad.

El corazón le atronaba en los oídos. Le había ido de muy poco. A duras penas oyó a Hazoth cuando el brujo habló de nuevo.

—Pero, al contarte esta historia, me acuerdo con exactitud de por qué me decidí a tomar parte en esta conjura. No puedo permitir que llegues a rey, ¿sabes? Tampoco puedo permitirme que la familia Tarness, ¡ja ja ja!, me diga lo que tengo que hacer. No puedo permitirme tener rivales. No ha de existir ningún poder capaz de obligarme a nada. ¿Lo entiendes? Creo que, de hecho, sí, sí lo entiendes. ¡Qué asombroso! ¡Qué inteligente! Y qué trágico, en estos momentos. No, lo siento, roedor. No podrás

llevarte tu trofeo. Y tampoco puedo permitirte que salgas de mi casa. Por lo menos, no puedes salir vivo.

Hazoth levantó la mano y plegó el dedo índice y el anular sobre la palma, y extendió los demás. Empezó a levantar el brazo.

—¡Malden! —gritó Citera—. ¡Cúbrete los ojos!

Malden hizo exactamente lo que le había dicho. También agarró el puño de la daga y se preparó para desenvainarla.

Unas gotas de ácido cayeron sobre el brazo de Croy y devoraron la manga de cuero del justillo. El caballero gritó cuando el ácido le abrasó la piel. El dolor le recorrió el espinazo y sus pulmones empezaron a luchar contra el olor a azufre que impregnaba el aire. Croy no pudo contenerse y empezó a toser tan pronto como el humo le llegó a la garganta y a los ojos.

Era el signo de debilidad que Croy había tratado de retrasar todo lo posible. Se había derrumbado por fin. Bikker lo entendió perfectamente: era una llamada al ataque, que ejecutó con una sucesión de mandobles devastadores, uno tras otro. Croy lograba pararlos, pero no sin pagar un precio por ello. Tuvo que retroceder, tambaleante, tuvo que apartarse de su atacante, y estremecerse cuando el dolor amenazaba con abrumarlo. Obligó a sus propios ojos a mantenerse abiertos, a no dejar de mirar, a seguir analizando la situación.

Su escudo había quedado reducido a unos pocos trozos de madera humeante, que sólo se mantenían juntos por una guarda a medio fundir. Aún peor: la espada corta se llevaba nuevas marcas y muescas cada vez que paraba un ataque de *Lenguadeácido*. Croy sentía que su arma se debilitaba y que por momentos perdía estabilidad.

De todos modos, el arma estaba mejor que el hombre, y ése era el problema de verdad. Debilitado ya por las múltiples heridas y por la pérdida de sangre, el aguante de Croy estaba a punto de venirse abajo. Para levantar la espada precisaba de grandes esfuerzos, y tenía que pugnar por tomar aliento. El sudor le entraba en los ojos y paladeó la sal cuando le llegó hasta los labios. La verdadera esgrima necesita de piernas y brazos. Aún oía en el recuerdo la voz de Bikker, de la época en que el corpulento espadachín le había enseñado a luchar. «Cuando una espada se acerque a tu rostro, tienes que moverte, muchacho, acometer con la rodilla por delante cuando tires la estocada, danzar, si quieres seguir con vida». Croy tenía la sensación de que las piernas se le habían vuelto de madera. A duras penas habría podido separar los pies del suelo sin caerse.

Un mandoble arrollador alcanzó el costado herido de Croy. *Lenguadeácido* escupió ácido al surcar el aire. Croy tuvo serias dificultades para frenarla con la espada corta. *Lenguadeácido* retrocedió para recobrase de la parada y luego silbó sobre la cabeza de Bikker, porque éste alzó su corroída espada para cortar desde arriba. Croy la paró con los restos humeantes de su escudo, pero no le quedaban fuerzas para detenerla del todo. Bikker empleó *Lenguadeácido* como un garrote y logró que el escudo se estrellara contra los dientes de Croy. Éste sintió que su cráneo entero crujía y que los sesos se le sacudían de un lado para otro.

Estaba tan cansado...

Paró un estoque. Intentó un contraataque, pero la espada corta se quedó atascada

en el retroceso de *Lenguadeácido*.

Su cuerpo le fallaba.

Parar. Retroceder, lejos de la acometida, un pie detrás del otro, para que su cuerpo fuera un blanco más difícil. *Lenguadeácido* acometió y le pasó cerca de la cara, y él se libró de ella como un gato habría podido tratar de librarse de un trozo de cordel... y con el mismo efecto.

Estaba a punto de derrumbarse.

Paró mientras retrocedía... detuvo a *Lenguadeácido* cuando casi la tenía en la garganta, le golpeó el tercio débil con el tercio fuerte de su espada corta. Una parada clásica que ejecutó a la perfección y que tendría que haberle dado ocasión para contraatacar. Pero en cuanto Croy vio la oportunidad, Bikker ya había retrocedido.

Croy estaba condenado.

*Lenguadeácido* se abatió sobre el escudo de Croy. Tal vez fuese una finta y Croy debiera ignorarla. Le faltaban fuerzas para acometer de nuevo. *Lenguadeácido* acabó con el escudo, lo hizo pedazos. De pronto, la siniestra de Croy quedó al descubierto, sin defensa. Bikker aulló de alegría y giró, y empezó a hacer florituras con *Lenguadeácido*, en preparación de un mandoble con el que le abriría el vientre a Croy y derramaría sus entrañas por tierra.

En el cuerpo de Croy restaban todavía unas briznas de vigor. Las empleó en acuchillar hacia abajo con la espada corta y clavar su punta en el suelo para que contuviera el ataque. La espada corta se combó, el buen acero de los enanos superó los límites de su flexibilidad. *Lenguadeácido* cortó a través como si hubiera sido una cinta. Trozos de acero volaron en todas las direcciones. Uno de ellos hirió a Croy en la mejilla. Lo que quedó de la espada no fue más que la empuñadura con unos pocos centímetros de hoja. Croy soltó la empuñadura, cerró los ojos y dobló una rodilla hasta el suelo.

No podía levantar la cabeza. Su cuello había quedado totalmente descubierto. *Lenguadeácido* podía cortar la carne sin hallar resistencia, en un momento en el que ardía y rezumaba ardor guerrero. Un solo corte, y Bikker podría llevarse la cabeza de Croy.

Croy no levantaba la cabeza. Estaba demasiado fatigado.

«Citera —pensó—, te quiero. Cuánto lo siento».

No hubo mandoble.

Croy abrió los ojos, pero aún no podía moverse. Miró a la hierba que tenía a sus pies. Parecía muy suave y pensó que sería dulce arrojarle a su verde abrazo. Una esquila de su espada rota yacía sobre el suelo, mellada, pero todavía con lustre.

Bikker no lo había matado todavía. ¿A qué esperaba?

—Mírame, Croy.

Lenta, dolorosamente, Croy levantó la cabeza y se encontró con los ojos de su enemigo. El rostro de Bikker era salvaje, en sus ojos brillaba la locura. Sus labios echaban espumarajos.

—Bien —dijo Bikker—. Ésa ya está. Desenvaina a *Matafantasmas*. Los juegos han terminado. Ahora vamos a luchar como hombres.

Malden no volvió a abrir los ojos mientras no estuvo seguro de que la luz infernal de la hechicería había desaparecido de la estancia. Su mano agarraba con fuerza el puño de la daga y empezó a sacarla, con cuidado para que no se oyera.

Cuando el resplandor dejó de colarse detrás de sus párpados, abrió los ojos de nuevo y vio a Hazoth todavía frente a él. Algo había cambiado, algo que descubrió tan sólo con su visión periférica, pero se concentró en el hechicero. Hazoth respiraba pesadamente y las manos le colgaban a ambos lados del cuerpo. Malden dobló las piernas como si hubieran sido muelles y luego saltó, con la daga por delante, con la intención de perforarle el vientre al hechicero y que la punta saliera por el otro lado.

Estaba convencido de que Hazoth se volvería y lo miraría con rabia, y que en sus ojos centellearía un hechizo que le arrancaría la carne de los huesos. O, tal vez, desaparecería antes de que Malden le diera alcance. Pero atrapó al mago con la guardia baja. Sintió que la punta de la daga atravesaba las fibras del camisón del brujo, que se clavaba en su odiada carne, que arañaba hueso. Empujó y apretó con todas sus fuerzas hasta que la punta asomó por la espalda. No sintió el calor de la sangre en la mano, pero eso le sorprendió menos que la mirada en el rostro de Hazoth.

El hechicero ponía cara de defraudado.

Malden se echó hacia atrás sin soltar la daga y ésta se liberó de la carne. Contempló el hierro que sostenía con la mano y vio que no tenía sangre, ni icor, ni fuego viviente, ni nada de lo que podía fluir por las venas de un brujo. Levantó los ojos y vio el agujero que había abierto en el camisón... pero en la piel no había ni una cicatriz.

—Una respuesta violenta a un estímulo amenazador. Una respuesta típica de una criatura ignorante. Me has sorprendido tantas veces durante esta noche, roedor... ahora acabas de demostrarme que hay límites a lo que una criatura primitiva puede llegar a conseguir mediante la astucia. Bien... me imagino que incluso la más avanzada de las especies tiene que regresar de vez en cuando a comportamientos propios. Ah, y ahora mira lo que has conseguido.

Citera pegó un grito. Malden se volvió hacia ella y vio que se miraba la palma de la mano izquierda. Parecía que la tinta que la cubría se hubiera puesto a hervir. Los pétalos de las flores se caían. Un viento que no existía fuera de su piel los arrastraba brazo arriba. Las enredaderas le oprimían la muñeca con tanta fuerza que parecía que pudieran cortarle la circulación. Un centenar de campanillas de invierno se marchitó sobre su rostro, al mismo tiempo que las rosas le crecían sobre los hombros y sus espinas relucían con veneno pintado.

Parecía que el lazo que unía a Citera con Hazoth no servía tan sólo con la magia

enemiga. También absorbía heridas físicas.

—¡Citera! —gritó Malden—. No... por favor, perdóname... no sabía...

—No... no es nada, Malden —dijo Citera, e irguió el cuerpo—. Esto no me duele. Tan sólo me sobresalta cada vez que me ocurre, eso es todo.

Hazoth los miró, primero a uno y después a la otra. Luego chascó la lengua y se encaró de nuevo con Malden.

—Por muy poco tiempo, me interesaste. Por eso te he dejado vivir hasta ahora. Pero no por tus pasiones animales, roedor. Sino porque parecías capaz de elevarte por encima de las limitaciones que te había impuesto tu crianza. Pero ahora veo que habías sido tan sagaz y tan valiente tan sólo por una cosa... el trofeo que Citera tiene entre las piernas. —Negó tristemente con la cabeza—. Patético. Pienso que este ataque contra mí es el último error que puedo permitirte.

La sangre se le heló en las venas a Malden. Sabía que jamás en su vida había estado tan cerca de la muerte como en aquel momento. El cerebro le daba vueltas dentro de la cabeza, en un desesperado intento por imaginarse lo que haría a continuación. Solamente se le ocurrió una cosa: ganar tiempo.

—Solicito autorización para expresar mi desacuerdo —dijo Malden. Tenía la boca tan seca que le costaba formar las palabras. Hazoth no le había dado permiso para hablar, pero el joven sabía que ya no importaba. En aquel momento, el silencio habría sido lo mismo que una sentencia de muerte.

—¿Qué quieres decirme, roedor?

—Me has dicho que había fallos en mi lógica. Que he tomado una decisión irracional al atacarte. Yo, por el contrario, diría que he decidido de acuerdo con una información que era incompleta. Antes, cuando me has capturado, no he tratado de apuñalarte. Tampoco había tratado de hacerlo cuando estabas de espaldas. He esperado a que tu magia te absorbiera y distrajese tu atención, hasta un punto en el que un ataque, de acuerdo con toda lógica, pudiera tener éxito. ¿Te das cuenta? Lo había pensado muy bien antes de atacarte.

Hazoth miró hacia lo alto, como si consultase a un poder superior.

—Muy listo —dijo—. Pero tu explicación tiene un fallo. Hay un punto en el que tu lógica se viene abajo.

—¿Ah, sí? —preguntó Malden, en el mismo tono con el que un erudito habría solicitado una glosa sobre un texto espinoso.

—Tú —dijo Hazoth— eres el equivalente humano de una cucaracha. Yo soy una criatura de extraordinario poder. Tendrías que haberte dado cuenta de que alguien como tú no podría jamás, bajo ninguna circunstancia, hacerme daño. Lo que haría una criatura inteligente en tu situación sería enroscarse sobre sí misma y morir. Así, por lo menos, te habrías salvado de lo que te va a suceder ahora.

Hazoth se alejó varios metros de Malden y miró hacia arriba una vez más.

Por primera vez, Malden vio lo que había cambiado. Cuando el hechicero le había arrojado su conjuro, Malden no había sabido qué efecto podía tener. En ese momento



lo entendió. Lo había transportado de un lugar a otro sin necesidad de recorrer la distancia intermedia. Ya no se hallaba en su gabinete.

Hazoth los había transportado a los tres hasta su gran vestíbulo. Se hallaban a la sombra del huevo de hierro.

—Ahora te lo voy a preguntar de nuevo. ¿Quién te envió?

Malden miró en otra dirección.

—He venido por mí mismo... he trazado yo solo este plan —afirmó con convicción. ¿Para qué iba a implicar a Cutbill? No habría salvado la vida con eso, y tan sólo le habría dado problemas al maestro del gremio de ladrones. Si Malden lograba salvar a Cutbill de ese sufrimiento, entonces, tal vez, habría ganado algo con su muerte—. Si no consigo la corona, Anselm Vry me hará matar.

La magia zumbó cual insecto airado en el aire que envolvía a Malden. Y un aguijón invisible se hundió en su pecho, e hizo que una esplendorosa flor de sufrimiento desplegara sus pétalos sobre el costillar.

—Imposible —dijo Hazoth—. No tienes voluntad suficiente para intentar tal cosa.

—Te lo... juro —dijo Malden, mientras el dolor se extendía por su cuerpo, hacia las extremidades. El color rojo de la sangre le nubló la visión—. Todo fue... idea... mía... yo...

—¡Ha sido Croy! —gritó Citera—. ¡Croy le pagó para que me ayudara!

El dolor desapareció del cuerpo de Malden igual que había aparecido. El joven se desplomó sobre el suelo de mármol y sufrió espasmos.

Hazoth se volvió hacia Citera.

—¿De verdad? Sí, parece creíble. —La decepción se pintó en el rostro de Hazoth—. Había pensado que me revelaría el nombre de mi compañero de conspiración. Hmm. Pero, sí... sí, la idiocia de Croy podría llegar hasta ese punto. Muy bien.

Se encogió de hombros y se volvió hacia Malden, que aún se retorcía en el suelo.

—Bueno... hemos llegado al final de nuestro experimento. El cobaya no ha logrado justificar la hipótesis. No queda nada por decir —explicó Hazoth—. Y otros asuntos requieren mi atención. En mi jardín hay un caballero andante que lucha con mi empleado. Creo que tendré que ir a hervirlo en su propia sangre.

—Croy —dijo Citera, con la mano en la boca—. No... no puedes...

Hazoth se volvió hacia ella.

—Sabes perfectamente bien que sí puedo —dijo—. Y hace un momento, al decirme que era él quien se encontraba detrás de esta intrusión, me has dado todos los motivos para hacerlo de inmediato.

La piel de la mujer palideció bajo los tatuajes.

—Quería decir... quería decir que... que no puedes... —dijo—. No te lo voy a permitir, padre.

Malden abrió los ojos como platos.

—¿Padre? —dijo en voz alta—. ¿Hazoth es tu...?

—¡No te he dado permiso para hablar! —gritó Hazoth, y Malden no llegó a terminar la frase. No importaba. Sus propios pensamientos tenían más fuerza que cualquier cosa que hubiera podido decir.

«El demonio es hijo suyo —había dicho Citera—. Y no es el primero».

Malden había pensado que Citera quería decir que Hazoth había engendrado a otros demonios.

«No todas sus defensas son mágicas», había dicho.

Malden había pensado que se refería a los vigilantes que tenía apostados a la puerta. Pero tal vez se había referido a que su poder sobre ella era más complejo. Citera había traicionado a Malden, y éste entendió entonces por qué.

Jamás había confiado en ella por completo. Incluso al besarla, había esperado, a medias, que su cúmulo de maldiciones lo destruyera. Había procurado que la mujer conociera tan sólo la mitad de sus planes. En ese momento comprendió que no podía esperar que Citera lo socorriese. Que no iba a rescatarle en el último momento.

En cierto sentido, ya se lo había imaginado.

Pero le dolía igualmente. Lo desgarraba hasta lo más íntimo.

—Haré lo que me plazca —dijo Hazoth, frío como un día de otoño—. Sé muy bien que tu rudimentario cerebro va a tener problemas para aceptar ese hecho. Pensarás que debe haber una manera de derrotarme, por desesperado que pueda parecer el intento. Te aseguro que te equivocas. Por favor, trata de pensarlo desde un punto de vista filosófico. Te quedan, qué, ¿unas pocas décadas por vivir? Un abrir y cerrar de ojos, en comparación con mi vida. La tragedia de tu muerte no durará más que lo que tarda una lágrima en descender por la mejilla de Citera.

—Muy bien —dijo Malden, y pensó: «todavía no»—. ¿Y cómo voy a morir? ¿Me arrojarás una maldición para que muera? ¿O abrirás una grieta en la tierra y me arrojarás al abismo?

—Sería un esfuerzo inútil, muy por debajo de lo que es digno de mí —dijo Hazoth—. Le voy a dar un propósito a tu existencia, aunque sea pequeño. Te voy a dar de comer a mi hijo. —Levantó la mano y le dio una palmada al huevo de hierro. Resonó como una campana.

Y entonces empezó a agrietarse.

—¡Será glorioso! Cuando por fin haya nacido, no habrá poder en este mundo capaz de oponerse a mí —dijo Hazoth.

Líneas rojas de fuego infernal aparecieron sobre la superficie de la esfera de hierro, y una cascada de herrumbre se derramó por el suelo. El huevo se meció levemente sobre su pedestal, y el demonio que se hallaba en su interior golpeó una y otra vez su cáscara, en un intento por salir.

—Los Espadas Antiguas te detendrán —insistió Malden, más para sí mismo que para intimidar a Hazoth—. Saben cómo matar demonios.

—Por suerte para mí, tengo a uno de ellos de mi parte —observó Hazoth—. Bikker matará con placer a todos sus antiguos camaradas, si le pago lo suficiente. Siempre es importante tomar en consideración todos y cada uno de los aspectos del problema, roedor. Es ahí donde has fallado. Tus intentos han sido inteligentes, pero no has pensado las cosas con suficiente profundidad.

—¿Y tú sí? Esto es una locura —dijo Malden—. Liberar a un demonio contra el mundo... —Se acordó de la bestia que había estado a punto de matarlo en la torre de palacio. Si no la mantenían dentro del agua, empezaba a crecer a una velocidad furiosa, y no se detenía jamás—. En este mundo no será una criatura natural —dijo Malden—. ¿Qué va a hacer cuando esté libre? ¿Se comerá a todos los hombres y mujeres de la ciudad? ¿O nos abrasará a todos nosotros con fuego infernal?

—No será tan espectacular —dijo Hazoth—. Quizá, cuando haya crecido del todo, sea capaz de hacer todo eso que dices. Pero mi hijo aún no está a punto para nacer. Cuando salga del huevo, no conocerá nada, salvo el dolor... y sólo tendrá una manera de aplacarlo. Tendrá que devorar a la primera criatura viva que encuentre. Por favor, no pienses estupideces. Citera y yo no correremos ningún peligro, porque el demonio reconocerá a su propia sangre. Pero a ti se te va a tragar entero, y eso le dará fuerzas para regresar al huevo y reanudar la gestación.

Una esquirla de hierro se desprendió de la cáscara y cayó al suelo con gran estrépito. Apareció una luz roja en la grieta que acababa de abrirse.

—No va a descansar hasta que te haya devorado —siguió diciéndole Hazoth—. Te perseguirá noche y día. Podría seguirte la pista a lo largo de centenares de kilómetros, aunque lograras escapar de aquí. No creo que haya ninguna razón por la que Citera tenga que presenciar tu muerte. Así que te voy a abandonar a tu destino.

Malden retrocedió ante el huevo, que daba sacudidas, y perdía nuevas esquirlas de metal.

—¡Hazoth! —gritó—. Decías que, al cabo de ochocientos años, la magia había corrompido al burgrave, ¿verdad?

El hechicero frunció el ceño.

—Eso creo.

—¿Y qué me dices de los encantamientos que has arrojado sobre ti mismo? Después de tantos siglos, ¿qué le han hecho a tu alma?

Hazoth levantó la mano para hacer el gesto que había de transportarlo fuera de allí con Citera.

—Es una pregunta interesante, pero desprovista de sentido. Mucho me temo que no vas a saber jamás la respuesta.

Malden se cubrió los ojos con el brazo, porque una cascada de luz había estallado a su alrededor. Cuando ésta se desvaneció, se había quedado sólo en el gran vestíbulo.

Pero no lo estuvo por mucho tiempo.

El huevo siguió abriéndose ante sus ojos horrorizados. Por un instante, Malden no pudo moverse, de tal modo lo había paralizado el terror que sentía ante el nacimiento del demonio. Entonces, la criatura que se hallaba dentro del huevo aulló de puro dolor, y Malden sintió de nuevo sus propios pies.

Había muchas puertas por las que se podía salir del gran vestíbulo. El camino de huida más obvio pasaba por el portal que conducía al patio de la entrada. Si llegaba hasta allí, podría poner tierra por medio antes de que el demonio iniciara la persecución.

Por supuesto que con eso tan sólo lograría retrasar su propia muerte. Además, Malden tenía otro plan.

Corrió hacia una puerta que se hallaba en una pared entre dos estatuas. Era la puerta por la que había que pasar para ir a la biblioteca, la misma por la que había cruzado durante su primera visita en aquella casa. La puerta estaba cerrada, pero el mecanismo era muy sencillo. Malden se apresuró a desenvolver las llaves y ganzúas que llevaba ocultas en la empuñadura de la daga.

A sus espaldas, una mano garruda emergió del huevo y su carne viva se expuso al aire frío. El demonio empezó a salir a rastras de su prisión.

Con las manos temblorosas de miedo, Malden contempló las llaves y ganzúas que tenía en la mano. Entonces las dejó caer al suelo y le dio patadas a la puerta hasta que el frágil cerrojo se rompió. Una vez que la puerta estuvo abierta, se volvió, y contempló una vez más el huevo agrietado, tan sólo durante la fracción de un momento.

Lo que vio le hizo gritar de terror.

Bikker sudaba. Se secó la frente con el dorso de la mano.

Eso era lo máximo que había logrado Croy con sus esfuerzos por matarlo. Le había abierto cortes en la túnica por varios lugares, pero con ello tan sólo había demostrado que la cota de malla que llevaba debajo estaba intacta. El brazo de Croy no había tenido fuerza para perforar la malla metálica, ni siquiera con el buen acero de la espada corta, acero forjado por enanos.

—Ponte en pie —espetó Bikker—. Venga, ahora mismo. Yo te enseñé a luchar de una manera mejor.

Croy no consiguió otra cosa que mantener los ojos abiertos.

—¡Maldito seas! Una brisa acabaría contigo —clamaba Bikker. Su voz no era tan dura como las palabras—. No tienes ninguna oportunidad, Croy. Podría haberte matado una docena de veces. ¿Es que no quieres vivir? ¿No quieres triunfar?

Croy logró tomar aliento, y lo empleó para formar palabras:

—Ya he triunfado, Bikker. He sido fiel a mi fe. He sido fiel a mis creencias. Ahora ya puedes matarme. No vas a ser más hombre por ello.

—¿Y lo seré si te dejas vivir? —masculló Bikker.

—No. Ya no hay nada que puedas hacer para recobrar tu honor. Ahora lo he comprendido. Había abrigado la esperanza de curar la herida de tu alma. Pero es demasiado tarde.

Entonces, Bikker gruñó, o quizá gritó. Fue un sonido embrionario, sin palabras, que surgió de su interior mientras trataba de agarrar el aire con la mano que tenía libre. Rabioso, golpeó el suelo con el pie. Y entonces, poco a poco, recobró su compostura. Se volvió de nuevo hacia Croy y se plantó frente a él. Lo miró desde arriba con algo que se parecía a la calma.

—Desenvaina a *Matafantasmas*. Hazme el honor de morir en pie. ¡Venga! —Bikker aferró a Croy por las axilas y lo obligó a ponerse en pie. Lo sostuvo hasta que el caballero hubo apoyado ambos pies en el suelo. Si los asentaba bien, podría mantenerse erguido. Pero no lograba levantar los brazos. El mero esfuerzo que tenía que hacer para no caerse consumía todas sus energías—. Esto es una locura. Tendrías que sacar conclusiones, Croy. *Sir Croy*. Tienes que despertar de tus sueños de nobleza y honor. ¿Acaso no te enseñé que los señores más poderosos morían igual que los villanos más humildes? Creo que ese día no me prestaste atención. Qué lástima... si te mato ahora, no lo vas a aprender jamás. Irás a sentarte al lado de la Señora, convencido todavía de que la sangre que derramáis los héroes tiene un color distinto que la de los demás.

—He sido fiel a mi fe —susurró Croy—. He vivido ese sueño. No temo a la muerte.

Una luz engañosa se coló en los ojos de Bikker.

—Interesante. Porque lo que me dices me produce el más absoluto de los horrores. Por eso me entrené tan duramente y aprendí a ser tan fuerte. Porque sabía que lo único que se interpone entre el abismo y yo es mi diestra y el hierro que sostenga con ella. Pero quizás... quizás haya otras cosas en la vida.

—Sí.

—Quizá —siguió diciendo Bikker— sea todo cierto. Todos esos patéticos lemas y promesas de sacrificio que hiciste, quizá significaran algo, después de todo. ¿Vamos a verlo?

—¿Qué quieres decir?

Bikker se inclinó hasta que su rostro estuvo a pocos centímetros del de Croy.

—Vamos a hacer un experimento, como los que hace Hazoth en su laboratorio. Tú vas a ser mi cobaya. Te voy a presentar una sencilla elección y gracias a ella veremos en qué medida crees en tus fantasías. ¿Hmm? —Croy estaba demasiado fatigado para responderle—. Voy a hacerte una promesa. Si te marchas, no te voy a perseguir. Al fin y al cabo, matar a un incapaz como tú no sería nada divertido. Voy a dejar que vivas el resto de tu vida sin sufrir ninguna molestia. A mí me basta con que me des la espalda y te marches, sin más palabras.

Croy frunció el ceño. Le parecía improbable.

—Sin embargo, tienes que cumplir una condición —dijo Bikker—. Tienes que dejar aquí a *Matafantasmas*.

Bikker parecía muy satisfecho consigo mismo por haber ideado aquel trato. Croy enseñó los dientes y gruñó.

—Mi espada es mi alma —afirmó severamente—. Tú me lo enseñaste.

—Exacto —dijo Bikker—. Tendrás que decidir. O renuncias a tu alma, o mueres. No dijo más.

Croy negó con la cabeza, sin llegar a creérselo. Bikker era un Espada Antigua, como él mismo. ¿Cómo podía plantearle esa elección infernal? Contradecía todo aquello en lo que Croy había creído a lo largo de su vida, todo lo que había aprendido. Los Espadas Antiguas morían con el arma en la mano, o se la entregaban a alguien que pudiera emplearla mejor que ellos en la interminable guerra contra los demonios. Ésa era la ley por la que se regía su existencia. La regla más importante de su orden.

Pero, por supuesto, ésa era la cuestión. Croy había dicho que Bikker era un cobarde desleal. Ese insulto tan sólo significaría algo en la medida en que Croy pudiera demostrar que él era distinto. Si aceptaba el trato, su insulto perdería todo significado. Pero conservaría la vida.

Croy no habría aceptado nunca semejante trato. Salvo que...

Si moría, no volvería a ver jamás a Citera. Ella y su madre seguirían presas de Hazoth por toda la eternidad. Si se rendía a las exigencias de Bikker, tendría otras oportunidades. Algún día. Otra posibilidad de rescate.

Croy hizo su elección. Levantó el brazo, que le pesaba como una barra de plomo, y sujetó con la mano la empuñadura de *Matafantasma*. Centímetro a centímetro, empezó a sacarla de la vaina.

El demonio aullaba de dolor y Malden tuvo que agarrarse al marco de la puerta para que no lo derribara. Era horrible a la vista, pero al mismo tiempo se imaginaba su dolor. Ello —Malden no se veía capaz de aplicarle el pronombre «él»— debía de haber experimentado todos y cada uno de los instantes de su nueva vida como una eternidad de sufrimiento.

Como le había dicho Hazoth, aún no estaba listo para nacer. No había piel que cubriese sus músculos filamentosos y rezumaba pus cada vez que se estiraba. Le surgía vapor de la espalda en grandes volutas blancas y cuando sus pies tocaban el mármol del suelo la piedra quedaba untada con su sangre. Su forma no era muy distinta de la de un sabueso horriblemente deformado, aunque tenía siete patas, entre las que no había dos que tuvieran la misma forma y longitud. Le crecía de los hombros, sobre cuellos largos y gruesos, una hilera de calaveras humanas con colmillos aguzados en las mandíbulas. Las cuencas de los ojos estaban repletas de membranas rojas y húmedas que palpitaban y succionaban aire. Malden imaginó que le servían para oler, y que ése debía de ser su único sentido.

Cuando chillaba, el sonido no surgía de las mandíbulas que entrechocaban en las calaveras, sino de una boca abierta en el pecho, con dientes redondos, a medio formar.

Pateó en el suelo y tropezó como un potrillo recién nacido. A cada paso que daba, hacía retemblar la casa entera. Sus calaveras se agitaban en el aire, y sus fosas nasales se cerraban y se abrían. Una tras otra, las calaveras se volvieron hacia Malden. No estaba claro cómo podía oler con el pesado hedor a azufre que flotaba en el aire, pero Malden no tenía ninguna duda de que el monstruo había descubierto su presencia.

Malden retrocedió hasta donde pudo, pero era como si estuviese paralizado. La visión de la criatura era tan espantosa que no le permitía moverse.

El demonio dio un paso vacilante y su multitud de garras rechinó sobre el suelo.

Había llegado el momento de huir.

La parálisis inducida por el horror abandonó a Malden. La sangre le regresó a las piernas. Malden cerró la puerta a sus espaldas, tan sólo para oír cómo se astillaba y agrietaba, porque el monstruo la destrozó a golpes. En ese momento, Malden había recorrido buena parte del pasillo y estaba a punto de llegar a la biblioteca. El demonio se encogió para meterse por el corredor y galopó hacia él, ya no tan torpe ni desmañado. Era veloz —mucho más veloz que Malden— y lo alcanzaría en un instante si no se movía. Se arrojó contra la puerta de la biblioteca, y, gracias al Dios de la Sangre, ésta se abrió.

Una vez dentro de la biblioteca saltó sobre el sofá, en el mismo momento en el que el demonio derribaba la puerta y destrozaba su marco con su número impar de



hombros. Se encabritó y dos de sus patas avanzaron por el vacío. Estuvo a punto de aplastar a Malden bajo una extremidad que parecía una pezuña y otra que se asemejaba a la zarpa de un lobo.

Malden se cubrió el rostro con los brazos, porque sabía que la criatura tenía que golpearle una sola vez para matarlo. Retrocedió ante el avance de la bestia que arremetía contra él...

... y que se detuvo a la mitad del ataque.

«Kemper, espero que llegaras hasta aquí», se dijo Malden. Le había dado al tahúr instrucciones estrictas para que incluyese la biblioteca en su itinerario, pero Malden también sabía que, si hubiera corrido algún riesgo de que lo atraparan, Kemper habría cambiado el recorrido.

Pero entonces el demonio husmeó y sorbió el aire, y sus calaveras se movieron por la sala en busca de algo. Malden se apartó poco a poco, se arrastró hacia atrás sobre las manos para no hacer ningún ruido, por si la criatura tenía orejas escondidas en alguna parte de su cuerpo.

Una de las calaveras se fijó en una vitrina en especial. Otra de ellas se acercó a husmear, como para asegurarse de que tuviese el olor adecuado. Luego arrojó su considerable masa contra la vitrina, pulverizó el cristal, hizo saltar los libros por los aires y destrozó los gruesos anaqueles de madera. Atacó ferozmente la vitrina con las mandíbulas y con su boca grande y húmeda, golpeó una y otra vez con zarpas, y pezuñas, y garras, hasta que también hubo destrozado la pared de detrás de la vitrina.

Una carta solitaria, el seis de bellotas, descendió por el aire entre el destrozo y se posó en el suelo. El demonio se arrojó sobre ella y la hizo pedazos con los dientes, y se tragó los trocitos de papel.

En cuanto hubo terminado, Malden había pasado ya por la puerta y el pasillo siguientes.

Croy apretó los dientes.

«Por mi señor el burgrave —pensó—. Por el honor. Por el código de los Espadas Antiguas. Por mi alma inmortal.

»Por Citera».

Todas las fibras de su ser le dieron la razón. No rendiría la espada. No se volvería, ni se marcharía. Si moría entonces, moriría igual que había vivido. El sacrificio era aceptable.

Pero no tenía ninguna intención de morir.

Al desenvainar a *Matafantasmas*, su calidez le recorrió el brazo. Su corazón entregaba las últimas fuerzas, todo ello al servicio de un combate final.

Bikker sonrió, como si hubiera sido eso, exactamente, lo que quería.

—Vas a caer en seguida. Pero morirás de pie —dijo—. ¿Ahora sabes lo que es el honor? El honor es algo que existe entre hombres como nosotros. ¡Hombres fuertes! Los débiles de este mundo, los campesinos, los pequeños... no saben nada de él.

Croy se acordó de que Malden y Kemper le habían dicho que el honor entre ladrones no existía. Quizá Bikker tuviera razón.

Pero... no. Malden lo había arriesgado todo para ayudar a Citera. Malden había entrado en la mansión de Hazoth, sin saber lo que podría conseguir, pero dispuesto a intentarlo.

—Antes te equivocabas —dijo Croy.

—¿Qué? ¿Qué farfullas ahora? —preguntó Bikker.

—Antes. Me has dicho que pienso que mi sangre es de un color distinto que la tuya. Te equivocabas.

—Creo que tienes fiebre, Croy. No sería extraño, con esas heridas. Hazme el favor de hablar claro, o, si no, acabemos lo que hemos empezado.

—No creo que mi sangre sea de un color distinto que la tuya —dijo Croy—. La sangre es del mismo color en las venas de todos los hombres. Pero en mí hay algo que tú no puedes igualar.

Se acordaba de los tiempos en los que Bikker lo entrenaba, y de un día en concreto. Habían estudiado todas las maneras posibles de empuñar una espada. Habían practicado cientos de paradas, centenares de acometidas. Cuando hubieron sudado tanto que el sudor se les metía en los ojos y les estorbaba la visión, Bikker le dijo que lo dejaran. Entonces, después de que Croy dejara a *Matafantasmas*, Bikker había agarrado una de las espadas de madera que se empleaban para practicar y había derribado a Croy con un golpe seco tras las rodillas.

—La esgrima es para gentes amables —le había dicho Bikker—. Podrías pasarte la vida entera entrenándote hasta dominarla. Pero no lo olvides jamás... cualquiera,

incluso un campesino, podría derribarte con un único golpe. Basta con una única herida para matar a un hombre.

Y así se enfrentó a Bikker, empuñando a *Matafantasmas* con ambas manos, su punta orientada hacia el corazón de su enemigo. Éste también tomó posiciones, con *Lenguadeácido* en ángulo frente a su cuerpo.

Si Croy alcanzaba un grado suficiente de concentración y empeño, podría asestar todavía un mandoble antes de que su cuerpo se derrumbara. Tendría que ser ese mandoble el que acabara con Bikker.

Ambos asintieron con la cabeza a modo de saludo.

Y a continuación empezaron.

Malden corría por el largo pasillo que se encontraba en la parte de atrás de la mansión y terminaba en el comedor y en la sala aneja donde se preparaban las bandejas de comida. La puerta que había allí le brindaría otra oportunidad de escapar a la noche... pero aún no había llegado.

A sus espaldas, el demonio que había nacido prematuramente aullaba, rabiaba y arañaba las paredes. Había una mesa ornamental en el pasillo, una delicada pieza de palisandro torneado. El nueve de campanas se encontraba sobre su superficie, cual tarjeta de visita.

Con un grito de rabia, el demonio redujo la mesa a astillas y luego golpeó el pared y el suelo en los que había estado apoyada, con inagotable voluntad y con una fuerza diez veces mayor que la de un hombre. La carta había quedado hecha trizas, pero el demonio aún golpeaba y clavaba sus zarpas, hasta que la pared de yeso estalló en una nube de polvo blanco y las vigas que estaban detrás se hicieron pedazos. Malden corrió por el pasillo. Su respiración se había vuelto pesada. Probablemente no le faltaba mucho.

Oyó a sus espaldas que el demonio clavaba las garras en las paredes y arrancaba las vigas de madera del techo. La casa sufrió sacudidas y se tambaleó, y Malden estaba a punto de caerse con cada paso que daba. El demonio iba a demoler el edificio con tal de capturarlo.

La mitad de la casa estaba en ruinas, destrozada por la bestia que seguía el olor de Malden. Debía de estar tremendamente confusa, porque lo olía por todas partes... por todos los sitios donde Kemper había dejado una de sus cartas.

Citera le había dicho a Malden que el demonio se guiaba tan sólo por el olfato, y que encontraba el olor de su presa a pesar de todos los obstáculos y distracciones. Entonces se había acordado de otro que también hacía milagros con la nariz: Kemper, el tahúr, cuyas cartas no tenían marcas visibles, pero que se sabía el olor de cada una de ellas hasta el punto de que las manejaba como si hubieran estado descubiertas.

Durante los últimos tres días, Malden había llevado las cartas bajo la túnica, mientras hacía todo tipo de esfuerzos. Se las había frotado contra los sobacos y la entrepierna, contra la nuca cuando estaba sudada, contra cualquier parte de su cuerpo que pudiera impregnarlas con su olor. No había tenido problemas por falta de sudoración: el miedo le había hecho sudar copiosamente.

Al devolvérselas a Kemper, el tahúr se había llevado un disgusto. No podría volver a jugar con ellas: Malden había acabado con las marcas invisibles que Kemper conocía tan bien. Pero Kemper se había prestado al sacrificio para sacar adelante el plan. Mientras Malden entraba en el gabinete, Kemper se había paseado por la casa como tan sólo un hombre intangible podía hacerlo, había atravesado paredes y

puertas cerradas, sin dejarse ver, y había colocado sus cartas en lugares varios, una de ellas bajo un excelente tocador de caoba, otra en un armario donde se guardaban vajilla y bandejas.

Las cartas servían para entretener al demonio. Éste tenía que investigar todas las cartas que encontraba, y su método de investigación consistía en destruir todo lo que olía. El tiempo que tardó el demonio en sus destrozos fue el que Malden necesitó para sacarle ventaja y escapar de sus fauces.

El muchacho tenía la esperanza de que también le sirvieran para alguna otra cosa.

Malden había sabido desde el principio que no podría recobrar la corona sin alertar a Hazoth de su presencia. Al fin y al cabo, era brujo y se hallaba en su propia casa. Después de pasar varios siglos en ella, debía conocerse todos sus rincones mucho mejor de lo que Kemper conocía sus cartas. Así que el plan para recuperar la corona se había elaborado contando con que Malden tendría que enfrentarse al demonio.

Malden se asomó por una puerta y vio un largo pasillo iluminado por una sola lámpara. A la mitad del pasillo, el demonio rugía, empeñado en pulverizar un baúl repleto de sábanas de lino, en busca de la carta que Kemper debía haber escondido en el fondo. Jirones de tela y fibras de lino de óptima calidad flotaron en el aire mientras el demonio golpeaba y sacudía las paredes con sus desiguales miembros.

Malden volvió a salir y cerró la puerta a sus espaldas. Ya no se preocupaba por si hacía ruido. Sobre todo porque la casa se había puesto a crujir y rechinar. Oía sus columnas y entablados, que se movían sobre los cimientos. La madera no soportaba los daños que el demonio había hecho en sus paredes. Malden aguzó el oído, porque distinguió una serie de retumbos semejantes a truenos. En lo alto, sobre su cabeza, los clavos cedían, uno tras otro, salían de las vigas de las paredes y el techo que hasta entonces habían mantenido en su sitio.

Sin duda alguna, había llegado el momento de escapar. A sus espaldas, el demonio rabiaba y se arrojaba contra la puerta que había cerrado Malden, desesperado por capturarlo, porque tenía que devorarlo para poder regresar a su huevo y reanudar su largo sueño. La pared en la que se hallaba la puerta se tambaleó y agrietó, porque se había abierto una ancha grieta en el yeso que se alargó rápidamente hasta el techo.

«Sal ahora mismo», pensó Malden, y corrió hacia un invernadero al otro extremo de la casa. Allí había una puerta que lo separaba del jardín. Estaba cerrada y era demasiado gruesa para derribarla con el hombro. Maldijo mientras sacaba la daga y las herramientas que llevaba en la empuñadura de éste. Pero no habría tenido que molestarse. Antes de que hubiera logrado sacar la primera ganzúa, la casa entera se ladeó, las paredes y el techo parecieron inclinarse en la dirección donde se hallaba Malden. La puerta se salió de quicio y salió disparada hacia el exterior.

A sus espaldas, el demonio entró violentamente. Sus calaveras daban vueltas en lo alto, sus fosas nasales de color rojo vibraban. Malden huyó por el lugar donde había

estado la puerta y salió al aire frío de la noche. El demonio le pisaba los talones. Una de sus calaveras y dos de sus patas salieron por el quicio de la puerta momentos antes de que el primer y segundo piso del edificio se derrumbaran.

El estrépito superó toda imaginación, como si la tierra se hubiese abierto para engullir a la ciudad entera en el abismo. Llovían escombros en todas direcciones, daban vueltas y tumbos en el vacío. Vigas enteras giraban sobre sí mismas por el Parque de la Señora. Una nube veloz de polvo de yeso golpeó a Malden cual ola marina y lo derribó con su fuerza. Un trozo de cristal afilado como un cuchillo le abrió un corte en la frente y la sangre trazó líneas rojas sobre el polvo que le cubría el rostro.

Asfixiándose, pugnando por respirar, Malden se puso en pie y contempló el panorama de destrucción. Parecía como si la tormenta hubiese arrojado en un solo instante todos los rayos de su carcaj contra el edificio. La mansión se había transformado en un caótico infierno de ruinas y escombros. Era difícil encontrar dos tablones que aún se sostuvieran juntos. En medio del desastre, ardían unos pocos fuegos, mientras que docenas de pequeños animales, que en medio del derrumbe habían escapado de sus jaulas, remontaron el vuelo, o se marcharon aullando sobre sus largas patas, o arrastrándose por el suelo, o deslizándose sobre éste, para huir del cataclismo.

Malden no creía en sus propios ojos. Lo que había ocurrido era lo que él mismo había planeado desde el principio, pero, aun así... los daños eran inconmensurables. La destrucción, total.

Empezó a sacudirse el polvo, pero se detuvo al notar que algo se movía bajo los escombros. Una tabla de gran tamaño se desplazó de su lugar sobre un cúmulo de yeso pulverizado. Un brazo rosado, en carne viva, salió de dentro y se agarró a una viga que estaba casi intacta. Poco a poco, el demonio logró salir de entre los restos de la casa. Sus cabezas se asomaron por entre los escombros y su boca aulló de nuevo.

—Que el Dios de la Sangre me deje sin ojos —exclamó Malden.

El demonio había sobrevivido.

Hacía un minuto, a fuera:

Bikker dio un paso hacia la izquierda de Croy, pero no avanzó.

Croy se quedó en el lugar donde se encontraba. La punta de *Matafantasmas* seguía los movimientos de Bikker. Croy había vivido durante tanto tiempo con aquella espada que no le costó ningún esfuerzo apuntar con ella al barbudo espadachín.

Faltaba tan sólo un momento para que todo aquello terminara.

Un solo mandoble... y *Lenguadeácido* destriparía a Croy como si hubiera sido un pollo. El vitriolo de su hoja le atravesaría la carne y sería su fin.

Una sola estocada... y *Matafantasmas* atravesaría la cota de malla de Bikker, y le horadaría los órganos vitales, y Bikker se ahogaría en su propia sangre. Si es que Croy tenía fuerza para la acometida.

—¿Estás a punto? —preguntó Bikker.

—Nunca estamos a punto —dijo Croy—. El que lucha, sobrevive. El que se concentra en prepararse, muere. Tú me lo enseñaste.

—¿Lamentas que esto termine así? —preguntó Bikker.

—Sí.

Bikker suspiró.

—Yo también, te lo digo con toda sinceridad. ¿Contamos hasta tres, y luego atacamos?

—Uno —dijo Croy.

—Dos —respondió Bikker.

—Tres —dijeron al unísono.

*Lenguadeácido* giró en el aire, y descendió con fuerza y velocidad por la izquierda de Croy, por el punto débil del caballero. Croy trató de esquivarla, pero sabía que no lo conseguiría. *Matafantasmas* giró en su mano y ascendió con el objetivo de parar. Las dos armas chocaron, rechinaron y crepitaron horriblemente. El ácido traspasó el filo de plata de *Matafantasmas* y abrió una muesca en el hierro. Bikker, de pronto, avanzó, y Croy perdió el equilibrio, y trató de parar la caída con la mano izquierda.

No lo había conseguido, no lo había conseguido en absoluto... Croy había malgastado su único mandoble... era el fin... al cabo de un instante, Bikker volvería a la carga, llevaría hasta el final la acometida que Croy había parado, la espada llegaría a su objetivo y...

... *Matafantasmas* se destrabó, se liberó de *Lenguadeácido* con un sonido metálico. El ácido había humedecido las espadas y había hecho posible que se separaran. Croy giró de medio cuerpo mientras caía, en un intento por poner las

manos debajo y no quedarse tumbado de espaldas. *Matafantasmas* silbó en el aire y trazó un ajustado arco. Croy aprovechó hasta la última onza de control que podía ejercer sobre el arma y acometió por debajo de la guardia de Bikker. Al tomar impulso para la nueva acometida, Bikker había levantado ambos brazos y había dejado su costado izquierdo al descubierto.

*Matafantasmas* era un arma pesada. Por su propio impulso, cortó la malla metálica que protegía la cadera de Bikker y se hundió en la carne. No se detuvo hasta haber entrado en la columna vertebral.

Bikker dio un respingo y un paso hacia atrás, y *Matafantasmas* salió de su cuerpo con la misma facilidad con que había abandonado la vaina.

—Que Sadu te lleve consigo —gritó Bikker, y levantó *Lenguadeácido* para asestarle un mandoble. Se lanzó contra él, pero, cuando estaba a medio camino, se desplomó, y le salieron espumarajos de sangre de la boca.

*Lenguadeácido* cayó sobre la hierba. En el momento de llegar al suelo, ya estaba seca... secretaba vitriolo tan sólo cuando la empuñaba una mano fuerte. Bikker quedó de rodillas al lado del arma y, al fin, se cayó de cara al suelo.

Croy se arrastró hasta su antiguo maestro y lo puso cara arriba. El rostro de Bikker estaba congestionado por la sangre y sus ojos no miraban a ninguna parte. Su boca se movía, pero las palabras que salían eran susurros inaudibles. Croy acercó el oído a los labios de Bikker para oír lo que decía.

—Cuando encuentres un heredero para mi espada —decía Bikker, con una voz que no era más fuerte que el rumor de la brisa que acariciaba la hierba— enséñale ese mandoble. Es bueno.

Croy le cerró los párpados a su amigo y lloró.

Pero no tuvo tiempo para lamentarse.

Un rayo de luz más brillante que el sol del mediodía sacudió la hierba. De pronto, Hazoth y Citera aparecieron frente a Croy. El caballero miró a los ojos de la mujer, pero no le gustó lo que vio.

Puede que Citera le hubiese dicho algo... pero entonces, a espaldas de Croy, la mansión se vino abajo con un estrépito atronador.



—¡Croy! ¡Croy! —gritó Malden, mientras corría por el lado de la casa donde no había tantos escombros. Saltó sobre una viga del techo caída en el suelo y aterrizó sobre un montón de yeso que había formado una nube a su alrededor. Logró pasar por el lado de unos cristales rotos, pero fue a poner los pies sobre un tablón de madera, que cedió y le hizo perder el equilibrio.

A sus espaldas, las calaveras mordían el aire. Faltaba poco para que lo alcanzasen.

—¡Croy! ¡Mátalo! —gritó cuando estuvo frente a la fachada principal de la casa, donde el rosetón se había roto en un millón de cristales de colores.

Calibró al instante la situación, no le gustaba mucho. Aparentemente, Bikker había muerto, lo cual estaba bien, y Croy aún empuñaba la espada. Pero el caballero estaba sentado sobre la hierba, con las rodillas contra el pecho, y se lo veía blanco como una sábana. ¿Acaso los dos imbéciles se habían matado entre sí?

Citera y Hazoth también estaban allí. Tenían la mirada puesta en el montón de escombros que había sido su hogar. Parecía que la sorpresa los hubiera conmocionado hasta el punto de impedirles reaccionar.

—¡Un demonio! —gritó Malden, mientras sus pies golpeaban la hierba—. ¡Croy!

Corrió hasta el caballero y le saltó por encima de la cabeza. El demonio venía detrás de él y trataba de agarrarle los talones con una garra.

De pronto, *Matafantasmas* apuntó hacia el cielo. Croy no se levantó, ni gritó una amenaza, ni siquiera se movió de donde estaba, pero su espada apuntó hacia lo alto. El demonio no la vio, porque no tenía ojos, y en un primer momento, cuando el arma se le clavó en el vientre, no pareció que se diera cuenta.

Entonces, la hoja de hierro frío lo atravesó, y la punta salió por el otro lado. La bestia se derrumbó sobre Croy con una fuerza que habría aplastado a cualquier hombre, y arañó el suelo con cada una de sus patas desiguales, pero no parecía que pudiera liberarse.

Citera llamó a gritos a Croy, pero el caballero había quedado totalmente cubierto por el cuerpo del demonio. Si la oyó, no pudo responderle.

—Malden, ya tenía heridas graves... si no lo sacamos de ahí ahora mismo, va a morir —suplicó al ladrón.

Malden iba a encogerse de hombros. ¿Qué podía hacer él? Su daga no serviría de nada contra aquella criatura. No era un Espada Antigua capaz de luchar con demonios. Pero entonces...

Vio a *Lenguadeácido* en el suelo, al lado del cuerpo de Bikker. Igual que *Matafantasmas*, estaba hecha para luchar contra los demonios. Malden la empuñó y se dio cuenta de que a duras penas podía levantarla. No había empuñado una espada en toda su vida y vio que no era un arma que pudiese levantar como un bastón.

Pero diez gotas de vitriolo aparecieron en la hoja de la espada, como si fuera sudor. Malden agarró la empuñadura con ambas manos y se arrojó contra el demonio, con la espada por delante. La clavó en el lomo de la bestia y cargó su propio peso sobre el pomo hasta que la hubo hincado en las entrañas de la criatura.

Las calaveras se alzaron y gritaron a las estrellas, mientras el demonio se debatía aún con mayor fuerza. Malden soltó el puño de la espada y retrocedió tambaleante, en un intento por apartarse de las patas, que se movían en espasmos.

Finalmente, la criatura murió y se quedó inmóvil. Su carne humeó y se licuó hasta que los huesos le sobresalieron por los músculos en carne viva. Sus garras se retorcieron y se marchitaron como un papel en el fuego. Poco más tarde, sólo quedaban unas volutas de humo apestoso y un charco de líquido repugnante. Debajo de sus restos, Croy pugnaba por extraer a *Matafantasma*s de la caja torácica de aquella criatura infernal.

Malden contempló a la bestia con absoluta incompreensión. No se creía lo que acababa de hacer. Había matado a un demonio. Él... un insignificante ladrón, que jamás había herido a un ser humano... había matado... por supuesto... la bestia había estado ya herida e inmovilizada y... pero la había matado...

Malden se puso a gritar de alegría. Pero entonces, una mano invisible le agarró el corazón y se lo estrujó.

—Mi hijo... mi casa —dijo Hazoth—. Has destruido mi casa.

Malden cayó al suelo, incapaz de mover un solo músculo. El hechicero se inclinó sobre él.

—Iba a concederte una muerte rápida, roedor —dijo el hechicero—. Ahora ya no.

Malden rodó por el suelo. El cuerpo se le hacía pedazos desde dentro. El dolor lo aferró como unas tenazas de hierro, porque Hazoth retorció una mano en lo alto y las entrañas de Malden se anudaron entre sí. El ladrón apenas si podía ver nada... su visión se había teñido del rojo brillante de la sangre.

Luego se aclaró lo suficiente para que pudiera distinguir el rostro de Hazoth.

—Quiero que me veas mientras sufres —le dijo el hechicero—. Quiero que te des cuenta de todo. El dolor que vas a padecer sería suficiente para hacerle perder la consciencia a un roedor. Podría llegar a matarlo. Tu primitivo cerebro preferiría morir, antes que vivir este sufrimiento. Pero no te lo voy a permitir. Vas a sufrir por lo que me has hecho. Y yo sé mejor que nadie lo que significa sufrir.

Malden pugnaba por tomar aliento, pero el aire que entraba en su cuerpo le producía las mismas sensaciones que si hubiera tragado cuchillos. Los brazos se le retorcieron en torno al pecho, constreñidos por el dolor, pero no dejaba de ver al mago, que lo miraba a los ojos.

Así que vio muy claramente que una mancha roja aparecía en la mejilla de Hazoth y que la piel le reventaba como un feo forúnculo.

Se llevó una sorpresa tan grande que casi se olvidó del dolor. Casi.

—Tus hechizos... escapan de tu control —dijo entre jadeos.

—No sabes nada de magia. Guárdate el aliento para los chillidos que están a punto de proferir —le dijo Hazoth.

Pero, al mismo tiempo que hablaba, le salieron granos cerca del cabello. Hazoth se tocó los bultos de la piel y entonces tuvo lugar un milagro.

La expresión de su rostro se transformó. Empezó a demostrar miedo de verdad. Llegó a gritar cuando uno de sus ojos quedó cubierto de cataratas.

Malden, tendido en el suelo, habría querido reírse. Habría querido cloquear de pura alegría. El dolor desapareció al instante, cuando Hazoth retrocedió y se sujetó con la mano una oreja que había empezado a sangrar.

—¿Qué es esto? —preguntó Hazoth. Se volvió para mirar a Citera.

—El vínculo que nos unía desaparece, padre —dijo. Las enredaderas y las flores de su rostro se marchitaban y florecían sin orden ni concierto—. Lo ha conseguido. El ladrón lo ha conseguido. Coruth ha quedado libre. Al venirse abajo, la casa debe de haber quebrado tu círculo mágico. Coruth ha hecho desaparecer la conexión que en otro tiempo estableció entre tú y yo. —La propia Citera hablaba como si apenas se lo creyese. Como si no se hubiera atrevido a creer en lo que le estaba ocurriendo.

Pero era verdad. Las maldiciones que Hazoth había evitado desde hacía tanto tiempo, la magia enemiga que habían arrojado contra él los demonios del abismo en venganza por todo lo que les había hecho, lo atacaban por fin. En vez de depositarse

en la piel de Citera bajo la forma de flores pintadas, aparecían en la piel de Hazoth como flores de sangre y corrupción.

—Maldita sea esa mujer —dijo Hazoth, con la voz atragantada por las flemas. Sacudió el cuerpo y dijo unas pocas palabras en un idioma antiguo. Al instante, las erupciones de su rostro dejaron de rezumar líquidos y se cerraron de nuevo, hasta que recobró el rostro perfecto de antes—. Pero está débil. Demasiado débil para resistirse. Iré en su busca y la aprisionaré de nuevo.

—No, no creo que lo hagas —dijo Citera. Entonces lo agarró por ambos brazos y le aplastó los labios contra la mejilla en un beso brutal—. Adiós, padre.

Hazoth abrió los ojos desorbitadamente. Centellas verdosas se inflamaron en su cabello y en su pecho.

En la mano izquierda de Citera una flor de adelfa se encogió y se marchitó. Una enredadera retrocedió por su muñeca y se recogió sobre sí misma.

—Malden —dijo Citera con la voz en calma—, tienes que irte ahora mismo.

El ladrón se puso torpemente en pie y se marchó corriendo. Oyó a sus espaldas que Hazoth empezaba a gritar mientras la piel de la espalda se le desgarraba y unos brazos demoníacos lo destrozaban con sus garras.

Todas las maldiciones que Citera había almacenado en su piel a lo largo de las décadas se liberaron a la vez y se cobraron con intereses su deuda con Hazoth. En cuanto sus hechizos protectores dejaron de tener efecto, los demonios a los que había esclavizado sintieron desde el fondo del abismo su libertad, y buscaron todas las grietas y hendeduras del universo por las que pudieran alcanzar al mago, deseosos de vengarse de él antes de que las maldiciones lo destruyeran por completo. Las gentes que vivían en torno al Parque de la Señora bajaron las persianas y se escondieron bajo la cama, pero no pudieron escapar de las tres horas de alaridos del hechicero moribundo y de los gritos de rabia de los hijos del Dios de la Sangre, que durante tanto tiempo se habían visto privados de su presa. Se tomaron su tiempo para destruir a Hazoth. Lo saborearon.

Una luz embrujada inundó los cielos sobre el prado comunal, y los horripilantes sonidos de la muerte de Hazoth hicieron temblar el aire. Malden no miró hacia atrás, por mucho que hubiera disfrutado presenciando el atroz final de Hazoth. Esa noche tenía que ir también a otros lugares, tenía que hacer otras cosas, porque, si no, aún podía perderlo todo.

Gracias a la extraña iluminación, encontró fácilmente el camino al meterse por las calles cercanas al prado comunal. Su intención era perderse en aquel laberinto y que su huida fuese definitiva.

No tuvo tanta suerte.

Más adelante, en la calle de la Puerta de los Tullidos, una veintena de guardias lo aguardaba arma en mano. Se desplegaron al instante para cerrarle cualquier camino de huida, lo rodearon por si se le ocurría retroceder hacia la mansión en ruinas. Cuando Malden estuvo encerrado en un cerco, uno de ellos se le acercó y le tendió una mano vacía.

—Dámela, ladrón —dijo.

—¿Disculpa...? —Trató de responderle Malden.

—Sabemos que llevas una daga al cinto. Si no me la entregas, te voy a matar, y te la quitaré luego.

Malden miró a aquel hombre con odio. Pero no podía hacer nada. Desenvainó la daga que colgaba de su cinturón y se la entregó.

—Quiero que me la devolváis en seguida.

El guardia se rió entre dientes y arrojó la daga al otro lado del muro del Parque de la Señora.

Malden sintió que se le venía abajo el corazón. El mensaje estaba claro. No iba a necesitar el arma. No le darían otra oportunidad de emplearla.

La hilera de guardias se abrió y alguien pasó entre ellos. Anselm Vry... con una expresión de enojo en el rostro.

—¿No podrías haber hecho lo mismo sin todo ese alboroto? —preguntó.

Malden parpadeó con fingida incompreensión.

—¿El qué, mi señor? Tan sólo paseaba por el prado comunal. Suelo hacerlo de noche. Es algo que apacigua mi espíritu. No sé muy bien lo que ocurre allí —dijo, y apuntó al fuego verde—, pero creo que tendrías que ir a investigar.

Vry lo miró con sorna.

—Pues entonces, ¿qué es eso que llevas en el cinturón? —preguntó.

Malden se toqueteó el cinturón, como si no hubiera entendido a qué se refería el bailío. Entonces dijo: «¡Ah!», y se desabrochó el cinturón para sacarla.

—Te referías a esto.

Había empleado el cinturón para sujetar la corona de oro que llevaba oculta bajo la capa. Se la entregó a Vry, que se la quitó de las manos.

El bailío cerró los ojos y sostuvo la corona con ambas manos. Por un instante abrió los ojos y miró a Malden, pero luego apartó el rostro y dijo:

—Sí, desde luego, mi señor —como si le hablara a la corona, y no a Malden—. Tú —dijo a uno de sus guardias—, la bolsa. —El otro sacó una bolsa de terciopelo y colocaron la corona en su interior—. Muy bien, ladrón —dijo Vry.

Malden hizo una profunda reverencia.

—Entonces, ¿puedo preguntar si me he ganado alguna recompensa? La preferiría en oro, pero también aceptaré la plata.

—Te la voy a pagar en acero —dijo Vry con una risa breve y áspera—. Tú... mávalo. Luego seleccionad un destacamento que vaya a arrojar su cadáver al Skrait. Atadle pesos para que nadie lo encuentre.

Un guardia con alabarda cargó contra Malden, pero éste ya lo había previsto y se había puesto en acción. Trepó por el muro del Parque de la Señora y se dejó caer entre unos arbustos que se encontraban al otro lado. Una vez allí se quedó inmóvil y contuvo el aliento.

Media docena de rostros aparecieron en lo alto del muro, incluido el de Vry. Escrutaron la penumbra durante un minuto muy largo antes de retirarse.

—No importa. Que sean las panteras y los lobos los que se peleen por él —dijo Vry—. Si sobrevive a esta noche, lo encontraremos por la mañana.

Y, una vez dicho esto, se marcharon. Malden no se movió durante un rato, y luego, cuando estuvo seguro de que nadie lo miraba, se puso en pie y buscó su daga.

—Relájate —dijo Citera. Sujetaba con fuerza la mano de Croy. La otra mano del caballero aún se aferraba a la empuñadura de *Matafantasmas*. Croy contempló la hoja y vio una fea muesca en el filo de plata, una herida que el arma había sufrido al bloquear el ataque de *Lenguadeácido*. Se preguntó si un enano podría reparar el daño, o si tendría que dejarla allí para siempre, en recuerdo de Bikker.

—Todo ha terminado —dijo Citera una vez más—. Hazoth ha muerto.

—¿Hazoth? —preguntó Croy, confuso—. No, es Bikker, ese de ahí... es Bikker. Lo he matado. Había que hacerlo. En el último momento me ha parecido que lograba hacerle entender, pero... pero he tenido que hacerlo. —Forcejeó en un intento por levantarse, pero Citera lo obligó a seguir recostado sobre la hierba. Croy no podía resistirse a sus manos.

¡Sus manos! Citera lo había tocado, y no lo había hecho de manera suave. Eso tan sólo podía significar una cosa. La miró con ojos emocionados. Su rostro estaba... estaba limpio de tatuajes. Las maldiciones que le adornaban la piel habían desaparecido. Todas.

Era aún más hermosa de lo que Croy recordaba. Tenía la piel pálida y bella, y sus ojos eran oscuros pozos de serenidad y sabiduría. En sus esbeltos brazos no había ni una sola hoja pintada.

Era libre.

—Allí —dijo Citera, y señaló a una columna que parecía de madera calcinada, erguida sobre la hierba, unos cuatro metros más allá. Ante los ojos de Croy, se vino abajo sobre sí misma, como un leño abrasado que se deshace en carbón y cenizas—. Eso es todo lo que queda de mi padre.

—¿Y tu madre? —preguntó Croy.

—Yo también estoy aquí, pero me encuentro mucho mejor. —De pronto apareció Coruth, de pie ante Croy, con los ojos puestos en él.

Era exactamente como la recordaba. Cabello revuelto y desgredado, del color del hierro recién salido de la forja. La nariz fina y afilada como una hoja de alabarda, y ojos que todo lo veían. Su rostro no era amable, pero difícilmente se le podían echar las culpas. Había pasado los últimos diez años aprisionada en un círculo mágico. Durante los últimos tiempos se había transformado en árbol. En ese momento vestía una sencilla túnica negra y llevaba uno de sus brazos en un improvisado cabestrillo, pero sabía que, si los reyes y reinas del mundo la hubieran visto, habrían agachado la cabeza con respeto. En torno a Coruth había un aura que cualquiera habría podido sentir, un aura de poder.

—Voy a sanar tu cuerpo —dijo Coruth—. Ésa va a ser tu recompensa. Quizá también tenga algo para el ladrón.

—Te doy las gracias —dijo Croy.

Coruth volvió el rostro y asintió. Luego se transformó en una bandada de aves negras y se marchó por el cielo, charlando consigo misma con muchas voces.

—Volverá por ti, no te preocupes —le dijo Citera al caballero—. Y yo me voy a quedar hasta que regrese.

Croy le tendió la mano izquierda y Citera volvió a estrechársela.

Se sentaron uno al lado del otro y contemplaron la casa en ruinas. Sus maderas caídas se consumieron y se fueron asentando a lo largo de la noche, con ocasionales ruidos sordos y crujidos, y de vez en cuando se oía un estrépito, porque alguna otra viga rota en el techo se venía abajo, u otra pieza de cristal se partía bajo la presión. Los escombros estaban llenos de objetos punzantes y cúmulos inestables de mampostería, aderezada con montones de esquirlas que habrían destrozado cualquier pie que tratara de pasar por encima. Ocasionalmente estallaba un rayo de color verde, o rojo, o azul, cuando alguna energía mágica se liberaba de un largo confinamiento.

Aquella ruina no parecía segura en absoluto, nadie se adentraría en ella.

La primera figura que apareció sobre los escombros fue la de Kemper. El hombre intangible se rió con sorna y se marchó ruidosamente entre los escombros del edificio. Llevaba la túnica llena de plata: cuchillos, cucharas, bandejas y platos, monedas de verdad, hebillas, accesorios y ornamentos. La casa había sido como un cofre que contenía un tesoro en plata, y Kemper se había ganado el derecho a ser el primero en saquearla. Cuando por fin se marchó, a duras penas podía caminar, a causa de la plata que se había escondido bajo la ropa o sostenía con los brazos, ya no podían cargar con más. Se llevaba una fortuna.

Los visitantes que fueron los siguientes en acercarse a la casa caída fueron los niños mendigos de las Cenizas. Malden les había puesto sobre aviso, y por eso llegaron temprano e inspeccionaron rápidamente los escombros. Se llevaron libros, y tapices, y valiosas piezas de cristal que no se habían roto. Se llevaron varitas mágicas y piezas de hierro herrumbroso que alguien compraría. Se llevaron el escaso oro que encontraron, que en parte se había fundido con los incendios, en parte conservaba la forma de joyas rotas y copas melladas. Malden le había dicho a Croy que una emocionante historia de heroísmo no iba a transformarles la vida a aquellos niños, y Croy había pensado que el ladrón no tenía sentimientos, que no se preocupaba por su bienestar. Se dio cuenta de que era Malden quien los había mandado allí... debía haber informado a los niños de lo que iba a suceder. La calidad de vida de la que disfrutaban los niños se iba a multiplicar por diez de un día para otro y Croy se alegró por ello. Uno de los niños, una cría que llevaba puesto un vestido hecho con un saco viejo, se acercó a Croy y lo miró por unos instantes. El caballero le sonrió, y ella le puso un pequeño tesoro en la mano. Una única cuenta de cristal, de color azul, sin valor alguno, pero bonita. Croy le dio las gracias con toda la cortesía de la que fue capaz, y entonces la niña se encogió de hombros y se marchó corriendo.

Cuando faltaba poco para el alba, llegó el enano Slag con un tiro de cuatro



caballos y un enorme carro. Escudriñó las sombras con los ojos alerta, mientras una brigada de trabajadores despejaba los escombros con palancas, poleas y aparejos. No fue fácil, pero lograron levantar la mitad del huevo del demonio que no se había hecho pedazos. La hicieron rodar sobre el costado, lograron subirla al carro y el enano se la llevó. Croy no tenía ni idea de lo que haría el enano con varias toneladas de hierro forjado en el abismo, pero estaba seguro de que iba a darle un buen uso.

Llegaron otros. Gentes a las que Croy no conocía. Debía de haber corrido la noticia de que Hazoth había caído y de que sus tesoros estaban al alcance de cualquiera. Bandidos, truhanes y matones rebuscaban entre los escombros y se llevaban cuanto querían. Ante todo, objetos valiosos y armas. Un papelero y sus aprendices se presentaron allí y se llevaron grandes fajos de papel y ropa hechos trizas, porque querían reducirlos a pulpa y emplearlos como materia prima. La mitad del gremio de los cristaleros fue y se llevó todo los vidrios rotos, y los aserradores se quedaron las vigas y cabrios. Poco antes del alba llegaron los miserables que buscaban entre las basuras de la Peste y se llevaron lo que nadie había querido.

Parecía imposible que hubiera quedado nada, pero vino un último saqueador. Gurrh el ogro, que durante todo el tiempo se había quedado sentado frente a la puerta, en el prado. Se puso en pie con la llegada del alba y se dirigió hacia los escombros. Buscó entre las ruinas hasta encontrar un cofre de plomo, todavía sellado, que apenas había sufrido daños. Cargó con él bajo el brazo y se dirigió hacia el oeste, hacia las Murallas del Pantano, su hogar.

Todo de acuerdo con el plan.

Al salir el sol, Citera y Croy lo saludaron juntos. Volvían a estar solos.

—Es la Natividad de la Señora —dijo Croy, y Citera lo besó en la mejilla—. Hemos triunfado —dijo, porque él mismo no acababa de creérselo—. Hemos vencido.

Entre tanto, en el Parque de la Señora, un lobo gruñía y daba mordiscos en el vacío. Detrás de éste habría otros doce, a la espera de su turno para atacar. Malden tendía las manos hacia la bestia y trataba de calmarla. Le habría gustado que el animal no tuviese tanta cara de hambre. Le habría gustado haberse llevado a *Lenguadeácido* como trofeo y no tener que depender de una daga. Le habría gustado que no hubiera tantas personas interesadas en matarlo. Le habría gustado saber pelear mejor.

Le habría gustado poder marcharse a casa y dormir.

Pero, en cambio, parecía que su breve carrera como ladrón tuviera que acabar con su muerte, devorado por una jauría de lobos. «Todo esto por nada», pensó.

El lobo dio un paso adelante. Tanteó el suelo con la zarpa, como si tuviera miedo de algo, miedo de atacar. Entonces, un centenar de aves graznó y chilló a espaldas de Malden, y el ladrón estuvo a punto de salirse de su propia piel.

Una anciana envuelta en una túnica negra apareció a su lado. Tendió una mano hacia abajo, para que el lobo pudiese olerla. El animal le lamió la palma, y luego se

echó sobre la hierba y dio reposo a su cabeza.

—Creo que te conozco —le dijo Malden a la mujer que lo había salvado—. Te había visto antes.

—Sí —respondió la mujer.

—Por supuesto que entonces tenías la piel como más... cortezosa. —Envainó la daga—. Entonces, estás libre. Esto ha salido bien.

—Sí.

—Por lo tanto... todo ha terminado —dijo Malden, porque deseaba con toda el alma que así fuera.

—No —dijo ella.

—No —repitió Malden—. No, ya me imagino que no. Todavía no.

La Plaza del Mercado estaba abarrotada de gente, de personas de toda condición y oficio que se apretujaban sobre el amplio espacio empedrado. De todos los labios surgían vítores y plegarias, las banderas se desplegaban en todos los lugares elevados, y en todos los sombreros y túnicas había cornucopias de oro, latón o estaño. Los sacerdotes de la Señora habían salido a la hora del alba para atender a los fieles, entonaban los prolongados cantos llanos de la liturgia y solicitaban las bendiciones de la Señora para el pueblo, la ciudad y el rey. Tenían que esforzarse en buscar un camino por calles tan atestadas que no había en ellas lugar para moverse. Los ciudadanos de Ness y los peregrinos que habían acudido a celebrar el más sagrado de los días se hallaban todos al aire libre e iban de un lugar a otro como podían, se visitaban entre sí, o simplemente salían a pasear y aprovechaban el buen tiempo, a la vez que entonaban plegarias y agradecimientos. Hechos un revoltijo de colores y sonidos, loaban a la Señora.

Era la clase de multitud que, de haberlo querido, habría movido montañas. Era la clase de multitud que, apenas aguijoneada, podía iniciar una revuelta. Que, llevada por sus emociones, podía poner la ciudad patas arriba. Un poquito de ira, un poquito de sorpresa y consternación, y la Ciudad Libre de Ness podía estallar como una presa sobrecargada.

La muchedumbre era más densa y alcanzaba mayores cotas de fervor frente a la Iglesia de la Señora, la gran iglesia con bóvedas y chapiteles donde había de empezar la augusta procesión del día. Las gigantescas puertas de acero aún estaban cerradas, pero los hombres de la guardia habían tenido que formar un doble cordón en el exterior para impedir que los fieles irrumpiesen y contemplaran los iconos antes de tiempo. Hicieron retroceder una y otra vez a las multitudes con la ayuda de bastones y cuerdas. Un pequeño número de jóvenes devotos trató de encaramarse por las recargadas tallas del exterior de la iglesia, pero los derribaron con palos largos.

Sin embargo, uno de los trepadores tuvo la luminosa idea de subir por la fachada de detrás, donde los guardias no vigilaban. Por supuesto que no se trataba de uno de los fieles poseídos de celo religioso. Su intención no era prosternarse ante el altar de la Señora, ni pretendía entrar a robar los pasteles y los dulces depositados en la gigantesca cornucopia de oro que se hallaba en el interior.

Malden se aferró a la gárgola y tiró de sí mismo hasta llegar a una de las ventanas del claristorio. Habían dejado la ventana abierta para que entrase el aire —tan cerca del solsticio de verano, ya hacía calor dos horas después del alba— y así pudo colarse dentro y esconderse entre las imágenes sagradas que se hallaban en torno a la cúpula de la iglesia.

La acústica del edificio era tan magnífica, y sus sentidos se habían aguzado de tal

modo por culpa del miedo, que veía y oía todo lo que tenía lugar en la nave de abajo. Habían desenrollado una alfombra de terciopelo rojo desde el altar hasta las gigantescas puertas. Anselm Vry se encontraba abajo, ataviado con la capa que era su vestimenta oficial. Estaba adornada con el motivo del ojo que también se encontraba en las capas de los guardias, pero en su caso tenía brocados hechos con hilo de plata. El burgrave también estaba allí, con todos los atributos de su rango, si bien llevaba la cabeza descubierta. Los rodeaba un puñado de sacerdotes con túnicas verdes que rezaban y arrojaban humo santo en torno al burgrave, mientras que jóvenes acólitos iban encendiendo cientos de candelas y docenas de incensarios, hasta que los iconos relucieron como el sol.

—Os he dicho que os marchéis —gritó Vry.

—Mi señor bailío —insistió uno de los sacerdotes—, este recinto es sagrado, y aquí tu autoridad...

Vry fundamentó su autoridad por la vía de desenvainar una larga daga y apuntar con ella al rostro del sacerdote.

—El burgrave no está bien. Tengo que administrarle su medicina antes de que empiece la procesión y no quiero que vosotros estéis ahí mirando —dijo.

El sacerdote se quedó pálido como un muerto al ver el arma. Al fin, asintió y les hizo un gesto a sus compañeros y acólitos. Abandonaron rápidamente la nave.

En cuanto Vry y el burgrave se hubieron quedado solos, el bailío envainó la daga y luego se volvió para mirar al burgrave con desdén. Ommen Tarness lloraba débilmente, un sonido horrible, amplificado por la cúpula de la iglesia. Desde arriba, Malden lo observaba con interés desprovisto de compasión.

—No quiero ponérmela —decía Ommen, aunque los mocos se lo dificultaran—. ¡No quiero! Soy libre, libre por fin. Anselm... hoy me siento... más listo. Me siento... me siento como si me despertara de un sueño muy largo y aún estuviera aturdido, pero...

Vry le dio un bofetón al burgrave. Luego sacó la corona de debajo de su capa.

—Ya lo hemos discutido. Te vas a poner la corona. Vas a salir ahí y les harás un discurso. He apostado un arquero que te matará de un flechazo si te pones a balbucir. En cuanto hayas terminado de decir las palabras que te dicté, voy a salir y anunciaré que has estado enfermo y que ya no puedes servirles como burgrave. Entonces te liberaré de todo esto y no tendrás que volver a llevar la corona.

—¿Me lo... prometes? —preguntó el burgrave. Su voz era como la de un niño ingenuo al que le prometen un dulce si se porta bien durante una ceremonia de la corte—. ¿Nunca más?

—Tan sólo esta última vez. Y, de todos modos, ésta no es la corona que te da miedo. Ésta no habla. —Se la colocó sobre la cabeza a Ommen y el burgrave se mordió el labio y gimoteó, pero no trató de impedirlo.

Ommen apretó con fuerza los párpados cuando la corona le tocó la piel. Pero, al cabo de un instante, abrió los ojos como platos, asombrado.

—¡Tenías razón! Ha perdido su poder. ¡Todavía soy... todavía soy yo!

Vry sonrió sin alegría. Sin embargo, su expresión cambió drásticamente cuando la corona se separó de la cabeza de Ommen Tarness y se marchó por el aire.

Arriba, en la cúpula, Malden tiraba del hilo. Tenía en las manos la caña para pescar sombreros que había ideado Slag, la que el enano había concebido para emplearla en el arco de la Acequia Real. El hilo se tensó por el peso de la corona, pero Malden tiró de ella rápidamente hacia arriba y la tuvo en seguida en la mano. Sería mejor que dijéramos el peso de: la falsa corona. También la había hecho Slag, con plomo sobredorado. Se parecía mucho a la corona de verdad y la habían pulido hasta que brilló como oro auténtico pero, bajo una mirada atenta, la vileza de los materiales era evidente. Malden la había llevado encima durante todo el tiempo que pasó en la mansión de Hazoth. Había previsto que Vry se presentaría en el último momento y le quitaría la corona, así que se había asegurado de tener algo que pudiera entregarle al bailío.

—¡Tú! ¡Eh, tú, ahí arriba! ¡Ladrón! —Gritaba Anselm Vry, y trataba de ver bien lo que sucedía en la cúpula—. Esta broma ha sido muy divertida. Ahora devuélvemela.

—¿Y si no qué, Anselm? ¿Harás que me maten? —Malden hablaba en el tono normal de una conversación, pero la cúpula amplificaba su voz de tal modo que estaba seguro que Vry lo oiría—. Si te la devuelvo, ¿me dejarás vivir?

—¡Devuélvemela! ¡Devuélvemela! Ésa me gusta, no es tan pesada —gritaba Ommen.

Vry le hizo callar con otra bofetada.

—Sé razonable, ladrón. Tanto tú como yo sabemos que no puedo dejarte con vida. Pero podría matarte ahora, en un momento, y casi sin dolor. Podríamos ahorrarte el dolor de la tortura, y la vergüenza de arrastrarte y descuartizarte en público. Seguro que tú lo preferirías así.

Malden se rió.

—Puede que quieras luchar por la corona. Por supuesto que ése no es tu estilo. Todos tus hombres están fuera. Has hecho salir incluso a los sacerdotes. Tendrías que hacerme frente tú solo.

—Eso no va a ocurrir. Pero, de todos modos, siento curiosidad por saber qué pensabas conseguir aquí.

—Voy a salvar mi propia vida y también la de Cutbill.

—Así que piensas que podrás escapar —dijo Vry—. Me imagino que sería posible. Podrías escapar por los tejados mientras mis hombres tratan de abrirse paso entre la multitud. Supongamos que logras escapar hasta las murallas de la ciudad. ¿Qué vas a hacer después? No tienes tierras. Una vez que salgas de la ciudad, te transformarás en un simple villano. Un campesino. Poco más que un esclavo. Salvarías la vida, pero perderías la libertad. Conozco a los hombres como tú, ladrón. No querrás pasar el resto de tu vida trabajando en una granja.

—Desde luego que no. Muy bien, Vry. Voy a proponerte un trato. Creo que te parecerá ventajoso. —Malden volvió a colgar la corona al extremo del hilo y empezó a bajarla—. Sólo quiero satisfacer mi curiosidad. Respóndeme con sinceridad a unas pocas preguntas y pondremos fin a esto.

Vry miró en derredor, como para asegurarse de que no hubiera sacerdotes ocultos que lo escucharan desde los rincones de la iglesia.

—Muy bien.

Malden bajó un poco más el hilo. La corona descendió unos cuatro metros y entonces se detuvo bruscamente. El ladrón pensó que tendría que tener mucho cuidado para que el hilo no se rompiera.

—Bikker trabajaba para ti, ¿verdad? El robo de la corona fue idea tuya.

El rostro de Vry se ensombreció por la rabia que sentía.

—No pienso reconocer nada bajo una presión de este tipo...

Dejó de hablar, porque Malden volvía a hacer subir el hilo.

—Sí —dijo Vry, y cerró los puños, encolerizado—. Sí, fui yo.

Malden volvió a bajar la corona unos cuatro metros.

—Pero no estuviste solo. Os conjurasteis tres personas para conseguirlo. Me tenéis impresionado, de verdad. Las posibilidades de que un plan de ese tipo funcione son inversamente proporcionales al número de personas que conocen su existencia. Has logrado todo esto... ¡aún podrías poner de rodillas a una ciudad entera!, y tan sólo con tres personas. Le prometiste a Hazoth que lo protegerías a cambio de sus servicios. Pagaste a Bikker porque un Espada Antigua habría podido detectar la presencia de un número de demonios superior al habitual, y sentir la necesidad de deteneros a Hazoth y a ti. Debisteis de preocuparos mucho cuando Croy regresó a la ciudad.

—¿*Sir* Croy? Desde luego. Los Espadas Antiguas ya no tienen demonios contra los que combatir, y por ello deambulan por el país, y durante sus viajes castigan la injusticia y ayudan a las gentes. —Sólo con pensarlo, una sonrisa afloró al rostro de Vry—. Siempre meten la nariz donde no debieran, y dado que Croy ocupa un puesto nominalmente superior al mío en la jerarquía, había que encontrar una manera de neutralizarlo. Juring siempre había sentido debilidad por ese imbécil. Tuve que actuar con mucha astucia para conseguir su destierro... y luego, cuando regresó,forcé la mano del burgrave para que tuviese lugar la ejecución.

—Y dado que no te funcionó, y Croy logró escapar, tuviste que trazar otro plan. Lo manejaste como a una marioneta. Fingiste que hacías todo lo que estaba en tu mano para encontrar la corona. Pero Croy es ingenuo y, mientras nadie se lo demuestre, no sospecha que lo puedan traicionar. Yo mismo estuve a punto de creerme tu escenificación en la guarida de Cutbill. Parecía que de verdad quisieras encontrar la corona. Incluso cuando mandaste a tus hombres a la casa de Hazoth con la orden de registrarla... incluso cuando se marcharon con las manos vacías, creímos que no eras más que un burócrata demasiado apegado a las ordenanzas. Que te

atenías a las leyes y las normas, y que por eso no eras efectivo. Has jugado bien a este juego. No estuve seguro del todo hasta que la pasada noche te entregué la falsa corona. Actuaste como si te hubiera hablado... aunque ambos sabíamos que era mentira. En ese momento estuve seguro. No querías recobrar la corona. Aunque te emplearas a fondo para hacer creer a todo el mundo que la buscabas, en realidad sólo querías que nadie la encontrara.

—Qué listo eres. Sí —reconoció Vry—. En lo esencial, lo has entendido bien.

—Pero aún no tengo claro por qué lo hiciste —dijo Malden. Bajó un poco más la corona—. ¿Qué beneficio pensabas sacar de todo esto? Si Ommen sale ahí fuera y hace el ridículo ante la ciudad entera... las consecuencias serán tremendas. El pueblo se dará cuenta de que los gobernaba un idiota y no lo soportará. Empezará una insurrección en las calles... sobre todo si tú los espoleas. A nadie le gusta que lo embauquen. El pueblo de Ness tiene tanta libertad que le encanta quejarse y refunfuñar por el más mínimo inconveniente. Si les hago ver que su señor es un cretino, se negarán a obedecer todas sus leyes, incluso las que son justas. Y si la violencia no se detiene, si las cloacas se inundan de sangre, el rey llegará a la conclusión de que el burgrave es incapaz de gobernar la ciudad. Seguramente revocará sus estatutos municipales. Todos los que viven en Ness perderán su libertad.

—Todos los que no tienen propiedades. Como tú.

Malden se encogió de hombros y soltó más hilo. La corona se hallaba ya a apenas dos metros de la cabeza del burgrave.

—Pero los hombres libres de Ness son la sangre de su corazón. Su trabajo crea riqueza. Esa fue la genial idea de Juring Tarness... y funcionó. Ha funcionado durante ochocientos años. Los hombres libres trabajan para hacer algo de sí mismos. ¿Qué vas a ganar si los esclavizan?

—Poder, por supuesto. —Anselm Vry tendió ambas manos para tratar de agarrar la corona. Malden la hizo subir de nuevo. Vry suspiró hasta lo más hondo y dijo—: No entiendes nada. En cuanto se revoquen los estatutos municipales, la ciudad se hundirá en el caos. La única fuerza capaz de mantener la ley y el orden en esta ciudad será la mía, y la de los hombres de mi guardia. Tendremos que ser nosotros quienes impidamos que el motín se adueñe de la ciudad. Y cuando lo hagamos, cuando acabemos con la revuelta y restablezcamos la autoridad del rey, ¿hasta dónde piensas que puede llegar su gratitud? Necesitará a alguien que gobierne la ciudad. Y, evidentemente, me elegirá a mí.

—Podrían morir miles de personas —dijo Malden—. Muchos comercios cerrarán, gremios enteros dejarán de existir. La ciudad que heredes estará medio muerta.

—Pero será mía. Y la gobernaré como me parezca bien... mediante el fuego y el hierro. No tendré que ceñirme a las leyes fijadas por los estatutos. No tendré que responder ante el concejo, ni ante los maestros de los gremios que mandan en él. Todo será mío, y solamente mío. El primer año va a ser duro. Tendremos poco dinero y el pueblo pasará hambre, sí. El segundo año me van a pagar el precio que yo les

pida por el pan. Aceptarán impuestos mucho más altos, a cambio de seguir con vida. Es un juego a largo plazo. Pero tengo todas las garantías para vencer.

—Ya veo por qué te atrajo —dijo Malden—. Y me descubro ante ti.

—¿Eh?

—No conozco a ningún ladrón tan retorcido como tú —dijo Malden—. Te has ganado mi respeto. Muy bien. Te voy a dar lo que quieres. —Con un movimiento de la muñeca hizo bajar la corona hasta depositarla sobre la cabeza de Ommen. Cortó el hilo con el que la había sustraído y plegó la caña—. Te deseo que lo disfrutes.

Y entonces se rió.

—¡Guardias! ¡Sacerdotes! Entrad ahora mismo —gritó Anselm Vry. Las puertas que rodeaban la nave se abrieron de pronto y las gentes a las que había llamado entraron en masa.

Ommen Tarness se irguió. Su porte mejoró al instante.

—Esperad —dijo, y todo el mundo se quedó inmóvil. Había algo en su voz que obligaba a escuchar, e imponía obediencia a todos los que lo escuchaban—. He oído suficiente —dijo.

El que había hablado era Juring Tarness.



Más temprano, a la hora del alba, Gurrh el ogro había llevado su cofre de plomo hasta las Murallas del Pantano, donde había vivido durante tantos años. Lo depositó sobre la blanda tierra y luego empezó a aporrearlo con sus puños grandes y peludos.

Finalmente lo abrió. La verdadera corona se hallaba dentro, como habían esperado.

Malden había ido hasta allí para verla. Coruth, la bruja, lo había llevado por los aires para que no llegase tarde. El ladrón le había dado las gracias a Gurrh, que había hecho una profunda reverencia y luego había regresado a su conducción de agua. Entonces Malden se había acercado a la corona, con las manos algo temblorosas. La levantó con gran cuidado y oyó que la voz empezaba a darle órdenes. Antes de que pudiera dominarle, antes de que le obligara a ponerse la corona en la cabeza, la metió dentro de un costal y cargó con ella a hombros. La corona no dejó de hablarle, le lanzó imprecaciones, promesas y francas amenazas... hasta que Malden le hubo explicado lo que pensaba hacer con ella. Entonces, por fortuna, se calló.

Luego, después de subir la falsa corona hasta lo alto de la cúpula de la iglesia con la caña de pescar de Slag, había sido fácil cambiarla por la de verdad. La corona que había bajado hasta la cabeza de Ommen.

La transformación que experimentó el burgrave fue instantánea. Juring Tarness había recobrado el control sobre el imbécil que tenía por descendiente. Y había escuchado todo lo que se había dicho en la iglesia.

—¿Querías deponerme, Anselm? —preguntó el burgrave. Contempló al bailío... si erguía el cuerpo, era varios centímetros más alto que su empleado—. ¿Habrías llegado hasta esos extremos para arrebatarme lo que era mío?

—Mi señor —dijo Vry, e hizo una pronunciada reverencia—. No era más que un relato, una historia que me había inventado para tener entretenido al ladrón...

—Basta de mentiras —gritó el burgrave. Los sacerdotes y guardias que se hallaban alrededor retrocedieron. El burgrave desenvainó una daga enjovada que llevaba al cinto. Era uno de los símbolos de su rango y la empleaba, sobre todo, como ornamento. Sin embargo, la hoja estaba siempre afilada, como representación de la agudeza con la que el burgrave desempeñaba su cargo—. Arrodíllate —dijo.

Vry se volvió hacia sus guardias.

—¡El burgrave está hechizado! —gritó—. Agarradlo... tenemos que aplicarle de inmediato un exorcismo. Tú, sumo sacerdote, ve en busca de las vestiduras apropiadas y el incensario, y...

—Te he dicho que te arrodilles —repitió el burgrave. Ni guardias ni sacerdotes se movieron de donde estaban.

Vry trató de huir. El burgrave lo agarró por la capa y lo derribó al suelo. Luego

sujetó al bailío por el cabello y tiró hacia atrás.

—Basta de mentiras —dijo una vez más. Luego obligó a Vry a abrir la boca y le cortó la lengua.

Anselm Vry jadeaba y se ahogaba con su propia sangre. Los ruidos que hizo fueron horribles. El propio Malden se estremeció.

—Ahora —dijo el burgrave Tarness cuando todo hubo terminado—, que alguien me traiga un trapo. No quiero encabezar la gozosa procesión de la Natividad de la Señora con la sangre de este traidor en las manos. Tú, guardia... llévate a este idiota. Enciérralo en mis mazmorras. Lo juzgaremos y veremos qué tal habla en defensa propia. Luego buscaremos un método de ejecución más horrible que todos los que ya hemos probado. Puede que lo obliguemos a comerse sus propias entrañas. O a tragarse sus propios excrementos.

El capitán de la guardia cumplió la orden. Hizo una reverencia, saludó, y no dijo nada. Los sacerdotes le lavaron las manos al burgrave y limpiaron la daga. Mientras lo hacían, el burgrave levantó los ojos hacia la cúpula.

—En cuanto a ti, ladrón... ve y dile a tu señor, Cutbill, que quiero hablar con él. Más adelante. Me espera un día muy largo.

Malden se imaginó que habría sido demasiado esperar que le diera las gracias. Volvió a salir por la ventana.

Coruth, con el brazo ya curado, murmuraba para sí, al mismo tiempo que mezclaba hierbas en un mortero de piedra y luego las trituraba con una mano de almirez hecha de cobre. Cantó una cancioncilla mientras untaba la repugnante pócima sobre las costillas rotas de Croy y las heridas que el ácido le había dejado en los brazos. Cada vez que el caballero trataba de hablar, Coruth le indicaba con severidad que se callara. Durante todo ese tiempo, Citera estuvo a su lado, sonriente, ya sin brujería en el rostro. Sus ojos centelleaban de malicia al verlo casi desnudo sobre la cama, sin más ropa que un trapo que le cubría las vergüenzas.

Malden pensó que difícilmente se habría podido encontrar un sitio mejor para pasarse semanas en la cama y curarse de heridas que habrían tenido que ser mortales. Había llevado a Croy al otro lado del prado comunal, hasta la casa de su amigo, el rico mercader. No fue necesario el secreto, y si el burgrave hubiese querido prender a Croy (aunque fuera por haber violado su destierro), poca resistencia le habrían opuesto. Pero habían pasado seis días desde la Natividad de la Señora, y nadie se había presentado a la puerta con una orden de arresto.

Tal vez el burgrave tuviese miedo de contrariar a Coruth. Tras la muerte de Hazoth, la bruja era la experta en magia más poderosa de la Ciudad Libre. Viejos y nuevos clientes se le presentaban ya a diario para preguntarle si podían consultarla, pero ella los rechazaba. Explicaba que tenía mucho por hacer, y que, una vez que Croy se hubiese curado, llegaría el momento de pasar cuentas. Más de un poderoso personaje de la ciudad había iniciado discretas investigaciones con la intención de contratar magos dotados con poder suficiente para desviar maldiciones.

En cuanto la bruja hubo terminado las labores del día, fue hacia la ventana y se marchó una vez más bajo la forma de una bandada de aves negras. Nadie sabía adónde iba, y tampoco tenían ninguna manera de seguirla. La propia Citera se encogió de hombros cuando le preguntaron.

—Puede que vaya en busca de hierbas medicinales. O tal vez a observar la ciudad y ver lo que ha cambiado durante su ausencia. Nunca jamás me ha consultado para nada, ni siquiera antes de que Hazoth la aprisionara.

—Mi señora —dijo Malden—, me perdonarás si te digo que tienes una extraña familia.

Citera le respondió con una sonrisa cómplice.

—No todos nosotros podemos provenir de familias nobles con cantidad de grandes héroes y bellas damas —dijo, y miró de reojo a Croy.

El caballero estaba demasiado ocupado para prestar atención a lo que decía Citera. Garabateaba algo sobre un pergamino con una pluma de ave.

—Toma, Malden. Tu recompensa. Como te prometí.

El ladrón tomó el papel que le ofrecían y lo examinó. La primera vez que Croy había acudido a solicitarle ayuda para liberar a Citera y a Coruth, la reacción instintiva de Malden había sido tratar de sacarle oro al caballero. Luego se le ocurrió que Croy debía tener más posesiones, y que eso le podía resultar infinitamente más útil al propio Malden. El trozo de papel que tenía en la mano era lo que le había pedido en lugar del dinero. Era una extensión de tierra, la octava parte de un acre, en las regiones septentrionales del reino, cerca de la fortaleza de Helstrow. Una parte muy pequeña de la herencia familiar de Croy. En el papel decía que Malden era su nuevo propietario.

—¿Es un buen lugar? —preguntó Malden.

—Un campo cubierto de rocas, totalmente inútil para la agricultura. Se encuentra frente a un pantano miserable que se llena de moscas en verano. Espero que seas muy feliz allí.

Malden se rió con una carcajada fuerte, prolongada y sincera.

—Puede que no vaya a verla jamás. Da igual. Por esto... y por todo lo demás... gracias, Croy.

Citera parecía confusa.

—¿Y de qué le sirve a un ladrón un terreno yermo en el que no cabría ni una casa?

—Me da la libertad —dijo Malden—. Ahora, con este pergamino, soy propietario. Soy terrateniente, con todos los derechos que corresponden a esa condición. Ahora puedo ir a cualquier lugar. Puedo cruzar las murallas de la ciudad sin miedo a que me esclavicen. Aquí, en Ness, podré acudir al concejo cuando me parezca bien y presentarme ante los maestros de todos los gremios, y exigir mi derecho a hablar. Podría, incluso, ir hasta Helstrow y pedirle audiencia al rey.

—¿Piensas hacer algo de lo que has dicho?

—¡No! —dijo Malden, riéndose—. Ninguna de esas cosas. Pero el poder para hacerlas... el derecho a hacerlas... significa que ya no estoy preso en el lugar donde nació. ¡Significa que soy libre! Me imagino que te darás cuenta de lo que vale eso.

—Oh, sí —dijo Citera, con los ojos puestos en un lugar muy lejano.

Malden besó el papel.

—El deseo de mi corazón. Uno de mis deseos, por lo menos.

Citera le dirigió una sonrisa que era una advertencia. Luego se volvió hacia la pierna de Croy, que había quedado cubierta de cicatrices.

—Tienes que descansar —le dijo al caballero—. Mi madre dice que si no duermes el doble de lo normal, el tratamiento no va a tener efecto.

—Tú eres mi señora y obedezco tus órdenes —dijo el caballero. Cerró los ojos y al cabo de unos momentos se puso a roncar.

Malden negó con la cabeza.

—Duerme como un bebé.

—Él piensa que ha hecho el trabajo de un hombre —susurró Citera—. Duerme

como los que tienen la conciencia limpia. Ven conmigo, Malden. Quiero que hablemos.

Ambos salieron al balcón de la habitación donde se hallaban. Desde allí se veían los restos de la mansión de Hazoth. No había quedado gran cosa, salvo montones de ceniza y unos pocos restos de madera. Las gentes de Ness se habían llevado todo lo que tenía algún valor, y su definición de «valor» era muy amplia.

—Dime —le preguntó Citera en cuanto estuvieron solos—, ¿cuál es la recompensa que ha solicitado Kemper?

—Le encargué a Slag que le hiciera un nuevo mazo de cartas —dijo Malden.

Citera frunció el ceño.

—Pero Kemper padece esa maldición... podía sostener la antigua baraja tan sólo porque estaba muy imbricada con la esencia del propio Kemper. Hacía tanto tiempo que poseía aquellas cartas que habían llegado a formar parte de su propio ser.

Malden asintió.

—Sí. Por ello, la nueva baraja tenía que ser especial. Están hechas de plata pura, forjada en láminas muy finas y tratadas con vitriolo para hacer las figuras. Probablemente tendrán más valor que la gran mayoría de las apuestas que gane con ellas, pero no tendrá problemas para sostenerlas, y tampoco para metérselas por la manga, o debajo de la túnica.

Citera sonrió.

—¿Y Gurrh, el ogro? ¿Qué recompensa ha solicitado?

—Ninguna. Únicamente quería servir al burgrave. Si todos los hombres tuvieran la nobleza de ese ogro en el corazón, todos nosotros viviríamos en el mundo de Croy.

Citera se inclinó sobre la baranda del balcón.

—Entonces parece que todos nosotros nos hemos visto compensados por nuestras tribulaciones, y que todos nosotros hemos salido de esta pesadilla mejor de lo que estábamos cuando empezó, y sin sufrir verdaderos daños.

—Todos nosotros, con una excepción —dijo Malden con la frente arrugada—. Hice algo de lo que no estoy orgulloso, Citera. Le arrebaté a un hombre su libertad. Ése es el pecado más grande que conozco.

—¿Te refieres a Ommen Tarness? —preguntó—. Es un retrasado. Y, por otra parte... le salvaste la vida. Si se hubiera presentado al frente de la procesión en su estado natural, Vry lo habría hecho matar poco después.

—Lo sé —dijo Malden. Pero, de todos modos, la cuestión no era ésa. Momentos antes de que volviera a ponerle la corona, Ommen había dicho algo que había sacudido a Malden hasta lo más íntimo. Decía que se estaba volviendo más listo. Que se liberaba de la imbecilidad. No había nacido idiota... sino que la corona le robaba el entendimiento, y, al no llevarla, volvía a ser él mismo. Malden había detenido el proceso antes de que pudiera empezar.

Pero tendría que cargar con ello. Decidió no contárselo a Citera.

Después de todo, tenía que hablarle de otra cosa.

—Ven conmigo —le dijo a la mujer, sin previo aviso.

Citera se volvió con mucha rapidez. Malden acababa de sujetarle el talle con el brazo. Se inclinó hacia ella y la besó. Con fuerza.

—Ya no tengo por qué quedarme aquí. Podría viajar por el mundo entero. Ven conmigo y sé mi mujer —le dijo.

Citera miró dentro de la habitación, hacia la cama donde yacía Croy.

—Olvídale. Ya diste por terminado tu compromiso con él.

—No llegué a decir tanto.

Malden hizo una mueca.

—Fui yo quien liberé a tu madre. No él.

—¿Y piensas que por eso me voy a casar contigo? —le preguntó—. Así es como terminan las historias, ¿verdad? El héroe mata al dragón y la damisela se deja caer en sus brazos. ¿Quién es ahora el que vive en los cuentos, Malden? ¿No habías despreciado siempre a Croy precisamente por eso? Vivimos en el mundo real.

—Y aquí, ahora, te quiero —le dijo él.

Citera cerró los ojos y respiró hondo, y, por un instante, Malden pensó que le respondería con un sí. Entonces, la mujer recostó la cabeza sobre su pecho.

—Eres un ladrón, Malden. Ahora tienes una propiedad, sí, pero... sigues siendo un ladrón. Tienes que entender... tienes que entender que, en el mundo real, todo el mundo hace lo que tiene que hacer para sobrevivir. Para que su vida sea mejor.

—Y eso significa que te vas a quedar con él... —dijo Malden.

—Tú tienes una parcela de tierra que no se puede cultivar. Él tiene un castillo. Siervos y criados. Un título. Y mis hijos van a heredarlo todo. ¿Comprendes lo importante que es eso? Mira cómo es mi vida. Mira qué me han dejado mis padres. ¿Puedes aceptar que esté dispuesta a hacer lo que sea para no transmitir esa herencia?

Malden la soltó. Anduvo hasta el otro extremo del balcón y miró hacia el monte, hacia el palacio. A su alrededor se hallaba la ciudad, dividida en franjas inmutables, con los más pobres abajo y los más ricos arriba. No iba a cambiar jamás.

Citera iba a entrar en la habitación donde se hallaba el enfermo. Malden la detuvo llamándola por su nombre.

—¿Le amas? —preguntó.

—Qué pregunta más tonta —respondió ella, y luego entró.

Cutbill introdujo una única anotación en su libro de contabilidad y luego tachó dos líneas.

—Ya está —dijo—. Ahora eres oficial del gremio, con todos los derechos y privilegios que corresponden a ese rango. —Miró a Malden por encima del libro—. Todavía no está resuelta, por supuesto, la cuestión del dinero que le debes a Slag. Y espero que empieces a ganarlo enseguida para no perder mi favor.

Y eso fue todo. Ni agradecimientos, ni recompensa. «Es justo», pensó Malden. No esperaba nada más de Cutbill. Le había causado grandes problemas, pero acababa de reparar el daño. Había saldado la deuda.

Y Malden se había incorporado al gremio. El gesto de Croy lo había transformado en propietario, y ahora, además, tenía una profesión. Podía empezar a ganar dinero para sí mismo, porque había pagado el rescate por tener un lugar en la organización de Cutbill. No estaba atado a nadie. Era dueño de sí mismo. Era libre de verdad.

—Puedes marcharte —dijo Cutbill. Entonces levantó una mano que anuló la orden anterior. Se volvió hacia un rincón de la sala, donde un tapiz ondeaba, como si soplara un viento que Malden no sentía—. Espera —dijo Cutbill—. Métete por esa puerta.

Malden se volvió hacia la puerta que le indicaba y frunció el ceño a modo de pregunta, pero Cutbill no le dio explicaciones. Malden pasó por la puerta y la cerró a sus espaldas. Al otro lado estaba la cámara de espionaje desde donde se podía observar sin ser visto lo que ocurría en el despacho de Cutbill.

Malden acercó el ojo a la mirilla y vio cómo un hombre alto, envuelto en una sencilla capa marrón, se presentaba ante el escritorio de Cutbill. El recién llegado se sentó al otro lado del escritorio como si aquel lugar fuera de su propiedad, y luego se quitó la capucha.

Era el burgrave. Llevaba puesta la corona de oro y sus ojos tenían una mirada penetrante. ¿Qué había ido a hacer allí sin compañía alguna?

—Mi señor —dijo Cutbill.

El burgrave tardó en hablar. Al fin, dijo:

—Parece que una vez más estoy en deuda contigo. Preferiría no tener que deberte nada, ladrón.

—Pues entonces, deja que te diga que soy yo quien estoy en deuda contigo —respondió Cutbill—. Tú me permites que exista y que lleve a cabo mis operaciones. Si de vez en cuando esas operaciones te benefician, será para mí un honor haber servido a un hombre tan grande.

—Esas palabras tan melifluas no suenan bien en tus labios. —El burgrave se levantó del escritorio y anduvo agitadamente por la habitación—. No había dudado

nunca de Anselm Vry. Lo consideraba un simple empleado, y nada más. Alguien que sabía trabajar con los números, pero que era totalmente incapaz de traicionarme.

—Por lo que dices, pensabas que se parecía a mí, mi señor —sugirió Cutbill. Siguió trabajando con sus anotaciones.

—En absoluto. Tú... jamás he confiado en ti. Pero me has salvado de un destino nada agradable, y vas a tener tu recompensa.

—Muchas gracias. Dime, mi señor, ¿has decidido ya lo que vas a hacer con los dos héroes de esta aventura? Me refiero a *sir* Croy y a Malden.

El burgrave se encogió de hombros.

—Croy me ha demostrado sobradamente su lealtad. No creo que tenga que preocuparme por él. No revocaré su destierro, pero tampoco le obligaré a respetarlo. De esa manera, si vuelve a oponerse a mí, tendré motivos para hacerle ahorcar. ¿Quién es ese Malden?

En la otra habitación, Malden se encogió de miedo. Habría preferido que Cutbill no mencionase para nada su nombre... tan sólo podía darle problemas.

—El ladrón que robó la corona. Y que la devolvió. Uno de los míos, aunque, en un primer momento, no actuaba bajo mis órdenes.

—Ah —dijo el burgrave—. Bueno, habrá que matarle, por supuesto. —Malden estuvo a punto de gritar—. Está al corriente de mi secreto. No puedo permitirlo.

—Desde luego. —Cutbill introdujo otra anotación—. Es comprensible. Aunque...

—¿Qué sucede?

Cutbill levantó la mirada que tenía puesta en el libro de contabilidad.

—Has dicho que me concederías una recompensa.

—Sí, sí. Oro, joyas, ¿qué quieres que te dé? No puede ser nada oficial, por supuesto. Nada que quede anotado sobre papel.

—La vida de Malden. No lo mates.

Malden se quedó boquiabierto.

—¡Pero bueno! ¿Y a ti qué te importa ese ladrón? Los tienes a docenas. Y muchos de ellos son más circunspectos. Ése estuvo a punto de lograr que te mataran.

—Pero no lo logró. Y demostró que era mucho más inteligente de lo que tendría que haber sido.

El burgrave se rió con rudeza.

—Pienso que ése es un motivo más que suficiente para que quieras su muerte. No me digas que te has vuelto sentimental, Cutbill. Reconozco que a mí también me gustaría dejarle con vida, pero, a menudo, la realidad es injusta. Y tú lo sabes demasiado bien.

—No me entiendas mal. No te lo pido por un sentido de justicia. No tengo nada de eso. Te lo pido porque, si lo mantengo bajo mi control, será una magnífica fuente de ingresos. Con el tiempo, podría ganar mucho dinero con él.

El burgrave miró a Cutbill con perspicacia.

—¿Te asegurarás de que no hable?



—Si amenaza con hablar cuando no corresponda, le coseré la boca.

—Pues muy bien. —El burgrave abandonó la sala. Negaba con la cabeza, presa de la incredulidad. Se dirigió a la puerta por la que se salía a la Peste.

Cuando se hubo marchado, Malden salió de la habitación.

—No sé qué decir —dijo Malden. Miró con gratitud a Cutbill.

—Me bastará con que me digas que no voy a tener que lamentarlo —le respondió Cutbill—. Bueno. Ya puedes marcharte. No regreses mientras no tengas dinero para mí.

Malden asintió y salió afuera, a la ciudad que era su hogar.

# AGRADECIMIENTOS

Nunca pensé que verías este libro. Lo escribí para mí mismo, como terapia, para divertirme. Lo escribí para guardarlo en el cajón de mi escritorio (bueno, más bien en el disco duro del ordenador) y olvidarme de él. Se suponía que nadie lo leería, pero Alex Lencicki montó guardia fuera de mi cueva gritando todo tipo de insultos y amenazas hasta que le lancé algunos folios para que me dejará tranquilo. Después, todo estuvo fuera de mi alcance. Russell Galen lo leyó, y me estuvo golpeando con un club de golf en la cabeza hasta que le dejé el manuscrito completo. Diana Gill y Will Hinton lo recibieron luego y lo mejoraron, lo transformaron en una novela que puedo mostrarle al mundo con orgullo. Sin estas personas todo esto no podría haber ocurrido, y por eso les estoy muy agradecido.

DAVID CHANDLER  
Nueva York, 2011

# Notas

[1] Los personajes de esta novela juegan a las cartas con la baraja alemana, poco conocida en nuestras latitudes. Sus cuatro palos son: campanas, hojas, corazones y bellotas. (*N. del T.*)<<